FASTIGINIA o FASTOS GENIALES

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/fastiginiaofasto00pinh

HSP
6547f
Sa

FASTIGINIA
O
FASTOS GENIALES

POR

TOMÉ PINHEIRO DA VEIGA

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS

POR

NARCISO ALONSO CORTÉS

PRÓLOGO DE

JOSÉ PEREIRA DE SAMPAIO

203198
20. 5. 26

VALLADOLID
IMPRENTA DEL COLEGIO DE SANTIAGO

1916

ADVERTENCIA

Por aquellos días en que la corte de Felipe III, establecida en Valladolid, celebraba con sin igual fausto y animación notables acontecimientos, anduvo por esta ciudad un portugués, tan curioso como socarrón, que procuró gozar alegremente de las diversiones cortesanas, asistiendo con incansable asiduidad á cuantas fiestas y regocijos fueron sucediéndose. Este portugués se llamó Tomé Pinheiro da Veiga.

Tuvo Pinheiro el buen acuerdo de escribir las impresiones de su estancia en Valladolid, y sus memorias forman la crónica más amena de cuantas pueden dar á conocer aquellos interesantes sucesos, con ser tantas, largas y cortas, en castellano, en italiano, en inglés y en latín, las que se compusieron. Desciende Pinheiro á los más nimios pormenores, y como era hombre de ingenio fino y de gentil donaire, hábil en zumbas y chuscadas, sabe dar á su relato singular atractivo.

Conocíase una pequeña parte de estas memorias por haber publicado una traducción D. Pascual Gayangos *(Revista de España,* Abril-Julio 1884), con arreglo á un manuscrito del Museo Británico. Posteriormente (1911), la Biblioteca Municipal de Oporto, confiada á la peritísima dirección de D. José Pereira de Sampaio, dió íntegro á la estampa el texto portugués; y pareciéndome que el libro ofrece interés no común para la historia particular de Valladolid y la general de las costumbres españolas, he llevado á cabo la traducción.

Pinheiro bautizó sus memorias con el nombre de *Fastiginia ou Fastos geniaes* (de *fasti* y *genius,* y éste de *gigno)* (1). El manuscrito del Museo Británico, según dice Gayangos, lleva después de estas memorias una relación de los amores entre el conde de Villamediana y la marquesa del Valle, un romance y una *Encamisada ó segundo suceso;* pero opina el mismo Gayangos, y así parece indudable, que no es Pinheiro el autor de estas adiciones.

Para conservar en lo posible el sabor que dió Pinheiro á su relato, he procurado hacer literalmente la traducción, aun á trueque de respetar manifiestas incorrecciones gramaticales. También me ha parecido conveniente la inserción de notas, si bien breves y ligeras.

Respecto á la persona de Tomé Pinheiro, el lector podrá ver noticias en el preámbulo que el Sr. Pereira de Sampaio, director de la Biblioteca Pública Municipal de Oporto, puso á la edición portuguesa, y que traduzco también íntegro, siquiera las indicaciones finales no tengan aplicación en este lugar (1).

A modo de apéndice, y con objeto de que puedan compararse las noticias dadas por el

(1) La razón de haberse supuesto que el título puede ser *Fastigimia,* estriba en que la portada que reproduce la edición de Oporto lo dice así. Indudablemente la que parece *m* es una doble *n* (Fastiginnia), ó se trata de un simple error.

Por cierto que al copiar la aludida portada en la pág. 1, nota 1, de la presente traducción, se comete la errata de estampar el título en su forma exacta (Fastiginia) y no con la particularidad de referencia, existente en el original (FASTIGIMIA).

(1) Después de aparecer la edición portuguesa de la *Fastiginia* se publicó, editado por Edgar Prestage y Pedro d'Azevedo, el *Registo da Freguesia de Santa Cruz do Castello desde 1536 até 1628* (Coimbra, Imprensa da Universidade, 1913). A la pág. 151 figura la siguiente partida: «En 30 de mayo [de] 1627 batize a Leonor hija de Iuan de bicuña y de elena de la peña fueron padrinos Thome pinheiro da ueiga y Ieronima de la peña y lo firme. *El capeçan* mayor.»

donoso escritor portugués con las consignadas en un relato oficial de los mismos sucesos, reimprimo el que apareció con la siguiente portada: *Relacion de lo svcedido en la Ciudad de Valladolid, desde el punto del felicissimo nacimiento del Principe Don Felipe Dominico Víctor nuestro Señor: hasta que se acabaron las demostraciones de alegria que por el se hizieron. Al Conde de Miranda. Año 1605. Con licencia, en Valladolid, Por Iuan Godinez de Millis. Vendese en casa de Antonio Coello en la Libreria.*

***

Lo más sensible de todo es que al terminar de imprimirse esta traducción, haya fallecido don José Pereira de Sampaio, el ilustre director de la Biblioteca Municipal de Oporto, á cuya diligencia y selecta cultura se debió que la obra de Pinheiro viera la luz pública. Escritor justamente apreciado en la crítica y el periodismo, su seudónimo de *Bruno* era muy popular en Portugal.

Murió el Sr. Pereira de Sampaio en Oporto, el día 11 de Noviembre de 1915. A su entierro solemnísimo asistió una concurrencia innúmera, y un ministro de la república en representación del gobierno de su patria.

Al dar al público la traducción castellana de la *Fastiginia*, tengo como el más triste deber el de consagrar un recuerdo sentido al insigne escritor que fué gala y prez de las letras portuguesas

NARCISO ALONSO CORTÉS

I

En el *Diccionario Popular,* dirigido por Manuel Pinheiro Chagas y colaborado por alguno de los más notables escritores portugueses de la época, cuando llegó el caso de biografiar al que es autor de la obra ahora dada á la estampa, al consignarse que, como procurador de la corona, intervino Tomé Pinheiro da Veiga en los trabajos de las cortes que se celebraron en tiempo de D. Juan IV, y que fué él también quien intentó, contra el marqués de Villa Real y sus cómplices, el fulminante libelo que dió como resultado la muerte de tantos hombres, unos culpables y otros inocentes, comentóse que no fuera esto lo que más honró su memoria. «Podía haber mostrado su fidelidad—dícese—á la causa portuguesa con la resistencia intrépida que, por más de una vez, opuso á las leyes vejatorias venidas de Madrid, y que hicieron que más de una vez fuese suspenso, y no intentara añadir más, mostrándose terrible en el atrocísimo libelo que fulminó contra los conspiradores.»

Seguidamente recuérdase en el *Diccionario* que era Tomé Pinheiro da Veiga hombre de mucho chiste, y que sus respuestas son citadas con frecuencia, y que su ingenio juguetón le inspiró varias obras con que amenizara la aridez del trato de la jurisprudencia, que había de ser la aplicación especial de su mente. En las propias líneas, remátase recordando que era un humorista á las veces, como se ve por una respuesta dada á unos jesuítas que pedían contra el conde de Monsanto en un proceso en que Tomé Pinheiro tuvo que dar despacho oficial. Y se informa al lector de que esa respuesta viene publicada en la *Mnemosine Lusitana.*

De este articulillo de la *Mnemosine* expresaba ya Inocencio Francisco da Silva que creía fué facilitado al redactor del *Jornal* por Juan Pedro Ribeiro, que probablemente le copiaría del proceso original, acaso existente en la Torre do Tombo. Inocencio igualmente califica esa *Respuesta* de muy chistosa.

Así, no causará extrañeza el hecho de que algunos escritores hayan referido á Tomé Pinheiro da Veiga la paternidad del *Arte de Furtar,* que por otros se atribuye al P. Antonio Vieira.

Si él fuese el autor, con cabal fundamento observa el *Diccionario,* podríamos considerarle como uno de los más finos é ingeniosos escritores del siglo XVII. «Para la atribución (objeta discretamente el mismo *Diccionario),* no basta, sin embargo, apoyar nuestra opinión en la reconocida gracia de Tomé Pinheiro».

Camilo Castello Branco se opone terminantemente cuando nos da cuenta de que Rivara estaba persuadido de que el *Arte de Furtar* es de Tomé Pinheiro da Veiga, fallecido en 1656. Llama Camilo la atención hacia el pasaje que se lee en la pág. 251 del *Arte de Furtar,* edición de Londres (1820), y es el siguiente: «...Por eso dice muy bien el Doctor Pinheiro da Veiga (que en todo es discreto), respondiendo á la petición, etcétera» (1).

No se acredita—reflexiona Camilo—que el autor dedicando su obra á un rey y á un príncipe, sea que pensase publicarla ó no como anónima, hablara de sí mismo con tan insólita vanidad. No se satisface Camilo Castello Branco con este óbice, y prosigue en la explanación de sus dudas. Tomé Pinheiro murió en Julio de 1656, y Don Juan IV falleció en Noviembre de aquel mismo año. Ahora bien, en el *Arte de Furtar,* á la página 297, se lee: «Falta á estos señores la generosidad que sobró al duque D. Teodosio, dignísimo progenitor de nuestro invictísimo rey *D. Juan IV,*

(1) Esta se halla muy lejos de ser una prueba negativa. En la *Fastiginia,* (pág. 205 de esta traducción) dice Pinheiro: «¿Para qué más? Yo, que soy tan discretísimo en todo, nunca llevé manteos abiertos», etc. Son chanzas de Pinheiro. *(N. del T.)*

de gloriosa memoria, etc.» Era, pues, fallecido ya D. Juan IV, cuando el autor llevaba poco más de mediado el *Arte de Furtar,* y Tomé Pinheiro da Veiga (concluye su deducción Camilo) había ya fallecido también. (Esta sutileza eliminatoria es discutible).

En las dudas á que da motivo el bizarro personaje que me sirve de tema para este superficial estudio, ya notó, por otra parte, Inocencio, por lo que toca á la fecha de su muerte, cierta incongruencia de Barbosa Machado, el cual dió á su respecto, sin embargo, una noticia biográfica más circunstanciada que de costumbre.

Nació Tomé Pinheiro en Coimbra, y si mereciera fe el epitafio grabado en su sepultura, que existía en la antigua iglesia ó capilla de San Antonio da Sé, destruída por el terremoto, murió en Lisboa en 29 de Julio de 1656, contando de edad noventa años. No obstante, Barbosa, despreciando tal documento, colocó su nacimiento en 1571, y al paso que afirmaba como cierto que el óbito ocurrió en 29 de Julio, tachaba, sin embargo, de equivocado en esta parte al referido epitafio, pues allí se leía (dice él) en lugar de aquella fecha la de 29 de Agosto. «Parece increíble (escribe Inocencio), á pesar de ser tantos y tan frecuentes los descuidos del laborioso autor de la *Bibl.,* cómo pudo caer en tan flagrante é inexplicable inexactitud cual la de afirmar en el epitafio la existencia de un error, que apenas existía en su imaginación, si es que copió por sí mismo el epitafio, ó en la de quien le transmitió la copia, si por ventura no le vió, como me parece más probable.»

Nimiamente severa se me antoja esta reprimenda de Inocencio, é inoportuno parece el reparo, pues del engaño sobre el mes del óbito no se infiere el del año del nacimiento, y razones positivas tendría Barbosa Machado cuando tan terminantemente niega la edad del epitafio: «Con suma piedad expiró plácidamente *á 29 de Julio de 1656,* cuando contaba la edad provecta de 85 años, aunque en el epitafio de su sepultura diga ser de 90.»

La fecha del óbito está, pues, exacta en el texto propio de Barbosa Machado (tomo III, página 759, col. 1.ª); y si aparece incorrecta en el traslado de la inscripción funeraria, en la 2.ª columna de la misma página (29 de Agosto de 1656), trátase manifiestamente de un mero error tipográfico, como otros en fechas del referido tomo, conforme se ve por la respectiva tabla de erratas: por ejemplo, en la página 498, 1686 por 1586; en la pág. 88, 1671 por 1721.

Menos digna de reparo tal vez, á Inocencio se ofrece otra inexactitud cometida en el preámbulo del título impreso en 23 de Mayo de 1775, donde se asigna al fallecimiento de Tomé Pinheiro la fecha de 1659. Para rechazar toda contrariedad que en este punto pudiera suscitarse, el insigne autor del *Diccionario bibliographico portugues* recuerda que aún hoy existe la piedra sepulcral, que una casualidad inesperada trajo á poder del consejero J. J. da Costa de Macedo, y que éste, en 25 de Julio de 1849, ofreció á la Academia Real das Sciencias, de la cual era por aquel tiempo secretario perpetuo, acompañada de una nota que, con toda razón, á Inocencio pareció asaz interesante y curiosa para darla cabida en el lugar correspondiente de su volumen séptimo, transcribiéndola del tomo I de las *Actas* respectivas.

Dice el consejero Macedo lo siguiente:

> Ofrezco á la Academia una piedra sepulcral, con el epitafio de Tomé Pinheiro da Veiga, que encontré en la caballeriza de la casa á que me mudé en la rúa da Quintinha, número 53.

También el consejero Macedo se mezcla en el problema ya aquí aludido, aunque de pasada; y análogamente acusa de temerario á Barbosa Machado, si bien lo hace de refilón. Otro punto le lleva al reparo, y, en efecto, anómalo y singular. Escribe así:

> Mas, dejando para quien tuviera más interés en discutirla, la cuestión de la edad de Tomé Pinheiro Veiga, lo que naturalmente despertará la curiosidad es saber cómo su piedra sepulcral, colocada en una pared de la capilla de San Antonio da Sé, fué á parar á una caballeriza de la rúa da Quintinha.

He aquí la aproximada solución propuesta por el doctísimo académico:

> Ninguna explicación segura puedo dar de semejante hecho; mas, si me es permitido aventurar una conjetura, paréceme que, al caer con el terremoto la capilla de San

Antonio da Sé, se sacó de sus ruinas la piedra de que se trata, para acabar con ella la obligación de los sufragios, de que su persistencia en el lugar que ocupaba era un testimonio auténtico y constante; y tal vez el sitio á donde fué llevada, en que después se edificaron casas, perteneciese á los bienes dejados por el finado para satisfacer á los mismos sufragios: quedando allí la piedra, que felizmente no fué metida en los cimientos ó encajada en alguna pared, como ha sucedido con muchas. No sería este el único ejemplo de lo que se ha hecho en casos semejantes.

Junto á la nota del consejero Macedo hállase, como en ella se indica, una especie de *fac-simile* reducido del propio epitafio, lleno de abreviaturas, y grabado con las incorrecciones ortográficas generalmente características, conforme él anota, en esta clase de monumentos; todavía transcribiéndole para sus «Estudios», obstinadamente dejó Inocencio subsistir con fidelidad esas incorrecciones, sintiendo no poder reproducir con igual escrúpulo las abreviaturas, por la falta de los caracteres tipográficos que serían necesarios para ello.

Cuanto á las obras ó escritos de Tomé Pinheiro da Veiga mencionados en la *Bibl. Lusit.*, á juzgar por las indicaciones allí presentadas, debería reputarse también impresa, observa Inocencio, aquella cuyo título está copiado visiblemente con incorrecciones y faltas, que el benemérito bibliógrafo nuestro contemporáneo creyó no debía conservar en la transcripción: *Fastigena, ou Fastos geniaes, tirados da tumba de Merlim, onde foram achados e publicados pelo famoso Lusitano Pantaleão, que os achou em um mosteiro de Calouros, repartidos em duas partes: a 1.ª das festas que se fizeram pelo nascimento do principe Philippe, depois rei quarto, ao qual poz o titulo de Philipestrea; a 2.ª Pratilogia, em que tracta do Prado de Madrid* (sic), *e boa conversação das damas, por outro nome, baratilho quotidiano. Vai accrescentada n'esta impressão a Pincigraphia, ou descripção e historia natural e moral de Valhadolid.*

Es, á su vez, incorrecta, la transcripción de Inocencio. Y esta obra es la que, naturalmente, ha de constituir el objeto del presente modesto ensayo.

II

No expresando Barbosa Machado, respecto á la obra registrada, ni la forma del libro ni el año de impresión, cree Inocencio no engañarse juzgando que las indicaciones consignadas son todas supuestas, y parécenle no desdecir del tenor de la obra y del genio jocoso del autor, que acaso las escribiera así en el propio autógrafo, sin que jamás le ocurriese la idea de darle á luz por la imprenta.

Fuese, pues, lo que fuese, lo cierto es que en la librería de la Academia das Sciencias se conserva, entre otros manuscritos, un libro encuadernado, en folio, y que lleva en el lomo el rótulo: *Memorias de Tomé Pinheiro.* Esta es precisamente la obra de que se trata, pues Inocencio consigna que comprende las tres partes enunciadas, *Philipestrea, Pratilogia* y *Pincigraphia,* siquiera no aparezca en ella la portada general, ó porque no la tuviere, ó porque en algún tiempo le fuera arrancada. Comienza simplemente, en lo alto de la primera hoja, por las palabras: *Proemio de Guevara.* La copia del volumen, por lo demás bien conservado, es toda de letra de fines del siglo XVII ó principios del siguiente, y consta de 289 hojas numeradas sólo en el anverso.

También en la Biblioteca Municipal de Oporto existen dos copias de la obra de Tomé Pinheiro da Veiga, las cuales se encuentran mencionadas en el catálogo de los manuscritos bajo los números de la primitiva numeración 1 : 193 [503] y 1 : 197 [504]. En la primera hoja en blanco del códice núm. 1 : 193 aún se puede leer la indicación de la procedencia: *Da livraria do Mosteiro de Santo Thyrso;* y el prefacio del núm. 1 : 197 está firmado por *Turpim Thomé Pinheiro da Veiga,* pareciendo deducirse de él que el autor tenía sesenta y nueve años cuando escribió la obra. La copia fué hecha por persona diferente de la que transcribió el núm. 1 : 193; y, aunque tachado, aparece en bajo de la página del título del número 1 : 197 el nombre de Fr. Alejandro da Paixão, «acaso como dueño del libro», según la conjetura estampada en el referido índice preparatorio del catálogo de manuscritos de la Bi-

blioteca Pública Municipal de Oporto (4.º fascículo, parte 2.ª, 1893).

Esta presunción aclara un confuso engaño de Barbosa Machado, que, naturalmente, reaparece en el sumario de Benito José de Sousa Farinha, «donde (severamente escribe Inocencio) se hallan reproducidas todas las faltas y descuidos de Barbosa, aumentados con los de su abreviador». Aun así, del propio engaño se saca la averiguación de que la obra, erróneamente atribuída á Fr. Alejandro da Paixão *(Fastos geniaes tirados da tumba de Merlim)*, se encontraba todavía simplemente manuscrita.

Ya Rivara refutó la opinión de Barbosa, cuando atribuyó (la repetición en Veiga muestra que se trata de mero *lapsus)* esa obra á Fr. Alejandro da Paixão, monje de San Benito, el cual, observa Joaquín Antonio de Sousa Telles de Mattos, naciendo en 1631, no podía historiar (como testigo presencial) las fiestas del nacimiento del Príncipe en 1605. A este Fr. Alejandro da Paixão, por lo demás, se había de cargar otra responsabilidad más, cuando se le confirió el mérito de haber también redactado ese curiosísimo diario de los hechos más interesantes que sucedieron en el reino desde 1662 á 1680 *(Monstruosidades do Tempo e da Fortuna)*, al fin divulgado por la impresión en Lisboa, en 1888, por el muy erudito J. A. da Graça Barreto, ya fallecido. En el tomo II del Catálogo de los manuscritos de la Biblioteca Pública Eborense, el citado Telles de Mattos menciona también la existencia, en esa preciosa colección, de dos copias más de la obra chocarrera de Tomé Pinheiro da Veiga.

Obsérvase que hubo verdadero empeño en conocer y poseer un texto elogiado y apreciado, por cuanto se multiplicaron los codiciosos y codiciados traslados, que no es raro parasen en las mismas librerías particulares. Una copia tuvo el editor portuense Antonio Rodrigues da Cruz Coutinho, que proyectó darla á la prensa, encargándose de la revisión y anotación planeada el fallecido novelista Arnaldo Gama, muy leído en nuestros clásicos y extensamente sabedor de nuestras cosas antiguas, como lo testifican, aparte la abundancia de las correspondientes notas justificativas, aun el mismo tejido y selección de sus novelas. Al medio de las páginas de esa copia estaba intercalado un pequeño apuntamiento de Arnaldo Gama, fijando impresiones y aportando datos referentes á la comenzada lectura.

Son tres las notas tomadas por Arnaldo Gama, la primera de ellas, la siguiente:

Que el autor se llamaba Tomé, pruébase por el siguiente pasaje de la relación del día 27 de Junio, en que, hablando de sí mismo, dice:—*Y yo, como Tomás, meteré la mano.* Y no hace fuerza en contrario el decirse aquí Tomás y no Tomé. El autor refiere en aquel pasaje un juego de chistes, á que él y unos amigos estaban jugando con una dama española, y como corresponde, escribe el diálogo en español, esto es, en la lengua en que realmente tuviera efecto. Ahora bien, los españoles no tienen el nombre Tomé, que, á la verdad, no es otra cosa más que una variante portuguesa del nombre Tomás, común á todas las lenguas neolatinas (1). Así los españoles, los italianos y los franceses llaman, como la Biblia, santo Tomás al apóstol á que nosotros, no sé con qué bulas, llamamos santo Tomé. Por tanto, el pasaje aludido es una importante presunción á favor de la veracidad del título que el manuscrito tiene al lado de la encuadernación, el cual dice: *Jornada de Tomé Pinheiro da Veiga.*

La segunda de las notas dice así:

Este libro fué escrito en el reinado de Felipe III, como se deduce del siguiente pasaje que se encuentra en la narración del día 14 de Julio, donde dice: «Con estos dos modos se hace temida y respetada la justicia, lo que se debe á la buena memoria del Rey que Dios haya, que fué verdadero honrador y sacerdote de la justicia, *qui filio suo non pepercit.*» La proposición escrita en latín, y que significa—que ni á su propio hijo perdonó—refiérese, evidentemente, á Felipe II.

He aquí la tercera de las notas:

«La jornada de Tomé Pinheiro tuvo lugar durante el ministerio del duque de Lerma, después de 1604 ó acaso en ese mismo año, como se ve por la narración del día 30 de Junio, con ocasión de la ida de Felipe III con la reina y toda la corte á pasar algún tiempo á Lerma, en el palacio del valido, como se ve por la narración de los días 11 y 12 de Junio, tiempo en que el Rey, ó llegó á Lerma, ó estaba ya allí desde uno ó dos días antes.

De estas advertencias se colige que Arnaldo

(1) En esto estaba equivocado Arnaldo Gama. Existe en castellano el nombre Tomé, cuyo santo tiene su commemoración el día 5 de Febrero. Pinheiro, sin embargo, debía de llamarse Tomé y no Tomás, aunque por analogía entre ambos nombres hiciera aquel juego de palabras. *(N. del T).*

Gama no conocía aún el primer volumen de la copia que era propiedad de Cruz Coutinho, volumen que en la página de entrada llevaba el título de la obra en estos términos: *Fastiginia, ou Faustos Geniaes tirados da tumba de Merlim, onde forão achados com a Demanda do Santo Brial, pello Arcebispo Turpim. Descubertos e tirados á luz pelo famoso lusitano Fr. Pantaleão, que os achou em hum Mosteyro de Calouros, repartidos em duas partes. Na primeira Phelipstrea: que trata das festas e bons annuncios do nascimento do Principe D. Fhilipe Dominges na Pratilogia, que trata da practica do Prado, genio, e conversação das Damas, por outra letra Baratilho quotidiano. Vay acrescentada nesta impressão a Pincigraphia, ou discripção, e historia natural de Valladolid.*

Este título, manifiestamente incorrecto, presenta divergencias cotejado con los que leemos tanto en el índice preparatorio de Oporto como en el catálogo de Evora, no siendo exacta, por otra parte, la recíproca conformidad de estos otros.

¿Merecerá, pues, el hoy olvidado y casi totalmente ignorado libro de Tomé Pinheiro da Veiga, en su averiguada pesquisa é indagado examen, la pena de la fatiga y el tiempo del estudio?

Entendería Joaquín Heliodoro da Cunha Rivara que sí, pues, juzgando de la obra, dijo: «La cual es dignísima de leerse, y merecía andar en las manos de los curiosos. Las elegantes descripciones, anécdotas bien entretejidas, la crítica fina, la ironía, y á las veces la sátira, hacen leer con gusto una obra que era menos de esperar de las formas austeras de nuestros quinientistas, en cuya escuela aún aprendió el autor.»

Siendo así, tomémonos ese trabajo, que ello nos compensará.

III

La lectura atenta de estos cartapacios, amortajados en el polvo de las librerías, proporciona el júbilo de la sorpresa de hallazgos literarios que son la sabrosa guía de todos aquellos á quienes sedujo el encanto bibliográfico, y suave, consciente y gratamente se dejaron seducir de ese hechizo. Y no se piense que esos descubrimientos mínimos resulten frívolos atento el conjunto de la evolución idiomática ó estética, puesto que siendo en apariencia fútiles índices de las épocas, del sucesivo desdoblamiento del lenguaje ó de la periódica elaboración de las composiciones se infiere el momento específico, ya del modo colectivo de expresar, ya de la manera personal de pensar. Ahora bien, no se atiene á otras reglas, en último término, nuestra crítica contemporánea, antes en la doctrina de criterio semejante busca la fijeza de una justa y exacta orientación.

Es cierto que los varios manuscritos que hasta hoy he examinado de la obra de Tomé Pinheiro da Veiga representan entre sí diferencias muy marcadas: en alguno de ellos surge una brecha de lagunas importantes, de modo que para llevar á cabo una impresión, como aquí se hace, cumpliría una detenida labor de comparación y cotejo, con objeto de ofrecer al público curioso y culto un texto en lo posible íntegro y completo. Es lo que se procuró conseguir por medio de las variantes que se agregaron al cuerpo de la obra y se encuentran á la terminación de ésta.

Como puede verse, sólo así fué cómo en uno de los códices examinados (el núm. 503) apareció súbitamente una pieza literaria que, sin discrepancia, ha sido considerada como del siglo XVIII, no obstante las dudas suscitadas y ventiladas acerca de sus presuntos autores.

Trátase de aquel soneto que, con la nota de «dudoso», se encuentra bajo el número XXIX en la colección de poesías eróticas, burlescas y satíricas de Bocage «no comprendidas en la edición que de las obras de este poeta se publicó en Lisboa en el año pasado de 1853.» Las poesías de Bocage, coleccionadas en esta nueva y completa edición de 1853, fueron dispuestas y anotadas por I. F. da Silva, y se nos ofrecen precedidas de un estudio biográfico y literario sobre el poeta, compuesto por el insigne escritor L. A. Rebello da Silva.

En cuanto á la coleción de aquellas otras poesías, la inspección del libro muestra desde luego á los entendidos, que fué impresa en Lisboa, á pesar de la supuesta designación estampada al frente (Bruselas), falsa indicación que ha sido

transmitida á innumerables falsificaciones, sin descanso divulgadas en Portugal y el Brasil. Choca desagradablemente con la delicadeza moderna que en una colección de composiciones pornográficas y obscenas se incluyera la *Epístola á Marilia,* la cual, por la gravedad del tema y por la madurez de la forma, cualquiera que sea el disentimiento de las ideas peculiares á la conciencia de cada uno, desentona en tan raro desconcierto. Por esto en su último volumen acerca de Bocage (su vida y época literaria), Teófilo Braga, con adecuada justicia (á propósito de esa poesía que, intitulada *Verdades duras,* es generalmente conocida por la primera palabra del primer verso), escribió: «*La Pavorosa,* que anduvo siempre en versiones manuscritas, apareció publicada en las Eróticas de Bocage, siendo en verdad digna de figurar en las obras del poeta.»

En la nota correspondiente de la supuesta edición de Bruselas, danse dos refutaciones de la epístola bocagiana, una anónima, otra de Manuel Tomás Pinheiro d'Aragâo, admirador y amigo de Bocage, que por muchos años ejerció en Lisboa con mucho crédito el magisterio en la instrucción de la juventud.

Y en la nota correspondiente al aludido soneto núm. XXIX consígnase que tanto ese como el que lleva el núm. XXXII andan en algunas colecciones atribuídos al abad de Jazente. Compréndese, pues, que un lector regularmente versado en nuestras menudencias literarias, no deje de experimentar inesperada impresión al encontrar un soneto de *Bocage* en las páginas olvidadas del manuscrito empolvado de Tomé Pinheiro da Veiga. Mas no pararán aquí las sorpresas que nos haya reservado ese autor desconocido, cuya educación estética era inmensa, conforme lo atestigua su libro, esmaltado de jocosas citas (de españoles é italianos), con rica abundancia del Ariosto, cuya fantasía brota clarísimamente esparcida á cada momento en la prosa portuguesa.

Así, ¿cuántas veces, de niños, no hemos oído hablar, por ejemplo, de la caldera de Pedro Botero, sin que jamás nos tentase el escrúpulo de averiguar lo que tal locución sea y de qué procedencia venga? Lo intentaríamos en vano, porque no lograríamos noticia cabal y satisfactoria...

Tomaríamos acaso del estante el 2.º volumen, 1873, del «Grande Diccionario Portuguez ou Thesouro da lingua portugueza, pelo dr. fr. Domingos Vieira, dos eremitas calçados de Santo Agostinho», publicación hecha sobre el manuscrito original, enteramente revisado y considerablemente aumentado; y en el vocablo *Caldeira,* s. f., leeríamos: «— Loc. *A Caldeira de Pero Botelho,* el infierno.=Bluteau, *Enfermidades da lingua,* p. 113, etc. Se desconoce la razón de ser de esta locución, que los españoles también tienen.»

La autoridad en este pasaje alegada es, una vez más, Manuel José de Paiva, á cuya labor cabe el elogio, si le merece, del libro de las *Enfermidades da lingua, e arte que ensina a emmudecer para melhorar,* cuyo autor, invocando la protección del glorioso San Antonio, se da como llamándose Silvestre Silverio da Silveira e Silva. De la oficina de Manuel Antonio Monteiro, con todas las licencias necesarias, é impreso á su costa, salió el volumen en Lisboa el año de 1759; y, con efecto, entre las «frases» registradas en la referida página 113 figura, sin más comento como las restantes, la de la «caldeira de pero botelho».

Igual que los portugueses, los españoles ignoraban, á la verdad, la razón de ser de esa locución; y el licenciado don Sebastián de Covarrubias Orozco, capellán de Su Majestad, maestrescuela y canónigo de la santa iglesia de Cuenca y consultor del Santo Oficio de la Inquisición, en un libro famoso, dirigido á la Majestad Católica del Rey Don Felipe III, nuestro señor, registrando que la caldera de Pedro Botero se toma por el infierno, no se recata de confesar que esto se funda en *algún particular que yo no alcanzo.* La obra de Covarrubias estampóse, con privilegio, en Madrid, en 1611, por Luis Sánchez, impresor del Rey: es el *Tesoro de la lengua castellana ó española.* Curiosa aparece la cándida conjetura, sugerida al sabio licenciado en lo tocante al particular, que, respecto á la caldera diabólica, no acertara á comprender: «*Sospecho devia ser algún tintorero caudaloso, que hizo cualque caldera capacísima*» (1).

---

(1) Quevedo escribió un juguete titulado *La caldera de Pero Gotero,* que luego refundió en *El entremetido, la*

Todavía, en el año de 1867 publicó el folletín del *Jornal do Porto* una novela que bien pronto había de venderse, en volumen, en las librerías portuguesas, de cuyo asunto el novelista, modesta mas no rigorosamente, afirma que fué sacado «de la Relación de un viaje á España escrita por Tomé Pinheiro da Veiga, que dicen ser autor del célebre *Arte de Furtar*, viaje de cuyo manuscrito es poseedor el Sr. Antonio Rodrigues da Cruz Coutinho, propietario y editor de este libro.»

El cual se titula *A Caldeira de Pero Botelho* y fué compuesto, con pujante realce, por el fallecido portuense Arnaldo Gama. Es la historia de los amores infaustos de Doña Beatriz de Moura y Diego Botelho, «*hijo de aquel Pedro Botelho que, por querer entregar la isla (de Madera) á los franceses, fué cocido en una caldera, de donde quedó en proverbio—a caldeira de Pero Botelho—*». Este es el texto, por lo que hace á la cuestión, en el pasaje de nuestro relato del día 22 de Julio, en la composición de Tomé Pinheiro da Veiga.

Mas, esbozada en sus sugestivas menudencias, de las cuales quedaron apartadas para relieve dos de las más notables literaria, filológica é históricamente, queda, como remate de tan somero examen, proporcionar al lector un resumen del conjunto, con el que se valúe, en sus primores y en sus defectos, la obra dada ahora á la estampa.

IV

Por el texto de la parte del manuscrito que tuvo ocasión de examinar, vimos que Arnaldo Gama comprobó que el autor encubierto tenía por nombre Tomé; nos es dado completar el descubrimiento, agregando que se apellidaba Veiga. Con efecto, en la primera sección de la obra, con fecha 24 de Abril, el narrador escribió, memorando hechos:

> Y, porque estos días estábamos ociosos, y mi consulta en el Rey, y no tenía qué hacer, os quiero contar las romerías en que me ocupé. Están aquí en la corte Gilimón de la Mota, que es riquísimo, y su mujer doña Gregoria de la Vega, medio portuguesa, y tienen tres hijas, doña Fabiana de la Vega, casada, doña Feliciana y doña Isabel, vestidas de monjas, á las que llaman *las Gilimonas*, muy bonitas, y tienen muy honrados casamientos; tienen dos coches, madre é hija, y, así, siempre se hallan en las fiestas.... Aprovechándome del parentesco del nombre, y de la vecindad, les mandé á decir supiesen cómo tenían un pariente más en la corte y que me diesen licencia para dármeles á conocer, etc.

Esta corte era la de Valladolid, á donde la familia real se trasladó, abandonando á Madrid, sacrificada, no á Toledo, su antigua rival, sino á Valladolid, ciudad de veinte mil almas, situada, según el reparo, un tanto rebuscado, del francés Rosseeuw Saint-Hilaire, distinguido historiador de España, demasiado cerca de la frontera para poder aspirar, en su opinión, á los honores de una corte. Sin embargo, Felipe III no veía sino por los ojos del duque de Lerma, no pensaba más que por el pensamiento de éste, y la partida hubo de efectuarse, pues que el favorito así lo quería. Y el motivo por que lo quería así explícalo el alemán Leopoldo Ranke, historiador ilustre de España. En el imperio que el duque de Lerma ejercía directamente sobre el espíritu del Rey, ora se recelaba el favorito de la esposa austriaca de su príncipe, ora se temía de la vieja emperatriz, hermana de Felipe II, que vivía aún en Madrid y que no gustaba de él. No quería que aquellas dos princesas, que eran parientas, se hablasen á solas ó en alemán, y fué, tómalo Ranke de los *racontars* de la época, para separarlas, por lo que el duque de Lerma transportó la corte á Valladolid.

Y las fiestas que en el pasaje transcrito recuerda nuestro autor inédito, se celebraron en Valladolid con insigne pompa para solemnizar el nacimiento del príncipe Felipe Dominico, después rey Felipe IV, que allí vió la luz en 8 de Abril de 1605.

---

dueña y el soplón. Hace Quevedo que el proverbial personaje hable en esta forma: "Yo soy, dijo, Pero Gotero: esa es mi caldera, tan famosa entre los cuentos y los muchachos; estos que me asisten son los gotosos, aquella mi caldera, y aunque es grande, habré de ensancharla; que son muchos los que vienen á la caldera de Pero Gotero y muchos los que hay en ella.„

En la edición de Barcelona, 1635, llámase á aquel personaje *Perobotello,* es decir, de igual modo que los portugueses. También Covarrubias escribe *Pero Botello.* Es cosa que conviene advertir, en relación con las palabras de Pinheiro. *(N. del T.)*

No tenían los hombres de la época hacia Valladolid el menosprecio que vimos dedicarle á Rosseeuw Saint-Hilaire; ya anteriormente, en Milán, apareció en el año de 1633 todo un volumen in-folio declarando las *Eccelenze della città di Vagliadolid,* gracias al entusiasmo escriturario de Fr. Antonio Daza (1). Del júbilo por el suceso aludido, quedó inmediatamente en literatura, á más de otros, un documento, con el volumen en 4.º y en latín *Augustissimo Philippo Dominico Hispaniarum principi recens nato...* (1606).

Copiosamente refiere Tomé Veiga todos cuantos festejos en Valladolid se celebraron en aquel instante y por tal motivo; mas el interés de su escrito proviene hoy de las observaciones y divagaciones que intercala abundantemente en la sencilla crónica de las públicas festividades; su variada y amplia ilustración le suscita en todo momento reparos ingeniosos y le procura curiosas observaciones.

No agradará ciertamente á todos; como no agradaría, por ejemplo, á Kopke y Costa Paiva, editores en 1838 del *Roteiro de Vasco de Gama,* cierto pasaje, á la verdad exquisito, de nuestro chistoso y juntamente sesudo autor. Refiérome á la anotación de aquéllos á la página 28, líneas 29 y siguientes de su publicación: «los marineros de ellas tienen agujas de brújula por que se rigen y cuadrantes y cartas de marear.» En el pasaje llámase la atención del lector por tenerse aquí un testimonio más de la antigüedad de la brújula y de los instrumentos de astronomía náutica entre los pueblos que navegaban los mares orientales. Recuérdase lo que á este propósito escribió Antonio Ribeiro dos Santos en el quinto tomo, parte primera, de la *Hist. e Mem.* de la Academia Real das Sciencias. Y se termina con estas palabras severas: «Cuanto á la ridícula aserción de que Vasco da Gama aprendió de los pilotos de estos mares el uso de la brújula, y á su regreso la introdujo en Europa, no precisaba para su refutación de este pasaje.» Sin embargo, los rumores más inexactos tienen su origen, como las noticias más cautelosas; y, en este punto, es singular en hombre tan instruído como Tomé Pinheiro da Veiga (conf., en las lozanías del terso estilo de Filinto Elysio, cierto adecuado y largo fragmento de Jerónimo Osorio), el lance siguiente, en la enumeración de los prodigios modernos:

> La navegación de nuestras Indias orientales, conocidas mas no exploradas; la navegación por medio de la brújula por el Oceano, que se halló valerse de ella á los indios en Mozambique, porque hasta entonces no se navegaba sino el Mediterráneo, y costeando por el Oceano, como fué D. Vasco da Gama, *hasta que de allí trajo la invención*; mas consta que ya en el año de 1300 la había hallado Juan Gioia de Amalfi, á que otros llaman Flavio Campano; otros dicen que un flamenco de Brujas.

No me propongo aquí la resolución de éste como de otros puntos que episódicamente esmaltan el relato placentero de Tomé Pinheiro da Veiga, mas preséntolos ahora á la sagacidad ajena y á la ajena erudición.—Conf. los artículos de Pascual de Gayangos, sobre el manuscrito de la Biblioteca del Museo Británico, «aunque acéfalo y algún tanto mutilado, con el título postizo de *Memorias de Valladolid*». Son cinco (reunidos después en un folleto), bajo el epígrafe de «Cervantes en Valladolid». Salieron en la *Revista de España,* números de 25 de Abril, 25 de Mayo, 10 y 25 de Junio y 10 de Julio de 1884. A estos artículos se refiere D. Felipe Pérez y González en su sugestivo estudio «Don Quijote antes del Quijote», inserto en *La Ilustración Española y Americana,* 1905, Junio, Julio y Agosto. Los números tratando de Tomé Pinheiro da Veiga son los 27 á 30.—Conténtome con mostrar de este modo la exuberante amplificación á que se presta un texto olvidado y fértil en disertaciones, tan sabias como honradas.

Es evidente que el autor había de estar contagiado de los intolerantes prejuicios de su tiempo; mas á la vez cumple hacer justicia á sus intenciones benévolas para con el sectarismo, que él celebraría ver salvo de la inevitable perdición.

En este criterio, ciertamente humano, son instructivas las referencias motivadas por la embajada inglesa venida á Valladolid y honrada con el recibimiento gallardo tras la paz dichosa; curiosa de conocer, sin duda, la pintoresca galantería de las damas españolas para con los herejes, tan abominados cuan estimados. En esas fugitivas

(1) Es traducción del libro *Excelencias de Valladolid,* de Fr. Antonio Daza. *(N. del T.)*

sonrisas de una sociabilidad humana genérica, el inglés Buckle quizá se decidiese á atenuar un poco el horror del cuadro magistral que trazó de la decadencia lastimosa de aquella época, en el capítulo XV de su obra austera y grandiosa.

Sorprenderíale, ciertamente, la inmensa alegría, la exuberante satisfacción del vivir social español, el júbilo de existir, todo ello, no obstante, en tan calamitosa ocasión: Tomé Pinheiro da Veiga no se cansa de gozar con aquel contentamiento inagotable, que tanto contrasta con la taciturna melancolía portuguesa. Cuán inmensa es la distancia que hay, exclama Tomé Pinheiro da Veiga, «de la melancolía y nublado portugués á la buena sombra y alegría castellana: unos, murciélagos tristes, y otros, jilgueros alegres». Asimismo, no disimula la vergüenza de nuestros defectos: nuestro *fidalguismo,* la violencia de nuestras costumbres, escasez de afabilidad, falta de galantería, grosería y rudeza. En los concursos de gente se aquilata bien la diferencia. «En estas ocasiones se ve bien la largueza de los corazones de la gente castellana y cortesía de todos, pues en tanto encuentro, tanta apretura y tanta libertad, no hay una pelea ni un matón ó pícaro de los nuestros, que, como decía una castellana, hacen *un mimo de Portugal,* que es dar un pellizco que lleva medio brazo ó la pantorrilla á una pecadora, que va cojeando media hora; y, como si dieran lanzada á moro, se van á alabar de ello.»

El galante Tomé extasíase en la viveza de las españolas, porque «por maravilla les dice un hombre cosa bien dicha á que no respondan otra mejor; mas, así como tienen pico, no tienen pluma, porque no escriben tan bien como las portuguesas; todo depende del ejercicio.» Contra la falta del ejercicio de las portuguesas con indignación protesta reiteradamente, pintándolas clausuradas y oprimidas por la tiranía doméstica; y en esos pasajes demuestra súbita y contradictoriamente, una insaciable ambición de cultura progresiva, muy de extrañar en período tan opuesto al sacrilegio de las novedades.

Estando á la sazón unido Portugal á España, por la concurrencia de dos coronas regias en una sola y única cabeza de imperante, inquiétanos la preocupación de saber cómo portugueses y españoles coexistían en sociedad; esto nos estimula á indagar qué relaciones de deferencia y cortesía mantenían entre sí. El manuscrito es precioso á este respecto, por los bocetos luminosos que proyecta, en las rivalidades de la charla, en espectáculos organizados, hasta de farsas y burlas. Son los mismos apodos recíprocos de hoy, por lo que concierne á la jactancia y fanfarronería que los castellanos nos atribuyen pródigamente á los lusitanos, representados como pobres, tristones, vengativos, desconfiados, *sebosos* (puercos), disimulados y soberbios. ¡Es un primor!

Mas no se crea que se aguanta la injuria: contéstase fría y plácidamente y también las oyen frescas y bonitas. Los castellanos del tiempo ridiculizaban á los portugueses porque no sabían discurrir y chancear, hablar y holgar sino suciamente, á la manera maloliente conferida en los modernos días á los franceses, á juicio de los cuales, si los representa fidedignamente su Victor Hugo, la más bella palabra del diccionario, pronunciada en Waterloo por un general valeroso, aunque heroica no trasciende á perfumes. Mas los portugueses retrucaban pronto, enérgica y bruscamente, bien que el castellano tomase las cosas como las decía y eran dichas, esto es, á risa. En fin, si fuese de veras, mortal sería el denuesto, y fingido resultaría el teatro de Lope de Vega y Calderón, donde el marido ultrajado es el médico de su honra, sangrando á la falsa é infiel.

Demasiado me demoré en cuestión espinosa: no obstante, los pasajes escabrosos no sólo son interesantes como informativos, sino también como educativos.

Por todas las razones, pues, pensé siempre que sería excelente dar por fin á este escrito inédito la sanción de la publicidad mediante la imprenta: raramente descuellan en nuestras letras los libros joviales y atrevidos, á medida que ascendemos en tiempos; y en prosa las lucubraciones alegres no merecieron grandemente el cultivo de nuestros antepasados. Ahora bien, el manuscrito de Tomé Pinheiro da Veiga es un aljófar placentero, por donde corre murmurando el agua de jocundo riego de anécdotas maliciosas; es un vivero brioso de proverbios explicativos;

es una sementera inagotable de locuciones vivaces y de réplicas discretas. Préstase como ninguno á la ilustración de comentarios doctos y serviría aun hoy para deshacer la tristeza de los afligidos y disgustados.

Si el dolor y la desesperación no pueden ser susceptibles sino de la misma representación estética, si todos lloran de idéntica manera, cada uno ríe de diferente modo; así, la jovialidad presenta modalidades múltiples de expresión literaria y artística. Ahora bien, en una gente tan esencialmente melancólica como la nuestra portuguesa del tiempo pretérito, es bien, porque es útil, inquirir cuándo, cómo y por qué los antiguos portugueses reían.

Tomé Pinheiro da Veiga fué uno de nuestros raros antiguos que rió en prosa. Él mismo siente su originalidad; reconócese discordante; su mérito particular no le pasa inadvertido y aprende su singularidad: no se desdeña de ella; con ella juntamente huelga y se complace.

Y, sin embargo, una miseria terrible se extendía latente, justificando el áspero concepto de Michelet para con la literatura española, representada por la novela picaresca. En el esplendor de Carlos V, Michelet no se deslumbraba, gracias á la disonancia de la literatura mendicante, arte de pedigüeños y bandidos. En tiempo de Felipe II, las rudas reivindicaciones de la vida material descúbrelas Forneron expresadas en aforismos toscos, «filosofía de famélicos», según la llama en una frase feliz. La mácula característica de esa sociabilidad primitiva é imperfecta aparece, como no podía menos, en nuestro portugués. Explana el móvil de su trabajo y dice: «Mi intención fué que cuando mis buenos nietos lean estas memorias á la solana, puedan decir: En el tiempo en que nació el príncipe Felipe Dominico estuvo nuestro abuelo, que come la tierra fría, viendo en la corte tantas fiestas sin un real en la bolsa. Aquel era tiempo de Dios, y hombre de valor, que, sobre hambres tan largas, al son de los remoques del estómago, se ponía á componer sonetos y cronologías de esta manera.»

Entre tanto, pues, las graciosidades reunidas diligentemente por Tomé Pinheiro da Veiga perdíanse en el confuso olvido de los estantes de las librerías públicas y de algunas particulares. La copia que poseo también está amarillenta y lustrosa; la tinta va desapareciendo; otro espacio igual de tiempo recorrido, y el texto será del todo ilegible.

En esta colección de manuscritos inéditos ahora dados á la estampa por la Biblioteca Pública Municipal de Oporto, comenzó por publicarse el libro de la *Corte Imperial;* después se publicó el de la *Virtuosa Bemfeitoria,* del Infante D. Pedro; y se anunció que seguiría á éste la obra de Tomé Pinheiro da Veiga, *Fastiginia ou Fastos Geneaes,* etc., promesa que se cumple hoy. La publicación se ha hecho según la norma, de conformidad rigurosa con el códice escogido, aun en la fidelidad intencionada á las incorrecciones de la grafía de los idiomas usados, tanto el nacional como los extraños, los vivos y los muertos. Ese fué el canon á que obedecieron las publicaciones anteriores; á él obedece asimismo ésta.

Me serví, para hacerla, de mi copia, de las dos de la Biblioteca Municipal de Oporto y de otra más, deficientísima, que espontáneamente me facilitó el benemérito bibliófilo Aníbal Fernandes Thomaz, cuya muerte prematura deploran todos cuantos estiman las letras patrias.

Tanto en la publicación actual como en las dos congéneres anteriores, trabajó conmigo, con asiduidad é inteligencia, el amanuense de la Biblioteca de Oporto, snr. José María Augusto da Costa.

José Pereira de Sampaio

FASTIGINIA Ó FASTOS GENIALES [1]

PROEMIO DE GUEVARA

Porque en la pragmática de las cortesías y gorras de rebozo, con los títulos de cartas, olvidó el autor prohibir los proemios de los libros, me fué forzoso, como á los demás pecadores, andar limosneando (2) y buscar algún amigo letrado, versado en los dichos de los siete sabios de Grecia y el arte de la Doncella Teodor (3), para que me hiciese un proemio que yo pusiera á mi nombre, y componer un soneto mío para ponerle á nombre ajeno (como todos hacen). Con esta traza saco á luz mi proemio adoptivo; y salió á luz dicho proemio como ahora veréis:

Amigo lector y amiga lectora: Angelo Policiano (año de 1580, lib. 2, epíst. 5), famoso gramático del tiempo de nuestros mayores (1), satisfaciendo la queja de un amigo agraviado de no escribirle, por no tener sobre qué, le escribió de la siguiente manera, sin quitar ni poner: *Questus es quod non scripserim; jam escribo. Vale;* lo cual, traducido á buen romance *de verbo ad verbum*, viene á ser: Os quejasteis porque no os escribí; ya os escribo. Nuestro Señor os guarde, etc. Yo no tenía nada de qué hacer proemio, mas puesto que no hay auto sin loa, banquete sin preferencia, posta sin postillón, castellana sin Don y libro sin proemio, conformándome con Policiano, pues la costumbre es hacer del proemio carta, hago de esta carta proemio. *Plaudite, seu explodite; in utrumque paratus.*

Heme muy inquieto y alegre con mi proemio. No faltarían bellacos que dijesen que parecía abortivo ó sietemesino; por taparles la boca, me

(1) El título de estas memorias, que ofrece alguna discrepancia en los manuscritos, creo que ha de ser indudablemente *Fastiginia* (de *gigno*, γίνομαι). Tal lo demuestra el mismo autor al agregar en el subtítulo, á modo de explicación, *ou fastos geniaes*. Y como *genial*, de *genio*, significa en una de sus acepciones *festivo* ó *propio de fiestas*, es claro que Pinheiro quiso que su libro contuviera los fastos de las fiestas ó diversiones habidas en la corte de Felipe III.

En la edición de Oporto aparece reproducida la humorística portada de uno de los manuscritos, que dice así: «Fastiginia, ov Fastos Geniaes. Tirados da tumba de Merlim, cõ a demanda do Santo Grial pelo Arcebispo D. Turpin. Descubertos, e tirados a luz, pelo famoso Lusitano Fr. Pantaliaõ de Aueiro, q̃ os achou em hũ Mosteiro de Calouros, cõ o seu itinerario.—Sub signo cornucopiæ Cornuaria in foro Boario. —Excudebat Cornelius Corneles ex genere Corneliorum; a custa de Taimes de Tempe, cõprador de liuros de ciualaria.»

(2) *Aos Fieis de Deus*, dice el autor. *Fieis de Deus* son los que no tienen quien les haga el entierro.

(3) Alude el famoso cuento de *la doncella Theodor*, que, procedente de *Las mil y una noches*, ya en el siglo XIII ó XIV se tradujo del árabe al castellano. La edición más antigua de que se tiene noticia, es de 1524. Knust la reimprimió en 1879, con arreglo á dos códices del Escorial. La doncella Theodor sabía «la ley e el libro... mas los quatro vientos e los siete planetas e las estrellas e las leyes e los mandamientos e el traslado e los prometimientos de Dios e las cosas que crió en los cielos, e... las fablas de las aves e de las animalias e la física e la lógica e la filosofía e las cosas probadas, e... el juego de axedres, e... tanner laud e canon e las treynta e tres trobas, e... las buenas costumbres de leyes, e... baylar e sotar e cantar, e... labrar pannos de seda, e... texer pannos de peso, e... labrar de oro e de plata, e... todas las otras artes e cosas nobles.»

(1) Angelo Ambrogini, más conocido por *Policiano*—de *Montepulciano*, su pueblo natal,—nació en 1554 y murió en 1594. Refiérese aquí Pinheiro á sus interesantes *Epístolas*.

puse en calzas y en jubón, y revolviendo los archivos de mis memorias, y reformándolo con el uso, lo junté á lo precedente como codicilo, y salió el dicho proemio de la siguiente manera:

Ocioso señor y desocupada señora:

Cuánto mejor ahora os estaría á vos tomar vuestro libro ó vuestro rosario, y á vos vuestra rueca ó devanadera, que poneros á malgastar el tiempo en leer estas impertinencias y ociosidades, de otro holgazán tan ocioso como vos. Y será bien sepáis ahora (amigo lector) lo poco que me debéis, porque yo primeramente no soy tan repúblico como los Codros y Decios y otros fatuos que, porque se dijere de ellos que murieron por la patria, se enterraron vivos, ni tan celoso de vanagloria y escuadriñador de los secretos de la naturaleza que, por dejar memoria como Empédocles, ó descubrir la naturaleza del Etna, me deje abrasar en él como Plinio; que, en cuanto á mí, ni pierdo el descanso presente por las esperanzas de lo que vendrá [de honra futura] ni quiero cambiar trabajos tan ciertos por el interés de agradecimientos tan dudosos: cuanto más que bien poco se puede seguir de averiguar si los adornos de los golpes de las calzas del conde de Puñonrostro, ó quinto nieto del Gran Capitán, fueron pajizos ó nacarados, que en esto viene á resumirse el tema de este discurso. En fin, confieso que no soy tan abnegado que, por daros motes que glosar, me ponga á componer epitafios que coloquéis en mi sepultura. Todos estos pasos anduve por esparcimiento mío y de mi santo cuerpo, sin acordarme de si naceréis ó si moriréis. Si os parecen bien, Dios os lo pague; si mal, tan amigos como antes. En una cosa me haréis merced; y es que no os metáis ahora en ser Censorino, porque, si gustáis, gustemos todos, y si zumbáis, ¿qué sería si yo no hubiera zumbado de antemano? No me debéis nada, nada os pido; ni por amor vuestro busqué estos pasatiempos, ni por amor á mí quiero que os metáis en esos cuidados; por mi gusto lo ví, por mi complacencia lo escribí; no disculpéis mis faltas ni encomiéis mi trabajo; si alguno me costara, no somos tan amigos que por haceros enseñar las encías, hubiera de quemarme las pestañas. Veo que me decís que está en mal estado hombre tan enamorado de su gusto; esas cuentas (amigo lector) las daré á Dios y á mi confesor, que de vuestro juicio bueno ó malo, ¿qué se me da á mí? Y con todo, para atajar á los bellacos, oye: Mi intención fué que, cuando mis buenos nietos lean estas memorias á la solana, puedan decir: En el tiempo en que nació el príncipe Felipe Dominico, estuvo nuestro abuelo, que come la tierra fría, viendo en la corte tantas fiestas, sin un real en la bolsa; aquel era tiempo de Dios, y hombre de valor, que sobre pelar hambres tan largas, al son de los remoques del estómago se ponía á componer sonetos y cronologías de esta manera. Y no se acordarán de los repelones y codazos que en el sarao llevé, y de una capa de bayeta nueva de sesenta y nueve hilos (que siempre se me acordará) que saqué despedazada el día del bautismo, dejando, en lugar de librea como los otros, la mitad en la puerta, como S. Martín. Y qué contentamiento tendría yo de verlos canonizar estas cosas por Evangelios, no recordando que las dos partes son finas mentiras, antes que me lo digan.

Una cosa acostumbran hacer los modestos cronistas, que es pedir á los lectores críticos enmienden sus faltas; yo os aviso que no os metáis en enmendar nada, porque yo soy discretísimo en extremo, y todo va muy cortesano y muy bien escrito. Y si decís que no, yo digo que sí; y entre dos testimonios encontrados, más fe se debe dar á un cronista real, como yo, que á un curioso impertinente, como vos, que se pone á censurar estas ociosidades y mentiras.

No me enfado con los Momos, Zoilos y Xenófanes, y análogos gorgojos de los sembrados ajenos; si de eso gustáis, amigos míos, decid lo que quisiereis, que yo digo que mentís, y que sois unos grandísimos bellacos ociosos: y, siendo desmentidos, quedáis por sospechosos, y si os dais por afrentados, idme á esperar al Prado de la Magdalena; sino, sufridme la cólera, ó esperadme en el Horno de la Cal, como Busaranha. *Satis de quærere. Vale et iterum vale.*

TURPIN

Tomé Pinheiro da Veiga.

DEDICATORIA

FRAY PANTALEÓN Á JORGE CALEPINO

Amicus amico bene bibere
et lœtari.
Idem ego.

Alter ego, llegaron los antiguos filósofos encarecedores del amor á llamar al verdadero amante, entendiendo que por medio del afecto recíproco se venían á unir las almas, de manera que no teniendo mi amado otra voluntad que la mía, venga á ser otro yo; y, midiendo yo los bienes y males propios por los suyos, nos vengamos á confundir de suerte que vengamos á ser yo otro él. Mas, siendo verdad que la presencia del alma es la que da sér al cuerpo, y siendo así que dice el Macías cristiano, *S. Bernardo,* que más está el alma donde ama que donde anima, se quedaron cortos los antiguos filósofos, y convictos de herejes de amor, al dividir á los que él juntó, pues siendo vos el mismo yo, no quieren que seáis sino *alter ego.* No forma solamente el amor, sino que transforma, y por la introducción del nuevo espíritu, da como nuevo sér, de manera que, en tanto que os amo, quedo para conmigo siendo otro, y para con vos el mismo vos. Por donde con razón puedo decir que, por virtud de esta transformación, más eficaz que las de Ovidio,

Leonor, que amores tem,
já não he quem d'antes era.

De aquí proceden aquellas jerigonzas con que se entienden los amantes, llamándose vida mía, alma mía, corazón mío, porque mi amado me tiene el corazón con que vivo, el alma que me sustenta y la vida de que proceden todas mis acciones y por que regulo el gusto de ellas. De aquí nacen aquellas filosofías amorosas—*partir sin alma*—y *ir con alma ajena,* y aquellos imposibles tan averiguados:

Quitásteme en Leandro á mí la vida
que, á no ser muerto yo, no fuera muerta,
(Conde de Salinas)

entendiendo que, para morir Leandro, era necesario buscara la muerte su alma en Hero, y para perecer Hero, quitarle la vida en Leandro.

Instituyó Dios el sacramento del matrimonio para propagación del género humano y disminución de los excesos de la carne; dióle por ley que sean dos en un cuerpo. En el sacramento del verdadero cariño, da el amor puro por ley que sea un alma en dos individuos: de manera que en el matrimonio quedan siendo como dos almas en un cuerpo y en el amor puro un alma en dos cuerpos; y como el mismo espíritu manda á dos brazos, la misma alma anima á dos amantes. Cese, pues, la herejía de los filósofos profanadores del amor—*et quos amor conjunxit, homo non separet.* Sea el amante *idem ego,* y no *alter ego.*

Son los verdaderos amigos Cástor y Pólux, que con una sola vida inmortal se inmortalizaron ambos. Son los casados como otro Gerión, que conserva diversas almas en un solo cuerpo; de donde se infiere que, apartándose los casados, parece que rompen el vínculo del matrimonio, mas

dividiéndose los amados, no se dividen las voluntades ni el vínculo del amor. ¿Qué casamiento es el de aquél que está en Goa, y D[oña] Violante en la *rua dos Cavalleyros*, si, en apartándose Eva de Adán, luego encontró diablos con cara de damas que le tentasen? ¿Y qué inconveniente hay en separarse los amantes, si á imitación del alma misma, que anima los dos brazos, los está el amor vivificando á ambos? Cánsense ahora los filósofos en averiguar si un mismo cuerpo puede estar en dos lugares y, por el contrario, dos cuerpos ocupar un mismo lugar; que vosotras, señoras, me enseñasteis esta verdadera filosofía, con que ya no dudo que en la jerigonza de amor en una voluntad se pueden unir dos almas y un mismo amor gobernar dos voluntades.

Esta unión se ve por los efectos, dejando separadas las cosas y fundidas las potencias del alma, la memoria, el entendimiento y la voluntad, porque, en cuanto á la voluntad, la primera cosa de que se enseñorea el amor es la voluntad libre del amante, no dejándole reliquia ninguna de la propia, sino en cuanto no tiene otra más que la del amante. Ahora entenderéis un texto intrincado en que la sabia negra dice: «Francisco Fernández, corazón de mi voluntad, ¿por qué venís tan tarde?» «Corazón de la voluntad» por «voluntad del corazón» llama al negro la mujer, por transposición, á imitación de los místicos susurros; prestar, enviar su manto para ir á la iglesia de San Pablo, y á imitación de Ovidio, que por decir que quiere cantar los cuerpos cambiados en nuevas formas, dice que ha de cantar las formas cambiadas en nuevos cuerpos y Virgilio—*onerantque canistris dona laboratæ* (1)—y Lope de Vega—*Sin remedio de esperanzas;* de suerte que el amado es la misma voluntad del corazón.

En cuanto al entendimiento, nunca con más razón dijo Francisco de Sá de Miranda:

> O entendimiento, que he nosso,
> não nolo querem deixar.

Porque el amor, como poderoso, por medio del cautiverio de la voluntad, ciega los ojos del entendimiento; y así cumpliremos la ley de San Pablo sujetando el entendimiento á los secretos incomprensibles de la fe, como un pobre amante le sujeta á cuantos embustes y trapacerías me dicen que hace una amiga suelta y libre, dándole tanta fe que se la oyó llamar, por metonimia, al amor fe, y ser lenguaje de los enamorados «guardar fe» y «adorar». Bien entendió Ovidio esta verdad, cuando la hermosa Filis, quejándose de Demofonte, dice:

> Fallere credentem non est operosa puellam,
> Gloria (1),

y como si fuera lo mismo creer y querer, y engañar á quien quiere, ó á quien cree, porque el amante que tiene el entendimiento libre para no creer, tiene amor que le obligue á querer.

Resta la memoria, la cual, como sea archivo fiel, que no sufre corrupción, antes inviolablemente guarda lo que la entregan, es imposible unirse: y este es el mal que trae la ausencia, verificando la queja que tenía Simónides de la memoria, dejando reinar el recuerdo del tiempo pasado, de donde proceden las *saudades* (2); porque aunque estén conformes las voluntades, representa la memoria la falta del bien que logró y del que pudiera tener. Por donde comprenderéis una excelente definición de las *saudades*, del negro de Coimbra, que, preguntándole doña Felipa de Castro qué cosa era la *saudade* de que se quejaba, contestó: «Señora, *saudade* es una cosa como hallar menos». ¿Qué cosa se podrá decir más propia y cortesmente? Porque, á la verdad, en la ausencia, hallando menos una persona á su amado, no se halla á sí misma, y parece que se encuentra robado á sí propio; y además que, conforme á la frase ordinaria:—no me hallo sin fulano; no estoy en mí. Porque, cuanta más ausencia parece que aleja y deja á un hombre en sí, tanto más lejos deja de estar.

---

(1) *Eneida*, l. VIII, v. 180.—En la transcripción de frases y versos latinos, italianos y castellanos, corrijo no pocas erratas.

(1) *Heroidas*, Filis á Demofonte, v. 63.

(2) No hay una palabra castellana que corresponda á la portuguesa *saudade*. Suele definirse como «recordación suave y melancólica causada por la ausencia de una persona querida, de la patria, de una época feliz, etcétera.»

Ahora, porque la ausencia á las veces es forzosa, y la fidelidad de la memoria no causa división en el afecto, acostumbran los amantes á no tener secreto ninguno sin comunicarle entre sí, y en la ausencia darse cuenta por carta de sus sucesos, y así, estos días, en que me pudieran causar mucho contento las fiestas, que vuestras memorias me convirtieron en tristezas, os quise dar cuenta de las que vieron otros con regocijo, para que, siendo vuestras, comiencen á ser mías, porque entre tanto soy peor que el avaro, á quien tanto falta lo que tiene como lo que no tiene, pues me sirven las ocasiones de gusto de despertar en la memoria las *saudades* y con el recuerdo de la alegría que pudiera tener con vos, sentir las penas que me causa verme sin vos; y acordándome de aquella sentencia

quas dederis solas semper habebis opes (1),

con que Marcial nos enseña que sólo los bienes que se dan á los amigos son los que se poseen, me quiero enriquecer con poner en vos mi tesoro, pues, cuanto más rico soy, tanto más guardo en él; cumplo juntamente en este reconocimiento otras dos leyes: la primera del amor, que manda que las cosas de los amantes sean todas comunes; la segunda, de los jurisconsultos, que quieren que todo lo que adquiere el esclavo, lo adquiera para el señor:

Que los bienes del cautivo
del señor son á la clara.

Obligóme más el saber que tenéis compuesto un itinerario de vuestras peregrinaciones, y me pareció que, como cómplice en el delito (porque no sacase á plaza vuestras mentiras), halagaríais las mías, y romperíais los obstáculos por abonar mi causa, pues la hacéis vuestra, que todos somos del *Molino;* y, viniendo á las buenas, digo, señor, que como estas fiestas fueron en primavera y en Pascua de Flores, quise adornar la historia con ellas, entreverando los públicos con los particulares sucesos, y enriqueciendo las libreas de los galanes con las joyas y flores de los dichos de las damas y fregonas de la corte, con afirmaros que pasó todo en verdad, y que ellas ponen la piedra y yo (cuando mucho) la cal, juntando sus dichos, con quitarles mucho de su gracia. Experiencia tenéis de la corte, de la facilidad de la conversación, viveza y presteza de las respuestas de las damas castellanas; y en aquella conjunción de alegría universal, y con el asiento de la corte, está Valladolid otra de la que dejasteis, y hoy en ella todo lo bueno de España, pues de Granada, Sevilla, Toledo y hasta de Francia, vinieron infinitas personas á ver las fiestas, y tras de los hombres, las damas, *la gala de Medina, la flor de Olmedo* (1), y los Lanzarotes é Iseos de la Gran Bretaña.

Teníamos colegio de celibato, donde hacíamos recordación de los sucesos del día; halléme ocioso y sin cuidado presente, más que aquel imposible que, como hábito del alma, se tiene eternizado con ella, amor tan puro y secreto que aun la dicha señora no sabe de él, y como no tenía particular, me aproveché de la libertad general; y no extrañaréis la memoria de Simónides, Xerxes, César y Apolonio, porque bien sabéis que una conversación de éstas es para mí una mina, y como no tengo otra India, el Potosí de mis riquezas es la pesquería de estas perlas. Soy más devoto de Flora que de Pomona, y gusto más de los jardines de una, que de los pomares de otra; os doy las flores que aprecio, y no la fruta que desestimo. Como no soy dañino, conténtome con coger las rosas sin herirme en los rosales; tomo las cosas como las crió la naturaleza: quiero las flores del arbusto para flores, y no para hacer alcaparras con ellas. En este estado de inocencia me conservo en el Paraíso, porque no quiero tocar la manzana que me rompa los dientes: cuanto más, que la fruta de la corte, ya sabéis que la barata es cara, y la buena es verde,

(1) Verso final del epigrama *Amicis esse donandum (Epig.*, V, 42).

(1) Alude al famoso cantar:

De noche le mataron
al caballero,
la gala de Medina,
la flor de Olmedo,

basado en una tradición muy interesante, que Lope de Vega utilizó para su comedia *El Caballero de Olmedo*.

como decía la raposa: *lo que puedo te doy;* y pues salió el triunfo de negras, concluyo diciendo, si no me engaño con vuestra condición:

Tomad flores, mis amores,
pues sois amigo de olores.

Ama terni e estate allegramente.

Quiere decir:

FLORET. AD ÆSOPUM

Æquè Deo grata est requies moderata labori (1).

ALD

Non semper arcum tendit Apollo (2).

GARCILAS

Para que nuevo aliento el alma tome
para volver al curso trabajoso.

Descansan al labrador
para que al trabajo torne.

Vemos del buey espacioso
sin coyunda la cerviz (3).

MARS. FIC. *De vita longa.*

Interest aliqua pueritiæ repetere, impossibile est enim corpore juvenescere, nisi animo priús repuerascas (4).

(1) *¿Epigrammata ex libris Græcæ Anthologiæ à Q. Septimio Florente Christiano selecta et latine versa?*

(2) *Ald.*, sin duda por errata.

(3) Poca exactitud tiene Pinheiro en sus citas. Garcilaso, en la égloga segunda (v. 93 y 94), dice así:

Basta para cobrar de nuevo aliento
con que se pase el curso trabajoso.

En cuanto á los otros versos que cita aquí Pinheiro, no son de Garcilaso.

(4) *Marsilii Ficini Florentini, Medici atque Philosophi insignis, de Vita producenda, sive longa.* Marsilio Ficino, que á menudo insiste en la misma idea, se expresa realmente de este modo en el lugar de referencia: «Difficilimum nanque est (ut ita dixerim) rejuvenescere corpore, nisi ingenio prius repuerascas.» (Cap. VII: *Diæta victus et medicina senum).*

FLORE

In quamcumque Deus tibi fortunaverit horam,
Grata summè manu, nec gaudia differt inanium.

MARC

Non est, crede mihi, sapientis dicere, Vivam.
Sera nimis vita est crastina: vive hodie (1).

IDEM

Cras vives? hodiè jam vivere, Posthume, serum est;
Ille sapit quisquis, Posthume, vixit heri (2).

ALCI

Dum puero juglans, juvenes dum tessera fallit.
Sermonis pueri non tristis gratia redit.
Quod quod facis populus candida lingua reffert (3).

CATULLUS

Nam castum esse decet pium poetam
Ipsum: versículos nihil necesse est (4).

OVIDIUS

Crede mihi, distant mores à carmine nostri.
Vita verecunda est, Musa jocosa mihi (5).

AUSONIUS

Salva mihi veterum maneat dum regula morum.
Ludat permistis sobria Musa jocis (6).

ADRIAN. IMP. De Voconio.

Lascivus versu, mente pudicus erat (7).

Delicta juventutis nostræ ne memineris, Domine (8).

(1) *Epig.*, I, 16: *Ad Julium.*

(2) Versos finales del epigrama *Ad Posthumum* (V., 59).

(3) El primer verso es de los *Emblemas*, de la dedicatoria á Conrado Peutingero. Los otros dos, no creo que sean de Alciato.

(4) *Ad Aurelium et Furium.*

(5) *Tristes*, l. 2.°, v. 353.

(6) Ausonio, *Epigrammata:* IX, *De suis poematis.*

(7) Adriano, en su elogio de Cayo Voconio, poeta hispano-latino que floreció en los comienzos del siglo II.

(8) Como el salmo XXIV, vers. 7: *Delicta juventutis meae et ignorantias meas ne memineris.*

PROTESTA DEL AUTOR

Tended la mano, señores, porque no tengamos después en qué entender. Antes que leáis protesto que, si hallareis algún punto del discurso que os suene mal, que no os escandalicéis, porque yo nunca estudié Teología, y diré desde uno hasta trescientos despropósitos, porque soy un asno: arar y andar. Fuera de esto, si hallareis alguna necedad, dejadla estar, que así me importa acomodarme con los oyentes, para que me entiendan; y si os pareciere suelto en las palabras y poco modesto en las historias, acordáos que sólo en la casa del ladrón no se habla de cuerda, mas el profesor de la pureza, como yo, tiene más libertad para hablar sin calumnia: por lo que dice Petrarca, escribiendo de Cicerón, que mejor sufre la mala filosofía y buena vida de Epicuro, que la buena filosofía y mala vida de Cicerón. Y me disculpa Marcial, que dice: *Lasciva est nobis pagina, vita proba est* (1); y S. Pablo os dice:

Omnia probate, et quod bonum est, tenete (2).

TURPÍN.

(1) *Epig.*, I, 5: *Ad Caesarem.*
(2) En la exhortación primera á los tesalonicenses.

LA FASTIGINIA

Preludio de las solemnidades que precedieron á Semana Santa.

(1605)

Porque los castellanos este año (por razón del nacimiento del Príncipe en Viernes Santo) anticiparon su Pascua de Flores, haciendo de Semana Santa Navidad, os quiero contar algunas particularidades que observé, que usan en la administración y ceremonias de los oficios de esta Semana, diferentes de la costumbre de la Iglesia en Portugal.

Al reservar el Santísimo Sacramento, no le dejan en custodia descubierto, que se pueda ver, sino en unas arquetas que tienen para este efecto, donde, en presencia de un secretario ó escribano, con testigos (que para esto llaman) le guardan; y, cerrando el arca, entregan la llave á un hidalgo de los más principales de la feligresía, que le pone el sello con su marca, y de todo hace el escribano un auto y da fe; y lo mismo se hace al abrir, todo aludiendo á la forma que tuvieron los soldados de Pilatos en el sepulcro de Cristo Nuestro Señor, conforme lo leemos en los Evangelios: *Signantes lapidem monumenti* (1), y largamente lo prueba Baronio en sus *Anales*, en el año 34. Estuve al reservar en el Carmen, donde entregaron la llave al embajador de Francia, haciendo del ladrón confidente, aunque éste muestra ser cristianísimo.

Las iglesias se cubren de brocados, telas y damascos bordados, aun la más humilde ermita, que me pareció cosa de grande majestad: es una de las en que más se deja ver la riqueza y grandeza de España; porque las iglesias son tantas como luego diré, y tapizan el interior de todas ellas, y no es preciso para ello desguarnecer ningún señor sus casas, porque son de las sobrantes. En todo lo demás hay poco concierto y aparato y menos curiosidad; y los sepulcros de Lisboa y de otras partes, llevan en todo mucha ventaja, en la invención, curiosidad y devoción con que se hacen (1).

Lo ordinario es recorrer las iglesias de día, porque como aun las más encerradas doncellas tienen los días todos por suyos, no quieren sufrir el sereno de la noche; y como en las devotas es la devoción poca, y las que no lo son no tienen necesidad de aprovecharse de estas ocasiones para salir de casa, teniendo siempre la puerta abierta, recógense con tiempo; y así, en anocheciendo, hallé las más de las iglesias sólo con el sacristán, y solamente se encuentran por las calles algunos hidalgos alocados, que se andan disciplinando, con doce ó catorce hachones delante, y ellos con sus zapatos blancos, ropillas de holanda cruda, y sus divisas y copetes, como esta noche topé al conde de Saldaña, hijo menor del

(1) *Signantes lapidem*, dice el Ev. de San Mateo, cap. XXVII, v. 66.

(1) Algo muy parecido dice sobre este particular Barthélemy Joly, viajero francés que anduvo por España en los años 1603 y 1604. He aquí lo que Joly, con su arcaica y singular ortografía, escribe para encarecer la riqueza que las iglesias de Valladolid ostentaban en Semana Santa: «Pendant la sepmaine saincte, nous allions considerans les reliques, images, croix, calices, custodes, repositoires, croces, mitres, chasubles, ornemens en or, argent, pierreries, que vismes en dix ou douze eglises, de valeur, comme il nous fust dict, de deux millions d'or.» (*Voyage de Barthélemy Joly en Espagne*, publicado por L. Barrau-Dihigo. *Revue Hispanique*, t. XX, n. 58).

duque de Lerma, y más allá topamos una cuadrilla de genoveses con diez antorchas negras, y eran los amos, y los que se azotaban eran dos cajeros suyos, que lo debían merecer, por tan buenos ladrones como sus amos, si es verdadera la acusación de aquel malicioso que, en una de las pragmáticas que hizo sobre el buen gobierno de la corte, decía: Ordenamos y mandamos que todo el que fuere hallado de noche con escala de cuerda, ganzúa ó genovés, como instrumentos perjudiciales á la moneda y patacas de España, sea azotado, porque es gravemente sospechoso á los Reales Castellanos, etc. Y con mucha razón, porque Flandes en la guerra y Génova en la paz, tienen destruída á Castilla; por lo que decía el pasquín que armas y letras enriquecían y ennoblecían los reinos (1); y las armas de Flandes, y las letras de cambio de Génova tienen destruída la monarquía de España; y considerando bien los millones que vienen al rey de las Indias todos los años, y que tiene de renta en sus reinos 34 millones cada año (que no le llega con mucho el Gran Turco), dicen que pudiera tener empedrados los caminos de media Castilla, si no hubiera estas dos sangrías y bocas del infierno; mas dejando los infortunios, y tornando á la devoción:

Las procesiones de Semana Santa son muchas, y con mucho más orden que las nuestras, de manera que la inferior de ellas es más notable que la mejor que nunca se hiciera en Lisboa. En estos días de Semana Santa, la primera sale de la Trinidad, viene delante un guión de damasco negro con dos puntas de borlas, que llevan dos hermanos de negro; tienen estos guiones, en lugar de nuestras *laranginhas* de los estandartes, las imágenes de las cofradías, doradas, muy perfectas. Esta traía la de Nuestra Señora al pie de la cruz, cubierta con un velo negro; delante dos trompetas destemplados con los rostros cubiertos y enlutados, que mueven á mucha compasión y tristeza; luego un hermano con una cruz, que hacen de tablas delgadas, hueca por dentro y toda dorada, y con ser grandísimas, son muy fáciles de llevar, y dos hachones de una y otra parte. Seguían 400 disciplinantes en dos filas en orden de procesión, 200 de cada parte, sin desorden alguno, cada uno en el lugar que tomó. Detrás de ellos 400 hermanos de la cofradía, vestidos de bocací negro, con sus antorchas de cuatro pábilos, todos en el mismo orden; y en medio de ellos el primer paso, porque en lugar de nuestras banderas pintadas, traen pasos de bulto, de altura proporcionada, los más bellos y hermosos que se puede imaginar, porque estos de Valladolid son los mejores que hay en Castilla, por la proporción de los cuerpos, hermosura de los rostros y aderezo de las figuras, que todo es de la misma materia, de cartón y lino, de que están formados; y si va algún vestido, gorra ó capa al exterior, es todo de brocado ó tela, de suerte que parecen muy bien. Este paso era la Oración del Huerto, con los discípulos y el ángel. Seguían otros 400 disciplinantes por el mismo orden, y algunos de ellos con una sola roseta (á que llaman *abrojo)* que les abre los costados, y afirmo que ví á alguno llevar trozos de sangre coagulada de más de á libra, que me pareció demasiada crueldad, y me escandalizó se permita tanto exceso (1). De-

(1) Sin duda alguno de los pasquines políticos que por entonces aparecieron en las calles de Valladolid, como el aludido por el P. Sepúlveda. (V. la interesantísima introducción de D. Agustín G. de Amezúa á su edición de *El casamiento engañoso* y *El coloquio de los perros,* pág. 56).

(1) Véase cómo Barthélemy Joly coincide con Pinheiro en su información: «Tous ces jours, les dames à pied, en grande suitte de famille, *incedentes passu junonio,* alloient d'une graue allure (parce qu'il y a deffense d'aller en carrosse pendant la sepmaine saincte) à beau pied à la confession. Mais la dolente procession des penitents, qui vont par la ville, attiroient asses nostre vue pour lors eslognee de toute vanité. Ilz se fouetent outrageusement et passent en procession sur la nuict, composee de tant de tristesse qu'il n'est cœur si dur qui ne s'en esmeuue. Une grande croix noire precede, et un quidam aussy noir, semé de larmes; suit à la sombre lueur de quelques torches et des astres flambeaux, une muette trouppe noire et toute couuerte, hormis les yeulx et les espaules, sur lesquelles ces soldats determinés menents englantement les mains, animés à ce triste combat par le son d'une lugubre trompette noire, dont le tarrare s'accorde auec le cliquetis des escorgés et les helas des femmes et populace, qui compatit à la douleur, faict une musique

trás de ellos seguían 150 hermanos, con hachas, y en el medio otro paso, que era el de la Prisión. En la última parte de la procesión, iban 600 disciplinantes y 300 hermanos, con hachas y túnicas negras; y el paso era de Nuestra Señora al pie de la Cruz, con Cristo Nuestro Señor en brazos, y las Marías; detrás un corregidor ó alcalde de corte, para que no sucedan desórdenes. De suerte que se componía lo procesión de 1.400 disciplinantes y 650 hermanos, porque no entra en ellas ninguna persona extraña. Esta es la menor procesión; va de la Trinidad á Palacio, y vuelve por la Platería y Plaza. En terminando ésta, sale otra de San Francisco hasta Palacio por la Platería y Cantarranas. Este era casi el doble que la primera, porque llevaba 2.000 disciplinantes y mil y tantos hermanos, con túnicas y hachas, todo por el mismo orden, y con el mismo concierto y distribución, y los pasos muchos y muy hermosos, y están armados sobre unas mesas ó tabernáculos, algunos tan grandes como casas ordinarias, que llevan los mismos hermanos; y como las figuras son de paño de lino y cartón, son muy ligeras; mas puedo afirmar que no vi figuras ni imágenes más perfectas, ni en nuestros altares más nombrados de Portugal. El primer paso era la Cena, perfectísimo en todo. El segundo, la Oración del Huerto con el Angel en un árbol, mucho de ver, y mucha soldadesca, y desorejamiento de Malco. El tercero, el paso de la Santa Verónica. El cuarto, cómo fué crucificado. El quinto, la lanzada de Longinos á caballo. El sexto, el descendimiento de la Cruz, tan al natural, que ninguno me parece tan bien, con la gravedad y melancolía de los *Santos Velhos*. El séptimo, Cristo Nuestro Señor en los brazos de la Virgen, con lo que se acaba la procesión, la cual tardó en pasar (muy de prisa) más de tres horas por donde estábamos; y no vale más ninguna de ellas.

El Viernes Santo, por la mañana, sale otra de la Merced, con otros muchos pasos. Esta fué á pasar por junto de Palacio (estando el rey detrás de las vidrieras, y la infanta con él); llevaría 1.000 disciplinantes y 600 antorchas. En la misma mañana salió otra de San Agustín, que es de cruces solamente, negras, que son de hermanos de aquella cofradía, cada uno de los cuales da dos reales de limosna para reparación de ellas; y son 700 hermanos vestidos con túnicas negras, y llevan otras tantas cruces y sus pendones.

Por la tarde sale la más principal procesión, que llaman de *la Soledad,* que es la más famosa de todas. Salió de San Pablo, frente á Palacio, que es monasterio de dominicos, y duró más de tres horas y media, con el mismo orden, concierto y distribución, y así acabó casi de noche, y lleva muchos más pendones y antorchas, y es cofradía de gente más grave, y lo que es más de alabar es el orden y concierto, porque desde que sale hasta que se recoge, no ha de cambiar de sitio ni cruzar una persona, ni entremeterse otra, porque, como tengo dicho, no entran en ellas más que los disciplinantes y hermanos con hachas, y los jueces que los van ordenando.

Puede haber tantos disciplinantes, sin haber faltas en ellos, porque son todos hermanos y cofrades con aquella obligación. Unos se llaman *Hermanos de luz,* porque están obligados á acompañar con luz, que es un hachón de cuatro pábilos; otros *Hermanos de sangre,* que están obligados á disciplinarse, y, cuando no pueden, dan un criado ó amigo, ó persona alquilada, y no faltan infinitos de estos Simones Cirineos, por ocho reales y por menos, que por reales venderán las almas, cuanto más la sangre, y con este orden no pueden nunca faltar. A esta costumbre y compromiso alude Ledesma (1) en unas redondillas, donde, profetizando Simeón al Niño los trabajos que había de padecer, acaba una diciendo:

Con ser hermano de luz,
lo seréis de disciplina.

En la capilla del rey estuve el mismo Viernes Santo al oficio de la Cruz, en la cual el rey estu-

trop dolente, dont les soupirs penetrans par l'oreille touchent au vif et mattent d'attrition d'auoir tant offensé Dieu, non moings que ces battus, que chacun se propose d'imiter en pareille ou autre sorte de sensible penitence, qui est ce q'ilz operent par leur exemples.» *(Loc. cit.)*

(1) Alonso de Ledesma, el conceptuoso y extravagante autor de los *Conceptos espirituales* y del *Monstruo imaginario.*

vo en el estrado y la reina en la tribuna, mas encubierta. Ofició el capellán mayor conforme al ceremonial romano; parecióme muy bien la costumbre que se tiene en los perdones y mucho de alabar, y es que, estando el rey de rodillas para besar la cruz, llegó un mayordomo llevando tres mazos de papeles con cintas, y poniéndose de rodillas, dijo: «¿V. Majestad es servido perdonar, por razón del santo tiempo en que está, á estas personas, á que en su Consejo ha parecido?» (1). El rey respondió que sí, y luego besó la cruz, y después de él fueron los grandes que estaban presentes, que eran: el duque del Infantado, el duque de Sessa, el Condestable, el marqués de Pescara; los cuales únicamente estaban sentados en un banco de la parte del estrado del rey, y no tenían preferencia, sino sentarse el que primero llega á la cabeza del banco y los demás después que él, conforme van llegando. Después de los grandes fué el marqués de Velada, y el de la reina, duque de Sessa; luego los mayordomos menores del rey, que son el conde de Nieva, el conde de Barajas, el conde de Medellín, el conde de Cuba en Portugal; y los cuatro de la reina, que son Ruy Mendes de Vasconcellos, el conde de los Arcos, y creo que D. Enrique de Guzmán, *de la llave dorada;* los demás señores no quisieron ir á besar, por sus pretensiones y preferencias, aunque donde entran grandes se acaba todo, porque en todo son preferidos y no consienten compañía; y ya que hablé de ellos, diré los que hay en Castilla. Primeramente todos los duques de España, porque los de Italia y de otras provincias no son grandes sin particular merced.

Entre los marqueses son grandes:

El marqués de Sarria.
El marqués de Villena.
El marqués de Denia.
El marqués de Malagón.
El marqués del Vasto.
El marqués de los Vélez.
El marqués de Mondéjar.
El marqués de Astorga.
El marqués de Pescara.
El marqués de Castel Rodrigo.
El marqués de Flechillas, D. Duarte (?).

Condes:

El conde de Lemos, marqués de Sarria.
El conde de Benavente.
El conde de Fuentes.
El conde de Miranda.
El conde de Oropesa.
El conde de Alba de Liste.

Nuestros condes y marqueses pretenden ser grandes, porque se cubrían delante de los reyes, mas no son admitidos; y tanto que ahora hacían al conde de Monsanto marqués de Alemquer, y luego le ponían en la carta que no tendría privilegio de grande, y el conde no quiso aceptar, por no perjudicar á los otros; y argumentando con D. Cristóbal de Moura que se cubría delante del rey, y se sentaba, replicaron que tenía carta particular, y, con todo, que si volviese acá, no se había de cubrir. Así me lo contó persona de crédito; digo lo que oí.

Los sermones de toda esta Semana son infinitos, con diversos títulos: *Descendimiento de la cruz, Soledad de la Virgen, Entierro, el buen Ladrón, lágrimas de las Marías y de la Magdalena* y otros muchos. El Martes Santo se hizo una procesión en la iglesia de la Magdalena á las mujeres públicas, que se pudiera hacer á toda la corte, donde la justicia llevó once; cuando acudimos, á las ocho, no pude entrar; ni se convirtió ninguna, antes están haciendo muecas y descomposturas, que sirven de escándalo más que de provecho. Cuando alguna se arrepiente, las señoras que están presentes la recogen para casarla, aunque nosotros decimos que las llevan para maestras de ceremonias. Ocurren en estas ocasiones farsas solemnes, y me contaron que estos años atrás, predicando un franciscano viejo, sacó una cruz y una calavera, y viendo que una pobre moza se enternecía, y que un rufián estaba torciendo los bigotes y amenazándola, comenzó á gritar: «Puto ladrón, quítate delante; dejadme dar con el infame en el infierno, *qui ponit obicem*

(1) En castellano en el original.

Spiritui Sancto» (1). Y tomó la calavera, y se la tiró, con la cruz, á la cabeza; y con este chiste acabó el sermón. Otro, viendo una vieja que tiraba del manto á otra, tomó tanta rabia que, quitándose el bonete, se le arrojó, gritando: «Puta vieja, raída, quítate delante, sino juro á Dios, cara de mona, que te tire el pellejo» (2); é hizo tanta fuerza que cayó del púlpito, y la agarró de las greñas, que aún está gimiendo por ellas. Y no hay que extrañar, porque, á la verdad, son muy desautorizados en el púlpito y predican como comediantes; y estimando bien el modo de predicar, el contenido de los sermones, orden y división de ellos, las materias que eligen, más apostillan los Evangelios de lo que predican en forma y por discursos, en la manera que hoy se tiene establecida. Y, sin duda, los buenos predicadores portugueses llevan tan conocida ventaja á los grandes predicadores castellanos, que no admiten comparación, principalmente en la gravedad, modestia, compostura de la acción, y mucho más en la pronunciación; porque son charlatanes muy sueltos en las palabras, y mucho más en las razones (3). Y lo mismo son en las misas y administración de los Sacramentos, y así, recuerdo que yendo á oir misa en la catedral el miércoles de Ceniza de este año, estando la iglesia llena de gente, salió un canónigo á decir misa en el altar de la mano derecha del crucero, y tardando en llevarle el atril, echó mano del sombrero de un paje, y apoyando en él el misal, la fué diciendo hasta el fin, sirviéndole el sombrero de atril. Y el día 9 de Julio vi decir misa en el Carmen á un clérigo manco, con barba y bigotes como un carretero, que no dijo la mitad de ella, y cuando levantaba la Hostia, era al revés, ó atravesada la imagen, sin reparar en ello. Dijo la misa en un instante; mas cuando llegó á las oraciones finales, como no tenía registrado el libro, detúvose mucho en buscarlas, y viéndolo un hidalgo castellano que allí estaba, burlón, se llegó á mí diciendo: «Juro á Dios que es lástima que echó á perder la mejor misa que he oído en días de mi vida, según era de abreviada» (1).

De las demás particularidades que tienen en las cosas eclesiásticas, trataré al fin; ahora os contentaré con contaros los conventos, parroquias y hospitales que tiene Valladolid, aunque se me olviden muchos.

Conventos de frailes, empezando por la Puerta del Campo

1. Agustinos Recoletos.
2. El Carmen.
3. La Trinidad.
4. San Francisco.
5. San Benito el Real.
6. San Agustín.
7. El Colegio de San Agustín.
8. San Pablo, de Dominicos.
9. San Gregorio, su Colegio.
10. San José, Descalzos de San Diego.
11. La Victoria, de San Francisco de Paula.
12. Los Mártires, de los Basilios.
13. San Jerónimo.
14. La Merced.
15. Los Teatinos, casa profesa.
16. El Colegio.
17. Los Clérigos Menores.
18. Los Ingleses.
19. Carmelitas Descalzos.
20. La Hospedería de los Bernardos.

De monjas

1. Corpus Christi, Dominicas.
2. Jesús María, de la Anunciación, Franciscanas.
3. Sancti Spiritus, Agustinas.
4. El Sacramento, Agustinas.
5. Las Huelgas, Bernardas.

(1) Así en el original.

(2) Así en el original. *Tire* por *saque*.

(3) Joly se expresa de este modo respecto á los predicadores: «En leurs predications, ilz usent d'une vehemence trop grande, au dire mesme d'un d'entre eux, en une de ses predications imprimees... C'est pourquoy deux choses me troubloient aux sermons d'Espagne, ceste vehemence extreme, presque turbulente, du predicateur et les soupirs continuelz des femmes, si grans et vehemens qu'ilz perturboient toute l'attention.»

(1) En castellano en el original.

6. Belén, Bernardas.
7. Santa Isabel, Viudas Franciscas.
8. Santa Catalina, Dominicas.
9. San Damián, la Aprobación.
10. Porta Cœli, de la Concepción, Franciscas.
11. La Penitencia, Dominicas.
12. El Colegio de Daza, de Doncellas.
13. Santa Cruz, Comendadoras de Santiago.
14. Las Descalzas, Franciscanas, á la Ch[ancilleJría.
15. La Concepción, Franciscas.
16. Las Carmelitas Descalzas, á la puente.
17. La Madre de Dios, Franciscas.

HOSPITALES, COLEGIOS Y CONGREGACIONES

1. San Juan de Letrán, de Labradores Viejos.
2. Hospital de la Resurrección.
3. Hospital de los Desamparados.
4. Hospital de Corte.
5. Hospital de Esgueva.
6. Los niños de la doctrina.
7. Los niños desechados.
8. Hospital de San Antón de Tollidos.
9. Hospital de San Lázaro de incurables.
10. Hospital de San Bartolomé de calievras (?)
11. Hospital de San Damián.
12. Hospital de los Orates ó locos.
13. Hospital de las Angustias.
14. Hospital de la Trinidad, á San Martín.
15. Hospital de la Trinidad.
16. Hospital de la Cárcel de Corte.
17. Colegio del Cardenal.
18. De la Iglesia Mayor.
19. Universidad y su cofradía.
20. Hospital de D. Pedro Miago.
21. Hospital de Portugueses, en la Cruz.

PARROQUIAS

1. La Iglesia Mayor.
2. La Antigua.
3. Nuestra Señora de San Llorente.
4. Santiago.
5. San Salvador.
6. El Sacramento.
7. San Andrés.
8. San Esteban.
9. San Juan.
10. San Pedro.
11. La Magdalena.
12. San Benito el Viejo.
13. San Nicolás.
14. San Julián.
15. San Martín.
16. San Miguel.

CAPILLAS Y ERMITAS, CON MUCHAS MISAS Y CLÉRIGOS

1. La capilla del Rey.
2. Santa Cruz, á la Platería.
3. Nuestra Señora del Valle.
4. El Humilladero, á la Puerta del Campo.
5. San Sebastián, á la puente.
6. El Humilladero, al salir.
7. San Mamés, al Prado.
8. La Quinta Angustia (1).

PHILIPSTREA

Turpín lo escribe, *che é Dotor Venerable.*

El Viernes Santo, que fué 8 de Abril, estuvo la reina á las procesiones y á casi todos los oficios de las Tinieblas. Aunque sentía alguna molestia, disimulaba, porque tampoco se creía en el término, sino para el 15 ó 20 del mes; mas, como las mujeres son buenas aritméticas en el pagar del crédito como en el cobrar del débito, la cuenta no quiso mentir. Y así cuando

in ogni parte gli animanti lassi
daban riposo ai travagliati spirti,
chi su le piume, e chi su i duri sassi (2)

(1) Muy completa es la enumeración de Pinheiro. Solamente, entre los conventos de monjas, omite el de San Quirce, el de Santa Clara, el de Santa Ana y alguno más.

(2) Ariosto: *Orlando furioso*, c. 8, oct. 79.

NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE

A las diez de la noche, estando en el primer nocturno de los maitines del sábado, se halló casi primero con los parabienes del Príncipe que con los dolores del parto, porque parió sin trabajo. Acudió el duque de Lerma á los gemidos del niño, que también salió llorando, como cualquier hijo de vecino; y, preguntando si era varón, no le quiso la comadre responder sino que llamasen al rey, escondiendo el sobrescrito, para que no le conociesen por la muestra. Fué el duque muy alegre, diciendo: «Desa suerte, Príncipe tenemos» (1). Vino el rey, y la comadre le pidió albricias del nuevo Príncipe, mostrando el privilegio rodado, con sus sellos pendientes, de como le pertenecía la monarquía de España; y él le echó una cadena de oro al cuello, de precio, y los brazos al de la reina, que, con la mucha alegría, no podía conseguir de ella que se acostase, porque decía ella que, si no naciera varón, había de guardarse de España, que temía no la esperasen más que hasta la tercera. En fin, ó por el amor al lugar de la batalla donde se alcanzó la victoria, ó con esperanzas de otras, se acostó ya muy tarde, dejando á la comadre recogiendo los despojos y gajes que tiene, que son el vestido con que la reina se halla, que yo de allí á pocos días vi vender en la plaza, y era de setí leonado, golpeado sobre tafetán del mismo color.

Y en cuanto

Queste cose là dentro eran secrete;
O se pur non secrete, almen taciute (2),

comenzó la fama á sacudir las alas, y á llevar la nueva por la corte, y á salir los sacristanes con su primera invención de campanadas, que al principio se tuvo por fuego, y luego se publicó la nueva, tocando las campanas toda la noche: lo cual extrañamos los portugueses, porque nos pareció fuera de tiempo esta alegría, en el tiempo y noche en que la iglesia celebra tan diferentes exequias y á tan diferente Príncipe; mas los castellanos en estas materias no guardan nuestro respeto y compostura. Y sin embargo, no dejamos de notar que en la noche de las luminarias que hubo en la segunda octava en el campanario de San Benito el Real, que es obra del Emperador, donde están las más y mejores campanas de la ciudad, se prendió fuego, y se fundieron todas, hasta el reloj, porque los padres no quisieron abrir las puertas, por dar también su campanada á tristes presagios.

Mandó el duque luego la nueva á todos los embajadores y grandes, y acudieron infinidad de señores que fueron á acompañar al rey á la capilla, donde le recibieron con el *Te Deum laudamus*. Y en llegando, dió la mano á besar á todos.

Poi che la luce candida e vermiglia
del alto giorno, operse l'emispero (1).

Era muy de ver la alegría universal de grandes y pequeños, en que se dejaba ver el exceso con que los españoles aman á su príncipe, viendo llorar de alegría hasta las verduleras; y natural y exteriormente se veía en el rostro de todos la alegría con que se daban los parabienes. Y en esta ocasión, respecto á estos reyes, hay particulares razones, porque son muy afables y bondadosos, y no se sabe de ningún grave defecto de ellos; y así con mucha razón se estimó á este príncipe, y podemos decir con Ovidio en otra ocasión:

Neque enim de Cœsaris actis
Ullum majus opus, quam quod pater exstitit hujus (2)

que quiere decir: *Ni de César se ha sabido loor que más le honre y cuadre, sino que fué de este padre* (3).

Dicen las viejas en Castilla que los que nacen en Viernes Santo (como el príncipe) son zaho-

(1) En castellano en el original.
(2) *Orlando furioso*, c. VII, oct. 30.—En forma de prosa aparecen transcritos estos versos en el original, y plagados de erratas, como lo están casi todas las citas.

(1) *Orlando furioso*, c. 4, oct. 68.
(2) *Metamórfosis*, l. XV, v. 750.
(3) En castellano en el original.

rís (1), que son los que ven las aguas y huesos debajo de la tierra; y decían los soldados que holgaban de tener príncipe zahorí, porque trasluciría la miseria de sus bolsas. En Pineda leí (2) que los príncipes de España son señores de Asturias, como en Francia del Delfinado, en Inglaterra el ducado de Uvalia, en Escocia el de Cambria, (en Dinamarca de Diedmarcia, en Cleves de Juliers, en Aragón de Girona, en Navarra de Viana y en Portugal del Brasil). Suspéndense en España las premáticas todas por seis días, cuando nace un príncipe; y así, el sábado por la mañana todos los grandes y señores salieron de gala con capas y gorras, botones y cadenas de oro, y algunos con los bordados y objetos prohibidos (3), y fueron á acompañar al rey á misa; y, por la tarde, se echaron pregones, que todos se alegrasen, y hubiese por la noche luminarias en todas las ventanas. Sobre la tarde, cabalgó el rey vestido también de gala, y acompañado de los señores que se hallaron presentes, que fueron el duque de Lerma, el Condestable, el conde de Alba de Liste, todos grandes, el marqués de Camarasa, el conde de Orgaz y otros hasta 25 ó 30. Y detrás los mayordomos y oficiales, y al estribo, á pie, el conde de Saldaña; y así fué sin guardia alguna á Nuestra Señora de San Llorente á dar gracias por el nuevo fruto, porque la reina tiene por fe que esta Señora le dió este hijo, y así le tuvo en prenda al niño hasta parir, y pidió al rey le fuese á restituir (y dar las gracias luego, hasta que ella fuese, y á la verdad, fué, como adelante diré. Dijeron allí entonces que el rey dió un número exagerado de doblones en ofrenda, mas el Prior me dice, un mes después, que hasta la fecha no dió nada). Desde que el rey pasó por la Plaza, hasta que volvió, estuvieron (desde el Consistorio) arrojando dinero al pueblo en la Plaza, por cuenta de la ciudad (que es el *congiario* (1) antiguo de la prodigalidad romana). Dijeron que ofreció el rey diez mil doblones, pero el Prior afirma que ni un real le dieron hasta ahora, ni á la iglesia. Es esta imagen muy venerada en Valladolid, y tiene delante treinta lámparas de plata, que siempre están encendidas, y á ninguna hora se hallará la iglesia sino llena de gente. La veneración es por su mucha antigüedad y milagros, que en lo demás es mal proporcionada y rústica, como imagen de aldea, mas no hay en la corte santuario más venerado que éste. Avisó el rey luego á todos los reinos, y al emperador, archiduque, cardenales y padre de la reina nuestra señora, por sus correos.

Por la noche se empezaron á poner luminarias en todas las ventanas, que son, ó hachas de cuatro pábilos, ó candeleros, ó linternas de colores, á cuatro y seis en cada ventana, en otras menos, y tan abundantes, que estaba la noche tan clara y más alegre y hermosa que el día. Y cierto que ver la Plaza, y la Platería, y las demás

(1) Variante del ms. 505 de la *Bibliotheca Publica Municipal Portuense* (*):

«... Viernes Santo (como el príncipe) son zahorís:

Nasció Viernes de Pasión (**)
para que zahorí fuera,
porque en su día muriera
el bueno y el mal ladrón (***).
Habrá mil revoluciones
entre linajes honrados,
restituirá los hurtados,
castigará los ladrones (****).
Mis profecías mayores
verán cumplida la ley,
cuando fuese cuarto el rey
y cuartos los malhechores (*****).

Estos zahorís son los que ven las aguas.»

(2) Juan de Pineda: *Los treynta libros de la Monarchia ecclesiastica, o historia vniversal del mvndo.*

(3) La pragmática de Junio de 1600, para poner coto al lujo de trajes, había prohibido el uso de ciertas prendas de adorno.

(*) Ed. de la Bib. [illegible] pág. [illegible].

(**) Los versos [illegible] en el original.

(***) Estos [illegible] muchos después de 1605, deben [illegible] duque de Lerma y á D. Rodrigo Calderón.

(****) Juego de palabras con los *Hurtados* de Mendoza y los *Ladrones* de Guevara.

(*****) Otro equívoco, anunciando que mejoraría la situación cuando á Felipe III [illegible] IV y cuando se hiciera cuartos á los causantes de los [illegible].

(1) *Congiario.* Distribución de víveres que, para atraerse las simpatías del pueblo, hacíase en Roma después de los juegos públicos ó en celebración de algún acontecimiento feliz, y solía consistir en un *congio* de aceite, sal ó vino á cada ciudadano.

calles, que (después que se quemaron en el año de 1561) se han hecho, por la traza de la ciudad, de tres pisos con balcones y ventanas en igual proporción y simetría, sin haber un palmo más entre una que entre otra, que hacía la más hermosa y apacible vista que se puede imaginar (1), estando todo tan claro que conocíamos y hablábamos á las personas que estaban en las últimas ventanas, y como si fuera de día. Juntábase á esto el concurso de gente y diversidad de fuegos y todo género de instrumentos con que la ciudad andaba por las calles alegrando á la gente. Mas la principal fué comenzar á ver todos los coches de las damas de la corte descubiertos, ellas vestidas todas riquísimamente; y en pos de ellas todos los galanes, y también los viejos, en traje de noche, con vestidos de colores cuajados de oro, y sombreros grandes con plumas, trencillas, medallas, y cada dos montados en mulos ó jacas, porque para mayor fiesta ó broma, iban de dos en dos (salen de esta suerte); y otros muchos, marqueses y condes, á pie, disfrazados, de suerte que todo el mundo los conoce. Y sobre todo era de ver el infinito número de señoras (de que conocemos algunas bien principales) á pie, con tocado y mantilla, que ellas llaman rebocillos, que los peores son forrados en felpas, y por fuera, ó con bordados, ó cuajados de pasamanería de oro. Y todas con faldellines de la misma suerte, con hermanos, maridos ó vecinos con sus dulces en la manga, dándose vaya unas á otras, con mucha alegría, fiesta y cortesía, sin disgusto ni descompostura alguna. En cuanto á mí, ningún género de fiesta ni invención, por más carros de carteles y figuras, de carátulas que traigan, se puede comparar con estas naturales, en que se ve bien la largueza de los corazones de la gente, y cortesía de todos, pues con tanta ocasión, tanta apretura y tanta libertad, no hay una disputa, ni un matón ó pícaro de Lisboa que, como decía una castellana, haga un mimo de Portugal, que es dar un pellizco que lleva medio brazo, ó la pantorrilla, á una pecadora, que va renqueando media hora, y, como si dieran lanzada á moro, se van alabando de ello.

Yendo esta noche en un coche con unos amigos, tropezamos con otro, donde iban algunas señoras jóvenes, y junto al estribo de nuestro lado quedaba una vieja. Díjola uno de nosotros: «Señora Abadesa, quisiera recogerme á hacer penitencia en ese monasterio, aunque me cueste ser guardián» (1). Respondió: «No haría oficio de buena pastora el meter el lobo entre las ovejas». Replicóla: «No hay que temer, que hace muchos días que tengo perdidos los memoriales (que no tengo colmillos para morder), y soy tiple.» Respondió: «Tampoco hará buen maestro de capilla, que tantos tiples no pueden hacer buena consonancia.» Quedábamos muy próximos á una tienda de adornos y aderezos de mujer; dijo una de las mozas: «¿Hay ahí algún portugués que se enamore de mí, que soy la más linda (del bando) y me dé (compre) unas tocas, que no hay en mi casa blanca por ahora?» Respondió Jorge Castrioto (2) que iba con nosotros: «Por imposible tengo yo que donde v. md. anduviere, falte ni blancas ni cornudos.» Y ella saltó: «Y aun por eso ando yo buscando un portugués, por enriquecerle en esa moneda.»

En la misma noche topamos con otro; y como eran tantos, no podía pasar. Oyéndonos hablar,

---

(1) Por demasiado sabido, no hace falta decir nada sobre el incendio acaecido en la Plaza de nuestra ciudad el día 21 de Septiembre de 1561.

Por lo que hace á la Plaza y Platería, y á la urbanización de las casas—que se mandaron edificar conforme á una traza determinada, con tres pisos y la fachada pintada de blanco y encarnado—véanse las notas en mi reimpresión de los *Romances sobre la partida de la corte de Valladolid en 1606*, pág. 26-30.

Barthélemy Joly, después de manifestar que las calles de Valladolid son sucias y destartaladas, hace excepción de la Plaza y Platería, diciendo de esta última lo siguiente: «Ce qu'on apelle une ville mal percee; les rues n' y sont ny droictes ny larges; une seulement, qui est *la Platería*, est bien allignee, bastie comme tout à un coup de maisons esgales et grandeur de portes, fenestres, grilles et balcons, occupant chacune l'espace entre deux pilliers, enuiron trente de chaque costé, qui les separent tout du long.»

(1) Todo este diálogo está en castellano en el original.

(2) Opina Gayangos que el nombre de este Jorge Castrioto (igual, por cierto, al del famoso príncipe de Albania) y el de los demás amigos portugueses citados por Pinheiro, son supuestos. No hay realmente motivo para creerlo así, de todos ellos á lo menos.

dijo una: «Hermanos sebosos, ¿no me dirán por qué los llaman sebosos, siendo tan magros?» (1). Respondió un amigo (Marcos Salgado): «Señora hermana, por las muchas manchas que habemos echado en las mejores ropas de Castilla.» Estaba en este coche una dama muy hermosa, casada hacía poco, llamada doña Juana Enríquez, muy conocida por lo discreta y hermosa; y por más que venía tapada, se dejó conocer. Díjola D. Pedro Cru, que iba con nosotros: «¿Quiere v. md. prestarme uno de esos ojos, para traerle en una sortija para mal de corazón?» Ella, riendo, le contestó: «Llega v. md. tarde, que ya los tengo engastados, y muy á mi gusto.» Como dijera algunas otras cosas muy agudas, dije yo: «Por lo menos, señora, puede v. md. vivir muy confiada, que no habemos topado dama más avisada ni cortesana que v. md.» Respondió: «Dóile al diablo: ¿tan fea le he parecido que me alaba de discreta?». Y raramente les dirán una cosa á que no respondan otra mejor; mas, así como tienen buen pico, les falta la pluma, porque no escriben tan bien como las portuguesas; todo depende del ejercicio. Era tanta la gente, que hacía falta una hora para atravesar una calle. Duró la fiesta hasta casi las doce, en que se comenzaron á recoger. En Palacio habría como cien hachas puestas en fila en hacheros, altas como de dos brazas, en la plaza.

At domus interior gemitu miseroque tumultu
Miscetur (2).

Al otro día, que fué la Pascua, se sintió la reina mal, que siempre tiene estos sobrepartos trabajosos, y fué necesario sangrarla (3), y con esto se hizo un alto en las fiestas, continuándose las visitas al rey por los grandes, y las galas de los señores por las calles. Fueron á besar la mano al rey el conde de Miranda con 21 del Consejo Real; el vicecanciller y Consejo de Aragón; el Condestable y Consejo de Estado; el conde de Lemos y Consejo de Indias; D. Juan, del Consejo de Órdenes; el Municipio y Universidad. Los del Estado de Guerra y Hacienda no van en forma de Consejo; los de Portugal tampoco fueron; los de la Inquisición, por competencia con Aragón, sobre la preferencia, fueron al otro día (1).

La 1.ª octava hubo sermón en la capilla, por ser muy afamado el Padre Bricianos (2), antiguo predicador del rey; y, por parecerme tan bien el arranque del comienzo como todo lo demás del discurso pesado y enfadoso, lo transcribiré solamente, según mi flaca memoria (3).

«Holgara hallarme con aquellos primeros grandes y cortesanos que fueron á besar á V. M. la mano, y darle la enhorabuena y los presagios y buenas Pascuas, porque de ellos pudiera deprender el término, el modo y las palabras con que ahora las diera á V. M., porque sermón de Pascua de Flores en ocasión de príncipe nuevo, tan deseado en España, más parece que pide capa y gorra de cortesano que manto y capilla de fraile. Yo estos términos de cortesano no los truje de mi cosecha, ni me he criado con ellos, ni tuve tiempo de preguntarlos; y cuando me los enseñaran como á papagayo, los representara como mono. Por donde me determino huir para mi breviario, y ver lo que dél puedo deprender para salir de este trabajo: y hallo en S. Lucas que cuando á Zacarías le nació su hijo San Juan, se juntaron los vecinos y amigos: *Et congratulabantur ei;* que se alegraban y daban la enhorabuena, mas no declara en qué manera. De suerte que ya tenemos que las enhorabuenas son debidas en ocasión de mayorazgos. Sepamos ahora cuáles han de ser. En la historia de Ruth, leemos que habiendo ella parido á Obed, abuelo de David, se juntaron las vecinas á visitar la buena suegra Nohemi, y las enhorabuenas que le dieron fueron éstas: *Benedictus Dominus, qui non est passus ut deficeret successor familiæ tuæ... et habeas qui consoletur animam tuam et enutriat senectutem tuam.* Muchas

(1) También este diálogo está en castellano en el original.

(2) *Eneida*, II, v. 486.

(3) El ms. 503 de la *Biblioteca Publica Municipal Portuense* agrega aquí unas décimas, notoriamente postizas y ajenas al asunto.

(1) V. la *Relación* que al final reimprimo. Puede afirmarse que Pinheiro la tenía presente al escribir sus memorias.

(2) Fr. Sebastián de Bricianos, de la orden de San Francisco.

(3) El siguiente trozo del sermón está en castellano en el original.

gracias á Dios, que no permitió que faltase sucesor varón en vuestra familia, compañero en vuestra juventud y bordón en vuestra larga vejez. Estas son las bendiciones que por parte de la iglesia y todos los fieles, echamos á V. M., á la reina nuestra señora; en nombre de las señoras princesas sus hermanas, diremos con las de Rebeca: *Soror nostra es, crescas in mille millia, et possideat semen tuum portas inimicorum suorum.* Nuestra hermana eres, y la menor en edad, hoy mayor en grandeza, crezcas á millares, y prevalezcan tus hijos de suerte que rompan y posean las murallas de sus enemigos. Y á vos, grandes y señores, diré con el Angel: *Annuntio vobis gaudium magnum.* Dadme albricias de tan regocijada nueva, príncipe nuevo en España, que con sus virtudes juntas á las de sus padres, sea ocasión con que podamos decir: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus;* que por su medio se acrecienten los loores y gracias á Dios en el cielo, con nos procurar eterna paz en el suelo. Esto, en cuanto al príncipe nacido en el suelo: cuanto al resucitado para nuestro bien en el cielo, para subir tan alto es menester gracia, etc.» El cuerpo del sermón me pareció de paja; por eso lo dejo, y porque no se queje de mí, como Marcial, que dice:

Quem recitas, meus est, o Fidentine, libellus,
Sed male quum recitas, incipit esse tuus (1).

Que, en romance, viene á decir:

Ese libro que me quitas
y por tuyo haces leer,
mío he, ha de parecer (?):
mas tú tan mal lo recitas
que ya tuyo empieza á ser.

Esta tarde es la de las hermosas y de los vestidos nuevos y gentiles, en la cual van á lucir sus personas y trajes en el Espolón, que es un paseo de invierno, el más hermoso que tiene Valladolid, porque está en las murallas de la ciudad sobre el río Pisuerga, y queda como una galería en alto con un pretil con sus asientos y balaustres de hierro, que le hicieron ahora, con lo que queda hermosísimo, principalmente con la fuente que en el medio levantaron este año, adonde van á beber agua y merendar.

Circularían más de 300 coches con toda la bizarría de la corte, dando vueltas sin otro intento que ver y ser vistos y distraerse. Está todo aquel campo, con ser larguísimo, lleno de todo género de mujeres sentadas en el llano, cercadas de todos los ociosos en dimes y diretes, y la ribera cuajada igualmente de infinidad de barcos enramados, pasando gente á la otra parte del río, que, entrando más el verano, se pasan á merendar debajo de los árboles, donde, en lugar de las flores y rosas, no dejan de decir sus dichos los diversos colores de sus vestidos, que de lejos parecen tan bien como de cerca. Concluyo con que no sé yo cómo en el Jardín de Alcina, Huertas de Alcinoo, Hespérides de Atlante, Gnido ó Pafo de Venus, riberas de Acheloo ó de su Aretusa (1), Grateo de Sardanapalo y Caparis (2) de Tiberio, se podían hallar más géneros de fabulosos esparcimientos que en una tarde de éstas ó noche del Prado en el verano, de alegres vistas y apacibles músicas y conversaciones, que podemos decir que, igualando la copia al modelo,

Quæ quondam fuerant fabulæ, vera manent.

Además que, para no tener dicha perfecta, me faltáis vos, y en este trance vuestra buena retórica, debida á la materia é igual al asunto.

Yendo nosotros en un coche, cruzábamos muchas veces con otro, en el que iba, del lado del estribo, una doncella, hija de doña Catalina de Mercado (3) á quien vos conocéis, que se ha hecho muy bonita; y, parándonos una vez, ella corrió la cortina y echóse el manto. Díjela yo (4): »Si servimos de nublado y damos disgusto á v. md., pasaremos luego.» Respondió: «Disgusto

(1) *Epig.*, L. I, XXXIX.

(1) No fué Aqueloo, sino Alfeo, el personaje mítico convertido en río por su amor á Aretusa. Aqueloo dió nombre á otro río, en el cual se refugió, perseguido por Hércules.

(2) Capri, la isla donde Tiberio tenía su retiro de recreo y placeres.

(3) Acaso esta doña Catalina fuese hermana del Dr. Luis de Mercado, pero no mujer, como supone Gayangos. Mercado estuvo casado con doña Juana de Toro, de la cual tuvo ocho hijos.

(4) El diálogo, en castellano en el original.

no, mas andando y hablando, como decía la mujer del ahorcado.» Porque, deteniéndose un ahorcado á recomendar muchas cosas á su mujer, dicen que le dijo: «Marido, hablando y andando, que se hace tarde.» Tornando á pararnos otra vez, se enfadó y volvió las espaldas, y yo dije: «¡Victoria! que el enemigo nos vuelve las espaldas»; y ella, muy sosegada, respondió: «Y la ocasión la frente, para no volverla más á volver»; y la replicamos: «No enlazan tan poco los hermosos cabellos.»

Vino en esto doña Ursula de Negrete, que es muy cortés, desenvuelta y muy aficionada á nuestro camarada, y el coche en que íbamos marchaba emparejado con el suyo, y la pareció que á hurtadillas la hacía algunos gestos con la boca, á modo de ofrecerla paz; y ella, que es muy bromista, exclamó, muy alto, fingiéndose enojada: «Señor, no me brinde v. md. nunca adonde no puedo darle la razón» (1); dejo lo demás por contar. Y al marcharnos, encontramos de frente á la mujer del alcalde Gudiel (2), con la hija al lado, que bien se os acordará de Madrid cuán hermosa y agraciada es. Tenía en la mano una jarrita de Estremoz; nos acercamos, y dijo uno: «Señora, ¿no me hará v. md. merced de darme su bucarillo siquiera prestado?»; y ella, riéndose, respondió: «Perdone v. md., que nadie hasta ahora ha bebido por él.»

De allí nos fuimos á la Plaza al tiempo que comenzaban á encender las luminarias, como las noches pasadas, con las mismas fiestas y alegrías, y no queráis más prueba, sino que estuvieron también nuestras portuguesas en ellas, y las mayores bellezas de la corte, y también nos hizo la merced de acudir el conde de Mompeller (3), y así no extrañaréis que viese también al rey en un coche, disfrazado, solo y sin guardia, solamente algunos nobles con saltambarcas, repantingados como un coche de damas; y, como algunos vinieran delante diciendo que creían que llegaba el rey, que pararan los coches cuando se acercaba, pensaban que era broma y decían mil pullas: *que fuesen para bellacos* (1), que iría allí el rey de copas; sobre lo cual el rey dicen reía después mucho con la reina, diciendo que en su fiesta le ultrajaron.

Yendo á Cantarranas, emparejamos con un coche con cuatro ó cinco mujeres y tres ó cuatro hombres, que nos comenzaron á dar vaya de «portugueses sebosos», y dijo un amigo (2): «Señoras, ¿cuántas bellacas van en la barca?, y no responda sino el mayor cornudo.» Y una respondió, muy de prisa: «Hermano seboso, respondiendo por mi marido ausente, digo que cinco; y á no quedar vuestra mujer con el cura, íbamos una buena media docena»; y como nos detuviésemos, una que iba de aquella banda me llamó mil motes; díjela que reparase que me había quitado mi honra, que me tenía que responder con la suya. Respondióme ella, apuntando para el otro lado, donde iban dos doncellas muy lindas: «Daré una libranza para estotro cuarto de las doncellas, que yo ha muchos días que me tengo desquitado desos puntos de honra.» Y de esta manera responden con alegría, y á las veces son honradas y virtuosas, y nuestros encantamientos no sacan aventuras ni aventureros. Qué verdad es que la libertad y facilidad dilatan el corazón y enfrían los apetitos, y la demasiada sujeción cría nuevos deseos: por lo cual, con razón dice Navarro (3) que las tentaciones son más activas en las doncellas que en las viudas, porque la poca experiencia hace que se las representen los gustos mucho mayores y sin el agrio con que los soldados viejos saben que se logran estas victorias, conforme á la regla de otro enamorado que decía: *Por cuán bien aventurado —me tenía, si alcanzaba—un bien, después me espantaba;—tenía el bien esperado,—mas no el gusto que esperaba;* y la verdad es que menos uvas se comen en la viña que cuando un hombre anda

(1) Así debe interpretarse, sin duda, la frase. El original dice: «Señor, no me brinde v. md. nunca adonde no lo puedo dársele la razón.»

(2) El Lic. Gudiel, Alcalde de S. M., muerto poco después de aquella fecha. *(Arch. par. de San Martín,* l. 2.° de defunciones, f. 33 vto.)

(3) Era, si no estoy trascordado, el embajador de Francia.

(1) En castellano en el original.

(2) En castellano el diálogo en el original.

(3) Martín de Azpilcueta Navarro, moralista del siglo XVI.

de caza tras la sartas de pájaros, y los halcones de Noruega son más ligeros y cazadores que los otros, porque, como los días allí son de cuatro horas en el invierno, aprovéchanse del tiempo y ocasión como si nunca se hubieran de ver en otra. Y así como nuestras Lucrecias andan con hambre de río y sed de monte, si hallan la mesa puesta háceselas mal guardar la boca y no quebrantar el ayuno, como tierra sedienta, á quien viene la lluvia del cielo. Concluyo con Ariosto, evangelista en estas materias, cuando dice:

L'acque parer fa saporite e buone
La sete, e il cibo pel digiun s'aprezza:
Non conosce la pace, e non l'estima,
Chi provato non ha la guerra prima (1)

Para la última octava estaba dispuesta la encamisada; mas, por hallarse la reina mal y sangrarse el rey, se trasladó al lunes de Pascuilla.

Y así, porque en estos doce ó trece días cesaron las fiestas públicas, pónese el cronista en la vuelta del Palacio, para representar en el dicho Palacio un entremés de la infantita, para lo cual invoca las musas macarrónicas de Merlín Cocayo. Es, pues, el cuento, que la infantita doña Ana Mauricia, á más de ser muy linda y agraciada, y con mucha viveza en el rostro y en los ojos, la tiene también en la lengua y dichos; y viendo las fiestas que había en el Palacio, y al niño llorar, se fué al rey, diciendo: «Padre, este muchacho tráenos la casa revuelta; mandadle echar por la ventana; sino, no nos ha de dejar vivir (2).» Nació el príncipe bien criado y gordo, como lo estaba la reina, que con el embarazo engrosó mucho en el cuerpo y en las facciones; y viendo la niña estarle lavando delante de la reina, y las insignias de varón, púsose muy pensativa y, extendiendo la mano, dijo: «Madre, ¿cómo no tengo yo también unas cositas como estas de mi hermanito, para holgarme con ellas? Dádmelas; sino, he de pedirlas á mi padre» (3). Luego las damas publicaron el dicho, que corrió por la corte; y lo que cabe en tantas damas, no está mal se fíe de la pluma del historiador: *omnia sint munda mundis.*

(1) *Orlando furioso;* c. XXXI, oct. 2.
(2) En castellano en el original.
(3) Idem, ídem.

No tienen el rey ni la reina otra distracción sino la niña, y como el rey no conoce más que el lecho conyugal, inclínase más á sus monerías. Dicen de la niña que es muy interesada y que sale á la madre, que no es nada pródiga, como quien no se crió en muchas larguezas. Los días pasados, llevándola doña María de Meneses un frasco de guindas en conserva al almuerzo, la dijo la niña: «Doña María, toma una y come.» Esta respondió: «¿No ve V. A. que es descortesía comer yo delante de V. A.?» Y ella replicó: «No, tomadla vos, que yo volveré la cabeza» (1). Y me contaron otras semejantes. Tiene ya sus damas, de poca más edad que la suya, con quien juega, mas ninguna de ellas es tan bonita ni tiene tanta gracia como ella: mas

Poichè da tutti i lati ho pieno il foglio,
Finire il canto e riposar mi voglio (2).

17 DE ABRIL (3)

En este tiempo vino nueva de cómo fuera elegido Sumo Pontífice Alejandro de Médicis, Arzobispo de Florencia, Cardenal Alejandrino, de la parcialidad de Francia, y no fué bien recibido en la Corte por no ser de los designados por el rey, y así no se hizo procesión, ni el embajador de Francia se atrevió á hacer luminarias, como es costumbre. Mas vino luego un correo del Papa, con carta de su letra para el rey, con grandes amores y cariños, y otra del embajador, en que acreditaba estas demostraciones de amor por verdaderas: y que en todo procedía como hombre prudente y santo, entendiendo y diciendo que el buen Pontífice ha de tener al rey de España por hijo único, como única columna de la fe y amparo de la Iglesia, pues la pureza de ella y honra de la iglesia romana, pura é inviolable, en sus reinos solamente se guarda, y así por esta razón como por lo mucho que el rey tiene que dar en Milán y Nápoles, se dice en Italia que los papas son capellanes del rey de España; y en este día se hizo procesión por el nacimiento del Príncipe en acción de gracias, en que fué toda la corte.

(1) En castellano el diálogo.
(2) *Orlando furioso,* c. XXXIII, oct. 128.
(3) En el original, equivocadamente, *24 de Abril.*

18 DE ABRIL.—ENCAMISADA [1]

Para el lunes de Pascuilla, que fué el 18 de Abril (2), estaba dispuesta la encamisada, que hacía la ciudad á su costa por la noche, pero como el duque, que entraba en ella como uno de los regidores que es de Valladolid, estaba indispuesto, se hizo de día en la forma siguiente:

Así frente á Palacio como en la Plaza se hicieron tabernáculos en las cuatro esquinas, y en el centro trompetas, chirimías y atabales y danzas; juntáronse en la plaza á las cuatro de la tarde, salió luego camino de Palacio una máquina de un carro triunfante con un globo del mundo en medio, y una figura de Valladolid triunfando encima de todo: era llevado por ocho mulas encubertadas de paños de colores pintados, y encima de ellas, figuras con sus insignias particulares y rótulos, que decían: Fama, Tiempo, Agua, Tierra, Mar, Día y Noche (3). Era el carro grande y hermoso, repartido en cuadros, con las virtudes del Príncipe á que estaban dedicados, y sus versos muy galanes. En la cima venían retratados al natural el rey y la reina y el príncipe entre ellos; venían alrededor del globo en sus escalones mucho género de figuras, con todos los instrumentos, que pasaban de treinta.

Sobre esta máquina se apoyaba el globo muy bien dividido con todas las tierras y reinos del rey en sus lugares correspondientes: sobre él un mancebo en pie, quien quedaba tan alto que igualaba las ventanas del tercer piso, con su estandarte en la mano (4).

Delante y detrás del carro iban los alguaciles de corte y de la ciudad, abriendo camino, sobre muy hermosos caballos ricamente enjaezados, y ellos de capa y gorra, botones de diamantes y cadenas de piezas, que el menos atildado va más galán que el mayor hidalgo portugués que más brillante salió en las bodas del conde Fernán González.

Formaban la encamisada 250 personas con libreas, á saber: capas de escarlata, forradas de telilla de plata con randas de oro de cerca de cuatro dedos de largo; las capas largas con capucha y con las mismas randas; las marlotas de cuatro clases para las cuatro cuadrillas, de seda india, blanca, verde, amarilla y azul, todas con sus pasamanos de plata y oro, á modo de *vaqueros;* á la cabeza, gorras de velludo negro con garzotas blancas, exceptuando algunos que en su lugar llevaban birretes moriscos con estrellas de oro, ó botones de diamantes y otras joyas, calzas y borceguíes á gusto de cada uno, manteos abiertos con randas y los más de ellos con remates de seda, como los ponen las monjas en las cestillas, que parecen muy bien.

La hermosura de los caballos y la riqueza de los jaeces no se puede encarecer, sino con decir que eran los mejores de España y en la corte y bautismo del príncipe, porque los más de los jaeces son bordados y de aljófar de altura de dos dedos ó tres lo más, que quedan las figuras como de bulto y relieve. Iban los caballos con sus gualdrapas ó cubiertas de telilla de librea sobre encarnado, con sus borlas, que hacían lucir mucho; llevaban gran número de lacayos con calzas, cueras y sombreros de tafetán verde, encarnado y amarillo, gironados, y 40 trompetas y atabales de lo mismo, y detrás infinito número de caballos enjaezados con la misma riqueza y hermosura.

Llegaron á palacio, donde corrieron delante del rey y de las damas, y de allí volvieron á la Plaza, donde los vi pasar en cuatro hileras, porque mandaron enarenar el espacio de dos brazas alrededor de los cuatro lados de la plaza, hasta tres ó cuatro dedos. Pasaron de esta manera:

Salieron delante seis ó siete alguaciles abriendo campo; luego espoleaba su caballo un hombre ya de edad, gran jinete, picador del rey, y en seguida pasaban en la fila primeramente el Duque y el Corregidor (1), á quien daba la derecha por ser la cabeza del Ayuntamiento; en pos de ellos el duque de Alba y el conde de Lemos,

(1) En el original *28 de Abril,* por error.

(2) Idem, ídem.

(3) Sobre éste y otros particulares, véase la *Relación* que al final va reimpresa.

(4) Este carro triunfal fué imaginado por el secretario Tomás Gracián Dantisco, y el Ayuntamiento le entregó en pago «una fuente y jarro de plata», de lo que él no quedó contento.

(1) Don Diego Sarmiento de Acuña.

sobrino del Duque; seguíanse los duques de Cea y su hijo el de Pastrana, todos grandes; después los demás señores, y entre ellos conocí al conde de Saldaña, heredero del Infantado, el marqués de Tabara, el marqués de Falces, el marqués del Carpio, el marqués de Barcarrota, el conde de Paredes, el hijo del Correo Mayor, el del conde de Villalonga, el Conde de Casarrubios y su hermano D. Pedro de Fonseca, y de nuestros portugueses D. Manuel de Lancastro, Diego López, hijo del Gobernador, el conde de Mayalde y D. Carlos de Borja, el conde de Salinas y otros que se me olvidan. Pasaron cuatro veces las filas, que vienen á ser dieciséis: estaba la Plaza hermosísima con toda la grandeza y hermosura de la corte, que con la facilidad que tienen de hacer sus atenciones desde las ventanas las personas que les hablan, hacen parecer todo más agradable y sin las gazmoñerías y farsas de Portugal, donde no trata la gente con vecinos y conterráneos, sino como si cada uno viviera entre enemigos, según los recatos, disimulos y reservas con que vive y reina la desconfianza y la hipocresía.

Duró la fiesta hasta entrada la noche, y al anochecer entraron en el consistorio, que está en la misma Plaza, á tomar hachas blancas, y entretanto se llenaron las ventanas de luminarias, que fueron este día linternas todas con las armas de la ciudad, y son unas llamas atravesadas en campo amarillo; y de estos papeles para las luminarias dió la ciudad más de 500 mil, que hacían las calles claras y alegraban á la gente, la cual era tanta que, en previsión de ello, tenían echado pregón que ningún coche entrase en las calles principales, y así atravesaron en ellas peones y maderos; y son en esto tan observantes de la ley, que yo vi al condestable salir de Palacio, y diciéndole lo que pasaba, mandó volver su coche, porque se había de detener en San Pablo, y se fué á pie. Y así esta noche se hallaron casi todas las damas á pie tapadas y con mucha fiesta y alegría hasta cerca de la media noche.

Queriéndonos ya marchar, nos conoció una cuadrilla de vecinas que venían embozadas, y una más moza llamada doña Angela (1), que canta muy bien, comenzó á acosarnos para que la diésemos algunos dulces; nosotros decíamos que no la conocíamos, y la señora que los pedía «que le diésemos limosna como á doncella huérfana»; pasando unas damas con sus mantillas, dije, llegando á ella: «Niña, muestra la llaga, y sino Dios te provea, que paga (1) de repente», y aquella noche fué muy festejada de los oyentes.

Y yéndonos ya á recoger, venía un hidalgo lucido acompañando á otra dama tapada, é íbase quejando y hablando con pasión; debían de ser algunos celos, y pasando un burlón y viéndole tan entregado á sus quejas, le dijo: «Señor, ¿no me diría v. md. por dónde salen aquí á la sala (2) de los orates», que es el hospital de los locos; á lo que él respondió: «Sígame, hermano, que por el camino que yo llevo, presto llegaremos allá». Y si fuera esto con uno de nuestros pícaros ó vagos de Lisboa, teníamos la pendencia trabada.

No gusté nada de una invención con que hicieron salir á los portugueses, de mucho gusto para los castellanos, y fué un tabernáculo que estaba en medio de la plaza, al cual subieron un mulato y mulata portugueses con adufe y pandero, y con ellos también un loco de la corte, y todos tañían y bailaban con gran risa de los chiquillos, que pensaban ser aquello Portugal (3), y, en la misma semana, en una procesión votiva de la ciudad, entre las demás damas prepararon una de portugueses con máscaras y panderos con capuces y sombreros muy grandes, y todos con rótulos que decían: «Agt.º Frs.º Portugués» (4), y cuando tocaban el pandero, decían: «Pelos Evan-

(1) *Doña Angela de Isasi,* dice el ms. del Museo Británico, según Gayangos.

(1) *Que pasa*, dice el original. Supongo que será *paga*.

(2) Así en el original, pero será *casa*.

(3) «No quiso Portugal dejar de tener parte en esta fiesta; y, como á reino tan principal, se hizo un tabernáculo en medio de la Plaza, al que subió un mulato y una mulata portugueses á cantar y á tañer, y con ellos *Vinorxe*, que es un loco de la corte, y bailaban todos la *cucuella*, con grandes gritos de los rapaces, y esta fué la invención de Portugal.» (Variante del ms. 504 de la *Bibliotheca Publica Municipal Portuense,* señalada en la edición de Oporto, pág. 368).

(4) Así el original; mas sin duda es *Af° Frs (Alfonso Fernández)*, como en el ms. del Museo Británico, y como se verá más abajo.

gelhos muito fidalgo, muito muzico, muito portuguez, muito namorado e quebrar hum corna na cabeça a todo castellâo» (1); y toda la fiesta era como portuguesada. De manera que los entremeses que nosotros con los ratoncillos, hacen estos bellacos con los portugueses; y diciendo yo á un castellano, que estuvo toda la vida en Portugal y era nuestro enemigo, que nos pagaba mal la crianza, respondió: «Juro á Dios que ellos son los mayores enemigos que se tienen, comidos igualmente de laceria y de envidia unos de otros» (2).

¿Y qué quiere v. md. que yo diga de gente que sólo tiene cuatro palmos de tierra, toda monte, que parece sembró Dios España, y dejó aquí el aceite y echó allá la cascarilla. Por cuya razón decía un embajador que fué á Portugal, que bien parecía tierra dada en dote á yerno y no á hijo; y que decía otro que estábamos en este rincón *Culus mundi,* donde no teníamos comercio de gentes, sino de cuatro marineros embreados, sin guerras con naciones extranjeras (1); y, replicándole yo con las conquistas de Asia y Africa, respondía: «Tomólos Dios como mosquitos contra el campo de Faraón; y con sus botas y capa de bayeta es tanta su soberbia, que preguntaba el otro portugués si en Italia y Francia había también fidalgos, como Portugal, que empezó ha cuatro años, y lo bueno es que se burlan y los hieden los castellanos, la más famosa nación que hay en el orbe, de que tiemblan las naciones de Europa y Asia» (2).

Y, tomando cólera, representaba un entremés y decía: «¿Qué nos quererás, Affonso Fernandes, com as tuas barbinhas samicas muy tozadas, e amalrotadas, e a tua vinha, graduada em quinta, muy sercada de sylveiras, por que te nâo tomem hum cacho, e a tua espadinha caranguegeyra muy refincada, e a tua mulhersinha muy faminta e com muito más perninhas, emparedada, e a tua filhinha com as suas sapatas mijadas e acalcanhadas, mettida en hum archibanco e sem ver sol nem lua, vendo a Estrella na hora do meyo dia? *Ite, maledicti.* Mala vida en este mundo, y con vuestros odios y envidias peor en el otro, y por lo que he estado en esta tierra, pido á Dios: *Illuminare eis, qui in tenebris, etc.*».

20 DE ABRIL

En este tiempo se comenzó á tratar del bautismo del príncipe; mas, esperando el rey al almirante de Inglaterra, que estaba ya embarcado para España y le venía á visitar de parte de su monarca, ordenó aplazar el bautismo hasta su venida, porque dicen es de los principales personajes de Inglaterra, y viene con gran fausto y setecientas personas en su compañía y muchos títulos; y así comenzaron á preparar el pasadizo y palacios del rey.

El rey no tiene palacios en Valladolid, y el emperador vivía en las casas del conde de Benavente, donde hoy están los consejeros, y le llaman

(1) «He aquí lo que somos con nuestra soberbia necia, con que nos hacemos aborrecidos de Dios y de los hombres, sin conocernos, pues debiendo solamente tener lástima unos de otros, somos los mayores enemigos que tenemos, comidos igualmente de envidia y de laceria. Y no vemos que solamente tenemos cuatro palmos de tierra, toda de montes y pedernal, que no parece sino que sembró Nuestro Señor España y dejó allí el aceite y aquí la cascarilla, por lo cual con razón decía el hidalgo castellano que parecía tierra dada á yerno en dote y no á hijo. Somos cuatro hombres, que nuestro reino comenzó hace cuatro años, por donde no puede ser muy antigua la nobleza de ella. Estamos metidos en este rincón y cabo ó rabo del mundo, donde no hay tránsito ni comercio de naciones extranjeras, y así no hablamos con gente sino con cuatro marineros embreados; nunca tuvimos guerra con naciones extranjeras, sino ha cien años, que Dios nos tomó por instrumento de llevar su nombre y convertir la India como con mosquitos el campo de Faraón; no tenemos qué meter en la boca, y con nuestras botas y nuestra capa de bayeta es tanta nuestra soberbia ó necedad, que pregunta el otro hidalgo si en Italia y Francia hay también hidalgos. Y olemos mal á los castellanos, señores del mundo y la más hermosa nación que hoy hay *à Gadibus usque ad Gangem,* de que temen las demás naciones de Europa y Asia». (Variante del ms. 504 de la *Bibliotheca Publica Municipal Portuense.*—Ed. de Oporto, pág. 368).

(2) En castellano en el original.

(1) «Sólo con Castilla, á quien siempre rompimos las narices.» (Adición del ms. 503.—Ed. de Oporto, pág. 369).

(2) En castellano en el original.

Palacio viejo; y viven en parte de ellas los príncipes de Saboya, y tienen grandeza y disposición á modo de palacios de reyes.

Ahora hizo el duque, ó reformó, frente á San Pablo unas casas en forma de palacios, de las cuales algunas comprenden algunos cubos de los que fueron de la casa de D. Alvaro de Luna (1); y de ellas dió la mayor parte al rey, quedándole otras tantas en la parte de atrás, en otra plaza muy grande, y un monasterio que hizo de frailes de S. Diego descalzos.

En recompensa de esto le hizo el rey alcaide mayor de ellas, con 30 cruzados de salario (2) y quedó por su coadjutor y futuro sucesor, y para quedar más soleadas, se derribaron muchos edificios de casas, y algunas de ellas muy nobles y mejores que las que el rey tiene, y con esto se hizo una plaza en escuadra muy hermosa, donde ampliamente se corren toros, y para el bautismo comenzaron á hacer ahora una galería alrededor ó pasadizo para ir del palacio á la iglesia de San Pablo, que está de frente y tiene la más hermosa fachada que hay en la ciudad; y hácese esta galería con la misma correspondencia de ventanas, vidrieras y labores que tiene el frontis de palacio, con lo que queda la plaza muy hermosa, y trabajan en la obra 600 hombres de día y de noche; y después de provista con la madera que pareció necesario, se halló que faltaban 280 carros de ella para el pasadizo y sala de los saraos, que se hacen en la misma galería, como diré.

24 DE ABRIL

El día 24, que fué domingo, se hizo una procesión por el nacimiento del príncipe, por la ciudad. Son todas muy frías, sin orden ni concierto, ni grandeza ninguna, más que ver riquísimas colgaduras de brocados y bordados, sin orden y sin gracia mezclados, y muy mal colgados y prendidos, que parece cosa hecha de propósito; y si algún portugués hace fiesta á San Antonio y cuelga según nuestra costumbre, estiman todos el buen concierto, como nosotros la riqueza. Lo que más hay que ver son las calles llenas de coches y de señoras en hermosísimos caballos, y las ventanas de las damas, porque un buen día todos le meten en casa; y esta tarde vino el conde de Saldaña y marqués de Barcarrota, que andaba en Platería con otros siete ú ocho desempedrando calles y reventando caballos delante de señoras parientes suyas, y por la noche, andando con unos criados embozados, topó con unos galanes que estaban dando música á una portuguesa recien llegada; quiso estorbarlos, y sobre palabras, vinieron á reñir y diéronle una estocada en la tetilla izquierda, que á entrar una uña más le acabaran; mas, nombrándole los suyos, le conocieron y le pidieron perdón y se fueron á entregar al duque de Lerma, que, aunque los prendieron, los hizo soltar y prender á su hijo en casa de su suegro, y así estuvo más de dos meses sin entrar en fiesta alguna ni salir fuera sino escondido, sin que fuera bastante el embajador, ni ningún otro medio, para que le soltaran (1). Otro lance peor había acontecido pocos días antes.

Andando en el Espolón el duque de Maqueda, que ahora heredó también el ducado de Nájera y es dos veces grande y mancebo de veinte años, y andando con él dos hermanos más mozos, todos gentiles hombres, el mayor tuvo unas palabras con un D. Pedro de Ulloa, y disimulando, le esperó al domingo siguiente; y porque entonces no traía espada, la dió á un lacayo (2) y

(1) No creo que nadie más que Pinheiro consigne esta última noticia.

(2) Así, equivocadamente, el original. Lo que le dió el rey de salario fueron 2.000 ducados.

(1) Su padre le mandó preso á la fortaleza de Ampudia (Cabrera de Córdoba: *Relaciones*. De Valladolid, á 14 de Mayo de 1605).

(2) Esto, como se ve, está un poco ambíguo. Cabrera dice que quien sostuvo la pendencia con el hermano del duque fué D. Luis de Velasco, y cuenta el hecho del siguiente modo:

Sucedió aquí á los 23 del pasado que sobre ciertas palabras que habían tenido el día antes D. Juan de Cárdenas, menino de la Reina, hermano del duque de Maqueda, y D. Luis de Velasco, estando el D. Luis en la Plaza Mayor se llegó á él el D. Juan sin espada y con la vara del caballo le dió de palos, y poniendo mano á la espada D. Luis y los que con él estaban á caballo, sobrevino el duque y D. Jaime su hermano y los criados que traían, con las espadas desnudas, y cargaron sobre

con una vara comenzó á golpear al otro, y, riñendo, acudieron tantos contra él que echó á correr, y el hermano del duque tras él hasta que tropezó su caballo, y saltando de él el pobre caballero, entró en un patio, y creyendo se lanzaba por la puerta de una bodega, se arrojó á un pozo, sin verle nadie, sino de allí á dos días, que, sacando agua en un caldero, vióse en él el sombrero, y sacándole, le pusieron en San Francisco con su cuera de ámbar y sus mangas de tela y debajo una cuera de ante, mas nada le valió.

El agresor se acogió á San Pablo, y de allí, temiendo que le prendiesen, salió á escondidas. Prendieron al otro hermano y le llevaron á un castillo del duque; el duque se fué á casa del condestable. El rey le mandó le tuviese preso, y luego los mandaron desterrados de la corte, señalándoles una villa suya, donde estuviesen; y se hizo con tanto rigor, que viniendo la madre á visitar á la reina en el nacimiento del príncipe, no quiso el rey que la hablase, y así tornó á marcharse. Porque en estas materias de autoridad de justicia, quedan todavía reliquias del rigor con que dispuso la observancia de ella el rey viejo, de suerte que pueden decir los oidores de Castilla, *cujus non sacerdotes merito quis dixerit, (L. 2, fil. just. et jure).*

Y, porque estos días estábamos ociosos y mi consulta en el rey (1), y no tenía qué hacer, os quiero contar las romerías en que me ocupé. Están aquí en la corte Gilimón de la Mota, que es riquísimo, y su mujer D.ª Gregoria de la Vega, medio portuguesa, y tienen tres hijas, doña Fabiana de la Vega, casada, D.ª Feliciana y doña Isabel, vestidas de monjas, á las que llaman las *Gilimonas* y tienen muy honrados casamientos: tienen dos coches madre é hija, y así siempre se hallan en las fiestas. Hasta aquí es información *de vita et moribus:* entra ahora la historia (1).

D. Luis, el cual hubo de volver la rienda para salvarse, y tropezando el caballo se apeó y entró en una casa de la Plaza, y subiendo por la escalera había un brocal de pozo, y con la turbación que llevaba se metió por él sin verle nadie, y cayó abajo adonde se ahogó; y no se entendió hasta el otro día que le sacaron muerto, que ha sido caso harto desastrado: el cual era nieto del doctor Velasco, que fué del Consejo Real y de Estado del rey difunto. Y como llegó á noticia de D. Juan haberse ahogado, se salió de esta corte no obstante que tenía la casa del conde de los Arcos por cárcel con su hermano D. Jaime, y el Duque la del Condestable. Después han llevado al Duque á la fortaleza de Coca, donde está con un caballero de guarda y dos menores y dos aguaciles: de creer es que les ha de costar pesadumbre y dineros este negocio. (Cabrera de Córdoba: *Relaciones*. De Valladolid, á 16 de Abril de 1605).

(1) Es decir, el dictamen del asunto que retenía á Pinheiro en la corte.

(1) El licenciado Baltasar Gilimón de la Mota fué personaje popularísimo. Natural de Medina del Campo, desempeñó, entre otros cargos, los de Fiscal de los Consejos, Gobernador de la Hacienda, Magistrado de la sala de Alcaldes y Contador Mayor. En 1623 vistió el hábito de Santiago. Cristóbal Suárez de Figueroa, en su *Plaza Universal de todas ciencias y artes*, le menciona entre los *famosos causídicos.*

A más de las tres hijas citadas por Pinheiro, tuvo Gilimón dos hijos, llamados Agustín y Paulo Eugenio *(Arch. par. de la Antigua,* l. 2.° de bautizados, f. 170 v.to; íd. de la Catedral, l. 2.° de íd., f 43 v.to)

Los *Avisos*, de Pellicer, cuentan alguna cosa picante de D.ª Gregoria de Vega. En cuanto á las hijas, fueron una especialidad en los bailes de la pavana, el turdión, gallarda, pie de gibado, alemana, la hacha y otros semejantes. Cuando Felipe III, confirmando la pragmática dictada contra el lujo en Junio de 1600, dió un bando sobre el uso de guarda-infantes, basquiñas, zapatos, verdugados, jubones escotados, etc., las *Gilimonas,* á la sazón en Madrid, salieron en sus dos coches, y apeándose de ellos al llegar al Prado, comenzaron á protestar ruidosamente contra la orden. Acudió un alguacil y quiso detenerlas; pero ellas montaron en sus carruajes y escaparon á su casa. El buen Gilimón las castigó á ir en lo sucesivo vestidas de monjas. (V. el interesante artículo *Las Hijas de Gilimón*, en el *Madrid Viejo*, de Ricardo Sepúlveda, pág. 215).

Doña Fabiana de Vega se desposó en 7 de Noviembre de 1599 con D. Antonio de la Cueva; se velaron en 7 de Mayo de 1600 *(Arch. par. de la Antigua,* l. 1.° de matrimonios, f. 258 y 264). El marido de doña Fabiana, á quien también menciona Suárez de Figueroa como famoso jurista, era hermano del autor dramático Francisco de la Cueva y Silva. En unión de su esposa firmó la escritura por la cual Gilimón de la Mota fundaba en Medina del Campo el convento de monjas recoletas de San Agustín *(Arch. de Protocolos de Valladolid:* Prot. de Tomás López, 1604, f. 802). Muerto D. Antonio en 1626, uno de los testamentarios fué su hermano el poeta. (V. Pérez Pastor: *Bibliogra-*

Aprovechándome del parentesco del nombre y de la vecindad, le mandé decir supiesen cómo tenían un pariente más en la corte y que me diesen licencia para dármeles á conocer, y el domingo atrás le habíamos mandado un soneto allí en público, por un pobre que andaba pidiendo limosna; ellas lo festejaron y me mandaron decir que lo estimaban mucho y que mandase «algunos olores delante y peinetas, para que les oliese la sangre de más lejos» (1). Decía el soneto:

Mira la plaga cruel, mira la llaga,
soldado pobretón, manco y tollido,
tollido y manco en guerras de Cupido,
y pobre por fiar, y mala paga.
Ciego, que ver no alcanza á quien se llaga,
sordo, que una palabra no ha oido,
mudo, pues nunca oirle han podido,
gusto no alcanza y siempre amargo traga.
Milagro nuevo que no sienta y viva
sólo para sentir disgustos tantos
y nunca de su mal se hayan dolido.
A la abadesa pide le reciba
por caridad entre estas monjas santas,
pues no puede ganar, y está perdido (2).

Después de muchos dimes y diretes, vinimos á una entrevista, donde hice mis ofrecimientos y ellas de mí *mangas ao demo,* zumbando de verso y prosa; en efecto, como es costumbre, me dijeron que ya sabía la obligación de primos que era tener primas monjas muy mimosas.

Preguntando yo qué querían de Portugal, dijo D.ª Feliciana: «Yo unos abanicos, porque vea v. md. que no le quiero ocupar sino en cosas de aire, y éste no puede faltar en los portugueses.» Díjela yo: «Soy contento, y en cuanto tarden, si v. md. se hallase apretada de calor, envíeme á llamar, que, como traemos el aire en la cabeza, soplaré á v. md. en el rostro.» Respondió ella: «Calle, primo, que no me pago de servidores soplones» (1).

Después de esto, las fuí á ver, y no vi en Castilla más discretas ni cortesanas castellanas: mas dispusieron mis pecados que la madre creyera que á ella iban dirigidos mis cuidados, que está tan verde como las hijas, y así me fué necesario dejar el buen fruto para huir al mal árbol, que, á no afearla la belleza de las rosas, no dejaba por sí de ser rosal.

Sólo diré que, hallando una tarde á D.ª Fabiana, que estaba encinta, en la Puerta del Campo, me quejé de no verla en tantos días; respondióme que había estado en cama con los trabajos de su vientre; respondí á esto, diciendo: «No me espanto que me pague v. md. la pena en el lugar del delito»: y ella contestó: «Ay, primo, guárdeme Dios de recaída, que no me dejan guardar la boca» (2).

28 DE ABRIL

En este día vino correo cómo era muerto el papa, que lo fué solamente 27 días, 18 en pie y 9 en cama, que para representar papel de comedia, eran pocos: sin embargo dicen que hizo dos cardenales, porque quedara quien se acordase de él, que debía de ser más elección de sangre que de espíritu. Hubo más sentimiento en su muerte que alegría en su elección, por las muchas demostraciones de amor que había hecho en respeto de Su Majestad.

Dicen que le hallaron algunas manchas de mal aspecto, que no debían de ser de melancolía del vicariato, que es bueno, y así dicen (lo que yo no creo) que murió envenenado, enfermedad de que mueren los papas, porque oí decir que los médicos desean mucha vida y poca salud á los enfermos, las mujeres mucha salud y poca vida á los maridos, y los cardenales poca vida y

fía Madrileña, vol. II, pág. 138; J. P. Wickersham Crawford: Introducción á su edición de la *Tragedia de Narciso*, de Francisco de la Cueva).

Doña Feliciana casó en 1609 con el embajador de Mantua; D.ª Isabel quedó soltera.

Gilimón de la Mota dió nombre al *Portillo de Gilimón*, de Madrid, en cuyas inmediaciones estaban sus casas. Es fama que en ellas estuvo preso y murió, á fines del siglo XVII, el duque de Osuna, virrey de Nápoles.

He encontrado, y poseo la nota correspondiente, numerosos documentos relativos á Gilimón.

(1) En castellano en el original.

(2) Este soneto, naturalmente, está también en castellano en el original.

(1) El diálogo, en castellano en el original.

(2) En castellano el diálogo.

poca salud á los papas, porque en las vacantes viven y reinan y les va llegando su vez.

Ya antes corría la voz de que había de vivir poco tiempo, y el que eligiesen en su lugar viviría todavía menos, y después de él sería elegido un fraile negro y sería Montelspero, agustino, y de Roma vino el mismo aviso, mas yo creo en Dios y creo que todo esto es mentira, y adivina quién te dió; unos dicen que vivirá mucho y vencerá, otros que vivirá poco y será vencido, y el que acierta queda afamado por grande oráculo, y son todos unos echacuervos (1).

1 DE MAYO

En el mes era de Abril—del de Mayo antes un día (2), cuando me convidaron para ir á la huerta del duque, del otro lado del río, y que nos iría el señor de ella á mostrar el ingenio de agua que tenía hecho, por ser invención tan famosa, fácil y nueva en España. Fuí con alborozo á ver la obra y al autor de ella; y, porque cuando vos fuisteis, no estaba aún hecha, oid la descripción histórica. Dice el autor así:

Pasa el padre Pisuerga lavando faldas y cazcarrias de Valladolid, dos leguas antes de meterse en el Duero, y aunque no es muy caudaloso, va acantilado y con algunos azudes que le represan, con lo que, aunque no es gordo, se hace hidrópico, haciendo unas tablas de río muy hermosas é iguales, por lo que corre con tanta taimería que «pudieran los ojos determinar apenas el camino que llevaba» (3).

(1) Llámase echacuervos, dice Covarrubias, «á los que con embelecos y mentiras engañan los simples, por vender sus ungüentos, aceites, yerbas, piedras y otras cosas que traen, que dicen tener grandes virtudes naturales.»

(2) Comienzo de un famoso romance:

En el mes era de abril,
de mayo antes un día,
cuando los lirios y rosas
muestran más su alegría.

Con este romance termina Gil Vicente su tragicomedia de *Don Duardos*.

(3) En castellano en el original.

Las arenas que faltan á sus riberas para ser claro, súplelas con el arbolado que cría, con lo cual, como mujer rica y fea, aunque tiene mala cara, está bien vestido y adornado de árboles frescos que, como marquesotas grandes, le encubren la mayor parte de su rostro, y queda muy fresco, alegre y apacible.

Atraviesan el Puente Mayor, que no tiene más hermosura que lo tosco de la antigüedad, con que le construyó el conde D. Pedro Ansúrez. De la otra parte de la ciudad, poco más abajo del puente, hizo el duque una huerta ó jardín, á la cual de una parte queda sirviendo de límite el río, y de la otra parte una pared que le va formando un cuarto de legua por el río abajo, quedando de la parte del puente el convento y campo de la Victoria, y de la otra el convento y prado de San Jerónimo, con una doble calle de álamos á uno y otro lado del muro, que, creciendo, será el más hermoso paseo de Valladolid y de España (1).

En esta huerta hay campo para todo género de caza, y frente al palacio viejo unas casas, galerías y jardín y las calles con celosías de madera pintada sobre el río, con lo que queda pareciendo painel de Flandes, principalmente con una barandilla que cae sobre ella, que tiene muy bien una carrera de caballo.

Está el jardín repartido en cuatro cuadros,

(1) A la famosa fiesta que en este lugar se celebraba alude Tirso de Molina:

Dos meses ha que pasó
la Pascua, que por Abril
viste bizarra los campos
de felpas y de tabís,
cuando á la puente (que á medias
hicieron, á lo que ví,
Pero Ansúres y su esposa)
va todo Valladolid.
Iba yo con los demás,
pero no sé si volví,
á lo menos con el alma,
que no he vuelto á reducir;
porque junto á la Vitoria
un Adonis bello vi,
que á mil Venus daba amores
y á mil Martes celos mil.

(*Don Gil de las Calzas Verdes*, acto 1.°, esc. 1.ª)

con cuatro fuentes de invenciones, y en el medio una de alabastro que al duque mandó el duque de Florencia, que tiene las figuras de Caín y Abel, cosa tan perfecta que, como si fuera de Mirón ó Policleto, la hallo digna de mandarse de Italia á España.

Está el jardín acompañado de casas, galerías, barandas, que vienen al río de un lado y de otro, con lo que queda más hermoso y apacible; tiene casas de pajarillos con árboles en que crían, y otras curiosidades. Las casas, así las altas como las bajas, están todas llenas de las más hermosas pinturas que hay en España, y muchas de ellas originales de Urbino, Miguel Angel, Ticiano, Leonardo, Mantegna y otros más modernos, que fueron los Apeles, Timates, Zeuxis, Parrasios, Protógenes y Apolodoros de nuestros tiempos (1).

De ellas, algunas tienen tanto precio, que yo ví en la almoneda de la marquesa del Valle (2) un painel de San Pedro, por el que no diera seis tostones, y querían por él quinientos cruzados, y otro, quemado en más de dos palmos, por el que querían 500.000, y hay painel por el que dan 2.000 y 3.000 cruzados, como sean originales de algún maestro de éstos: y así es mucho de ver la diversidad de pinturas y hermosura de retratos de estas casas.

Hay además aquí una plaza con su estacada para correr toros y jugar cañas, como ya muchas veces se hizo, junto al puente. Esta huerta la vendió el duque al rey por 70.000 cruzados, mas Su Majestad le dió la admininistración de ella con 3.000 ducados de salario, de modo que es suya, como antes, y le da producto (3).

Así hizo también el rey en Madrid con don Juan de Borja, que parece la historia del gallego: «Docho, e rapocho logo, e quedas-me a dever noventa e nove»; y queda el rey de peor condición que los obispos de Fez y Marruecos, pues no cobran los diezmos y pagan la pensión.

Por esta huerta se hizo un pasadizo de madera desde el palacio hasta la ribera, y ahora una puente sobre barcazas, muy pintada y cubierta por encima de madera, como jaula, toda teñida de verde; y trajo el rey tres galeras de agua dulce, con sus remos, cuerdas de seda, velas y gallardetes, en las que con la reina y damas va á esparcirse muchas veces.

Y, como no había manantiales para la fuente, se hizo una invención, con que muy fácilmente la llevaron del río, y está corriendo sin intermitencia y elévase del río ciento cincuenta palmos ó más, con mucha facilidad, con unas bombas de metal, con bombardas y unas ruedas que se mueven con la corriente del río, cosa, después de vista, muy fácil y de ningún coste.

Hízola un notable capitán vizcaino, á quien llaman Zubiaurre, y al que nosotros llamamos Zurriago, el cual no[s] la estuvo mostrando, y dijo que él no la inventó, sino que la vió hecha en Londres, estando allí cautivo, y él enmendó algunas cosas. Y ya ha hecho otro individuo otra semejante, pero con una sola rueda, cosa facilísima (1).

En esto se ve cuánto se aguza hoy el ingenio, pues nunca los antiguos con todas sus habilidades cayeron en ningún procedimiento de éstos, fuera de sus norias y troclas, y vemos la de Juanelo en Toledo, y está mucho más sencilla en Valladolid, no hallándose memoria de ellas en Vitruvio Placentino y otros semejantes, que se consagraron mucho á esto: y es muy de notar las cosas que Dios tuvo escondidas por seis mil años al mundo y se descubrieron en nuestros días, como las Indias occidentales, á que llamaron América, de Amérigo genovés, como las tierras del sur ó de Magallanes, y tanta y más tierra de la que hasta ahora estaba descubierta,

(1) En el *Catálogo* de los cuadros de la Ribera, publicado por D. José M. Florit, no figuran todos los autores citados por Pinheiro *(Boletín de la Sociedad Española de Excursiones,* t. XIV).

(2) Se subastaron los objetos pertenecientes á la marquesa del Valle, á consecuencia del ruidoso proceso que se formó contra ella y su sobrina D.ª Ana de Mendoza.

(3) V. sobre este particular los *Estudios histórico-artísticos* de D. José Martí, pág. 609-611.

(1) V. *Los abastecimientos de aguas de Valladolid,* por D. Juan Agapito y Revilla, pág. 35-40. Es lástima que Pinheiro no dé más detalles sobre el ingenio de Zubiaurre.

que solamente América tiene 32.000 millas de circuito, sin haber de ella noticia alguna, por más que algunos quieran que sea la fingida Atlántida de Platón, y las demás noticias que examina el P. José de Acosta.

La navegación de nuestras Indias orientales conocidas, mas no exploradas; la navegación por medio de la brújula por el Oceano, que se halló valerse de ella á los indios en Mozambique, porque hasta entonces no se navegaba sino por el Mediterráneo, y costeando por el Oceano, como fué D. Vasco de Gama, hasta que de ella vino la invención. Mas consta que ya en el año de 1300 la había encontrado Juan Gloria de Melphi (1), á quien otros llaman Flavio Campano; otros dicen que un natural de Brujas.

Los relojes de torre, cosa tan necesaria, desconocida de los romanos y griegos, que usaban relojes de agua en defecto de los solares, y siendo invención que no se halló la hubiese en ninguna de las partes descubiertas.

La imprenta, que algunos dicen fué traída de China por un alemán, porque ya allí la encontraron los portugueses por cosa muy antigua: mas la verdad es que fué inventada en el año 1440 en Arlim (2) de Holanda por un Lorenzo Joanes, que en formas de madera imprimió el *Speculum nostræ salutis,* que es el primer libro que se imprimió en Europa, y robóle la invención y los moldes, que hacía de estaño, Faust, su criado, y huyó á Colonia y Maguncia, donde imprimió en el año 1442 el *Doctrinal* de Alejandro Galo (3), y luego Lactancio y Agustín, *De Civitate Dei.*

(1) Es sin duda errata, por *Flavio Gioia de Amalfi*, á quien se atribuye la invención de la brújula, si bien es lo cierto que el uso de ésta se hallaba ya extendido desde tiempos anteriores, y que Gioia hizo solamente la innovación de suspender la aguja sobre un eje.

(2) Harlem.

(3) Acoge aquí Pinheiro la versión de los holandeses, según los cuales el inventor de la imprenta fué su compatriota Lorenzo Coster. El *Faust* á quien alude Pinheiro es Juan Fust, que en 1450 se asoció con Gutenberg, verdadero inventor de la imprenta. Todo lo más que puede concederse á Lorenzo Coster, y en esto Pinheiro está bien informado, es la impresión xilográfica del libro de imágenes conocido bajo el nombre de *Speculum salutis*.

Los arcabuces y demás armas de fuego, de que Ariosto dice:

> O maledetto, o abbominoso ordigno,
> Che fabbricato nel tartareo fondo
> Fosti per man di Belzebù maligno,
> Che ruinar per te disegnò il mondo,
> A l'inferno, ondi uscisti, ti rassigno, etc. (1)

La artillería, que se tiene por antigua máquina, que fué vista la primera vez en el cerco de Algeciras, en España, en el año de... (2). Los ingenios de azúcar, el fabricarle y refinarle con barro, y los manjares y preparados que con él se hacen, de todo lo cual carecieron griegos y romanos, y los banquetes de Cleopatra y Heliogábalo, con los demás Sardanápalos de aquel tiempo, porque el licor que destilaba la caña solamente era conocido para boticas; como consta de Plinio, Dioscórides, Teofrasto y otros, supliendo la miel las delicias que hoy proporciona el azúcar, y las necesidades de conservas y medicinas, sus ojimieles.

El papel de trapos de lino, que también es invención antigua de la China, pero moderna en Europa, usándose entre tanto pergamino de Pérgamo y tablas enceradas y *pugillares* (3) y cortezas de árbol. Podemos agregar el descubrimiento de extraer la plata con azogue y de obtener el azogue con las limaduras de acero y piedras de afilar, de cinco años á esta parte, cosa tan provechosa que dió el inventor á Su Majestad 400.000 ducados, porque le dejase de la escoria perdida del Potosí sacar lo que pudiese con azogue, y después, por lo mucho que ganaba, le modificaron el contrato y le dieron 200.000 cruzados, quedando el rey con lo demás, y lo mismo con azogue hace cinco años.

Los anteojos de larga vista, inventados en Mildeburgo en Holanda por un pobre óptico, que llevó dos al conde Mauricio en Septiembre

(1) *Orlando furioso.* C. IX, oct. 91.

(2) La fecha en blanco en el original. Es el año 1342, en que Alfonso XI sitió á Algeciras. Ya en los sitios de Baza y Tarifa habían empleado los árabes la pólvora.

(3) Las tablas donde se escribía con el *estilo.*

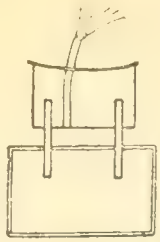
de 1607 (1), por los cuales se veía á tres y cuatro leguas, todo y tan distinto como si se estuviera á cien pasos: él los mandó al Consejo de Estado cuando se trataba de las treguas, y decía el mensaje que con ellos verían las maniobras de los españoles, y dieron 300.000 cruzados al inventor, y que no lo descubriese: sin embargo, en París se comenzaron á usar en 1609.

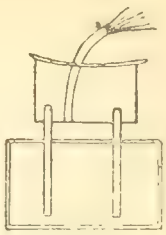
Podemos añadir el ingenio para batir moneda, de Segovia, que fuí á ver, con ruedas hidráulicas, cosa increíble, aun después que se ve, y la facilidad y presteza con que se hace, y estos ingenios de agua, tan ignorados de los antiguos, que solamente conocieron sus troclas y tímpanos, dejando aparte los ingenios y máquinas particulares, y los aproches y petardos y demás invenciones hechas y empleadas en las guerras de Flandes y Hungría, que pudieran dar materia para otro nuevo libro á Polidoro Virgilio, con hacer tan pocos años que escribió (2); de manera que con razón quedamos por lo menos *pueri in collo gigantum*, pues, aunque sobre sus hombros y sobre lo que nos enseñaron, vemos sin embargo más que ellos y más alto.

No cuento el modo cómo, en el tiempo en que se vió esto, todavía no se sabía nada, y hoy lo saben todos, y aún el año de 620 vino á Oporto un criado de un ingeniero italiano, al que ví practicar muchas invenciones admirables é ignoradas, que ni él mismo comprendía, pues sólo tenía los modelos que hurtó por ser notable operario en hoja de lata, con que hacía los moldes y muestras su amo, y él los fabricaba. Entre ellos dejó dos para hacer salir el agua por encima, por sus registros, que ensayamos como verdaderos y felices sucesos.

(1) La referencia que aquí hace Pinheiro al año 1607, y algo más abajo á los de 1609 y 1620, demuestran que estas líneas de la *Fastiginia* se escribieron bastante después de 1605. Tal vez son añadiduras que el autor puso al hacer alguna revisión de su obra, ya que ésta, á juzgar por la frescura del relato y abundancia de detalles, debe creerse compuesta en la misma corte de Valladolid, ó bien muy poco después, sobre apuntes tomados diariamente.

(2) Se refiere á la obra de Polidoro Virgilio *De inventoribus rebus* (1500).





Este primero está compuesto de dos vasos, y llenan el de abajo por el agujero de la taza; y, volviéndole, cae el agua en el vaso de encima por el otro caño que va de abajo arriba; llenan también la taza de agua, que, cayendo por el caño, como el vaso de abajo está lleno de aire, hace presión arriba y hace subir el agua y saltar más de seis palmos, y, como cae en la taza, dura hasta que toda cae debajo.

Este con una jeringa se llena de aire con grandísima fuerza, y estando una mitad de agua y comprimiendo la otra, hace oprimirse los recipientes de agua y aire, de suerte que, dando vuelta al registro, el aire comprimido hace salir al agua con fuerza.

Mas, volviendo á nuestro caso, tuve lástima de ver á este pobre hidalgo andar en una mulilla maltratado y roto, haciéndose ingeniero de agua, siendo tan buen capitán y soldado que él solamente tuvo algunas buenas fortunas en este desgraciado tiempo, en que tan afrentados nos traen cualesquier enemigos (1); y es hombre que alcanzó promesas de ser general, y por ser animoso y arriscado, dicen que no le entregan armadas grandes, porque encuentran mejor dejarlas comer del raposo y podrirse en el lodo y robarnos puertos, por lo que todas las armadas, de 45 años á esta parte, se han consumido y podrido

(1) Un grave descalabro había sufrido poco antes de esta fecha el capitán Zubiaurre. Llevando á Flandes seis navíos con 1.400 soldados veteranos, fué sorprendido en Dunkerke por otros muchos de los holandeses, que mataron 400 hombres con 6 capitanes y tomaron dos barcos, obligando á los cuatro restantes á refugiarse en Inglaterra.

en las rocas, mientras andan huyendo del abrigo de los puertos, y sin querer salir, sin que en 40 años sepamos que realizaran un hecho honroso, arribando á un puerto de los enemigos ó llegando á ver el fuego de las chimeneas, y ellos nos ven sacar todos los años los tocinos del fogón, y allí no hay nave ni navío, todo por no hacer caso de hombres de esta clase, haciéndole de los que no sirven.

Ha de nombrarse general de la armada al Duque de Medina (1), para hacer con ella lo que con la de Inglaterra, y á otro, que nunca vió el mar ni la India, virrey de ésta, y á otros, que no vieron guerra, del Consejo de ella, y lo peor es que presumen saber más sobre la misión de él que aquellos que se sentaron á la mesa de la muerte, no siendo ellos ni siquiera mirones, y creen que basta ser conde, marqués ó grande, para saber de todo y así le prefieren, y despreciar á un hombre honrado, para quien fueron arrullos las bombardas, silbidos las trompetas y joyas las balas, estropeado, acuchillado y despedazado, hijo por completo de la guerra, siéndole palenque la campaña mientras los otros, en muelle holganza, andan infamando sus grandezas y patria. ¡Ah, patria! ¡Ah, rey! Dejan morir de hambre á un hombre como éste y otros que pudieran ser provechosos á la república, siendo así que en tanto marcharon bien los imperios en cuanto andaban á busca de los hombres y los traían hasta de los desiertos para gobernar los reinos, y así nos quiso Nuestro Señor dejar el ejemplo, que todos los príncipes á quienes dió el reino y sacó del monte para el cual huían, fuesen insignes y famosos y provechosos, y por el contrario los que se afanaron por los reinos, los destruyeron; y así para su pueblo hizo sacar del campo á Saul y David, para ennoblecer y dar leyes á Roma, á Numa Pompilio, y para honra de España, en lugar de aijada dió el cetro á Wamba, y el gobierno de Tiro á Abdelomino (?) y grande Alejandro, dejando aparte á los Fabricios, Coriolanos y otros.

Y se me acuerda que á este propósito oí un día á un predicador de la corte, en el sermón de San Mateo Evangelista, este discurso en equívocos: «Veréis cuál era este Apostol en el maestro que le escogió para uno de los doce pares de su Tabla Redonda, que fué Cristo Señor Nuestro tan buen lapidario que no se contentaba sino con una piedra tan fina como San Pedro, un vaso tan escogido como San Pablo, y tan buen elector de personas que no escogía ni admitía sino un amigo tan leal como el Baptista, un secretario tan fiel como el Evangelista, un médico tan excelente como San Lucas, un arquitecto tan primo como Santo Tomás, un cambio tan seguro como San Mateo, un despensero tan apuntado como San Felipe, un comprador tan diestro como Judas, y unos cronistas tan verdaderos que todo lo que dijesen fuese Evangelio, como los Evangelistas, entendiendo bien cuánto pende la perpetuidad del reino de la elección de las personas» (1).

Hasta aquí el predicador, y con mucha razón, y entre cristianos es esta obligación mayor; pues entre los gentiles leemos que los lacedemonios, y también hoy los chinos, tienen hombres que están observando las inclinaciones de los mozos, y conforme á lo que son inclinados, les dan los oficios, aunque sean diferentes de la profesión ó estado de los padres; y, si así se usara en España, no faltarían hombres para los cargos, ni estarían olvidados tantos como los merecen.

Concluyo con una gracia de un padre, que queriendo seguir esta costumbre de los chinos, y saber la inclinación de sus hijos, compró un pato y le entregó á los rapaces, diciendo que se divirtiesen é hiciesen con él lo que quisiesen; poniéndose á acecharlos, dijo el mayor que le atasen y que fuera cada uno con la espada de su padre á ver quien le cortaba la cabeza. Pensó para sí: tú serás soldado. Dijo el segundo: No, sino vendá-

(1) El duque de Medina-Sidonia, jefe que fué de la *Invencible*, y que tantas censuras recibió de sus contemporáneos por su ineptitud y repetidos desaciertos. Todavía en 1606, ordenando al general Juan Alvarez de Avilés que esperase en Gibraltar á la escuadra holandesa, dió lugar al desastre en que murió heroicamente aquel general con el almirante Tomás Guerrero y más de seiscientos hombres, y se perdieron diez galeones.

(1) En castellano en el original. Este precursor de *Fray Gerundio* nada tenía que envidiar á Paravicino.

mosle y repartamos el dinero y cada uno comprará lo que quiera. Pensó: serás mercader. Repuso el otro: lo que hemos de hacer es asarle y comerle y hartarnos. Dijo el padre: tú serás cura. Según esta cuenta, me asignaréis el oficio de vago y holgazán, y por eso dejo esta tema y voy adelante con la mía.

4 Y 8 DE MAYO

En este día entraron al Palacio tres ó cuatro moras muy bien vestidas y aderezadas, y, preguntando la causa, supe cómo era un presente que mandaba al duque de Lerma uno de los señores de las galeras de Italia, diciendo haberlas apresado en una galeota donde la principal se iba á desposar, y que iban con aquellos vestidos y joyas: y ponderábale sus caras de fregonas y sus manos de fregadero, de donde deduje que el capitán con esta estratagema de guerra palaciega, quería mandar los 7.000 ú 8.000 cruzados del collar, y esclavos, y adornó á aquellas moras ó á algunas fregonas para obsequiarle, aunque él decía: *¿en qué me engaña quien me da dinero?* (1).

Este mismo día llegó á la corte un hidalgo maltés, que aquí estuvo mucho tiempo pidiendo le diesen un navío con algunos soldados, que él iría á quemar las galeras de los corsarios de Argel; y tantas instancias hizo, que le dejaron ir y fué en traje de mercader, y después de estar algunos días en Argel se salió una noche oportuna y, poniendo unos petardos y leña con alquitrán á cada galera, las puso fuego juntamente y se quemaron seis ó siete, mientras él cantaba:

Mira Nero de Tarpeya
á Roma cómo se ardía (2).

Y así, fué ahora bien recibido; y el año pasado se obligó también otro al duque de Florencia, por 3.000 cruzados que le prometió, que quemaría las galeras de Túnez; y esperó una ocasión en que los moros habitantes de la costa estaban en una romería, y puso fuego á las galeras, y en la misma noche cayó sobre ellos, y me afirmaron prendió á 200, haciendo de un viaje dos mandados y más de lo que prometió.

(1) En castellano en el original.
(2) Comienzo de un famoso romance anónimo.

10 DE MAYO

Anduvieron en este tiempo los tabardillos muy desvergonzados, que no perdonaron á ningún portugués de cuenta, y así quisieron también acometerme, principalmente para que pudiera decir:

Se quoque principibus permixtum agnovit Achivis (1).

Y así cayó mi tío el M.e Fray Juan, yo, un criado y mi rocín, todos en un día (2); dióme la apariencia de un catarro, que, amén de fiebre y crecimiento, me desolló la garganta y me puso en estado tal, que por 20 días no pude tragar ni agua fría. Diéronme cuatro sangrías y veinte ventosas á buena cuenta, y mandáronme confesar, con pocas esperanzas; no me creeríais, si no lo jurase, que me enfadaba mucho de morir y me parecía que Castilla era Infierno, aunque nunca tan contento me hallé de no dejar aquí mujer y rapazas, que, aunque ellas se consuelan y conforman luego con la voluntad del Señor, el abandonarlas siempre cuesta trabajo, que son la misma carne y sangre.

En fin, fué Dios servido de dejarme aquí y al onceno día se me fué la fiebre. *Sit Dominus benedictus:* que antes quisiera vivir que morir en castidad. Curóme un castellano, médico muy grave, que no me quiso llevar dinero.

15 DE MAYO.—Muerte del embajador de Persia (3)

En este día mataron al embajador de Persia, y sucedió así: el embajador principal murió en el

(1) *Eneida*, l. I, v. 488.
(2) «... mas por mucho que cayésemos, después también cayó la gran princesa de Bretaña.» (Variante del ms. 503: edic. de Oporto, pag. 369).
(3) De la versión que aquí da Pinheiro, resulta que, lejos de ser D. Juan de Persia la víctima del suceso en estas líneas referido, como lo dice el manuscrito

camino, y sobre la sucesión del cargo tuvieron diferencias él y otro que se convirtió y llaman D. Juan de Persia, que compuso un libro de ella, quien salió herido y después se reconciliaron (1).

Sucedió que la semana pasada le azotaron á unos criados cristianos por poco más de nada, y para más desgracia los encontró en el camino, yendo él en un coche del rey; y saltó del vehículo, queriéndolos librar, mas le detuvieron, principalmente una señora que acertó á pasar en un coche, deteniéndole y consolándole, porque él entendía ya la lengua: por la noche vino á verle Don Juan, y dicen que, sobre llamarle cobarde por dejar azotar á sus criados, vinieron á las manos y le mató á estocadas; y es mayor lástima, porque estaba para convertirse y hacía reverencia á las imágenes, y era muy enamorado y muy bien vestido, siempre á su uso y con mucha riqueza.

Ahora pide favor á las musas el autor, para cantar la venganza de tan injusta muerte, las muestras de sentimiento, las pirámides y mausoleos que se levantaron á la muerte del embajador del Gran Sufi Rey de Persia, Partia, Media, Bactriana, Ponto, Gedrosia, Asiria y casi toda Babilonia y Caldea, emperador de medio oriente y el mayor señor, después del gran Turco, que hay del Ganges al Tajo, del Nilo al Danubio, viniendo por tan remotas partes, del oriente al poniente, sobre materia de paz, y á destruir la bestia fiera del Turco, que nos hubiera tragado mil veces, si él no le detuviera con sus armas.

El caso es que al otro día le pusieron en un carro de cestos de llevar carne, con las piernas arrastrando por las calles, y más de doscientos chiquillos á destaparle y á gritar por Mahoma; y con este regocijo le fueron á dejar en un barranco junto á las galeras, donde le comieron los perros las piernas, que quedaron por fuera; cosa ciertamente lastimosa y vergonzosa para España, y una de las más mal hechas y que más escandalizan de cuantas vi, porque fuera hecho de bárbaros, y aun ellos tratan con diferente respeto á nuestros embajadores, honrándonos en todo, con ser de diferente ley y tan grandes señores, y con mucha más renta que el rey de España.

No obstante, me afirmaron después que el perro lo merecía, porque le encontraron en su libro un título con su *item* de mujeres que había poseído, que dicen eran más de 130, en que decía: á tantos de enero estuve con la Sra. N., mujer de N., por tantos cruzados y de tal manera; tiene buenas pantorrillas y tal señal, venía vestida de tal, ó tales medias, etc.

Dicen que llevaron el libro al rey, y que, por estar algunas damas de cuenta, le mandó quemar; y se supuso que, para alabarse en su país, ponía en la lista á cuantas señoras veía, que todas le hacían agasajo donde le encontraban; y si así es, bien merecía lo que le hicieron, mas no lo creo y tengo por mentira. Ahora diréis vos ¿cómo está prudente Juan F[e]r[nánde]z? (1).

20 DE MAYO.—Riquezas, señas particulares del duque de Lerma, con otras muchas circunstancias pertenecientes á él

Estos días estuvo también el duque enfermo

---

del Museo Británico, ó á lo menos la traducción de Gayangos, fué él quien dió muerte al embajador de su nación.

(1) Don Juan de Persia—por su propio nombre Uruch Bech,—convirtióse al cristianismo en Valladolid, influyendo no poco para ello las reiteradas gestiones de los jesuítas. El libro que escribió, y á que Pinheiro hace referencia, titúlase así: «Relaciones de Don Ivan de Persia... Divididas en tres libros, donde se tratan las cosas notables de Persia, la genealogía de sus Reyes, guerras de Persianos, Turcos y Tartaros, y las que vido en el viaje que hizo á España; y su conuersión y la de otros dos Caualleros Persianos. Valladolid, Ioan de Bostillo, 1604.»

Un compañero de Uruch Bech, convertido al cristianismo con el nombre de Don Diego de Persia, fué acuchillado en Madrid por el famoso novelista Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo. Otro, que tomó el de Don Felipe de Persia, se desposó en Valladolid á 25 de Enero de 1606, con Doña Luisa de Quirós, natural de la misma ciudad, hija de Juan de Quirós y de Doña María de Arce, viviendo los desposados «al entrar en las Once Casas». Tal lo reza la correspondiente partida, que en la Parroquia de San Pedro encuentro. *(L. 2.° de matrimonios, f. 63).*

(1) *Juan Fernández*, como se habrá visto en otro lugar, es una personificación de los portugueses.

y sangrado como yo, aunque es mayor la riqueza y renta que por ello tiene; porque es costumbre, cuando se sangra, mandarle joyas, como entre las monjas, y aun de muchos potentados de Italia le vienen muchas veces. Me aseguran que una dolencia que tuvo los días pasados le valió 200 mil cruzados; y esto no parecerá mucho á quien supiere que valen más las rentas y muebles del duque que los bienes raíces, con tener cerca de 300.000 cruzados de renta, y afirman que con las joyas se podría comprar otro tanto.

Yo vi parte de sus vestidos una tarde, que me afirmaron valían 120.000 cruzados y que no estaban allí todos: por aquí se puede deducir cuáles serán las colgaduras, vajillas y diamantes; y queda menos digno de admiración ante quien sabe que ordinariamente hay almoneda abierta por tercera persona, donde se vende el desecho de su recámara y joyas.

De manera que vasallo particular no le habría nunca tan rico en España, ni en otra parte, y como él lo dispone todo, y el rey descansa en él puede decir: *qui constituit* (1) *me quasi Patrem Pharaonis et dominum universæ domus ejus, ac Principem in omni terra Ægipti.*

Es hombre de buena presencia, gentil hombre y de buen carácter, que nadie queda nunca descontento de su persona y porte; y sería adorado, si no fuera tan inaccesible para las audiencias, porque es necesario andar dos ó tres meses para poderle hablar, y á más conquistar á los porteros y ministros; y así cuentan que, yendo un soldado á hablar al rey, desesperado de no poder hablar al duque, le respondió el rey, como acostumbra: «acudid al duque» (2); y el soldado le dijo: «Si yo pudiera hablar al duque, no viniera á ver á Vuestra Majestad» (3).

Dicen que da por excusa no poder negar nada y no poder acudir á tanto; aunque para esto pudiera tomar el consejo que Jethro dió á su suegro (4): *Non bonam rem facis: stulto labore consumeris et tu et populus iste qui tecum est: ultra vires tuas est negotium, solus illud non poteris sustineri.* Y así le pudiera repetir, ó decir al rey lo que Moisés á Dios: *Cur imposuisti pondus universi populi hujus super me? non possum solum sustinere omnem hunc populum quia gravis est mihi;* mas para esto era necesario el espíritu de quien decía: *Quid æmularis pro me, quis tribuat ut omnis populus prophetæ et det Dominus ei spiritu tuum.*

(1) *Qui fecit,* dice el Génesis, cap. XLV, vers. 8.
(2) En castellano.
(3) Id.
(4) A su yerno, debió decir, que tal era Moisés de Jethro, según las más autorizadas interpretaciones. (V. *Exodo,* cap. XVIII, vers. 17 y 18).

Si che finirò il canto; e mi fia especchio
Quel che per troppo dire accadde al vecchio (1)

25 DE MAYO.—Preparativos para el embajador de Inglaterra

Para el 26 se dispuso la entrada del embajador de Inglaterra; y, como había de ser tan solemne y la convalecencia es la mejor temporada que un hombre pasa en este mundo, la quise anticipar, por gozar esta diversión.

En esta noche se dió pregón que ninguna mujer saliera de noche sin llevar á su marido del brazo, con penas gravísimas, por evitar la comunicación de los herejes.

También se dió orden en cuanto al acompañamiento del Santísimo Sacramento, y que saliese solamente de noche, por evitar inconvenientes, aunque después no fué necesario, por la prudencia y modestia del embajador, que en todo se condujo muy bien, como os contaré después.

Este mismo día y noche estuvo el embajador en Simancas, dos leguas de Valladolid, donde está el archivo de España, tan nombrado. Allí fueron á visitarle muchos señores de la corte, y por la mañana vi venir de allí por la posta al hijo del correo mayor y Conde de Villamediana, que está en Inglaterra de embajador, y á más venían con él ocho hidalgos mancebos, todos muy apuestos.

Desde que entró en la Coruña, viene con él el aposentador mayor, Gaspar de Bullón, y muchos oficiales, criados y alguaciles, escribanos, que al otro día entraron con él y venían para proveerle de lo necesario á costa del rey, de

(1) *Orlando furioso,* c. XXVIII, oct. 102.

mulas y coches y aposentadores, que serían cerca de 200 personas y oficiales de la corte, con lo que vino servido espléndidamente, y todo es necesario para setecientas cincuenta personas que trae, y más de ochocientas mulas, entre las de silla y aparejo, á costa de Su Majestad.

Entrada del cardenal arzobispo que viene para bautizar al príncipe

Entró en el mismo día el cardenal arzobispo que viene para bautizar al príncipe. Es el más rico señor eclesiástico de España, y aun de la cristiandad después del papa, exceptuando en Alemania los electores del imperio, que juntamente son señores de tierras, por lo que tienen arriba de 350.000 cruzados de pensión al archiduque Alberto.

Llámase D. Bernardo de Sandoval y Rojas, hombre de cincuenta años, de buen cuerpo y rostro; es hechura del duque y primo hermano suyo (1). Fué obispo de Ciudad Rodrigo, que tiene 5.000 cruzados de renta; después de Pamplona, con 22.000 cruzados; después de Jaén, con 30.000 cruzados; y vacando el arzobispado de Toledo por muerte de García de Loaysa, que murió de pesar, le hizo el duque arzobispo de Toledo y cardenal, y él le da de mantenimiento al mes 2.000 cruzados, que son 24.000 cruzados al año; sino que serán mal pagados y en mala moneda.

La comitiva con que entró fué muy grande y fastuosa, porque me aseguraron personas de su casa que traía 300 criados consigo, y un coche de carmesí con seis caballos, que sólo trae el rey, y dos cocheros, que sólo traen los grandes. La librea de los pajes y lacayos fué muy vistosa, porque trajo veintiocho pajes vestidos de grana fina, color de los cardenales, capa, ropilla y calzas, y con adornos en las mangas á la inglesa, y las capas abiertas á la francesa, y con rayas á la tudesca, y con muchas guarniciones de velludo carmesí por todas ellas, con lo que lucían mucho; medias de seda, zapatos blancos, gorras de velludo negro con plumas encarnadas, y espadas doradas; seis lacayos vestidos de la misma manera, cuatro cocheros con vaqueros de velludo carmesí, doce caballerizos vestidos de grana, 26 gentiles hombres de su casa, de negro con cadenas de oro, 18 capellanes con muy buenas mulas, 12 niños de capilla, con gorgorán, una carroza con cuatro caballos engualdrapados ó salpicados de blanco y negro, con tirante leonado, los mejores de la corte, cuatro coches más y 18 caballos regalones muy hermosos.

Agasajóle el duque en su casa y á toda su gente, y fuéle á esperar cinco leguas de la corte, á una villa suya que llaman Ventosilla, donde siempre va á cazar (1).

26 de Mayo.—La recámara del almirante y embajador de Inglaterra y equipaje.

Jueves 26 de Mayo entró la recámara del almirante y embajador, y equipaje de su gente, en 250 acémilas de carga, las 60 suyas con reposteros vestidos de carmesí, y sus armas bordadas de oro, que son un áncora en unos mares con escudo de plata redondo, y con ellas como 200 hombres de su servicio, de menos cuenta, aunque muchos muy bien presentados y todos muy gentiles hombres, blancos y rubios, y de buena figura. En este día y en los precedentes, habían entrado como 150 hombres de su compañía, entre nobles y criados suyos, todos lucidos y bien vestidos. Entraban también 20 caballos y yeguas suyas con criados en mulas, que los llevaban de la rienda, pero muy derrotados y de ningún precio en comparación de los nuestros, más que por la andadura.

Había de entrar el almirante por la Puerta del Campo, que está á la entrada de la ciudad, y que tiene delante una plaza ó *rocío,* que mide en redondo más de 3.000 pasos, porque tiene de

(1) Era tío carnal del Duque. Hijo de D. Fernando de Sandoval y Rojas, comendador de Almodóvar, y de D.ª María Chacón, D. Bernardo comenzó siendo canónigo de Sevilla. Ocupó la silla de Toledo en 1599, y murió en 7 de Diciembre de 1618.

(1) «Estas honras le hace el duque por lo que le come» (Adición del ej. 503.—Edición de Oporto, página 369).

diámetro, de una parte á otra, 870 pasos, y toda cercada al rededor de casas, muchas de ellas muy principales, donde por la mayor parte viven los embajadores, y tan espaciosa que tiene al rededor nueve monasterios y hospitales, con lo que está hermosísima, muy llana y tan grande que no se puede distinguir el color de los vestidos de las personas, y se puede dar en ella una batalla, y en invierno es el paseo de la corte, donde van á tomar el sol en una parte que cae sobre el río con vistas muy hermosas, que llaman el Espolón (1).

Después sigue el camino para Simancas, entre el Carmen y Sancti-Spíritus, quedando á mano derecha el río con muchas quintas y arbolado, y á la izquierda campos muy llanos hasta donde la vista puede descubrir.

El camino es de arena muy igual, y al comienzo tiene más de 50 pasos de ancho, que caben por él más de 15 coches á la par, y así son los más de los caminos de Castilla, porque los principales, á que llaman calzadas, han de tener doce varas de ancho, y los caminos reales seis varas, y otros caminos cuatro, y esto en las Castillas Nueva y Vieja, que dice bien con la penuria de nuestros atajos y sendas, que es necesario andar de costado, y no se cómo el Bautista podría atinar y enderezar por estos caminos y vías, que hasta en ellos se ve la estrechez de nuestros corazones (2).

Siendo, pues, este el camino, por la tarde comenzó á acudir tanta gente y tantos coches que ellos y los caballos le ocupaban, de manera que los que iban no podían volver, y les era necesario continuar adelante, con lo que se producía una vista hermosísima por espacio de más de cuatro tiros de espingarda, porque casi todos eran de damas, que lo querían parecer á los Galvanes y Lanzarotes, para que no tuviesen nostalgia de sus Ginebras, Iseos y Labradas, á más de ser su ordinaria costumbre andar como caracoles con la casa á cuestas, llevando cuantas joyas, cordones y anillos tienen, que algunas parecen muestras é imágenes de devoción llenas de medallas.

A las cinco de la tarde, estando el camino enramado y sembrado de estas flores y rosas, y las fachadas colgadas y adornadas con tan buenos retratos y medallas, llegó el condestable, acompañado de los principales señores de la corte, á recibir al almirante; y dióse esta comisión al condestable, porque acababa de venir de Inglaterra de ajustar las paces, y quiso pagar las muchas honras que allí le hicieron.

Venían muchos vestidos de color, pero los más de negro, con botas y cañas blancas de lino, como de camino, espuelas doradas y en muy hermosas cabalgaduras, y el condestable llevaba como 15 pajes con maletas y portamanteos, que tienen esto por más honra, aunque no lleguen más que á la puerta de la ciudad.

El condestable iba en medio, y con él como 20 nobles y señores que le acompañaban; llevaba en medio al duque de Sessa, mayordomo mayor de la reina, biznieto del Gran Capitán y consuegro suyo, y al duque de Cea, heredero del de Lerma.

Seguían el almirante de Aragón, el duque de Pastrana, el conde de Villalonga (D. Pedro Franqueza), D. Juan de Idiáquez, Presidente de Ordenes, el marqués de Falces, el de San Germán, que llegó entonces, el de Barcarrota, el del Carpio, el de Terranova, los condes de Alba de Liste, de Gelves, de Fuensaldaña, de Mayalde, de Salinas, de Nieva, de Coruña, de Lodosa, de Paredes, el adelantado de Canarias, hijo del duque de Asculi, el hijo del Correo mayor, hijo y yerno de Franqueza, D. Pedro de Castro, tío del conde de Lemos, D. Enrique de Guzmán, D. García de Figueroa, los tres de la llave dorada, y nuestros

(1) «Ceste place est ronde et grandissante, pour cela l'appellent'ilz le Champ; elle a en son tour environ douze petis monasteres et les logis de tous les ambassadeurs qui sont à la court. Celuy de France est au bout, vis à vis de la porte, remarquable en beauté par dessus les autres; à droicte de ceste place, passe le fleuue de Pisuerga, plus recreatif aux jardinages de ses bords qu'util pour le poisson; il a son gué à se promener de deux costez deuers l'eau et deuers la place: il s'appelle *el Espolón*». *(Barthélemy Joly, loc. cit.)*.

(2) Nadie dice, ó yo lo ignoro, que el Bautista anduviera por Portugal. Sí, en cambio, su matador Herodes, á quien una tradición dice muerto en tierra lusitana.

Vizconde y D. Manuel de Lancastro, y otros de quien no me acuerdo.

El duque de Alba iba, por hallarse indispuesto, en coche, y el de Lemos quedóse en cama; llevaban los grandes detrás, con ocho carrozas. En esta forma fué andando esta procesión como un cuarto de legua; y, en comenzando á descubrir á la gente del almirante, se comenzó á cubrir el cielo, y luego á llover con unas gotas tan gruesas como las que ellos habrían bebido á la comida.

De manera que ellos comenzaron á espolear los caballos, y el cielo sobre ellos, y se arrugaron los cuellos y los engomados, haciendo de las rosas mondongo y de los galanes pingajos, y fué el agua tan gruesa que como los coches iban al descubierto, no hubo otro remedio sino los de delante correr á rienda suelta hacia adelante, y los de atrás huir á paso de carga hacia atrás, rendidos ellos y los caballos de la prisa que se dieron, porque los caminos se pusieron como ríos y el lodo llegaba al tobillo.

La gente de á pie, como la ciudad quedaba tan lejos, se guareció bajo los coches y los caballos: el condestable llegó hasta donde, metido en un coche, estaba el embajador, quien, así que le vió, aunque muchos se metieron en siete ú ocho coches que llevaban, no quiso, como cortesano, sino ir á caballo, por mojarse también; y, como no cabían todos, comenzaron así á marchar sin orden, llevando con este buen agüero de agua en medio al condestable y al duque de Sessa; mas, como el tiempo era tal, á cada paso se cambiaban.

Venían con el embajador, á más de los que ya habían entrado, 350 hombres de á caballo, brillantes todos; sus gentiles hombres, que serían 24, con capas largas de velludo negro liso, con muchos pasamanos, calcetas como imperiales, y ropillas de velludo liso amarillo, que parecían muy bien, y los lacayos vestidos de la misma manera con ropillas y pedorreras de velludo amarillo, y en el pecho y en las espaldas dos láminas de plata como platos con sus armas esmaltadas en relieve, que producen muy buen efecto; los demás de la comitiva venían muy lucidamente vestidos, mas todos se cubrían como podían, y siendo las capas muy largas, quedaban poco airosos.

Así fueron marchando hasta la ciudad por la Puerta del Campo, Plaza, Platería, y pasaron por el Palacio, donde estaba la reina y damas detrás de las vidrieras, y el almirante sombrero en mano, y fueron á las casas del conde de Salinas (1), donde los aposentaron, y los que no cupieron, en las cercanías de ellas. El rey dicen que anduvo en un coche cubierto con las cortinas echadas, con otros, pero yo no le ví (2).

Estando nosotros parados, pasaron chorreando unas tapadas, y una dijo á las otras: «Aleluya, coche de hombres» (3); y, abriendo la portezuela y entrando, dijo: «Perdonen vuestras mercedes, que agua y frío meten al hombre por casa de sus enemigos (4), y algún día irán vuestras mercedes por fuego á las nuestras, y saldrán tan mojados como nosotras entramos» (5). Comenzaron á decir mil ocurrencias, y una de ellas llamaba á los pobres ingleses, y decía: «Monsiores, algún día les había de pesar de se ver sopas, no digan que los matamos de sed, y agradezcan que no los recebimos con fuego» (6); y así los tenían para que se mojasen, hasta que nosotros les indicamos que se fuesen, que era mala guisa; y una de ellas dijo: «Esto mala guisa», poniendo la mano en el pecho; y poniendo en el rostro: «Esto buena guisa.»

Andaban todo este tiempo el marqués de Fró-

---

(1) Situadas entre el Palacio Real (hoy Capitanía General) y el del Conde de Benavente (hoy Hospicio); es decir, en el lugar que ocupa actualmente el cuartel de la Guardia Civil.

(2) En mi folleto *La Corte de Felipe III en Valladolid,* pág. 41-43, puede verse nota de las varias relaciones que de estos hechos se escribieron. Refiérense especialmente al recibimiento y estancia de los ingleses, las señaladas con los números 7, 8 y 9.

Hay otras dos relaciones en inglés, una de ellas escrita por Robert Treswell, heraldo ó rey de armas que acompañó al Embajador.

V. también *La embajada de Lord Nottingham á España en 1605,* en los *Ocios diplomáticos,* de D. W. R. de Villaurrutia.

(3) En castellano en el original.

(4) Frase proverbial, que generalmente se enuncia en esta forma: "Hambre y frío entregan al hombre á su enemigo."

(5) En castellano.

(6) Id. íd.

mista y otro mozo, también marqués, paseando á un coche que estaba junto á nosotros, llevando de agua y lodo las espaldas; al fin los llamaron, y, riendo, les dijo una: «Váyanse, que lo tienen hecho como unos portugueses» (1); y él respondió, viendo que zumbaban: «No falta sino que lo hagan vuestras mercedes para conmigo como *castilhanos*» (2); y con esto se fueron. Y eran tantos los coches, que con caber tres á la vez por la Puerta del Campo y pasar otros por otras partes, tardaron en entrar hasta media noche.

Es el embajador al parecer hombre de 60 años, pero tiene muchos más; la barba grande, muy abultado, apuesto y gentil, el rostro grande y muy alto de cuerpo y que llena bien su cometido, mejor que nuestro condestable, que fué quien le condujo, según se le había encargado, y que parece sacristán enfermo (3).

Fué de la Llave dorada del rey Felipe que Dios haya, y de su Cámara cuando casó en Inglaterra, y muy católico entonces; después se hizo jefe de los herejes y era muy valido de la reina, y lo mandaba todo, y ella se regía mucho por él.

Entre otras rentas le dió el obispado de Londres, que produce 44.000 cruzados, y ponen un clérigo que administre, y es costumbre dar un obispado á una dama ó á un hidalgo, que pone en él curas, y pagan las rentas.

Llámase Carlos de Howard, conde de Nottingham, almirante de Inglaterra, Irlanda y de las tierras de Francia, de que tiene título la corona. El motivo con que viene es visitar al rey y dejar aquí un embajador que trae consigo, que se llama Carlos de Cornwallis, que dicen es católico; trae consigo dos hijos, el mayor es conde y el otro barón, y un yerno, que es su vicealmirante, y tres condes más y un sobrino del rey de Inglaterra, que es gran señor, á quien el almirante embajador trata como á su igual, y aventajan á todos los demás; trae además cinco barones y 52 caballeros que llaman de la espada, y son mayorazgos

(1) En castellano.

(2) Id. íd.

(3) El Condestable Juan Fernández de Velasco, que en 31 de Octubre de 1603 salió para Inglaterra, con objeto de concertar las paces.

heredados, y un hijo del caballerizo mayor del rey, y otros grandes hidalgos, que vienen á ver España; y así es gente lucidísima, como luego diré.

Son todos herejes sacramentarios y de diversas sectas rebeldes á la iglesia romana. Quiera Dios que no dejen alguna simiente en España sus buenos predicadores, de los que me enseñaron un obispo con igual traje que los demás; después dijeron que no era sino un clérigo como los otros, que vienen principales, con la libertad y disolución de vida á que siempre se inclina la gente ociosa, de que hay tanta en la corte.

Y así me contaron que el Correo Mayor, que está en Inglaterra (1), escribió á su mujer le mandase un par de capellanes de buena vida, porque de tres que llevaron, uno se le murió, y los otros dos se le casaron, y hacía dos meses que no oía misa.

En compensación os contaré que me aseguraron que, al llegar á la Coruña esta gente, acudieron muchos á oir misa, y el embajador hizo volver á 30 de ellos á embarcar para atemorizar á los demás. Aquí vi á algunos ir á misa y á vísperas, descubiertos, no sé si por curiosidad. Luego diré lo que se fué descubriendo.

Los aposentaron en las casas del conde de Salinas, que quedan entre el palacio viejo y el nuevo, y cruza por ellas el pasadizo del rey, que se posesiona de la cámara y sala por donde le hace comodidad de ir sin salir al exterior.

Sobre este pasadizo tuvo el conde muchos disgustos con el duque (2), porque, estando con unos amigos, y voceando uno con insistencia, dijo él: «Dichoso vuestra merced, que yo no me atrevo á abrir la boca, porque no me hagan pasadizo por ella» (3).

Estando él una noche sentado á la puerta con otros nobles, pasaron ciertas tapadas y dijo una

(1) D. Juan de Tassis había pasado á Inglaterra para felicitar á Jacobo I en nombre del rey de España.

(2) El conde de Salinas se opuso terminantemente á que el pasadizo atravesara sus casas, y á fin de obligarle, se le ordenó que cediera la mitad de éstas para alojamiento del cardenal de Toledo. Hasta trasponer la pared de Palacio, el pasadizo iba cerrado con celosías, y luego cubierto solamente con madera.

(3) En castellano en el original.

de ellas fingiendo que no le veía: «Mira, hermana, que han echado un cristel al conde» (1); y él respondió: «Engáñanse vuestras mercedes, que ellos se echan para hacer cámara, y esto me ha quitado una que tenía» (2). Y con esto nos retiramos.

27 DE MAYO

VISITA QUE HIZO EL DUQUE DE LERMA AL EMBAJADOR

El viernes fué el duque de Lerma á visitar al embajador, llevando consigo al del Infantado, con cuya hija está casado su hijo menor, y al duque de Alba y al marqués de Velada, mayordomo mayor del rey, por quien le mandaba visitar, y fuéronle acompañando muchos marqueses, condes y de la Cámara.

Llegando al almirante, se sentaron solamente los cuatro que iban á hacer la visita, donde noté una cosa, y es: que tardando en traer una silla al marqués de Velada, corrieron el marqués de Barcarrota y el de San Germán y D. Pedro de Guzmán y D. Pedro de Castro hacia la silla, y se la trajeron y él se sentó sin hacerles cumplimiento, quedando ellos y los demás paseando, viendo la casa ó recostados en la pared, oyendo la conversación.

Pregunté la razón de esto y me dijeron que, á más del respeto que se tiene á los grandes, es estilo, cuando algún señor de estos va á la cabeza de una embajada, ó de visita, ú ocasión semejante, acompañarle los parientes y amigos, los cuales tratan sólo de honrar al principal sin cuidarse de sí propios, y sin que se guarde cumplimiento con ellos, lo cual es confianza y honra grande.

Conforme con esto, cuando el duque del Infantado D. Diego Furtado de Mendoza hospedó al rey Francisco, cuando vino preso á Madrid con tanta majestad, llamó á toda la casa de Mendoza, como el cardenal Mendoza, el marqués de Cañete, los condes de Monteagudo, Priego, Coruña, Orgaz y otros, y todos le sirvieron el tiempo que duró el hospedaje en su casa, con los títulos de mayordomo mayor, montero, etc., sino el marqués de Almazán, jefe de esta casa y pobrísimo, al cual ponía á su igual, y cuando los fué presentando al rey, dijo: «El marqués de Almazán, nuestro pariente mayor» (1); y cuando llegaba su gente al campo, le abatía el duque el estandarte. De éste dice Salazar que comulgaba muchas veces por comer, porque son pobres en extremo.

Volviendo á la historia. Hablaron al principio por intérprete, después quedaron hablando en buena conversación, porque el almirante entiende la lengua. El duque le trató siempre de excelencia, y, sobre la tarde, se retiraron, muy contentos de él.

Más tarde le fué á ver D. Juan de Borja y otros señores, viniendo él acompañándolos. Estaban á la puerta de la casa algunas castellanas, que en todo se meten; y, al despedirse, dijo el conde de Mayalde al embajador: «Señor, yo soy hijo de D. Juan, mi señor; conózcame V. Exc.ª por éste». Respondió que «holgaba mucho de conocerle, porque el mismo amor que tenía al padre, tenía al hijo»; y, llegándose una al conde, dijo: «Sí, mas ¿qué aprovecha sin la gracia del Espíritu Santo?»; y elogiándola la frase, dijo que no era suya, sino de un hidalgo de Medina del Campo, que tenía una hija hermosa, á la cual enamoraba un mancebo noble, y á la vez el padre de él, el cual pasó un día y la halló á la ventana muy acicalada, cuando estaba en pie hablando con su padre, y, sin ver á éste, la echó una bendición por requiebro. El padre de la joven, mirándola, dijo: «Muchacha, tú ya tienes la bendición del padre y el amor del hijo; no te falta más que la gracia del Espíritu Santo» (2).

28 DE MAYO

BESAMANO DEL EMBAJADOR AL REY Y LA REINA

El sábado por la tarde vino el embajador á besar la mano al rey y la reina, y á este fin, á las

(1) En castellano en el original, *Cristel*, ayuda.
(2) Id. íd.

(1) En castellano en el original.
(2) En castellano.

cuatro y media fué en su busca el condestable con muchos parientes, amigos y señores principales, especialmente los que con él habían ido á Inglaterra. Llevaba doce coches del rey, los más de ellos vacíos, para llevar en ellos á los ingleses.

Fué el condestable en una carroza toda dorada en el herraje y madera, las guarniciones y cocheros de velludo verde con tiras de tela de lo mismo, frenos y correones forrados por fuera del mismo velludo escamado de oro á modo de corteza de piña, con su cenefa de brocado y franja de oro, por dentro forrada de tela blanca, mosqueada de verde, y las cortinas y rodapiés de lo mismo.

Iban con él el almirante, y el duque de Pastrana y D. Pedro de Zúñiga, que irá ahora de embajador á Inglaterra, y en los otros coches los demás nobles. Volvieron á las seis. Iban delante algunos arqueros del rey; luego, á caballo, como quince de los títulos y señores que vienen con el embajador, con sus pajes de librea y algunos de velludo de colores, con sus gualdrapas de colores diversos de seda, con muchos pasamanos de oro y plata, por frenos unas cadenillas de seda y las capas extendidas sobre las ancas de los caballos, con lo que parecían muy feos y desairados, mas las gualdrapas y vestidos muy elegantes y ricos de bordados muy excelentes y casi todos con jubón de tela, ó con cueras bordadas encima, en los sombreros plumas ó medallas muy grandes y mal hechas, como la palma de la mano, mas muy ricas y con muchos diamantes. No gastan cadenas ni manteos, sino de paños, que llaman valonas, de muy ricas trencillas.

Venían detrás de él á pie como 15 de los gentiles hombres de capas largas de velludo negro, que les dan autoridad; después los doce coches y en uno de ellos el almirante y condestable y el duque de Pastrana y sobrino del rey y los hijos y yerno del almirante, y los demás repartidos en los otros coches, todos muy bien trajeados.

Venía el almirante medio á la inglesa, medio á la española, porque sobre el paño púsose cuello castellano abierto, de picos, capa corta, calzas con botones de oro, con un bastón en la mano, de un pedazo de palo de pino, aunque más en carácter estaría blandiendo una lanza de roquete que apoyarse en el bastón.

Llegados á la sala del rey, hubo mucho desorden, por la gente que entró mezclada con los ingleses, que al entrar se iba arrimando á las paredes, de suerte que se llenó toda. Entró el almirante cubierto hasta la mitad de la sala, donde se quitó el sombrero, inclinándose hasta el suelo, y el rey se le quitó la gorra.

Acercándose más, hizo otra reverencia, y en llegando á la plataforma ó estrado del rey, éste se levantó, y dando como tres pasos, pidiéndole el almirante la mano, él le abrazó con un brazo; trajéronle una silla de terciopelo carmesí sin respaldo, en que se sentó cerca del rey y detrás el mayordomo mayor y condestable; el duque del Infantado y el de Lerma en pie, mas cubiertos, y un intérprete inglés de rodillas delante del rey.

El almirante sacó la carta credencial y, poniéndola sobre la cabeza, la dió al rey; éste la tomó, con afable rostro, y dijo que la leería, y, continuando la entrevista, todas las veces que el rey preguntaba por el monarca inglés y por sus hijos, ó por su salud y si estaba bien agasajado, se levantaba y descubría y hacía su cortesía hasta el suelo: el rey se le quitaba la gorra.

Pasado un cuarto de hora, el embajador pidió licencia al rey, y llamando á los hijos y yerno, los ofreció diciendo que los traía sólo para que le besaran la mano y porque los honrase Su Majestad, y echándose á los pies del rey, éste los levantó, como abrazándolos, y ellos le besaron la mano.

En pos de ellos, fué llamando á los demás, presentándolos por sus nombres al rey, diciendo quiénes eran; el rey los honraba y les mostraba agasajo según sus cualidades; y, como eran muchos, el almirante, que es muy cortesano, se llegó al rey, diciendo: «Vuestra Majestad me haga merced en no se cansar en honras con estos caballeros, porque con ninguno otro premio los truje en mi compañía, sino con la esperanza de esta honra, y para cobrar á V. M. el mismo amor que á él tienen, los envía el rey mi señor» (1). El rey respondió «que holgara que durara muchas horas, y de tener allí todos los vasallos del rey su

(1) En castellano en el original.

hermano, para los honrar tanto como á los suyos propios» (1).

De allí fueron á besar la mano á la reina, donde hubo algún mayor orden, porque asistió un mayordomo, que de parte del rey mandó que no entrase ningún señor castellano, hasta entrar todos los nobles ingleses que el intérprete nombrase, y fué indicando á todos los que se encontraban.

Estaba la reina en su estrado alto, y las mujeres de los grandes títulos junto á ella, conforme á las costumbres y precedencia; serían 20, y las damas de la reina otras tantas, mas apartadas, apoyadas en la pared. Usó el embajador los mismos términos, inclinándose tres veces, y la reina se puso en pie, y así estuvo todo el tiempo; la reina le mandó cubrir, mas descubríase todas las veces que ella le preguntaba alguna cosa.

Algunos de los ingleses principales llegáronse á hablar y ver á las damas, y las hacían mucho agasajo, principalmente á la snr.ª Doña Catalina de La Cerda, que es tan hermosa como las demás son feas. Pidió el embajador á la reina que diese la mano á aquellos caballeros hidalgos, y los honrase, y en la misma forma fuéronsela besando, que la tiene bien hermosa, haciéndoles mucho agasajo, y en esto se detuvieron hasta cerca de la noche, en que se retiraron.

Estando yo ya de noche en el patio, estaban algunos genoveses y otros italianos que ocupaban un arco, y quedábamos yo y otro amigo á la columna, un poco detrás. Llegaron unas señoras quejosas de no dejarlas sitio los italianos, y decía una: «¡Déjannos quedar atrás! Pues en verdad que por más humildes los tenía, que no pensaba que eran tan amigos de la delantera» (2). Nosotros las dimos lugar, y la más moza y más bonita quedaba entre nosotros; la madre, que quedaba atrás, porfiaba por ella, que no nos incomodase. Díjela yo: «Dejela v. md. estar á su gusto, que ese es el nuestro, que no hay aquí quien no desee servilla, y más somos tiples, que ni somos para hombres, ni para mujeres» (3). Replicó la moza: «Pues aquí están estos señores, que son para uno y otro, y más no hicieran otra tanta cortesía como vuestras mercedes» (1); con lo cual ellos se pusieron de trescientos colores, y poco á poco se marcharon.

En este mismo día, por ser víspera de Pascua del Espíritu Santo y del Bautismo del Príncipe, salió la librea del rey y de otros muchos señores, como luego diré; y ahora sólo trataré de la del rey, porque brilló estos días mucho.

TRÁTASE DE LOS CRIADOS QUE EL REY TIENE Y DE LAS LIBREAS CON QUE SALIERON

La librea fué la ordinaria, que dió en su casamiento, y dicen que fué ya del Emperador, de velludo amarillo y encarnado, mas distintas entre sí las cuatro guardas que el rey tiene. Los arqueros son 200 borgoñones y alemanes, todos nobles; esta es la guarda de la persona del rey, día y noche.

Las cuchilladas de las calzas y barras de que venían vestidos, están guarnecidas de velludo encarnado y blanco, ajedrezadas, de figura y tamaño de dados, jubones de setí amarillo prensado sin ropillas, capas de velludo amarillo con dos franjas blancas y encarnadas, y lo mismo por las aberturas y mangas.

Los forros de setí encarnado, gorras negras, trenzas, plumas amarillas y encarnadas, zapato y vainas de velludo, cabos dorados. Los de la guardia española de alabarderos son otros 100; diferéncianse en llevar cueras todas cubiertas de cuchilladas que se llaman mangas, gorras y plumas de velludo amarillo y las capas de paño, con las mismas franjas de velludo de la guarnición.

Los alabarderos tudescos son otros 100. Diferéncianse en las gorras, trenzas y plumas, vainas y zapatos encarnados, y en el traje, porque tienen las mangas franjeadas y escamadas, y las calzas de la misma manera con unas bolsas de tafetán amarillo cogidas con las cuchilladas, ó bandas ajedrezadas y sin adornos de alto á bajo, y las capas con vuelo de puntas.

La guarda vieja es de 50, se diferencia de la

(1) En castellano en el original.
(2) Id. íd.
(3) Id. íd.

(1) En castellano en el original.

española en ser las capas de velludo con vuelo; de igual modo la guarda de á caballo, y son otros 50, y éstos y los arqueros tienen vestidos plegados.

Vistiéronse además 14 lacayos con vestidos de librea, y otros de negro con calzas y mangas encarnadas, que es la librea de la reina, y forros blancos; más doce escuderos que cuidan de la puerta, y son como nuestros mozos de cámara. Diferéncianse en traer vuelo en las capas y lo mismo los cocheros, exceptuando los del coche de la reina, que llevan vaqueros de brocado; y son los cocheros de la reina y del rey 48, y los mozos del coche y de los caballos del coche solamente, 115, por donde puede juzgarse cuántos serán los otros mozos de caballos, cocineros, mozos de cocina, acemileros y demás.

Hay además 12 trompetas, 12 chirimías, 12 atabales, vestidos como los arqueros todos de velludo amarillo, con guarniciones amarillas y forros amarillos de tafetán, hasta los zapatos del mismo velludo.

Dicen que costó la librea 200.000 cruzados, aunque á nosotros, echando la cuenta, nos salió por mucho menos; mas entraron los pajes del rey con calzas de obra, ropillas y mangas atrás, del mismo velludo de la guarnición, y jubones de setí prensado; no tienen capas, ni gorras ni sombreros.

La librea de los de la reina es de capa y ropillas negras, calzas y mangas encarnadas, con forros y cañones blancos, y vestidos veinte niños, que son sus pajes, *y se llaman niños de la reina* (1), y algunos tienen sus veinte años; 8 lacayos, 8 escuderos, 24 cocheros y 8 músicos, y es bien los pongamos en último lugar, porque tengo ésta por la peor canalla de cuantas hay. Y sino, que lo diga el P. Fr. Próspero, que estando los días pasados con unos amigos, y estando él junto á mí y al célebre y estimado músico Aquija (?), que se introdujo para parecer público, como si no fuera músico, relatando la gran familia del duque de Parma, que tanto le honró, y que no hizo mucho en honrarle tanto, pues vos bien sabéis las prendas de este sujeto, puso después de los lacayos, cocheros y mozos de estribo á los músicos, diciendo: «y al fin tiene continuos 40 músicos» (1). Esto dijo por burlarse de él, lo cual nosotros celebramos mucho, porque estaba muy presuntuoso y entremetido, siendo un bribón de mala conducta y músico en todo. Él, mudando de color, dijo: «¿tiene vuestra paternidad más algún escalón que bajar?» (2); á lo que respondió: «Sí, señor; abajo de los caballos.» Entonces, enfurecido, el Aquija dijo: «Cuando los músicos merecieran esos desprecios, yo sé no ser músico»; á lo que replicó: «Pues, señor, yo digo por los músicos; vuestra merced lo tome por quien es»; á lo que él, ya del todo desconcertado, dijo: «Voto á Dios que si no fuera un músico...», y con esto se fué y nos quedamos riendo mucho, reprendiendo á Fr. Próspero la imprudencia, á lo que él decía: «No puedo más conmigo, tengo adversión á estos borrachos; y ¿por qué no han de sufrir, ya que son músicos?» Acaso fué todo ello á noticia de Benavente, de quien es hechura el Aquija, y le amonestó mucho de hablar descomedido á Fr. Próspero, haciendo que diese á éste una satisfacción, de suerte que el músico fué el ofendido y Fray Próspero el desagraviado, y así era bien que fuese. Es Fr. Próspero tan conocido de los músicos por esta mala voluntad, que ninguno le puede ver. Sé que habéis de holgar mucho con la relación de este caso, que yo también cuento con gusto, porque ambos somos de la parcialidad de Fray Próspero. Vamos á la fiesta.

El duque de Lerma dió el 24 igual librea de setí prensado y lo mismo á los lacayos. Dió además otra librea de calzas y capas negras, cueras blancas y cadenas de oro á los mismos pajes. El marqués de Camarasa, capitán de la guarda española, dió la misma librea del rey á seis pajes y dos lacayos; y el de Falces, de la guarda tudesca, otro tanto, por ser costumbre de los capitanes de la guarda dar á sus criados particulares la misma librea que el rey da.

En este día llegó nueva de Roma de ser elegido Papa el Arzobispo de Siena, llamado el

(1) En castellano en el original.

(1) En castellano en el original.
(2) Id. íd. Lo mismo la continuación del diálogo.

Cardenal Burgesio Florentino (1), mas nacido en Roma, hombre de 50 años. Llamóse Paulo. Esperóse correo particular, que vino el 31.

BAUTISMO DEL PRÍNCIPE

Día de Pascua del Espíritu Santo, por la tarde, se hizo el bautismo del príncipe, y por la mañana fué la procesión del Capítulo general de los dominicos, que estos días estuvieron aquí en Valladolid. Está aquí el general; acudieron los provinciales de toda Europa, y en sustitución de los que no pudieron venir, vinieron los definidores, y así tuvieron representación 32 provinciales; y como los reyes de España son tan devotos de Santo Domingo, nuestro compatriota, y el duque de Lerma es patrono de esta casa (2), quiso el rey hallarse en ella y así acudieron á acompañarle muchos grandes, todos vestidos costosísimamente, y se hizo en la forma siguiente:

Cerca de las once, salieron los padres franciscanos, que serían 20; luego los dominicos, que, con ir 350, eran muchos más, porque consta que á la mesa, donde esta gente acostumbra á faltar poco, se hallaron 750, que, como los predicadores, tienen tantas bocas como pies, y cumplen la profecía: *ubicumque fuerit corpus illic congregabuntur et aquilae.*

Llevaban una imagen de Nuestra Señora en unas andas; luego un hidalgo con un estandarte, que de una parte tiene el retrato de Santo Domingo y de la otra el de San Pedro Mártir; al fin, en unas andas, una cruz con el leño santo y otras reliquias.

Detrás, como 300 títulos y señores, casi todos costosísimamente vestidos de gala, con calzas de canutillo de oro y plata bordadas, ó negras, forradas ellas y las capas de tela ó seda, y cueras de ámbar bordadas, gorras con penachos, cintillos de diamantes, botones en las capas y ropilla con perlas ó diamantes, cadenas de piezas, y esto todos sin excepción; algunos con cueras, capas y todo lo demás bordado.

El que mejor salió fué el duque de Alba, con capa, cuera y calzas bordadas de oro labrado, de damasco, mas en relieve hasta el grueso del dedo pulgar, de oro fino y muy adornada de algunos vivos de seda, y todo bordado en oro, que se tenía la capa en pie, como si fuera de hierro.

El segundo fué el de Pastrana, que salió igualmente con bordado de plata que no se advertía, y sobre el cual estaba armada la plata, y los remates de todas las labores de granates, que lucían mucho, y le costó este vestido 5.000 cruzados, y hubo otros mucho mejores (1); iba armado sobre tela blanca, y forrada de ella la capa y las calzas, é hízose otros dos para otros días.

Iba detrás el príncipe maltés, el más joven, entre el duque de Lerma y el del Infantado, y al lado algunos grandes, como el duque de Alba, el conde de Alba de Liste y otros.

Detrás el rey, vestido sencillamente, con sus penachos tan sólo en la gorra, y de una parte el cardenal de Toledo, de la otra el príncipe de Saboya, riquisimamente vestido de bordados, él y su hermano; mas no llegaban á los que antes he citado.

Iban el cardenal y el príncipe un poco rezagados, y detrás los mayordomos mayores y menores, y otros oficiales de la casa del rey, todos vestidos riquísimamente.

Lo que más celebré ver, fué que los principales ingleses acudieron todos á la procesión, y entraron en la iglesia; y otros, como 40, quedaron á la puerta viendo, haciéndoles todos mucho agasajo é invitándolos á ir en la procesión; y, en viendo las imágenes, todos se descubrían, como los católicos que allí estábamos, que es orden que el embajador les dió, y lo mismo hacen en viendo al Santísimo Sacramento, aunque sea de lejos,

(1) Camilo Borglièsse (*Burgesio* entre los españoles), natural de Siena, que subió al Pontificado con el nombre de Paulo V.

(2) En efecto: en el archivo de protocolos se encuentra el documento por el cual se concedió al duque y duquesa de Lerma, con fecha 31 de Julio de 1603, el patronazgo de España de la Orden de Santo Domingo, con la correspondiente confirmación del general Fr. Jerónimo Xavierre (*Protocolo de D. Juan de Santillana,* 1603, f. 1.018).

(1) No se comprende cómo Pinheiro, si afirma que el traje del duque de Pastrana fué el segundo en riqueza, dice que hubo otros mucho mejores. Acaso sea errata.

siendo cosa que en un principio dió mucho que cavilar, mas el embajador se condujo en todo prudentemente. Estaban él y los principales en las ventanas de las casas del conde de Rivadavia, junto á la iglesia y frente á palacio.

Él iba vestido á la española, calzas bordadas de oro, coleto de velludo azul con botones de oro, y collar á modo de toisón al cuello, capa corta de gorgorán, toda estrellada de perlas como garbanzos, sombrero inglés, mas con botones de diamantes, en fin, todo á la española, hasta en el cuello abierto. Al ver las imágenes se descubrió, y todos los demás que estaban con él. Al pasar el duque le hizo reverencia, y al rey se le inclinó hasta el suelo, y el rey se quitó la gorra, y así saludó al príncipe y al cardenal y á los demás señores, y estaba con él D. Blasco de Alagón, que estuvo en Inglaterra, y se los daba á conocer, y estaban detrás de él los hijos y el yerno y otros señores, y los demás en las otras ventanas, alabando mucho los trajes, galas y riqueza de la corte.

Fué la procesión á la Iglesia Mayor, donde hubo misa y sermón. Dióme gran consuelo, al oir misa, encontrar muchos ingleses en la iglesia y en el coro, y vi á tres de los principales oir misa de rodillas, aunque los criados estaban en pie viendo la iglesia, y me aseguraron que muchos se fueron á acusar al Santo Oficio y á reconciliarse con la Iglesia.

Detrás de la procesión salió D. Juan de Tassis, hijo del Correo Mayor, con el más soberbio vestido y servidumbre de librea que se puede imaginar, porque salió á caballo con capa, cuera, calzas, zapatos, gualdrapa, guarniciones, riendas y hasta anteojeras del caballo todo igual, que era un bordado redondo, de canutillo de plata labrada, menudo, pero muy tupido y con los adornos de altura de un dedo y tan abundante, uno sobre otro, que parecía chapa de plata con adornos y de ninguna manera se veía que era bordado, que debía de llevar 60 libras de plata fina, y la orla de la gualdrapa de labor mucho más abultada; los forros de tela prensada, cadena, botones y medalla, todo de diamantes; y la librea de los criados fué de fondos de oro, como ya diré. Y aunque fué necedad el salir á caballo, lució más que todos, porque iban á pie en la procesión y sin pajes, y así mostraron los ingleses grande alborozo al verle, como cosa extraordinaria.

Aquella mañana se preparó el bautizo para la tarde, y la iglesia se colgó de paños de Túnez. Dividiéronla con madera de alto á bajo como gradas, dejando camino por medio con 25 palmos, y de una parte y otra sitio para las mujeres, que desde por la mañana la comenzaron á ocupar. En las capillas y cruceros se hicieron de una y otra parte tablados para algunas señoras.

En la capilla mayor pusieron la misma pila de piedra en que se bautizó Santo Domingo, la cual el rey mandó traer de Aillón, tierra de Toledo (1), y ya rota y gastada, de piedra tosca; estaba cubierta de brocado hasta el suelo, y por encima colocaron un cielo de brocado, como de cama, sobre barrotes de plata del grueso de una pierna ó más, y de una parte un altar, de otra otro, cubiertos de brocado hasta el suelo, que servían de bufetes.

El pasadizo ya dije cómo se hizo á modo de galería alrededor de toda la plaza y viene á parar á la puerta de la iglesia. Aquí hicieron un descansillo con sus peldaños por ambos extremos, y con sus tejados por encima, y las columnas y ellos cubiertos de brocado, y de lo mismo la puerta y fachada.

El pasadizo se cubrió todo de paños de raso y oro riquísimos, más de lo que podáis imaginar; de parte de la plaza están, en seda y oro, la historia del *Asno de oro* de Apuleyo, que son infinitos; luego los de Noé y otros después de ellos, todos de la misma calidad; en el suelo esteras finas, y á la entrada y salida, alcatifas.

Por la tarde se formó el acompañamiento y el bautizo, de esta manera: á las tres estaba la plaza tan llena de gente, que no se podía entrar. Habíase echado pregón que no hubiese coches; mas, como venían tantas duquesas y señoras, no había otro remedio que dejarlos pasar cuando llegaban. Estaba la iglesia muy de ver, porque ni por bajo ni por alto se veían sino damas, ataviadas con todo

(1) No fué de Aillón, sino de Caleruega (obispado de Osma), pueblo natal de Santo Domingo.

lo mejor, porque á los hombres no los dejaban entrar y los principales iban en el acompañamiento.

Al embajador le dieron las ventanas de por la mañana, que quedan muy cerca de la salida del pasadizo, y á los que cupieron, los colocaron en los escalones del costado exterior del pasadizo.

Para las chirimías, trompetas y atabales, se hicieron palenques en las esquinas de la plaza, y los del rey quedaron en medio del descansillo de la puerta de la iglesia, que es un tablero muy grande, de 20 brazas de ancho y 30 de largo, y alrededor de él la guarda despejando, sin conseguir nada, por la aglomeración de gente.

A las cuatro y media bajó el cardenal, á ordenar lo necesario. Venían delante los cuatro alcaldes de corte con sus garnachas de setí forradas de oro prensado; detrás el Consejo Real con su presidente.

Seguíanse los inquisidores y capellanes con su capellán mayor. Detrás de ellos unos 25 caballeros, que venían acompañando al cardenal, vestidos, como los demás, de negro con forros de tela de colores en las capas y calzas, coletos de ámbar ó de velludo atroquelado ó bordado, gorras con sus penachos, y todos los botones de oro en las capas y ropillas y cadenas de piezas, y los otros con capas bordadas, ó todas ó parte de ellas, que venían más galanes, calzas y coletos de canutillo de plata y oro ó bordados, más ó menos ricos.

Seguían los pajes del rey y detrás el cardenal, y llevando á sus capellanes, clérigos y niños, vestidos de negro, todo lo cual hacía un grande acompañamiento. Venían juntamente el aya del rey, hermana del duque, que es condesa viuda de Altamira, y la comadre y nodriza, y los pajes con las mantillas, lumbre y agua para disponer y preparar lo que fuese necesario, y uno llevaba como buen presagio un azufrador de madera, pues dijéronme que, siendo de plata, quemaba ó enfriaba, y que por eso llevaban el ordinario.

Cerca de las 6, volvieron á bajar los mismos alcaldes de corte y los Consejos todos con sus presidentes, exceptuando el de Portugal, que no sé si por desprecio ó por despreciado, no asistió, ni sé si vió la fiesta. Hacían un número muy grande, como de cincuenta, todos con sus garnachas de seda forradas en setí prensado, con lo que parecían senadores romanos.

De allí á poco salieron los galanes, títulos y señores, todos con mucha bizarría y riqueza, bajando por la parte del palacio y plaza con el rostro hacia donde estaba el pueblo y dando la vuelta por el descansillo que la escalera tenía en medio para la puerta de la iglesia, bajando los demás escalones, que resultó una vista hermosísima, quedando llena de toda la nobleza de España y toda la riqueza de piedras de todo el oriente y poniente, porque, como llevo dicho, sin excepción, en estos días, los que se visten de gala llevan, mozos y ancianos, botones de diamantes en las capas y ropillas, ó perlas gruesas, gorras con cintillos de lo mismo y martinetes con medallas de igual suerte, y cadena, ó de la misma labor, ó de piezas esmaltadas de diversas hechuras, que desprendían tantos rayos como si fueran espejos, zapatos de velludo y espadas doradas.

De éstos, que eran infinitos, no conté sino los que llevaban vestidos y capas bordadas, ó todas ellas, ó en tan gran parte que se descubría poco de la seda ó tela, y los que venían con capas ó calzas de canutillos y obra de oro ó plata, y el bordado de la gorra de aljófar, y conté de éstos 120 hidalgos, y, aparte de éstos, habría como otros tantos, entre los que venían en el acompañamiento y los que quedaron á caballo y en coche ó en la barandilla, todos los cuales, como digo, estaban de gala, ó sea en la forma que tengo dicho, con cadenas, botones, medallas de perlas ó piedras, y muchos con forros de telas y calzas de colores, porque conté solamente 120, que éstos en todo se aventajaron, y además de éstos venían como 150 detrás con las damas, que eran los principales y más lujosos, como diré.

En pos de este acompañamiento, salieron cuatro maceros y cuatro reyes de armas con sus divisas acostumbradas, aunque me parecieron mejores y más ricos los nuestros de Portugal.

Seguíanse luego algunos grandes, entre los cuales llevaban las cosas necesarias para el bautismo los grandes siguientes: el duque de Pastrana, el jarro; el conde de Alba de Liste, la estola ó alba, en una bandeja, que es la insignia de los catecúmenos; el duque de Alba, la vela, que yo ví

antes pintada al óleo, con las figuras de los apóstoles y otras, cosa perfectísima. El condestable el bollo, que ellos llaman el mazapán, que es una corona imperial de alfeñique y hay en la corte quien los alquila para los bautismos; el duque del Infantado llevaba el salero.

Al fin venía el duque de Lerma con el príncipe en brazos, é iba vestido con un vaquero largo de brocado de tres altos con mangas y brahones de lo mismo, y calzas de pliegues de oro bruñido, muy excelentes, y en un cendal llevaba al príncipe, con una mantilla de tafetán blanco, mosqueada de aljófar y salpicada de oro, labor admirable.

A su lado venía el príncipe de Saboya más mozo, que es nuestro prior de Crato, y detrás el hijo del duque, que es duque de Cea, y á cada ventana se acercaba el duque, y el hijo le descubría el rostro y le mostraban al pueblo, y lo mismo en la plataforma que en los peldaños de la escalera, y el pueblo le echaba mil bendiciones, con tanta alegría que se veía claramente cuán poderoso es el nombre de este rey, aun en aquel individuo tan vidrioso é incapaz de reconocer estas demostraciones de amor.

Era madrina la infanta, y padrino el príncipe de Saboya, Victorio Amadeo; venía la señora madrina en una litera con ruedas por bajo, que llevaban con unas cadenas de oro dos escuderos de la cámara, en cuerpo. Iba vestida de setí blanco, cogidos los golpes con *eses* de plata, con una capellina en la cabeza, á lo aldeano, como los capuchinos, y las aletas y vivos del mismo brocado.

Llevaba dos de sus damas, una de siete, otra de diez años; pero ninguna es tan bonita como ella, ni tan agraciada, con unos ojos muy hermosos, y muy viva y desenvuelta.

A la mano izquierda el padrino, acompañado de la señora madrina; detrás de ella venían las mujeres de los grandes, duques y otras señoras, que serían cuarenta, y la venían acompañando vestidas con la mayor riqueza que se puede imaginar, porque no había vestido de éstos que no fuera bordado sobre telas ó golpes con botones de diamantes y otras invenciones, y los mantos caídos atrás y las faldas ó sayas largas casi todas con pajes, que les llevaban las colas; otras se las llevaban ellas, por mayor bizarría, y muchas apoyadas en primos ó hermanos.

Detrás venían las veinte damas de la reina, á cuerpo, con los vestidos de igual suerte, como quien no tiene otro oficio ni cuidado más que éste de adornarse; llevábanles las faldas pajes del rey, ó meninos de la reina, y casi todos con gorrillas en la cabeza, con plumas y martinetes. Ahora han dado las damas en no llevar en el cabello ni en la cabeza cosa alguna, sino sus gorgueras y arandelas, y parecen así mucho mejor.

Iban acompañándolas los más lucidos galanes, todos títulos, ó hijos de ellas, y detrás el guarda-damas, mayordomos, oficiales de la casa de la reina; y por cabo de rosario Doña Francisca de Aragón (1) con el cabello teñido de azafrán y las pestañas de barniz, el rostro de almagre, la garganta de yeso y la boca de lustre, toda al óleo, con una mano de unto de puerco y otra de manteca cruda, con lo que quedaba

> Donna si laida, che la terra tutta
> Nè la piu vecchia avea, nè la più brutta (2).

Con todo, es la más querida y amada señora que hay en la corte, y más conocida y respetada por dama que todas.

A la puerta estaba el arzobispo de Toledo, con diez obispos, que esperaban al príncipe debajo de un dosel.

Ni el rey ni la reina aparecieron en público, pero dicen que estaban llorando de alegría detrás de las vidrieras.

Bautizóse con las solemnidades de la iglesia; y así se tornaron á salir por el mismo orden en que entraron, ya casi de noche.

La cosa más hermosa que en todo esto hubo, fué ver á las damas, á la ida y á la vuelta, ocupar las gradas todas con tanta diversidad de colores, joyas, plumajes y vestidos, y sobre todo los mejores rostros y ojos de España, que es la mejor invención de librea de verano é invierno que hay en este valle de lágrimas, porque todo lo

---

(1) Mujer de D. Juan de Borja, mayordomo mayor de la emperatriz María.

(2) *Orlando furioso,* canto VII, oct. 72.

demás es como pintura de seda de los animalillos, sayal, en comparación de estos animalillos de seda que son los más apacibles y convenientes que Nuestro Señor crió, y cierto que se representaba á la vista el cuadro del coro celestial y jerarquías de ángeles, ó un altar de reliquias expuestas en aquellas gradas á los curiosos, para dar gracias al Señor en sus criaturas.

Salió el príncipe con una trinidad de nombres fuera de toda imaginación, porque se cargaron al inocente los de Felipe Dominico Víctor, sobre lo que se hicieron varios juicios, porque se esperaba que después de tantos Felipes, saliese un Alejandro ó un Carlos; mas, como la paz es don del cielo, desearían mejor entrar con estos buenos auspicios de príncipes pacíficos, para que con el nombre heredase del primero la gentileza, el ánimo pacífico del segundo, y la mansedumbre del tercero, que es la virtud en que el rey nuestro señor resplandece, de manera que puede decir: *Memento, Domine, David, et omnis mansuetudinis ejus.*

Discutíamos esta noche la causa á que obedecería recordar el nombre de Dominico, y decían que le correspondía por bautizarse en domingo: mas argumentaba Agamenón (1) que, según esto, si se bautizara en otro día, le llamarían Felipe Sábado ó Felipe Viernes. *Consequens est falsum; ergo est antecedens.*

Mas la verdad es que se lo pusieron por devoción á Santo Domingo, en cuya pila se bautizó; porque acostumbraba el rey, que Dios haya, poner por devoción estos nombres á los hijos, como al rey nuestro señor, Felipe Hermenegildo, á la señora infanta condesa de Flandes, Isabel Clara Eugenia, por respeto á la reliquia de San Eugenio, y á la infanta Doña Ana Mauricia, por nacer en ese día.

El Víctor tiene busilis. Dicen unos que por el padrino Víctor Amadeo, otros que por buen presagio del imperio, cuyo título es *Victor felix et triumphator.* Dispondrá Nuestro Señor que así como el sacramento del matrimonio del rey que está en gloria, en Inglaterra, fué medio de reconciliación entre la iglesia anglicana y la romana, así el sacramento del bautismo del príncipe en España, entre la principal representación de Inglaterra, será comienzo de la reducción de aquel reino á la unión de la iglesia católica, de que es primogénito.

Y, siendo así, con razón se llamará Víctor en lo espiritual, ya que en lo temporal no hicimos hasta ahora mucho, para que, en pago de llevarnos en la guerra cuanto teníamos, y venir ahora á chuparnos lo poco que nos quedó en la paz, les ganemos siquiera las almas; y así será con razón Víctor, como algunos han pronosticado, la nueva estrella que apareció en este tiempo.

Mas, dejando este tema á los predicadores de Castilla y *escudeiros* de Portugal, y las interpretaciones y etimologías hieroglíficas de estos nombres y signos á los gimnosofistas y bramanes de la India, sacerdotes de Caldea, caldeos de Asiria, sabios de Egipto y magos de Persia, semnoteos y druidas de los celtas, gitanos de España y almanaques del tiempo, tornemos á acompañar á la procesión, que se acabó con el día, recogiéndose el sol como las estrellas, quedando los extranjeros admirados de tanta grandeza y majestad en las personas y aderezos de las damas y galanes. Los que más lo fueron son los tres de la mañana y los príncipes, y entre las damas la infanta.

No dejaré de contaros lo bien que me pareció que, siendo tales las apreturas que ni á los títulos respetaban los de la guarda, á las mujeres y damas, aun á las rebozadas, como tengan buen guiño y traigan carta de crédito en los ojos, las recibían y guiaban á la iglesia y las ponían delante, para verlo bien, y ellas con la misma desenvoltura entran por entre aquellos alabarderos y rompen por un escuadrón de gente, solas y sin escudero ni dueñas, haciéndose respetar sólo con hablar y pedir les haga lugar á cualquier hidalgo ú hombre de cuenta que ven, y todos huelgan de honrarlas, que es gran muestra de cortesía y nobleza de los castellanos y bochorno del mal natural de Portugal, donde luego habían de trasegar y pellizcar con pies y manos y decir que eran unas tales y unas cuales.

Bien sabéis que sin estas digresiones, no hay historiador ni poeta; y dígolo además porque, estando yo con otro amigo portugués, se nos

(1) Uno de los portugueses compañeros de Pinheiro.

confiaron unas señoras, dos de las cuales parecían muy principales y hermosas; y el lusitano, por no perder la costumbre, jugaba de manos, de lo que una se me quejó, pidiéndome le dijese no fuese portugués, sino en ser buen enamorado; y, continuando él, le dijo una: «Yo dí á V. Md. oficio de guardián; dígame qué oficio es ese de romperme mi sayo» (1). Respondió él: «Señora, quería ser sumiller de corps.» Y ella replicó luego: «Pues los hombres cortesanos, con las doncellas como yo, no han de querer ser más que gentiles hombres de la boca; y si V. Md. quiere jugar de manos, jugaremos de chapines, yéndonos para casa, y perderemos la fiesta y la buena conversación de V. Mds., que es lo que más estimamos.» Hice las paces, diciendo que yo salía por fiador suyo.

Concluyo con el bautismo, con deciros que en ellos se sigue en muchos diferente forma de la que se acostumbra en Portugal, porque, al entrar, toma el padrino sobre el cuello al niño y le lleva hasta la pila, donde la madrina le tiene por completo desnudo hasta decirle las oraciones y exorcismos, y no le meten en el agua, sino que con una concha se la echan en la cabeza, y en lugar de la estola de lino le ponen un velo sobre ella, que responde á la veste blanca de los catecúmenos que usaban en el principio de la Iglesia.

Llevan además el mazapán, que es de alcorza ó de alfeñique, y por no dejársele al cura le dan ocho reales, ó lo que quieren, y así hay mujer que los alquila, y son muy curiosos.

Llevan además un jarrito de agua con que la madrina rocía al padrino y circunstantes; le da el padrino, y es ordinariamente de plata, quedando con él la madrina, y son gajes del oficio. Además, acostumbra dar ella la merienda y las mantillas, que le cuestan muy buenos cruzados, y por eso escogen siempre padrinos que los paguen, que son sus galanes y cortejos; y un bautismo de éstos hace descrismar y renegar á un hombre.

Recuerdo que, yendo yo á acompañar á un penitente de éstos, cuando el cura dejó la sal en la boca á la niña, conté la historia del conde de Redondo (1), que dijo al cura que no sabía lo que hacía, que le dejase la sal entre las piernas, que por allí se dañaban ellas.

Replicó el cura: «Guárdenos Dios, señor, que sin sal, nadie las desecha; [con] tan buen guisado, nos lameremos los dedos» (2); y la madrina dijo: «Señor cura, haga V. Md. su oficio, que nosotros hacemos el nuestro, que aquí cómese la carne tan fresca que no la dejan podrir, y es tan buena que no ha menester sal, ni sainetes, como las sebosas de Portugal.»

Esta noche hubo luminarias y las calles muy llenas de coches, que, en salir de la plaza de Palacio, estuvieron hasta las nueve ó diez de la noche. Anduvieron los ingleses todos por la ciudad, pero yo me ví con media capa menos, como San Martín, y molido. Y, como historiador verdadero, quiero decir: *quod vidimus testamur;* y así dejo al pío lector lo demás que no ví.

30 DE MAYO

En la primera octava no hubo cosa notable, sino por la tarde el ordinario paseo de Sancti Spíritus en la Puerta del Campo, donde estos trece días hay jubileo y acude todo lo bueno de la corte á pasear y rondar la puerta, porque pocos entran, pues van á ganar la gracia é indulgencia de las damas y no las de Roma.

Para mí es la más notable fiesta y la mayor grandeza que ningún príncipe puede mostrar; porque ver toda la hermosura y nobleza de España con tantas mujeres, hijas y hermanas de grandes, duques y señores, tan bien ataviadas, y entre ellas tantos hidalgos en tan hermosos caballos y tan bien aderezados, todo dentro de un tiro de piedra, con tan pocos rebozos ni trabas y tan buena gracia en todo, parece encantamento ó pintura de Palmerín (3), y la primera vez que se ve no se puede creer; y todas las demás fies-

(1) El diálogo, en castellano en el original.

(1) D. Francisco Coutinho, Cazador y Alférez mayor de Portugal, Mayordomo mayor de la Reina, etc.

(2) El diálogo, en castellano en el original.

(3) Es lo probable que aluda, no al *Palmerín de Oliva,* sino al de Inglaterra, escrito por el portugués Francisco de Moraes, y en el cual abundan las descripciones.

tas, cañas y toros, son bobadas junto á una tarde de éstas, que son todas las buenas del año.

Al marcharnos, ya casi de noche, vimos salir de la iglesia á unas señoras que conocía de vista, mujer y hermana del doctor Herrera (1), médico del rey, con una hija muy linda y que canta en extremo bien, á quien llaman doña María de Herrera, y otras. Dijímosles que hacían bien en salir con las estrellas; contestó una que antes como feas buscaban el manto de la noche y debían disfrutar de las luminarias.

Replicamos que al menos no pagarían pena de coche en llevarlas, pues en él había tan buenos ojos y rostros. Díjome ella: «¿Y cómo puede vuestra merced ver de noche, no siendo de gato, sino negros, los míos?» Respondí «que las estrellas mejor se ven de noche que de día, y más que la luna, de envidia del sol, nos viene siguiendo; ¿qué hiciera si viera cantar á V. Md.?» (2). En fin, convinimos sobre el precio que cantaría si le dábamos un búcaro de agua de Portugal.

Fuimos al Prado, donde cantó en extremo bien un soneto del conde de Salinas, que después le hicimos repetir, y le pedimos hiciese la merced de dármele escrito, y ella lo prometió. Al otro día se le mandamos á pedir con un escrito y un soneto que hicimos de mano común. Decían así uno y otro (3):

«Para poder vivir me era necesario y forzado cobrar mis deudas con rigor; mas de V. Md. me contentaré por ahora con la palabra; y pues no quiero más de vos, y de ésta está esa casa tan rica, no se me puede negar; y porque sé que no merezco se me hagan mercedes de gracia, quiero cohechar á V. Md. con un soneto malo por uno bueno, y tanto gusto causa á veces ver graznar un ánser, como cantar un cisne:

Mientras al alma vive el cuerpo asido,
della recibe vida y hermosura;
en dejándole, queda sin figura,
sin voz, sin vida y gracia enmudecido.
Y el verso en vuestra boca más pulido,
mientras vos le dais voz y gracia pura,
queda, sin ella y vos, muda pintura,
cuerpo sin alma y letra sin sentido.
No me atrevo á pediros alma ó lengua,
que de esa boca el cielo soberano
goza como lugar debido y cierto.
La letra de esa mano me hace mengua,
que, cual la lengua, puede dar la mano
vida á una alma y alma á un cuerpo muerto.»

Son tan cortesanas, que le mandaron con mucha llaneza, con esta respuesta (1):

«Merecía la desconfianza de V. Md. que la hiciéramos verdadera, pues, usando de su nombre, duda V. Md. del gusto con que le serviremos en cosas de más sustancia, sin cohecho de tanto precio como éste; y pues sufrió la mala voz sufra la mala pluma, y por no quedar á deber nada á tan buen cobrador, doy el que tenía prometido, de gracia, y otro que va con él en premio, por ser al mismo fin, para que V. Md. enseñe á los caballeros portugueses la ley que han de guardar en amor las doncellas castellanas para no perder su gracia.

Soneto del Conde de Salinas

Nunca ofendí la fe con esperanza,
vivo presente en olvidada ausencia,
y tras eternidades de paciencia
no merezco quejarme de tardanza.
Soy sacrificio que arde en tu alabanza;
fuera no arder, morir con evidencia.
¡Oh puro amor! ¡Oh nueva quinta esencia!
De infierno sacas bienaventuranza.
De cerca visto, y lejos de mirado,
ni de agravios me ví favorecido
ni en tu olvido hallé de qué olvidarse.
Tu descuido encarece mi cuidado;
quererte más no puedo ni he podido,
que esto es amarte, y lo demás amarse.

De D. Juan de Tassis

El que fuere dichoso será amado;
y yo en amar no quiero ser dichoso,
teniendo, de mi daño envidioso,
por dicha ser con vos tan desdichado (2)

(1) Cristóbal Pérez de Herrera, autor de notables obras de medicina.

(2) El diálogo, en castellano en el original.

(3) En castellano lo que sigue.

(1) En castellano lo que sigue.

(2) Según el texto más conocido, estos dos versos son así:

Teniendo mi desvelo generoso
á dicha ser por vos tan desdichado.

Sólo es servir, servir sin ser premiado;
cerca está de grosero el venturoso;
seguir el bien á todos es forzoso;
yo sólo sigo el bien sin ser forzado.
No es menester ventura para amaros;
amo de vos lo que de vos entiendo,
no lo que espero, porque nada espero.
Llevóme el conosceros á adoraros;
servir, mas por servir, sólo pretendo;
de vos no quiero más que lo que os quiero.„

Y, aunque muchas señoras castellanas tengan esta facilidad en las visitas y conversación, no dejan muchas de ser muy honradas y honestas, y que ninguna cosa las obligará á hacer lo que no deben, principalmente las doncellas, que tienen solamente estas flores; y si queréis asediar,

Timida pastorella mai si presta
non volse piede innanzi a serpe crudo (1),

como se alejan de vos y pueden decir: *Flectimus non frangimus undas* (2); y la verdad es que en todas partes hay un pedazo de mal camino; mas las castellanas son muy amigas de flores, y nuestras higueras sin ellas las vemos con fruto, y podemos decir de ellas lo que Ariosto de la condición de Angélica:

Ma no però disegna dell'affanno etc. (3)

31 DE MAYO

En la última octava, fué la reina á cumplir su devoción y ofrecer el príncipe á Nuestra Señora de San Llorente, y así fué la más hermosa salida que hubo, porque para este día se guardaron las más ricas libreas y bizarrías, para acompañar á la reina.

Salida que hizo la reina á Nuestra Señora de San Llorente, yéndole á ofrecer el príncipe

A las diez salió el cardenal que había de decir la misa; delante iban los alguaciles de corte y algunos de la guarda; luego como ocho coches del rey con los ingleses y algunos á caballo, con sus gualdrapas de velludo de colores y telillas con muchos pasamanos de oro, y ellos muy bien vestidos.

Seguían como 15 nobles de la corte que quisieron acompañar al cardenal, todos muy bien vestidos; luego el obispo de Astorga (1), su sufragáneo, en su coche; detrás 14 clérigos en muy buenas mulas y algunos canónigos en un coche.

Iba el cardenal en una litera de su casa y un coche de la misma manera, y detrás tres coches de sus gentiles hombres y algunos canónigos ó clérigos.

La reina salió á las once. Venía delante la guarda y algunos alcaldes de corte con sus garnachas, diferentes de las anteriores, de damasco, forradas de setí prensado; luego los títulos y galanes, que serían 75 en junto, los más de ellos con calzas blancas, coletos y forros de tela blanca y gorras de botonaduras como los días atrás, con gualdrapas de velludo, pasamanos de oro ó de lo mismo, ó jaeces riquísimos, y salieron todos de esta forma por imitar al rey y la reina que iban de la misma manera.

Iba el duque entre el condestable y el duque de Alburquerque; y el mayor (2), entre el del Infantado y el de Cea. Entre estos caballeros iban los meninos de la reina, que son como 30; delante 8 con los devocionarios, rosarios, chapines y otras cosas de la reina; en medio otros 12 y otros detrás, todos con la librea de la reina de encarnado y negro, á caballo y en cuerpo; delante de la carroza como 24 lacayos suyos, con capas y gorras de velludo negro con plumas encarnadas, mangas y calzas de velludo encarnado, forros y cañones de setí blanco.

Los del rey, en lugar de encarnado, llevaban blanco en este día; y alrededor del coche 20 pajes del rey, á pie y en cuerpo, y juntamente los estriberos y capitán de la Guarda, Marqués de Falces, y otros oficiales, todos á pie.

El rey iba á la derecha de la carroza, á caballo, hablando siempre con la reina, en su caballo

(1) *Orlando furioso*, c. I, oct. 11.
(2) Ignoro de dónde tomará Pinheiro estas palabras.
(3) *Orlando furioso*, c. I, oct. 51.

(1) Por errata, *de Borja*.
(2) Sin duda hay omisión y es *el mayordomo mayor*.

blanco, calzas, coleto y mangas y forros blancos, capa de raja (1) con sus botones de oro.

Iba la reina en una carroza que arrastraban seis jacas de pelo de rata, las más hermosas que se puede imaginar, cada una de las cuales vale más de 500 cruzados, y todas parecen nacidas de un parto.

La carroza tiene, por fuera, rodapié y estribos de brocado de *alcachofas,* por dentro y los espaldares y piñones de tela bordada de labores de plata y algunos entrelazados de oro, las franjas de oro y plata, y la cenefa del mismo brocado; las cortinas de un chamelote de oro con rosas en relieve de brocado carmesí, con sus barras grabadas de oro y banda de lo mismo; las guarniciones, frenos, riendas, sillas y vaqueros del mismo brocado de la carroza. La reina llevaba consigo sentada á la infantita, é iban vestidas de setí blanco con golpes, sujetos éstos con *eses* de plata menudas.

Es la reina blanca y tiene buena presencia, y sería bella, si no la afeara mucho la boca, que tiene muy caída y gruesa, como todos los Austrias; y así dicen que, cuando salió, dijo una tapada, viéndola: «El *per signum crucis* de la Reina, no hay más que desear; mas del *de inimicis nostris libera nos, Domine.*»

La infanta es muy bonita y avispada, y de todo va dando fe; iba detrás del príncipe, al cuello de su aya, la condesa viuda de Lemos, hermana del duque de Lerma, en una litera ó silla de manos, bellísima, de la misma labor del coche, con sus asientos cubiertos, y el atavío y trajes de los conductores y demás guarniciones, todo de brocado, y la litera bordada de plata.

Más atrás, sola en un coche negro, la camarera mayor, hermana del duque de Lerma, mujer y madre del conde de Lemos, Margarita de Sarria, fea y de poca presencia, pero muy varonil, y que, como otra Camila, Hipólita ó Bradamanta (2), sale á caza á caballo con su escopeta, muy de ordinario.

(1) Paño prensado.

(2) Camila, varonil amazona, hija de Metabo, rey de los Volscos; Hipólita, hija de Marte, reina de las Amazonas; Bradamante, la doncella guerrera, hermana de Reinaldo y amada de Rugiero, en el *Orlando furioso.*

Detrás de ella iba otro coche de damas de honor, y por remate 20 damas de la reina en cinco coches, todas de blanco, riquísimamente vestidas, y los coches, y otros que iban vacíos, todos nuevos, de la librea encarnada de la reina, y de la misma suerte los cocheros y mozos de coche.

Acompañábanlas veinticinco hidalgos ó más, muy lozanos y bien tratados todos, que son sus parientes ó galanes, que les van hablando; concluíase con guarda-damas, mayordomos segundos, y otros (1).

Los que más galanes salieron este día fueron el duque de Alba, con otro vestido, de capa, coleto, calzas, zapatos, gualdrapas y aderezos bordados sobre cuero de ámbar; la labor como brocado de oro sobre plata, en bulto, de la altura del dedo pulgar, y por bajo de labor del mismo oro, de suerte que apenas se entrevía el ámbar; los forros de la capa y calzas, de tela encarnada. La cuera, acuchillada, con el bordado más ligero, debía pesar sus 80 arrates, y la capa no se movía con ningún aire, como de bronce.

Don Juan de Tassis, otro vestido completo con su gualdrapa, más lujoso todo que el primero, que fué bordado de oro sobre tela de plata leonada, la labor de trozos, del grueso de un dedo, cruzados, que hacen como un tablero de ajedrez, descubriendo la telilla en medio, así como los mismos escaques, que con el sol lucían tanto que pensábamos eran espejos, ó por lo menos plata bruñida; el bordado de dos líneas de *eses* rellenas, mucho más altas, los forros y mangas del mismo color, de tela leonada.

A más de éstos, iban muchos con gualdrapas de velludo con pasamanos de oro, capas de tiras bordadas, y algunos con aljófar, mas aun así no llegaban á aquéllos en riqueza y hermosura; con lo cual iban los ingleses embobados. Estos entra-

(1) No dejará de recordarse el romance de Cervantes, en *La Gitanilla,* "de cuando la reina doña Margarita salió á misa de parida en Valladolid, y fué á San Llorente„:

Salió á misa de parida
la mayor reina de Europa,
en el valor y en el nombre
rica y admirable joya...

ron en la iglesia; mas, así que fué á comenzar la misa, se salieron fuera.

Así que llegó el príncipe á la puerta, la reina le tomó en brazos y le tuvo en ellos hasta que el Arzobispo de Burgos le dijo ciertas oraciones y bendiciones, que le tornó á la camarera mayor y ésta al aya, retirándose al dosel, donde oyeron la misa de presentación dicha por el Cardenal. Dió la reina un doblón de á cuatro (1) como ofrenda, según me contó el prior, que estaba escandalizado de que hasta esto lo llevara el capellán mayor diciendo que eran derechos suyos.

En Castilla es capellán mayor el arzobispo de Santiago por oficio, y ponen otro que sirve en su lugar, y así queda residiendo en personas de menor posición.

A la una tornaron, y á este regreso estuvo el embajador en la baranda de la iglesia de la Santa Cruz, de la Platería, que está en el frente de ella, donde el rey se le quitó la gorra al pasar.

Tenía la reina determinado comer en público, mas no lo hizo por venir cansada, sino por la noche, en la forma que os diré más adelante.

En este día dió el condestable un banquete á los ingleses esplendidísimo, que duró hasta las cuatro de la tarde, con las puertas abiertas para los hombres y mujeres que lo quisieran ver; tuvo las casas adornadas nobilísimamente y las vajillas muy ricas. Hubo 300 comensales.

Afirmáronme, porque yo, cansado de ver tanto, me retiré, que fué de carne y pescado juntamente, hasta llegar al número de 400 manjares, donde hubo sollo, salmones enteros y toda clase de pescado, que vinieron de todos los puertos de mar, con mulas dispuestas en relevos para llegar á tiempo; y así dicen que costó 70.000 cruzados, entrando 400 platos (2) de cocina que no estuvieron completos, porque los que querían mandaban viandas á su casa y en esta confusión se perdieron.

(1) *De á diez,* dice la *Relación* del bautismo que al final reimprimo. Como en esta relación tiene el lector un complemento á las noticias de Pinheiro, ello me exime de frecuentes notas y aclaraciones.

(2) *Mil* dice Cabrera, *mil doscientos* la relación inserta al final.

1 Y 2 DE JUNIO

Ni esta tarde de la verdadera octava ni al día siguiente hubo cosa notable, más que por la tarde el paseo de Sancti Spíritus, que, por ser el último de los quince días, fué el más hermoso de todos, y porque salieron todas las libreas al Campo y los galanes en los mejores caballos á lucirse, y se juntaron más de 400 coches.

Halláronse en él el duque y los príncipes, y sólo sus dos coches de seis caballos andan por la corte porque nadie los puede llevar, ni siquiera el duque sino saliendo en el del rey, y aun así llama la atención, y porque en este día se juntaron los caballeros todos, hablaré luego de los que salieron en estas fiestas y la riqueza con que salieron, poniendo aquí los títulos y señores que se hallaron presentes á ellas y las libreas principales que salieron, confesando que me faltarán muchos, porque solamente expreso los que ví ó me mostraron.

Príncipes y Embajadores

El príncipe de Saboya, Victorio Amadeo, de 19 años, flaco y con señales de viruelas, pero gentil en el cuerpo y presencia.

El príncipe Filiberto, su hermano, Prior do Crato, gordo y blanco de rostro.

El Almirante de Inglaterra, con cuatro condes, cinco barones y otro almirante.

El Embajador de Alemania, del Toisón.

El Embajador del Papa, que es su Nuncio.

El Embajador de Francia.

El Embajador de Persia.

El Embajador de Florencia, obispo. El de Parma. El de Génova. El de Malta. El de Saboya. El de Bejoim de Portugal, Valentín Bello ó Bellua.

Duques

El duque de Lerma, caballero mayor de Castilla, general de la caballería.

El condestable duque de Frías, Presidente de Guerra.

El almirante, que es niño.

El duque del Infantado, del Consejo de Estado y Llave dorada.

El duque de Cea, hermano del de Lerma.

El duque de Alba, de la Llave.

El duque de Alburquerque.

El duque de Sesa, mayordomo mayor de la reina, biznieto del Gran Capitán, de la Llave.

El duque de Pastrana, nieto de Rui Gómez.

El duque de Alcalá. El duque de Veragua, en las Indias.

El duque de Mandas, en Cerdeña.

El almirante de Aragón. El príncipe de Marruecos, hijo del jerife.

Marqueses

El marqués de Velada.
El de Aguilar.
El de Cuéllar, hijo del de Alburquerque.
El de Mondéjar.
El de Ardales.
El de Moya.
El de Sarria, conde de Lemos.
El de La Bañeza, hijo del conde de Miranda.
El de Terranova, en Indias.
El de Este, saboyano.
El del Carpio.
El de San Germán.
El de Távara.
El de Frómista.
El de Barcarrota.
El de Laguna.
El de Fuentes.
El de Alcañices.
El de Camarasa.
El de Falces, de la Tudesca.
El de Poza, conde de Cabra.
El del Valle, nieto de Hernán Cortés.

Condes

El de Lemos, Marqués de Sarria, Presidente de Indias, de la Llave.

El de Miranda, presidente del Consejo Real.

El de Saldaña, hijo del Duque de Lerma, segundo heredero del Infantado, comendador de Calatrava, de la Llave.

El de Arcos, heredero de Medina Sidonia.

El de Salinas y Rivadeo, hijo de Ruy Gómez de Silva.

El de Coruña.
El de Villalba.
El de Fuensalida.
El de Paredes.
El de Medellín, mayordomo de la reina.
El de los Arcos.
El de Ficalho, D. Jerónimo de Borja.
El de Bailén.
El de Morata, aragonés.
El de Oria, italiano.
El de Cocentaina, italiano.
El de Mayalde, príncipe de Esquilache.
El de Nieva.
El de Orgaz, de la Llave.
El de Barajas, mayordomo de los Cuatro.
El de Haro, heredero del Condestable.
El de Villamor.
El de Casarrubios.
El de Villalonga, Franqueza.
El de Puñonrostro.
El de Lodosa.
El de Chinchón, del Consejo de Estado.
El de Rivadavia.
El de Gelves, de la Llave.
El de Cabra, heredero del de Sesa.
El de Ayala.
El de Monsanto.

El de Cuba en Portugal, D. Luis Henrique, mayordomo de la reina.

El obispo-conde de Ponte de Lima (?)

Otros señores

El adelantado de Canarias, hijo del príncipe de Asculi.

El gran prior de Hibernia, maltés.

El bailío de Lora, Francisco de Valencia, que es del Consejo de Guerra.

El comendador mayor de Montesa, hijo de don Juan de Borja.

D. Juan de Idiáquez.

D. Pedro de Zúñiga, nombrado conde, em-

bajador en Inglaterra, con 20.000 cruzados de renta.

D. Carlos de Avalos, tío del marqués del Gasto y Pescara.

D. Pedro Mexía, proveedor general de Flandes.

D. Pedro de Castro, tío del conde de Lemos, de la Llave dorada.

D. Enrique de Guzmán, de la Llave.

D. Martín de Alagón, de la Llave.

D. Pedro de Guzmán, de la Llave.

D. Vicente Zapata, de la Llave.

D. Antonio de Toledo, primo del duque de Alba.

D. Juan de Tassis, hijo del Correo mayor.

D. Francisco Franqueza, hijo del conde de Villalonga.

D. Pedro Muñoz, su yerno.

D. Gonzalo Chacón, hermano del conde de Casarrubios.

D. Carlos de Borja, hijo tercero de D. Jerónimo.

El hermano del marqués de Falces.

El hermano del conde de Paredes.

El hijo del conde de Monterey.

D. Manuel de Lancastre.

D. Manrique de Silva, hermano del de Portalegre.

D. Blasco de Alagón.

D. Pedro de Fonseca, con 13.000 cruzados de renta.

D. Luis Sifola, caballero de los Cuatro.

D. Diego Pimentel, del Consejo de Guerra.

D. Francisco de Velasco, de la Boca.

D. Juan de Toledo.

D. Luis Zapata.

D. Juan de Heredia.

D. Gonzalo de Córdoba.

D. Bernardo de Rojas.

D. Luis Bardají.

D. Luis de Guzmán.

Eclesiásticos

El cardenal arzobispo de Toledo.

El arzobispo de Burgos.

El obispo de Valladolid.

El obispo de Astorga.

El obispo de Osma.

El obispo de las Indias.

El patriarca de las Indias.

El general de Santo Domingo, 38 provinciales ó definidores en representación suya.

El embajador de Beijoim de Portugal, de quien hablé arriba, no es bien que se pase en silencio. Vino á la corte con un presente, que ordinariamente se trae á la reina de Beijoim, porcelanas, calambuco, piedra benzoar, paños de las Indias, alcatifas y otras bagatelas.

Es hombre notable, porque entró, en Mayo, vestido de paño de monte florentino, vaquero hasta media pierna y ferreruelo hasta abajo, y las mangas y los brazos caídos sobre él, chapeo de tafetán, botas y sobrebotas de cuero de vaca, y sobrevaina; y mientras anduvo por la corte, que fueron tres meses, no dejó las sobrebotas, ni las espuelas, ni la sobrevaina, ni la loba veneciana, y así iba á hablar á la reina y al rey, y los chiquillos corrían ya á ver al embajador de Beijoim de Portugal con sus botas.

Es tan talentudo, que en Elvas hizo un registro de todo cuanto traía; después, al entrar en Badajoz, quiso ocultar como 300 cruzados de cosillas menudas en la bragueta, y fué tan avisado que entregó el registro de Elvas, donde todo venía escrito, y los agentes le hicieron descubrir el tesoro, bajo el amparo y protección del empobrecedor mayor, que no le pudo valer.

Otra prueba de ser hombre avisadísimo, es que la reina, por hacerle agasajo, cuando la llevó los cajones, dijo: «Abrid alguno, que quiero verle» (1). Fué él á abrir uno, y dió luego con uno de pimienta; mandó abrir otro, y dió con canela y clavo, y fué tanta la risa de las damas, que la reina, por no poderse contener, se retiró, quedando por tan asno como quien le mandó aquí, para evidenciarnos por oprobio del mundo y desprecio de los castellanos. Daba después por disculpa, que quería ir mostrando cada vez lo mejor.

Hiciéronle alcaide de la corte, y así se marchó con sus botas.

Este año mandó la reina á la India una caja

(1) En castellano en el original.

de esmeraldas, para que le mandasen brinquiños. Tenía un palmo de alta y dos de larga.

Continuando con la historia, todos estos señores y los demás que no conozco, quitando algunos de los viejos, se vistieron y pulieron en estas fiestas, por lo cual no es raro salieran en ellas tantos vestidos y tan costosos, siendo mancebos y ricos, y con rey tan mancebo y amigo de holgar, y que no tiene otras guerras ni ocupaciones. Las libreas que se dieron á pajes y lacayos fueron infinitas; apuntaré solamente las principales, y por ellas se pueden juzgar las otras.

La del rey ya la conté en la víspera del Corpus; también dije cuál fué la de la reina, de negro, encarnado y blanco.

Dije cuál fué la librea del duque de Lerma, de color, y ordinaria de negro; dije además cómo la del Marqués de Falces y la del de Camarasa, capitanes de la Guarda, era la misma del rey, como es costumbre en España.

Los príncipes vistieron doce pajes y doce lacayos de velludo carmesí prensado, mangas y forros de las calzas de lo mismo; ropillas y calzas acuchilladas de un velludo rojo sobre raso blanco, y en las capas, franjas del mismo, en lugar de pasamanos, que lucían mucho, zapatos y vainas del mismo velludo carmesí, gorras negras con plumas carmesí, espadas y adargas doradas, y los lacayos de la misma suerte.

El duque de Alba dió la mejor librea, y así le doy el primer lugar. 20 pajes y 10 lacayos y 2 cocheros de azul y oro, capas de velludo azul con forros de tela fina de oro, guarnecidos con dos franjas de tela blanca, sujetas con dos pasamanos de otra tela azul y sus morenillos (1), ropillas del mismo velludo, cuajadas todas de tiras menudas de la misma tela de oro, con sus morenillos atravesados, calzas con cuchilladas de la misma labor de tela de oro, mangas de corte, zapatos, vainas y gorras azules, trenzados de oro, plumas azules y blancas, espadas doradas, lacayos con paño en vez de velludo, y velludo en vez de tela.

(1) El P. Benito Pereira, en su *Thesouro da lingua Portuguesa*, dice que *morenillos* son "segmenta minora, auro rigencia."

Don Juan de Tassis, 10 pajes, 16 lacayos, capas con fondo de plata negro forrados en setí blanco prensado, guarnecidas en seis pasamanos de plata, ropillas del mismo fondo de plata, mangas de corte rojo, calzas labradas con morenillos de plata que cubrían los golpes todos, forros del mismo setí prensado, zapatos y medias blancas, espadas doradas, gorras con trenzas de oro, plumas blancas y rojas; los lacayos, velludo fondo de raso, de los mismos dos colores y las mismas espadas, gorras y plumas.

El duque de Pastrana, 15 pajes, 16 lacayos de azul anaranjado tostado, capas de velludo azul en forro de setí anaranjado prensado, con guarnición de seis pasamanos tejidos de amarillo y blanco, ropillas de gorgorán cuajadas de los mismos pasamanos, y las mangas del mismo setí apasamanado, calzas labradas de los mismos pasamanos sobre el velludo azul, con sus trencillas y morenillos, forros de setí labrado, medias, zapatos y vainas anaranjadas; espadas doradas, sombreros con trenzas en cadenillas de oro, entre trozos de tela bordados, plumas anaranjadas y blancas; los lacayos lo mismo, llevando las capas de paño, todo tan lucido que muchos le daban el primer lugar.

Pedro Alvarez Pereira, 12 pajes, 16 lacayos de encarnado oscuro, capas de velludo negro con mucha guarnición, forradas en otro velludo labrado entre carmesí y leonado, ropillas negras, mangas de setí prensado, todo encarnado, gorras negras, plumas blancas y encarnadas, espadas doradas; lacayos de la misma manera, capas abiertas, las cuchilladas con vueltas y flecos.

El conde de Lodosa, 8 pajes, 12 lacayos de velludo negro y anaranjado tostado, capas y ropillas de velludo negro con sus pasamanos de obra, de setí, forros y mangas de setí anaranjado prensado, calzas con cuchilladas de pasamanos del mismo setí sobre velludo encarnado con sus morenillos, forros de setí anaranjado, medias amarillas, gorras negras, trencillas de oro, plumas anaranjadas y encarnadas; lacayos de lo mismo, sólo que con las capas de raja.

El marqués, 12 pajes (éste es el de Laguna) y 6 lacayos de encarnado y negro de la misma manera, sino que las calzas son de obra y las

capas de raja con guarnición de diez pasamanos, botones de oro en las capas y ropillas.

El marqués de Villalba, 6 pajes y 2 lacayos de gorgorán leonado, capa y ropilla, forrado todo en setí amarillo prensado, cuajado de pasamanos, leonado y amarillo á lo fanfarrón, calzas de obra de los mismos colores, sombreros de tafetán con ganchillos, plumas blancas y leonadas, mangas del mismo setí, lacayos con espadas y adargas doradas.

Don César de Avalos, tío del marqués de Pescara, 12 pajes y 6 lacayos de la misma manera, sino que los forros eran blancos y las calzas de los lacayos de grana deshiladas.

Don Luis Bardají, 6 pajes y 2 lacayos, capas de velludo rojo labrado, con guarnición roja y amarilla, forros de setí de Italia, mangas pespunteadas, ropillas y calzas con las cuchilladas de obra del mismo pasamano al vies, forros amarillos, gorras con plumas de los mismos colores y espadas doradas.

El conde Aguilar, 12 pajes, 4 lacayos y 4 lacayuelos, calzas de obra de setí leonado claro con forros del mismo setí prensado, guarnecidas con seis pasamanos de obra, mangas de telilla plateada y medias de seda y sombreros con trencillas de oro.

El marqués de San Germán, 12 pajes y 4 lacayos de verde, forros de setí encarnado prensado, ropillas y calzón de velludo de los dos colores, cordones de oro, medias amarillas, plumas de colores.

El marqués del Valle y otros, de otros colores y vestidos semejantes, de que por llevar paño ó raja no se hace mención.

Los hidalgones viejos ó achacosos, por exhibirse, salieron de velludo negro, y fueron muchos; diré los principales solamente.

El conde de Lemos, 28 pajes, 4 lacayos y 2 cocheros y algunos gentiles hombres, capas de velludo negro con un palmo de guarnición, forradas en setí prensado, mangas del mismo setí, ropillas con la misma guarnición, calzas de obra que cuestan 54 cruzados, zapatos de velludo, gorras con penachos negros; lacayos, capas de raja y espadas doradas.

El condestable, 20 pajes, 12 lacayos de la misma manera, pero en las capas y ropillas botones de plata y los forros de tafetán frisado y las capas de los lacayos de raja con una banda de velludo al vies y sus cubreribetes en ellas.

El duque de Sessa, 15 pajes y 12 lacayos casi de la misma manera, mas sin botones, y los forros de azabachado y espadas doradas.

El duque de Alburquerque, 24 pajes y 4 lacayos de la misma librea de los del conde de Lemos, sino con capas de Segovia apasamanadas.

El conde de Salinas, 12 pajes y 4 lacayos de la misma librea, más lucidos por la mejor guarnición, y ropillas de setí prensado con fajas aterciopeladas con una vuelta ó cubreribetes con dobladillo, y quedan como cueras, pareciendo muy bien, y en las capas la misma guarnición.

El conde de Barajas, otros tantos pajes de la misma suerte que los del conde de Lemos y otros tantos lacayos de la misma manera en todo.

El marqués de Barcarota es muy buen jinete, mas bromista y alocado, y tiene mitad de portugués, de lo que él dice se precia mucho. Estos días se vistió de bayeta, porque estaba de luto, y tomó seis ó siete criados y rompióles la bayeta, descubriendo la camisa, y él con los codos fuera, hecho un D. Guiñapo, riéndose de las libreas de los demás; y así anduvo mañana y tarde en el acompañamiento de la reina.

Pasando por Sancti Spíritus, como es *marqués de Barcarota,* unas señoras corrieron las cortinas y comenzaron á gritar: «Rota va la barca»; él, acercándose, contestó: «Más rotas vais vosotras, putas.» Descubriéronse, y, preguntándole por su librea, dijo: «Hermanas, quiero antes vestir una docena de dueñas, que, cuando importe, me desnuden, y otra de doncellas como vos, que darlo á villanos; por eso, la que quisiere mi librea, sígame» (1).

Yendo éste una noche con unas primas, con hermanas casadas y con otras ya mozas, que iban al Prado, salió la justicia, y preguntando: «¿Qué gente?», respondió: «Putas, por vida del rey, que es la más y mejor gente de la corte» (2).

(1) En castellano, y un poco confuso, en el original.
(2) En castellano en el original.

Ma troppo è lungo ormai, Signore, il canto;
E forse ch'anco l'ascoltar vi grava
Si ch'io differirò l'istoria mia
In altro tempo, che più grato sia (1).

2 Y 3 DE JUNIO

Este día, por la tarde, se fué el rey á ensayar para el juego de cañas, con todas las cuadrillas, á la huerta del duque, de la otra parte del río, donde, á más de las demás plazas del jardín, hay una muy capaz para toros y para cañas. Vino el rey y la reina y las damas por el pasadizo y pasaron en sus galeras, estando las orillas cubiertas de toda clase de gentes, y el río de barcos enramados, que era cosa hermosa de ver, y las damas y señores que estaban en las huertas que llenaban toda la baranda y calles, y por entre los árboles y celosías parecían mucho mejor, y retrato de lo que dice Ariosto.

Cuando el rey pasaba por el agua, comenzaron por tierra y por el puente á pasar los caballos del rey y de los cuadrilleros, que son ocho, y llevaba cada uno diez en su cuadrillla.

Llevaba cada uno muchos caballos, y solamente el condestable llevó 20, con 20 adargas nuevas, de la misma divisa de mares en campo de plata, y otros tantos lacayos de su librea; y el duque del Infantado llevó 18, y así los demás.

De suerte que, bien considerado, se podían ver dos cosas juntas en una hora, que puede ser que ni en la corte del Gran Turco se pudiesen juntar en dos semanas, que son 300 caballos y jinetes tan hermosos y 300 jaeces bordados y muchos de aljófar, en lo que se ve bien que la riqueza de España es hoy la mayor que hay en el mundo.

Dicen lo hizo el rey en extremo bien y así las demás cuadrillas; yo quedé fuera, mas contáronme se acordara el rey de preguntar á D. César de Avalos: «Y ahora, D. César, ¿qué os ha parecido?»; y que él respondió: «Señor, el buen capitán hace los buenos soldados» (2).

(1) Versos finales del canto X del *Orlando Furioso*.
(2) En castellano.

Y respondió esto porque corriéndose otras cañas hará cuatro años, cuando don César vino de Italia, lo hacían los caballeros muy mal por ser todos mozos; y preguntándole el rey qué le parecían las cañas en España, respondió: «Paréceme, señor, que no he visto mejores treinta caballos» (1); y por eso le preguntó ahora qué le parecían éstas.

Por la noche se retiró la reina por el pasadizo y las damas y el rey en coche. Venían corriendo, como de costumbre, todos los hidalgos mancebos en pos de ellas é infinidad de coches que no cabían por el puente.

Cuando se apearon me acerqué con el afán de oir las sentencias, discreteos y sonetos que decían los galanes cortesanos á las damas, pensando yo que había de oir todo delicadezas y cantilenas; y ví llegar á unos y hacer gestos como señas, y otros reir, otros hablar, así como nosotros hacemos acá, de manera que para lo que ví, con pocas lecciones me atrevía á ser tan fino como ellos, porque no ví cosa que tuviese sustancia, y por lo que á mí hace, mejor me pareció lo fregonil que la corte.

Cuando se retiraron había muchos hachones frente á palacio y luminarias por la ciudad, por la nueva cierta de la elección del Papa. Dicen que se concertó de secreto con los dos bandos del rey y aldrobandino (2) y así salió electo; era cardenal de S. Clemente y aficionado á España, donde estuvo algún tiempo.

Por todas las calles anduvieron trompetas, chirimías y atabales, con los alguaciles y oficiales de la ciudad, gran parte de la noche, y los ingleses se contentaron mucho de esta fiesta; y particularmente hízose más fiesta al Papa porque en esta conjunción es bien se hagan más demostraciones de respeto y veneración, pues la principal herejía de esta gente es no reconocer al Papa y á la Iglesia romana por origen de la fe y cabeza de la cristiandad; y así el rey fué en misa solemne por la mañana á la capilla á dar gracias á Dios

(1) En castellano.
(2) Dícese que los cardenales Aldobrandini y Montalto, ayudando los deseos de Francia, contribuyeron á la elección de Paulo V.

de esta elección, y se hizo al otro día procesión por esta y por otra razón, como diré.

Esta misma noche, viniendo de la huerta del duque, ví llevar el Santísimo Sacramento á un enfermo, que estaba en el mismo patio del Almirante, y ví á los ingleses todos descubiertos á las ventanas todo el tiempo que allí estuve, lo cual me consoló mucho por haberme dicho lo contrario.

El jueves se hizo procesión solemne de la Catedral, mas él no estuvo presente (1); dijo el obispo la misa y predicó el de Astorga, dando gracias á Dios por la elección del Santo Padre. No hubo cosa notable, sino ver la cara del obispo, que fué un pobre clérigo, capellán del duque, siendo marqués de Denia, y entrando en la privanza le hizo obispo de Valladolid é Inquisidor mayor de España, que es cargo para un hermano del rey, y él no tiene cara ni para sacristán; y así me contaron que, yendo en una procesión echando bendiciones, dijo una tapada: «El obispo se va persignando y diciendo:—¿Yo obispo? ¡Válgame Dios, quién tal pensara!» (2).

4 DE JUNIO

El sábado se hicieron las honras de cabo de año de la duquesa de Lerma, en San Pablo de los dominicos, como es costumbre en Castilla hacerse, con sermón. Salieron los frailes todos con su general á recibir al duque, con cruz alzada, á la puerta, como patrono suyo, en razón á la capilla mayor, que le dieron por 4.000 cruzados que dió de renta al monasterio por ella (3) y la reformó, é hizo dos sepulcros de jaspe hermosísimos de una parte y de otra, en el muro, que son los mejores que hay en Valladolid.

Este monasterio é iglesia la hizo un fray Mortero, arzobispo que fué de Burgos y presidente del Consejo Real (1), y junto á él el colegio de San Gregorio, de los mismos frailes, que son dos obras reales y que no se harían hoy con 800.000 cruzados, porque son acabadas por todo extremo, y de obra de cantería fortísima, con portadas meritísimas y distintas dependencias y casas principales del colegio, con el refectorio, librería y otras de imaginería, doradas con mucho primor y perfección, aun las puertas y sillería de labor excelente, que, para ser de un fundador particular, son notables, y parece que le anunciaba el corazón que había de venir este tiempo,

Venturum excidio Lybiae: sic volvere Parcas (2),

porque en todas las puertas, portales, casas, bóvedas, arcos, sillas, bancos y arquibancos, puso sus armas, que son una flor de lis, de suerte que hasta las lacerías y labores están formadas con ellas; pero muchas desaparecieron con el tiempo, y las armas reales de España pudieron más que las flores de lis de Francia, porque así que dieron la capilla mayor al duque, fueron quitando las armas del cuitado y pusieron las del duque. Mas es imposible acabar con ellas sin echar todo por tierra, como otra obra del templo de Diana, donde no se podía quitar la memoria del artífice ó arquitecto sin caer todo; y de esto se me quejaba un fraile suyo, nieto de la misma casa, diciendo (3): «Señor, los padres teólogos dicen que lo pueden hacer; mas yo no sé más teología sino que si dijeran á los huesos de mi agüelo:—*Audite, ossa arida,* ¿queréis que quiten vuestras armas y pongan otras?—responderían:—No, no, no; y el Padre Fr. Pedro y Fr. Juan, que interpretan mi voluntad, mienten, que si yo las quisiera quitadas, no las pusiera.—Por donde digo con Samuel: *¿Quare inquietasti ossa mea?*» Mas hablaba como buen nieto y mal juez, porque el obispo no

(1) ¿El rey?

(2) En castellano.—El obispo de Valladolid era don Juan Bautista Acevedo.

(3) Pinheiro estaba perfectísimamente informado. Los duques dieron por el patronazgo 4.000 ducados de renta; 2.000 sobre los partidos de Lerma y Gumiel de Mercado, y otros 2.000 sobre un beneficio en el lugar de Estrella.

(1) Llamábase Fr. Alonso de Burgos, pero era obispo de Palencia. Se le conocía por el irrespetuoso apodo de *Fray Mortero.* Sobre la parte que le corresponde en la edificación de la iglesia de San Pablo, puede verse Julián Paz, *El monasterio de San Pablo de Valladolid;* Martí, *Estudios histórico-artísticos,* y Agapito Revilla, *La iglesia del convento de San Pablo.*

(2) Virgilio, *En.,* I, v. 22.

(3) En castellano lo que sigue

quiso la capilla para sí y se mandó enterrar en la capilla mayor del colegio, que es hermosísima, y el retablo de imaginería lo más rico que nunca ví.

Comió el duque y dió de comer á los frailes, siendo 750 comensales, y por eso se arreglaron debidamente las mesas en el refectorio. Predicó el P. Tiedra, predicador del rey, tan mal y fríamente que hizo verdadero el aforismo de los retóricos, que el género panegírico ó laudatorio es el más peligroso ó dificultoso, porque puso al duque sobre las Vírgenes y á la duquesa un poco debajo de los duques, y quiso decir tanto que no dijo nada.

Hizo de Valladolid paraíso terrenal; del rey, Dios Padre, que con su providencia le gobierna y fertiliza; del Pisuerga, Ganges; del Esgueva, lleno de inmundicias, Eufrates; de los lodos, margaritas; del polvo, polvillos (2); engrandeció la honestidad y recogimiento de las mujeres, las verjas y rejas de las ventanas, y dijo del duque que lo guarda con dos espadas, ó una de dos filos, del celo y prudencia con que defiende, mas le disculpo en parte como bueno é insigne cronista. Debajo de la figura de lo que dijo que era, quiso dibujar lo que debía ser la corte, y así se salva de la mentira, en que como en fábula, quiso pintar el estado á que se debía reducir la corte; así como vemos que es fábula la *Ciropedia* de Jenofonte, mas en ella nos pinta un perfecto rey; fábulas las de Homero, mas en ellas nos retrata un capitán animoso y un varón prudente; fábula el *Asno de oro* de Apuleyo, mas en ella nos muestra el estado á que los apetitos llevan al hombre; fábulas las de Isopete (3), mas en ellas vemos los varios efectos humanos; fábula *la Tabla*, de Cebes (4), mas en ella se retrata todo el discurso de la vida mortal; fábulas las «verdaderas historias», de Luciano, mas en ella nos muestra los engaños que hay en las más de las supersticiones gentílicas; fábula la *Utopia* de Tomás Moro, mas en ella ordena el gobierno político de una república; fábula la del *Caballero determinado,* de Monsieur de la Marche, mas en ella vemos el proceso de nuestras vidas y edades; fábula, finalmente, el *Marco Aurelio* del Embajador de las grajas, estorninos, papagayos y canarios, el parlador mayor D. Antonio de Guevara, mas en ella, queriéndonos pintar un emperador justo y prudente, nos pinta un emperador chocarrero y un filósofo rufián y charlatán (1); y poco menos aconteció á nuestro predicador, que me dejó molido.

Concluyo con que dió el duque á los frailes 600 dineros para todas las veces que aquí hubiese capítulo, de que les hizo escritura.

Esta tarde, por ser víspera de la Santísima Trinidad, fué el rey á hacer oración á la Trinidad con algunos grandes, y fué solo, sin guarda ni ningún criado más.

5 DE JUNIO

DÍA EN QUE LA REINA COMIÓ EN PÚBLICO

El domingo comió la reina en público de esta manera: púsose la mesa en un estrado alto, bajo un dosel de brocado; sentóse á la cabecera, y tres damas en pie á los tres lados de la mesa; las de los costados ponen y descubren los platos, y la otra trincha en la misma mesa; traen los meninos de la reina los platos desde la puerta hasta dárselos á ellas.

(1) Véanse los números 123 á 125, 127, 128, 131, 133 á 135.

(2) Polvillos olorosos, como los que se ponían en los guantes.

(3) Así se llamaba comunmente á Esopo.

(4) El diálogo *La Tabla,* del filósofo griego Cebes, es una alegoría moral, donde se presentan todos los instintos é inclinaciones del hombre. De las demás obras aquí aludidas por Pinheiro, no es preciso decir nada, por muy conocidas. *El Caballero Determinado,* de Olivier de la Marche, fué traducido á nuestra lengua por el vallisoletano Don Hernando de Acuña.

(1) Son curiosas, y muy exactas, estas palabras de Pinheiro acerca del autor de las *Epístolas familiares,* hombre tan indiscreto como poco verídico. Su *Marco Aurelio* es, ni más ni menos, lo que dice Pinheiro.

Aprovecharé la coyuntura para decir que las famosas cartas escritas por las villas en el movimiento de las Comunidades y publicadas por Sandoval (de Medina á Valladolid, etc.), hoy se tienen por una contrahechura de Fray Antonio de Guevara (V. *Historiographie de Charles-Quint,* por A. Morel-Fatio, pág. 38).

Las demás damas están apoyadas en la pared, en pie, entre otros señores que tienen un puesto junto á ellas, puestos que piden de antemano ó ellas, ó ellos, teniendo licencia para estar con nuestra Señora, etc.; y de ordinario son dos para cada una.

Cuando pide agua, la trae una dama, que se pone de rodillas y besa la bandeja y da el vaso y luego se vuelve á su lugar; detrás de la reina está un mayordomo.

Estuvieron presentes muchos ingleses, á quien siempre ponen delante; y con esto, como ellos son, bendígalos Dios, tan creciditos, no ví más que traer muchos platos.

La reina debía de ir harta, porque comió poco; y así ella como el rey, dicen que son de buena boca, porque almuerza el rey un tazón (1) de leche, como quien tiene buena voluntad, come como cualquier hijo de vecino, merienda como rey y cena como un papa, de manera que pudiera decir Platón, sin espantarse de Dionisio: *Vide hominem bis saturum in die.*

El agua era de canela; algunos decían que lo era en el color solamente, y así parecía vino; mas, como es alemana, no se puede creer sino que sería agua (2).

Acuérdaseme que leí en Frey Jerónimo Román (3), en la vida del infante D. Fernando, que los reyes portugueses nunca bebieron vino, mas el rey D. Enrique y el rey D. Juan bebíanlo. Deberá entenderse cuando comen en público, ó bien hasta aquel tiempo; aunque el fraile urde las más descomedidas mentiras que nunca oí, y pervirtió la relación verdadera, que andaba impresa, con añadir mil alabanzas falsas, que desacreditan la verdad de la historia.

Este día, por la tarde, vinieron los caballos que se estaban esperando de Córdoba para el rey, porque tiene allí la ganadería de ellos, de casta excelente, y caballeriza. Vinieron 40 caballos, que traían 40 mozos con la librea del rey, y con ellos 12 mozos de campo á caballo de la misma librea, con 4 trompetas. Encontré los caballos flacos y desmazalados, aunque dicen que los de esta casta se hacen con la edad y cumplen mejor de lo que prometen, como de buena raza.

En este tiempo, por ser ya entrado el verano, comenzaron á hacer el paseo en el Prado de la Magdalena, que es hermosísimo, como diré, y todo cubierto de álamos por arriba y lleno de arroyuelos de agua por bajo, donde andaban los coches.

Esta tarde nos fuimos allá, donde hallamos á los más de los ingleses é infinita gente. Ya cerca de la noche, vimos venir muy de prisa un coche, que pasó junto á nosotros, y al estribo iba una señora hermosa y vestida como la india de primavera (1), con el manto caído como en cuerpo, y después supimos que era D.ª Ana de Souza, que allí llaman la Gitana, porque se viste de modo extraordinario, y está casada con un hidalgo que tiene 15.000 cruzados de renta, y es en extremo cortesana.

Seguímosla, y alcanzándola, dijo ella (2): «¿A qué diablos vienen con tanta prisa?» Respondíle: «A llevarla como está, en cuerpo y alma.» Y ella: «Vade retro, Satana, que los [con] denados no pueden lograr tanta gloria; mas si son de las almas que yo traigo en pena, yo los conjuro que digan lo que quieren.» Respondí: «De lástima de verla á V. Md. desnuda sin manto, le venimos á ofrecer siquiera una manta en la calle de los Manteros, adonde vivimos.» Replicó ella: «Recelo que, como San Martín, se quiere quedar con la mitad, y, cuando no le dé lo mío, no le podré negar lo suyo; por tanto, miren si traen otra cosa que darme.»

Cada uno dijo su despropósito. El mío fué: «Yo daré á V. Md. la llave de la tienda; escoja V. Md. la de que tuviese gusto.» Respondió: «Soy tan enemiga de guardas, que sólo por eso no quiero llaves.» Replicó D. Vasco (3): «Pues fortaleza es esa que debiera estar con cuatro al-

(1) *Capão,* sin duda por errata. Me atengo á la traducción de Gayangos.

(2) La ironía de estas palabras es manifiesta.

(3) *Historia de los dos religiosos infantes de Portugal.* 1595.

(1) Acaso alude á la manera de vestir que tuvieran en esta época del año las mujeres que vinieran de las Indias á Portugal.

(2) En castellano el diálogo.

(3) Uno de los portugueses que acompañaban á Pinheiro.

caides de guarda.» Y ella: «Fíense más en la dificultad y estrecheza del paso que en la vigilancia de las guardas.» Díjele yo: «Señora, ya que un hombre sea fraile, lo bueno es profesar en religión estrecha, que por donde se rompe con más dificultad se saca mayor gloria.» Respondió: «Mire no le engañe el corazón; y, porque esta aventura se ha de acabar á más golpes de espada que los que V. Md. tiene talle de dar, sepa que está guardada para otro, y queden á Dios.»

Volvimos á alcanzarla y díjole D. Vasco: «No piense V. Md. irse sin sacarme del encantamiento, que, ó moriré en la demanda, ó sabré quién es.» Respondió, que «para qué se cansaban por una pobre mujer, que por no tener manto, andaba mostrando su mal talle»; y diciéndole que se la podría aceptar en camisa, vino diciéndonos cómo era aficionada á los portugueses, porque tenía tres cuartos de portuguesa. Respondí yo: «Déjeme V. Md. habitar en el otro cuarto, y quedará portuguesa de todos cuatro costados.» Respondió: «Ya, hermano, no hay remedio, porque los castellanos por su cuarto han abierto portillo y entrado [en] la fortaleza.» Torné á replicar. «¿Y no hallará V. Md. quien vuelva á separarlo y enjerir una planta de gusto?» Respondió: «No falta, mas quiero quedar con el arbol bueno, aunque coja el fruto desabrido.»

Vino á decirme á mí solo el nombre y quién era, y á hacernos muchos rendimientos, y que la acompañásemos hasta cerca de su casa, y dióme dulces y díjome que la viese á menudo en el Prado, que había de ser muy aficionada mía, pero que no dijese el nombre á los compañeros.

La dije entonces (1): «En merced tan grande, no me estará mal ser desconfiado: deme V. Md. la mano de cumplirlo así.» Respondió quitándose el guante. «Der la mano, no, mas tomarla ha V. Md., y muy apretada, que donde quiera que me viera, me hable, y habiendo cosa de su servicio, me mande con toda confianza.» Y después me hizo mil mercedes muchas otras veces.

Esta es la facilidad de estas señoras cuando salen á esparcirse. No la alabo, mas no puede dejar de ser apacible esta conversación; y al mismo tiempo que ni en ella ni en otras semejantes puedo afirmar se halle entrada para más, en medio de todas estas larguezas.

(1) En castellano el diálogo.

6 DE JUNIO

Para este día estaban ordenadas las fiestas principales de cañas y toros; mas por no haber llegado muchos caballos que se esperaban, y otras veces por no estar acabadas las marlotas, se aplazaron hasta el viernes.

Esta tarde se metió el Duque con el Embajador, encubiertos, en un coche, y fueron á su huerta para enseñársela y para determinar dónde habían de jurarse las paces, porque el embajador no quería que fuese en la iglesia; mas dicen que es muy prudente. Es lástima perderse así y estar tan atado con las riendas de la iglesia, que se le ha de hacer de mal soltarlas.

En estos días parece que reinaba Bootes (1) con su carro, porque sucedieron mil desgracias. Yendo beodo un cochero de D. Pedro de Castro, de la Llave dorada, yendo el coche vacío, sólo con un lacayo dentro, queriendo tomar el puente de madera del Espolón, arrimó tanto el coche para que pasara otro, que, resbalando hacia atrás, llevó los caballos tras sí, hasta dar en el Esgueva, que tiene de altura más de 60 palmos, con lo que se destrozaron los caballos y el mozo, y sólo él libró, por tirarse fuera.

Y cuatro días antes, yendo otro á dar de beber á los caballos, con coche y todo, antes del puente, donde el río tiene de profundidad como una lanza, enganchándose en las cuerdas, se ahogaron los caballos, que eran de un regidor.

Hubiera sucedido otra desgracia mayor á otro cochero, si los castellanos fueran tan desconfiados como nosotros. Los grandes de Castilla solamente pueden llevar dos cocheros, y tienen conseguido que su coche no se aparte de la puerta donde está, aunque quiera descabalgar ó entrar otro título ó señor.

Estando el conde de Alba de Liste, Grande y

(1) Constelación próxima á la Osa Mayor, llamada también *el Boyero*.

Cazador Mayor, en casa del duque de Alba, llegaron dos señores de la Llave dorada, D. Pedro de Castro y D. Pedro Guzmán. Estaba el cochero principal en el patio; el cochero (1) dijo á uno de los pajes que tomase el freno á uno de los caballos traseros y le hiciese recular. En esto salió el bellaco y dió una bofetada al paje, y después una cuchillada en la cabeza con un machete; acudieron los amos, y, echando á correr, fueron tras él hasta un jardín de las casas, donde les hirió á otros dos pajes; y, queriéndole matar, D. Pedro de Castro lo impidió, dándole muchos golpes. Fuése el cochero á quejar al conde, y ellos detrás, y le contaron la historia, donde los *escudeiros* (2) de Portugal habrían de congregar á la parentela por su criado, y él dijo: «Hizo V. md. muy mal en no matar este desvergonzado» (3); y le mandó á un alcalde de la Corte, que luego aquella tarde le mandó dar 500 azotes y á un remo en las galeras por cinco años, y el conde quedó, como prudente, bien con sus amigos y excusó inquietudes para toda su vida.

Mas, para que se vea que también en Castilla hay necios y las afrentas á que se exponen los que lo quieren ser, contaré algunas cosas notables que esta mañana oímos á un licenciado de casa del duque, muy listo, estando presentes Francisco de Souza de Meneses y Bernardino de Tavora; para lo que habéis de saber que hace pocos años en Castilla no se sabía qué cosa era señoría ni excelencia, y hoy los condes tienen señoría permitida, mas no forzosa, y los Grandes y duques excelencia permitida y señoría, con 20 maravedís de pena.

Sucedió, pues, que yendo el marqués de Tavara, días atrás, que es muy mancebo, con el duque del Infantado, que es muy aportuguesado, se le escapó un *señoría* sin pensar, y el duque le replicó luego con *merced,* y el marqués, que, aunque mozo, tiene ánimo, le pagó luego en la misma moneda, tratándole de *merced;* fué el duque á dar quejas al de Lerma, y contándole la historia, le respondió: «Yo no tenía al Marqués en tan buena reputación; mas supo tomar tan bien la lección que V. E. le dió, que me parece que le honremos y disimulemos, pues dimos ocasión» (1).

Estando la condesa vieja de Lemos, hermana del duque, hace algunos años, en Madrid, una señora vieja, que [¿no?] nombro, hablaba á todos de merced; y así la habló á ella, diciendo que no había de mudar el estilo de su infancia. Determinaron sus parientes que ella, como mujer de grande, la pidiese pena, y fué condenada la vieja; y, haciéndose ejecución en su casa, llamó la vieja á un mayordomo y dijo: «Pagad aquella pena á aquel criado de la señora condesa, y vos decidle que si su merced tiene modo para enriquecerse y empobrecerme, es toparse muchas veces conmigo» (2).

Contaron más; que el conde de Benavente, de los mayores señores de España, á todos los que no eran grandes hablaba de merced, y ellos le trataban de la misma manera; y reprendiéndole algunos parientes porque se desautorizaba, respondió: «Juro á Dios que no les he de dar lo que no es suyo, aunque me quiten lo que es mío, como todo el mundo sabe» (3). Necia respuesta, á mi ver, y de ánimo pequeño, por no hacer una honra sufrir una afrenta; y así, escribiendo él en la entrada del rey á nuestro obispo Pinheiro, le puso en el sobrescrito: «Al muy Reverendo Señor, etc.»; y este respondió: «Diga V. md. al conde, que, al tiempo que los condes escribían ansí á los obispos, hablaban ellos de vos á los condes, y pues las cosas han subido tanto de punto, que use del moderno, porque nos volvamos á lo antiguo» (4).

El duque de Alba, el viejo, con ser muy cortesano, dió en ser muy mal educado y soberbio. Juntáronse ocho ó diez señores mancebos y apostaron á hacerle descomponer de su autoridad, y comenzaron como por amistad á reir y zumbar y á jugar de manos y hablarle de vos. Él, enten-

(1) Sin duda el de D. Pedro de Castro y D. Pedro Guzmán.
(2) Título de nobleza inferior en Portugal.
(3) En castellano.

(1) En castellano.
(2) Id. íd.
(3) Id. íd.
(4) Id. íd..

diéndolos, se salió, y llamando á un mayordomo, le dijo: «Anda aprisa, trae de merendar á estos muchachos.» Otra vez, yendo en una litera, topó en el camino á D. Diego de Mendoza, el gran poeta y cortesano; y, queriéndole hablar en tercera persona, por haber militado en lugares y puestos de Flandes, siendo el duque general, le echó el brazo al cuello, diciendo: «Venga en muy hora buena el mi buen caballero.» Don Diego, que era muy avisado, le echó otro brazo, diciendo: «Sea muy en hora buena venida la mi cara de Pascua» (1).

El más cortesano, primero de todos, me pareció uno que me contaron, que la duquesa diera en la misma necedad, y, sin cuidar de la ancianidad, hablaba á todos de tú. Anocheciéndole un día en una aldea de un capitanazo que había sido maestre de campo del duque, la recibió la mujer con mucho agasajo, y ella, estando á la lumbre, la habló siempre de tú.

Llegando el marido, con su barba hasta la cintura, continuó ella diciendo: «Mucho deseaba conocerte, por cuán aficionado te es el Duque mi señor. ¿Cuántos hijos tienes? ¿Estás rico?», y otras cosas como éstas. Hasta que le preguntó: «¿Cómo te llamas? Que aunque te nombraba el duque, mi señor, no se me acuerda bien.» Él, haciendo una monería como un niño, dijo: «Alonsico, señora» (2).

Guardé en la memoria estas cosas, porque es vicio natural de Portugal y de las casas principales de allí, con lo que se hacen odiosos y malquistos y se exponen á mil afrentas y descortesías, que les hacen en su casa; y á veces ordena Dios que los que por este medio se quieren hacer reyes, sólo por eso pierdan el reino «y los que aspiran á corona con soberbias pretensiones, bajen tantos escalones» (3), que no tengan reino ni amigos, y pierdan lo que tienen sin merecerlo ni pagarlo.

(1) En castellano.

(2) El diálogo en castellano.

(3) En castellano, y entre comillas, en el original. Parecen tres versos de alguna composición:

Los que aspiran á corona
con soberbias pretensiones
bajen tantos escalones.

7 DE JUNIO

BANQUETE QUE DIÓ EL DUQUE

Este día dió el duque un banquete esplendidísimo á los ingleses, que se afirma fué de los más notables y de más ostentación que hace mucho tiempo se dió; y para más aparato mandó hacer la comida en unas cocinas fuera de su patio grande y se hizo un pasadizo con cuatro columnas de madera de cada parte, cubiertas de brocados con toldo encima, para que pasaran los manjares por debajo, y la plaza y explanada se adornó toda de muy ricas colgaduras para esta procesión.

Se hicieron tres aparadores en tres habitaciones; uno que cogía toda la pared de alto á bajo, con peldaños en la misma forma y pared frontera para la plata, en que había como 400 vasos, todos de invención hermosísima, á más de la plata ordinaria.

En la otra habitación estaba la vajilla de oro y esmaltes, toda de piezas notables, que ocupaba la mesa y gradas de una pared hasta arriba, cosa admirable de ver; y en la otra había solamente vidrios y cristales engastados en oro, con pies, asas y tapas de oro y labores en toda su extensión, y los vidrios de colores, cosa nobilísima; de manera que no sé qué rey de la cristiandad podía tener más hermosa y rica vajilla, á la cual conviene lo que dice Ariosto:

Qual mensa trionfante e suntuosa
Di qualsivoglia successor di Nino,
O qual mai tanto celebre e famosa
Di Cleopatra al vincitor latino,
Potria a questa esser par, che l' amorosa
Fata avea posta innanzi al paladino?
Tal non cred'io, che s'apparecchi dove
Ministra Ganimede al sommo Giove (1).

El banquete se dió en una galería grande, armada de brocados, como las demás de las cosas, donde pusieron 24 alacenas por medio de la casa para 80 personas, que comieron á la mesa con el Almirante, y estando con él en la sala muchos señores y títulos y muchas damas y señoras rebozadas, que todos entraron con asaz trabajo.

(1) *Orlando Furioso,* canto VII, oct. 20.

Estaban las mesas con servilletas de figuras y el pan cortado en invenciones, y los saleros, con servilletas de varios géneros de flores y animales, y los *antes* (1) con flores como en arco, con castillos y labores doradas y plateadas.

Sirvieron á la mesa 24 pajes del Duque, de librea negra para aquel día, cueras blancas y cadenas de oro, y el maestresala, copero y mayordomo y otros criados de igual suerte.

Estuvieron el rey y la reina viendo todo por una celosía que quedaba frente al extremo de la mesa, escondidos; y se afirma que sirvieron á la mesa 2.200 platos de cocina, y que fué de ver, además, los dulces secos, los frascos de conservas, y sobre todo la invención de empanadas de mil figuras de castillos y navíos, todo dorado y plateado.

Yo por la mañana fuí con algunos amigos y no pudimos entrar, por la guarda; cerca de las tres volví, y como había la misma dificultad y yo deseaba en extremo verlo todo, viendo bajar á un paje del Duque, que parecía hombre noble, me llegué á él y le dije: «Los extranjeros tienen todas las libertades. V. Md., aunque no me conozca, me haga merced tomarme por la mano y ponerme en donde pueda ver el banquete» (2).

Él me respondió «que me las besaba, por la confianza que en él tenía; que le siguiese, que quería que lo viese á mi gusto» (3); y llevándome por otra puerta, me dió una llave dorada, que hacía á todas aquellas puertas, y me dijo que entrase hasta llegar á la sala. Era ya tarde, pero todavía ví mucho.

Después me vino á buscar y me llevó á una ventana y me puso en ella, diciendo que esperase allí, que se había de hacer una comedia, que la vería; y tornó á venir otra vez á preguntarme si estaba á mi gusto. Lo cual consigno para recuerdo mío y de la honra y nobleza de los hidalgos castellanos.

Concluyo con el banquete, en que había todo género de músicas é instrumentos, mientras duró la comida, que fué hasta cerca de las cuatro, para que se pudiese decir:

A quella mensa citare, arpe e lire,
E diversi altri dilettevol suoni
Faceano intorno l' aria tintinnire
D' armonia dolce, e di concenti buoni.
Non vi mancava chi cantando dire
D' Amor sapesse gaudii, e passioni;
O con invenzioni e poesie
Rappresentasse grate fantasie (1).

Hubo comedia en un jardín del duque, todo entoldado por encima; y las ventanas que van alrededor de los arcos, con vidrieras. En el testero se hizo el teatro, en bajo, y de frente se sentaron en dos sillas el Almirante y el Duque; en el otro extremo los demás señores ingleses, en 24 bancos de respaldo, de velludo carmesí acolchados.

En las ventanas ó arcos de arriba, á la mano izquierda, quedaron las damas de la reina, que vieron desde dentro la comedia, y las parientas y nuera del Duque; á mano derecha quedaron algunos títulos y señores, mas pocos, y en un arco de estos fué á colocarme el paje del duque, y así sospeché que la reina estaba en la galería de frente, porque, con ser la principal, estaban las vidrieras corridas, y la mujer del duque de Cea y demás señoras estaban en público. La desconocí en el rostro, por parecerme más hermosa; mas era á causa de la vidriera.

Representóse la comedia de «El Caballero de Illescas» (2) con tres entremeses, que fueron muy celebrados de los ingleses, y mucho más los bailes, que entendían mejor que la lengua. Estuvieron hablando el Duque y el Almirante, muy lujoso, y lo mismo los suyos.

Fué muy celebrado un dicho del comediante Ríos (3) que, llamándole el duque y diciéndole que representase cosas de amores ó guerras, y no se metiera en cosas á lo divino ni milagros, en atención á los ingleses, y preguntándole: «¿Entendéisme?», respondió: «Yo lo cumpliré de suerte que, aunque (lo) estornude, no me tenga

(1) Principios.
(2) En castellano en el original.
(3) Id. íd.

(1) *Orlando Furioso,* canto VII, oct. 19.
(2) De Lope de Vega.
(3) Nicolás de los Ríos, el *autor de comedias* que con tanta frecuencia representaba en Valladolid, donde se casó (V. mis *Noticias de una corte literaria,* pág. 31-35).

de persignar» (1). Lo cual comentaron mucho los señores que allí estaban.

Ví aquí dos cosas que quise poner en estas memorias: una en que se ve la preminencia y soberanía de los grandes, y otra la llaneza de unos y otros.

Estaba el marqués de San Germán, que es pariente muy allegado del Duque, sentado en el último arco en un taburete, y con él el conde de Lodosa y otros hidalgos de la Llave dorada, apoyados en el antepecho, y enfrente quedaba el duque de Cea con sus hijos y otros señores. Llegóse el duque de Cea á ellos, levantóse el marqués y dijo: «Luego me pareció que había V. Excelencia de codiciar el lugar» (2). El duque se sentó en el taburete, sin más cumplimiento que decir dos veces: «Traigan silla al marqués» (3). Mas no vino sino al fin, que él y el conde de Barajas fueron por taburetes, que trajeron y se sentaron.

Lo que más me espantó fué ver que la duquesa mandó allí al marqués de todo lo que estaban merendando, que fué todo cosas bien sucias y en dos cajas viejas, lo que también extrañé, y allí las dieron al que más apañaba.

La otra es que en el mismo arco, que son gradas, estábamos yo y el provincial de los dominicos, Fr. Manuel Coello, y su compañero. Llegaron el conde de Salinas, el duque de Alba y otros señores, y no quisieron tomar los sitios que les ofrecimos, antes por encima miraron un poco y se volvieron.

8 DE JUNIO

Víspera del Corpus, se hizo por la mañana ensayo de la muestra de caballería de la guarda de Castilla, que está ordenada para el 11, que es una de las fiestas que se hacen al Almirante.

Hízose este ensayo á un cuarto de legua de la ciudad, ó menos, á la cual asistió el duque, que es general de la caballería, y el marqués de San Germán, su teniente; y ordenaron las tropas é hicieron sus demostraciones y maniobras, como diré en el día solemne.

Fué mucho de ver el concurso de gente y coches que acudieron, que no había lugar para ejercitarse, con ser el Campo hermosísimo, muy despejado y situado en alto, y tener más de una legua en redondo. Habría más de 20.000 personas á presenciarlo; y por la hermosura del campo, gran abundancia de gente, brillo de las armas y diversidad de colores, fué una de las cosas que más holgué de ver.

Estando nosotros parados, había dos mozas comiendo cerezas; díjoles Nuño Alvarez Pereira, que estaba con nosotros, que obraban como malas vecinas al no convidarnos. Levantóse la menos fea y le dijo «que en hora buena», y ofreció el lienzo con ellas; y, tomando todos, dije yo: «Señoras, ¿y V. mdes. dan todo lo que les piden?» Replicó una de ellas, riendo: «Señor, aquí no damos sino lo que tenemos delante» (1).

9 DE JUNIO

PROCESIÓN DEL CORPUS CHRISTI

Día del Corpus, debía el rey ir en la procesión, y por eso y por respeto á los ingleses, mandó se ordenase con particular respeto el Santísimo Sacramento y así se echaron pregones que nadie saliese á caballo ni en coches, ni mujer ni hombre.

En amaneciendo, se regaron todas las calles y y se adornaron con colgaduras riquísimas, principalmente frente á Palacio, donde se pusieron los entapizados del rey, muchos y de mucho precio, y, á causa del sol, entoldaron todas las calles por donde había de pasar la procesión, con telas de lino y estopa; y donde las calles eran anchas, ó había plazas, se levantaron mástiles para poner el toldo, y fueron 600 los cobertizos levantados, y con ellos y con el toldo de las calles se cubrieron 2.000 pasos, de tres palmos el paso; y tenía el toldo 8, 9 ó 10 paños, según las calles, y así nece-

(1) En castellano en el original.
(2) En castellano.
(3) Id.

(1) En castellano el diálogo en el original.

sitaron 16.300 varas de estopa, toda la cual se cortó de nuevo, y por cosa notable lo cuento.

Y algunas calles, con esto y con estar regadas estos días, quedaron muy bien sombreadas, y las ventanas estaban muy bien arregladas y llenas de damas, en fin, en la forma que mi amigo Ariosto pinta las de Damasco:

Tutta coperta è la strada maestra
Di panni di diversi color lieti,
E d' odorifera erba, e di silvestra
Fronda la terra e tutte le pareti.
Adorna era ogni porta, ogni finestra
Di finissimi drappi e di tappeti;
Ma più di belle e bene ornate donne
Di ricche gemme e di superbe gonne.
Vedeasi celebrar dentr' alle porte,
In molti lochi, sollazzevol balli:
Il popol, per le vie, di miglior sorte
Maneggiar ben guarniti e bei cavalli.
Fecea più bel veder la ricca corte
De' signor, de' baroni, e de'vassalli,
Con ciò che d' india e d' eritree maremme
Di perle aver si può, d' oro e di gemme (1).

No hallé en la procesión cosa notable más que el concurso de gente y las riquezas de las colgaduras. Cada feligresía mandó un estandarte, cruz y el santo titular, en andas. Irían 600 frailes, 300 clérigos, todos los consejeros, algunos nobles con el rey y los príncipes delante, y detrás los embajadores y mayordomos. Iba el rey hablando con el cardenal, de blanco, capa abierta y botones de oro.

Fué todo muy desordenado, por librarse del sol, que buscaba por dónde entrar, y que era suficiente para desordenarlos. No llevan de nuestras diversiones más que ocho gigantes, muy bien vestidos, y dos damas, una de ellas de mulatas portuguesas, que cantaban:

¿Quem he este que aqui vem
honrar nossa confraría?
He Jesus de Nazareth,
filho da Virgem María;

de lo cual los castellanos hacían entremés. Pasando por donde estaba la reina en una ventana del pasadizo nuevo, la dijo una de las mulatas: «Muchos años viva V. M., que nos dió un príncipe tan hermoso y tan lindo»; y á la reina la vinieron las lágrimas á los ojos y después se echó á reir de lo que la decían.

Estando nosotros por la mañana en la Platería, frente á una ventana de doña María Vázquez, á la que yo conocía, y con quien estaba doña Ursula y otras señoras, nos recogimos en un portal y nos sentamos en un banco para ver desde allí la procesión, y mandamos que nos buscaran de almorzar, que allí todo es lícito. Quedamos entre algunas mujeres, una de ellas flamenca, hermosa y agraciada; y entre algunas cosas me dijo: «Señor, no se me arrime v. md. mucho, que los portugueses, aunque les sobre aire en los altos, son muy calientes de corazón» (1). Díjela yo: «Señoras, nos buscamos nuestra comodidad, y las flamencas son muy frías, y llegámonos al fresco.»

En esto llegaron los bizcochos y los confites. Ella se nos fué llegando con las otras, diciendo: «¡Qué linda mezcla del caliente con el frío!» Yo la respondí: «No se nos arrime v. md. ahora, no tengamos pendencias de dos contrarios en un sujeto.» Replicó ella: «Qué poco prático es v. md., pues no sabe que no hay mayor regalo en verano que comer con nieve.» Y con esto entraron á saco en el almuerzo, ella y las otras.

Las de la ventana tuvieron envidia y nos mandaron á decir por una criada «que razón fuera que nos acordásemos de ellas, y más que tenían torresno lampreado (2), con que podían pagar.» Mandámosles decir que bien veíamos que aquello era querer darnos de almorzar, que nombrasen á los convidados. En fin, diéronnos licencia para irnos á almorzar allá á mí y á Jorge Castrioto, que estaba allí.

Él dudaba, recelando amargar los carozos, que son muy acedos. Era en medio de la Platería y no sabía cómo lo tomarían los maridos. En fin, porque era descortesía no ir, fuimos, y aun guardando muchos cumplimientos sobre quién había de ir delante para abrir camino, sobre lo que reimos infinito.

(1) *Orlando Furioso,* canto XVII, oct. 20 y 21.

(1) En castellano el diálogo.

(2) "Lamprear. Componer ó guisar alguna cosa de la manera que se componen las lampreas.„

Traeremos acá una historia de dos negros que, yendo por uvas, dijeron, que el que hallase el *sarío* (1) llamase al otro; y, dando el dueño con un virote á uno de ellos y gritando, pensó el otro que le llamaba, y dijo: ¿Qué es eso? ¿Está ahí el *sarío?* Yendo, pues, yo delante, me dijo, con su gracia acostumbrada: Oiga vuesa merced; como halle el *sarío,* avíseme vuesa merced luego. Y les contamos la historia, que celebraron mucho, diciendo «que sus maridos eran personas que sabían conoscer la merced que les hacíamos en honrar su casa, y más siendo tan conocidos míos como eran» (2).

Diéronnos de almorzar é hicieron bailar á las mozas y mil atenciones que no saboreamos, con la prisa que el amigo tenía, deseando verse en la calle del Rey (3), hasta que doña María mandó llamar á un cuñado, como guardián, y él nos hizo mucho agasajo; porque con conocer á estas señoras desde antes de la cuaresma, y verlas á diario, nunca supe nada contra su opinión, sino que gustaban de divertirse, y ser damas y ellos cortesanos.

Y á este propósito se me acuerda que, otra vez que aquí estuve, sucedió lo que os contaré. Manuela, la hermosa guantera, es muy conocida en la corte, por ser en extremo hermosa y honesta. Llegáronse á comprar guantes unos hidalgos portugueses; probó ella unos de dos reales á uno de ellos, y, al tratar de precio, pidióle tres. Respondió él: «Los dos serán por los guantes, y por el otro me dará vuestra merced un beso.» El marido estaba dentro, y, oyéndole, salió, diciendo: «Vaya vuestra merced con Dios, que si los guantes se hubieran de vender tan bien adobados, ya por el precio no hubiera guantes en la tienda» (4). Ellos estimaron mucho el dicho y le pidieron licencia para mandarle un regalo; y estaba presente D. Martín Alfonso de Castro. Si fuera en Portugal, habría de llegar con su garfio ó bichero el villanuelo del zapatero, á matar á Alfonso Fernández (1).

Contáronnos, al mismo propósito, que un mancebo noble acostumbraba dar música á una dama que allí tenía, hija de un regidor, y eran las once, y estaban templando las vihuelas y un arpa largo tiempo; y el padre de ella se llegó á la ventana, riendo, y dijo: «Señores, por amor de Dios, que me lleven antes la hija y no me vengan á templar las guitarras á la puerta, que no se puede sufrir oir templar» (2).

Esta tarde y todo este octavario hay comedias públicas, y dan á los comediantes mil ducados por andar representándolas por las calles á todos los del Consejo Real, Regimiento y otras personas, delante de sus ventanas; y para ello tienen sus carros grandes, cada uno de 34 palmos, y juntando dos representan muy desembarazadamente, y en los testeros tienen casas y torres muy bien pintadas y doradas en partes y aposentos de donde salen, y así corren toda la ciudad.

Ni por la mañana ni por la tarde salieron los ingleses, sino muy pocos, solamente al Prado, al paseo, que fué hermosísimo. Esta tarde y la de ayer fué muy de notar y ver andar en la Plaza haciendo unos tablados para los toros, en que caben 12.000 personas, otro en el Campo para la muestra general, otros en la plaza de Palacio para el torneo, otros entoldando las calles, y que para todo hubiese gente y madera, en lo que se ve el poder de la corte, y cuán resuelta es esta gente en el gastar.

Esta noche se hace el juramento de las paces por el Rey, y se hace en privado en el salón nuevo de los saraos, y así no hay cosa notable que referir.

---

(1) Sin duda la cepa ó racimo de mejor calidad en la viña. El Diccionario de Cándido de Figueiredo, en su última edición, dice que *saría* (en femenino) es una "casta de uvas.„

(2) Esto en castellano.

(3) Acaso la calle de las Cocheras del Rey (hoy San Quirce), ó de las Cocinas del Rey (hoy León), donde viviría Jorge Castrioto.

(4) En castellano el diálogo.

(1) Véase lo dicho en otro lugar sobre Alfonso Fernández.

(2) En castellano.

10 DE JUNIO

FIESTA DE CAÑAS Y TOROS POR EL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE

Expectata dies aderat (1), porque á 10 de Junio, viernes, se hizo la principal fiesta de cañas y toros, por lo que los ingleses estaban muy alborozados, por ser fiestas que por allí no usan.

Recibiéronse por la mañana 16 toros con muchos caballeros, que los van á esperar á una legua, y vienen haciendo suertes, que es una media fiesta.

Cubrióse toda la plaza de arena menuda, hasta cuatro dedos de alta; con lo que quedó como la palma de la mano, principalmente después de regada y empapada en agua, lo que hacen muy rápidamente, y con una buena invención, porque ponen 16 carros en fila, con sus pipas y en las espitas dos mangas de cuero, y, meneándolas, van regando, y los carros corriendo, con lo que en menos de tres credos queda regada y fresca la plaza, y esto lo hacen muchas veces.

Es la plaza la más hermosa que tiene Valladolid, como llevo dicho, toda de columnas al rededor, muy gruesas, de 185 pasos de largas (?) y de una sola pieza, con sus capiteles encima, y tienen balcones por bajo, y arriba barandillas de 29 arcos en el frente, que es hermosísima cosa.

Armaron ahora el palenque desde la primera ventana hasta el piso, con lo que quedó la plaza más apañada y más hermosa, y los palenques segurísimos, y cabrían en ellos de 10 á 12.000 personas.

Tiene la plaza tres órdenes de ventanas en los tres pisos, y en cada orden hay 100 ventanas, y sobre ellas azoteas con su corredor, que toman toda la largura de la primera casa, y detrás de ella 10 con muchas ventanas sobre la azotea, que son 200 ventanitas; y, como todas son por un orden y correspondencia y la fachada toda de la misma labor del ladrillo, queda hermosísima; y se hace toda por una traza, porque se quemó la cuarta parte de la ciudad, y cuando se reedificó en tiempo del rey viejo, se ordenó y trazó por una manera, guardando la misma simetría en toda la plaza y demás calles que se hicieron.

Estaban todos estos lugares ocupados, y en los tejados se quitaron las tejas, y estaba la gente en piña sobre ellos. Entran en la Plaza 24 calles, y en ellas se hicieron tablados de dos pisos, que las ocupaban; hicimos cálculo de la gente que podía estar colocada y hallamos que serían más de 40.000 personas, y, con haber tanto lugar, nos costó el sitio para ambos 200 reales; mas valían á 1.000 y 800 los ordinarios, y así, cuando los dueños alquilan estas casas, reservan para sí estos días, que les rentan más que todo el alquiler del año. Y aunque las dan á los alcaldes de corte, págase la mitad.

A las once estaban ya todos los sitios ocupados, en esta forma: las ventanas casi todas se tomaron para los consejeros; dieron los arcos de arriba y abajo del Consistorio á los ingleses principales, y á los demás dieron los tablados, que escogieron en los palenques de las calles señorones que los levantaron, y las ventanas casi todas se dejan á las mujeres, que ninguna pierde ocasión de holgar en estas coyunturas, todas riquísimamente vestidas. Las ventanas muy adornadas en el corto y pequeño espacio que hay entre unas y otras.

Cuando el rey va á las fiestas, tiene su dosel, y ninguna otra persona le puede tener, ni quitasol, ni cosa alguna de seda por encima, y así hicieron sobre ellas unos toldillos de estopa para resguardar del sol, y como velas en las azoteas.

A las once vinieron los trompetas, atabales y chirimías de la ciudad, que eran 24 con telilla de tela falsa sobre tafetán encarnado, sombreros y banderas y mangas de los atabales de lo mismo, que se repartieron en las cuatro esquinas de la Plaza, donde tenían sus palenques.

Cerca de las doce entraron los reyes, que habían de comer en el consistorio con mucho aparato, y fué de esta manera: entraron luego algunos coches y carrozas de mujeres de los grandes y señoras que habían de estar con la reina, porque ella y sus damas venían en jacas.

Seguíanse 20 pajes del rey á pie; en pos de

(1) *Eneida*, V. 104.

ellos los títulos y damas, vestidos admirablemente de brocado y con toda la riqueza que se puede imaginar, cargados de oro, perlas y piedras en las cadenas, botones y cintillos, que para este día reservaron lo mejor, y, como hacía gran bonanza y sol, cegaban á la gente los rayos que salían de las piedras y medallas, que todo lo bueno de España iba en ellas y en las damas.

Y en esta universal folganza, para no faltar entremés, apareció un D. Quijote que iba en primer término como aventurero, solo y sin compañía, con un sombrero grande en la cabeza y una capa de bayeta y mangas de lo mismo, unos calzones de velludo y unas buenas botas con espuelas de «pico de pardal», batiendo *las ijadas* (1) á un pobre cuartago sucio con una matadura en el borde del lomo, de las guarniciones del coche, y una silla de cochero; y Sancho Panza, su escudero, delante. Llevaba unos anteojos para mayor autoridad, y bien puestos, y la barba levantada, y en medio del pecho una insignia de Cristo; y como iba solo y en aquella figura, comenzaron á preguntarnos unas vecinas si era el embajador de Portugal, ó qué cosa era aquella (2)

Se mi dimanda alcun chi costui sia (3)

diré que era el Sr. Jorge de Lima Barreto, que por honra de Portugal motejó de malos cortesanos á los demás señores portugueses y quiso acompañar á su rey con esta librea, y tomó un caballo de su coche, que no quería dar paso.

Di cento punte l'asinello offese,
Nè di sua tardità però lo tolle (4).

Y por estas y otras tales, somos oprobio de las gentes y desprecio de los castellanos.

Volviendo á la historia, en pos de los hidalgos iban los meninos de la reina á caballo; seguíanse los grandes todos que están en la corte, que son los que conté, y los principales con los vestidos que después diré; luego los escuderos de la Cámara y lacayos del rey y de la reina delante de ella y del rey.

Venía la reina en una hacanea hermosísima, en una silla de plata dorada y esmaltada con algunas piedras engastadas, con gualdrapa de velludo negro, bordado todo de florones de oro y plata y canutillo de oro y guarniciones de lo mismo, y ella con falda larga, ó cota de cabalgar, de tela de oro roja, con bordadura de aljófar.

A su lado, el rey, con la librea y los colores de la reina, capa, gorra y ropilla negra, calzas bermejas, forros blancos y plumas de los mismos colores; detrás de la reina la camarera mayor y otras dos damas en jamugas con gualdrapas de luto (1).

Luego 15 damas de la reina en muy hermosos palafrenes, en sillas de plata, gualdrapas de velludo, con pasamanos de oro ó bordado de canutillo y rosas, por el medio, de oro y plata, que nunca Oriana en su tiempo con más grandeza probó el arco *de los leales amadores* (2);

(1) En castellano estas dos palabras.

(2) V. sobre este punto la interesante nota de D. Francisco Rodríguez Marín en su libro *El "Quijote„ y Don Quijote en América*, pág. 53. Es indudable que Pinheiro—que al escribir estas líneas había ya leído la obra de Cervantes,—no quiere expresar que Lima Barreto fuese vestido de D. Quijote, ni su escudero de Sancho, como se ha supuesto, sino que uno y otro, por su facha, recordaban á estos personajes.

(3) *Orlando furioso*, c. I, oct. 45.

(4) *Orlando furioso*, c. VIII, oct. 31

(1) Una relación impresa en Córdoba (1605), dice así: "La yda de palacio a la plaça fue muy de ver, porque fue la Reyna en vn palafren blanco, con que gualdrapa bordada de muy gran valor, yua a dos estriuos muy corta, con vna saya grande de tela de rosa seca con picaduras grandes aforrada de tela de plata, la saya yua muy larga para suplir la caualleria de dos estriuos.

El Rey yua a su lado muy galan de la misma color, y en esta conformidad fueron las damas acompañadas de muchos señores con lo que se puede dezir de vizarria. Vuo este dia tanto que ver, que si la memoria fuera como la voluntad, se pudieran henchir otros cien pliegos mas de papel.„

(2) Alude al arco que el rey Apolidón, en el *Amadís de Gaula*, hace en la ínsula Firme "á la entrada de una huerta en que árboles de todas naturas había, e otrosí había en ella cuatro cámaras ricas de extraña labor, y era cercada de tal forma, que ninguno á él la podía entrar sino por debajo del arco; encima dél puso una imagen de hombre de cobre, y tenía una trompa en la boca como que queria tañer; e dentro, en el un palacio de aquellos, puso dos figuras á semejanza suya y de su amiga, tales que vivas parecian, las caras propriamente como las suyas y su estatura, y cabe ellas una piedra jaspe muy clara; e fizo poner un padrón de fierro de cinco codos en alto a un

aunque llevaba consigo á la señora doña Brides y á la señora doña Dulcinea del Toboso (1), y todo era necesario para pasar las caras falsas de las damas, que parecería las escogieron una á una, si no fuesen tal para cual.

Venían vestidas con mucha riqueza, de diferentes colores, mas todas de cotas largas golpeadas, con sus moscas de oro y plata menudas y las más bordadas en lugar de las guarniciones. Iban además dos meninas de la Infanta, y con cada una iba uno ó dos galanes, como ángeles de la guarda.

En llegando al Consistorio, apeó á la reina su mayordomo mayor; á las damas, sus hermanos ó parientes que las acompañaban, ó los hidalgos viejos, mayordomos y guardadamas y otros, como es costumbre.

Al rey le tomó el estribo el duque de Lerma, como estribero mayor. Fué esta entrada de las cosas que más holgué de ver, por lo desusado de ver entrar las damas á caballo y con tanto concierto y magestad; y así, de estas fiestas los accesorios fueron lo más principal, como un torneo, que no tiene que ver más que las entradas.

Los que más galanes salieron en estos días fueron los príncipes (2), que, por razón del luto que llevaban por muerte del hermano, y por la fiesta del príncipe, salieron de negro y plata, á saber: bordado de tela de plata y canutillo de ella sobre velludo negro, las labores muy descubiertas y realzadas, á manera de los guadamecíes negros dorados, mas las rosas menudas, capas, calzas, ropillas, gualdrapas y guarniciones todo de igual suerte, que sobresalía y lucía mucho más que todas las cosas.

El segundo, el duque de Alba, con otro vestido y gualdrapa bordado de oro sobre azul, tan costoso y rico como los primeros.

El tercero, D. Juan de Tassis, con un tercer vestido y gualdrapa de bordado menudo de tela de plata ó telilla, que brillaba mucho, por lo que se veía á través del follaje de oro que la cubría, con unas rosas ó flores levantadas con mucha argentería, y principalmente en el sombrero y cuera y bordadura, entrecruzadas piezas y botones en la obra del bordado.

El cuarto, el marqués del Valle, de chamelote de oro azul con 12 pasamanos ú orladuras de tela ribeteada, calzas de canutillo, gualdrapa azul, con tantos pasamanos de oro que casi la cubrían, y los forros de tela.

El quinto, el hijo de Franqueza, á la gineta, porque tiene los mejores 32 caballos que hay en la corte, y el aderezo de aljófar y piedras, ó perlas, riquísimo, y él con chamelote de oro rojo, con 12 orladuras acaireladas de brocado, coleto y calzas de canutillo y con infinidad de joyas y diamantes.

Comieron los reyes en el Consistorio, en público, y las damas les sirvieron la cena.

A la una entró el presidente del Consejo Real, el conde de Miranda, con este aparato: llevaba delante 27 alguaciles, muy bien vestidos, y en muy hermosos caballos, 4 alcaldes de corte, el corregidor de Valladolid, 15 oidores del Consejo Real. Llevaba siempre detrás de sí, por derecho, coche, litera y silla de manos. Es muy soberbio é hinchado, así de espíritu como de cuerpo, consuegro del duque de Lerma, y este oficio representa la segunda persona después del rey.

A las dos entró la guarda de los alabarderos en hileras, que pareció muy bien, y comenzaron á despejar de gente la plaza, haciéndola salir, lo cual costó mucho trabajo. Una vez despejada, la

medio trecho de hallesta en un campo grande que ende era, e dijo: *De aqui adelante no pasará ningún hombre ni mujer si hobieren errado á aquellos que primero comenzaron á amar, porque la imagen que vedes tañerá aquella trompa con son tan espantoso a fumo e llamas de fuego, que los fará ser tollidos e asi como muertos serán deste sitio lanzados; pero si tal caballero o dueña o doncella aqui vinieren que sean dignos de acabar esta aventura por la gran lealtad suya, como ya dije, entrarán sin ningún entrevalo, e la imagen hará tan dulce son, que muy sabroso sea de oir a los que lo oyeren; y estos verán las nuestras imágines, e sus nombres escriptos en el jaspe, que no sepan quien los escribe.„* El paso de Oriana por el arco de *los leales amadores,* hállase en el libro cuarto, capítulo XLIV, del *Amadís.*

(1) ¿Quién será esta *doña Beatriz* (Brites)? *Lindabridis* dice, quizá más acertadamente, el ms. del Museo Británico, con referencia también al *Amadís de Gaula.* En cuanto á la Dulcinea, contiene otra alusión *quijotesca,* por el estilo de la anterior.

(2) Los de Saboya.

regaron con los carros y quedó hermosísima, ocupándose las ventanas todas, de suerte que en cada una había 16 ó 20 personas.

A las tres salió el rey y luego la reina, á la cual fué á buscar el almirante embajador, que estaba ya allí.

Tiene el consistorio 19 arcos; en el del medio quedan los reyes, y al duque le dijo el rey: *sede a dextris meis*, y así estaba cubierto en el mismo arco y balcón, mandando á los alguaciles desde allí, y ninguna otra persona, porque los demás grandes quedaron detrás de las sillas en los dos arcos de la mano derecha, los príncipes con sus criados detrás, y en los otros los ingleses principales.

Las damas tenían los nueve arcos de la mano izquierda; y, por más honra, se dió lugar entre ellas al almirante, que supo escoger lo mejor, que es la infanta doña Catalina de la Cerda, á quien dió una joya de mucho precio.

Estando la Plaza en este estado y los asientos ocupados en esta forma, con mucho alborozo y estruendo de instrumentos, que estaban en sus palenques, entraron algunos lanceadores: el primero D. Vicente Zapata, con ocho lacayos de calzas y jubones de leonado y guarnición amarilla, cuera blanca, todo acuchillado y forrado de telilla de plata, que se descubre entre los golpes, y todos los lacayos sacan estas cueras blancas.

Luego ocho títulos, que fueron el duque de Alba, el marqués de Cerralbo, el de Barcarota, el de Coruña, el de Ayala, D. Antonio de Toledo, el de Tábara, el conde de Salinas; después fueron entrando otros hidalgos y señores con diversas libreas. Los primeros, 24 lacayos de rojo y encarnado golpeado, con sus entreforros de gasa ó telilla, cueras blancas.

Otros 12 lacayos de negro y blanco con pasamanos de plata; otros seis de negro, mangas y forros blancos; otros seis de encarnado y rojo, otros 3 de leonado y blanco, otros 8 de leonado y amarillo, otros 6 de rojo y blanco, todos de tafetán, sombreros cuarteados de las mismas (1) con plumas, y los pasamanos de oro ó plata imitada, de colores, y todos con sus rejones. Estos vestidos no se utilizan más que este día, y si al siguiente hay otra fiesta de toros, han de sacar otros y no los mismos, y así se venden luego baratos.

Quien mejor lo hizo fué el marqués de Barcarrota, que quebró algunos rejones audazmente. También le avino bien á D. Pedro de Barros, que metió un garrochón por la cerviz, de suerte que le pasó el cuello y se fué en sangre por la boca y cayó luego á pocos pasos (1).

Al duque de Alba, dirigiéndose al toro, éste le mató el caballo, al cual se le salieron las tripas, y le había costado mil cruzados pocos días antes.

Mataron luego otros dos caballos, sin suceder cosa notable, porque en seguida matan á los toros, ó con los rejones, ó con las cuchilladas de los mismos de á caballo, que, como locos, se aproximan y despedazan con cortaduras en la cabeza y en las ancas á los pobres bueyes, á los cuales se llevan muertos los ganapanes, y algunos quedan en las vías.

Vinieron también á lancear al toro dos hidalgos de fuera, poco conocidos por el nombre y menos por las obras, uno de ellos llamado Martín Leal, que no lo fué en esperar al toro con los ojos del caballo tapados, y al pasar el cuitado, le metió á traición la lanza por el costado; y, corriendo el toro, se la arrancó de la mano sana y salva, levantada en el aire como garrocha, y murió de allí á poco. Volvió á esperar otro, y como era negro, no dió en el blanco y no hizo nada (2).

---

(1) ¿De lo mismo, ó de las mismas colores?

(1) Supongo que nuestros taurófilos de hoy hubiesen puesto á D. Pedro de Barros como digan dueñas, por semejante degüello.

(2) He aquí lo que dice la relación impresa en Córdoba (1605):

«Los toros fueron buenos, aunque la mucha gente casi no los dexaua menear. Vuo muchos caualleros con rexones, y los que se señalaron fueron el Marqués de Barcarota y un hijo de Christoual de Barrios, al Duque de Alua le mataron un cauallo muy bueno y otros dos a otros caualleros. Entro a dar lançada un cauallero de Medina del Campo, y hizolo muy mal porque parado el toro sin acometerle le pico con la lança en vn lado, y se la saco el toro de la mano, y la lleuo clauada gran trecho descalabrando con ella a los que topaua, tomo otra lança este mismo, y lo hizo peor. Entro tambien con lança

El compañero lo hizo menos mal, que le esperó frente á frente; y aunque dió la lanzada delante de la cruz, se desvió bien, quebrando la lanza; y el toro murió de allí á poco.

Ya otra vez vi dar estas lanzadas á toros á Don Jerónimo de Aiansa (?), y dar grandes empujes con una lanza con una antena, y no hizo nada, y poco más otro caballero que entonces salió; y es temeridad escasa.

D. Gonzalo Chacón lo hizo mejor que otra vez que aquí estuve, que diciendo el rey, en la cena, que holgaría de ver correr unos toros, al otro día se estaban corriendo enfrente de palacio, á las tres, con muy hermosos palenques; y esperando D. Gonzalo Chacón un toro con una lanza, le acertó en la cruz y le atravesó de suerte que rodó con la barriga al aire delante del caballo.

Y el día diez de éste, en Medina del Campo, me contaron que esperando un pecador al toro, se le espantó el caballo, al oirle llegar, y dió con él de lomos en la arena; y tornando á volver en el mismo caballo medroso, dió en la cabeza al toro, y encabritándose el caballo, volvió á dar con las costillas en el suelo, y el pecador está finando, de resultas del disgusto.

Volviendo á nuestros toros, á las seis se habían corrido 12 ó 13; y como comenzaba la sombra, se fueron el rey y el duque á vestir sus libreas para las cañas, que fué una de las más soberbias fiestas que dicen se han hecho en España.

En saliendo el rey, se despejó la plaza haciendo sentar en el suelo á algunas personas que quedaron; luego entraron 24 carros enramados con banderas de los colores de la ciudad, que parecían grandes árboles; y, saliendo en ala, regaron la Plaza, acudiendo la gente á tomarla en sombreros y en las cabezas que se estaban abrasando; y fué otra nueva fiesta que parecía la Plaza montaña, volviéndose á despejar.

Entraron en la Plaza 12 atabaleros, ellos y las cubiertas de los caballos de tafetán encarnado y forros rojos y dos barras de pasamanos de plata, ellos de ropas rozagantes de estos dos colores, sombreros, mangas de los atabales y todo lo demás debajo, de velillo de plata.

Luego 24 trompetas, todos á la gineta con guarniciones, caparazones y girones de los caballos y banderas de las trompetas todas de la misma suerte, y todos venían en jacas del rey, muy hermosas, y de mucho precio, y bien guarnecidas.

Seguíanse 12 acémilas del rey con cañas encima, reposteros de velludo carmesí bordados en rededor de oro y plata de despojos y trofeos y en el medio las armas reales ordinarias de broslado, con sus colores y con la corona imperial.

Las alabardas, cuerdas, sobrecargas, cabestros y sillas, todo de seda y raso y lo mismo en los pectorales con franjas hasta las rodillas de carmesí y blanco, los cordones de las colas de cintas de Colonia con piezas, muletillas y planchas de las frontaleras, de plata maciza con las armas reales, plumas grandísimas en las cabezas y ancas, de las mismas colores.

Llevaban los acemileros las colores y trajes de los trompetas, mas eran de velludo carmesí, con pasamanos y morenillos de plata fina; en pos de ellos 16 oficiales de caballerizas, como furrieles, guadarneses, maestros de los pajes y otros, todos descubiertos y vestidos de negro, con sus cadenas de oro.

Luego los pajes del rey á pie, con sus libreas ordinarias de negro; entraron luego 26 caballos del rey, con sus aderezos y jaeces de gineta, cuales se pueda imaginar, y por cima sus terlices, que son cubiertas grandes, como gualdrapas sobre las sillas, que los toman todos hasta el suelo, del mismo pelo carmesí con su bordadura alrededor de oro, y en medio, en lugar de armas, una cifra del nombre de *Philipus tertius,* de oro, y ramos de lacería, que lo tomaban todo, y encima corona de plata maciza, con lo que quedaban brillantísimos.

---

don Pedro de Mendoça hermano de la muger del correo mayor que fue de Seuilla, no le entro bien el toro, pero hizolo mucho mejor que el primero. No sucedio desgracia sino es en gente ordinaria. Comieron sus Magestades en la plaça, en el Consistorio de la Ciudad, por cuya cuenta se hizo el plato.»

Cabrera de Córdoba, que da parecidos detalles, agrega: «Salió herido el condestable en la cabeza, de una caña que le sacó sangre; pero dentro de dos ó tres días estuvo bueno y pudo salir de casa; dicen que se la dieron de la cuadrilla del duque de Alba.»

Llevábanlos 26 lacayos de calzas y ropillas de nácar con randas de oro, todo golpeado sobre telilla de plata, cintos azules con puntas de oro, zapatos de velludo blanco, forros de la misma color á más de la telilla.

Seguíanse los caballos de los príncipes á la derecha, venían delante cuatro lacayos de negro y plata, forros y mangas de telilla con dos adargas con barras plateadas en campo negro; luego sus doce pajes á pie, de su librea.

Entraron luego cuatro caballos del Príncipe menor con los terlices de velludo negro con puntas redondas ú ondeadas por bajo, todos bordados de canutillo de plata riquísimamente; los otros ocho hasta el número de 12 no pudieron acabar á tiempo para que pudiesen entrar. En pos de ellos venían 12 caballos del príncipe Victor Amadeo, del mismo velludo negro y la orla de plata de canutillo y escarchada, y el cuerpo de los terlices sembrados de estrellas de plata, con lo que parecían mejor que todos, con ser del mismo costo; llevaban los ocho lacayos de la misma librea que los cuatro primeros.

Entraron además seis caballos enjaezados con adargas blancas y barras de oro, que llevaban lacayos del rey, y por ser tarde no entraron los demás.

Seguíanse 21 caballos enjaezados, que llevaban otros tantos lacayos de verde y plata, jubones blancos de telilla y morenillos de plata, calzas todas apasamanadas de plata, medias verdes, zapatos blancos, plumas y sombreros de las mismas colores, y eran del condestable y su cuadrilla, que ésta fué su librea.

Había además otros caballos, que eran un número infinito; los que habían de entrar de las otras cuadrillas, con estar los lacayos todos de libreas, y ellos con jaeces de aljófar y otras invenciones, no pudieron entrar porque se acababa el día; é hicieron salir por la parte izquierda, donde estaba la reina, á los que iban entrando, y volvieron por la otra.

Y cierto que ver la Plaza de esta manera, era el más hermoso espectáculo que se puede imaginar, y fué desgracia comenzaran tan tarde, por temor del calor. Entraron luego las cuadrillas, que eran ocho, corriendo las parejas dos á dos, cada cuadrilla sobre sí con sus colores diferentes, como luego diré. En cada cuadrilla había diez, y venían á ser ochenta, y eran cuadrilleros los siguientes:

El rey y su librea, de nácar.....	1
El duque del Infantado, bermejo y blanco.	2
El duque de Alba, bermejo y azul.....	3
El de Pastrana, azul y blanco.....	4
El conde de Alba de Liste, amarillo y azul.	5
La ciudad, de blanco y negro..... .	6
El condestable.....	7
Los príncipes, de negro y blanco.....	8

Eran las libreas de setí bordado y forro de telilla en las marlotas ó vaqueros, con mantos ó capas á modo de mantillas á la romana, sujetos en el hombro izquierdo, del mismo setí bordado de tela falsa con ramos, troncos y diversos follajes y labores, tomadas con torzales de plata y oro, con canutos de plata batida en relieve, y otros modos é invenciones en cada cuadrilla.

Las ordinarias eran imitadas, mas algunos señores las mandaron hacer de tela y plata fina, que valían mucho dinero; los tocados de diversas invenciones á la turquesca y morisca, todos salpicados de plata, oro y aljófar, y otras rodeadas sobre gorros de colores con trenzas bordadas y piedras como de diamantes, puntas y botones y medallas de oro y pedrería, y por encima copetes grandes con sus martinetes y otras plumas; los caballos con coberturas, borlas y girones de la misma obra, calzas y mangas al arbitrio de cada uno.

Entró el rey corriendo con el duque, en dos caballos blancos, con mucha gracia y aire; luego los otros ocho de su compañía, que fueron el duque de Cea, el conde de Lemos, el marqués de San Germán, el conde de Gelves, el de Mayalde, Don Pedro de Castro, D. García de Figueroa, Don Martín de Alagón.

Luego el condestable con los de su cuadrilla, y la última la de los príncipes, y ellos detrás de todos, que pareció muy bien, porque los hacían lucir los buenos caballos en que venían y la hermosura de las colores que iban descubriendo.

El rey y el duque lo hicieron mejor y con más aire que todos, y los príncipes, así como fueron los últimos, merecieron el lugar; fueron después

corriendo por el lado de la reina, la tercera carrera por la otra banda y la cuarta por el medio frente á la puerta por donde entraron, después de esquina á esquina en cruz y quedaron repartidos en dos partes, guiando el rey una y el condestable otra; en fila fueron tejiendo una madeja, atravesando una fila junto á otra y haciendo su medio caracol sin embarazarse, que pareció muy bien, y fuéronse á tomar otros caballos, y resultó la plaza pequeña para ellos, con tener 185 pasos, que son varas de cinco palmos.

Tornaron á entrar repartidos en cuatro cuadrillas, recogiéndose dos en cada una, que tomaron las adargas de cuatro divisas solamente. No corren las cañas como nosotros, sino que van saliendo en tropel los de un extremo y acometen los de aquella banda, y luego vuelven por los del otro extremo, y éstos en tropel los van siguiendo hasta su lugar y vuelven por los de la otra parte que los siguen, de ellos huyendo y de ellos siguiendo, y así continúan las cañas.

Entre todos anduvo más airoso el rey, seguro en la silla y con tanto aire en la caña y adarga que naturales y extranjeros, sin excepción de persona, le dieron el primer lugar; y á mí me pareció lo mismo y á todos nos dió mucho contentamiento, porque el rey á pie no aparenta tanto, y á caballo, ó danzando, parece en extremo bien; y jo mismo querrá Dios que sea en las cosas de veras, lo que yo no sé, porque no las ví. Cerróse en esto la noche, faltando día y no fiesta, que los caballos del sol, envidiosos de los ginetes de España, no es mucho se retirasen.

Fué la entrada, así por el aparato como por razón del lugar y conjunción en que se hizo, una de las grandiosas fiestas que se hicieron en España, porque en aquella Plaza, por la igualdad y hermosura de ella, estando tan fresca y bien adornada, luce mucho más; y juntamente por ver el gusto que tienen los naturales en que vean los extranjeros aquello en que se aventajan á las otras naciones, hace recibir más contentamiento de estas grandezas y parecer todo más admirable; y sin duda se asombraron los ingleses mucho de ellas.

Fuése el rey á poner vestido interior á casa del marqués de Laguna, hermano de la duquesa muerta de Lerma, que vive cerca de la Plaza, y allí le dió de merendar; volvió á las nueve á donde estaba la reina y se fueron ambos en un coche, de tela por fuera y por dentro, y cortinas de damasco de oro de nueva invención, y los cocheros y guarniciones de tela blanca india con guarnición de plata, y las damas con sus coches con infinito número de teas llevadas por todos los pajes de las señoras, que dan librea á quienes se la piden. Viéronse en pos de ellas los más de los nobles mancebos, y los demás acompañando á los reyes, y hubo muchas luminarias por donde pasaron, con las cuales se dió fin á la fiesta de este día.

11 de Junio.—Muestra que se hizo de la guarda y ordenanza de Castilla la Vieja

Al otro día, que fué sábado, por la tarde, hubo muestra general de caballería de España, ó, hablando con propiedad, de la guarda y ordenanza de Castilla la Vieja.

Hízose en la puerta del Campo, que es una plaza tan hermosa como dije atrás, y la mayor parte se cercó de palenques para la gente, y el rey estuvo en uno que se hizo junto á las casas de Don Bernardino de Velasco, y fué con la reina en coche y con el acompañamiento ordinario de su casa, y allí comieron.

A la una, fueron los ingleses y se repartieron los lugares y asientos, como en la Plaza. Estuvieron el rey y la reina de blanco. Regóse el Campo muchas veces, mas no aprovechó nada contra el polvo y calor. Tenía el Campo en medio más de 700 pasos de diámetro, que se podía dar una batalla en él.

A las dos, entraron primeramente 60 ginetes con lanzas y adargas, á despejar el campo, que sirven de descubridores, con vaqueros largos de velludo carmesí con randas de oro en los sombreros y frontaleras delante; dos trompetas, que es obligación de todas las compañías de la misma librea, con las armas del capitán, dos pajes, y algunos mucho más que diré, y los más de estos ginetes con calzas de obra de colores ó de oro y

plata, y así dos compañías más de arcabuceros á caballo, de vaqueros de grana, con pasamanos de plata, morriones con plumaje de las mismas colores.

Delante, trompetas y pajes de la misma librea, uno lleva un morrión, otro una cazoleta; una compañía de lanzas ó caballos ligeros, con yelmo, peto y espaldar, brazaletes y manoplas, todo muy limpio y brillante, toneletes ó faldones, banderas y plumaje de los yelmos y frontaleras de los caballos de azul y pasamanos de plata en los toneletes; las trompetas y pajes de la misma librea de velludo azul y plata, armas doradas, sillas bordadas, capitanes y oficiales.

Otra compañía de hombres de armas de velludo leonado indio, con pasamanos de plata, trompetas y pajes de la misma manera; el capitán con armas doradas, con terlices ó cubiertas de azul con tachones de plata, como bastiones; llevan estos hombres de armas, más que los otros, grebas y frontaleras, y no llevan banderitas, sino lanzas de roquete.

Otra de rojo y plata, y la primera línea capitán y alférez de coraceros, en los caballos de las mismas colores, lanzas plateadas, pajes y trompetas de la misma color.

Otra de azul y oro, y ésta es la compañía que llaman de los 100 continuos del conde de Fuentidueña. Es la más lucida, lleva 10 trompetas delante y otros tantos pajes del mismo vestido azul y pasamanos de oro, muchos de los coraceros con los plumajes grandísimos y velillo de plata y oro del yelmo hasta las ancas del caballo, bandas al cuello y brazo y con lacayos á caballo, con vaqueros azules y las dos sillas casi todas con oro.

Otra de negro y plata, dos trompetas de tafetán, seis pajes de velludo verde con pasamanos de oro; los pajes llevaban lanza, morrión, pistolete y estoque; llevaba algunos coraceros y el capitán, Don Pedro de Castro, con su terliz de velludo negro, bordado riquísimamente.

Otra de leonado y plata, capitán D. Enrique de Guzmán, sus pajes apasamanados, de velludo apasamanado de oro, y los aderezos del caballo con tiros bordados hasta el suelo.

Otra de encarnado y amarillo ú oro, con algunos coraceros de las mismas colores, plumas, trompetas y pajes de la misma manera.

Otra de las mismas colores, pero indias, y de la misma manera los pajes. Y otra de azul y plata, capitán el conde de Alba de Liste, delante trompetas, etc., pajes de chamelote de plata azul con pasamanos y alamares de oro, lanza, yelmo y pistoletes dorados; él de armas grabadas doradas y sobreveste de las colores de la compañía. Cubiertas largas hasta el suelo, de velludo azul, tachonado de planchas de plata de diversas formas y pinturas, como medallas grandes, todo nuevo y muy lucido, y muchos con cueras de color.

Otra de rojo y amarillo, tres pajes y dos trompetas; otra de velludo negro, bordado de follaje blanco con pintas encarnadas, pintas de las tres colores y pajes y seis con corazas. Otra de encarnado y plata y las coberturas con trazos de oro y plata. Otra de azul indio, algunos con corazas.

Otra de negro y oro, delante seis trompetas y seis pajes de velludo, con randas de oro en las farpas; capitán, el conde de Lemos, de tela de oro bordada y en el terliz planchas menudas y las más brillantes de todas.

Otra de amarillo, negro y oro, capitán, el de Tábara, delante seis trompetas y seis pajes, de damasco amarillo con randas de oro; él con sobreveste larga, con mangas bordadas de canutillos de oro y plata gruesa y de lo mismo un atavío con media gualdrapa.

Otra de encarnado y oro, del duque de Cea; delante ocho trompetas y doce pajes con pasamanos y alamares de oro sobre encarnado, él con sus armas y cubiertas que fueron del emperador, de planchas doradas en relieve con muchas piedras finas, todo riquísimo y de mucho precio.

Otra de lanzas de amarillo y oro, delante seis pajes y el capitán, y corazas bordadas por encima, de velludo salpicado de oro; otra de encarnado y oro, seis trompetas y seis pajes de lo mismo; otra de azul y oro, pajes y plumas de las mismas colores.

Seguíanse al fin dos compañías de escopeteros, de velludo negro con 24 pasamanos de oro, á modo de vaqueros largos con morriones delante, cada uno con su capitán; diferenciábanse en las plumas.

La compañía del duque de Alba no vino, porque está en Navarra; mas salió él muy lucido de bordado de oro sobre negro y luego unas planchitas cuadradas, de plata bruñida, que brillaban como espejos y daban esplendor á lo demás.

Tenía cada compañía de estas 50 y 60 hombres, y la de los continuos 100, que vienen á ser 1.600 hombres; y aunque el número es pequeño, representan muchos más, porque cada compañía llevaba, una con otra, á razón de cuatro trompetas y seis pajes, que vienen á ser más de 240 hombres, y los lacayos á caballo más de 500 de librea.

Llevaban todos, á más de estas galas, la divisa general de la banda encarnada, con franjas de oro, todo con plumajes grandísimos en los yelmos y frontaleras de los caballos, que algunos son como haces de trigo, y los más de ellos con otros cendales en los brazos y velillos de plata y oro hasta las ancas de los caballos.

Las armas todas muy brillantes y limpias y muy doradas, los caballos todos muy buenos, muchos de corazas doradas y plateadas y todos casi con calzas de obra de diversas colores y de oro y plata, espuelas doradas, sillas las más de diversas invenciones y las lanzas plateadas ó pintadas, y sobre todo los plumajes que hacían una vista hermosísima.

De suerte que aseguran que igual número de gente tan lucida y con tanta majestad pocas veces se juntaría, y así me afirmó el pagador, y lo vi en el libro, que en penachos, limpiar armas, concertar sillas y toneletes, se gastaron 70.000 cruzados, que el rey mandó pagar á los oficiales á cuenta de las pagas.

Una vez dentro, las fué repartiendo en dos bandos el marqués de San Germán, teniente del duque, vestido de un vaquero con mangas y cubierta corta, todo bordado, rico y brillante.

A las seis, salió el duque de Lerma, capitán general, llevando delante 12 lacayos y 16 pajes á caballo, todos de velludo encarnado, cuajado de pasamanos y alamares de oro. Llevaba consigo al teniente y 16 nobles oficiales, como veedores generales, todos muy ricamente vestidos y cubiertos de oro y plata.

Venía el duque armado en un hermoso caballo con armas riquísimas, el tonelete bordado y con muchas planchas doradas, como medallas en relieve, las cubiertas hasta el suelo, de velludo negro, chapeado de planchas de plata, algunas como un plato de mesa, y luego otras menores, labradas en relieve con armas y despojos de guerra, doradas y con muchas piedras engastadas.

Oí que fueron también del emperador y son ahora del rey. En llegando, se le abatieron tres veces las banderas y las lanzas. Revisó en redondo á todas las compañías, haciendo á todas sus cortesías, de las que el duque es liberalísimo con todos; luego se ordenaron en forma de batalla, haciendo sus demostraciones de guerra y acometimientos y salvas de arcabucería y tropas.

La battaglia duró sino a quella ora
Che spiegando pel mondo oscuro velo,
Tutte le belle cose discolora (1).

Y así fueron saliéndose por debajo de la ventana de los reyes, y poniéndose en ala, desde el campo hasta Palacio, de la banda derecha, uno en pos de otro, por donde el rey había de pasar; y, con ser más de 2.600 pasos, ocupaban todo en hilera y aun quedaron muchos en la plaza de Palacio y campo, que tanto ocupa tan poca gente de á caballo; y como había luminarias y los reyes venían con muchas antorchas que traían todos sus pajes á pie, y las damas, los del duque y demás capitanes á caballo, parecían muy bien, aunque á las más las estuviera mejor ir á oscuras, y puede ser que también á sus servidores.

Quiéroos contar la curiosidad que averigüé, que esta gente cuesta cada año al rey 20.000 cruzados, de los cuales tiene el capitán general, que es el duque, 12.000 cruzados, su teniente el marqués de San Germán 4.000 cruzados, los capitanes á 1.000 cruzados y los soldados á 100 ducados por año. Son todos nobles, y, cuando se alistan, se hace información de su nobleza.

Ser general de esta caballería es cosa tan grande, que desde hace mucho tiempo no se dió á nadie, y aunque se llama general de la caballería de España, con propiedad se debe llamar de la guarda de caballos de Castilla, porque es sola-

(1) *Orlando furioso,* canto II, octava 54.

mente de los reyes de Castilla, desde tiempo antiquísimo, y es solamente para guarda del reino, y si el rey sale fuera del reino, no están obligados á acompañarle. Y á más de esta guarda hay otra de Andalucía y otra en otras partes.

En la crónica del rey D. Juan el primero de Castilla, hallo en su año 12, cap. 24, que viniendo desbaratado de Aljubarrota, de allí á algunos años reunió cortes y dice que sus hombres buenos se quejaron y trataron entre sí diciendo que él tenía de renta los derechos antiguos de Castilla, que eran 17 cuentos, y el derecho nuevo que eran 18 cuentos, con lo que venía á tener treinta y cinco cuentos de renta, y dijeron al rey: «Y tanta hacienda, y tan grande algo como éste, imposible es que vos lo gastedes, señor, si no habiendo desorden en vuestros tesoros y libros, y en los muchos maravedís que lleva la mucha gente de la guardia que habedes, que la comen los señores, y no os acuden con la gente» (1).

Y dice en el capítulo 15 que acordaron que se redujese solamente á 4.000 caballos, que cada hombre tuviese sus armas, peto, espaldar y bracelete, un caballo y un rocín ó mula, y que tuviese para su mantenimiento y sueldo cada año 1.500 maravedís, y que tuviese en Andalucía 1.500 jinetes con adargas, fojas y bacinetes, con otros dos caballos cada uno, y recibiesen otros 1.500 maravedís y hubiera 1.000 ballesteros de caballo, á que llaman vasallos, y reciben 600 maravedís, y no hubiese más que gente de á caballo pagada.

Y no os parezcan estos sueldos pocos, pues para las rentas del rey D. Alfonso 2.º y 7.º nos consta de su crónica que aún así eran grandes, pues las rentas legítimas del reino en el tiempo en que estos reyes reinaron, eran 7 cuentos de maravedís; y cuando tenían guerras les acudían los pueblos.

En el tiempo de Alfonso, padre de D. Pedro el Cruel, era D. Juan Manuel (2), su tío, su alférez mayor y capitán general y obligado á acudirle con 30.000 hombres todas las veces que le llamase, y le daba el rey de su haber 115.000 maravedís, y, con todo, ponían en el campo 40 y 50.000 hombres y no eran pobres, porque, hechos los cómputos de los precios de las cosas de aquellos tiempos, resultaban más ricos de lo que el rey hoy, y porque leemos en la crónica (1) del rey D. Alfonso 7.º que en la era de 1155 fué tanta la carestía de pan que, por el mes de Mayo, llegó á valer á 14 sueldos la fanega, cosa nunca oída hasta aquel tiempo, y cada maravedí tiene cuatro sueldos, de manera que era menos de 42 sueldos la fanega y venía á ser á cuatro blancas el alqueire (2); por donde, valiendo entonces el alqueire á este precio y hoy 200 reis, quien tenía 2.000 cruzados de renta vendría hoy á tener 200.000 cruzados y así eran más sus 35 cuentos que los 34 millones que el rey tiene hoy de renta.

Por lo sobredicho se ve que esta caballería es cosa antigua en España y que se vino á reducir á tan poco número como hoy es, que, según se puede entender por la crónica, debían ser, antes de disminuir, más de 12.000 caballos.

Leyendo estas cosas, deseé mucho, en ocasiones, hallar la razón de tanta mudanza en las rentas y precios de las cosas, porque nos consta de Plinio, Aulo Gelio, Macrobio y particularmente de Ateneo, que en el tiempo de Craso y Scipión y aun de Augusto, había quien daba 15 cruzados por un melocotón de Capua y por una tórtola 5, y 100 cruzados por un salmón, y cosas semejantes.

Y de Vegecio, Eliano y Vitruvio, n. 7, y de Plinio nos consta que los soldados llevaban más estipendio y sueldo del de hoy, y en particular los de España, que todos iban ricos, y cierto pienso que caí en la razón, y es que cuando hay mucho trigo, vale barato, y el año en que hay carestía, vale caro; y de la misma manera los tiempos y época en que hay mucha plata vale barata, y donde hay poco dinero dan todo barato por él.

En tiempo de los romanos hubo aquellas minas de España en que enriquecieron y se

(1) No fueron éstas, pero sí muy parecidas, las palabras de los procuradores. (V. *Crónica de D. Juan I*, edición Llaguno, año 12, cap. V y VI).

(2) Se refiere al autor del *Libro de Patronio*, señor de Peñafiel.

(1) Tal lo dice, en efecto.

(2) Medida antigua portuguesa de capacidad.

hicieran conocidos los sidonios, y después dieron fuerzas á los cartagineses para competir con Roma y para poner en una armada 650 galeras, y los romanos 750, que dieron la batalla en un día, y con estos tesoros se hicieron los romanos señores del mundo, pudiendo sustentar tantos ejércitos, porque averigua el P. José de Acosta (1) que rendían más las minas de Aragón que hoy las del Potosí, con razón evidente deducido de lo que cuenta Plinio que producían, de manera que, como había estas minas, bastaban para enriquecer á Roma y al mundo, y así había mucha plata que gastar.

Llegaron á acabarse las minas y á faltar moneda, entraron los moros, no había navegación por mar, no tenían los reyes más renta que los siete cuentos sacado de la pobreza de Castilla, pues no tenían de donde les viniera el dinero.

Volvieron en nuestros tiempos á descubrir estas minas de las Indias, de las que vienen cada año 15 ó 16 millones, y éstos bastan para llenar Europa y Asia, y así vemos que en Italia, Venecia, Alemania, Indias orientales y aun en Constantinopla y en la China, la moneda y plata es castellana.

Cuando se vayan acabando las minas, ó se cierren, veréis volver á lo antiguo y acabarse la monarquía de España, que á la verdad nunca florecieron en ella las armas y las letras, sino en cuanto hubo en ella plata, que es la que sustentó los ejércitos del emperador y las guerras de Flandes y otras monstruosidades de gastos.

Yo oí discutir muchas veces, si cada día había nueva moneda, cómo no estaban los hombres cargados de oro. Unos lo atribuían á lo que se gasta en dorar y lo que se labra de pasamanos y otras cosas de adorno; aunque esa razón no reza con la plata ni los diamantes ni los rubíes que cada día salen, y no basta decir que se esconden tesoros y se pierden, que todo es poco. Yo imagino que el mar es la mayor saca y que es gran devorador en esta materia, considerando las naves que se pierden cada año en el mundo y que van llenas de mercaderías y no hay quien no lleve sus joyas y dinero.

Volviendo á nuestra historia, con ser la muestra cosa tan notable, no faltaron muchas personas á quien pareció que ni en razón de Estado, ni en buena prudencia, fuera acertado hacerla, porque el nombre de *caballería de España* promete tanto que parece cosa ridícula verla reducir á 1.600 hombres, y es perder totalmente la reputación y opinión con los enemigos, siendo así que franceses é ingleses están acostumbrados á ver á cada paso 10 y 12.000 caballos juntos en Flandes y Francia.

A esto contestaban los castellanos con decir que no era caballería de España, pues había otra numerosa, sino guarda particular alistada y pagada para guardar el Estado y que en esta forma no la tenían los otros reinos; y con todo quisiéramos que de esta muestra no se hiciera tanto caso que la convirtieran en fiesta particular con tablados, acudiendo el rey y la reina á verla, sino que anduviera como guarda suya y de su persona, que en esta forma era cosa nobilísima.

Y en verdad se vieron aventajados, y por eso también dejaron el torneo, que estaba ordenado con tablados hechos frente á Palacio, en extremo buenos y bien ordenados, por ser fiesta acostumbrada entre ellos y los nuestros muy poco diestros, y así se dejaron para Lerma, como diré.

«Entre las armas del sangriento Marte» (1) es razón que tenga lugar el tercio de Venus, su querida, para que pueda decir con razón: «Damas, armas, amor, empresas, canto» (2). Y así por ahora, *Cedant arma togæ* (3), porque, tras la muestra de los caballeros, quiero contar otra que hicieron las damas, al bajar de los tablados, de otras armas, con las que ganan más tierra en la paz que ellos en la guerra.

Bajando nosotros del palenque por una escala abierta, como de mano, y mientras esperábamos el coche, comenzaron á bajar algunas damas; éralas forzoso dejar los chapines y levantar las

(1) En su *Historia natural y moral de las Indias.*

(1) Me es conocido este verso, pero no recuerdo á quién pertenece.

(2) Primer verso del *Orlando furioso* en la traducción de Jerónimo de Urrea (1549).

(3) Son las conocidas palabras de los versos que Cicerón, nombrado cónsul, compuso en su propia alabanza, y que comenzaban:

Cedant arma togæ, concedat laurea linguæ.

faldas, para no tropezar, cosa en que son muy diestras; y, por más que tuviésemos los ojos bajos, y cobardes, y muy modestos, como quedábamos debajo del peligro, por más activo que estuvo el espíritu, la carne, que es flaca, y el diablo, que es sutil, al tremolar de las ropas blancas y lucir de las diversas colores de las medias gambas y ligas gambas (1), y las noticias de Flandes, que los rapaces descubridores del campo daban de los enemigos que iban descubriendo, no había quien se pudiera tener sin levantar los ojos al cielo, aunque viese la estrella en la claridad del día, y, en fin, vimos la escala de Jacob llena de ángeles, mas no de luz, que bajaban con zapatitos blancos, golpeados y bordados de oro, como ahora usan, altas y bajas, á manera de arzobispo ó de papa, con sus lazadas, que sirven de trampa, pero más malas de desatar que el nudo gordiano, ligas con puntas de oro, con perlas, que, aunque fueran sueltas, no las ligaran, para dejar de dar vueltas tan desenvueltas como éstas, y sus faldellines, casi todas con randas de oro de un palmo, que son sus rentas, porque en Castilla son de más renta los cuartos bajos que los altos (2), por servir en invierno y en verano y ser de fácil empleo y menos escaleras, y así adornan mejor los fundamentos de sus edificios, como pie de altar de que viven, y quieren traer lo mejor en la sala delantera, donde se reciben los huéspedes, haciendo cuenta que el demonio lo da, el demonio lo lleva, y que no se ha de negar la paja al buey que ara.

Y bien dicen que cuanto más vive el hombre, tanto más sabe, porque entonces vi cómo las castellanas no traen nuestras zapatas anaranjadas y acaicañadas (3) que ni abrigan en verano ni refrescan en invierno, tan cortas, escasas y anchas como sus dueñas, como me cuentan hombres especuladores de la naturaleza que dan preferencia á la media sobre la zapata entera en la honestidad, porque encubre más, y en caso de desgracia descubre menos; en la soledad, porque abriga y acompaña; en la apariencia, porque es más brillante; en el provecho, porque preserva de las injurias del aire y azotes de la saya; en la proporción, porque el zapato aprieta el pie y la liga la rodilla y así desarrollan más la pantorrilla que el tobillo.

De manera que oí á un autor, práctico en la materia, decir que si en alguien se aguantaban zapatos, era en los hombres y no en las mujeres, que andan al aire, y su profesión es la hermosura y la honestidad, que son sus artes liberales, y así hacía una invectiva contra las zapatas lusitanas, concluyendo *a partium enumeratione* en bárbara (1), que ni todas las apologías de sus apasionados las podían librar de la condenación eterna en vista y revista castellana.

Y, por lo que vemos—dijera con más propiedad *veis*, porque, como sabéis, Venus para conmigo siempre fué Diana,—digo que, por lo que veis y leemos cada día en doctores *in utroque*, que están sobre los libros día y noche y probaron y reprobaron uno y otro en disputas públicas, hecha computación, se resuelven en esta opinión; y, si es lícito al autor interponer su juicio en materias ajenas á su profesión, soy del mismo parecer, con toda Francia, Italia, Alemania, Europa y Asia y la corte de España, que son muchos, y Portugalete muy pequeño; y conviene Horacio, que dice acertó en el punto que junta lo dulce con lo provechoso, y la definición de *lo bueno es útil, hermoso y aparente*, y así llevan tanta ventaja en esta parte á las portuguesas como nuestros cartones y tablillas al pecho (2), con lo que no hay mujer que tenga la exuberancia de las portuguesas.

Mas, volviendo á la vaca fría (3), quedamos donde los rapaces poetas gritaban á las embozazadas: «Encubran, señoras, esos valles pernarios y esas fuentes pernarias del monte Pernario» (4).

---

(1) [illegible] *pierna*, era de uso muy extendido en España.

(2) Pinheiro hace aquí un equívoco intraducible, con la palabra *renda*, que en portugués significa *renta* y *randa*.

(3) La zapata es una especie de bota sin tacón.

(1) En la forma de silogismo que se compone de tres proposiciones universales afirmativas, conforme á los versos escolásticos: *Barbara celarent*, etc.

(2) Alude á las *cotillas* que usaban las portuguesas con estos artificios.

(3) Dicho vulgar, para expresar que se vuelve á aquello de que se estaba hablando en un principio.

(4) En castellano.

Y, queriendo hablar una, que parece traía, ó lo levantó el bellaco, alguna divisa roja «en la manchada holanda del tributo» (1), comenzó uno á gritar: «Miren, señoras, linda librea, buena colgadura»; y, llegándose un pícaro, la dijo: «Linda guerrera, ni sale del campo sin sangre, ni del navío sin tomar leche» (2).

En esto dejaron dos de sus escuderos dos capas en los escalones, para que pisaran sobre ellas, y dijo un gentil hombre: «Echen, señores galanes, las capas, que ya habrán servido de mantas»; y díjolas á ellas: «¿Saben lo que me parece? Que á los novicios que quiebran las ollas de las cocinas, se las cuelgan del cuello, y á vuestras mercedes les echan las capas á las piernas por los puntos que habrían rompido en ellas» (3) *Vos, quæ responderit, Alphesibœa, dicite, Pierides?* (4) Porque sus respuestas nos hacían morir de risa.

Y, adelantándose una, dijo: «Apártense, hermanos, déjense de melindres, que maldita la pesadumbre que me queda de que vean lo bueno, que más daño les hará á ellos que no á mí, que, á mi fe, que pueden los bellacos tener más envidia que lástima de mi dueño» (5); y, haciendo de la saya calzones, como nuestras lavanderas, bajó sin trabajo sólo con mostrar media pierna, ó toda hasta la rodilla, y las otras en pos de ella.

Llegando á par de nosotros, «como no hay hombre cuerdo á caballo» (6), *et qui amat periculum peribit in illo,* dije yo á ésta: «Si v. md. no me cohecha, prometo de callar lo bueno que ví»; respondió: «Según tengo hecha la almoneda en la plaza, cuando v. md. calle, ella y ellos hablarán.» Acudió Francisco de Sousa y Meneses, que estaba conmigo: «Señora, lanzo un escudo por una de las piezas, cual yo escogiere». Dije yo: «Pujo más un real, y son 13 por docena, por no estar corruta la letra, conforme á Celestina» (1). Ella, volviéndose á los vecinos dijo: «13 reales me dan, ¿hay quien más puje y más lance? Luego pagar, y luego rematar, que buena pro y buen provecho le haga», que son las palabras con que en Castilla se hacen los remates y pregones. Y con esto rematamos con el sábado, por no profanarle con un cuento de un chusco, que quejándose de que no podía sufrir el calor en el palenque, y diciendo una rebozada que ella no sentía tanto calor, respondió: «Como v. mds. tienen más respiraderos que los hombres, quedan más frescas» (2).

12 DE JUNIO

En el domingo, *requievit Dominus ab omni opere, quod patrarat* (3). Acudió toda la corte, sobre la tarde, al Prado á tomar el aire, entrando muchos coches de ingleses. Diciendo yo á Francisco de Aguía Coutinho, que iba conmigo: «Todavía los ingleses no deben de tener en Londres este Prado con tan hermosas margaritas», respondió: Con todo, señor, allí tienen otros bienes y desenfados, porque no se confiesan ni oyen misa, y váyase lo uno por lo otro.—Y su dicho fué muy festejado, por cuan buen hidalgo sabemos que es; y se acuerda con lo que conté de los ingleses, que, viendo tantos hidalgos y tan brillantes en la Plaza, dijo que era lástima ver que tan lucida gente se fuese al infierno, por no caer en la cuenta; tan ciegos andan algunos y tan grandes bellacos son otros y amigos de buena boga y de llevar buena vida.

Paseando nosotros ya tarde, vimos el coche de D.ª Ana de Sousa, que nos había mandado

(1) Primer verso del soneto de Góngora:

En la manchada holanda del tributo
que todas las kalendas paga Lice...

(2) Parece que así debió de escribir Pinheiro estas palabras castellanas, porque en el original se hallan algo confusas.

(3) En castellano.

(4) De la égloga VIII de Virgilio, vers. 62-63; sólo que Pinheiro, como son las damas las que han de contestar, cambia el *Alphesibœus* en *Alphesibœa.*

(5) En castellano.

(6) Antiguo refrán castellano.

(1) Alusión á *La Celestina,* aucto noveno. Cuando la vieja dice que suele beber una docena de veces á cada comida, y Pármeno contesta que ello es solamente tres veces bueno y honesto, según todos los que escribieron aquélla replica: «Hijos, estará corrupta la letra, por trece tres.»

(2) En castellano.

(3) *Génesis,* cap. II. Como se ve, Pinheiro no se cansa de hacer citas, y sin expresar nunca de dónde las toma.

decir que iría al Prado. Seguímosle, y aunque nos hicieron señas que disimulásemos y que no venía allí, dije yo (1): «¿V. mds. darme han nuevas de la señora D.ª Margarita de Sinzal?», que así se titula ella cuando va rebozada. Venía en el estribo una dama moza, su sobrina, muy linda y muy agraciada, que repuso: «Aquí viene su lugarteniente, á examinar los necios, con poder oir todas las necedades que traerían estudiadas para D.ª Margarita de Sinzal; por eso, empiece la loa, que quiero ver si fué mujer de buen gusto en escogerles, que yo no veo aquí enemigo para emplear tal Roldán como yo, y métase y salga otro»; y así fué continuando con lindísima gracia, sin dejarnos hablar, y á todos nos puso de lado y nos hizo callar. Y como no cesara, dije yo: «Mírenme la graja, que aún no tiene pluma y quiere tener pico para tantos.» Repuso: «Para las alas que tengo, aún lo tengo corto, y para los enemigos que tengo, sobra de bueno.» Repliqué: «Yo no creo, señor diablillo, sino que le dió á v. md. D.ª Margarita el segundo doblado como á Elisea, por donde la quiero por amiga y no por contraria.» Respondió: «Ni me pago de cuerpo ni alma ajena, que hartas traigo tras mí en pena, ni me llame amiga, que mal lo puede ser una cuerda de un necio.» Volví: «Pues trae encomienda de Malta, oígame siquiera como hermana de hábito.» Respondió: «Tampoco, que luego quieren ser hermanos de leche», que así llaman á los *collaços* en Castilla (2). Volví: «Ya que v. md. me condena sin oirme, déjeme, siquiera, morir bien y abrazado besar esa cruz.» Respondió: «Como me tratan de besos, luego los tengo por Judas.» Volví: «Pues v. md. no tiene caridad, no debe ser la cruz verdadera; bese la mía, que lo es.» Respondió ella: «Así debe de ser, que la mía está en jardín y la vuestra en el muladar.»

Después de media hora de bromas y respuestas de éstas, se vino á buenas, diciendo cómo la pedía su tía que la viniese á disculpar, que quedaba con una visita, y que era de varón. Díjela yo: «Desa suerte dígale v. md. que yo soy el enfermo y no ella; y, por ver si tiene v. md. tan buena pluma como el pico, acete este papel por virtud del poder, y, ó traiga la respuesta como mensajera, ó la dé como principal.» Tomólo, y viendo que era un soneto, dijo, riendo: «No viene firmado, mas yo lo doy por confirmado. Portugués y poeta, fiesta doble: yo lo leeré esta noche y será pagado cada uno según merecimientos.»

Despidiéndose, la dije en qué la podía servir, fuera de zumbas. Respondióme: «De servicio» (1). Respondí yo: «Por delante quisiera yo servir á v. md. y no por detrás, como traidor.» Y ella: «Sea de orinal, y no riñamos más ya.» Y no tenía 16 años la inocente.

13 DE JUNIO

El lunes, hicieron los frailes del monasterio que el duque estableció en sus casas, la fiesta del Corpus Christi, porque es costumbre cada convento é iglesia hacer la fiesta con mucha solemnidad. Fué en la procesión el rey y la reina y las damas, todos con velas blancas, y otros muchos señores y mujeres de grandes, que la fueron á acompañar, vestidas muy pomposamente.

Para este acto mandó el duque hacer alrededor de su plaza, una calle entoldada para la procesión con las más hermosas colgaduras y tapicerías que tiene, que son mejores y de más precio que las del rey.

En las cuatro esquinas había cuatro altares, que hicieron en competencia la mujer del duque de Cea, la condesa de Lemos, el conde de Miranda y D. Juan de Borja. Había en ellos solamente reliquias, de muchas invenciones, formas y figuras, con muchos diamantes y piedras engastadas, cruces admirables y vasos de oro y vajillas extraordinarias, con la mayor riqueza que se puede

(1) Todo el diálogo en castellano.

(2) También en castellano llámase *collazos* á los hermanos de leche, aunque la palabra haya caído muy en desuso.

(1) *Servicios*, y con más frecuencia servidores, se llamaba, como escribía en 1603 el ya citado viajero Barthelemy Joly, á «certaines vaisseaux de terre, faictz comme cloches renuersees... mis aux chambres en un coin ou dessoubz le lict, recouerts d' un linge.» Ya se comprende cuál era su uso.

imaginar, que sólo por ver estas cosas se podía venir á la corte.

Llámase el convento de San José (1), son frailes descalzos de San Diego; continúanse estas fiestas de Corpus Christi, y duran más de dos meses, por las muchas iglesias y conventos que hay, que ya tienen sus días determinados.

Como yo andaba en este tiempo recelando la cuaresma de la melancolía de Portugal que se me iba llegando, holgaba de un antruejo á los ojos; y así me llegaba con curiosidad á observarlo todo, y llegando á una rueda de señoras junto á un altar, vi que una decía á las otras: «Hermanas, ¿quieren que hagamos una locura? ¿Vamos á ver comer al embajador y su inglesía?» (2). Y como para pasar un buen día todas son comadres y amigas, se juntaron seis, todas mujeres nobles y de caballeros, como después supe, y entre ellas D.ª Juana de Rivadeneira, mujer de Pedro Salazar, que me pareció muy hermosa y es muy moza, y otras dos poco menos. Seguílas y se metieron en el coche y fueron á buscar á palacio á uno de los maridos que las acompañase, y primero que cuente el suceso, os quiero contar la forma en que comían y cómo eran servidos y hospedados y lo que costaba al rey.

Ya os dije cómo, desde que entraron en España, les dieron de comer á todos por cuenta del rey, y 1.000 mulas, 100 de silla y 400 de albarda (3), y que costaban al rey cada día de estada 2.000 cruzados, y 3.000 cruzados cada día de camino.

Digo ahora que las personas á que se daba de comer pasaban de 700, y que con ellos comían á la mesa 62 ingleses nobles, en una sala grande, donde hacia el medio había una mesa grande de alacenas, que la atravesaba toda, con bancos acolchonados de respaldo de una parte á otra.

A la cabecera, debajo de un dosel, se sentaba el almirante en una silla de brocado; á su mano derecha el conde irlandés, sobrino del rey, al cual daba silla, mas él no se sentaba en ella sino pocas veces; á mano izquierda quedó su sobrino mayor (1), y luego el hijo del estribero mayor del rey de Inglaterra, y el conde de Norris abajo; los demás sin orden, y entre ellos el hijo más mozo y el yerno del almirante.

Tenía cargo de proveerlos el aposentador mayor, Gaspar de Bullón, que muchas veces comía con ellos, y servían además otros dos criados del rey cubiertos y otros 24 hombres ordinarios, que llevaban los platos. El servicio ordinario era de 260 platos de cocina grandes, contando todos los que se ponían en la mesa con comida, y en ellos como 24 cosas diferentes, entrando los antes (2) y postres, á saber, 4 ó 6 de antes y otros tantos de sobrecomida, y dos servicios, que es comida perfecta, por dos veces; y, para mayor claridad, pondré una cena y una comida.

Cuando se sientan á la mesa, están en ella los antes y los postres, que eran estos: Antes: guindas, limas dulces, almendras y pasas, orejones y natillas; todo repartido por 48 platos grandes. Sentáronse á la mesa sin oración ni lavarse las manos, ni cumplimiento alguno, sino sentarse y comenzar á comer.

Luego 24 criados con dos platos descubiertos, cada uno en una mano, y en uno venía olla de vaca, carnero y gallinas, en el otro palominos, como media docena en cada plato. El segundo servicio fué de los mismos 24 criados, el primero en una mano ternera asada, en la otra hojaldrada; el segundo, pavo y pasteles; el tercero, lo mismo que el primero, y así los demás.

Volvieron tercera vez, trayendo gallinas y arroz con leche y carnero asado, repartiendo todo en 48 platos, y así más vaca cocida y torta. Eran los postres: cajas de mermelada, aceitunas, acitrón, confites, obleas, grajeas, medios quesos y cerezas.

La cena, por el mismo orden, fué esta: Antes: ensalada, alcaparras, rábanos y espárragos; primer

(1) No sé que se llamara sino *San Diego*. Sus religiosos pertenecían á la orden de San Francisco.

(2) En castellano.

(3) *600 de silla y 400 de albarda,* dice el ms. del Museo Británico, agregando que "costaban diariamente 1.000 ducados, y cuando andaban de camino, 3.500„ *(Cervantes en Valladolid,* por D. Pascual Gayangos. *Revista de España,* t. 98, pág. 364).

(1) Así el original; pero debe ser *su hijo mayor,* según lo dice el ms. del Museo Británico.

(2) *Ante,* como dice Covarrubias, es «el principio ó principios que se sirven en la comida.»

servicio, pasteles y ternera frita con huevos, pernil y pichones, pato albardado y olla; segundo, perdiz, capones rellenos, otra olla y pierna de carnero, jigote, cabrito, ternera y cabezuelas; postres, peras cubiertas y rábanos, suplicaciones (1) y aceitunas, otras peras y medios quesos.

En llegando los platos, toma el que sirve dos del primer criado y los pone en la mesa, y quita otros dos que le dan; y así van limpiando y proveyendo la mesa.

En el servicio y comida del almirante no hay más diferencia que en el beber, que se lo sirve su copero de rodillas, y un criado del rey le da la toalla entre dos bandejas. Comen muy á lo hidalgo, limpia y concertadamente; comen poco y beben menos, y sin comparación menos de lo que nosotros bebemos en un banquete.

Usan unos vasos grandes de vidrio de limonada, que es vino aguado, que lleva azúcar y trozos de limón nadando (2); con estos brindan y van corriendo la mesa: llevaron una *canada* (3). Acabada la comida, se lavan las manos y se retiran, y noté que no bendicen la mesa, ni dan gracias á Dios (4).

Tornando ahora donde dejamos á las aventureras, digo que entraron en la sala rebozadas, y, pasando por detrás del almirante, que se alegró de verlas y las hizo su cortesía, se apoyaron en la pared á su lado, quedando las más mozas, como más confiadas, junto á él; el cual, volviéndose, las dijo, con muy buena lengua (5): «Señoras, yo estoy en tierra extraña, y con gente rebozada detrás de mí; descúbranse v. mds., no sea traición.» Respondió una: «No hay en España quien no desee de servir á V. Ex.ª, y de envidia de los caballeros, venimos á servir la mesa y de guardia.»

Acudió D.ª Juana: «Lo que V. Ex.ª ha de hacer es aprovecharse por delante de lo que está en la mesa, que por detrás seguras tiene las espaldas.» Tornando á replicar que se descubriesen, que tan buen plato y manjar no era bien que viniese encubierto á la mesa, le respondió: «Perdone V. Ex.ª, que no es razón desacreditemos las damas castellanas de feas, ni quebrar nuestra costumbre; si estuviéramos en Inglaterra, cada una hubiera de dar un abrazo á V. Ex.ª, y el mío, muy apretado.» El, gustando de la conversación, la dijo: «Antes, mientras estoy en su casa, tienen obligación de hacerme ese regalo; y, como fueren á la mía, prometo de hacer lo mismo, y aun más.»

Y viendo que no se querían descubrir, hizo señal que le llevasen la limonada; y levantándose, con el sombrero quitado, la hizo un brindis bebiendo y las dió el vaso: y D.ª Juana le tomó diciendo: «Esto es fuerza; hagamos de necesidad virtud», é hizo que bebía. Entretanto, el almirante la levantó un poquito de manto, mostrando un hermoso rostro, y la hizo una cortesía al rostro.

Ella, dando la copa á otra, dijo: «Toma, hermana, que no sabes lo que te pierdes, que estoy por irme con el señor almirante sólo por brindar.» La otra hizo que bebía y dijo: «¡Ay, hermana, que nos traían engañadas los hombres hasta ahora!» Y así dió la copa á una de la mesa y fué corriendo; y mientras ellas bebieron el almirante y todos estuvieron de pie.

De allí á poco dijo una de las tías (1): «Señor, pues le bebimos á V. Ex.ª su vino, no es razón le quitemos también la comida; lleve Dios á V. Ex.ª á su casa con salud, que todos le deseamos, y sea V. Ex.ª recibido con tanto gusto en Londres, cuanta soledad nos deja en Valladolid.» El lo agradeció é hizo semblante de acompañarlas. Fuéronse á meter en su coche, donde las llevaron de todo lo que había en la cocina, á

(1) Los barquillos de ahora, como explica Rodríguez Marín en sus notas al *Quijote*.

(2) Un *luquete*, hubiera dicho cualquier escritor español de aquella época; palabra que, por cierto, ha caído sin razón en desuso, como desdichadamente ocurre á tantas otras.

(3) Medida portuguesa poco mayor de un litro.

(4) «Hallé las copas muy malas y con muy poca plata y muy ruin. Los servidores parecían lacayos, y hallé falta de algunas personas de más cuenta y autoridad, y la comida grosera, y que los tenían hartos, mas poco regalados, y, como boda de clérigos ó canónigos, mucha carne cocida y asada, mas pocos manjares delicados, y, con efecto, mucha comida, poco regalo.» (Variante del ms. 503 de la *Bibliotheca Publica Municipal Portuense*, consignada en la edición de Oporto, pág. 369.)

(5) En castellano.

(1) De doña Juana, sin duda.

ellas y á dos maridos, que estuvieron allí escondidos, riendo de esta conversación (1).

«Esto se tendrá en Portugal por soltura y liviandad; mas, supuesto ser en corte y en esta ocasión» (2), pregunto: Estas señoras ¿en qué ofendieron á Dios, á su prójimo ó á su opinión? «Ellas se huelgan hacer esta honra á los extranjeros, que lo preciaron harto, vuélvense á sus casas; holgara de saber en qué está el mal en esta facilidad y llaneza, tan contraria á la hipocresía y cautiverio de Portugal»; que, como si las mujeres no fueran nuestras hermanas é hijas de nuestro país, ni fueran cristianas, y sí bichos que vuelan y saben hablar, las queremos hacer animales irracionales y brutos fieros, y que no vean, ni hablen, y meterlas como leones en cisternas. No nos acordamos de lo que dijo Rodomonte:

Chiuder leon se denno, ossie serpenti,
E non le cose belle ed innocenti (3).

Y así, piensa un hombre que se casa con una mujer y hállase con una burra, que cada vez que ha de hablar á vuestro pariente ó huésped, ó entrar en la iglesia, os ha de avergonzar y dejar corrido, como si no fuera dote en la mujer la buena presentación, cortesía y crianza, pues más representa y llena una casa una señora discreta y de buen modo, que otra acompañada de 20 criadas y 30 guadamecíes.

De manera que, en buena mercancía, hallo yo que mujer de buena persona y representación excusa muchos pajes y damas y trae consigo cama y almohadas; y, en fin, buen término y cortesía nunca hace mal á nadie, y mujer bestia y oprimida se ha de dejar con la carga, y la avisada también tiene arte para estimarse y guardar, y, á lo menos, para disimular.

Y tornando á lo que decíamos á este propósito, os quiero contar que los días pasados, estando en casa de José de Iraci, jugando con su mujer é hijas á los pistoletes, dijo ella: «Señores, las mujeres, como tienen entretenimiento, no hay cosa más pesada para ellas que el marido; por eso dejo á v. mds.; entreténganse, mientras voy á un negociocillo; y tú, Angelica, canta aquel romance nuevo, que se holgarán de oirle» (1).

Y los castellanos en esta materia son muy poco escrupulosos y largos de conciencia; y así ordinariamente, yendo á visitar á un hombre, os reciben donde está su mujer; y, si no está en casa el marido, habláis con ella y os da razón de todo, y no ha de esconderse ni entrar de una casa á otra, sino que tienen la misma largueza que el marido.

El buen D. Alonso de Avalos (2), casado con una de las nobles y virtuosas señoras de la corte, decía, tratando de la tiranía que en Portugal se usa con las hijas y mujeres: «Dióme Dios, y tomé yo, mi mujer por compañera y no por mi esclava; entregáronmela sus padres por hermana, y no por cautiva; por muy mala la debo tener, pues fío della tan poco; poco la debo querer, pues tomo para mí los gustos y dejo para ella las pesadumbres. ¿Qué ley consiente que la quiera para alivio en mis trabajos, y no quiera su compañía en mis gustos? ¿Que en la afrenta ó necesidad las lágrimas de sus mejillas sean el pañizuelo con que limpio las de mis ojos, y que en las ocasiones de la alegría no sea su compañía el peregil para mis gustos? ¿Que, mientras la enamoro, ande acechando una ocasión de fiestas para darle la ventana donde la saque en la plaza, y, tanto que es mi mujer, la eche unos grillos á los pies y cien candados á la ventana de su casa? Diéronmela sus padres para vivir y no para morir sólo conmigo.

»Si llaman al casar tomar vida, ¿por qué la ha de perder la mujer que se casa? Si al santo matrimonio llaman yugo, ¿por qué ha de haber herejes que aparten lo que Dios juntó, y quieren que acompañe y ayude á llevar el yugo al labrar la tierra y no al coger el fruto?

»Desta suerte tienen sola la mitad de la hacienda, que vale menos, y no en la vida y libertad que vale más. ¿Con qué se paga á una mujer el cuidado infalible de su casa, limpiar platos,

(1) En castellano todo el diálogo.

(2) En castellano esto y lo que poco más abajo va entre comillas.

(3) *Orlando furioso*, c. XXVIII, oct. 100.

(1) En castellano.

(2) Sin duda D. Alonso de Avalos, comendador de Ibernia, hijo natural del IV marqués de Pescara.

ordenar comida dos veces al día, aderezar camas, y componer ellas, sino con tener al domingo para alivio de sus trabajos, pues hasta Dios, dice la Escritura, se cansó de ordenar la casa, que puso al hombre en el mundo y descansó en el domingo?

»Es la diferencia de la vida y cuidados de la mujer á la del marido, lo que hay de la vida del soldado á la del estudiante; el letrado estudia toda su vida, el soldado en una sola hora se aventura á perderla ó ganarla.

»Los negocios de un hombre son de una hora en treinta días, el cuidado de una mujer es de treinta horas en un día. Apretemos más el negocio. Vase mi mujer á holgar con sus amigas ó criada en un coche, dícele el otro galán que es hermosa, dale un ramillete ó sea una merienda; llegamos á lo imposible, que tropiece al pie de un árbol como Eva: ella vuelve á la noche para casa muy contenta y alegre. ¿Quién murió, señores?» (1).

Aunque no tomemos esta peroración de don Alonso conforme al espíritu ó confianza de la virtud de su mujer, con quien hablaba, sino en el sentido literal, no quiero yo decir que la compostura, modestia y recogimiento de las mujeres no sea el mayor bien que Portugal tiene, tanto que todo lo que pierde en la opinión de las otras naciones por la ignorancia de los hombres, gana por la honestidad y virtud de las mujeres; mas repruebo la desconfianza de los hombres y el cautiverio servil en que muchos tienen á sus mujeres á hijas, obligándolas con tanto cerrar las puertas á que se salgan por las ventanas y con los grillos de los pies que salten por los tejados, principalmente siendo [el] Evangelio lo que otra vez decía el mismo Iraci, que, como hombre que había estado en Portugal, y muy lenguaraz, hacía esta predicación (2): «Juro á Dios, señores, que, si ellas quieren, ni Dios lo puede remediar, porque

Se più che crini avesse occhi il marito,
Non potria far che non fosse tradito (3).

(1) Todo esto en castellano.
(2) En castellano lo que va entre comillas.
(3) *Orlando furioso*, c. XXVIII, oct. 72.

Por donde, señores, dicen en Castilla: la mujer, lo bueno es no apretalla; y la Escritura: *Qui multum emungit elicit sanguinem.* Y Publio Mimo, apud Gellium (1), lib. 2., capit. 4: *Læsa sæpius patientia fit furor;* porque la verdad es que si aprietan mucho con la clavija, ha de quebrar la cuerda. ¡Qué hará la necia!

«Cordura es hacer del ladrón fiel, y no despertar el perro que duerme; piense antes que me engaña, que no que lo sé y me contento con reñir su liviandad. Con razón llaman en Castilla á los grillos de las manos *esposas* por metáfora, y en Portugal á los travesones (2) de los pies *sueltas* por antífrasi; porque nada ata más las manos á un hombre que una buena mujer, y nada suelta más las piernas á una mala que echarle manos (?) sueltas en ellas, que para una mujer hambrienta las piedras son pan, y para una resoluta y disoluta los hierros son yerros, porque no hay ningunos que no sean ocasión de otros.» *Hæc ille.*

En resolución: la experiencia nos muestra que en Portugal ni todo lo que reluce es oro, y en Castilla no por no ser cautas dejan muchas veces de ser castas. Y así, ni acepto que en Castilla sean Virginias, ni en Portugal cartujas; ni alabo la necedad del que reñía de antemano á la desposada porque descubría el brazo al barbero que la sangraba, ni la largueza de las castellanas en irse á meter en el río desnudas, debajo de sus sábanas, que á veces quédanles sirviendo para su oficio, y otras libertades semejantes; mas debo dar muchas gracias y alabanzas á mi paciencia, que me deja contentar con dar gracias á Dios en la iglesia, sin oir desgracias en la plaza, porque yo reniego de la mercancía en que tan malas Pascuas alcanza el comprador como el vendedor.

(1) En el original, erróneamente, *Belium.* Se trata de Aulo Gellio, que en sus *Noctes atticæ*, l. 17, c. 14, cita varias sentencias del famoso mimógrafo romano Publio Siro, entre ellas la alegada por Pinheiro.

Hay también error en la cita del libro y capítulo correspondientes, acaso porque en el manuscrito aparezcan ambos expresados en números romanos confusos. Parecida explicación tendrá tal vez la discrepancia de capítulos en una cita de la crónica de D. Juan I, hecha más arriba.

(2) Trabaduras.

Y pienso se puede contar de las damas lo que el otro dijo: Guerra, hablar de ella; caza, comprarla en la plaza. Y mucho menos en Portugal, donde para compraros un caballo, le habéis de dar mil vueltas, y con subiros en él mil veces, no le descubrís el defecto; y la novia, que Dios guarde, habéis de tomarla como la halléis, como dice la cabra (1), en la tienda del mercader, y no al tacto, sino creer por fe lo que os dicen, y encontráis que en cuanto á mí, no me coja Dios en soberbia, como dicen las viejas, mientras soltero y suelto, antes aceptara ser cornudo una hora por otra, que vivir toda la vida con la señora fulana, de que Dios me libre. Y cuando me casara, como son grandes mis pecados, habría de saber á quién me vendían, y que no fuera moza latina ni dejara de entender mis latines.

Ma d'un parlar nell' altro, ove sono ito
Si lungi del cammin ch'io faceva ora? (2)

Y así pongo fin al sermón con una gracia de una señora castellana, que, estando un viernes viendo comer á los ingleses, que comían cosas de huevos y leche, la dije yo: «Espántame, señora, cómo gente tan escrupulosa come cosas de leche el viernes.» Respondióme: «No presuma V. Md. mal: quizá tendrán la bula de la Santa Cruzada» (3). Parecióme mal que en los días de ayuno de la Iglesia les diesen cena en forma, porque hallaba más conveniente y autorizado en el rey darles diversas cosas de colación, y allá comiesen ellos lo que quisiesen, mas no darles carnes en los días de ayuno, ni en los viernes y sábados.

No dejaré de deciros cuán ricamente ví vestidos á los ingleses, lo que particularmente noté, y en otros días en que los ví comer y en que fuí á ver la recámara del almirante, donde dejan las capas cuando se ponen á la mesa. Son altos de cuerpo, conocidamente más que nosotros, blancos y rubios, y traen el cabello como Nazarenos, los más de ellos hasta los hombros. No hay ninguno que no tenga hermosísimas manos y las tratan con cuidado. Son, en efecto, gentiles hombres, aunque fríos, desmadejados y sin bríos, y lo parecen más con las cabelleras y las capas de agua largas, que traen hasta la rodilla.

Su traje es manteo de festo con trencilla, sombreros de castor blancos ó negros, como los de las romerías de nuestros abuelos, en ellos trencillos de oro y medallas de diamantes y rubíes muy grandes, hechas á costa de nuestros barcos de la India.

Los más andan en jubones de tela muy ajustados de cintura, otros traen encima cueros de golpes bordados de oro ó seda perfectísimamente, traen casi todos calzas como nuestras pedorreras antiguas, ó como las que hoy se usan, pero más cortas, y los golpes ordinariamente no son cortados, sino doblados unos sobre otros y por encima bordados.

Usan también calzones con muchos pliegues y ropillas de los más hermosos setíes de sedas que se puede imaginar ni se vieron nunca en la corte, y son de dos forros de otros setíes, el primero con golpes grandes, el segundo con piques menores, tomados con moscas de oro y seda; los ferreruelos muy cumplidos, que los afean mucho, de velludo liso ó seda, con palmo y medio de guarnición; y traen algunos tan hermosos vestidos y tan costosos como los mejores de la corte, con ser los que referí; porque traen chamelote de oro y telas riquísimas, y encima bordados de primavera y otras labores muy perfectas, hasta los zapatos de la misma obra; y ví muchos con aljófar y otros de gamuza, todos labrados de crisólitos, hasta los propios zapatos.

Lo que mejor me pareció fueron algunos ropones de grana con lacería de aljófar y los alamares de perlas como garbanzos, y no usan cadenas, sino medallas; y, en efecto, entiendo que los andan escogiendo *grano y su hermano* (1), y solamente las capas repruebo, principalmente á caballo, porque sus sillas son como sillones sin arzón y quedan las capas sobre las ancas de los caballos muy feas.

(1) Hay alguna alusión que no entiendo.
(2) *Orlando furioso,* canto XVII, oct. 80.
(3) En castellano el diálogo.

(1) Frase usual.

14 DE JUNIO

El martes sucedió el más galante hurto, que el Caco de Virgilio y Brunello de Ariosto, ó el «fraudador de los ardides» de Feliciano de Silva, nunca cometerán (1). Pasaban seis ó siete ingleses en un coche del rey, iba uno en el estribo vuelto para dentro, y llevaba en el sombrero una medalla de diamantes como la palma de la mano; viéndola relucir un mancebo que pasaba por medio de la vía pública, y en pleno día y entre la gente, se le llevó de la cabeza.

. . . . . .e via la porte,
Come lupo talor picciolo aguello,
O l'aquila portar ne l'ugna torta
Suole o colombo, o simile altro angelo (2).

Habiendo ya casi escapado por una calle, le siguió y acorraló un hidalgo á caballo; acudieron alguaciles y le fueron á encontrar dentro de un pozo, donde bajó agarrado al sombrero como lagarto (3); condenáronle luego á la horca aquella noche, y temiendo el Almirante le ahorcasen antes de la mañana, fué luego á pedirle al rey, por no dejar á nadie quejoso en España, y á las once firmó el rey el perdón y le echaron á galeras para siempre.

15 DE JUNIO

El miércoles no hubo cosa notable. Contáronme, mas lo tengo por mentira, que el hijo mayor del almirante fué á revelar al rey que era católico, pidiéndole diese orden para que su país le dejara á su servicio, y que Su Majestad le hizo mucho honor y le animó á perseverar en el mismo propósito, dándole palabra de procurar que su país le volviese á mandar á la corte, porque ahora podía perjudicar á la paz que el embajador se quejara de que le retenían á su hijo. Con la misma incertidumbre digo que me contaron que el propio almirante dijo, en casa del duque de Cea, que había escrito al Papa sobre reconciliarse con la Iglesia romana, pidiendo las rentas que tenía de la Iglesia.

Lo que aseguran es que el embajador que queda es católico y así lo son algunos, que consienten en quedar aquí. Y sucedió en el seminario ó colegio de jóvenes ingleses, que hay aquí en Valladolid, para volver á morir por la fe (1), que, acabando un inglés noble de confesarse, entró otro con el mismo fin; el primero, temiendo que le vieran esperar, se salió, diciendo que había venido á ver á un pariente suyo, y, volviendo luego para comulgar, halló al amigo que se estaba confesando, y en saliendo le echó los brazos al cuello, y, llorando ambos de alegría, se fueron á comulgar, descubriéndose los corazones, y así dicen que lo hacen otros, mas encubiertamente, y me enseñaron dos que se iban á Roma.

Yo hablé con algunos y cierto que es una confusión la en que viven, que ni ellos se entienden; y así el padre es de una secta y la madre de otra y los hijos de otra.

Uno de estos me contó que conoció en Flandes á un hijo de D. Manuel, hijo del Sr. D. Antonio, y que los hijos eran católicos y las hijas herejes como la madre, y que tendría 14.000 cruzados de renta, y que vió en París á su hermano D. Cristóbal, que anda como un hidalgo pobre, y le da el rey poco más de 600.000 reis cada año y *otro buen viejo* (2) Arias Gonzalo de Diego Botelho, que vive en el convento de San Francisco, donde va cada día á visitar á su desgraciado rey, el cual está lastimosamente metido en un

(1) *El caso de Virgilio,* dice el original. Es evidente errata. Se trata de Caco, hijo de Vulcano, que robó los bueyes á Hércules. *(Eneida,* l. 8).

La alusión á Brunello—*Brunetto,* dice equivocadamente el original,—refiérese al robo del anillo, de que se da cuenta en el canto III del *Orlando furioso.*

El fraudador de ardides. Uno de los infinitos personajes imaginados por Feliciano de Silva, el fecundo autor de libros de caballerías.

(2) *Orlando furioso,* c. XI, oct. 20.

(3) Alude á la costumbre de los muchachos portugueser, que en las aldeas suelen coger lagartos y llevarlos en el sombrero.

(1) El fundado por Felipe II, que subsiste aún.

(2) En castellano estas palabras. Alude á los romances del Cid, donde se llama á Arias Gonzalo *buen viejo.*

ataúd de pino, metido en la pared, cubierto de bayeta, con unas banderas de lo mismo y unas letras en papel, que son sus epitafios, en que se ve lo que somos, pues, habiendo allí tanta gente, no hay siquiera quien le entierre bien; aunque él parece que tuvo alguna estrella pícara en vida y en muerte, y venturosa solamente en huir, y la misma estrella alcanzan los hijos, que tan espaldadas andan estas reliquias suyas y del Portugal viejo, que se le puede aplicar por ironía lo que de Pompeyo dice Marcial por grandeza, que á él le mataron en Egipto, que cae en Africa, á Sexto Pompeyo, su hijo, en España, y á Cneo Pompeyo en Asia:

Pompeios juvenes Asia atque Europa, sed ipsum
terra tegit Libyes, si tamen ulla tegit.
¿Quid mirum toto si spargitur orbe? jacere
uno non poterat tanta ruina loco (1).

Igual les fuera venir á ponerse á los pies de Su Majestad y vivirían más honrados que bajo los pies de los extranjeros luteranos (2).

(1) Marcial. L. V., ep. 76.

(2) Alude Pinheiro en estos párrafos á D. Antonio, prior do Crato, pretendiente de la corona portuguesa, y á sus descendientes. Su hijo D. Manuel, á quien en primer término se refiere, nació en 1568; vivió, efectivamente, en Holanda, donde tuvo grande amistad con el príncipe Mauricio de Orange, que le casó con una hermana suya. Con su segunda mujer Ana de Sajonia tuvo varios hijos é hijas, y, como dice Pinheiro, mientras aquéllos profesaron el catolicismo, éstas fueron protestantes.

De acuerdo con la opinión de Pinheiro—que, como puede observarse, era partidario resuelto de la sumisión á España,—acabó por "ponerse á los pies de su Majestad„, aceptando de Felipe III un elevado destino.

El D. Cristóbal á quien luego nombra Pinheiro era uno de los hijos naturales de D. Manuel, que vivió en París, donde murió en 1638. El *buen viejo* Diego Botelho era el fidelísimo servidor de D. Antonio, veedor de su Hacienda y de su Consejo de Estado, compañero inseparable en sus adversidades. Con él vivió cuando, pobre y abandonado, el prior do Crato tuvo su residencia en París, sin perder sus esperanzas de conseguir la corona de Portugal y proclamando de contínuo sus derechos. D. Antonio murió en 26 de Agosto de 1595, y fué enterrado, como deja entender Pinheiro, en el convento de San Francisco, con un epitafio latino en su sepultura.

16 DE JUNIO

El jueves se fué para Portugal mi buen amigo, dejándome cargado de tristezas y obligaciones; y como á heredero universal de acciones activas y pasivas, me dejó á mi cuenta su alma tan triste, como quien se apartaba de cuerpo tan contra su voluntad como Vasco Figueira (1), quiero decir, la señora madama Ursula, que acepté á beneficio de inventario.

Habíame yo hallado presente á los oficios, que fueron de nueve lecturas con sus lamentaciones, á las vísperas y día, extrañándome, en cabeza tan leve, conversación tan apacible y condición tan alegre, ver tanto sentimiento.

Y se me recuerda que, estándose despidiendo, le pedía ella que se detuviese algunos días, y él respondiendo fuera de propósito decía: «¿Quién vió nunca tan hermosas perlas, más gracia en rostro y más gracias en lágrimas?» Y ella respondió: «Antes no debo tener gracia, ni estar en ella, pues hago tan pocos milagros, pues hizo el otro parar el sol para matar, y no puedo yo detener un hombre para darme la vida» (2).

Estaba él maltratado de cierta enfermedad de entretenimiento, que él decía que no sabía cómo se la pegaran, si no fuera al tomar agua bendita en alguna iglesia, y sacó ella de la faltriquera de la saya una alcorza, que le dió; él besando la alcorza, dijo que ya estaba curado, y que olía á agua de ángeles.

Dijo un amigo: «Ya puede ser que la haya sacado, mi señora doña Ursula, de la fuente de la Salud». Añadí: «Tiene V. Md. razón, que ansi llaman al que está junto de la casa de la Penitencia» (3). Ella, acudiendo al remoque, dijo: «Pues, á fe mía, que alguno me oye que á traición quiso entrar en ella y no le bastó mostrar las heridas (4).

Es tan traviesa la Ursula, que, hallando yo una mañana al marido en la escalera muy cabizbajo y

(1) Alude al proverbial epitafio de Vasco Figueira, que yacía en el sepulcro "contra sua vontade„.

(2) En castellano la respuesta.

(3) Por aquí se ve que la fuente de la Salud no era la que hoy lleva este nombre, sino otra situada cerca de San Felipe de la Penitencia (Campillo de San Andrés).

(4) En castellano el diálogo.

á ella melancólica, y preguntándole qué era, me respondió: «Quiere D. Fernando que le haga ahora regalo como á novio, y que le muestre mucho gusto de los suyos, y como no le tengo, le digo: hermano, tu olla de vaca y carnero no te la niego, mas perejiles y sainetes soy ya vieja para ellos, y no los sé hacer; yo, hermano, sélas mejor que el diablo, mas no es la miel para la boca del asno, y más que en la boca del casado no hay para qué haber florecillas, sino cuando hay huéspedes» (1).

Acuérdaseme que, en yéndose el amigo, la paseaba un indiano moreno de rostro, y quejándoseme desde la ventana porque no la veía, respondí que tenía miedo me matasen: ella, después de muchos juramentos, añadió: «Y esto porque no falten gatos, ni la carne sea mala, ni haya en casa quien le diga: zape. Mas la enfermedad de la ausencia de nada me deja gusto» (2). Y esto decía porque el marido es muy muelle, con ser mancebo y muy principal.

Luego os contaré otras cosas; ahora diré solamente que, yendo de visita á una casa, á donde se mudó, y hallando en el portal un oficial que labraba boceles y tinteros de cuerno, le dijo: «¡Buen provecho le haga á V. Md. la buena mercaduría de su tienda!» Repuso ella: «Antes es harto mala, pues hay más que puedan vender, que no comprar». Y dijo más: «Y quiero contarle que ayer vino D. Fernando con D. Diego Escudero, que, V. Md. sabe, me pasea muy contra á mi gusto; sentáronse en ocasión que quemaban abajo los cuernos; la hedendina [fué] tal que fué luego para fuera D. Fernando y D. Diego, y ansi, el ladrón tras el alguacil, me dejaron sola con las armas de mi dueño, que no le deben oler como á mí» (3).

Y, porque veáis que *cuál más, cuál menos, toda la lana tiene pelos* (4), sabréis que estando el amigo para partirse, halló menos á la Almeydinha, que es una moza que trajo consigo, que, con tener allí padre y madre, no bastaron todas mis predicaciones para quitarla de la cabeza que había de quedar aquí, y, en efecto, toda la noche anduvimos tras ella corriendo la ciudad, hasta que casi de madrugada la descubrimos en casa de una vecina.

He aquí que, hallada ésta, desaparece Catalina, su esclava cocinera; encontrámosla departiendo con un paisano suyo, que el rapaz de Cupido acierta en el negro cuanto en el blanco; y pocos días después huyó otro, el Gaspar Manso, por donde parece que se acaban las amenazas de vender los negros á Castilla (1).

Y, porque no tengáis á las mozas portuguesas por poco tontas, cuatro días antes una sobrina de Talleyro, doncella de 17 años, sana y robusta, bajábase por la ventana y venía de noche á conversar con Borges, un paje de casa; y esta noche, cuando se volvió, halló menos una piedra por que trepaba, poniéndola sobre otra, y volvió á llamar de madrugada, y mandamos un criado que la fuese á ayudar á trepar, porque el otro se escondió temiendo que le prendiesen. Por donde se ve que también las lusitanas son mujeres de conversación y que no las falta más que el ejercicio, pues vemos que, como melocotones, se mejoran fuera de la patria.

Sarao

Esta noche hubo sarao real en el salón grande nuevo, que para esto se hizo con la mayor majestad y grandeza de lo que nunca se vió en España, por las cosas que concurrieron en él, como por la sala é invenciones de ella (2).

(1) En castellano.
(2) En castellano.
(3) En castellano el diálogo.
(4) En castellano este refrán.

(1) Alude aquí Pinheiro á los criados de su amigo, que había vuelto ya á Portugal.

(2) A más de la descripción de este sarao que se hace en las relaciones generales del bautismo de Felipe IV, cítanse las siguientes:

Sarao que sus Magestades hiçieron en palaçio por el dicho (sic) *nacimiento del prinçipe nuestro señor don filipe quarto deste nonbre, en la ciudad de Valladolid, á los diez y seis del mes de Junio, año de 1605.* (Ms. cit. por Alenda).

Relación del Serao q. se hizo en la corte en Junio de 1605. (Id. íd.)

Relación del sarao y máscara con que se celebró en el palacio real de Valladolid, el 16 de junio de 1605, el

Costó hacer la sala 60.000 cruzados, y es tal que después de preparada la madera, se trajeron para ella y pasadizo 18.000 carros. Está armada sobre columnas de madera muy gruesas y altas para quedar al igual del pasadizo, detrás de lo cual queda lo que le sirve para corredor por la parte de Palacio, y por encima le queda todavía vista para la plaza.

Tiene por dentro de largo 210 palmos y de ancho, en proporción, casi sesquiáltero, 75; de alto 50; es enladrillado; el interior tiene cinco paños, con el techo que llamamos *de esteira,* y ellos llaman *cielo llano,* repartido en artesones ó compartimentos cuadrados, con sus rosas ó bacinetes, acompañadas de follajes ó grutescos alternados, con sus frisos ó festones dorados, y en los costados una perspectiva de columnas y arcos que engañan la vista, pareciendo que está el techo armado sobre ellas; todo dorado y pintado al óleo con mucha gentileza.

Andase toda la sala por fuera por corredores, que tiene alrededor de dos pavimentos; por el lado de dentro queda como galería con dos órdenes de ventanas; en el frente quedan 14 de cada parte, mas no llegan á las esquinas.

Sobre esta se hizo un mirador con su orden de ventanas alternadas, unas de arco, otras de escuadra, con su lucera encima; los arcos con sus medias columnas arrimadas á los pilastrones con basas y capiteles dorados, por encima sus frontispicios y entre ellos claraboyas y por encima su arquitrabe, friso y cornisa, y sobre ella se armaba el revestido.

Estas ventanas ocupan toda la sala en redondo y tienen de cada parte 24, y en el testero 6; en la entrada se hace un recibimiento y sobre él se halla un coro, armado sobre cuatro columnas, á modo de media naranja, compuesto el techo de espejos grandes y pequeños sobre azul, en los que reverberando la luz de las luminarias, se representaba todo más hermoso (1).

En el testero, en lugar de dosel se hizo un trono, á modo de arco triunfal; fórmanle 12 columnas dobladas estriadas con su pórtico y frontispicio (2), el cual representaba el templo de la Virtud y en la cúpula la Fama, y sobre los capiteles figuras de ángeles de tamaño natural (3); en los intercolumnios de la parte de dentro y de fuera, con sus centros jaspeados, quedaban cuatro figuras de cuatro virtudes, con sus insignias, á saber: la Religión, con el caduceo de Mercurio, la Justicia con el rayo de Júpiter, la Prudencia con la esfera y la Victoria con palmas. Ellas y toda la obra del templo de oro bruñido, sin otro color; dentro, en él se pusieron cuatro sillas de brocado para los reyes y una en medio para la infanta, que había de representar la virtud perfecta.

Cuanto al adorno exterior, en las esquinas estaban los paños de Túnez; del primer orden de ventanas para abajo, otros de menos seda, de raso y oro; en las ventanas cortinas verdes, en los intercolumnios tafetán de verde y oro.

En el lado derecho se hizo un tabernáculo bajo para los contrabajos ó violines, y otros dos coros se ordenaron en las ventanas de las galerías, uno enfrente del otro, para los demás instrumentos, y músicos de una parte y otra alrededor de la sala; apartados 12 palmos de las paredes se pusieron bancos con alcatifas, y de la parte de dentro quedaban las damas arrimadas á ellos, y para atrás se hicieron unas tarimas con tres escalones en que quedó la gente, para no quitar la vista á los que quedaban detrás; las damas se sientan en las alcatifas, y los grandes que tuvieron lugar con ellas, en almohadas. Para alumbrado, había en la sala 18 blandones de plata, 9 de cada parte, que pesaría cada uno cuatro arrobas.

En la cornisa de abajo del primer orden de ventanas, que tenía tanto saliente que andaba un

---

nacimiento del príncipe Don Felipe. (Ms. de la B. de Salvá).

En el adorno de este salón tomaron parte Gregorio Fernández, Bartolomé Carducho, Fabricio Castelo, Patricio Caxesi, Milán Bimercado, Cristóbal Velázquez y otros artistas (V. Martí: *Estudios histórico-artísticos,* págs. 393 y 607).

(1) Este camarín de espejos fué obra del pintor Juan de Torres.

(2) Obra del escultor Cristóbal Velázquez.

(3) Indudablemente las que hicieron Milán Bimercado y Gregorio Fernández.

hombre, observando y espabilando (1), había 24 candeleros de plata, que con seis del frente eran 30, de tamaño y hechura de platos de agua para las manos, ó bandejas de fruta, que parecían pesar más de 12 arrates, con sus blandones en los dos arcos, 27 remates ó bolas de plata de tres luces, y en las claraboyas otros tantos candeleros de cinco luces, y venían á ser las piezas de plata, fuera de infinitos velones ordinarios, 126, y las luces de ellas 288; y todas pasaban de 350, con lo que quedaba tan clara

Ch'acceso esser parea di fiamma viva;
tanto splendore intorno e tanto lume
raggiava, fuor d'ogni mortal costume (2).

Y, con todo, no había humo, porque á más de las ventanas que salen á los corredores, en el techo tienen algunas claraboyas, disimuladas para ese efecto, y así le compete la semejanza de la casa de Logistilla (3):

Il chiaro lume lor, ch'imita il Sole,
Manda splendore in tanta copia intorno,
Che chi l'ha, ovunque sia, sempre che vuole,
Febo (mal grado tuo) si può far giorno.
Nè mirabil vi son le pietre sole;
Ma la materia e l'artificio adorno
Contendon si, che mal giudicar puossi,
Qual delle due eccellenze maggior fossi (4).

En las ventanas bajas de la mano derecha estuvieron los ingleses y embajadores, el conde de Miranda y Consejo Real, Cardenal, Grandes, Inquisición y Consejo de Guerra; al lado izquierdo, los demás Consejos y criados del rey. En la galería de encima sus mujeres y de una parte y otra del templo, en alcatifas, las mujeres de los grandes y algunos más; por detrás de los bancos y á la entrada de la sala toda la gente que pudo entrar, con mucho desorden, y ponían en 3.000 personas las de la sala; y, como las damas é hidalgos estaban tan brillantes que no había sino brocado, oro, diamantes, joyas, cadenas y plumas, parecían representación ó pintura de la gloria, y en su comparación

Taccia qualunque le mirabil sette
Moli del mando in tanta gloria mette (1).

Y, siendo ya casi las diez, no estando todavía los reyes en la sala, por estarse vistiendo, la figura de la Fama, que estaba sobre la cúpula, puso con artificio la trompeta en la boca, comenzó á tocar y luego los dos coros que estaban en las ventanas de la sala comenzaron, preguntando uno y respondiendo otro, á cantar sus cinco letras, en que declaraban cómo el carro que entraba era la Virtud, que triunfando se venía á ofrecer al príncipe con las demás virtudes, y por la misma manera los coros cantando declaraban lo que cantaban las figuras que iban entrando (2).

Luego entró un carro triunfante, de forma de navío, el espolón bajo, la popa alta, levantada 25 palmos, toda de obra de relieve de oro bruñido, con muchos mascarones y aldabones de la misma manera y obra; llevábanle dos hacas pequeñas, con sus aderezos de tela encarnada de plata, y traían zapatas de velludo y cuatro hombres de la misma librea, que las llevaban del diestro.

Tenía el carro seis gradas, y en la popa venía la infanta de encarnado y plata, con máscara y tocas altas de velillos y á sus pies dos meninas con antorchas, que eran doña Sofía Araiz y doña Luisa Pacheco, y más abajo la Felicidad, con insignias de cornucopia, y el ave Fénix, y era la duquesa de Villahermosa, vestida de tela de oro carmesí y mucha pedrería.

Delante venían seis meninas, damas de la infanta, que representaban seis virtudes, vestidas de las colores que convenían á la Magnanimidad, Liberalidad, la Seguridad, Prudencia, Esperanza y Paz, y eran doña Juana y doña Isabel de Aragón, doña María de Velasco, doña Catalina de

(1) Las luces, claro es.

(2) *Orlando furioso,* c. XXXIV, oct. 51. Uno de los narradores arriba aludidos, escribe: "Contenía la pieza en torno dos órdenes de corredores de tan elegante arquitectura, que fueron capaces de acoger en sí toda la nobleza de la corte, adornados con tantas luces y blandones de plata, sobre las cornisas y pavimentos, que osaron desmentir los horrores ordinarios de la oscuridad„.

(3) Alude al episodio del *Orlando furioso,* canto X.

(4) *Orlando furioso,* c. X, oct. 60.

(1) *Orlando furioso,* c. XXXIV, oct. 53.

(2) En la *Relación* inserta al final pueden verse más minuciosos detalles de todo esto.

Guzmán, doña Bárbara del Mayno y doña María Zapata.

Delante del carro iban 18 chirimías y otros tantos instrumentos y violines, con sus ropas rozagantes, venecianas, de tafetán amarillo, con pasamanos de plata, sombreros cuarteados de trencillas, con sus velillos de plata y grandes rosas en los brazos, y alrededor del carro 24 pajes del rey con antorchas blancas, con máscaras de las mismas colores y velos de carmesí y plata, y de esta manera cubren la mayor parte de los vestidos.

Entró el carro hasta el templo, de donde bajaron cuatro mayordomos de la infanta y la sentaron en la silla del medio, y las meninas con sus antorchas en las gradas, y el carro se volvió con el mismo orden.

Cuando la infanta se sentó, quitóse la careta; y, llamando á un mayordomo, pensando que quería decir algún dicho, repuso ella: «Mirad no se os olvide mi merienda, que habemos de estar aquí mucho» (1); con lo que hubo mucha fiesta en la sala.

Con otra música, que declaraba el intento de la máscara, se cantó cómo aquellos que aparecían eran los antiguos héroes y heroínas, que venían á visitar al príncipe, que había de llegar á ser uno de ellos; y luego se corrió la cortina del carro y aparecieron en él 60 galanes y 16 damas con antorchas en las manos, y los músicos arrimados á la pared tañendo; y los 24 pajes alrededor con los trajes riquísimos que llevaban. Fué vista hermosísima.

La librea de los hidalgos era de dalmáticas, como los emperadores romanos, y mantos de tela de plata caídos del hombro y recogidos en el brazo izquierdo con morriones de tela, con muchas lacerías de perlas, con plumas y otras lozanías, calzas de encarnado y oro, cadenas de piezas y sus máscaras.

Las damas, basquiñas de tela blanca bordada de canutillo de plata escarchada, y por encima de los jubones cueros con faldones á lo romano, con borlas y mucha pedrería y perlas por ellas, tocados extranjeros con gorgueras y gorrillas con penachos y sus velillos al desdén, que dan mucha gracia, y sus máscaras venecianas que fué la mejor invención, porque todas son feas, y sus antorchas.

Continuaron los coros con su música, y en esto comenzó á bajar una nube artificial y venían sentados en ella dos héroes y dos ninfas de éstos, que, al son de los violines, pasearon la sala con sus antorchas, haciendo su máscara hasta presentarse la Virtud en su templo. Tornando á tocar las chirimías, bajó la nube con los otros cuatro y así fueron bajando todos, que fueron:

El duque de Cea.
El Condestable.
El duque de Alba.
El conde de Lemos.
El conde de Gelves.
Don Enrique de Guzmán.
El duque del Infantado.
El duque de Pastrana.
El marqués de la Bañeza.
El conde de Mayalde.
Doña Antonia de Toledo.
Doña Elvira de Guzmán.
Doña María de Meneses.
Doña Catalina de La Cerda.
Doña Aldonza Chacón.
Doña Antonia de Ulloa.
Doña Luisa Osorio.
Doña Beatriz de Villena.
Doña Mariana Enríquez.
Doña María de Guzmán.
Los príncipes de Saboya.
Doña Jerónima de Aguilar.
Doña Juana Portocarrero.
El Rey.
El duque de Lerma.
La reina y doña María Riedren (1).

Duró esta entrada casi hora y media; acabada,

(1) En castellano.

(1) Alguna discrepancia ofrecen estos nombres con los citados en la *Relación*. Se mencionan en ésta los de doña Inés de Zúñiga, doña Leonor Pimentel, doña Antonia Manrique y doña Juana de Mendoza, y en cambio no figuran los de doña María de Meneses, doña Mariana Enriquez, doña María de Guzmán y doña Jerónima de Aguilar. En vez de doña Antonia, aparece doña Magdalena de Ulloa.

se sentaron los reyes, quitándose las máscaras, y los demás con las damas, los grandes en almohadas, los otros en las alcatifas, tomando sus sombreros con plumas y trencellines, cuales se pueda imaginar; y en cuanto descansaron salieron las seis meninas de la infanta y danzaron muy bien con sus castañetas, y fueron muy festejadas por la soltura y destreza con que lo hacían.

Acabado esto, salieron á danzar seis á seis, tres damas con tres de la máscara, pavanas y gallardas, y los reyes en pareja salieron y lo hicieron muy bien; y, en sentándose, volvió el entremés de las meninas, que bailaron el *cuelin* (1), con la misma gracia y soltura, y tras esto salieron dos á dos á danzar el turdión, y lo mismo los reyes, y finalmente bailó toda la máscara un torneo, que pareció muy bien. Acabada la máscara, se comenzó la danza de la hacha, y quedando una de las meninas con ella para comenzar, después de muchas vueltas y acometimientos, fué á sacar al duque de Sesa, mayordomo mayor de la reina, que estaba detrás de ella, muy viejo, gordo y gotoso; y le hizo salir y andar corriendo tras ella, no pudiendo el pobre viejo torpe moverse, con lo que hubo mucha fiesta (2).

Diéronle después el hacha al príncipe, y sacó á algunas damas; y de mano en mano vino á la señora doña Catalina de La Cerda, que sacó al rey; al cual después dejó. En su lugar sacó al almirante, que es su festejado, el cual, al pasar hizo tres reverencias hasta el suelo al rey y la reina, que, levantándose, le hizo cubrir, y fueron pasando, tomándola el almirante la mano, que la debía apretar, porque se puso muy colorada y perdió el paso, cuando él hizo demostración de quererla besar, y después de algunas vueltas, dando el hacha al rey y la mano al almirante, le fué acompañando hasta su sitio, por haber mandado el rey hacerlo así con él, con sus hijos y yerno cuando bailaran.

Con el almirante bailó también el rey, y los ingleses con las damas, y todos danzaron muy bien, principalmente el Milold Gibert (1), que bailó una gallarda con muchas cabriolas, de suerte que todos llevaron la ventaja, aunque con menos gravedad que los nuestros.

Después de ellos lo hizo mejor el conde de Lemos, y después de éste el rey, que es muy airoso y diestro en la danza; él salió con todas las bailadoras que le sacaron, mas no sacó á ninguna, sino á nuestra portuguesa (2), hija del gobernador, que había partido para Portugal en aquella ocasión, de lo que hubo envidiosos.

De las damas ninguna lo hizo mejor que la reina, que es airosa y diestra y baila muy bien, y sobre todo dió gusto á la fiesta de las rapazuelas (3).

Acabóse el sarao á las dos de la mañana, y con durar tantas horas y estar la gente de pie, parecieron muy cortas, por el orden, concierto y novedad de las cosas, sin falta ni desgracia ninguna; y lo que holgué mucho de ver fueron muchas señoras con sus doncellas y criadas y las más en cuerpo, con la confianza notable de estar por aquellas escaleras y corredores á oscuras, sin haber una descompostura, ni queja, siendo así que, con caber en orden 40 coches en la plaza de Palacio, eran tantos los demás, que estuvieron muchos hasta las cuatro sin desembarazarse, que estaban en la plaza más de 400 que parecía entraban á saco.

A la entrada hubo mucho desorden, porque, con haber cinco puertas, todas con guardas, entraron muchos pícaros y resultaron muchos señores atropellados, principalmente el embajador de Alemania, que salió el pobre viejo á empujones y hecho un trapo, sin poder entrar; y del mismo modo se volvieron muy maltratados muchos

(1) La relación reproducida al final dice que se bailó otra danza muy en boga entonces, la llamada *madama de Orliens*.

(2) No sé qué danza sería el *cuelin*, si bien sospecho que esta palabra es errada. Del *turdión* habla el italiano Marco Fabricio Caroso di Sermoneta en su tratado *Il Ballarino*. En cuanto á la pavana, la gallarda, el torneo y la danza del hacha, pueden verse los *Discursos sobre el arte del danzado y sus excelencias*, por Juan de Esquivel Navarro. (Sevilla, 1642).

(1) Este *Milold Gibert*—"milort Guillibí„, dice la relación aludida,—era lord Willoughby.

(2) Doña Catalina de la Cerda,

(3) Las niñas que en ella tomaron parte.

duques y condes y D. Juan de Borja. Con venir dos mayordomos del rey, uno con él y otro á la puerta, no le pudieron meter; hasta que el duque de Lerma le mandó recado que fuese por Palacio, y fué con él el conde de Barajas, mayordomo del rey; y queriendo ir con D. Juan, le dijo el duque: «El señor D. Juan es enfermo. V. S. entre por la puerta».

Cuento estas cosas para que veáis lo que decíamos de cuán grande máquina es ésta y el ánimo de los señores de Castilla, que no matan luego, ni se dan por afrentados, sino viven y dejan vivir á la gente.

Aquí tuvieron fin las fiestas de este día, y con ellas las del nacimiento del príncipe; y así veréis cuántas ventajas llevan á los juegos antiguos olímpicos instituídos por Hércules, á los pitios de Apolo, dios de los músicos, á los nemeos, ístmicos, megalenses, circenses, panateneos, circulares y otros famosos de los griegos, á los gímnicos de Augusto César, á los demás de griegos y romanos, tan estimados de ellos que, entre las tres felices nuevas que Filipo contaba que recibiera en un día, fueran nacerle Alejandro, vencer una batalla y ganar sus yeguas el premio de corredores en el juego olímpico, en los que ocurrió morir algunos padres de alegría al ver al hijo vencedor en una carrera á pie.

17 DE JUNIO

El viernes acudió toda la corte á ver la sala, y no hubo persona ni dama que allí no se hallase; de manera que fué tan buena la fiesta como el sarao, porque no faltaron entremeses y representaciones al natural, con lo que un día de estos es una floresta de aventuras.

Estando aquí, fué á dar conmigo vuestra amiga vieja, doña Jerónima de Villasante Ramírez (1), la doncella de Dinamarca nuestra vecina, con dos años más que los 45 que tenía y dos dientes menos que los cuatro con que la dejasteis. La vísteis de amarillo toda, con su faldellín y saya de setí barreada de oro; ahora por cumplir con el romance,

> que si ahora estáis marchitos,
> para Abril estaréis verdes (1),

vestida de velludo labrado verde, con randas de oro, sin diente blanco ni cabello negro; y con todo sabed que se mandó retratar, la semana pasada, para mandaros el retrato; y en su lugar os quiero mandar el de Gabrina, para que por las señas caigáis en ella (2).

Pálido, crespo y macilento había, etc. Venía muy untada y bisuntada, y se me estuvo dos horas preguntando por vos, como hace todas las veces que me coge. Estaba conmigo D. Pedro de la Gama y Juan de Salinas (3), que es muy cortesano, dándome codazos; y en esto nos cogieron por el hombro á mí y á D. Pedro unas rebozadas, diciendo: «Bueno está el sarao, señores; bueno está esto para saberlo doña Margarita de Sinzal» (4); y luego las conocí, que era la señora doña Ana de Sousa con otras amigas.

Esta hizo señas que fingiese que no las conocía. Dijo una, porque al verla estaba de verde: «Por lo menos, señora, no dejará de comerse la carne por falta de perejil» (5); y ella, llegándose á las otras, dijo: «Antes me parece que es tan

(1) Muy á menudo he tropezado con el nombre de doña Jerónima Villasante en los archivos vallisoletanos, sin que tomara nunca notas, por creer que no podrían serme útiles. Pariente suyo sería probablemente D. Jerónimo de Villasante, regidor de Valladolid algunos años más tarde.

(1) No caigo en quién sea el autor de estos dos versos y del citado más abajo.

(2) Personas son todas éstas á quienes Pinheiro y su amigo habían conocido durante su estancia en Valladolid, dos años antes.

(3) No creo que sea éste el poeta, como lo supone Gayangos. En Valladolid hubo en aquellos años dos individuos, por lo menos, que llevaban el mismo nombre y apellido. Uno de ellos, casado con Antonia Alonso, hizo testamento en 1601 *(Arch. de protocolos:* Antonio Ruiz, 1601, f. 1.223). El otro era camarero del conde de Haro, en cuyo concepto hizo relación de la ropa que poseía este magnate y que estaba comprendida en la pragmática real de aquel año. (Id. íd., fs. 892 y 963). Acaso el aludido por Pinheiro coincida con alguno de éstos.

(4) En castellano.

(5) En castellano todo el diálogo.

flaca que ha más menester sebo que perejil, y por eso se llega á los sebosos».

Y díjome á mí: «Y V. Md., ya que es tan amigo de apetites (1), quedarse ha á la postre (pues quiere á tantos), sin perejil y sin sal, á lo menos el de doña Margarita, si yo puedo». Respondíla: «Oirme ha V. Md. primero cómo envié á pedir por letra, y hará justicia». Y ella: «Por juez venía á oir, y hallo dada la sentencia». Respondióla Juan de Salinas: «Señoras, V. Mds. descúbranse, ya que nos piden: esta señora yo sé que lo es y me atrevo á probarlo, ó morir sobre ello». Repuso ella: «No siendo artículo de fe, ¿cómo se atreve á morir por lo que no vió»? Díjole: «Déme lugar para probarlo, y quien lo negare le haré confesar que reniega». Respondió: «En verdad que estoy por hacerlo, mas, temo que si lo prueba una vez, quiera volver á reprobarlo luego; por eso muérase antes de hambre que de hidropesía.»

El Juan de Salinas es muy gordo y encarnado, y estaba examinando á doña Ana, que venía muy al óleo, porque pone demasiado (2). Díjole ella: «¿Qué mira el bodegonero del dios Baco?» Respondió: «Admírome ver que me miro en V. Md. como en espejo, y echa tantos rayos como el sol.» Ella, ofendiéndose, dijo: «No debo ser sol, pues no derrito el sebo de un cabrón como V. Md., señor bodegonero.» Repuso él: «Es V. Md., señora doncella, de casta de rayo, que gasta y consume por dentro y deja sano el pellejo.» Y ella: «En buena astrología me llama V. Md. borracha; pues diré que bebo el vino y guardo el cuero» (llamándole borracho). Con esto se fueron.

Fuí á acompañarlas; mas, por causa de la negra vieja (?), me volví, diciéndonos la doña Ana que el domingo iría á dar la respuesta al Prado, si allí íbamos, y, porque no parezca que estimo en poco á vuestras damas, os quiero decir un epigrama de Marcial que le aplicamos, y la traducción de él, con rabia por quitarnos nuestra buena conversación:

(1) Aperitivos. Usual en nuestros clásicos.

(2) Quiere significar sin duda que doña Ana había tenido muchos hijos, y como estaba desmejorada, se pintaba el rostro.

Si memini, fuerant tibi quatuor Aelia dentes, etc. (1).

Esta tarde se fué el almirante á despedir del rey, porque no vino sino á visitar y dejar al embajador, como hizo el condestable en Inglaterra (2). Hiciéronle el rey y la reina las mismas honras que á la entrada (aunque yo no lo ví), de lo que quedaron muy satisfechos.

Dióle el rey 20.000 cruzados de cadenas y 40.000 en dinero y otras joyas, á más de muchos caballos; lo cual se hizo porque al condestable dicen que dieron en Inglaterra por valor de 30.000 cruzados y quiso el rey dar el doble, y, sin embargo, pareció poco, y así se dijo que el rey situará 12.000 cruzados de renta al almirante en los maestrazgos, mas tiénese por mentira, y ahora supe que le dió en Lisboa 19.000 cruzados de juro.

El condestable le mandó, á más de otras joyas, dos hermosísimos caballos, y D. Juan de Tassis seis enjaezados, que valían 6.000 cruzados; y, porque no se extrañe, en este día compró el duque de Alba un caballo rucio por 1.500 cruzados en oro, por el que yo no diera nada, mas estos diablos donde entra el gusto no preguntan precio.

Llevaron además los ingleses muchos caballos escogidos y vendieron los rocines suyos que traían, muy preciados.

Afirmáronme que el conde irlandés pidió al rey se sirviese de él, y que el rey le manda á Flandes con quinientos ducados de entretenimiento, que es la plaza de los grandes en España.

(1) Marcial, l. 1.°, ep. XX. Es el epigrama que Bartolomé Leonardo de Argensola tradujo así:

Cuatro dientes te quedaron
(si bien me acuerdo), mas dos,
Elia, de una tos volaron;
los otros dos, de otra tos.
Seguramente toser
puedes ya todos los días,
pues no tienen tus encías
la tercera tos que hacer.

(2) Esto no es exacto, porque cuando el condestable de Castilla fué á Inglaterra para firmar las paces, en 1604, ya estaba allí D. Juan de Tassis.

18 DE JUNIO

El sábado se fueron los ingleses, con muchos alguaciles y oficiales para aposentarlos y hacer el gasto; van todos con sus vestidos de camino de muy buen paño, con mucha guarnición de seda y oro, botas de vaca con cañones y espuelas doradas.

Fueron dispersos y sin acompañamiento, sino el condestable y algunos amigos que estuvieron en Inglaterra, muy contentos y satisfechos de la mucha honra y buen agasajo que hallaron en España, de las mercedes que el rey les hizo, de las fiestas tan extraordinarias que, con grandeza desacostumbrada en sus tierras, se representaron, y del buen rostro y ánimo que hallaron en todos, grandes y pequeños, sin mediar una sola palabra ni disgusto en todo el tiempo que aquí estuvieron, siendo 700 personas inglesas, que es la más presumida nación de Europa, y herejes.

Ellos lo merecieron, porque, con serlo, procedieron con mucha modestia, respeto y cortesía á todas las imágenes y sacramentos, como si fueran católicos; de manera que se ha perdido el recelo con que estábamos, que era el engaño de alguna gente inocente ó ignorante, y en muchos de ellos obró mucho nuestra conversación y querrá Dios que vuelvan á llevar pura la simiente que tanto floreció en Inglaterra.

Débese mucho á la prudencia del almirante, que no quiso prometer nada al principio por obligación, y después, como en amor y en gracia, mandó hacer veneración á todas las cosas sagradas, y no consintió á sus sacerdotes que se diesen á conocer, ni que predicasen en casa, ni que hiciesen cosa que pudiese escandalizar.

Estuvieron en la corte 22 días, desde 26 de Mayo hasta 18 de Junio; y es muy de notar que se afirma que en todo este tiempo no conocieron mujer castellana, ni ellas dieron ocasión á ello, y lo tomaron por caso de broma, porque se veía la poca razón de infamarlas con el embajador de Persia, al que siempre se tuvo por mentiroso, según contaron.

También en este día habló el duque de Lerma, por intercesión del embajador, á su hijo Diego Gómez, conde de Saldaña, á quien no hablaba, por la pendencia que hizo, porque estuvo preso en casa y no salía fuera sino en coche, disfrazado.

19 DE JUNIO

El día 19 hubo carreras frente á Palacio, que es fiesta muy frecuente que los cortesanos hacen á las damas, y en que ordinariamente salen á la ventana los reyes; y la hacen todas las veces que vienen caballos para el rey ó para algún señor de éstos, para enseñarlos, y junta consigo 50 ó 60 amigos y van á correr las damas, y á veces sin motivo, y júntase infinidad de gente, por lo brillantes que van.

Del mismo modo es frecuente en el Prado tener estas carreras de los caballos del rey y otros, á lo que ellos llaman *ir á hacer mal á los caballos,* donde van los caballos napolitanos de salto, del rey, que son muy de ver. Corren á cada paso la argolla para que se ejerciten con la lanza y adarga; de manera que quien vaya tras de esto cada día, tendrá una fiesta de aquellas por las que en Portugal se despueblan los lugares; sino que allí los caballos no son buenos, ni los jaeces ricos, ni ellos nobles; ó, si quisiere ir á correr con ellos Juan Díaz, le dejaran solo, ú os faltarían damas que ver en las ventanas, pues luego se juntan todos los coches á ver y festejar. Y así este día eran tantos que ocupaban toda la plaza de Palacio.

Y, estando en las carreras, hubo de suceder una desgracia este día, que saltó una herradura bien cerca de nosotros é hirió en la cabeza á una hija del alcalde Otálora (1), que es muy moza y de las más hermosas damas que ahora andan en la corte, y así me lo pareció, aunque llena de sangre, porque acudimos al desastre.

Contáronnos que habrá dos años que, por extremo de hermosa y discreta, la llevaron á presencia de la reina; y queriendo las damas chancearse con ella, dijo una (2): «Sepa V. M. que esta niña es hija del trombetero de Dios Padre (porque así llaman al padre, por ser gordo).» La reina

(1) Alonso de Otálora, alcalde de S. M. *Ostalera,* por errata, en el original.

(2) En castellano el diálogo.

la dijo que callase; acudió la niña: «Déjela V. M., que más me honra que me afrenta, que en casa de Dios y de V. M. no hay oficio que no sea honrado.»

Y con esto, se fué con un chirlo en la cabeza, mas junto al cabello.

El lunes por la noche, viniendo por San Martín, ví grandes luminarias y hogueras; y, preguntando la causa, me dijeron que vivía allí un hidalgo pobre, y que habían dado sentencia en su favor y que ganaba el ducado de Veraguas en Indias, que renta 40.000 cruzados, y hace 20 años que dura el pleito (1). Están depositadas las rentas hasta ahora. Dieron sentencia sobre la posesión, y, para seguir el pleito, mandaron dar á unas señoras que lo pretenden y ganan de comer con la aguja, 95.000 cruzados, y á otro pretendiente 30.000 cruzados, y al vencedor 10.000 cruzados, y fué á besar la mano al rey. A la vuelta hacía esta fiesta, y de esto hay todos los días en la corte.

Como el pobre conde de Puñonrostro, que después de 50 años le quitaron el condado, y anda con sus hijos á pie y casi pidiendo una limosna. El viejo murió, y el pobre de Pedro Arias, vuestro amigo, es lástima verle cómo anda (2).

Contáronme á mí que, dando el viejo una puñada á una mujer á quien no pagaba bien, y ella lo decía á sus amigos, le dijo que se contentase con ser marqués Chicharro, sin ser también conde de Puñonrostro. Esta historia, vos la sabéis mejor.

Otra, es que anda aquí D. Iñigo de Mendoza, tuerto y casi sordo, que lleva una trompetilla de plata, y muy despreciable, que andaba de limosna y ahora es marqués de Mondéjar, por un suceso notable, que holgaréis de saber, aunque no estoy bien en genealogías.

El marqués de Mondéjar tuvo tres hijos; el mayor heredó, el segundo sucedió en el ducado del Infantado, y el tercero fué el almirante de Aragón. Este heredero de la casa tuvo dos hijos; el mayorazgo es D. Iñigo de Mendoza, que estudió en Alcalá, y, estando en Madrid, se enamoró de la hija de un platero, tullida, mas en extremo hermosa, música y agraciada, y casóse con ella habrá 30 años. Los parientes le hicieron desterrar y quisieron deshacer el casamiento, y sobre sustentarle fué á Roma, y, en efecto, tuvo este hijo de ella, que es el tal D. Iñigo de Mendoza, tuerto y sordo. Los parientes, por apartarle de la mujer, le hicieron ir á muchas partes diversas y por fin le hicieron mandar por embajador á Venecia, mas llevó consigo á la mujer, de la cual dicen extremos de hermosura y valor. Murió allí, donde la hizo las mayores honras que nunca se hicieron, porque él era muy querido.

Al venir hará cuatro años, queriendo entrar en Valladolid, hicieron con los de la Junta que no le diesen licencia sin estar en destierro; sintió tanto el agravio que se metió en seguida jesuíta, y murió de allí á poco.

Ordenó Dios que muriera el marqués de Mondéjar sin hijos, que era tío suyo, y así sucedió su hermano jesuíta, padre de este mozo, y él en representación de su persona; mas el duque del Infantado que hoy es, animado por ser consuegro del duque de Lerma, y el almirante de Aragón, se vinieron oponiendo sin fundamento, más que hacer mal, y quisieron mandar tomar posesión del estado; y este mancebo que fué estudiante en Alcalá, escribió á sus estudiantes; juntáronse todos y fueron armados á tomar posesión por su estudiante.

Los otros señores mandaron tomar posesión á sus vasallos, que se juntaron y estuvieron para romper, y fué necesario que el rey mandase acudir á esto y secuestrar el estado hasta que se juzgara.

Fueron diciendo los pretendientes que la institución tiene cláusula que ninguna persona que fuere disforme, monstruosa ó ciega, ni que fuese de raza, herede, y que este D. Iñigo es hijo de la

(1) Al morir el duque D. Luis Colón, nieto del descubridor del Nuevo Mundo, se suscitó pleito sobre la sucesión del título, que terminó por el matrimonio de doña Felipa, hija de D. Luis con su primo D. Diego. Mas como este matrimonio no dejó hijos, renováronse los pleitos, resueltos al fin en favor de D. Nuño Colón de Portugal, nieto de la última nieta del Almirante, y que es el *hidalgo pobre* á quien se refiere Pinheiro.

(2) Pedro Arias Dávila, tercer conde de Puñonrostro. Su padre, D. Arias Gonzalo Dávila, siguió contra D. Juan Arias Portocarrero pleitos que dieron lugar á los hechos señalados por Pinheiro.

platera (1) que tenía raza de morisca; vínose defendiendo que el platero era limpio, y á más dijo que no era su hija, sino que la halló abandonada á la puerta de una iglesia, y que la pidió, por no tener hijos, y la trajo á su mujer, y la dieron por auto que presenta, y que, conforme á derecho, en las personas de que no se sabe el país, no se presume defecto, como es notorio. Ya tienen sentencia, y todos tienen á mal en estos señores las trapazas con que andan (2).

Él ya anda vestido y bien tratado, y está casado muy pobremente, y mañana será marqués de Mondéjar y grande de España. Ahora ved si se podía componer una comedia de este suceso que vemos en nuestros días, y esperad, que aún podemos llegar á ser papas ó sacristanes.

21 DE JUNIO

Partióse el rey para Burgos el 22, martes, día aciago en opinión de la gente supersticiosa é ignorante, y para destruir esto, los príncipes de España, como cristianísimos, parten ordinariamente en este día, lo que me parece muy bien por tender á burlarse de estos agüeros de la gentilidad, que algunas familias guardan con más veneración que el Evangelio; como los Mendozas y Manriques, si se les cae la sal en la mesa, y D. Francisco de Almeyda si se le rompe el zapato, y nuestras viejas en cantarles las gallinas como gallo, y si oyeren á los perros ó vieren un gato negro, en lo que son más diestras que los agoreros y arúspices de los griegos y romanos, entre los cuales aun había hombres que se mofaban, como hizo aquel que, no queriendo comer los polluelos estando para dar la batalla, dijo que les diesen de beber y los echó en el río (3). Y el que mejor habla de todos es el antíquísimo Homero, que finge que, persuadiendo Polidamas á Héctor, como otro Nuño Salido á los infantes de Lara (1), que no saliesen á pelear, porque las aves no volaban convenientemente, respondió: «No quiero mejor agüero que obedecer á quien todo lo gobierna y pelear por la defensa de la patria honradamente hasta perder la vida» (2).

Y el mismo propósito tuvo el Macedonio cuando, mandando un agorero estar quieto al ejército en que iba, para ver cómo procedía un ave al levantar el vuelo, la tiró y la mató, diciendo que aquello no lo adivinaba ella y mal adivinaría lo ajeno, que es lo que en Ariosto dijo el viejo Atlante:

> Ma se'l mal tuo, ch'hai si vicin, non vedi;
> Peggio l'altrui, c'ha da venir, prevedi (3).

Y, aunque estos embustes del diablo salgan á veces verdaderos, Dios lo permite y ordena los medios para acreditar sus mentiras y hacerse adorar.

El más notable caso que yo leí es el de Tarquino, que, burlando del agorero Accio Navio, le rogó que averiguase de las aves si podía hacer lo que él tenía en su pensamiento, y diciendo que sí, dijo el rey que pensaba si habría navaja que cortase la piedra de un molino; y tomando una navaja, cortó con ella la muela como si fuera un nabo. Al mismo le salió verdadero el agüero del águila que le llevó el sombrero y le volvió á poner en la cabeza; é igualmente salió verdadero, el de la miel que las abejas pusieron en la boca de Platón, y á Hesiodo el escondérsele fuego en la cabeza; y Lisímaco, echando mano al estribo de Alejandro, le hirió en la cabeza y ató la venda á que llaman diadema, por lo que Catón, contra Pompeyo, decía que poco iba de llevarla en la pierna ó en la cabeza.

De Epaminondas leemos que tenía profecía que había de morir en *piélago,* ó sea en el mar, y no entraba en él, y vino á morir en un lugar llamado de aquel modo. Casi lo mismo leemos

(1) *De la librera,* dice aquí el original; mas en vista de lo expresado arriba y del texto del Museo Británico, que traduce Gayangos, parece que ha de ser *platera.*

(2) Era este D. Iñigo López de Mendoza, que sucedió en el marquesado de Mondéjar á su tío D. Luis.

(3) Quien hizo esto fué el consul P. Claudio Pulcher, y á tal impiedad atribuyeron los romanos las desgracias que le sucedieron.

(1) Nuño Salido era el ayo de los Infantes, y quiso persuadirlos para que no salieran á pelear en la batalla donde fueron muertos por los moros.

(2) *Iliada,* c. XII, v. 210-250.

(3) *Orlando furioso,* c. IV, oct. 35.

de Cambises, Filipo, Aníbal, Pirro en Argos, Alejandro de Epiro, Daphidas, y en nuestros tiempos de Antonio de Leyva en S. Dionisio, que él pensó era el de París, y Pompeyo junto al monte Casio huyendo de los Casios (1).

Tornando á lo que decíamos. Partióse el rey en la forma ordinaria, sin aparato ninguno ni llevar consigo más que los meninos ó caballeros que le acompañaban á la corte y damas que en estas caminatas hallan más aventuras, y más que á las damas no las dan más que media carga para su equipaje, y si quieren llevar criadas ó criados, es necesario que ayuden los tributarios; aunque, si no fuera la gracia y aire de la vecindad de los reyes, no la tuvieran en los ojos de los penitentes, lo que decía un corredor, queriendo Francisco de Souza (2) comprar un caballo del rey, que no se engañase, que eran como las damas, que por nombre eran codiciadas y á cuatro maravedís se hallaban en la plaza, que lo comprase á un arriero y lo vendiese por del rey.

Fué el rey por Ventosilla (3), que es del duque, y de allí á Lerma, que el duque ha convertido en Belerma (4) y quiere convertir en segunda Roma, como Constantino, y la va convirtiendo, con lo que algunos señores, por darle gusto, van haciendo sus casas allí, en aquella villa. Para allá se dejó el torneo, y van los comediantes y se ordenan nuevas fiestas, como adelante diré, porque las dejaron para después de San Juan.

(1) Sería prolijo ilustrar todas las alusiones de Pinheiro, de fácil compulsación, por otra parte. Daphidas—por apuntar algo de las menos comunes,—fué un sofista que se quiso burlar del oráculo de Delfos, para lo cual le preguntó si podría encontrar un caballo, pues no le tenía; el oráculo contestó afirmativamente, y que caería de él, y cuando Daphidas se iba mofando de su respuesta, dió en manos de Atalo, rey de Asia, que le hizo arrojar de una roca llamada *Caballo*.

Jacobo de Valgrana, en la *vida* que escribió del valiente guerrero español Antonio de Leyva, cuenta que éste tenía el presentimiento de ser enterrado en San Dionisio de París, y lo fué en San Dionisio de Milán.

(2) Hijo de D. Felipe de Sousa; caballero de la orden de Cristo, capitán mayor del estrecho de Ormás, etc.

(3) Aldea perteneciente á Aranda de Duero, donde el duque tenía un ameno lugar de recreo. Hay una *Descripción en octavas rimas del palacio y casa de campo de Ventosilla, con cinco leguas que tiene de recinto el bosque que en él se encierra,* escrita por Antonio de Obregón Tabera, alcalde de dicha casa y bosque y corregidor de la villa de Gumiel de Mercado.

(4) Quiere sin duda, jugando del vocablo, comparar su belleza con la de Belerma, amada de Durandarte.

22 DE JUNIO

En el miércoles y jueves no hubo más sino que siguieron los privados al rey con sus mujeres y casas, porque, dicen, estará en Burgos de recreo y aun dicen que irá á Madrid y de allí á Portugal, por ser jornada que toda la corte y la reina desea (1). Ví en este día á la hija y nuera de Franqueza (2) ir en un coche con más de veinte á caballo y entre ellos algunos condes y señores; y por ser una de las cosas más notables que hay en España y que sucedió á éste y otros hidalgos, os quiero contar lo que aprendí, estos días antes de San Juan, del pícaro de Valladolid.

Y, comenzando por el duque de Lerma: era ya grande, por marqués de Denia, en Aragón, que fué puerto muy celebrado antiguamente; *nunc, statio male fida carinis* (3); y porque el rey hizo por ennoblecerle y resucitarle, queriendo hacer un muelle en el puerto y que acudiesen allí las mercaderías de Italia, no lo pudo alcanzar de los aragoneses.

Los medios por que vino á ser tan mimado por el rey (á más de los merecimientos de su persona) dicen que fueron las estrecheces de don Cristóbal de Moura (4), que no daba al príncipe un ardite para socorrer á un pobre, y, por medio de Muriel, conoció el príncipe al duque y le acudía con los ducados que había menester, y, porque á él no le sobraban muchos, le ayudaba Juan

(1) El 30 de Julio se trasladaron los reyes de Lerma á Burgos, donde permanecieron un mes. Luego regresaron á Valladolid, para emprender bien pronto la marcha á Madrid.

(2) Hermana del conde de Coruña, D. Lorenzo Suárez de Mendoza, y casada con el conde de Villafranqueza.

(3) *Eneida*, l. 2, v. 23.

(4) Tercer conde de Lumiares, hijo del segundo marqués de Castel Rodrigo.

Pascual (1) y el obispo de Jaén, su primo, á los cuales pagó, á uno con el hábito de Santiago y consejero de hacienda y á otro con el arzobispado de Toledo.

En entrando el rey en el reino y en el mando, descargó el rey sobre él (como sobre otro Hércules) el peso del mundo y el gobierno de él, descansando en él, que tiene hombros para todo.

Es hoy duque de Lerma, que era ya suya, grande dos veces; gentil hombre de la Cámara, general de la Caballería de España, Estribero mayor, que son tan grandes oficio uno y otro que ha muchos años que no se dan á nadie; y, por muerte del prior D. Fernando, sirvió D. Diego de Córdoba de Estribero pequeño, y con ser tan acepto al rey, no se lo quiso dar sino el día que murió, tanto, que dándole la noticia de cómo el rey le hacía estribero mayor, entendiendo la causa, dijo: «Pues llámenle un confesor» (2); y es tan gran cosa, que le acompañan los pajes del rey á pie en cuerpo, yendo á caballo, y tiene cuatro para cada día, para desnudar y vestir, siendo algunos más nobles que el estribero mayor; y sobre todo tiene la gracia, que es la que hace milagros.

Su hijo mayor es duque de Cea (3), casado con la hija del adelantado, también grande, y ella muy fea. El segundo, Diego Gómez, es comendador de Calatrava, casado con la hija del duque del Infantado y su heredera (4), y conde de Saldaña, entretanto el mayor casamiento que dicen hubo en España, para no ser pariente, y es mucho más notable porque éste, que ahora es duque, era un pobre hidalgo y el duque viejo le casó con su hija, por ser pariente; y respondió al rey, que le hablaba de otro casamiento, que cuando no tuviese parientes, tomara antes un villano de las montañas, vecino de sus tierras.

Casó una hija (5) con el conde de Niebla, heredero de Medina Sidonia, 300.000 dineros de renta, otra (1) con el marqués de la Bañeza, heredero del condado de Miranda, presidente del Consejo Real, que es el mayor cargo de España; tenía hecho el casamiento de una nieta niña con el almirante, que tiene 10 años; murió la nieta. Le casará con alguna de las otras, cuando crezcan.

Tiene dos hermanas, una que estaba casada con el conde de Lemos (2), que es ya viuda y la hizo camarera mayor, y es muy varonil; y los hijos son, uno conde de Lemos, marqués de Sarria y presidente de Indias, y otro conde de Gelves. La segunda (3) es viuda del conde de Altamira é hízola aya del príncipe, y tres niños suyos andan de clérigos y son deanes de tres sedes principales, si no muy lindos.

Acreció también mucho al marqués de Laguna (4) su cuñado, y á D. Juan de Borja, su tío, y sobre todo á Franqueza y Calderón. Es el duque el más rico señor vasallo, de joyas y recámara, que dicen hay en el mundo, á más de 250.000 cruzados que dicen tiene de renta: la conocida es 25.000 de lo que tenía y lugares que compró, 60.000 de las de Sicilia que el rey le dió, de las especierías de Portugal y esclavos, 15.000 de general de caballería, 12.000 de estribero mayor, 24.000 del arzobispado de Toledo, 24.000 de juro que ahora le dió el rey en Portugal, 8.000 de alcaide de Palacio y huerta, 6.000; y podemos decir con Ledesma:

> Y poca renta á mi juicio
> la gruesa del beneficio
> respeto del pie de altar;

porque cada día le hace el rey merced. Es hombre de 50 años, gentil hombre y sin canas, porque no las sufre, adornado de dotes de cuerpo y alma igualmente, muy cortés, afable y fastuoso, grande edificador y muy apacible, y si fuera más fácil en las audiencias, fuera adorado de todos, porque nadie va descontento de su presencia y cumple

(1) Del Consejo de Hacienda. Murió por entonces en Valladolid. (Parroquia de San Martín; libro 1.° de difuntos, f. 95.)

(2) En castellano.

(3) D. Cristóbal de Sandoval y Rojas.

(4) Doña Luisa de Mendoza, primogénita de los duques del Infantado.

(5) Doña Juana de Sandoval, que casó con D. Juan Manuel Pérez de Guzmán, 8.° duque de Medinasidonia, 11.° conde de Niebla.

(1) Doña Francisca, casada con D. Diego de Zúñiga y Avellaneda, 2.° duque de Peñaranda, 7.° conde de Miranda, marqués de la Bañeza, etc.

(2) Doña Catalina de Sandoval, casada con el 6.° conde de Lemos.

(3) Doña Leonor de Sandoval y Rojas.

(4) D. Sancho de la Cerda.

lo que dice. Y da por razón que, si oyera á todos, daría el patrimonio del rey; mas, á la verdad, tampoco es muy trabajador, y tiene mucho trabajo y descansa el rey totalmente en él.

Repártese este caño real en dos brazos, el primero de D. Pedro Franqueza; y para que veáis lo que da de sí España, y lo que es, ved lo que pasó: Tenía un alfayate, que vivía de hacer polainas, una hija pequeña que las vendía; tomó dos piezas de paño fiadas para su obra, y se arropó con ellas por dentro y por fuera, y cuando fué á hacer la cuenta, puso mar por medio y se fué á las Indias. Entretanto quedaron la mujer é hija viviendo con pobreza, mas con honestidad, y la moza sirvió á algunas señoras; trató de casarla un tío clérigo con un alfayate, al que daba de dote 150.000 (1), y como no acudían las ofertas, sobre dilatarse la paga, se dilató el casamiento, y aceleró su felicidad, porque el padre, á quien se tenía por muerto, volvió á Sevilla mejor calzado de lo que fué y alegre con 16.000 pesos. Informándose, supo cuán virtuosamente vivían su mujer é hija y los términos del casamiento; mandó un correo á avisar que no se consumase, y, llegando, casó á la moza con D. Pedro, antes 1.er Franqueza; escribano de provincia, mas hombre hacendado y noble.

Era éste obligado del duque, y aragonés, y tenía entrada en su casa, y, entrando el duque en la privanza, echó mano de él; y hallándole hombre muy capaz é inteligente en los negocios, se entregó á él mucho, fiándole todo, y comenzaron él y D. Rodrigo Calderón, aunque éste sin oficio, á ser dos *nihil habentes et omnia possidentes*.

Fuéle acrecentando y dando rentas y él multiplicando los talentos, como siervo fiel, de manera que es hoy secretario y consejero del Consejo de Estado, conde de Villalonga, comendador de Montesa con 60.000 cruzados de renta; tiene su hijo (2) casado con la hija y hermana del conde de Coruña (3). Y sobre todo D. Pedro Franqueza, que es el título de la gracia, como digo, es hombre de 55 años, gordo, mas gentil hombre, cortés y afable, gran trabajador, mucha memoria, inteligencia y expedición en los negocios, muy fácil en las audiencias, prudente y sufrido; tanto que á las 2 y 3 del día y 11 de la noche, en que se recoge, oye á todos con muy buen gusto y rostro. Hasta el punto que, estando á la una oyendo partes, se le llegó un soldado y le dijo (1): «Deje V. Md. acabar de oir este caballero y luego hablará»; tornando á ser descortés, le dijo lo mismo, y, en acabando el caballero, le dijo: «Ahora, señor soldado, diga V. Md.»; respondió el pícaro: «Ahora, señor conde, no quiero yo»; y él, sin perturbarse, dijo: «Pues apártese, hablarán esos señores; que son las dos y están sin comer»; mostrando en esto su modestia, sufrimiento y ánimo generoso y señor de sí, en que no hicieron mudanza las dignidades y privanza, corruptoras de las buenas costumbres. Porque, para mí, el sufrimiento es virtud grandísima y dón particular de Dios, y muestra de un ánimo generoso y leal, y así más natural al cristiano; y con razón dicen los castellanos:

Esto trae en el sentido
que tanto tienes de cuerdo
cuanto tienes de sufrido;

y él por empresa: «Sufrir y escribir hace al hombre subir.» En conclusión, oí afirmar que es el mejor y más capaz ministro que el rey tiene y más merecedor del cargo que ocupa. Es su lenguaje: «Sirvamos á nuestro amo y hagamos bien á nuestro enemigo»; y así lo hacen también con él los que le conocen, porque es fácil en hacer y recibir amistades sin escándalo. Tenía otra hija, casada con D. Pedro Muñoz; son la hija y la nuera, á mi ver, de las más hermosas damas de la corte, para que ni este bien le falte, y dióle Dios muchos más, porque es buen hombre y amigo de hacer bien, aunque le haga también á sí y á los suyos.

Tiene su hijo, á más de dos coches, 32 caballos á todo regalo, de los mejores que hay en la corte, de los cuales el rey le aceptó cuatro para estas fiestas. De la mujer dicen que es muy orgullosa, y así, la semana pasada, yendo á verla

(1) No expresa Pinheiro la clase de moneda.
(2) D. Martín Valerio, conde de Villafranqueza.
(3) Doña Catalina de la Cerda.

(1) En castellano el diálogo.

doña Mencía de Faro, mujer de D. Pedro Alvarez Pereira (1), la hizo esperar tanto que se fué, diciendo volvería otro día, que debía su señoría estar ocupada.

De manera que el padre, por donde pensó que se perdía, halló el camino de su bienaventuranza, como otro Matías Corvino, que de la cárcel vino á reinar en Hungría, Miguel *el Tartamudo* (2) é Isaac *el Angel* al imperio de Constantinopla, Argoun al de Persia (3), Hacén al de Granada y Enrique al de Inglaterra.

Afirmáronme que la hermana é hijo del duque y Calderón no le eran muy aficionados, y que ahora estuvo muy desfavorecido y le fué necesario rogar, fingir y temer, como los demás pecadores, para volverse á empinar; y así ahora en su casa no se acepta nada, *et obturatæ sunt cataractæ cœli.*

El segundo brazo es D. Rodrigo Calderón, el cual es hijo de D. Felipe Calderón (4), del hábito de San Juan, mas hasta ahora fué donado solamente y no freire. Era paje D. Rodrigo del Duque, que, entrando en la privanza, le casó con doña Inés de Vargas, que tenía 3.000 cruzados de renta en algunos lugares de que es señora, y es muy hermosa, moza y principal (5).

Servía el oficio de paje, y, presentando las consultas al rey y muy mimado del Duque, es ayuda de cámara y tiene mucha renta y se alcanzan muchas cosas por su valía; al padre le hicieron teniente de la Guarda Castellana y administrador de la tudesca; y por ese título va á caballo, en una y otra, aunque por ser teniente, tendría que ir á pie.

(1) Secretario del Consejo de Portugal.

(2) Balbo (por error, Balto), dice el original.

(3) Fué su padre, Hulagu. Corrijo algunas erratas en estos nombres, y omito, por creerla innecesaria, la explicación de los hechos históricos á que se refiere Pinheiro.

(4) No era Felipe, sino Francisco. No atribuyo la equivocación á Pinheiro, sino á descuido de copia, pues no es posible que aquél, tan bien informado siempre, ignorase una cosa tan sabida.

(5) Pinheiro está tan bien informado en esto como en todo. V. *Los Calderones y el monasterio de Nuestra Señora de Portaceli,* por D. José Martí, en el *Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones,* t. IV, pág. 400.

23 DE JUNIO

Y, pues el rey sin corte fué acompañado hasta Lerma, vengamos á la corte sin rey á Valladolid, como decía César de los soldados de España y de Pompeyo. Y concluiré hasta San Juan con un cuento, para inteligencia del cual habéis de saber que es tan grande cosa la corte, que dos ó tres días después de ausentado el rey, es ordinario no saberlo nadie, y llegar la reina y damas y no reparar en ello la mitad de la tierra: tanto hay que ver y entender en esta máquina.

Yo de mí confieso que hacía siete meses que estaba en la corte y no sabía que había en ella embajador del emperador (1), ni le conociera si no le viera con su toisón, rodar por la escalera á empujones, llevando el vellocino trasquilado.

Y de la misma manera no conociera al embajador de Florencia, si no me dijeran que es clérigo, ni conozco al de Parma, ni al de Malta, y preguntar por dónde viven es preguntar por Juan Fernández en Lisboa.

El cardenal de Sevilla vino á la corte y hacía dos meses que estaba en ella, y, encontrándole, pregunté qué cardenal era aquél, y, la otra vez que estuve aquí, hacía dos meses que andaban por la corte los arzobispos, y me preguntó un procurador de Cortes de Segovia si era verdad que estaba allí el obispo de Portugal y si era muy rico; y D. Francisco de Villa me dijo que encontró al obispo de Lisboa en su litera cerrada, que entraba siempre por una puerta lateral de San Francisco y que vivía fuera de la ciudad. Y era el arzobispo de Evora, que andaba con este misterio de los magos de Persia y rey de la China, cuando los cardenales y nuncios andaban en el Prado entre las damas; siendo así que, aunque anduviera echando pregones, no hallaba quien le conociese ni quisiera conocerle, que en este ancho mar no se distinguen las ballenas, que en la tierra absorben los ríos.

Y para que veáis la sombra que hacemos en

(1) Juan de Aysbourg, barón de Kheuenhüller, conde de Frakenberg, etc.

la corte, me preguntó un hidalgo castellano quién era un clérigo que «viniera á hablar al Duque y le hiciera mucha honra» y le habían dicho que «hablara al rey de hijo: si era caducar aquello (?), y qué hombre era, que iba con su bordón y sayo de sacristán» (1). Y un personaje de estos no piensa sino que, en entrando en la corte, no se habla sino de él.

Siendo esta tan verdadera, entra ahora la historia, y dice: que el día de San Juan, á las diez, viniendo de una romería que contaré, con Jorge Fernández Ayres, y yendo á pie al Rastro, lugar de los cuervos y matarifes, encontramos á Bernardino de Tavora muy apresurado. Preguntámosle dónde bueno. Respondió: Señores, tenemos embozados en la tierra. Pidiéndole que los desembozase, dijo que no era posible, porque venían embozados y desconocidos á ver las fiestas, y no querían que los conociesen en la corte. Acudió Jorge: «¿Y quiénes son los monarcas que vienen embozados á las fiestas y llegan como *San Telmo en la gavia después de la tempestad?* (2). ¡Que no pensé había impertinentes en Portugal!». Respondieron Luis Alvarez de Tavora y Juan Luis Alfonso que los engañaron y llegaron tarde. Dijo él: «Y por cierto, señor, que ellos llegan como el pasquín pinta los socorros de España y viene al mejor tiempo del mundo (3), porque sin calor ni apreturas verán la Plaza, donde se correrán los toros, el campo de la muestra, el sarao, las caballerizas donde estuvieron los caballos en que corrieron las cañas, y sin pagar dinero se volverán tan necios como vinieron, pues vienen embozados.

Dijimos entonces: «Vuestras mercedes no afrenten á nuestra patria con acabarnos de acreditar por orgullosos y locos, hablando embozados; y si no, vea V. merced que vinieron aquí el duque de Alcalá, el príncipe de Marruecos, el duque de Alburquerque, el duque de Alba, el marqués del Carpio y Cuéllar y los condes de Cabra, Coruña, Aguilar y otros mil, solamente á ver las fiestas, y muchos andan de color en sus coches y dos amigos, y no saben qué es hablar embozados, porque nadie quiere saber de ellos, ni ellos tienen para qué dar cuenta á nadie los días que vienen á holgar; por donde díganos V. merced si con andar un pregonero (entre doce embajadores, quince grandes y sesenta titulares ó más que aquí están), preguntando quién halló á Luis Alvarez, ó á Juan Luis, se encontraría quien nunca los hubiera oído nombrar. Por lo cual, si algún modo tienen para darse á conocer, es venir embozados, que, como cosa nueva, acudirán á ellos.

Os confieso que teníamos razón. Vinimos ponderando la razón que tienen los castellanos de zumbar de nuestra soberbia y vanidad, que no piensa un hidalgo portugués sino es que, en estando en la corte, le han de admirar, y en saliendo á la calle, encuentra lacayos más rica y costosamente vestidos que nunca sus bisabuelos lo hicieran en sus bodas, y á cada paso andan los hombres topando con los duques, sin quitarles el sombrero, ni á ellos les importa.

(1) En castellano lo que va entre comillas.

(2) En castellano.

(3) Alguno de los pasquines políticos que por entonces se fijaban por las calles.

SEGUNDA PARTE, QUE TRATA

DE LA PLÁTICA DEL PRADO Y BARATILLO COTIDIANO

PRATOLOGIA

Con la partida del rey quedó la corte campo, y Lerma corte; y así, estos días que me detuve, será necesario dejar el palacio por el Prado y el aparato de los grandes y cortesanos por el trato de las damas, su conversación y desenvoltura; por donde, viniendo del estilo trágico al cómico, y *a cothurno ad crepidas,* comenzará el *Baratillo Cotidiano,* porque acordamos los amigos que nos hallamos estos días juntos, que por no estar ociosos en nuestras Noches Aticas (1), haríamos recordación y examen de conciencia de lo que nos pasaba por el día; y servirá de dos bienes, uno para que cuando por nuestra melancolía *sedimus et flevimus,* sepan nuestras madonas que no suspiramos por las cebollas del Egipto; lo segundo, porque siempre tiene cabida lo que dice Virgilio:

Et haec quondam meminisse juvabit. (2)

Y porque este bien tiene la memoria de las cosas pasadas, que los pesares causan descanso viéndonos libres de ellos, y los gustos, aunque traigan el recuerdo acompañado de *saudades* (3), conténtanse con lo que se os representan sin los descontentos con que se alcanzaron, y así unos y otros traen una dulzura y deleitación que aficiona el alma con unos calofríos y agridulces más sabrosos que los bienes presentes, que dieron ya autoridad á aquel aforismo: «Cualquiera tiempo pasado fué mejor» (1). No serán de tanta autoridad estas relaciones mías y de los amigos como las de Tucídides en la retirada de sus once mil griegos (2), de que Alejandro tenía envidia, y Marco Antonio huyendo de los partos, ni como los *Comentarios* de César y *Sucesos* de Monsieur de Montluc (3), que fueron los capitanes y cronistas de sus cosas, tomando «ora la espada, ora la pluma.»

Mas, con todo, tendrán las de Fernán Méndez Pinto (4) ó la del Itinerario del P. Francisco

(1) No hará falta decir que alude á las de Aulo Gelio.

(2) *Eneida,* l. I, 203.

(3) No es equivalente á ésta la palabra *soledad* cuando nuestros clásicos la emplean en el sentido de *apartamiento, separación.*

(1) La frase de Jorge Manrique corría, en efecto, como proverbio. (V. Correas, 421).

(2) Salta á la vista el error de Pinheiro. Jenofonte fué quien dirigió la *retirada de los diez mil,* y escribió la *Anabasis,* relatando el hecho.

(3) El cronista francés Blas de Montluc, que en sus *Comentarios* (1592) refirió los sucesos militares de su tiempo.

(4) Se refiere á la obra *Peregrinaçam de Fernán Méndez Pinto.* Como este libro se publicó en Lisboa, 1614, esto nos ofrece una nueva prueba de que Pinheiro retocó su *Fastiginia* años después de su estancia en Valladolid.

Pantaleón (1), principalmente, que, siguiendo los pasos que dan los que están en la corte esperando provisiones, en cogiendo el hato, más serán *Confesiones* de San Agustín que colecciones *Sanctorum Patrum.*

Cuanto más que estos no son cuentos de la Atlantida de Platón, jornadas de Apolonio Tianeo, descripciones de Marco Polo veneciano, y las siete partidas del infante Don Pedro, y embajada del Gran Tamorlán, y los sueños de Juan de Viterbo, desfloraciones del seudo-Beroso y genealogías de Manethon, que van á buscar, como peregrinos, la autoridad de sus historias ó en la antigüedad de los tiempos ó en la distancia de los lugares, que no se puede averiguar (2); porque estos pasos, aunque mal, aunque negro (como dicen á las ovejas) (3), porque son cosas *quas oculi nostri viderunt, et manus nostrae tractaverunt,* pondrá solamente el cronista vuestra buena retórica; y no creáis que me parece bien el estilo de los *Apotegmas* de Juan Rufo (1), que se pone á imprimir los dichos y tonterías que dice, que los hombres no se han de escuchar á sí mismos, porque si refiero algunas preguntas propias ó dichos de los amigos de nuestra cofradía, es en orden á las respuestas de las madamas y porque no es bien se reciban flores sino en alcatifas y cuando lo merecieren. Por eso, dice Don Duardos, caerá flor sobre flores (2).

Las escribí también para que veáis con cuánta verdad decía Diego Hurtado, un caballero castellano, que, hallándole nosotros en la Plaza comiendo unas bergamotas, dijo: «Señor, acá en Castilla comemos y bebemos como pícaros; allá en Portugal llórase y muérese como caballeros» (3). Porque la diferencia que hay de la gloria de Niquea, de Feliciano de Silva, al seudo-infierno de Anastaráx (4), de la isla de Alcina (5) de Ariosto, al Bosque encantado, de Tasso (6), hay de la melancolía y nublado portugués á la buena sombra y alegría castellana: unos, murciélagos tristes, y otros, jilgueros alegres; unos, monas peladas, otros, ardillas contentas.

Hizo la naturaleza á la abeja, que anda buscando las flores para sacar miel, y á la araña, que hasta de ellas saca ponzoña; deja la cigüeña las hermosas frutas por la culebra ponzoñosa; aborrece el ruiseñor las cuevas asquerosas por las flores y bosques bien sombreados; hace el fénix

---

(1) El *Itinerario da Terra Santa* (1593), donde Fr. Pantaliam de Aveiro refirió su viaje á Jerusalén.

(2) Apenas es necesario decir nada sobre estas alusiones de Pinheiro. La primera mención de la Atlántida se encuentra en Platón. Los viajes de Apolonio de Tiana, filósofo griego del s. I a. de J. C., están llenos de circunstancias fantásticas. Tal ocurre también con los de Marco Polo, aunque la mayor parte de sus aseveraciones se hayan confirmado. Famosa es la leyenda que atribuía al infante D. Pedro, duque de Coimbra (1392-1449), el haber recorrido *las siete partidas del mundo* en unión de doce compañeros, cuando es lo cierto que no salió de Europa y que la relación del viaje, compuesta primero en castellano y traducida después al portugués, fué escrita por Gómez de San Esteban. La *embajada del Gran Tamorlán* es la que por encargo de Enrique III, y formada por Fray Alfonso Páez de Santa María, Gómez de Salazar y Ruy González de Clavijo, fué á Persia en 1403, sobre la cual escribió un libro el último de éstos, cuya autenticidad, sin gran fundamento, han puesto algunos en duda. Juan Nanni, más conocido por Annio de Viterbo, publicó en 1498 sus *Antiquitatum variarum volumina XVII,* que hizo pasar como una colección de fragmentos inéditos y auténticos de Manethón, Megástenes, Beroso, Fabio Píctor, Catón y otros escritores antiguos. La crítica moderna se inclina á dar como auténticas las obras de Beroso y Manethón, aunque descartando, naturalmente, las que Annio de Viterbo les atribuyó.

(3) Es este sin duda un modo de decir proverbial, con cuyo significado no doy.

(1) Los *Apotegmas* de Juan Rufo, jurado de Córdoba, publicados en 1596, son dichos agudos y anecdóticos, que el autor presenta bajo la forma de respuestas á las preguntas que le hacen, y que no siempre revelan el mejor gusto.

(2) Sin duda el *Don Duardos* del *Amadís de Grecia,* en algún pasaje que no vale la pena de buscar.

(3) En castellano.

(4) En el *Amadís de Grecia,* de Feliciano de Silva, la princesa de Tebas, Niquea, se enamora de aquel caballero; Zirfea, reina de Argenes, hace que Anastaráx, hermano de Niquea, quede prendado de ella, y en seguida encanta á los dos hermanos dentro de una cámara de cristal, llamada el *paraíso ó la gloria de Niquea.* Con este título—*La gloria de Niquea,*—escribió una comedia el conde de Villamediana.

(5) La isla de la maga Alcina, á la cual fué conducido Rugiero en el hipogrifo *(Orlando furioso,* c. VI.)

(6) El bosque donde la maga Armida, para amilanar á Reinaldo, hizo que se presentaran á éste variadas apariciones. *(Jerusalén libertada,* c. XVIII.)

el nido de áloe, la abubilla de inmundicias; revuélcase el puerco en el lodo y busca el armiño la limpieza; mira el águila hacia el sol y busca el murciélago la tristeza de la noche; viven los aviones siempre en el aire y enciérranse los topos vivos en la tierra; florece el heliotropio con el sol, y ábrese la flor-triste con la noche; anda en pos del verano la golondrina, y las aguanieves y avutardas tras el invierno; andan los portugueses á caza de una melancolía y sueñan los castellanos de noche cómo podrán pasar un buen día.

De manera que no caerán en el castigo que el otro decía que Dios había de dar á los que en esta vida (sin ser por su servicio) tratan mal al cuerpo, y, como fortaleza ó jardín que Dios les entregó, le dejan perder y llenar de espinos, como traidor y siervo desleal, y así es su ley: así lo haga Dios con mi alma como yo lo hago con mi cuerpo; ó como nosotros decimos: «buena olla y mal testamento.» Viven como si hubieran de morir, y nosotros andamos muriendo, como si no naciéramos para vivir; ambos, extremos viciosos (1).

24 DE JUNIO, DÍA DE SAN JUAN

Viniendo á nuestra historia. El día de San Juan nos levantamos ante mañana y nos fuimos al Prado, por ver los bailetes y jerigonzas del sol; y, al ser las tres, era ya mañana clara, que en tan pocos grados es mucho haya tan notable diferencia como hay en verano y en invierno.

A esta hora, y aun toda la noche atrás, está el Prado lleno de multitudes y grupos de hombres y mujeres, cantando, tañendo y bailando; y así pasan toda la noche, ocupando toda aquella alameda con fiestas, como celebrando otras orgías de las báquides, de las sacerdotisas de la diosa Siria (1), las de Apuleyo (2), Flora de Roma (3) y *galli* fanáticos de la diosa Cibeles (4).

Es este, el Prado, el más hermoso paseo que tiene Valladolid, porque en el invierno se van á tomar el sol al Espolón, como os tengo contado, sobre el río, y por la Victoria;

Ma poi che'l Sol nell'animal discreto
che portò Frisso, illuminò la sfera
e Zefiro tornò soave e lieto
a rimenar la dolce Primavera,
d'Orlando usciron le mirabil prove
coi vaghi fiori e con l' erbette nove (5)

En llegando los calores, se mudan al Prado de la Magdalena, que es un bosque de álamos que tiene en redondo más de 5.000 pasos ordinarios (6), y por el norte queda la iglesia de la Magdalena, que es muy hermosa, y el monasterio de las Huelgas, que hizo la mujer del rey Don Sancho el Bravo, que es el principal de Valladolid, restaurado de nuevo y muy bello; por el sur, queda San Pedro, la Inquisición y el convento de las Descalzas, que son como las de la Madre de Dios.

Por oriente, quédanle muchas huertas, muy

(1) El ejemplar 503 de la *Bibliotheca Publica Municipal Portuense,* con texto igual al 504, encabeza este primer capítulo de la segunda parte con el título *Proemio* y suscribe *D. Turpín.* En seguida encabeza *Al lector malévolo* y dice:

«Ya, infame maldiciente lector, en el principio del prólogo de la primera parte te advertí que no escribía estas cosas con intento de darte gusto ó de divertirte, sino sólo por mi regalo y por mi ociosidad, con lo que tanto se me da que me reproches como que me alabes; porque ni en tí espero agradecimiento del trabajo que tuve en guardar en la memoria estas cosas, para escribirlas, ni castigo por la ociosidad de repetirlas. Bien sé que todo lo que escribí en la primera parte fué canonizarte por mentiras finas; no me pidas perdón por el agravio, porque yo no me doy por ofendido; y si en lo que se sigue hallares la misma falta, murmura á tu gusto, que yo también hago lo mismo cuando soy lector; y, si te pareciere bien, lee mientras no te enfadares, y da gracias á Dios de no ser tú sólo el que mientes.»

(Edición de la Bibliotheca Publica Municipal Portuense, pág. 370).

(1) Venus.

(2) Los juegos que describe á la terminación del *Asno de oro.*

(3) Los juegos florales.

(4) Es Plutarco quien llama fanáticos á los *galos,* sacerdotes de Cibeles.

(5) *Orlando furioso,* c. XI, oct. 82.

(6) Ya por los años de 1587 ocupábase el Ayuntamiento de Valladolid en embellecer el Prado de la Magdalena con plantaciones de árboles. (Libro de Acuerdos 1587-89, f. 39 v.to). En 1603 se ensanchó considerablemente este paseo. (Id. íd. 1603, acuerdo del 6 Octubre).

frescas, que le cercan, y luego una puerta al campo libre y el río Esgueva, donde van á lavar; entra este río dando agua á dos pares de aceñas (1), que, cayendo de alto, refresca el Prado y se divide en brazos, con una arena tan clara que, con andar los coches todo el día en ella, no se ensucia (2). Queda el Prado todo cortado por él, con puentes de piedra y madera, con lo que queda cuanto se pueda imaginar, y parece que le pintó Ariosto, cuando dijo:

Non vide, nè'l più bel più giocondo
da tutta l'aria, ove la penne stese;
nè se tutto cercato avesse il mondo,
vedria di questo il più gentil Paese;
ove dopo un girarsi di gran tondo,
con Ruggier seco, il grande augel discese.
Culte pianure, e delicati colli,
chiare acque, ombrose rive, e prati molli (3)

(1) No eran cuatro aceñas, como pudiera creerse, sino dos; de igual modo se decía *dos, tres pares de casas,* etc.

(2) No obstante las palabras irónicas que dirigió Quevedo al Prado de la Magdalena, pudieran citarse muchos testimonios que coinciden con el de Pinheiro. Véase solamente lo que dice Barthelemy Joly, que había estado en Valladolid algunos meses antes que Pinheiro:

«Nuestros señores, pues, en tal equipo de trajes, coches, caballos, literas y escolta de pajes, habiendo dado un paseo por la ciudad, van á tomar el fresco á un lugar llamado *Prado,* lleno de umbrías y de gran recreación. Señores y damas, caballeros, se pasean á pie, en coche ó á caballo, pasando con airoso porte en lento desfile, tanto para disfrutar el placer de este lugar como para darle á los demás. Los caballeros se acercan á los estribos de un coche lleno de damas ó siguen el paseo en otro sitio de este prado; unos se entretienen platicando ó leen un libro bajo la arboleda, otros escuchan el concierto de los violines ó bien ellos mismos cantan, acordando su voz con el son de las guitarras, pasando así el tiempo en estos gentiles y loables ejercicios á pie y á caballo, á la mira uno de otro, de todas suertes de calidad y condición, aun de iglesia y religión; así, no se ve más que modestia, ostentando esta congregación más silencio que ruido confuso é indiscreto de populacho ó insolencia de lacayos. Yo bien creo que aquí hay aventureros encuentros con mujeres de buena voluntad, pero á lo menos el escándalo queda por fuera.» *(Voyage de Barthelemy Joly en Espagne,* publicado por L. Barrau-Dihigo. *Revue Hispanique,* Junio, 1909.)

Gonzalo de Céspedes y Meneses, hablando del Prado, dice en *El Soldado Píndaro* que estaba «hecho una selva de carrozas y coches que frisaban hasta con los umbrales de la iglesia».

(3) *Orlando furioso,* canto 6, oct. 20.

Entrase al Prado por muchas partes y principalmente por el puente de piedra, donde luego está la Carrera de los Caballos, en la cual ordinariamente están probando todos los buenos que vienen á la corte, y á los del rey vienen á hacerles mal (1), y la casa de las chirimías (2), que es pintada y hecha solamente para alegrar á la gente los días festivos, y así estaban esta mañana tañendo, y era cosa hermosa de ver tantos hombres y mujeres, los más almorzando y holgando sobre la yerba y convidando á todos los que pasaban.

No usan los castellanos hogueras ni altares, sino en su lugar enramadas, y hallamos esta mañana muchas puertas enramadas y con arcos de ramaje, y mástiles á las puertas, que son fiestas que los enamorados hacen á las damas, enramándolas las puertas y principalmente los artesanos á aquellas con quienes tratan de casar. Decíamos nosotros que era poner el ramo á la puerta, para que se supiese que allí se vendía vino.

También allí llegan las supersticiones de las deseosas de casarse, de ponerse á las ventanas, después de ciertas oraciones, á oir lo que habla el primero que pasa y tomar buen agüero de casamiento.

Paseando nosotros en San Andrés, vimos en una ventana baja luz y que se asomaba una mujer; y pensando que era de las agoreras, dije yo, como hablando con los otros: «Siempre vivió pobre y murió desastradamente» (3). Ella dió un grito diciendo: «Plega á Dios que desastradamente mueras, y sobre ti caiga. Por vida suya, que ya lo sé desde el otro San Juan» (4).

Aquí nos dejaron solos á mí y á Jorge Castrioto, y determinamos ir á la Victoria y pasar el río; y como romerías sin compañía son enfado-

(1) Así se llamaba, como dice Pinheiro en otro lugar, á la prueba de los caballos.

(2) La famosa *casa de las chirimías* se hizo en 1602. (V. las noticias que sobre ella da D. Juan Agapito y Revillo en el *Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones,* t. 3.º, pág. 369, y t. IV, pág. 171). Se derribó en 1740 para ser reedificada inmediatamente. Desapareció, en fin, en el siglo XIX.

(3) En castellano.

(4) También en castellano. Quería decir la agorera que ya en el anterior San Juan había recibido el pronóstico favorable.

sas, fuimos á despertar á la viudita del amigo, que nos hizo la merced de querer ir, con condición de que fuese además alguna señora, amiga suya ó nuestra, por no ir sola; y á nuestra instancia fuimos por casa de doña Margarita de Castro, que está ya viuda, y tan hermosa como siempre, aunque os cause envidia; y aunque le tengo algunas obligaciones, por razón del hospedaje de la otra jornada, parece que la menor libertad que entonces tenía me hacía más estimar las mercedes que me hacía y su buena conversación (1); y ahora, por amor de aquella condición suya tan desdeñosa que el diablo le dió, desdora la buena gracia y cara que tiene, de manera que desde Navidad no la había visto; y aunque quisiera pasar confesando mi flaqueza, y no me quería enredar, con todo me dijeron que me llevaban como á Ulises atado al coche, y con la prisa y brevedad de la partida, y así podía

oir la dulce voz de la sirena
y no poder del árbol desasirse.

En fin, buenos terceros y buenos deseos, hubo menos que hacer conmigo y poco con ella, y nos fuimos á la Victoria, cada cual con su pareja, á vista y faz de la iglesia, y hollamos toda la ribera del Pisuerga cubierta de infinitos grupos y corrillos, de matracas (2), danzas y almuerzos debajo de la Victoria, entre los álamos, donde

Godeansi il fresco rezzo in gran diletto,
fra molti vasi di diversi vini
e d'ogni buona sorte di confetto (3).

Porque en esta materia de bucólica son esplendidísimos, y gasta sus dos ó tres mil reales un oficial en un almuerzo de estos, como un Alejandro, y á la misma hora darían el alma, hijas y mujer, por un real de plata.

(1) «porque no tiene duda que

lo que más se dificulta
es lo que más se apetece»

(Adición del ms. 503 de la Biblioteca Pública Portuense, consignada en la edición portuguesa, pág. 370.)

(2) Decíase *matraca* ó *cantaleta* al estruendo de voces é instrumentos con que de noche se hacía burla de alguna persona.

(3) *Orlando furioso,* c. X, oct. 37.

Pasando junto á unos, dijo Jorge: «Buen provecho, señores»; y respondió uno, metiendo un bocado en la boca: «Tras eso andamos, caballero.» Diciendo lo mismo á otro, se levantó uno y dijo: «Pues bebamos» (1); y brindó á todos los portugueses, y nos hicieron participar.

En este paseo logramos la buena conversación de la compañía, oyéndoles los más graciosos dichos que ha mucho tiempo no oí; y, como íbamos con la mesa puesta, buenos platos y buenos guisados, nos parecían mucho mejor. He de deciros algunos, aunque sin la sal de la pronunciación, á que Demóstenes daba los tres primeros lugares de la oración. Y así diré lo que decían, pero no cómo lo decían.

Vos no conocísteis á Ursula, que es una perla, muy alegre, traviesa y cortesana; y si no fué aquella afición, nunca en ella ví ni entendí falta ninguna; mas pidiéndonos una vez que la hiciésemos un soneto en su loor, se le hizo este, que ella celebró mucho: tan confiada es; pero nadie oyó cosa tal:

Quien vuestras gracias todas bien computa,
verá que de la frente hasta el tobillo,
desde el alto talón al colodrillo,
vencéis mil cortesanas sin disputa;
quien vuestro aire y donaire bien reputa,
trabar de mano y aquel dar (de) codillo,
ser cuerda juntamente y ser cuchillo,
la humilde cara y en un punto enjuta;
ser espinas y flor, la copia y (el) cuerno,
ardilla alegre y [en] un punto mona,
rogar, fingir, temer, y todo nada;
por lluvia de verano y sol de invierno
seréis, Ursula mía, y por patrona
entre once mil doncellas reputada.

Iba ella en este día, por la ausencia de nuestro amigo, muy como viuda, sin quitarse el manto, por más que se lo rogábamos; dí de señas á otra, y, queriendósele quitar, dijo (2): «No lo haga, hermana, que ando estos días muy bellaca.» Ella se le quitó entonces, diciendo: «Desa suerte no hay que temer, que enfermedad conocida, sanada está.»

Al entrar en la Victoria, tomaron ramos que

(1) En castellano lo que va entre comillas.

(2) Todo el diálogo en castellano.

estaban vendiendo. Doña Ursula llevaba una saya de primavera, y como es traviesa puso el suyo en el regazo, ensuciándole, y dijo: «Miren, señores, cómo está el mío lindo y fresquito, como si tuviera el pie en la fuente.» Respondió por nosotros doña Margarita: «En tal primavera, ¿cómo pueden dejar de nacer y estar muy frescas las flores? (1)».

Como estaba escandalizada de mí, con razón, por no verla en tantos meses, iba diciendo mal de los portugueses. Díjela yo: «¿Soy yo, señora, á dicha el culpado?» Respondió: «obras y palabras de Judas». *Nunquid ego sum, domine.*

Llegando á la fuente de la Victoria, sacamos una bolsa que llevábamos en el coche de estas de Berbería, para beber; y viéndomela dijo: «Al Judas no se le ha olvidado la bolsa». Y preguntándome dónde la adquiriera, y respondiéndola que venía de Berbería á Portugal, respondió: «Bueno está, de Berbería por manos de infieles, como las drogas de Alejandría».

Pidiéndola que bebiese por ella, que estaba lavada, dijo: «Aunque no traiga los dineros, toda el agua del río no basta á quitar las manchas de dentro, por más que disimulen por fuera». Y diciendo que comería primero, dijo Jorge Fernández: «Desa manera más amiga es V. Md. de la carne que del caldo»; y como no pronuncia bien el castellano, dijo: «¿Y es V. Md. amiga de sorber? ¿Cómo se dice esto en Castilla?» Respondió: «Según es el caldo».

Quiso doña Ursula hacer las paces y que se acabasen las peleas, y Jorge fué á tomarnos las manos. Dije yo: «Poco deso, señor, que no me quiero desposar por poder»; y ella: «Ni yo á media carta como los portugueses».

Rogándome ellos que, de verdad, les dijese qué me hacía ó qué tenía para que haciéndome tanta merced y teniendo tan buenas cualidades, y con tanta nobleza y honestidad, fuese ingrato, no viéndola en tantos meses, dije yo que era como la señora Miraguarda, afable con los extraños y tirana con los suyos, y que era muy áspera de condición y sin blandura.

Acudió ella: «No tiene vuesamerced razón, que tan buena carne no ha menester perejil». dije yo: «Lléguese V. Md. á probarla, que le prometo que le halle mostaza». Y ella, muy de vagar: «Señor, las buenas cocineras saben tener perejil para la gallina, agraz para el pollo y mostaza para vaca dura; y dejemos de plática, que los amores acábanse y no el amor, que de las mujeres principales se suele decir que, si lo erré en amar, en amar mucho acerté».

Convidábala doña Ursula á irse por la tarde á holgar, y excusábase con su estado de viuda, y dije yo: «convídela V. Md. á llorar, que no se negará». Y diciendo doña Ursula que no quería sino á cosas de gusto, repuso ella: «Pues por cumplir con entrambos, convídome para acompañarla en la muerte de su marido». Respondió la otra suspirando: «Ay, hermana, que no se podrá decir entonces por mí: un ave sola, ni canta ni llora».

Al volver y retirarse doña Ursula, quedando en su casa, encontrando allí á su marido y quejarnos porque no fuera con nosotros, dijo: «que allí nos había visto, pero que estaba en una aventura y vió el coche lleno, por lo cual no fué». Dijo doña Ursula: «Mejor hicieras no volver á casa, que más quiero á este señor que á tí, que habemos de vivir entrambos, y comer en un plato y dormir en una cama». Dijo él que «serían dos vinagreras de aceite y vinagre en un plato» (culpándola de áspera); y ella: «Calle, señor, que no es buen filósofo, que el vinagre enfría los pulsos, y el aceite, aunque blando, arde en los ojos». Y cierto que para estos dichos tienen particular gracia y presteza las castellanas, y mucha más gracia en el aire y desenfado con que los dicen; y preguntadlo á nuestro amigo, que vino picado y me quiso poner los cuernos en la buena conversación.

Por la tarde, nosotros fuimos á San Juan y de allí al Prado, que estaban regando veinticuatro carros de mulas que la ciudad tiene, las cuales todos los días de verano riegan aquel Prado con cubas que llevan desde la una hasta las cinco, en que la gente comienza á ir; y cuestan estos carros

(1) «Porque quien es primavera,
¿qué puede dar, sino flores?

(Adición del ms. 503, consignada en la edición portuguesa, pag. 370.)

mucho dinero, porque lleva cada uno 24 reales cada día, los cuales en verano sirven solamente para regar el Prado y algunas calles principales por la mañana, y en el invierno para limpiar la ciudad, y dos mulas más, con sus reposteros, y dos arcas en que llevan perros y gatos muertos, y en esto se gastan 24.000 cruzados cada año, y no es mucho, porque tiene la ciudad de renta 200.000 cruzados y para esto sacan dos onzas del peso y medidas, y tiene la ciudad 200.000 cruzados de renta *(sic)*. De manera que riegan el Prado todos los días, y con esto y con los regatos que le cortan todo, la hermosura de la alameda, la hierba del campo, la alegría de las chirimías y diversidad de hombres y mujeres que lo cubren todo, sentados á los pies de los álamos y por la ribera, queda la más hermosa vista que se puede imaginar, y en particular en este día en que no se podía andar, y no quedó persona en la corte que allí no se hallase, hasta los principales, que estuvieron allí toda la tarde, sin más diferencia que andar en coches y caballos, y pararse, cuando ellos pasaban, los que estaban próximos, á los que hacían su cortesía ordinaria.

Dura esta concurrencia hasta las diez de la noche, y muchos se quedan hasta las dos ó tres de la noche y hay muchas matracas de estudiantes, que hacen trovas improvisadas y en competencia. Divididos en prosa y verso, motejan y zumban unos de otros, y dan vaya á los que pasan, con mucha gracia; otros cantan muy bien, y en otra parte estaban danzando muchas mujeres, de manera que es la mayor grandeza que la corte tiene, viendo las travesuras que os dicen y la chacota que hacen á lo que oyen.

Esta tarde andaba el conde de Cabra, heredero del duque de Sesa, paseando á caballo con otros señores, el cual es tenido por poco avisado. Pasando junto á un coche de damas, le dijo una: «Conde, he aquí lo que somos»; de lo que él se corrió mucho y otros se murieron de risa. Fuimos en pos de ellas, y preguntando el enigma, dijo una: «Pasaba aquel necio ayer por la ronda, y emparejando con este coche, vió un caballo que mataran los toros, podrido; y queriendo decirnos un requiebro, dijo: *Señoras, he aquí lo que somos;* y porque conocerse una persona es gran prudencia, se lo repetimos, porque se sepa cómo se conoce por caballo y se precia de sus buenos concetos».

25 DE JUNIO

El sábado, 25 de Junio, fué día de San Eloy, al que los plateros hacen fiesta, y había en la Platería fogatas y toros de cuerda. Vivía en ella aquella señora de que más atrás os conté que fuimos á almorzar á su casa el día del Corpus, que era casada poco hacía, muy moza y hermosa, la cual estaba estos días fuera, con su marido.

Convidáronme su madre y su hermana doña María Vázquez que fuese allí á ver la fiesta, donde aquella tarde me hicieron mucha merced y dieron muy bien de merendar. Ausente doña María, está casada con un hombre que tenía algunas hijas de otra mujer, que me hicieron el mismo agasajo, cantando y bailando muy bien, sin tenerme otra obligación sino ser muy amigo de la madrastra y saber la daban en eso gusto; y es tal la largueza de la tierra, que la madre y las mismas entenadas importunaban á la madrastra que me mandase llamar muchas veces para jugar ó irnos á holgar en su coche.

Y yendo un día con ellas, hablándola á la oreja, porque estaba preñada, la dijo la entenada, riendo (1): «Señora, no se llegue V. Md. tanto al portugués, que hoy es mi madre y de aquí á cuatro meses será ya madrastra.» Y ella, abrazándola, respondió: «Calla, niña, que si entonces tuviese entenada que me persiga, tendré ya hijo que me defienda». Y con ser la entenada de 15 años y ella de 18, tenía esta largueza en la conversación.

Y lo mismo vi en doña María de Veiga con otras dos de su edad, que por no quitarla de divertirse llegaría más allá si fuese posible, y decía una de ellas: Señoras, holguémonos y huélguese ella, que nunca V. Md. hará cosa mal hecha; y cuando tropiece, sobre mojado cae».

Mas afirmo con mucha verdad, que nunca á ninguna de ellas vi hacer cosa mal hecha ni con-

(1) El diálogo en castellano.

tra su honra, más que divertirse; y del mismo modo la suegra de doña Margarita muchas veces la hacía ir á vernos, cuando se lo rogábamos en alguna huerta.

Tornando á la historia. Como deseaban darme gusto en todo, me dijeron que, por amor á mí, habían mandado recado á una amiga muy bonita, que tañía y cantaba, y que cuando viniera el licenciado, marido de doña Juana, le preguntase una cosa, que reiría mucho acerca de ella. Viniendo, me contó cómo era astrólogo y tenía mucha fe en ello y que adivinaba todo, y que aquella señora que esperaban, hacía un año que era casada con un escribano de provincia, con poco gusto, y que venía á saber de ella dentro de cuánto tiempo se la moriría el marido, porque ya ella sabía que había de ser casada dos veces, y que, porque ella no hiciese algún desatino (según lo mal que quería al marido), determinaba decir que muy pronto; que disimulase yo cuando ella viniera.

Llegó en esto la casadita, que tendría sus 17 años, unos ojos como estrellas, muy blanca y muy delicada y agraciada, que parecía un angel en el rostro é inocencia. Apartóse con el licenciado, que asignó dos años á lo más, al inocente; ella sacó un doblón, que le dió, y viniendo para nosotros, dijo: «Perdónenme V. Mds., que era negocio de importancia; y denme una guitarra, que de albricias de una buena nueva quiero alegrar á estos señores y cantar las exequias á un vivo, antes que me las cante á mí». Cantó y bailó ella y las entenadas, muchas danzas de muchas suertes, y ella en particular, con mucho aviso y modestia, que me hacía bendecir

Ch'inganno o tradimento non gli è avisso
Che possa star con si soave riso (1),

no pudiendo creer que tales pensamientos cupiesen en aquel pecho y rostro; por lo cual con razón dijo Cicerón:

Frons, oculi, vultus, etc. (2).

y también Ariosto:

(1) *Orlando furioso*, c. VII, oct. 16.
(2) Cicerón: *Ad Aticum*.

Ben s'ode il ragionar, si vede il volto,
Ma dentro il petto mal giudicar puossi (1).

Y, con parecerme mal los pensamientos, comenzaron á parecerme bien las palabras y á entablar plática, por más que la madre de doña María nos avisaba que dos líos no cabían en un costal y que en la ausencia se veía la fe, á lo que ella respondía: «Ya puede ser que él no quiera el tomar dos cargos, que con los ojos me da señal que quiere solamente mudarla». Dije yo: «Aunque es San Juan, no mudo yo amo por unos ojos tan feos y traidores como aquéllos». Repuso ella: «Pues no falta quien los quiera;» y de allí á poco dijo: «en mi casa». Respondíla yo: «A tardarme V. Md. con la casa, me quedaba yo en la calle». Y ella que «desas cosas suceden por San Juan, y más si el dueño no está presente: si no dígalo doña María, mi amiga, que hasta la sangre se le rebela, y la madre le trae los peligros á casa, y le quieren vender la casa y la amiga por unos ojos feos, que le han de costar los dos de la cara, y va ya para traidor». Dijo la madre: «¿Qué disculpa le parece á V. Md., señora doña María, que podrá este hombre dar á Dios y al mundo, de que en su misma casa esté haciendo estas traiciones». Y Doña María: «Si tiene recibido la señal, ninguna tengo por bastante: mas si está libre, yo le absuelvo».

Estando así, entró en el patio de abajo un toro y no quería salir. Dije yo: «¡Que es posible que no haya fiestas de mujeres sin salir toros, y éste que por más que tiren dél, no hay sacarle de casa!» Respondió ella: «No se espante V. Md., que no hay cuerda que haga salir un toro de casa de una desdichada, si lo desea».

Llegó en esto el Juan Moreno del marido (2), y como nos hallase en la buena conversación, no se recató de continuar en la plática. De suerte que imagino que de esta gente, los más no hacen caso de los cuernos y á lo que la honra alcanza es á no querer averiguarlos, y hay algunos que dan la ocasión con la mucha libertad y disolución con que dejan proceder á las mujeres.

Y así me acuerdo que un día hallé muy triste

(1) *Orlando furioso*, c. V. oct. 8.
(2) Como si dijéramos el *Juan Lanas*.

á doña Ursula, diciéndome que su marido la había confiscado los bienes y me contó que, estando en la iglesia, la mandó pedir las llaves y la llevó y vendió dos vestidos y la tapó la boca con decir que la encontró en la faltriquera dos escritos. Y decía ella: «Y no me dió otra pena sino confiscación de bienes, sin tocar á la persona, y el bellaco miente, que no halló tal».

Contóme además que no queriendo ella mandar pedir á un hidalgo que la enamoraba 500 reales prestados, él mandó á rogarle, en nombre de la mujer, que se los prestase sobre una prenda, diciendo: «Y no es posible que, yendo el recado en tu nombre, pida él prenda, siendo tan honrado caballero». Y me juró que le había dicho: «Hermano; y si él viniera acá, á cuenta de su dinero, y quisiere acostarse conmigo, ¿qué mandas tú que le responda, pues eres tal que esto haces?» Y que él contestó amenazándola.

Lo que sé es que él quería arrendar unas casas de 150 cruzados y decía á la mujer que buscase dinero, porque las había de pagar luego, y diciendo ella que dónde había de ir, respondió: «Dios lo dará, y entendámonos, que las he de alquilar, y si no luego voy á buscar coche para llevarte á Medina y no habemos más de volver á la corte: ve si tienes amiga que te lo preste.» Y vínose á la corte con ella sin otro negocio más que hacerse cortesanos, y así le llamó ella Don Fernando Cornelio de Quirós; y oyéndonos cantar por los Reyes:

O boy bento o cobría, etc.,

cuando estábamos todos le llamábamos *o senhor D. Bento* (1), y lo merecía, porque la veía en los dedos y pescuezo las piezas que le daba nuestro amigo, y se daba de bofetadas sobre venderlas y no sobre saber quién se las dió. Y cuando estuvo enferma, el amigo la traía todos los días á tener cuidado de ella y volvía á las once de la noche en el coche, y cuando nos hallaba á todos con ella, se llegaba al coche á agradecer «la merced que le hacíamos en regalarle y llevar á alegrar á doña Ursula», todo de buena fe.

Aquí me mostraron á un infame del hábito de Montesa, que con ser muy noble consentía que la mujer viviese amancebada con un canónigo de Toledo, y porque ella se inclinó á otro, que tenía menos años y menos dinero, el canónigo le pidió que la atemorizase, por los celos que tenía, y convenido el precio, le acometió hallándole en casa y le mató.

La mujer se acogió aquí á penitencia, donde está, y él anda muy confiado. Conocéis á Lope García de la Torre, que deja á su mujer, muy dama y hermosa, jugando los 200 y 300 cruzados hasta la mañana, y él se va á acostar, y cuando la llama, responde: «Lope García, callad y dejadme. ¿No queréis, Lope García? Cervantes, dadme aquella palmatoria, veremos si le hago callar. Como jugare lo vuestro, reñid; mientras juego lo mío, callad.» Y la verdad es que estas tales lo saben y disimulan, porque son las propiedades que más las rentan y las dotes de que viven (1).

Y teníamos acordado en Castilla que si no son tal y cual, los demás no gastan nada, ni en joyas, ni en vestidos de las mujeres, y las ganan las mozas con palabras ú obras, y las viejas con su buena industria.

(1) *El buey bendito* (boy bento) *le cubría*, cantaba el villancico, según dice Pinheiro; el cual juega maliciosamente con el vocablo *Bento*, que significa también Benito, y se le aplica al marido.

(1) Es este el pasaje que tanto ha dado que hablar desde que le exhumó Gayangos, suponiendo que el Cervantes á quien nombraba la mujer de Lope García de la Torre era el propio autor del *Quijote*.

No es esto imposible, ni mucho menos; pero claro está que tampoco hay motivo para darlo por seguro. Muy bien pudo ser otro Cervantes, y aun, como dice Rodríguez Marín, una dueña ó criada de este apellido.

Lo cierto es que aquí se evidencia una vez más la verdad de cuanto Pinheiro refiere en la *Fastiginia*, ya que Lope García de la Torre no era un sér imaginario, sino una persona de carne y hueso, residente á la sazón en Valladolid, según se ve por documentos que encuentro en el archivo de protocolos. Fué hijo de Juan Ortega de la Torre, tesorero general de la Cruzada, vecino de Madrid. Con su padre y sus hermanos Juan Ortega de la Torre y Diego de la Torre tuvo compañía en Lisboa y Sevilla para negocios mercantiles; muerto el padre, sufrieron cuantiosas pérdidas, y viéndose en grave apuro, vinieron á un acuerdo con sus acreedores sobre la forma del pago. De estos pagos y transacciones hicieron algunos en Valladolid. (*Protocolo de Juan de Gamarra*, 1604, f. 137 y 178.)

Y así oí á doña María Téllez, mi vecina, gritar una noche sobre querer su marido empeñarla un vestido, diciendo: «Mis joyas, mal hombre, ¿dístemelas tú? ¿Costáronte tus dineros? En seis años que estoy casada contigo, si Dios y mi madre me las dan, ¿quiéresmelas tú quitar? Mal año, que antes me quitarás el pellejo que el vestido». Y es su lenguaje: «Don N. es mi galán; sírveme, regálame mucho.» «Fulana es muy servida y regalada de un muy principal caballero.» Y précianse de ello y hacen cuenta.

..... chè senza amante
Sareste come inculta vite in orto,
Che non ha palo, ove se apoggi, o piante (1)

Y llega á tanto, que en la conversación decía el conde de Siruela (2): «Juro á Dios que no sé qué quieren á la condesa estos sus galanes. Deseo desengañarlos que tiene las más flacas piernas, que no valen 4 maravedís y costaron más de 50.000 cruzados á partes (?)» Y decían él y algunos que podían responder, como el cura: «Bien lo sé, compadre» (3).

Y así, recuerdo á este propósito que estando zumbando D. Fernando con un criado nuestro, diciendo que le quería casar con una criada, entre otras leyes que le daba había una: «Y no serás muy especulativo en preguntar dónde vino lo que hallares en casa.» Y así lo hacía él.

Por lo cual decía un amigo mío: «Mohíno el hombre que no es cornudo, porque tiene mala cama y mala mesa, mujer fea y poco regalo.» Y por eso quedó el proverbio de llamar á los dichosos cornudos, porque no hay mejor ventura que tener mujer hermosa, y sin poner nada de casa, tener por tributarias las ajenas y la mujer alegre, que, porque calléis, os hace mil mimos.

Por lo cual al mayor cornudo (como abogado de la buena ventura) encomiendan las viejas los huevos cuando los ponen al fuego, para que no se revienten; y se quejaba el otro, diciendo: «Mujer, ¿sabéis lo que digo? Que no es esta mesa de cornudo.»

Bien conocísteis á doña María Gudiel, que decía al marido: «Cornudo y mohino, no le he visto como tú lo eres» (estando jugando con él y otros); y cuando D. Gabriel venía en mala conjunción, le decía: «¿Qué haces ahora en casa? Vete á holgar, que han de venir acá unos caballeros á holgarse y tú eres muy triste, y afréntasme.» Y aquí hay un aguador que tiene una mujer agraciada, y cuando viene la noche, llega cantando, y si la mujer tiene recaudo, se asoma á la ventana, y él da otra vuelta mientras se fríen los huevos.

De D. Pedro de Médicis cuentan un dicho cortesanísimo, que, yendo á ver á una señora casada, á la que diera una colgadura de damasco, llevaba unos calzones de tafetán que hacían ruido. Yendo ella á hablarle en una casa de fuera, ella se afligía mucho: «¿Cómo traía tal seda, que lo sentiría su marido?» Respondió él: «Válgame Dios, señora, ¿es posible que no hagan ruido doscientas varas de damasco desta colgadura, y teme V. Md. que lo hagan cuatro varas de tafetán de unos gregüescos?»

El más galante caso que en esta tierra sucedió es uno, ciertísimo, que se sentenció aquí, en Valladolid. Habrá veinte años que un hombre que no tenía hijos se concertó con un vecino de casta paridora que en cuatro meses le diese la mujer preñada y que le daría 500 cruzados, de que le pasó conocimiento que, cumpliendo lo convenido, le pagaría.

Empreñó la señora, que fué obediente al marido, mas movió á los ocho meses. Pedía el empreñador el dinero, amenazándole que había de descubrir lo que pasaba si no le quería pagar. Llególe á demandar; sospechóse el caso, llevárónlos á la sala, y en efecto les asignaron sus 300 azotes á buena cuenta. Y están los autos en mano de Pedro de Parga, escribano de la Chancillería, que me lo afirmó.

Mas, como esta digresión va descaminada, concluyo con deciros tres verdades, tres curiosidades que averigüé en esta materia de los cuernos, que algún día deseé saber y no me contaron más ni supieron contar, y son: por qué llaman

(1) *Orlando furioso*, c. X, oct. 9.

(2) D. Cristóbal de Velasco y de la Cueva, 6.º conde de Siruela. Muerta su primera mujer, estaba casado con doña Isabel Manrique de Vargas, hija del secretario Diego de Vargas.

(3) Alude Pinheiro á algún cuentecillo picante.

cornudos á los que tienen mujer adúltera, por qué los llaman cucos y por qué encomiendan los huevos á los cornudos.

En razón á lo primero, es porque entre todos los animales no hay ninguno que no tiene celos y celo por la hembra sino el buey, el cual consiente y aun está deleitándose de ver hacer la razón á los otros; y por ser el animal que sólo quiebra esta ley natural, común á los hombres y á los brutos, al hombre que consiente le llaman buey ó cornudo, que así se llama también al buey en italiano, y tomando, por metonimia, *pars pro toto*, tomaron los cuernos por insignia y nombre de cornudo que consiente, porque sólo éstos merecen el nombre. Aunque Eliano cuenta que uno, de celos del pastor, que usaba abominablemente de una cabra, le buscó estando dormido, y le encontró de suerte que le quebró la cabeza. Llamábase Casthris.

En razón de lo segundo, es que el cuco pone sus huevos en nido ajeno y come los huevos que halla en él; y así cuenta Plinio que uno puso los huevos en un ojo de una calavera, donde un reyezuelo tenía el nido, y creciendo después mucho los cucos, no pudiendo salir por los ojos, el reyezuelo los criaba muy contento de verse madre de tales hijos, y así los encontraron. Y por esta razón el cuco es adúltero más que cornudo, pues en el nido ajeno pone sus huevos y no cría los hijos ajenos, antes le crían los suyos. Por donde no puede el cuco ser símbolo del cornudo, sino del oficial de los cuernos; y así entiendo yo que al paciente no se le debe llamar cuco, sino «por vuestra casa anduvo el cuco, por vos canta el cuclillo». Mas el uso

Quem penes arbitrium est, et jus, et norma loquendi (1)

así como tiene poder para apropiar las palabras, le tuvo para expropiar la frase *per antiphrasim*, á lo que llaman *conversio sermonis*.

De aquí viene que cuando ponemos el huevo al fuego, le encomendemos al mayor cornudo, como el cuco encomienda sus huevos á los pájaros, que los crían en su casa, porque el cornudo se calla y no abre la boca; y débenme crédito en esta parte, pues no soy autor ni reo en estas materias, y, como quien no entiende la práctica, hablo como teórico.

Volviendo, pues, á nuestros toros, pasé la tarde viendo bailar á uno en casa y correr á otros en la calle, y la torera, que, como diestra, sabía hurtar el cuerpo en las vueltas al toro y tirar sus garrochas á los que veíamos desde el palenque. Y, quedando muy reconocidos, se fué el marido y después ellas, diciendo dónde vivían y haciendo grandes ofrecimientos.

Al marcharme, las encontré cerca de casa, y yendo acompañándolas, llegó un pobre pidiendo limosna, diciendo que acababa de salir de la cárcel. Dije yo: «Perdona, hermano, que ahora entro yo en ella, bien de espacio, y no me dan cosa que pida». El, como todos son bachilleres, respondió: «¿Y por qué crimen le prende á V. Md. la carcelera?» Repuso ella: «Por querer heredar á un vivo, que está en gloria, que si pidieras por su alma, me llevaras la suya.» Y de estas travesuras fué diciendo muchas hasta dejarlas en casa, prometiéndome que muy pronto habían todas de ir á holgar á una huerta, y que nos harían llamar.

26 DE JUNIO

El domingo por la tarde fuimos los amigos á una huerta á holgar más allá de la Victoria, donde vimos estar nadando en el río algunos hombres y mozos en extremo bien, porque se atan las piernas con un cordel y candelas en los pulgares y otra sobre el pecho entre las manos, y así van nadando de costado, y algunos dan vueltas alrededor con tanta velocidad que parecen círculo continuado ó rueda de fuego.

Estando nosotros asombrados, comenzó á gritar un mancebo, que sería de 25 años, y se fué á fondo delante de nosotros, subiendo primeramente á la superficie dos ó tres veces; mas los compañeros se hicieron la cuenta de Cloridano:

Chè sarebbe pensier non troppo accorto,
Perder duo vivi per salvare un morto (1).

(1) De la *Epistola ad Pisones*, de Horacio.

(1) *Orlando furioso*, c. 18, oct. 189.

Y así se pusieron en salvo y se ahogó, lo que nos causó mucha lástima, y es barbarie ver que se permite nadar en este río, donde, el año pasado, se ahogaron más de cien personas, y lo ordinario es de 25 á 30 cada año, porque es muy hondo y turbio y en algunas partes tiene dos lanzas de profundidad, sin arena ninguna, sino lodo, que no se puede hacer pie en él, y todo acantilado, que baja á corte de pico como cava. Y como el arbolado es tan espeso, las raíces lo ocupan todo, como redes, en que muchos se enredan.

A más de esto, dicen que por las nieves que trae causa un dolor que llamamos *cambra* ó *breca*, que toma las articulaciones de los pies y brazos, de manera que quedan como tullidas las personas; y si les coge la parte superior, los ahoga sin moverse. Y pocos días antes sucedió otra desgracia, que se fué un barco al fondo, por irse meciendo en él muy enramado, y se ahogaron tres mujeres.

Andan como veinte de éstos en el río, muy bien hechos y grandes, pasando hombres y mujeres de la otra orilla, con sus violines, sonajas y panderos, á hacer sus meriendas, que es una de las cosas más alegres que ví.

Este mismo día nos vinimos por la huerta del Duque, ya tarde, y vimos en la baranda de arriba, en el paseo que cae sobre el río, á una señora enferma en una silla y tres damas y tres doncellas, todas mozas, bailando y tañendo, haciendo que no nos veían. Cuando venían, nos hicimos los encontradizos y dije á la que tañía: «Guarde Dios á V. Md., señora doncella, que lo hace con tanta gracia que traerá tras sí leones, cuanto más portugueses, y á hurto habemos recebido mucho gusto» (1).

Y así recuerdo que en Abril, andando yo y Jorge Cartrioto y D. Fernando con otros en el Espolón, vimos parado un coche, en que estaba una mujer é hija de un oidor, en extremo hermosas. Bajamos los tres y nos fuimos disimulados á sentar junto á ellas en el poyo, y estaban comiendo castañas. Comenzamos á decirlas algunos despropósitos, y con razón quedaron en el campo como victoriosas, que de avergonzadas se fueron las damas, como sol corrido de verse menos dorado, y ellas salían como las estrellas. Callándonos, dijo la madre (1): «Mal hace V. Md. en acabar tan presto el sermón, que tan buen ruiseñor hubiera de le obligar á cantar por justicia.» Respondí: «El tema, señoras, es tan bueno y la letra tan agraciada, que aunque el predicador y el músico sea malo, no puede dejar de parecer bien, y, como es martes, temía me sucedan desgracias, pues no hallo ni quien de buenas palabras me harte.» Dijo ella: «Pues porque vea que podemos forzar las estrellas, como los sabios, le quiero hacer un favor.» Y dió á la hija cuatro castañas, para que me las diese, lo que ella hizo, quitándose el guante y descubriendo una mano bien hermosa. Tomándolas, ví que estaban podridas y quemadas, ellas muertas de risa. Díjelas yo entonces: «¿No digo yo que favores en mis manos son como oros de duendes, que se me vuelven en carbón?» Y ella: «Holgara yo de tener los de Midas para pagar tan buen gusto.»

Preguntando si era aquella dama casada, díjome que sí, y que por qué lo preguntaba. Respondí: «Para rogar á Dios, si es á gusto de V. Md., le logre muchos años, y, cuando no, se le vaya á las Indias y me deje por su coadjutor y futuro sucesor.» Y ella: «El tiene por ahora sus Indias en casa, mas para adelante se tendrá memoria de V. Md.» Respondíla: «Yo haré sobre ello mis memoriales, para acordar á V. Md. el buen despacho.» Después las encontré muchas veces; mas como me veían en otro traje, nunca me respondían más que con la cortesía ordinaria.

Otro día recuerdo que acordamos con otras señoras, de las cuales una era conocida mía, que fuésemos á holgar á una huerta, y, porque habían de ir con unas primas, que estuviésemos nosotros á la puerta y las convidásemos á entrar; y, en entrando, dije yo: «Hermanas, abrácennos, pues hay tanto tiempo que no nos vemos, pues es esta la primera vez que las veo en Valladolid.» Las otras entendieron el juego y dijeron que teníamos razón, y así lo hicieron.

Llegando doña Margarita, sólo ella se quemó

(1) En castellano.

(1) En castellano el diálogo.

y dijo que de cuándo acá entrábamos en barco, y las otras bellacas reían y se hacían señas. Dijo una: «Hágalo V. Md., que no es razón que quiera que paguemos sus deudas.» Y yo díjela á ella: «Ande acá, hermana, abracémonos y no nos entiendan.» Ella lo hizo, riendo y diciendo: «Ea, señor Tarquino, pues me obliga á que sea mala, por no parecerlo.»

Mas estas libertades, en las más ligeras son la total perdición de las mujeres, porque como hay tantas ocasiones, una vez cae la caza y no se levanta más; y así contaré en el día siguiente un caso que nos sucedió, notabilísimo.

27 DE JUNIO

En la noche de San Pedro hay las mismas fiestas que en la de San Juan. Ya muy tarde nos fuimos al Espolón mi compadre Constantino de Menelao, Diego Sodré Pereira, que llevaba un ferreruelo mio, y yo. Estando sentados, tomando el fresco, llegaron dos embozadas, ama y criada, y dijo el ama (1): «¿Cuál de V. Mds. será buen juez en una duda que traemos?» Respondió Diego Sodré Pereira: «Yo soy buen juez, sin sospecha entre damas, porque tengo pocas barbas.» Respondió ella: «No lo quiero, que no será juez recto, que yo le conozco que no me hará derecho.» Prosiguió Menelao: «Aquí estoy yo, que soy gallo y tengo crestas para jugallas con todo el mundo sobre V. Md.» Respondió ella: «Esto quiero yo; y si canta á las doce, no hará tuerto á dueña ni á doncella, como buen caballero andante.» Quisiéronse ir, y de lejos se volvió y descubrió el rostro, y amenazando á Diego Sodré; y aunque se quiso ir, la detuve, conociéndola. Y antes que cuente la historia os la quiero dar á conocer.

Era la señora doña Ana de la Mata, moza de capa y espada, hija de un hidalgo principal, que yéndose á Flandes, dejó ésta y otra hija con la madre y su coche y casa muy honrada en Madrid. Quiso la madre, por no estar ociosa, imitar al marido y ejercitar las armas, y, como buena madre de familia, acrecentar los talentos, multiplicar la familia y proveer las lámparas de las vírgenes locas de las hijas.

De manera que, vuelto el padre, y viendo ellas que no tenían libertad, y que iba descubriendo los tratos de la mujer y sospechando que las hijas estaban una con fruto y ambas sin flor, y andaba tratando de soltarse de ella, se conjuró con las niñas y fué á acusar al padre de forzar á ambas, haciéndoles los mimos de Noé, de Periandro y Edipo á su madre, y del engañado padre á Mirra.

Dieron con él en la cárcel, confesaron las hijas sin tormentos é hicieron destrozar al pobre padre con ellos, hasta que dió el alma pidiendo á Dios justicia y al rey venganza, diciendo: «¡No se contentara doña Ana con ser puta, sino que me quiere á mí hacer puto! ¡No me matara con ponzoña, sino que vende la honra de sus hijas y á mí quita la honra y la vida y hace perder el alma!» (1).

Quedaron estas hijas perdidas y mal casadas, y ella con tener presencia de mujer honrada y ser muy avisada y cortesana, que las lleva del brazo á sus bellaquerías.

Conocióla en fin Diego Sodré y la detuvo, que

> Più volte s' eran già non pur veduti
> ma al paragon dell'arme conosciuti (2).

Rogóla que se sentara con nosotros, y él, como hombre pronto á la pelea, aprovechóse de un chapín en que se sentó, diciendo que no era villano, que dejase el pie por la mano (3).

Después de otros dares y tomares, propuse yo que contásemos cada uno su cuento. Repuso ella (4): «Yo armaré un juego, y es que, pues estoy entre tres cruzados portugueses, me apoden todos, y el que mejor razón diese de su dicho, se le haga un favor á medida de su boca (contando que no pase della), y el que peor diere, envíe por colación.»

(1) En castellano el diálogo.

(1) En castellano.

(2) *Orlando furioso*, c. I, oct. 16.

(3) Alusión al refrán: Al villano, dale el pie tomarse ha la mano.

(4) En castellano el diálogo.

No fué perdido longamente el ruego,
que los tres su labor luego tomamos (1).

Dije yo: «Parécesme bruja en encrucijada.» Dijo Diego Sodré: «Parécesme rincón de San Francisco, con dos cruces y una delante, porque no se meen en él.» Dijo Menelao: «No, sino santa Elena, haciendo elección de las cruces.» Y ella: «No parezco sino Magdalena la buena entre dos ladrones.» Repuso Diego Sodré: «Condenada, porque me deja sin figura.» Respondió: «No, tú eres Longinos, que está delante caballero en el chapín.» A esto dijo ella: «Desa suerte yo daré la lanzada.» Proseguí yo: «Y yo, como Tomás, meteré la mano.» Y Menelao: «Y yo, como Menelao, gozaré la Elena.» La bellaca, sin pensar, dijo muy á prisa: «Condenado en la colación, porque se ha salido del breviario y dejó los Evangelistas por los poetas.» Que, para mí, fué lindísima sentencia, y por más que se defendió con la equivocación del nombre de Elena y haber hablado yo en nombre propio, no se pudo revocar en vista ni revista (2), y fuimos oyendo sus picardías, dando aire, días y horas como reloj destemplado.

Y de esta gente que queda así desgarrada (3) é hijas de buenos padres, que vienen á perderse, en que se ven las reliquias del buen natural, hay mucha en la corte. A este propósito se me acuerda de unas redondillas que, pintando el estado de Valladolid y quejándose de una prenda que allí se quedaba, hicimos ha días, que, por pintar las solturas y ocasiones de ellas, pondré parte de la carta que las trata, como proemio para lo que sigue:

REDONDILLAS

Oh tierra pobre de bienes,
rica con males ajenos
y aunque buenos contienes,
extraños son estos buenos
como todo el bien que tienes.

Eres arca de Noé
llena de confusos males,
adonde apenas se ve
un hombre que tenga fe
entre tantos animales.

Eres culebra fingida,
laberinto sin salida
do no se halla buena suerte,
tanto peligro de vida,
tanta certeza de muerte.

A cada paso un Centauro
veréis sin hombre ninguno,
encantados uno á uno,
y entre tanto Minotauro
no se halla Teseo alguno.

Y la causa deste daño
viene de su signo fiero
donde Virgo es siempre extraño,
reinando por todo el año
el Capricornio y Carnero.

Mas no sé si tenéis alma,
cortesanas desalmadas,
que andáis despechugadas,
no sé si de estar en calma,
si de muy desencalmadas.

¿Qué diré de verdugados,
faldellines, plumas, trenzas,
de los rostros rebozados,
no por señal de vergüenzas,
mas de muy desvergonzados?

Qué de invenciones y trajes
por mirar y ser miradas,
y para no ser notadas,
unas andan con sus pajes,
otras desacompañadas.

Y para mejor ganar
en sus tiendas adornadas,
todo su gusto es pensar
en andar todas tocadas
y ninguna por tocar.

Cuántas solteras tan sueltas,
cuántas damas recogidas
dan vueltas tan desenvueltas;
con los suyos encogidas,
con los extraños son sueltas.

Cuántas dueñas rebozadas
con casto velo sin vello,
sin casa cuántas casadas,

(1) No sé de quién serán estos dos versos.

(2) Alude á las sentencias dadas por el tribunal de la Chancillería.

(3) Perdida y vagabunda. «Trece años, ó poco más, tendría la moza, cuando... se desgarró, como dicen los muchachos, de casa de sus padres, y se fué por ese mundo adelante...» (Cervantes, *La Ilustre Fregona).*

cuántas viudas selladas,
cuántas viudas sin sello.

Qué de envergonzadas dueñas
con tanta razón de andarlo,
Celestinas halagüeñas
que en dejar el mal son peñas
y de cera en asentarlo.

Cuánta en hermosura Elena
se ve por Paris perdida,
y cuán poca Policena
que, por no verse ofendida,
tenga la muerte por buena.

Cuántas Lucrecias condena
con les dejar su desculpa;
mas, como ninguna es buena,
todos le siguen la culpa
sin que le imiten la pena.

Qué de soberbios Tarquinos
son causa de tantos males,
mas con armas desiguales:
él con sus yerros indignos,
éstos con armas reales.

De Euridices cuántos bandos
pierden ansí sus decoros,
de Angélicas cuántos coros
dejan los fuertes Orlandos,
siguen los bajos Medoros.

Qué mesones de guerreras
renuevan los Doce Pares,
del mal francés herederas,
y para sus ajuares
son de villanos pecheras.

Con sus deudas cuántos deudos
gastan su renta tan mal,
que, por haber paga igual,
le pagan ellas sus feudos
con servicio personal.

Y ansí se hallan por las tiendas
muchas nobles en bajeza,
que, por la mucha pobreza,
son forzadas dar en prenda
el sello de su pobreza.

Dejo la necesidad
cuando desculpa estos duelos;
sólo afrento la maldad
de las que sin piedad
afrentan padres y agüelos.

De las que hacen herederos,
de sus padres con deshonra,
bajo villanos pecheros,
las que su Dios, alma y honra
venden por treinta dineros.

De las que en saraos y fiestas
se juntan todas en coros,
y no las tienen por fiestas
si dellas no salen toros,
campando por deshonestas.

De las que novillos fieros
se acostumbran á domar,
de las que tiernos corderos
ansí los saben criar
que en dos días son carneros.

Niño á quien sirvo y adoro,
el fuego deja, te ruego,
que con este infame coro
no valen jaras de fuego,
que sólo rinden las de oro.

Vende, niño Amor, la venda,
nudo ciego el ciego nudo,
y arco que, aunque no pudo
hallar cosa que no hienda,
hoy más fuerte es un escudo.

Los más fuertes corazones,
con quien nada puede amor,
los doblan cuatro doblones;
á soberbia, alma y honor
hacen perder los arzones.

Son de Argalia (1), sospecho,
la dorada lanza en guerra,
que á fuertes en poco trecho
en les tocando en el pecho
les echa luego por tierra.

Y ansí el amor y aflicción
no suele ser verdadero,
que, como camaleón,
del color que ven postrero
vuelve luego el corazón.

Mirad, pues, en esta historia
por quien verano y invierno
me dejáis ya sin memoria,
si es bien quitarme mi gloria
por estar en el infierno.

28 DE JUNIO

El día de San Pedro nos mandó á decir la malcasada y aquellas señoras de la Platería que

(1) La lanza encantada de Argalia, en el *Orlando furioso*.

si queríamos ir á la huerta del marqués de Camarasa, las hallaríamos allí, y por la mañana en San Martín.

Yendo hacia allá, encontramos en el camino á unas embozadas, por lo cual los dejé y me volví; y dejando las fiestas de San Pedro y las que hubo en San Martín, y lo que tuvimos sobre el preparar la jornada, diré solamente cómo, por la tarde, fuimos yo y Jorge Castrioto y hallamos á la puerta un rótulo que decía: *Aquí llegaron Felipe de Morales y Santibáñez, y batieron y no les abrieron.*

Llamamos y nos abrieron y nos dieron muy bien de merendar; nos hallamos la huerta muy llena y ocupada de penitentes, que estaban merendando, y nos juntamos. Cantaron y bailaron muy bien.

Llegóseme la Celestina vieja y me dijo (1): «Pésame mucho que no pueda V. Md. hablar á su gusto á Mariquita, que también ella lo desea, por decirle ciertas cosas, y holgara que hubiera aquí un laberinto donde nos fuéramos; más días hay que longanizas.» Queriendo responder, no tuve tiempo.

Queriéndonos ir, se adelantaron las otras, como gente experimentada, haciéndonos el juego á mí y á doña María, que quedábamos á la retaguardia, diciéndonos que fuésemos á encomendar á la hortelana natillas para el otro día, que las vende muy buenas. Con todo, las fuimos siguiendo; y, por disimular, dijo doña María á doña Juana, que iba hablando con Jorge Castrioto: «Buena está la bellaquería, que se vengan solos dando mal ejemplo, y dejen los amigos olvidados tras de la leche.» Respondió doña Juana: «Y aun por eso, hermana, no quisiste tú comer queso, porque no cuajase.»

Viniendo ya de noche por el Prado, de recogida, se enganchó un cuerno en la rueda, y, al girar, tropezaba en el tablero y no le dejaba andar. Preguntando al cochero cómo paraba, respondió: «Un diablo de un cuerno, que no deja correr al coche.» Repuso doña María: «Pues moneda es esa que corre.» Deteniéndose mucho en quitarle, dije yo que le tomaba en buen agüero, por pegar el cuerno tan fuertemente en la rueda. Respondió: «Y con razón, pues puede V. Md. creer que ha echado un clavo á la rueda de la fortuna.» Y dijo doña Juana: «Buena tierra y buen labrador, que en una tarde siembra y coge.» Replicó la otra: «Y aun por eso me guardaré yo de alquilarlas á extranjeros, que, como no quieren propiedad, aprovéchanse del alquiler mientras dura el tiempo.»

Dejámoslas ir en el coche y quedamos nosotros en el Prado, que estaba hermosísimo, ocupado, hacia el río, de coches, y á los lados de infinidad de mujeres, unas sentadas, otras bailando; y, cuando volvíamos, cerca de las once, estaba con una vieja una moza, que me pareció me daba el aire de ella. Quedaba atrás Jorge Castrioto:

> ...e nel viso la guata;
> E la conosce subito ch' arriva,

porque por un faldellín nuevo que llevó aquel día, muy apasamanado de oro, por más que ella bajaba la cara, la conoció, que era la misma que acabábamos de dejar, y por honestidad tenía delante á un mancebo de edad de 22 años, hablando con ella. El (1), pensando que me daría pena, hizo que no la conocía. Yo, confirmando la sospecha, embozándome, torné á volver, y pasó el diálogo siguiente entre la dama y el roque (2) *de verbo ad verbum* (3):

Dama. «Ah, señor galán, no pase V. Md. sin hacer caso de los suyos, que, pues lo conoscí á la ida, mal le podré desconocer á la venida.» *Roque.* «Muchos días hay que tengo conoscidas á V. Mds. y ni ahora dejé de conoscerlas; mas entendí que con tan buena compañía me habían perdido de vista, pues no me llamaban.» —D. «Conténtese V. Md. con que es de los escogidos, aunque no sea de los llamados; y dígame cómo me conosció, que yo estaba buscando alfileres cuando V. Md. pasó.»—R. «El faldellín fué el parlero, y quiera Dios sea ésta la postrera mal, dición y mancha que caiga sobre él.»—D. «Pues

(1) En castellano el diálogo.

(1) Castrioto.
(2) Alusión al juego del ajedrez.
(3) Este diálogo, como el anterior, en castellano.

por vida de mi marido, que el primero que se la ha puesto es V. Md. con esas malas palabras y peores pensamientos.»—R. «Verdad es que no me lo merece, pues cuando V. Md. tiene escogidos, no fuí yo de los llamados.»—D. «¿En qué ley cabe, señor regalón, que quiera V. Md. que le llamen y busquen las mujeres? Y conténtese con que, quien se esconde, aun muestra tener vergüenza.»

En esto dijo el mancebo: «Señores, yo no quiero meter la mano entre dos piedras, y dejo á V. Mds. mejoradas de compañía. Quédense á Dios, que me voy á buscar á su marido, y iremos también á buscar nuestras aventuras.» Ellas le rogaron que le hiciese volver, que era tarde.

Contáronme que el marido las había llevado, de lo que le pesó; y porque no juzgásemos mal, bajara el rostro y esperó hasta que viniese, y me hizo pariente de doña Juana, pues me había visto en casa. Díjela yo: «Doy al diablo tus enredos, que ya te creo, y no espero sino cuando me hagas creer que soy tinaja.»

Estando ya con nosotros Jorge Castrioto, pasaban tres clérigos y ella estaba mirando si venía el marido, desasosegada. Pasó uno y dijo: «Juro á Dios que no debe estar contenta con dos y anda buscando otro.» Y ella respondió: «Antes, como los quiero tanto, miro si viene el lobo, no me lleve mis corderillos.» Respondí yo: «En verdad que temo que corderos tan regalados presto vengan á ser carneros: en *(¿es?)* esto el lobo en la conseja, porque vino penitente.» Y ella adelantóse y dijo: «Tardárase más un poco, señor Sebastián, que ya tenía engañados estos caballeros, para que nos fuéramos por ese mundo.» Y él: «En verdad que iban ellos bien aprovechados con tal joya, y estoy para volverme, por no atajar la merced que Dios me hacía.»

En fin, después de muchos cumplimientos sobre el nuevo parentesco, vine yo á decir mal de las mujeres, y en tercera persona le conté toda la historia, y que, estando todo el día con una dama, fuera tan despejada que, por no perder la noche, la encontró con otro. Conté la historia del cuerno y concluí: «De suerte, señor, que pensé que el cuerno venía para el marido y vino para mí.» Replicó ella: «No sea V. Md. malicioso, que ya puede ser que viniese para entrambos.»

Estando en este paso, vinieron á llamarme que fuese á ver la más notable farsa y figura que podía haber. Fué el caso que pasando un Don Quijote (1), vestido de verde, muy desmazalado y alto de cuerpo, vió á unas mujeres al pie de un álamo y se puso de rodillas á enamorarlas. Fué su desgracia que repararan dos bellacos en la postura y convocaran á otros, y fueran acudiendo, de suerte que se juntaron más de 200 personas á decir chistes y zumbar; y él callaba como Sancho y continuaba con su devoción y encubriendo el rostro, como azotado (2). Dos se fueron también á poner de rodillas, diciendo: «No se diga la misa sin acólitos;» y comenzaron á pedir misericordia para aquellos penitentes. Y el griterío y risa era de suerte que no había medio de entenderse, diciendo ora los unos, ora los otros: «¿Han visto, señores, más lindo modo de enamorar? Juro á Dios que parece portugués, y puede poner escuela de continencias. Vuelva, señor sacristán, que ya es tiempo de orate, frates. Señoras, dejen desarmar ese ballestero, que hay dos horas que está armado. Señor grulla, si [se] le cansa esa pierna, asiente la otra. Echate, perdiguero, que ya hiciste la muestra. Dichosa penitencia, que nos causa tanta gloria:

L'orechie abbassa, come vinto e stanco
Destrier c' ha in bocca il fren, gli sproni al fianco (3).

Enfadáronse las señoras, diciendo una «que lo harían como villanos y no como caballeros, pues de estar ellas descubiertas, podían pensar que eran mujeres, y que no se debía hacer aquel agravio.» Repuso uno: «Mientras este pecador está en su penitencia, déjenos rezar y callen ellas, y los manden levantar, y se eche, y entretanto que él es necio sean ellas cuerdas, y chitón, que juro á Dios que hay aquí otro caballero sino yo, porque los demás son príncipes, que merecen ser servidos de rodillas, como ellas.»

(1) Como en otro pasaje de más atrás, llama á este personaje *Don Quijote* por las trazas de su persona.

(2) Esto es: como el condenado á la pena de azotes, que por vergüenza ocultaba el rostro.

(3) *Orlando furioso,* c. XX, oct. 131.

Duró la fiesta hasta que vino el alguacil, que de la parte del corregidor les rogó que se fueren á holgar á otra parte, y que estaba mal hecho perder el respeto á aquellas señoras, pues estaban con los rostros descubiertos, que aquel hidalgo era marido de una, por lo cual estaba así, para zumbar y reir; mas era mentira. Con esta fábula se acabó la farsa y nos volvimos á tiempo que se iban las conocidas, y la vieja, dejándose caer, me dijo: «Cuando V. Md. quisiese hablar á esta niña, envíemelo á decir, que, como no haya cosa deshonesta, como de V. Md. veo, me holgaré darle á ella ese gusto, porque tiene muchas pesadumbres y pocos desenfados con este mal hombre.» Y el pecador no tenía ni onza de malo.

Y las madres y suegras son las que ordinariamente echan á perder á las hijas y nueras, que, como las llevan en su compañía, luego andan en meriendas y en coches; y, por los gajes que caen, traen las hijas y nueras á estas romerías, y por sí se vienen los sucesos que á las veces en un principio no pensaran, y ellas á la sombra de las madres andan seguras, amén de su buena habilidad, con lo que zumban de los pobres maridos. Y notamos que ordinariamente los maridos de éstas andan, como gente pasmada, abobados, sea que ellas los escojan así, sea que les den algún filtro para traerlos á su mano.

Acuérdome que la otra vez que aquí estuve, me pidió un amigo que fuese con él á despedirse de una conocida suya, porque se volvía para Portugal. Subimos á casa de una vecina, que vivía en el último piso. La madona era casada con un alguacil que estaba enfermo. Subióse ella arriba y estuvo en buena plática (que la tenía muy buena y mejor rostro), echándola menos el marido, y que estaba arriba, teniéndoselo él prohibido. Llamó á una mulata que tenía, diciéndola que abriese la puerta. Preguntó la mulata alto, para que la oyesen, dónde quería ir (1). «Baja, bellaca, y traéme las medias y los zapatos, y dame acá la espada, que la he de matar, pues va sin mi licencia;» porque parece que sin medias y zapatos no se podía hacer el sacrificio.

En fin, bajó ella muy disimulada, con la almohada, y nosotros hasta el pie de la escalera. Abrióle la mulata, y yo, como no ví pólvora para mucho, púseme á espiar, y oí que la dijo estas formales palabras: «¿Dónde vienes, bellaca? ¿No te mandé que no subieses arriba? De qué te turbas? Isabel, mira aquella boca desvergonzada y esos labios tan descoloridos y bezados, como si trataras con algún lobo?» Ella, fingiendo indignación, dijo: «Desvergonzado, infame; que boca y pecho donde han salido tales palabras, bien merecía que se las hiciese verdaderas. Si tú fueras hombre, quitárasme la vida, pues tal pensabas, y no hablaras tales palabras de tu mujer; mas eres infame. Por vida de mi madre que no he de dormir en esta casa. Van me la llamar (1) y bájame mi cama abajo, que no he de quedar en esta casa.» Y con esto, se bajó riendo, y abrazando al otro, le dijo: «Vaya, hermano, con Dios y no se enoje, que ya esto queda templado, y ansí fuera la vuelta presto como él me vendrá á rogar presto.» Tanta habilidad tienen ellas para sus enredos. Y así con razón decía Andrés de Macedo que á la sombra de la cruz que el marido hace cuando se vence (2).

Ma chi del canto mio piglia diletto,
Un' altra volta ad ascoltarlo aspetto (3)

30 DE JUNIO

A 30 de Junio, jueves, viniendo yo y Francisco Mancias y Andrés Alciato en su coche por la calle de los Moriscos, pasaba otro de damas; y una de ellas, que iba vestida de gorguerán de seda de oro, rojo, con sus gorgueras, emparejando, dijo (4): «Señor Turpín: qué lejos va V. Md. de conocerme y acordarse de aquel buen tiempo de la calle de los Manteros y de las vecinas [de] en frente.» Y, por más señas que me fué dando, no acababa de conocerla, y así la dije: «No puedo creer sino que me tenga V. Md. hecho muchos agravios, pues me olvido dellos, que, si

(1) En castellano.

(1) Esto es: *Vayan á llamar á mi madre.*
(2) Así en el original. Parece que falta algo ó hay errata.
(3) *Orlando furioso,* c. XVIII, oct. 192.
(4) En castellano el diálogo.

fueran favores, ni yo fuera ingrato ni desconocido.»

En fin, poco á poco vine á conocer quién era: la señora doña María de Salinas; en el año 603, *in antiquis,* María de Salinas, hija de María Alvarez, moza de 20 años, bien parecida y mejor hablada, medio dama y medio fregona, cuya madre vivía de alquilar casa, cama y moza, y había tres años que andaba amancebada con el embajador de Parma, con mucha honra y recogimiento, como la madre me decía, sin ver sol ni luna. Y con la piel mudó el nombre y rostro y venía con tanta autoridad como la duquesa de Nájera, y la ví tan contenta que me decía una vez (1): «Está la muchacha, señor, una perla, que le diré que ver aquellas muñecas de aquella garganta es una tortilla nueva, que le prometo, como acá viniere, que la vea.» Y decía esto lamiendo los labios, «y que le haga ver una media, que pasmará V. M.»

Y no hay más gloria para una madre de éstas que ver á su hija querida y servida y tenida por hermosa. Y esto que es mostrar media, zapatito, donde hay conocimiento, cualquiera lo hace (2); y así os acordaréis de doña María de León, estando nosotros allí con Enrique Alfonso. Y antes de daros noticias de ella, quiero contar vuestras virtudes, pues, andando el tiempo, supe cómo apretasteis con ella y se dió cuenta á la madre, que se excusaba con ser doncella «y hija de buenos padres». Y trayendo ejemplos en contrario, de D. Enrique y otro hidalgo que Dios haya, lloró su injuria, fingiendo que no sabía nada, y llamándola llorando, la dijo (3): «Ven acá, afrenta de tus padres y buenos agüelos, infamia de tus padres, nascida para mi desventura ya que la tuya fué ésta, óyeme: si eres mi hija, no seas desleal, da acá esa mano. ¿Prométesme de querer mucho á este caballero y no ofenderle en nada?» Respondió la novia: «Verdad es, señora, que yo al principio no le quería bien, por verle tan libre, mas ya ahora le tengo mucha afición, y más mandándome la mi madre y mi señora». Continuó el santo cura (según ella misma me contó, quejándose de nosotros): «¿Y V. Md. dame su palabra de caballero de amar mucho á esta niña y regalarla, como hija de sus padres?» Y vos respondisteis que sí, dice que con grandes juramentos. «Y entonces yo (decía ella) se la entregué, diciendo: he ahí, señor, la hija de mi alma y afrenta de mi honra; ya que ansí lo quiso el cielo, déle Dios mucho descanso, que yo le tendré viéndola querida de tal caballero. Llevóme el traidor la niña, y no eran las tres horas cuando la envió por un criado, diciendo se viniese á la puta de su madre, y el paje la dejó á la puerta del Hospital de la Resurrección, y como no sabía las calles, estuvo la desdichada hasta mañana llorando. Mas oyó el cielo mis quejas, que dentro de diez días le ví perdido y destruído, y espero en Dios verle ahorcado, porque fué tan mal hombre que andó afrentando la pobre muchacha, que estaba en buena reputación, contando en público y en sus regodeos todo esto y las más bellaquerías que él levantaba».

Contóme cómo la casara con un mancebo noble de Rioseco, que me mostró, muy bien tratado, y me decía ella: «por vida mía que le costó trabajo alcanzarla de mí y consumar el matrimonio, que para todo puso Dios virtud en las yerbas y en los buenos hombres y buenas mujeres». Y creedme que fué grandísima maldad vuestra y nacida de muy malas entrañas como vos tenéis.

Referiré, á este propósito de las buenas y honradas madres, una escritura auténtica y pública, colocada en los archivos de mi memoria, sin cosa que ofrezca duda, ni tachadura, sino una que la madre tiene en las quijadas.

Vino á esta ciudad una señora con dos hijas, doña Agustina de Valles, de 22 años, y doña Ana, de 17, y sin duda, de las más hermosas mozas que hay en la corte. Recibían de muchos que las servían, sin dar entrada á ninguno (puede ser que por encarecer la mercancía), hasta que, haciéndolas salir de la corte, fué necesario á la de más edad, para encontrar favor, dársele á algunos, y para que la dejaran entrar, dar algunas entradas, todo por su justo precio.

(1) En castellano.

(2) "y la que no lo hace es por tenerlas ruines.„ (Adición del ms. 504, de la *Biblioteca Pública Municipal Portuense,* consignada en la edición portuguesa, pág. 370).

(3) En castellano el diálogo.

Vencida esta fortaleza, comenzaron á acometer á la otra, que se suponía estaba más entera y había más dificultad en la entrada. Intentáronlo en fin, por el postigo viejo de la madre, que vino á pleitesías y puso el negocio en almoneda. La mejor postura fué la de D. Melchor Carlos Inga, nieto del [vi]rey del Perú, que ofreció mil cruzados, la mitad luego de buena entrada de Pascua de Flores y la otra por San Juan, en la venida de la armada, sobre las cuales capitulaciones se hizo una escritura que leí, y el tenor y sustancia de ella es el siguiente:

En la ciudad de Valladolid, en los 25 de Marzo deste presente año de 1604, en las casas donde vive la señora doña Francisca de Valles (1), viuda de Diego Zamora Zurita, que Dios haya, estando presente el señor D. Melchior Carlos Inga, por él fué dicho en presencia de mí escribano, que por las muchas obligaciones que él tenia y adelante esperaba recibir de la señora doña Ana de Valles, hija doncella de la dicha señora doña Francisca, y en satisfación de cierta promesa y concierto que entre ellos pasó, de que darán fee los testigos suso escritos y firmados, daba y confesaba deber á la dicha señora mil ducados de á once reales el ducado, de los quales se obliga á dar y entregar luego en joyas y buena moneda á la dicha señora quinientos dineros para poner su casa, y la otra mitad en llegando la armada del Perú; con declaración que las dichas señoras, por razón de las dichas obligaciones presentes y futuras, que los dichos testigos declararon, no podrán pedir más nada que los dichos mil ducados; y por ellas fué dicho que se daban por satisfechas y pagadas en la sobredicha manera, de todas las obligaciones futuras y pasadas, y á que ni con pretexto de engaño, ni fuerza, ni honra de deudos ni agüelos, ni por razón de dote ó casamiento, ni otra manera, pedirán al dicho señor D. Melchior cosa alguna, antes se obligaba á no ser ingrata á esta donación ni agraviar al dicho señor hasta el dicho tiempo de la cobranza de la dicha media paga, con pena de perderla; y así lo otorgaron, renunciando la ley de non numerata pecunia y el Macedoniano y restitución de menores, visto ser acto para que tiene perfecta edad y intervenir el consentimiento de la dicha señora su madre, mayor de edad, y á cuya cuenta está la dicha su hija. Firmaron: D. Melchior Carlos Inga.—D.ª Francisca de Valles.—D.ª Ana de Valles.—*Testigos:* María Ortíz, su criada.—Ana de Oriza, huéspeda.—La comadre de Valdemoro, Juana Ruiz.—*Pasó ante mí,* Jerónimo Pereira, escribano público por su magestad, etc. (2).

(1) *Valdeves,* dice la edición de Oporto; pero ha de ser *Valles,* á juzgar por lo que más arriba escribe Pinheiro.

(2) Clara se ve la autenticidad de este compromiso, no sólo por su forma, sino porque en la época hay repetidos ejemplos de otros semejantes. No encontrará el curioso gran diferencia entre esta escritura y las que D. Alonso Pacheco otorgó en favor de doña Magdalena y doña Andrea de Cervantes, hermanas del Príncipe de los Ingenios, y que dieron lugar á varios incidentes. (Pérez Pastor, *Documentos cervantinos,* t. 1.º doc. V, VI, VII, VIII, IX y XIV, y t. 2.º, doc. VIII).

Hubiera yo cotejado con su original la copia hecha por Pinheiro, á encontrarse en el archivo de Protocolos de Valladolid los de Jerónimo Pereira; mas fué sin duda de los que se llevaron los escribanos á Madrid, cuando Felipe III restituyó la corte á la villa del Manzanares.

El don Melchor cobró las obligaciones por entero y dejó á deber la media paga, porque halló otra escritura que la niña había hecho anteriormente en Madrid, del mismo tenor, con lo cual se exime, por venderle moneda falsa y cercenada.

Estas escrituras me afirmaron que son frecuentes en Castilla y que las hacen con las madres sobre las honras de las hijas, porque destruyen á un hombre, y como prueban que estaban en reputación de doncellas y para casar, condenan en casamiento entero de dos ó tres mil cruzados para cualquier pícara, que á las veces son las más desvergonzadas bellacas, que con dos de sus rufianes prueban su reputación, y luego cárcel, y ponen á un hombre por puertas; y así, hablando de doncellas, paso atrás. Y dicen las bellacas que á muchas es necesario decir que no lo son para que las quieran, y para atajar este inconveniente hacen estas escrituras y guárdase el concierto para no poder pedir nada más.

Y de esta manera oí quejar á Juan Gonzálvez de Guzmán que le llevaba casamiento una más conocida que Celestina, y así lo hacen á cualquier hombre rico; y lo peor es que en Castilla se tiene por infame el hombre que descubre falta de mujer en este punto.

Y así la semana pasada demandó una á un genovés, el cual dió por testigos á dos hombres, de que era mujer que daba entrada á muchos; preguntándoles cómo lo sabían, dijo uno que lo sabía como quien muchas veces durmiera en su misma cama. Levantóse el alcalde y dijo: «Sois muy desvergonzado y mal criado en afrentar ninguna mujer, en lugar de encubrir las faltas á que vos la obligastes: él libre (1), pues se prueba

(1) El genovés.

que no era doncella; mas ese galán me le lleven á la cárcel, y le echen dos pares de grillos» (1).

A Fernández Méndez demandaba otra semejante, y llevó testigos de cómo ya la habían tratado otros. Respondió el alcalde: «Rico es. Pues no niega que fué allá, pague; pues se ha holgado, cásela, que es hija de buenos padres, que no le han de pagar los pobres. Y déle trescientos ducados» (2).

Y, como hay estos rigores, usan de la invención de D. Melchor, y así me contaron de una escritura de D. Pedro de Médicis y otra del conde de Elda (3); y en una fué protagonista la señora Salazara, famosa *dama de las reliquias* de Madrid (4).

A mí me aseguró un amigo mío y vuestro, de una desposada por poder, que había prometido la segunda visita á tres, á todos los cuales traía engañados, y en la ausencia del novio, fingía que le iba á ver, y cumplió una escritura de estas que hizo para ayuda del dote; y para la vuelta, porque había de venir el contratista, hizo tres platos á todos tres, engañándolos, porque eran amigos, por la noche, por la mañana y por la tarde, porque no se descubriese antes de cobrar los salarios.

Ana de Obregón, huéspeda de D. Vasco de Gama, nuestro amigo, tiene un retrato de una hija que se le murió de 18 años y le dejó 14.000 cruzados en dinero que empleó en juros. Afirmáronme personas que la conocieron que fué en extremo hermosa y que siempre pareció doncella; y engañado con esta su naturaleza, Diego Botelho piensa que fué el primer poseedor, andando ya el plazo en séptima vida, y así corre hoy con la madre, la cual confesó que solamente el duque de Alba fuera primero que él, y yo sé de cierto que el duque de Alba y D. Pedro y un hidalgo portugués fueron primeras vidas (1).

A la madre regala el duque y acrecienta el rey; sin embargo dice que ninguno de ellos alcanzó victoria, ni puede entrar la fortaleza, y que ninguno llegó donde llegó Ruy de Sande, portugués, porque todos, al doblar el cabo de Buena Esperanza arribaban, y que el rey paró en las columnas de Hércules y al duque le salió la suerte en blanco; mas otra persona me afirmó lo contrario y que llegara *plus ultra* por donde los más pasaron de verga de alto rota batida (2).

No cuento las pláticas que tuvimos con doña María de Salinas, en el Prado, porque ésta va siendo larga é íbamos profanando mucho la materia.

1 DE JULIO

El viernes, estando en casa, vi una cosa nunca vista en Valladolid, que fué pelearse á dos vecinas, cruzándose insultos y gritando en la calle, porque, de las dos veces que he estado en la corte, ni yo, ni amigos á quienes pregunté, vimos nunca pelear como nuestras revendedoras; cuando mucho, se dicen sus remoques y palabras equívocas ó de segunda intención, como dicen nuestras viejas, porque ordinariamente tienen un modo de hablar metafórico y de traslaciones, y no vulgar ni ordinario, en lugar de los adagios y refranes de nuestros ciegos y viejos, al modo

(1) En castellano.

(2) En castellano.

(3) D. Antonio Coloma, 2.º conde de Elda, casado con doña Juana Enríquez.

(4) Alguna cortesana célebre, compañera digna de aquellas á quienes se refería Quevedo:

Sus cabellos hizo de oro
En Sevilla la Meneses,
En tiempo que eran dadores
Los que agora son tenientes.
Con una ceja ahumada,
Ganó en Toledo la Pérez
Más que catorce obligados
Del jabón y del aceite.
Labró una casa en Madrid
La Mendoza con los dientes,
Que cuatro mil albañiles
No la labraran tan fuerte.

(1) Son interesantes estos párrafos de crónica escandalosa de la corte. No sé que haya ninguna otra referencia á los amores de Felipe III con la hija de Ana de Obregón, y en los cuales, según dice Pinheiro, tuvo por rival al duque de Alba, entre otros.

(2) Términos de marinería.

de nuestra *Eufrosina* (1), con lo que hacen alegre y apacible la conversación; y como se crían en esto desde pequeñitos, son muy avispados.

Yendo yo un día con otros amigos, pasaba una señora en una carroza y llevaba tres ó cuatro niñas, de las cuales la mayor no tenía siete años, muy lindas. Dije yo, al pasar (2): «Bien se pudiera dar por una niña destas los dos ojos». Repuso la mayorcita: «Y comprar barato.» Dije yo: «Ahora digo que no tiene precio; por eso hágame v. md., querida, un favor de gracia». La madre la dijo: «Yo te doy licencia, Juanica». «¿Favor? El que Mariquita hace á mi padre: darle bofetones y mearle la capa». La madre celebró mucho el dicho. Nosotros las deseamos buenos casamientos, y se fué muy alegre.

Estando nosotros, Jueves Santo, en el Carmen en un recibimiento de estos que tienen [en las] iglesias las señoras, de dos gradas, estaba un rapaz de 8 ó 10 años, y viendo estrujadas á unas señoras, las rogamos que subieran al estrado. El rapaz las iba dando la mano y las apretaba, y al entrar una más moza que había advertido la travesura, pidiendo él la mano al subir, díjole ella que le daría una bofetada. Repuso él: «Perdone V. M., que pensé que, menor de edad, me la podía V. M. dar» (3).

Volviendo de los rapaces á las revendedoras, digo que otra cosa que no ví es gritar, ni arañarse mujer alguna descompuestamente, de manera que la oyesen en la calle, ni aun por muerte de padres y maridos, cuando los llevan á le sepultura.

Dirán algunos que tanto los quieren, tanto los sienten; mas yo hablo de las demostraciones exteriores, que ellas pudieran fingir si quisieran, como hacen aún muchos sátrapas y señoras de nuestra patria, y principalmente las que se casan, luego que éstas son las que renuevan las plañideras antiguas de Portugal, y gritos y algazaras en las muertes de los parientes, como si estuviera el dolor en gritar mucho, que parece que renuevan la costumbre gentílica, y aun judaica, que dice Jeremías: *Contemplamini et vocate lamentatrices, ut veniant: et ad eas, quæ sapientes sunt, mittite, et properent: et assumant super nos lamentum* (1); lo cual todo es, en efecto, fingimiento y ficción y contrario á la modestia cristiana, de quien cree que hay cielo y gloria y la virtud de la fortaleza y grandeza de ánimo, contra toda regla de la filosofía y magnanimidad, de cuyos ejemplos están llenos los libros, y en esta parte son asaz estoicos los españoles, á los que nada perturba sino faltarles el dinero, antes tienen por costumbre los viudos acompañar á las mujeres en sus oficios y entierros y los padres á los hijos, que lo sienten y saben sufrir y sin descomponerse.

(1) La *Comedia Eufrosina,* del portugués Jorge Ferreira de Vasconcellos. Es una imitación de la *Celestina,* no poco notable.

(2) En castellano el diálogo.

(3) En castellano.

(1) *Profecía,* c. IX, v. 17-18.

(2) En castellano.

3 DE JULIO

Esta tarde fuimos al Prado, donde había el ordinario paseo. Vimos aquí venir en una litera, con mucha gorguera y volantes y vestido morisco, á la señora doña Antonia Enríquez, con 14.000 cruzados de renta y feligresa continua en el Prado, muy dama y muy conocida, por ser la más afamada de la ciudad de Madrid.

Estuvo su marido preso por 7.000 cruzados de una colusión, más de un año, sin poderse conseguir de ella que empeñase siquiera sus joyas para librarle. Puede ser que las vendiera por tenerle preso, y decía á un conocido que no quería ella dar «sus cadenas, pues le habían de servir de grillos, sus anillos para servirle de esposas, viniendo su esposo, y meterse en la cárcel por librarlo y sacarlo á él» (2). Parece que quería más bien por industria que por dinero, y quería pagar antes con servicios personales que de contado.

Fué la más servida dama de la corte, y aunque es moza, está gastada, mas bien se ve en el hilo el paño; porque como decía un bromista, libreas y damas no tienen más que las primeras mues-

tras, luego pierden el lustre y enseñan el hilo; y yo pienso que son como ramilletes, que como andan mucho en las manos, luego pierden la gracia y la frescura y quedan marchitos y sin gracia.

Con todo, parece muy bien. Trae consigo á una niña de diez años, que, como otro Fénix, se va criando en sus cenizas y cogiendo las flores que la madre va perdiendo; de la cual dijo don Enrique de Guzmán: «Cría doña Antonia un potrillo que ha de salir un lindo caballo» (1). Tráela siempre consigo para que salga bien doctrinada, en un coche de cuatro caballos blancos canosos que, como mulas de médico, paran en viendo coches de grandes (2).

Parecióme que, como dice Cicerón de Dionisio Tirano, que después de arrojado de Siracusa se fué á enseñar niños, por no perder el amor al mando (3), así como buena madre y matrona solícita va, por no perder los feligreses, metiendo á la niña en sus mañas; y aunque el marido no tiene señoría, la dan á ella los obligados de sus mercedes, de manera que es más honrosa como ganada por merecimientos personales:

Nam genus, et pro avos, et quæ non fecimus ipsi vix ea nostra reor...

Y así le pueden llamar *su señoría.*

Y verdaderamente que tuve lástima de ésta y otras señoras semejantes, porque como se acuerdan de que el tiempo pasado fué mejor, cuando era seguida, servida y perseguida, la es necesario, al uso del juego de cañas, seguir á quien la huye, como huyó á quien la seguía; y así viene muchas veces en litera á las fiestas principales y queda en ellas á la entrada como buhonera, que arma tienda donde hay concurso. Mas como ha gastado las mejores joyas, no acuden los feligreses, y así cada día muda un traje y otras veces se pone en el estribo del coche embozada con las criadas, para dar ánimo á que la digan gracias y donaires; de manera que la es necesario hacer todos los manjares y disminuir en sí, mudando el traje para ser seguida, no sé si á imitación de los codros y decios ó de la señora Faustina, que, como la presenta Juvenal, por gusto propio hacía sus romerías disfrazada:

Unde festa domum non saturata redivit (1).

Y es la desgracia que con ser aún más moza y hermosa que muchas, sólo porque lo fué mucho más, pierde lo que es y no la hacen tanta fiesta. Por donde veo cuán grande disgusto debe ser en una mujer irse haciendo vieja ó fea, y con cuánta verdad dice Ariosto:

Ch'a donna non si fa maggior dispetto,
Che quando o vecchia o brutta le vien detto (2).

A este propósito la sucedió que estando ella en su coche, pasó el marqués de Barcarota muy ligero, que

Più volte s'eran già non pur veduti
Ma al paragon dell'arme conosciuti (3).

---

(1) En castellano.

(2) Sabidísimo es que la mula, como los guantes y la sortija, era cosa obligada en todo médico. Cualquier mediano conocedor de nuestros clásicos habrá visto repetidas alusiones en tal sentido: en Góngora y Quevedo, á cada instante. Dice el primero en una de sus letrillas:

Que habrá gran copia imagino
de médicos y letrados,
los más dellos graduados
por un Conde Palatino.
Con la fe de un pergamino
destruyen media Castilla,
uno en mula y otro en silla,
y cuando el más docto emprenda
vuestra vida ó vuestra hacienda
ó mejor con vos lo hiciere,
será lo que Dios quisiere.

Quevedo tiene composiciones como la bautizada con los títulos de *Conversación de las mulas de unos médicos con la haca de un barbero,* etc.

Esta costumbre subsistía en el siglo XVIII. Conocido es el epigrama de don José Iglesias:

Un médico en cierta calle
el santo suelo besó,
es decir, que se cayó
de su mula, alta de talle...

(3) Cicerón: *Cuestiones tusculanas,* l. 3.

(1) Habla Juvenal en su sátira VI de Faustina, mujer del emperador Claudio, que iba al lupanar con el nombre de Lycisca:

Et lassata viris nondum satiata recessit.

(2) *Orlando furioso,* c. XX, oct. 120.

(3) *Orlando furioso,* c. I, oct. 16.

Y dijo otra que estaba con ella (1): «Marqués, ¿dónde vais tan ciego y loco que no veis lo que dejáis?» El, parando y conociéndola, dijo: «Voy tras una liebre nueva y bien colorada, á ver si le puedo dar alcance, pues me desechan las amigas viejas.» Como la hablara de viejas, respondió con cólera: «Bien podéis haber tomado muchas, mas comiste muy pocas para que nadie se muera por vos.» Y él: «Huélgome más de seguirlas que de comerlas.» Alabaron los amigos el dicho, trayendo aquella octava al mismo propósito:

Como segue la lepre il cacciatore
Al freddo, al caldo, a la montagna, al lito,
Nè più l'estima poi che presa vede
E sol dietro a chi fugge affreta il piede (2).

Mas yo dije que ni el marqués ni ellas entendieron el dicho de doña Antonia, que le quiso llamar feo y desmazalado, como él es, porque acostumbran decir las viejas que quien come liebre es gentil hombre siete días, y así le dijo que nunca comiera liebre, en el mismo sentido en que Marcial, con su ordinaria travesura, hizo este epigrama:

Si quando leporem mittis mihi, Gellia, dicis
formosus septem, Marce, diebus eris;
si non derides, si verum, lux mea, narras;
edisti nunquam, Gellia, tu leporem (3).

Como ya antiguamente hubo pasquín de Alejandro Severo:

Pulchrum quod vides esse nostrum regem,
Quem Syrum sua detulit propago,
Venatus facit, et lepus comesus,
Ex quo continuum capit leporem (4).

Y Plinio zumba de esta fábula (5), la cual conmutamos en dos redondillas:

(1) En castellano el diálogo.
(2) *Orlando furioso*, c. X, oct. 7.
(3) Marcial: lib. V, ep. 30.
(4) Cuenta Elio Lampridio que cierto poeta, aludiendo á la preferencia que en sus comidas tenía por la liebre Alejandro Severo, escribió los versos citados arriba por Pinheiro. El emperador contestó con otros escritos en griego, que aquel historiador da traducidos al latín.
(5) La considera Plinio como *frivolo quidem joco*, (l. 28, c. 19).

Cuando liebre me mandáis
Entre otras niñerías,
Siempre á decir me enviáis:
Comed, porque siete días
Con ella hermosa quedáis.
Si en esto no habeis mentido,
Si verdad es y no antojos,
Vos, Gelia, luz de mis ojos,
Nunca liebre habéis comido.

Y esto, que es disfraz, es muy frecuente en ellas, cuando se van á divertir, que ellas llaman *picardear*. Y así se me acuerda que un domingo de estos, yendo al Prado, estando cubierta la orilla de infinitas mujeres y hombres, estaba una rueda de ellas alrededor de un álamo, á cuyo pie había dos embozadas muy bizarras con mil bromas y galanterías, y andaban el marqués de Falces (1) y su hermano á pie paseando, mas desviados, muriéndose de risa, y queriendo yo saber lo que era, supe cómo era doña Rafaela, su hermana, y otra señora, que bajaron del coche y se pusieron allí para que las dijesen bellaquerías con que reir, y cuando van así dicen cuanto les viene á la boca, aunque, á la verdad, son los castellanos cortesanos en el hablar y no tienen palabras deshonestas, como muchos de los nuestros acostumbran, que parecen muy mal.

A la noche vinieron los hermanos por ellas y se metieron todos en el coche y se fueron por el Prado, y pasando otras embozadas bien vestidas y parecidas, llamólas doña Rafaela y las dijo: «Señoras, ¿querían mostrarnos esas buenas caras, que no pueden dejar de ser semejantes á tan buenos talles?» Repuso una: «¿Y qué recaudo trae V. Md., señora monja, para darnos gusto, cuando nos halle hermosas?» En esto repuso uno de dentro del coche: «No dejen V. Mds. de hacerlo, que buen recado traen estas señoras». Respondió una, oyenda voz de hombre: «En verdad, hermana, que mejor se supo aprovechar á oscuras que nosotras á la luz, pues oigo allá voz de varón; y quédese á Dios, pues está proveída, que vamos también á buscar nuestras aventuras» (2).

(1) D. Diego de Croy, casado con doña Ana María de Peralta, marquesa de Falces.
(2) En castellano el diálogo.

6 DE JULIO

Fiesta de toros que se hizo a S. Juan.

El miércoles hubo toros en la plaza, que es fiesta que la ciudad hizo á San Juan. No hubo en estos días cosa de admiración, sino estar la gente tan harta de fiestas que los lugares que la otra vez valieron dos mil escudos, este día estuvieron á dos veintenes; y la hermosura de la plaza y ventanas, que siempre es muy de ver. No hubo en ellos hombres de á caballo; fueron fríos y de poco gusto en comparación de los que habíamos visto.

Es, con todo, muy de saber que cualesquier toros de estos cuestan 30.000 cruzados, porque corren 18 y 20 toros, de los cuales muchos se pierden y otros dan á los hospitales.

Páganse también las ventanas para los consejeros y los palenques para los oficiales y criados; y á más de esto dan para su merienda á cada uno cien cruzados todas las veces que hay toros, lo que importa más de 200.000 cruzados, con los secretarios, porteros y oficiales, todos los cuales tienen sus meriendas menores; porque hay Consejo de Estado, de Guerra, Real, de Hacienda, de Ordenes, de Contaduría, de Italia, de Aragón, de Portugal, de Indias, Junta de Fábricas y otros; y á más de eso ahora piden otras meriendas de dulces que cuestan 700 cruzados, porque la otra la convierten en salario ó gajes.

Todo esto lo paga el rey cuando da los toros, y cuando no, sale de los gastos de los Consejos y penas que le aplican.

Otra cosa notable es ver las meriendas de estos días, en que son tan pródigos los ricos como los pobres, y algunos señores las mandan llevar descubiertas; y el Condestable hizo pasadizo desde su calle al palenque, por donde se la trajesen en público y para entrar sin subir escaleras; y como en las ventanas hay ordinariamente damas, los galanes, que las dan en estos días, muestran sus finezas y ellas se precian de ello.

Y ordinariamente el modo de enamorar no es tanto por interés ni se dejan vencer tanto de contado, como por estos mimos y servicios (hablo de las mujeres de cuenta), y son tantos los dulces que se gastan en estos días, que me dijo la Portuguesa, que es la mejor tienda, que gastaba este día 650 ducados de dulces, porque les sirvió á muchos Consejos; y es cosa increíble decir que hay en Valladolid 105 tiendas de dulces, á más de otras menudas y tenderetes, que venden *bizcochos*, *rosquillas*, *suplicaciones* y cosas semejantes que no tienen número. Y por aquí se puede ver lo que se gastará en estos días.

Había á más de esto en Valladolid casas de figones, que eran hombres que tenían presto á cualquier hora del día y de la noche todo género de manjares, empanadas, tortas, pasteles y todos los guisados y dulces; y también cuando alguien deseaba dar una merienda, concertaba con ellos que habían de dar tantos platos para tantas personas y á tal hora, por diez, quince ó veinte mil reis conforme querían, y ellos mismos daban la vajilla y ponían la mesa; mas porque pervertían á la gente y nadie se podía excusar con esta comodidad, se prohibieron por la poca vergüenza con que ellos piden y la facilidad con que los oficiales fían, por la rapidez con que ejecutan.

En su lugar tienen muchas cocinas de algunos señores suma grandeza, y es que en todo tiempo se halla en ellas todo cuanto se desea, y allá van también á vender de fuera las cosas extraordinarias, como los sollos, salmón, vaca, uvas y frutas fuera de tiempo y cosas semejantes de que están provistas, y de estas cocinas hay más de 150 en Valladolid. Y todo es necesario para gastar las inmensas rentas que tienen y para creer que gastan 200.000 cruzados, y aun se empeñan, como todos hacen, pues están debiendo muchos millones, como el de Medina Sidonia con 300.000 cruzados de renta y el de Osuna con 150.000 y todos los demás que tienen poco menos, que parece que es necesario para gastarlos la invención de los reyes de Egipto en fabricar Pirámides en arena, en que se ocuparon 360.000 hombres veinte años, y tenía el pie de cada estatua cien brazas. Y dicen que el rey viejo (1)

(1) Felipe II.

fué el que hizo emtrampar á todos los grandes de España, para que con la falta de dinero no les hirviese la sangre.

Volviendo á nuestras meriendas: sus platos ordinarios son tortas de todas clases, manjar blanco (1), mermelada, melocotones, guindas, membrillos, ciruelas y demás frutas, empanadas francesas, pavos con sopas dulces, y en todo azúcar y más azúcar, y torrezno; mas los demás guisados ordinarios no valen nada. No saben hacer ningún picado, ni con la limpieza y aroma de los nuestros, y de igual modo los dulces, principalmente azúcar rosado y mermelada, que son bellaquería. Mas los cubiertos, muy buenos los que vienen de Valencia.

Los confites buenos cuestan cinco reales; los otros, cuatro; grajea, ó sea confites rosados, cinco; de almendras tres y medio; tallos de calabaza, lechuga y escorzonera, cinco; mermelada, tres, la de Lisboa, cinco y seis; de los melocotones cubiertos, doce reales; acitrón, 8; peras buenas, 8; los ordinarios y cermeños, cinco; bizcochos, que es el manteniento ordinario, siendo de los bañados, cinco; de los otros y rosquillas, tres y medio; jalea, que es el almíbar de todas las cosas, hasta de limones y de ciruelas, cinco.

Usan también caramelos con hojas de rosas, á que llaman azúcar rosado blanco, y dulce de zanahoria en caja y seco, que es muy ordinario, y de todo esto en gran cantidad. Lo que 'me admiró fué valer las ciruelas de Génova 880 el arrate y entran una docena en arrate; y limones cubiertos, uno cuatro veintenes.

Antes que entrasen los toros, yendo hacia allá, me pareció que conocí el coche de doña Ana de Souza: iba con la sobrina y otras amigas. Llegué, cuando ella entraba por la puerta de la casa de Ayuntamiento, para subir, porque el marido es regidor de Valladolid, y llaméla yo, diciendo (2): «Señora doña Margarida de Sinzal, no me huya V. Md., que no podrá». Volvió, diciendo: «¿Quién me conosce? ¿Aun hay aquí quien me quiera?» Y, con estar con las otras, me hizo mucho agasajo, diciendo: «Basta, señor don Turpín, que no hay darle alcance á V. Md., que para concluir aquel coche tengo ido dos veces por su calle, sin hallarle en casa». Díjela que andaba perdido desde aquel día, mas que cuando «fuese servida, lo trataríamos». Estaba oyendo todo una doña Clara, que es muy hermosa y mucho más que ella y de buena presencia, á la que conocía de casa de doña María de Herrera. Preguntándole cómo estaba, dije yo á doña Ana: «¿Qué le parece á V. Md. la señora doña Clara». Respondió: «Que me parece mucha justicia que parezca á V. Md. tan bien, y me parece más, que nunca peor ni más mal tocada; y, ya que no presto para nada, suba arriba V. Md., que quiero ser alcahueta, y acompáñenos, que quiero le conozca D. Alonso á V. Md. y que me vengue su marido de la señora doña Clara». Acompañélas y me volví; díjome que la importaba hablarme, para comunicar conmigo ciertos papeles que me mostraría en el Prado, yendo yo allí cualquier día, que siempre iba allí por las tardes.

Olvidábame de contar que para estos toros nos habían dicho que había de hacer un hechicero un milagro, con el vuelo de una sierpe que había de andar volando hasta la Plaza, y fué el negocio un papagayo de alambres, como los muchachos acostumbran, atado á un cordel, que tenía forma de sierpe, y vino volando con el viento sobre la Plaza, de lo que estaban muy asombrados.

Diéronme aquí ventana doña Ursula y aquellas señoras de la Platería, que habían vuelto, y moraba allí una prima suya; y estando todos en la ventana sin quitarnos de ella, me dijo doña Ursula si era posible darla allí recados y respuestas de amores. Dije yo que, si no fuera por hechicería, era imposible; y ella me dijo que para entender que era imposible guardar una mujer, disimulase, y cuando me diese de codo, contestase; y era el negocio que de una ventana que quedaba encima estaba un paje tirando con una cervatana y la dejaba caer hasta la cabeza de doña Ursula, y por allí la daba recados del amo, diciendo si quería dulces y que era mayordomo del Condestable, si quería coche y también que se llamaba Fulano. Vencíme entonces, porque

(1) Plato hecho con pechuga de gallina, picada y junta con azúcar, harina de arroz y leche.

(2) En castellano el diálogo.

con estar juntos tantos unos al lado de otros, y éramos trece, ninguno reparó en ello, sino yo, á quien ella lo dijo; y aquí vi otra habilidad en mi amigo para hablar á la mal casadita, y la bellaca que dijo al marido no sé qué dichos que os contaré de palabra, para que veáis lo que hacen dos pecadores y qué cosa es la mujer sin el amor del marido.

7 DE JULIO

Este día me hicieron levantar de madrugada é ir al Prado muy temprano.

Era nell'ora che traea i cavalli
Febo del mar con rugiadoso pelo:
E l'Aurora di fior vermigli e gialli,
Venia spargendo d'ogn'intorno il cielo (1).

Y así, hacía una mañana muy hermosa. Hallamos mucha gente y algunas señoras principales que van en sus coches ó á pie á hacer ejercicio, que ellas llaman *tomar el acero,* que es beber agua de hierro y luego pasear una hora ó dos antes de salir el sol, que hallan muy provechoso para la salud (2). Usan las enfermas del bazo por necesidad y las enfermas de los riñones por bellaquería; y así van en estas mañanas á las huertas y jardines á coger flores, y á las veces fruto, y vuelven madres á casa, por no decir prometidas; y así acuden también aventureros á dar y tomar la medicina, como dice nuestro Camoens.

De la anfibología de este *tomar el acero* se aprovecha Ledesma en un soneto excelente (como son las más de sus cosas), porque en cuanto á mí, es su libro el mejor que en esta materia lírica se compuso hasta hoy en España, por la galantería de los retruécanos, abundancia de conceptos, fertilidad de las sentencias, gentileza de los versos, suavidad, continuidad y propiedad de las metáforas, anfibologías de las razones y equívocos de las palabras. Y así dice:

(1) *Orlando furioso,* c. XII, oct. 68.

(2) La costumbre existía, en efecto, tal como lo cuenta Pinheiro. De ella tomó pie Lope de Vega para su comedia *El acero de Madrid.*

SONETO

Hizo Dios medicina provechosa
de trabajos y afrentas desta vida,
botica milagrosa, aunque tenida
del infelice mundo por costosa.
El palo santo Pedro tomar osa
y Benito la zarza desabrida,
Juan las unciones, Diego la bebida,
tomó el acero Catalina hermosa.
Vos, Jerónimo santo, habéis gastado
desta botica, viendo lo que medra
el enfermo, que viene aquí derecho;
y así, teniendo el pecho levantado,
tomastes un terrón de azúcar piedra,
que es cosa muy probada para el pecho (1).

Ellas no tendrán en este *tomar del acero* tanto merecimiento como Santa Catalina en lo de las navajas, para el alma, mas lo hallan provechoso para el cuerpo y para la vida buena, que es su mayor cuidado, porque todas son profesoras de la nueva filosofía de doña Oliva Sabuco (2), que busca la ocasión y origen de todas las dolencias en la tristeza que causan los decaimientos del cerebro, y el remedio de ellas es la alegría, que conserva y recrea; y así ninguna ocasión de gusto ni desenfado dejan perder, principalmente como es salir de casa, y pienso que no puede haber gente más amiga de llevar buena vida que los castellanos, que no hay ninguno viejo en la condición y así andan rapados como los dos hermanos Apolo y Baco, uno músico y otro inventor del vino, instrumentos que por igual alegran el corazón; uno médico y otro sacerdote, porque estas son las medicinas y sacrificios con que curan el cuerpo y recrean el espíritu y siguen la doctrina del excelente filósofo Marcilio Ficino, que en el libro *De vita longa* (3) el remedio que señala, es éste: «... *laborem rursus corporis atque animi, et solitudinem, et moerorem. Musicam re-*

(1) *Conceptos espirituales.*—Madrid. Imprenta Real, 1602.—Fol. 300.

Como se ve, Pinheiro gustaba sobremanera de los alambicados conceptos del poeta segoviano.

(2) Hoy está demostrado que fué Miguel Sabuco quien escribió el famoso libro atribuído á su hija doña Oliva.

(3) *De vita producenda, sive longa.*—Corrijo las erratas conforme á la edición de Basilea, 1576.

petam, si fortè intermiserint, nunque intermittendam. Ludos quosdam et mores quoad decet olim anteactae puerituae revocent. Difficilimum namque est (ut ita dixerim) rejuvenescere corpore, nisi ingenio prius repuerascas. Itaque in omni etiam aetate magnopere conducit ad vitam non nihil pueritiae retinere, et oblectamenta varia semper aucupari». Que quiere decir: Huyan del demasiado trabajo del cuerpo é inquietud del espíritu; continúen la música, merecedora de no consentir intermisión; ocúpense en algunos desenfados y costumbres de la infancia, porque es imposible remozarse en el cuerpo, conservando la vejez en el ingenio; por lo que en toda edad aprovecha para la vida retener algunas cosas de la niñez y procurar siempre nuevos géneros de desenfados.

Y conforme á esta ley son inmortales, según los gustos que procuran en la vida y cuán mozos son en las costumbres; mas perjudícanles aquellos tres monstruos que el mismo autor dice que se nos atraviesan en el camino de la larga vida, que son: la hermosa Venus con sus gustos, los dos hermanos Baco y Ceres con su hartura y la nocturna Hecate con su resplandor. En lo cual proceden con tanta disolución que dan la noche al Prado, los días á Baco y Ceres, y uno y otro á los mimos de Venus.

Y así para la vida no alabo su largueza ni nuestro cautiverio, mas paréceme bien el medio que Venus en su oráculo daba á los viejos, diciendo: «Llegaos, amigos, que quiero zumbar y no brincar con vosotros; recibid por oráculo estas alegres razones. Yo, hijos, con el deleite y movimiento fuí media vida vuestra y por ellos mismos os la quiero conservar por diferente manera y ha de ayudarme el padre Baco. El, como libre, aborrece á los que viven cautivos, y la vida que promete solamente la da á los libres. Reinando Saturno, aprovecho mi vida y entendimiento, y cada día me aprovecho de ella: desead de mi jardín las flores, y dejad los frutos; soy niña vieja, y así amo lo nuevo y destruyo lo viejo y lo antiguo, y como mujer pública no trato de lo particular, sino de lo general, y soy más amiga del género que de la especie, trato de la generación y no de lo que engendra, á costa de vuestro sér le doy al que crío, y como cigarra de vuestras entrañas (1) fabrico el nuevo Fénix que sustento con vuestra sangre.»

Mas en cuanto cristiano y aun filósofo, más cuidado debe el hombre al espíritu y entendimiento, porque parece tiranía adorar el esclavo y despreciar el señor, venerando el cuerpo y despreciando el espíritu, principalmente siendo doctrina de Platón que de tal suerte pende el cuerpo del alma que es imposible estar con salud el cuerpo, estando enfermo el espíritu, por donde el autor de la medicina Apolo no juzgó á Hipócrates, aunque descendiente suyo, por más sabio, sino á Sócrates, porque cuanto cuidado puso Hipócrates en la salud del cuerpo, tanto estudió Sócrates la perfección del alma y el entendimiento.

Y, á la verdad, sin el espíritu no puede el mismo cuerpo recibir gusto; y si éste está perturbado, imposible es que los sentidos puedan obrar perfectamente sus efectos; y así, decía el otro á la mujer: «Señora mujer, estas cosas quieren gusto y yo no lo tengo» (2).

Concluyo nuestro sermón con que para la vida importa la alegría honesta y perjudica la viciosa; los desenfados y recreaciones del cuerpo y el espíritu permitidas y no las perjudiciales, en que ni nosotros, ni los castellanos, sabemos guardar un medio: nosotros, por muy cautivos; ellos, de demasiado libres.

Tornando al Prado hallamos aquí á D.ª Elena Osorio, vuestra amiga, con cuartanas de un año, pero aún muy bien parecida. Venía con su tío el caballero Giber y su tía Urganda la Desconocida (3), con otras mozas, á saber: D.ª Margarita, su vecina, y otra con ellas; á no ser corcobada y tener aquélla joroba de camello en las espaldas, la diera el primer lugar; mas como la fachada está buena, no pierden las casas alquiler y le cae por fuera. Yo la tengo por muy honrada, porque en todo este tiempo no pude alcanzar

(1) Los antiguos creían que la cigarra no envejecía nunca.

(2) En castellano.

(3) Sigue Pinheiro tomando de los libros de caballerías donosos apodos.

falta ninguna en ella. Venían como cáscaras de almendrucos y ramos de manzanas verdes.

Contáronme que venían de la huerta de un hidalgo portugués, que iban allí aquellas mañanas y que, al entrar, se ponía él á esperar en una celosía, y al volver, se escondía, y ellas se ponían á enamorarle, pidiéndole que bajase, que no le habían de forzar, y él nunca quiso, por conservar la autoridad de su bayeta y de sus botas.

«¿Y qué vida—decían ellas—llevará la pobre mujer que cayere en las manos de aquel carcelero, que la debe enterrar viva?» (1). Y preguntáronme si eran así de necios todos los hidalgos de Portugal. Díjelas que no, que era el conde de Monsanto y no le estaba bien familiarizarse tanto, por ser un hidalgo tan principal. Respondió: «¿Y dónde halló V. Md. que la cortesía encuentre la nobleza y que no se puede un hombre ser juntamente noble y cortesano? Sino que el pelón, porque imaginaba que le pedíamos algunas manzanas, ó (que) algunas necedades quiso antes hacerlas y quedar por necio. Es el conde de Nieva de ochenta y cinco años (2), y yendo yo y estas señoras por la claustra de la Trinidad (3), llegóse el hijo á hablarnos y adelantóse el buen viejo con su bordón, diciendo:—Señoras, dejen V. Mdes. el potrillo, que no está domado y no hará cosa buena, y arrímense al caballo viejo, que las sacará del peligro.—Y díjele yo:—Más vale domar potro que me lleve, que caballo viejo que se eche en el lodo conmigo; que V. Md., señor viejo de Santa Susana, más es para maestro de niños que para ejercitar las armas.—Y díjole doña Elena:—Padre nuestro: padrenuestros y buen vino, y dejar esas oraciones á los mozos: no relinche como potro, pues puede ser caballo del Cid.—Y holgóse tanto que nos dió alcorcillas que llevaba» (4).

(1) En castellano.

(2) D. Antonio López de Zúñiga, 5.º conde de Nieva.

(3) Situado en la calle de la Boariza, hoy del Veinte de Febrero. Era convento magnífico.

(4) *Alcorcillas:* confituras de alcorza.

10 DE JULIO

El domingo se hizo la fiesta del Sacramento en la Merced (1) con mucha solemnidad. Fuimos allí á misa y estaban las claustras llenas, en extremo hermosas y con altares de figuras de plata y oro y de reliquias, de que en Valladolid hay mucha cantidad é infinidad de vasos hermosísimos y cuerpos de santos, pues en toda Castilla la Vieja hay muchas reliquias. Estaban armadas de costosísimas colgaduras y llenas de toda clase de mujeres: *et tentare pares et respondere paratœ* (2); porque en Valladolid todo el año entran en las claustras de los frailes sin excomunión y se sientan en rueda todas, según las place, y acuden los frailes con sus dulces, de que los legos que pasan llevan su parte, porque ellas no se matan mucho por la Iglesia, que no es triunfante en Castilla y ni por militante la admiten; y tienen por ley que el fraile *sit tibi tanquam ethnicus et publicanus* (3).

Estando cerca de una, oyendo misa en el Capítulo, acabado el Evangelio, llegaron unas embozadas y dijo una (4): «Señores, ¿podemos aún oir misa?» Díjela yo: «Sí, señoras, que el Evangelio que falta es que son V. Mds. tan perezosas como hermosas.» Respondió una: «No me descontenta el hombre para sastre, que vuelve muy bien una ropa vieja.» Y dijo esto porque el dicho que yo la dije, fué dicho de un viejo, que cuentan que el Almirante tenía una hermana muy fea, que, estando con dolor de muelas, fué con unas estopadas á misa y llegó al salir del altar el cura, que era muy decidor. Pidióle que la dijese un Evangelio de San Juan, y él, echándola una mirada y viéndola tan fea, la dijo: «Juro á Dios y á esta cruz ✠ que es V. S.ª la más fea dama que hay en la corte, y esto es el Evangelio de San Juan.» Y con estas niñas no hay jugar dado falso.

Estando yo otra vez en San Francisco, oyendo

(1) El convento fundado por D.ª Leonor Téllez, sito en la plaza de su nombre.

(2) Jocoso remedo, como suele hacerlos Pinheiro, de Virgilio, egl. VII, v. 5.

(3) Palabras de Tertuliano.

(4) En castellano el diálogo.

misa y rezando, por la cuaresma, entraron unas rezagadas, y una, que era mejor parecida, sentándose, dijo á la otra: «Hermana, por no quedar sin misa, pida ella, que es hermosa, á este devoto cristiano, pues tiene breviario, que nos diga un Evangelio, que parece sacristán con sus lechuguillas» (1). Díjela yo: «El Evangelio deben V. Mds. saber de memoria, que es de la Samaritana, y así, en lugar del Evangelio, enviaré una epístola á V. Mds., que es mi profesión.» Respondió: «Venga, que en Evangelio de Samaritana no está mal epístolas de San Judas, que le pintan bermejo, como el señor capellán.»

Estando en el Carmen un día de estos con Constantino de Menelao y D. Pedro, vimos que salían unas señoras mozas, con su madre, de las cuales una nos pareció un ángel, y fuéronse antes del Evangelio; y como habíamos oído misa, fuimos en su seguimiento y díjela yo la misma oración del ciego: «Porque V. Mds. no vayan sin Evangelio, digo que no habemos visto ni más hermosa ni agraciada dama, ni ojos que más me agradasen, y esto es Evangelio.» Volvióse la madre y dijo: «Hacen V. Mds. merced á D.ª Casilda como caballeros que son, aunque ella no lo merezca.» Y ella: «Beso á V. Md. las manos por la merced que me hace, pues es el primer regalo con que me he desayunado hoy.» Volvíla á decir: «El gusto y regalo reciben los ojos en ver á V. Md., y la merced recibiremos en que se sirvan V. Mds. de que las acompañemos como escuderos, ó se vayan en aquel coche.» Lo agradecieron mucho, diciendo que tenían la casa cerca, mas que lo aceptaban para la tarde y que mandásemos un criado que subiese á casa; y después supimos que era una sobrina de la marquesa de Falces y gente muy principal y virtuosa. Y con todo agradecen que las llamen hermosas, porque dicen que para eso se aderezan y que se huelgan cuando las dicen que son ricas y bien dispuestas; y ¿por qué no holgarse, cuando las dicen que son hermosas?

Y así, yendo una vez las dos damas encontraron á unos hidalgos que iban platicando y no las dijeron nada; y dijo una á otra, mirando hacia ellos: «Mira, hermana, qué perdido fué el trabajo de estarnos á componer dos horas, pues no nos dicen nada; por ti pierdo yo, que debes ser desgraciada y ellos poco cortesanos.»

Y así, es el lenguaje ordinario en las visitas, en lugar de preguntar por la salud, decir: *Guarde Dios á V. Md., que está muy hermosa;* y esto aunque esté el marido, porque no se extraña.

Por la tarde, aunque había la misma fiesta y concurso, por tener nuevas de haber venido nuestros despachos, gastamos la tarde en negocios. Sobre la tarde, nos fuimos á nuestra huerta antigua; hallamos á la puerta un coche de muchas hermosas, á las que no abrieron. Díjelas yo (1): «Yo no creo sino que tienen á V. Mds. por las vírgenes locas, pues baten y no las abren.» Respondió una: «Por eso nos trae Dios los portugueses, que no nos desecharán por locas, que un coche de portugueses es una casa de orates.» Díjela yo: «Pues entren V. Mds. y sigamos, y verán que, como llevamos aceite y candil, nos abren donde llegamos.» Dijeron que «de buena gana, y nos hacían regalo de merendar con nosotros, si había qué.»

Ya dentro, vine á conocer á las señoras que la otra vez que aquí estuve al desposarse la segunda hermana, me hallé en *Sancti Spiritus*, donde me dieron dulces, y era entonces un serafín y ahora estaba muy gastada para lo que fué.

En efecto, eran madre y cuatro hijas y dos primas, la mayor llamada Isabel López, la segunda Doña Catalina Velázquez, la tercera D.ª Angela de Frías, la cuarta D.ª Victoria de Salcedo, y todas hijas de uno que fué herrador.

Por lo cual decía D.ª María que «de ser hijas de herrador venía por herencia andar todas erradas.» Y como sólo la mayor tenía *don*, las apodamos las siete cabrillas, la constelación que llamamos *Sete-estrello* (2), de las cuales la que no se casó con Dios escóndese (3), y por eso apare-

(1) Las *lechuguillas* eran, como dice Covarrubias, «los cuellos ó cabezones que de muchos anchos de holanda ó otro lienzo recogidos, quedan haciendo ondas, semejantes á las hojas de las lechugas encarrujadas.»

(1) En castellano el diálogo.

(2) En portugués, naturalmente.

(3) Dice sin duda Pinheiro que doña María no se casó con Dios, por no ser su matrimonio muy feliz. Así es que luego la llama la *mal casada*.

cen sólo las seis, y la razón es que ésta casó y quedó sin honores; las otras arrimáronse á gente honrada y quedaron en concepto de títulos.

Por lo cual dicen que *quien á buen árbol se arrima buena sombra le cobija* (1). Y como, por dar, dan, y la honra no la da sino quien la tiene, hallan mejor darla á un hidalgo que pedirla á un villano ruin, y la más vieja se quedó con el título heredado y ellas con los adquiridos: por donde se ve cuán gran bien es servir á los buenos.

Es ordinario en Castilla, en siendo dama una mujer, tomar *don*, y las hermanas casadas quedarse sin él, porque se hallan mejor *bien abadadas que bien casadas* (2), que es una historia que cuenta D.ª Inés de Avila (3): que, yéndose á casar á Portugal, la servía una tendera y una hija moza; y, diciéndola que bien casada la viese, respondió: «Mejor ventura le dé Dios, señora. Bien abadada, sí, bien casada, no; que tenía dos hermanas y la mayor está casada con un oficial, llena de hijos, que le da muy mala vida; la otra tiene abad, que está tan fresca y linda que es un contento, y unas rosquillas en la garganta y pechos, que es una bendición de Dios» (4).

Y, en verdad, en Castilla es el abuso excesivo en esta parte, que decía la otra que hasta al aire le ponían don, llamándole donaire; «y no hay más linajes que tener ó no tener, como decía el rey viejo, y los hidalgos son los que tienen algo, y quien tiene algo tiene don, hasta el algodón» (5).

Y porque no os parezca que sólo vos hacéis condes palatinos y dais don, como hicisteis á D.ª Elena, como la picota de Ecija se llama rollo (1), sabed que hemos constituído consejo de honor, porque hemos graduado á muchas de nuestras feligresas; y porque sepáis el estilo, os contaré uno de los grados que dimos.

D.ª María, la mal casada, llamábase María de la Cruz, como una tía; después que dejó la cruz por el yugo del matrimonio que puso al marido, la segunda vez que la vimos se hizo consulta y se acordó que se la diese don; y tratándose de sobrenombre, dije yo: ese trae ella ya consigo por razón de la cruz, porque así se llamaba Elena de la Cruz y el amigo Jorge la convirtió en Osorio; y así como los Mendozas verdaderos son Hurtados, las cruces putativas son Osorios.

Acordado esto con el maestrescuela, me encomendaron el grado. Yéndola á ver vino una criada diciendo (2): «Bien hicieron V. Mds. en venir, que ya estaba mi señora María de la Cruz muy quejosa.» Díjela yo: «¿Cuánto tiempo ha que estáis vos con la señora doña María?» Respondió que «dos meses»; repliqué: «Bien parece que no la conoscéis vos, como nos, ni sus padres, y son de los principales caballeros de Olmedo, y Osorios muy legítimos, y su madre D.ª Micaela, y su padre D. Francisco de Benavides Osorio; y sois muy mal criada no llamarla la señora doña María, que aunque no está casada á su gusto, como quien es, y se quiera encubrir por su modestia, lo hace muy mal, y la he de reñir mucho.»

Ya en este tiempo ella oía la plática y fué disculpando á la moza, que ella lo mandó así, y que no la diese don, pues tenía tan poco gusto, mas «pues yo le tenía, que sólo á mí sufriría honrarla.» En fin, quedóla el don, y después el Osorio; y como el paño es bueno, no se le conoció la trama porque todo la está bien, por lo bonita y agraciada que es, y, á la verdad, honrada.

De igual modo se graduó D.ª Margarita, cuya hermana ya estaba graduada en D.ª Isabel de Castro delante de Dios y del mundo, y D.ª Mariana, la música, y D.ª Leonor de Negreros, y otras dos. Y os aseguro que todas son de muy buen término, y que sin crisma y con orden y

(1) En castellano este refrán.
(2) En castellano.
(3) Sin duda, alguna conocida de Pinheiro y de su amigo.
(4) En castellano.
(5) Id.—Acudirá á la memoria el conocido epigrama:

Vuestro don, señor hidalgo,
es el don del algodón,
que para tener el don
necesita tener algo.

El uso abusivo del *don* por parte de quien no tenía derecho á él, dió asunto á no pocos escritores para sus burlas y censuras.

(1) Era grande la fama del rollo de Ecija. "Rollo del mundo", le llama Vélez de Guevara en *El Diablo Cojuelo.*
(2) En castellano el diálogo.

sin matrimonio, se la mudó el nombre; porque sólo tenemos buena conversación, reir y zumbar con estas necedades, y así decía D.ª Ursula, por nosotros, que todo era «hacer conciertos», mas que nunca «nos veía llegar á desconciertos.»

Tornando á las huéspedas, vinímonos á conocer y contóme D.ª Catalina que el novio se había ido sin efectuar el matrimonio y quedó en casa de una tía, y que las otras hermanas estaban con la madre, y á cada uno de nosotros nos dijeron morar en diversos lugares para engañarnos.

Hasta á la vieja cayó en gracia á D. Pedro decir sus dichos, de que las jóvenes se reían, y una comenzó á decir: «Oh, señora, señora! Bueno va el sarao, mire que viene mi padre.»

Jorge Fernández estaba improvisando versos á D.ª Victoria, y díjole la D.ª Catalina: «Miren, señores, cómo este caballero echa de repente en la victoria y no presta mi galán para darme gusto ni de pensado.»

Trajéronnos unos bizcochos y confites; y Jorge Fernández, metido en la plática, se olvidaba de acudir, y tornó ella á decir: «¡Ah, señor! No se pierda V. Md. como los capitanes victoriosos, no se eche á dormir con la victoria, que le robarán el campo.» Habíamos hablado mal de ellas y la la dueña de la huerta lo mismo, mas yo no vi que engañar á todos los amigos, mandándoles ir á diversas calles, y cuando comieron los bizcochos, decir: «Comida acabada, compañía desecha»; y se pusieron á reir de nosotros, diciendo unas que vivían en el Rastro, otras en el Rollo, y así nos fuimos, cantando dos de ellas muy bien.

11 Y 12 DE JULIO

Estos días, que fueron lunes y martes, vinieron noticias de cómo sus majestades estaban divirtiéndose en Lerma, tomando estos días de recreación para poder con el peso del mundo y con la carga de que decía el filósofo: *Tollat te, qui te non movit,* porque es necesario aflojar la cuerda para no quebrantar á la bestia, como San Juan decía de su perdigón, si tiene autoridad el autor babilonio.

Dicen que la reina y damas andan por Lerma en chapines bajos como en un jardín, como otra Caparis de Tiberio, esparciéndose como reyes tan amados que, seguros en los corazones de los suyos, más traen las bizarrías extranjeras por ornato que por necesidad, como de Orlando y Ferragud dice Ariosto:

E l'uno e l'altro andò piú per ornato
Che per bisogno, alle battaglie armato (1).

Mandaron ir allá á los comediantes, que nos dejaron en medio del sermón; por señas que se quejaba Fray Sebastián de la Asunción que les tomaron para ello las cabalgaduras en que ellos y otros cuatro se partían, porque llevaron muchas danzas, y hasta de Portugal llegó la comparsa de Aldea Gallega, muy bien aderezada, que fueron trece con el tambor, de setí encarnado sobre telilla de plata y zapatos de lo mismo y otra cuadrilla de azul y medias de seda. Llevaban todos los días cinco reales y las mulas, y diez cruzados sus mujeres, y los panderos plateados. Dicen que el rey holgó de verlos y oirlos.

Tuvieron torneo y saraos; pero lo más festejado fué una parodia en que entró Rebello, en nombre del rey, y otro chocarrero en nombre del duque, y en nombre de las damas el conde de Mayalde, por D.ª Catalina de la Cerda, el hermano por D.ª Luisa Enríquez, y otros hidalgos y acaponados, por las otras damas, y el conde de Nieva viejo y otros barbones por dueñas de honor, y sacábanse á bailar unos á otros. Y así está Lerma llena de recreaciones, *Magala quondam* (2), y como prepararon estas fiestas para holgar, hay prohibición de que nadie vaya allí á pretender; y se procede con rigor contra los desobedientes, como todos los preceptos de justicia en Castilla.

Y así, yendo allá cinco frailes franciscanos, les hicieron volver con un alguacil hasta cinco leguas de Lerma, y allí los dejaron, porque se entrometen en negocios que no les competen, cuando los seglares se están callados.

---

(1) *Orlando furioso,* c. 12, oct. 49.

(2) Algunos, fundándose en datos de Ambrosio de Morales, creían que Lerma se llamó *Magala* en la antigüedad.

Fué también un capitán de Flandes en la confianza de ir lisiado, y acribillado de balazos y cuchilladas, y el duque le mandó á Cádiz, á Calderón, que le daría despacho, y Calderón le envió á un alcalde de corte que le metió luego en la cárcel, pues en lugar de obedecer se vino á Lerma. Y hay alguaciles por los caminos para no dejar ir allí persona alguna, por ser la tierra muy pequeña; y dicen que también lo hizo el rey por razón de Estado, como cuando salen las premáticas de las cortesías y cuellos (1), por mostrar que no le lancean enemigos, como Arlequín que estando debajo gritaba: «Ríndete, Ganasa» (2).

Y predicando en Portugal, años atrás, un predicador portugués, y viniendo á propósito predicar de esta plática, trajo la fábula de la Justicia, que viéndose despreciada en la tierra, se fué otra vez con Astreo á quejar á Júpiter, y Mercurio no quería darla entrada (3); alegó ella que importaba á la conservación del mundo, porque, faltando en él la justicia, todo se destruiría y perdería, y respondióla: «Vete enhorabuena, que entra ahora la primavera: está Júpiter ocupado en hacer alas á las mariposas y no puede hablarte.»

Y la verdad es que así como en los que viven en la tierra no pueden faltar imperfecciones, así nunca el cielo niega predicadores de la verdad, que la dicen de ella. En la corte decía Isopete á Solón no debía hablarse con príncipes, ó hablarles á la voluntad; y respondía Solón, reprendiendo á Creso, que ó no debía hablarse con ellos ó decirles verdad (1).

Castroverde es fraile agustino y el más antiguo predicador que el rey tiene (2), viejo, santo y libre, que dice, como Solón á Pisístrato: la vejez me hace osado. Este, predicando sobre aquel paso del Apocalipsis que dice que vió San Juan ángeles que andaban midiendo, dijo que todos nosotros éramos medidores, y volviéndose para el rey, continuó: Y esta obligación es principalmente de los ángeles, de los príncipes y de los Reyes, medir los merecimientos para los premios, las culpas para la pena y medirse á sí mismos, y su conducta *y* su vida, conforme á la ley de Dios, y sus gustos conforme á la posibilidad de su pueblo; medir sus jornadas conforme á sus rentas y sus fiestas por el perjuicio de sus vasallos.

Explicando, en el miércoles de Ceniza, aquellas palabras: *hæc omnia tibi dabo,* dijo éstas: te daré todos los reinos de la tierra, promesa y obra del diablo dar todo á uno. Otra vez dijo (3): «Acostumbran en el mundo dar las enhorabuenas en las mercedes que reciben: dícenme que me voy al infierno si no os digo, señor, la verdad, y es que hay mercedes de que se han de dar las enhoramalas. Que cojan la leche á las ovejas, enhorabuena; mas tocarse la sangre, enhoramala. Que dejen llevar las aguas sobradas aun por gusto, enhorabuena; mas que estén los canales llenos y el estanque vacío, es enhoramala. ¿Dónde han de beber los pobres si se detiene el agua en los canales, sin llegar al estanque?» Y, aunque algunos lo entendieron por los dos privados, no había mucha razón, porque ellos guardan una

(1) Sabido es que en tiempo de Felipe III se dictaron numerosas *premáticas* suntuarias, y entre ellas la relativa á las lechuguillas de los cuellos, donde se determinaba su tamaño, se prescribía que fuesen necesariamente de holanda ó cambray, etc.

(2) Refiérese al cómico italiano Alberto Ganasa, que indudablemente estuvo en Valladolid por aquellos años. Ganasa, que trajo á nuestro país la comedia italiana, con sus obligados personajes de *Arlequino, Pantalone* y el *Dotore,* vino por primera vez á España en 1574, y fué quien reformó el corral de la Pacheca, de Madrid, dándole más apariencias de teatro. Consta que en 1603 representó también en Madrid.

Alude sin duda Pinheiro á alguna de las escenas culminantes en el teatro de Ganasa, que tanto regocijaron á nuestro público, ya que, según dice el abate Quadriz en su libro *Della storia della ragione d'ogni poesia,* «aunque ni Ganasa ni su compañía de cómicos italianos eran muy entendidos de los españoles, acudía el pueblo tan á porfía á oirlos, que se enriquecieron no poco.»

(3) Así lo dice la fábula mitológica de Astrea ó la Justicia.

(1) Cuando Solón y Esopo, según cuenta Plutarco, pasaron á la corte de Creso.

(2) El P. Fray Francisco de Castroverde, predicador de Felipe II y Felipe III. En 1604 fué desterrado de Valladolid, según cuenta Cabrera de Córdoba, por ciertas alusiones duras que en un sermón dirigió á la privanza del duque de Lerma, pero cuatro años más tarde se le dió licencia para volver á la corte.

(3) En castellano.

modestia, que es no tomar tierras del rey, como hacen otros privados, sino solamente rentas, que son de menos perjuicio; y el rey también señor de lo suyo para poder darlo á su criado, como yo al mío.

Y así es el Duque tan prudente que le fué á visitar aquella tarde, y le honra y respeta, donde se ve que los que se castigaran debía ser por atrevidos é ignorantes y no por predicar la verdad, como cuatro religiosos de diversas órdenes que predicaron en un mismo día sobre un mismo asunto, por lo cual fueron desterrados.

Y asimismo aconteció á la marquesa del Valle y á otra dama de Palacio (1), que llevó regalos á un alcalde de casa y corte en un coche, cosa nunca vista; y las razones son reservadas.

Y la verdad es que, aunque la verdad es poderosa y vence, y la palabra de Dios doncella y libre, sin sujeción de matrimonio, no obstante están para honra y casamiento, para honrar y no para afrentar, y para ocasión que den provecho y no que provoquen á ira y críen odio, porque no ha de estar en la mano de un ignorante querer gobernar al rey por su entendimiento, ni en la de un apasionado vengar su agravio con la vara de la justicia á pretexto de la verdad, ni usar de su soltura á cuenta de la palabra de Dios, pues con la misma Escritura argumentan el diablo y el ángel, se pierde el luterano y se salva el católico.

Todas las cosas requieren medio y tiempo: *ne quid nimis,* dicen los sabios (2); *nolli altum sapere,* dice el Espíritu Santo; *¿quis enim cognovit sensum Domini?,* dijo S. Pablo. ¿Por qué habeis vosotros de querer saber los juicios de Dios, cuando hasta los ángeles dicen que no hubiera diferencia de nosotros á El, si entendiéramos todo lo que hace: *aut quis consiliarius ejus.* Y si vosotros no figuráis entre los de su consejo ¿quién os mete á juzgar las intenciones de los reyes y medirlas por vuestro juicio?

No debemos solamente tributo á los reyes, mas obediencia á sus determinaciones, que no ha de estar en nuestra mano mandar, sino obedecer: *Reddite ergo omnibus debita,* dijo San Pablo, *cui tributum, tributum; cui timorem, timorem; qui resistit potestati, Dei ordinationi resistit.* Tanto trabajo tiene el rey en ordenar tantas voluntades cuanto tienen los hombres en gobernarse por una sola.

Da la mujer dote al marido por el trabajo de mandar la casa, y el pueblo tributo al rey por la obligación de mandar el reino; entendiendo que es más trabajo mandar una mujer y gobernar el reino que ser sujeta al marido y obedecer al rey. *Predica verbum,* dijo San Pablo; mas con su ejemplo, estando el pueblo airado, no toca directamente á la fe, estando en Jerusalen, y se entretiene en largos discursos, y viéndose ante Agripa y Festo, gente de entendimiento (1), manifiestamente se refiere á Cristo, porque la palabra de Dios, como simiente, quiere también tiempo y conjunción para con su fertilidad henchir los graneros del cielo y hermosear los sembrados de la Iglesia, y esto principalmente en las reprensiones, en las cuales hasta con los padres el mismo gran Doctor encomienda la moderación, diciendo: *et vos, Patres, nolite ad iracundiam provocare filios vestros, sed educate illos in disciplina* (2); cuanto más del súbdito para el señor y del vasallo para el rey.

Y si aun en privado, como dijo Terencio, *obsequium gratiam, veritas odium parit* (3), cuánto más peligro corre el que se atreve en público á reprender al rey y al príncipe; lo cual me acuerda que en el celebrado epílogo que hice en mi defensa en un vejamen en caso semejante, comenzaba: «De los peligros á que se expone quien se atreve á resistir á grandes y poderosos, dijo el sabio: *Non litiges cum homine potente, ne fortè incidas in manu illius, ne contendas cum*

(1) Cabrera, en sus *Relaciones,* hace diversas referencias á este asunto de la marquesa del Valle. Esta habitó en Valladolid una casa frontera de San Benito el Real, propiedad del menor D. Diego de Ulloa, hijo de D. Antonio, corregidor de Valladolid, y primo del poeta D. Luis. La arrendó en 18 de Junio de 1603. (Archivo de Protocolos: *Gabriel de Avendaño,* 1603, s. f.)

(2) Es Terencio quien lo dice *(Andria,* acto I, esc. I).

(1) Alude al peligro que en Jerusalen corrió San Pablo entre los judíos airados, y al juicio que contra él se siguió, primero ante Festo y después ante el emperador Agripa.

(2) San Pablo, VI *ad Efesios,* v. 4.

(3) *Andria,* acto I, esc. I.—*Obsequium amicos,* dijo Terencio.

viro locupleto, ne fortè contra te constituat litem tibi; que quiere decir que donde no bastan las fuerzas, hasta para las calumnias emplean su dinero. Por lo que para oponerse á los reyes, como Faraón, hasta los grandes patriarcas se hallan más tartamudos de lo que son, y es fácil hallar quien escriba cuentos y tire piedras á la estatua de Nabucodonosor (1) y esconda la mano; mas para dar una sentencia contra el rey Baltasar, es necesario venir ángeles y mandar Dios á las paredes que hablen (2); y hállase mano que escriba y no persona que aparezca.

Y tanto es así que son poderosas las calumnias que, en lugar de satisfacción, con la misma mano de justicia y ministros de S. M. me vejan á mí y á él le usurpan su jurisdicción real, con los cuales me acontece lo que á Job con Dios, que no se hartaba de engrandecerle y después le dejaban en poder del diablo, hasta dar con él en un estercolero, como á mí me tiene puesto; y para llegarme á este estado, en defecto de obras de calumnia, piden una información de las palabras que no dije y otra de los pensamientos que no tuve. Y no soy tan ciego que no vigile todos estos trabajos, pues puedo decir con Virgilio:

Non ulla laborum,
O Virgo, nova mi facies inopinave surgit:
Omnia præcepi, atque animo mecum ante peregri (3).

Mas qué ha de hacer un cristiano, cuando hasta un gentil dice: *Aut demittendam cum Agrippa imperium aut sustinenda intemperantia ejus.* Y pues no soltaba el cargo, tomélo con sus encargos, teniendo presente la promesa de Dios, que no puede faltar: *Pro justitia agonizare, pro anima tua et usque ad mortem certam et Deus expugnavit inimicos tuos propter te.* Por lo cual: *Si exurgat adversus me prœlium.* Diré con Séneca: *impavidum ferient ruinæ* (4). Y cuando de este mi vejamen se siguiera castigar á los calumniadores, aún servirá mi ejemplo para animar á los malos juzgadores y dirán que lo permitió Dios: *ut vincula mea manifesta fierent in omni proetorio, ut plures, et fratribus confidentes in Domino abundantius auderent verbum loqui sine timore;* y sucediendo lo contrario, dirán, como Platina (1) contra Paulo II: *Posui ori meo custodiam, cum consisteret adversus me peccator et humiliatus sum et silui a bonis»* (2).

Si che finirò il canto e mi fia specchio
Quel che per troppo dire accadde al vecchio (3).

(1) La estatua que hizo levantar Nabucodonosor, y que no quisieron adorar Sidrách, Misách y Abdénago.

(2) La mano misteriosa que escribió en el palacio del rey Baltasar.

(3) *Eneida*, l. VI, v. 103-105.

(4) El atribuir estas palabras á Séneca será una broma de Pinheiro. Sabido es que pertenecen al libro III, oda 3.ª de Horacio.

13 DE JULIO

El miércoles por la tarde, yendo al Prado, iba en un coche nuestra amiga *la bella gitana* y al vernos se embozó; mas, al pasar, juntámonos y luego la conocí. Díjonos ella (4): «Por donde los conozco que son portugueses». Respondíle: «No sé cómo es posible, sino si V. Md. es gitana, que adivina como yo». Replicó ella: «Pues díganme V. Mds. mi buena dicha». Dijo el compañero: «O yo no soy buen gitano, ó en esos ojos veo que han de ser míos». Preguntando: «¿Y tan malos son?», respondió: «Antes, de muy buenos vengo á entenderlo, porque V. Mds. dejan los fuertes Orlandos y siguen los bajos Medoros» (5). Y ella: «Anduvo Angélica muy cuerda, en efecto, pues el uno era bobo y sin heridas y el otro se mostró leal y con llagas abiertas».

Dejando *las pláticas ya noche* (6), me contó en secreto que estaba con gran disgusto porque había mucho tiempo que la quería bien un hi-

(1) Bartolomeo de Sacchi, llamado Platina, autor de una Historia de los Papas. Platina fué perseguido por Paulo II, que le tuvo cuatro meses preso.

(2) Son estos párrafos, como dice Pinheiro, extracto de un *vejamen* que en otra ocaslón había sostenido.

(3) *Orlando furioso*, c. XXVIII, oct. 102.

(4) En castellano el diálogo.

(5) Dejan los fuertes Orlandos,
siguen los bajos Medoros.

Versos finales de las redondillas insertas más arriba por Pinheiro.

(6) En castellano las palabras de cursiva.

dalgo de pocos merecimientos, mas que persistia, tanto que *viniera á sacar dentrellas* (sic) *de una piedra dura y helada* (1), y que, por hablar con nosotros aquel día en el Prado, luego tuvo grandes disgustos y por eso no venía con la sobrina; y, al saber que después había ído por nuestra casa, la escribió una carta, que me mostró, con mil descortesías é insultos infames.

Juróme que nunca alcanzara de él más que buenas palabras y que no era hombre ni nada, y que por eso la costaba mucho ver el modo cómo la trataba, y que había jurado no hablarle más, y que holgaría que yo viese la carta que le escribía, y que la dijese qué haría, pues que yo tenía la culpa, y que, por vengarse, me había de hablar; y me le enseñó, que andaba por allí, y no me pareció hombre de cuenta, que en esto vienen á parar estas presuntuosas, y pidióme que la aconsejase qué había de hacer, presuponiendo que no había alcanzado de ella cosa que fuera contra su opinión.

Tomé la carta y la dije (2): «Yo más á prisa me atrevía á dar remedio que consejo V. Md., porque si es verdad que la mancha de la mora con otra verde se quita, pudiera V. Md., por este modo vengarse de la culpa ajena, aliviar su pena y pagar mis merecimientos; mas, como soy tan interesado, queda siendo petición y no consejo». Respondióme: «En tiempo me pudiera V. Md. tomar, que le pudiera dar una Angélica servida y no una Olimpia desechada (3): yo no quiero tan poco á V. Md. que le quiera por emplasto de enfermedad, teniéndole yo por regalillo contra las injurias del tiempo; por eso piense V. Md. en lo primero». Repliqué: «Yo tengo cuidado de pensar en ello, con condición que sin pensar en ello y sin pedirme consejo, se arroje V. Md. en mi favor». Triplicó: «Ahora bien, tratemos por ahora de las exequias del vivo, que lo demás está vencido, pues hay voluntades conformes y yo no quiero entrar desacreditada con el huésped viejo y con la prisa de la obra nueva». Díjela que no se preocupase ahora por eso, porque yo estaba viudo también, como vería por aquel papel, que la pedía enmendase; y díla también unos tercetos que traía, contándola lo que, en verdad, pasara, que doña María Vázquez se proveyera de remedio ofensivo, para darme disgusto, como os diré después.

Ahora quiero contaros la carta que me dió y leímos aquella noche, y yo tengo, que me pareció tan bien que la pusimos en décimas, casi guardando las mismas palabras, hasta donde el verso lo consiente. Veréis la prosa, oid ahora los versos, en los que pierde mucho de su ser:

Si como son de un villano
tus palabras tan villanas,
fueran corteses y llanas,
me matara con mi mano;
que, aunque el pecho esté sano
y nadie puede culparme,
ofender quien debe amarme
á mi opinión y mi trato,
con sólo poco recato
bastará para matarme.
Mas tu poca cortesía
y tu proceder tan bajo,
me libran deste trabajo
y culpan tu villanía;
que el noble con hidalguía
en celos ó disfavor,
manifiesta su dolor,
y hizo esta con su mano
desconfianza de villano
y no celo de amador.
Pude y quise engrandecerte;
puedo y no quiero humillarte,
améte por levantarte,
no quiero ahora abaterte (1);
mas, por no poder más verte,
me condeno á mil destierros,
ni me acuerdo de tus yerros,
que la leona generosa
con leones es animosa
y no hace caso de perros.
Pudiera con un esclavo
mandarte cortar la lengua
que tú soltaste en mi mengua,
ó clavarla con un clavo;
mas, pues por mí no la clavo,
por esclavos no es razón:

(1) Id. íd.

(2) En castellano el diálogo.

(3) Parece inutil decir que estas alusiones, como las de más arriba, se refieren al *Orlando furioso*.

(1) Así en el original. Los defectos de dicción y de métrica que tiene Pinheiro en sus versos, se deberán probablemente á que no dominara en absoluto el castellano.

quiero mudar la intención,
que quiero hagan de ti caso,
pues, aunque bajo, eres vaso
donde tuve el corazón.
Como á mi vida te amé,
que no puedo esto negarte;
pues, ya que llegué á amarte,
en ello me vengaré.
Como osa te reformé
y á tus servicios tan fríos
les dí favor, sér y bríos;
levanté tus pensamientos
y díles merecimientos
para amarlos como míos.
Quiero como águila hacer
pues fuiste degenerar (?),
cuando, después de te dejar,
no hallo en ti qué querer;
no mudo de parecer
que, aunque ya te alabé
y tus servicios tomé
con favor y regocijos,
eran entonces mis hijos:
como madre me engañé.
Mi trato y conversación
tu natural no desmiente,
porque muda la serpiente
la piel, no la condición.
Tú viste como es precisión,
mientras guardastes mis leis,
porque en año ciento y seis,
fortuna y casos humanos
harán de Reys villanos,
mas no de villanos Reys.
Huelgo que, cuando el primor
te no tuviere las riendas,
no tienes de mí más prendas
que de un casto y puro amor;
para darte más favor
ya se irá haciendo tarde,
pues siendo tú tan cobarde,
mal se empregaba (1) mi fe,
en quien tan villano fué
que de infamias hizo alarde.
Las que allá tienes, desprecio,
que no afrentan mi decoro,
que, como son prendas de oro,
ni prenden, ni tienen precio.
Diré las dí con desprecio
como á bajo servidor,
que esto asegura mi honor,
y ansí nada me desdora,
pues fué merced de señora,
no regalo ni favor.

(1) *Empregar:* en portugués, *emplear.*

El día que llegué á verte
al justo cielo pluguiera
de mi vida el postrer fuera:
tanto me cuesta quererte.
O, ya que quiso mi suerte
meterme en esta cadena,
la culpa que te condena
te hallará alguna desculpa
para te amar tan sin culpa
como te amara sin pena.
Confieso que amo, y no oso
dar sentencia con mis labios,
mas las afrentas y agravios
hacen al flaco animoso.
Seré cual perro rabioso
que á sus miembros no perdona,
que aunque amor me aprisiona,
yo, con mis proprios bramidos,
despertaré mis sentidos
como parida leona.
Y no pienses que en mudarme
tendré de mujer flaquezas,
que antes que sufra vilezas
un rayo venga á abrasarme;
de modo sabré apartarme,
que primero habrá en ausencia
amor, razón en presencia,
n'el (1) bajo agradecimientos
y en mis bajos pensamientos
que revoque mi sentencia.
A un infierno de tormento
mi justo honor me condena,
no viva en eterna pena,
lágrimas y sentimiento.
Como víbora me siento
que, al parir el vientre estrecho,
ve por sus ojos derecho;
porque mis muy justas sañas
quieren romper las entrañas
por no caberme en el pecho.

Más adelante os diré los otros tercetos, como os diré la ocasión que tuve, y fué que los días de toros había ya venido doña María Vázquez nuestra conocida, y me dieron ventana con los maridos, que allí estaban. En esto vino también la otra, y como me había chismorreado que en su casa decíamos muchos requiebros, en diciéndonos que ella venía

Forza è ch'a quel parlare ella divegna
Quale è di grana un bianco avorio asperso (2).

(1) Abreviatura de *en el,* como en portugués.
(2) *Orlando furioso,* c. X, crt. 98.

La otra, por el contrario,

Purpureus veluti cum flos succisus aratro
Languescit moriens, lassove papavera collo
Demisere caput, pluvia cum forte gravantur (1),

perdió las colores,

...gelidusque per ima cucurrit
Ossa tremor (2).

Y la huéspeda nueva, aunque disimuló, se la vió

Quod frons laeta parum, et dejecto lumina vultu (3).

Y así, la Vázquez, como es tan honrada y de tan buen término,

Che, poi che n'ebbe certa conoscenza,
Le fe buona e gratissima accoglienza (4),

estuvieron en buena conversación; y como á la verdad, no había más que reir y zumbar entre nosotros, descubriéronse todo lo que con ellas había pasado y la Vázquez me llamó, diciendo (5): «Venga acá, señor traidor, y dígame por vida suya qué razón puede darme de la traición que en mi misma casa me hizo al tercer día de ausencia.»

Mihi frigidus horror
Membra quatit (6)
...steteruntque comae, et vox faucibus haesit (7).

Y como me cogían con el hurto en la mano:

Che non sa che si dica o che si faccia,
Tutto avvampato di vergogna in faccia (8)

Con todo, lo eché á gracia, diciendo: «¿Parece á V. Md. que, cuando hubiera culpa de mi parte, tenía yo mala disculpa en aquéllos ojos, en ausencia de mi sol?» Repuso la Osorio: «Pues ahora que V. Md. vea la luz del día, déjese de las tinieblas de la noche.» Díjela «que le preguntase si en su ausencia hiciera cosa en que la ofendiese.» Repuso ella: «Aquí no tratamos de ofensas de obras, que no se fía tanto de V. Md. que nadie si hubiese de condenar con un portugués, sino de pensamientos y palabras contra tantas cuantas me dió el día que me partí.»

Pedí que me diesen penitencia. Dijo la Vázquez: «Yo no quiero darle otra sino que piense V. Md. cada día media hora en lo que hizo, y en cuán mal se lo tenía merecido, que no puedo negar á esta señora que lo he sentido mucho.» respondió ella: «Yo, señora, soy de Palacio y criéme en él, y diérame muy poco de eso, y no aconsejo sino lo que hago.» La otra, resentida ya, dijo: «Pues yo, señora, como me crié en Sayago y no quise á otra persona sino á un marido que tengo, hoy, que tenía mucho gusto del conoscimiento deste caballero, siento ver faltas en él, con que no merezca ni los favores de V. Md. ni mi conversación».

En fin, como éramos muchos y veíamos ora unos ora otros los toros, llamáronnos para nuestros lugares; mas ellas se reunieron y comenzaron á hacer fiesta, cada una á unos parientes y otros que allí estaban; y, según después entendí, no los hacía la Vázquez muy *forzados;* por lo menos, así me lo hizo creer la otra, y continuó en esta rabia muchos días, de manera que lo vine yo á sentir un poquito, que yo ya no me desespero mucho.

Y ha dado en dárseme poco
de las cosas del amor,
y vame tanto mejor
cuanto va de cuerdo á loco.

Sobre este tema se hicieron los tercetos que ahora dejo.

14 DE JULIO

El Jueves hubo en la Plaza un entremés, celebrado por los moriscos y rapaces y después por toda la corte, que en Aldea Gallega no aconteció nunca otra tal. Pasó así: Ni el concurso de la gente ni la frecuencia de los coches, ni la prohibición de la ciudad, permiten andar gallinas, puercos y otros animales por las calles. El corregidor,

(1) *Eneida,* l. IX, v. 434-436.
(2) *Eneida,* l. II, v. 120-121.
(3) *Eneida,* l. VI, v. 862.
(4) *Orlando furioso,* c. IV, oct. 40.
(5) En castellano el diálogo.
(6) *Eneida,* l. III, v. 29-30.
(7) *Eneida,* l. II, v. 774.
(8) *Orlando furioso,* c. I, oct. 70.

pasando por la Plaza, halló un puerco que había visto otra vez, y mandóle degollar como pitagórico (1) viendo que no se oponía con sus leyes, pues solamente permitía el sacrificio del puerco á Ceres y de la cabra á Baco, por dañinos á sus coronas.

Acudieron, al gruñir de su enemigo, los moriscos todos con grandes fiestas, que son hoy tan moros como el alma de Mahoma, y aun hoy hablan algarabía ellos y sus hijos. A los gritos del paciente, de los moriscos y rapaces, acudió un alcalde de corte y mandóle llevar por un alguacil, diciendo que parecía acto de juez de aldea y no de corregidor de Valladolid.

Sabiéndolo el corregidor, lo hizo caso de honra, y hallando al alguacil y que no lo había mandado, volvió á empicotar al pobre lechón. Los alcaldes de la corte se juntaron y mandaron al puerco suelto y libre, y quisieron prender al corregidor por la justicia de Guimaraes y Alverca. El, fiado en ser Sandoval (2), y que una gota de aquella sangre basta á calificar las personas, insistió en la suya, hasta que, dándose cuenta en Consejo, le mandaron prender.

Recurrió él al duque y contra él escribió el conde de Miranda, presidente del Consejo Real, á quien el duque respondió que hiciese justicia y conservase la autoridad del Consejo. Encargaron entonces á los Alcaldes de Corte que ellos mismos conociesen del negocio, y éstos le condenaron en 400 cruzados y le pusieron dos alguaciles de guarda á su puerta; y fuéle necesario para quedar libre hacer petición á los mismos alcaldes, á quien el Consejo lo encomendaba para hacerlos respetar.

Y así, en materia de justicia ejecutiva, es no solamente respetada, mas adorada ella y sus ministros en Castilla; y en materia de garantías, que tienen ejecución lenta, y en los crímenes, no hay dilaciones, con dos leyes que guardan inviolablemente.

(1) Los pitagóricos se abstenían de la carne de cerdo.

(2) Desde el día 8 de Mayo de aquel mismo año (1605) era corregidor de Valladolid, D. Diego Gómez de Sandoval, hijo del Duque de Lerma. Es el protagonista del episodio que Pinheiro refiere.

La primera es tener los alguaciles la décima de todo lo en que hacen ejecución, porque en mostrando escritura ó cédula reconocida, y no pagando dentro de 24 horas, cobran la décima para sí, que á las veces importa quinientos y mil cruzados; y son tan exigentes que no sufren dilaciones, y no pagando luego, prisión, y los caballeros alcaldes, de guarda, que llevan tres ó cuatro cruzados y entran en casa de un conde ó duque y les sacan los platos del aparador y los paños y damascos de la casa, y callan todos, porque por cualquier descortesía queda perdido un señor de éstos y empeñado para siempre.

La segunda es la visita que hace á las cárceles todos los sábados uno de los del Consejo Real, con tanta autoridad que, estando presente el teniente de corregidor, sólo de palabra destierra, manda azotar, da por sueltos y libres, con tanta soberanía que no hace más sino llamar á los que van apareciendo y pregunta (1): «Vos, ¿por qué estáis preso?» Dice el escribano del asunto: «Señor, por estar amancebado, convencido otra vez; hay dos testigos, uno afirmativo, otro de oído, y la fama.» Responde el oidor: «Desterrado dos años de la corte, azotado, ó suelto.» Y luego aquella tarde se ejecuta, sin esperar á nada más.

Y del mismo modo en los casos de muerte los alcaldes juntos; y con estos dos medios se hace temida y respetada la justicia, lo que se debe á la buena memoria del Rey que Dios haya (2), que fué verdadero honrador y sacerdote de la justicia, *qui filio suo non pepercit.* Y los primeros que tiemblan de ella son los grandes, y así, no basta tener en casa privilegios de asilo, ni acogerse á ellas, porque del lecho van á sacarlos los porteros.

Ya conté lo que sucedió al duque de Maqueda, dos veces grande, y á sus hermanos, que aún están presos; conté lo del conde de Saldaña, que, sobre salir herido, túvole preso el padre, sin ser bastante ninguna cosa para soltarle, ni la ocasión del nacimiento del príncipe.

(1) En castellano el diálogo.

(2) Claro es que se refiere á Felipe II.

Conté cómo fué azotado un cochero del conde de Alba de Liste, grande y Cazador Mayor; ví azotar á dos criados del embajador de Persia por una broma, á dos del Nuncio por hurtar, y acudiendo á casa del Alcalde el cardenal, se disculpó con estar encerrado su Magestad y no poder hablar.

Lo mismo sucedió á otros dos del cardenal Mendoza (1), hermano de la madre del almirante; y, á los que hurtan, luego aquel día los llevan á la Plaza y les clavan la mano por la carne de entre el pulgar, y así están mucho tiempo; aunque si dan doscientos reales al alguacil, mete el clavo sin tocar en la carne y untan de sangre, como yo lo ví hacer.

Conté cómo, el mismo día en que prendieron al ladrón que hurtó el sombrero al Inglés, le sentenciaron; y así, vemos andar las mujerzuelas á puñadas, con la espada al cinto sin atreverse á separarlas.

Los días pasados faltó pan, que traen los borricos de las aldeas. Un comprador del duque de Medinaceli tomó uno y lo metió en casa del duque, donde estaba su mayordomo; fué tras él el teniente é hízole tomar el pan y le sacó de casa del duque por los cabezones; é instando el mayordomo para que le tratasen bien y no prendiesen al comprador, por honra del duque y de su casa, le respondió (2): «Es un bellaco desvergonzado, y á vos y á él os llevaré á la cárcel, y le he de mandar azotar esta tarde, que ansí lo quiere el rey y el duque, que es su vasallo». Y nadie osó replicar palabra.

Ahora las vendedoras ambulantes, desocupados y gente semejante no está seis horas en la cárcel, y á veces vemos siete, ocho de aquellas ambulantes sobre una banca, atadas en un palo, á la vergüenza; y, á la segunda vez, azotes, sin remisión.

Todo hombre al que hallan de noche hablando con una mujer, ó que está parado, ó si van más de tres, los prenden; fuera de estos casos, no prenden á nadie, porque hasta la media noche se negocia.

Contáronme, á propósito de la visita del sábado, dos casos de saber. Haciéndola un D. Juan de Acuña, viejo y clérigo muy rico y libre, vino preso uno por jugar. Volvióse para él, y díjole (1): «Bellaco: ¿contra las premáticas de Su Majestad? ¿Y vos quién sois para quebrantar las leyes de un Rey de quien tiembla el mundo? ¿Qué juego fué ese?» Respondió, temblando: «Señor, jugaba á los naipes cuatro reales, no más que por entretenerme.» Preguntó qué cosa eran naipes. Añadió: «Ya, ya: ¿unos de que están unas tablillas, que dicen que allí se venden con licencia de Su Majestad? Pues desos juegos, juegue enhorabuena, que si Su Majestad quisiera que no se jugaran, no diera privilegio á quien los vende, como si fuera la santa cruzada; y, por vida del Rey, que si mientras están aquellas tablillas á las puertas, prendéis más algunos, que os he de mandar á la cárcel.»

Este mismo, siendo informado que por orden del Teniente estaba preso un hombre, llegando, dijo (2): «Suelto, que yo estoy informado.» Replicó. «Mire V. S.ª que debe ser otro, que este hombre no se puede soltar.» Repuso: «Suelto él y el otro que está cerca dél.» Replicando el Teniente, dijo el D. Juan: «Y esotro, y esotro»,—y así los fué recorriendo todos, y añadió:—«Y vos, suspenso, por desobediente y mal criado.» Al otro día salió del Consejo que se cumpliese todo lo que había mandado y fuese suspenso el Teniente, todo por sustentar la autoridad del Consejo; mas me contaron que también á él le suspendieron después por algunos meses. Otros me dijeron que no.

Contáronme que estando aquí el Emperador, se le fué á quejar un indiano de haberle llevado un oidor dos mil cruzados por despacharle un asunto, y que le dilataba la causa por llevarle más. El le dijo que callase, y mandando llamar al oidor, le dijo que no le mandaba ahorcar por

(1) *Cardenal Colona*, dice el original; pero es errata evidente. Ha de referirse á D. Juan Hurtado de Mendoza, cardenal de Santa María Transpontina, hermano de doña Ana de Castilla, mujer del almirante D. Luis Enríquez de Cabrera.

(2) En castellano.

(1) En castellano.

(2) Id.

no desacreditar su Consejo, mas que inmediatamente diese el dinero á la parte, que era el indiano, y dicen que era hidalgo, y mandó al oidor que al otro día le hiciera petición para jubilarle, que no se quería servir más de él, y así lo hizo.

De esta manera atendió el Consejo sabio y el Emperador magnánimo al castigo de los delincuentes y crédito y autoridad de la justicia, porque tanto se ejecuta ésta en orden al bien común con la conservación del respeto y crédito de los ministros, como con el castigo de los culpados.

A un juez, con la vara en la mano, quitarle la autoridad y opinión, no es más que otro hombre; más es temido por las fuerzas del temor y respeto que por las propias. El rey ó ministro que desacredita á los jueces y no los honra, no hace bien, porque con el crédito de la persona quita las fuerzas á la vara que gobierna; por lo cual se ve que es celo indiscreto el del archihipócrita y delirante mayor de nuestros tiempos, que afina en prender y emplazar á los jueces; por donde con razón decía un amigo mío que es mejor hacer injusticias á los inocentes que castigar bellacos, porque éstos, como no tienen vergüenza, inventan calumnias y tienen entrada con todos y salen como quieren, y los buenos cállanse y sufren como tales.

La justicia se ha de tratar como á mujer y se ha de respetar y traer en la cabeza; ó si se la pusiese la mano, ha de ser para su destrucción. El que juzga y no hace lo que debe, ahorcarle en una horca de setenta covados (1), como la de Amón (2); al que cae en venialidades, reprenderle en privado, y, acabado el oficio, no servirse más de él y no quebrarle los ánimos y darlos á los bellacos para desobedecerle; y líbreme Dios de hombres cabezudos, de quien dijo Terencio:

Homine imperito numquam quidquam injustius
Qui, nisi quod ipse fecit, nihil rectum putat (3);

y de celos errados, porque el que hace cosa mal hecha conoce los errores y se enmienda, mas el que, por la costumbre de engañar al mundo con hipocresías, se viene á engañar á sí mismo, está precito é imposibilitado para conocer sus errores; y así, contando una persona cierta respuesta suya delante de mí, concluyó con la maldición de Dios con Job: *regnare faciam hypocritam propter peccata populi mei.* Nos alcanza hoy por nuestros pecados.

Tornando al puerco del corregidor, compusiéronse muchos romances que no pude adquirir, porque luego hicieron averiguación de quién los compuso; mas, porque sepáis que quien bestia viene á la corte, bestia torna, sabréis que entre las fiestas que en Madrid hicieron á la reina, fué una poner delante de Palacio un mástil untado con carnero, y cintas encima, y otra invención del Corregidor fué mandar á las mujeres públicas que, con medias y calzones y faldas alzadas, fuesen á correr, al pairo, delante de Palacio, con premios á la que mejor y más corriese; y así se hizo, cayendo muchas y mostrando las piernas á la Reina y la trasera al Corregidor, que es fiesta digna de memoria, y que, de hoy á diez años, no creerían nuestros hijos, si se la contáramos.

16 DE JULIO.

El sábado me dieron mis despachos para poderme ir á Portugal; y porque me hicieron los oficios ordinarios, los bellacos de mis compañeros, enterados de los despachos antes que yo, se juntaron D. Pedro de Gama, Constantino de Menelao, mi compadre, Joaquín Rodríguez de Souza, Manuel de Cabedo y D. Fernando, marido de doña Ursula; y sin manteos y con las capas de bayeta y con capuces y unas gorras de luto que hallaron, me vinieron á visitar como de duelo; y me hizo Menelao la plática, diciendo que con mucho sentimiento me traían tan mala nueva, mas que era trago que ningún hombre podía excusar, que la vida no podía ser eterna, que de mi prudencia esperaban tomase aquel azote como de la mano de Dios, el cual desearía fuese aquel el medio de salvarme, y que no había más que recordar sino que hiciese mi testamento y pensase en mi alma; y si D. Pedro no se riera y

(1) Antigua medida portuguesa.
(2) Del *Orlando furioso.*
(3) *Adelfos*, acto I., esc. I.

yo no viera á D. Fernando con el gorro de papel, pensaría que era noticia de la muerte de algún pariente; mas vine á caer en lo que podía ser, y así les respondí que me conformaba con la voluntad de Dios y que siempre andaría *in utrumque paratus,* mas que si era nueva que al menos podía dilatarse en su ejecución, no me la diesen. Respondióme: «Si *nulla est redemptio»* V. Md. está muy bien despachado, y los pasaportes en mano de Medeiros, que yo los vi con estos ojos pecadores, y en seguida buscamos mulas, y por la mañana se ha de ir, porque parece mal andarnos por aquí baldíos; y se va con V. Md. el señor Manuel de Cabedo, que también acompaña á V. Md. en esta última hora y le ayudará á bien morir.»

Esta broma usábamos nosotros con los que quedaban despachados, que los visitábamos con capuces de nuestras capas, porque, verdaderamente, el trato de la gente es allí facilísimo y la libertad mucha. Tiene la corte muchas novedades, hay mucha conversación de amigos y sin las molestias y peligros de Portugal: sólo el gasto es mucho, y el diablo que lleva el dinero lo da también, como á los soldados.

Con efecto, obligáronme á que hiciera mi testamento y disponer mis obligaciones entre mis amigos, y socorrer á los parientes. Prometí que le dejaría cerrado á doña Ursula, á quien hacía mi testamentaria, mas que no le abriesen sino después de mi muerte; y tomé ocho días para despedirme del mundo, como la hija de Jepthé, y en ellos mandé que no me hablasen de negocio ni cosa que pudiera perturbarme, y todos mis amigos me acompañasen en ellos por descargo de mi conciencia. Y para principio los convidé á ir aquella misma tarde á ver una comedia, pues teníamos un aposento, que estaba Riquelme en la corte y representaba la Portuguesada, y, como es entremés portugués, acude todo el mundo (1).

La comedia fué muy buena y la Portuguesada muy celebrada, que eran dos fidalgos portugueses, Alfonso Fernández y Gómez de Brito, que enamoraban á una dama y la fueron á dar música, con sombreros muy grandes y capuces y botas de vaca y panderos, y cada uno su viola, y todo era dar ayes, y en medio del baile: «minhos olhos, por Cristo que me mijo e cago por tí, e me escarrapizo todo» y otras como estas.

Venían á prometer anillos con símbolos, y llamaron á unos plateros y dijo uno: «Me habéis —¿oís, maestro?—de hacer una sortija de plata fina como coral y en ella una piedra, y en la piedra una ciudad de Lisboa, con la Rua Nova, y en la Rua Nova unas casas con campanario, y yo en la calle sobre mi caballo palomo ruano, con mi lanza en la mano, y mi dama á la ventana, con los ojos puestos en la calle y yo pendiente de sus cabellos, con mi caballo y letra que diga: *Gomes Brito, muy fidalgo, muy muzico, muyto namorado e muyto matante.* Y hecho esto os daré, maestro, un tostón de cruz del Rey D. Juan, que venció á los castellanos en Aljubarrota, y á todos les hizo besar á sus caballos *no olho do cú.»* Y con estas niñerías y otra semejante, reverso de la otra, se morían de risa.

Acabó el negocio en que vinieron á parar las pujas hasta cuatro reales, sobre quién había de llevar la dama. Cogiéronse del pelo, los prendieron, los azotaron, y dijo Gómez Brito que á los azotes nada tenía él que oponer, que era honra, que también los dieron á Nuestro Señor Jesucristo; y más, que de lo que le hicieran por detrás, él no estaba obligado á darse por sentido.—Mas« en cuanto á ir en burro, tengo pesares, que soy muy hidalgo y he de ir en un caballo; con una gualdrapa de velludo, y el verdugo bellaco, descubierto; y me ha de pedir licencia todas las veces que tocare á mi persona.»

Acabada la comedia, estaban en un aposento juntas unas madonas y dijo una (1): «¡Que es posible que todos los portugueses sean locos!» Dije yo: «Como lo es que todos los castellanos sean cornudos.» Replicó ella: «No tiene V. Md. razón de afrentar las damas castellanas, pues todas queremos mucho y regalamos á los señores portu-

(1) Consta, en efecto, que el famoso autor de comedias Alonso Riquelme, representó por entonces en Valladolid. Y por cierto que sufrió prisión por deudas. (Pérez Pastor. *Nuevos datos acerca del histrionismo español,* pág. 91).

(1) En castellano el diálogo.

gueses.» Repondíla: «Esto, señora, no es por falta de V. Mds., que son muy nobles y honradas, mas ellos mismos son cornudos por hacernos merced.» Repuso ella: «En verdad, señor, que todo se debe á V. Mds., que no se hartan los que van á Lisboa de decir las muchas obligaciones en que allá quedan, por los regalos que las damas les hacen, con que llámannos frías, y que no valemos nada».

Preguntónos una: «Díganos V. Mds. si allá hacen también entremeses de castellanos, y cómo los pintan?» Díjela: «V. Mds. á nosotros con los cascos vacíos, y nosotros á ellos con las cabezas cargadas.»

Fuímos á ver y despedirnos de algunas personas; y, por la noche, estuvimos en casa de don Fernando, donde tratamos de la comedia, y nos pidió doña Ursula un aposento para verla, y tratando de la Portuguesada contaron cuentos de historias que saben de memoria, en que zumban de nosotros.

Y así recuerdo que tuvimos, algún tiempo antes, una farsa en un sarao en casa de doña Ana, nuestra huéspeda, muy notable, porque no quedó historia que no saliese á plaza para zumbar de los portugueses.

Estábamos los amigos y D. Fernando Osorio y su suegro y la mujer y doña Ana y doña Catalina de Dueñas, doña Magdalena y otras, y sobre todo el P. Fray Angel, carmelita portugués, y acordaron que cada uno contase su historia de portugueses y no se hablase sino en portugués.

El fraile tiene en contarlas la mayor gracia que nunca vi, porque no puede hablar palabra en portugués y representaba los meneos y aires con infinita gracia. Comenzó diciendo: «Ulhay, minhas meninas, ulhay eu sou Portugués de nascença, muyto fidalgo e muyto frade, e podendo eu nascer em terra de increos ou de castilhanos, nasci na ametade da Rua Nova de Lisboa e por isso hei de fallar primeyro que esta; os castilhanos dizem que toda a Castella he trampa para Portugâo e ninguem me falle palavrinha senâo por fidalgo de todos os quatro costados, porque en Portugâo, quando un castilhâo quer fallar, logo lhe preguntan:—¿sois vós fildalgo castelhao? Nâo: pois fallai lá com o meu moço: e mais os Portugueses sâo tâo fidalgos que nâo tiram o chapeo da sua cabeça senâo á crus, e ainda lhe fasem muyta mercê» (1).

Y yendo un castellano por Portugal, pasó un villano cuitado, que no era hidalgo ni nada, y díjole el castellano: «Hombre, ¿cómo pasáis sin saludar á la gente?» Respondióle: «Salúdeos á vos Dios: camino silvestre poco bien os puede hacer.» Repuso el castellano: «Cornudo: ¿y por qué no os quitáis el sombrero?» Respondió: «¡El sombrero! ¿y por qué? ¿Sois vos cruz?» Díjole: «¿Y no quitáis el sombrero sino á la cruz?» Respondió: «Y á los fidalgos; mas ellos no quitan el sombrero sino á su rey y á la cruz, y aun le hacen merced» (2).

Este sabía muy bien que sólo en Portugal hay hidalgos, porque yo conocí un portugués muy señor que preguntó á un soldado si en las tierras por donde anduviera de Italia y Francia, había también hidalgos como en Portugal, y respondióle que no, sino muy pocos, porque á todos *los locos metían en los hospitales y no andaban por las calles* (3).

Acudió doña Ursula: «Ahora oíd, paternidad, que bien puede ser que mi padre tenga alguna gotica de sangre del lacayo del rey de Portugal; porque leyendo un portugués que en las discordias de Génova hubiera guerra entre los plebeyos, nobles é hidalgos, dijo: Ahora mirad lo que este necio de castellano dijo, que en Italia hay hidalgos; puede ser muy bien, porque en esas tierras andan portugueses y tendrían que hacer los hidalguillos con las italianas. Y así puede ser que alguna portuguesa hidalga viniese por casa de mis agüelos y que sea yo hidalga y no mujer, porque los hidalgos no son hombres. Y viniendo una vez á Castilla un portugués preguntó á un castellano: «¿Qué caballero es éste?»—Respondió un criado: —«Eh, castellano, hablad bien: no es caballero.» —«¿Qué señor es éste?».—«No es señor.»— «¿Qué hombre es?» Respondió: «No es hombre,

(1) Aunque Pinheiro dice que los contertulios hablaron en portugués, como el diálogo es muy largo traduzco el resto al español.

(2) Vicente Espinel, en su *Escudero Marcos de Obregón,* cuenta un caso parecido.

(3) Esto en castellano.

que es portugués fidalgo, pariente del rey de Portugal; que usa sus mismas armas y la de Nuestro Señor Jesucristo en su blasón.»

Acudió el fraile: «Cuanto á eso, tienen razón, porque el rey de Portugal es pariente de Nuestro Señor, porque contando un portugués la muerte del rey D. Sebastián, decía: Y cuando yo vi con mis ojos á nuestro rey D. Sebastián todo cargado de hierro y acero, desde la punta del pie hasta el cogote, con su sombrero de hierro, en su caballo, matar moros con su lanza en las manos, tanta vida y tanta salud me dé Dios Nuestro Señor cuantas veces dije yo: Guárdete Dios, que allí va D. Sebastián. Y dijo un castellano á quien lo contaba: *Pues si le pesó, ¿cómo lo dejó matar?* Respondióle: ¡Oiganme el castellano, pedazo de asno, lo que pregunta! Cuando lo supe ya era muerto. Luego dijo que le pesaba mucho, porque era muy su pariente. Repuso el castellano: *Si era su pariente... era luego judío.* Respondió: Ahora oigan esto; cada vez es más asno... El parentesco era por parte de padre y no de madre.»

Dijo doña Catalina: «De ahí debe de venir que son discretos, que todo lo que dicen es el Evangelio y se guarda; porque el rey de Portugal mandó juntar todos los asnos de su reino para decir un dicho que quedase en las crónicas, y cuando los vió juntos, púsose en un balcón y dijo: *Hermosa asnada;* y de ahí quedó en su reino.»

Dijo Menelao: «Señores, no mandó juntar sino á todos los castellanos con cuernos, y dijo: *Hermosa boyada.*» Repuso ella (1): «Ya puede ser que andasen trabajando y labrando en las huertas portuguesas, que el que allá cogen no queda más hombre, según le estrujan.» Dije yo: «Dejemos esos pleitos y volvamos al cuento, pues los castellanos son nuestros próximos vecinos, y deudos por parte de las mujeres, y semejantes en la lengua».

Y así cuentan que estando la reina y el rey D. Juan disputando por gracia, si San Pedro era castellano ó portugués, pues en la misa se decía *sursum corda* y no *sursum soga* (2), preguntaron al conde de Redondo (1) qué le parecía. Respondió: «Sin falta era castellano, porque si fuera portugués no negara á Cristo, como los castellanos cuando los cautivan en Orán, que, de cuantos fueron á Africa, ninguno volvió, porque todos se hicieron moros.»

En un libro de D. Juan de Castro (2) se cuenta que cautivó el rey de Cambaya cinco portugueses, y á un Antonio Pereyra, muy valeroso, le martirizó con tormentos para que renegase, y nunca quiso; metióle en la boca de un *espalhafato* (3) y mandando poner fuego, quísole persuadir con decirle que le hacía su capitán general, y que imitase á su compañero y otros dos renegados que le mostró. Díjole Pereyra: «Estáis engañado, que esos que reniegan son gallegos ó castellanos, que se parecen á nosotros en la lengua, mas el portugués nunca renegó.» Y así le mataron.

Entró doña Magdalena diciendo (4): »Y de ser tan santos les viene ser tan sutiles predicadores, que predicando uno, cada vez que había de traer pasos de la Escritura, decía: «Dijo Dios, y dijo bien...»; y otro, predicando la Pasión, decía: «Ah, hermanos: ahora le escarnecían, ahora le trataban como á un bribón y tunante, vedlo: llévanle con un mandilillo; vedlo: le azotan...» Y viendo llorar á la gente, enternecióse como portugués, y teniendo compasión del auditorio, dijo: «No lloréis, hermanos, no lloréis; Dios querrá que no sea verdad.» Dijo doña Ana: «De esas oí yo muchas, de un sermón que todos los años hacen en la fiesta de la santa hornera (5)

(1) En castellano.

(2) *Corda,* en portugués, significa *cuerda ó soga.*

(1) Sin duda el segundo de este título, hijo de Vasco de Coutinho.

(2) D. Juan de Castro, gobernador y virrey del estado de la India. Acaso en uno de sus dos libros sobre el *Roteiro da viagem da India,* que estaban manuscritos, pero que eran ya notorios.

(3) Arma de fuego.

(4) En castellano.

(5) Esta *santa hornera* á quien alude Pinheiro era una mujer de Albaydos, de oficio hornera, que, según la tradición portuguesa, tomó parte en la batalla de Aljubarrota sin más armas que la pala, matando, no ya siete, sino catorce castellanos. En honor de la santa hornera, los vecinos de los siete concejos próximos á Aljubarrota iban todos los años tres veces en procesión á la capilla de San Jorge, levantada en el lugar de la batalla, donde se conservaba la pala que decían haber sido de aquélla.

que mató siete castellanos, que ellos tienen por santa.»

Y, yéndose un portugués de Castilla, dijo la huéspeda: «Ahora pensad que en este instante os hizo Dios mucha merced, porque os quiero dar la mejor reliquia que hay en el mundo.» Preguntó si era *Agnus Dei*. Dijo: «No; mucho mejor.» «¿Hueso de algún santo?» «Mejor» «¿Es *lignum crucis?*» Respondió que era mucho mejor, que era «un trocito de la pala de la santa hornera, para que le llevéis al cuello.»

Entró D. Fernando, diciendo: «Y ansí, cuando dieron la nueva de la victoria de Aljubarrota al rey de Portugal, que era niño, decía un portugués: El muchacho era ya tan discreto que lo que hizo fué pedir un servicio y púsose á c... en él, y dijo: «Quanto agora, soldados, merda para Castella.» Y estas son las gracias que fué á dar á la iglesia; y así de allí en adelante quedó que cuando alguna persona va á hablar al rey, si se está previniendo, dice el portero: «Andad, hombre, que está nuestro rey en regocijo.» Porque hubo entonces gran regocijo en rededor de él.

Volvió Fray Angel: «Pues los portugueses siempre andan con la trampa en la boca; y escribiendo uno una carta á su dama, con quien estaba reñido, llamó á un rapaz y le dijo: «Menino, escreve: pôe en sima merda: ¿puzeste merda? ora escreve mais merda: ¿está feito? Ora, fechame essa carta, que é para a minha Dama, que é huma má putinha.» Continuó Doña Ursula: «Esa obra es como otra, que mandó imprimir un portugués, de esta manera: *Obra muy sentida, que compôs hum Portugues á sua Dama.—Começa a obra: Pois me nâo queréis falar, dama fermoza, cago-vos á porta.—Fim da obra.*»

Dijo doña Catalina sobre el mismo asunto: Pasando un portugués con su barbaza, mandó llamar á un barbero castellano, el cual comenzó á cortar algunos cabellos de los bigotes, que eran como matorrales: Viéndolos el portugués, dijo: «¿Vês, homem, que fizeste? ¡Cortaste-me os bigodes! Pois cagay agora na barba» (1).

(1) Este cuentecillo y el que sigue, tan ingenioso como sucio, figuran en el famoso *Sermón de Aljubarrota*. (Paz y Melia: *Sales españolas*, primera serie, pág. 158 y 171).

Continué yo, cambiando de materia: «Ahora cuando Jorge Fernandes Ayres vino á la corte, al pasar la raya y entrar en Castilla hizo voto que, hasta volver á Portugal, no había de c... sino en Castilla.» Acudió el fraile: «Viniendo un embajador de Francia por la posta á Lisboa, preguntó á uno que conocía ya el camino, cómo se las habría con la gente. Respondióle que hallaría á los aragoneses gente muy curiosa y pulida, á la castellana afable, y á la portuguesa que no sabía hablar más que de m...

Llegando á Aragón, pidió al huésped que le despertase ante mañana. Hízole él así y preguntóle el mercader (1): «¿En qué conocéis, señor, que quiere amanescer?» Respondió: «Porque se han enfriado mucho estas perlas que mi mujer tiene en los pechos y en la gargantilla.» Dijo entonces: «Con razón me dijeron que los aragoneses eran curiosos.»

Llegando á Castilla, dijo lo mismo al huésped; y éste, al amanecer, llamó á un mozo, diciéndole: «Muchacho, mira aquel papagayo, que, como siente la mañana, no nos deja dormir.» Preguntando, respondió: «Señor, paréceme descortesía llamaros para que os vayáis de mi casa; por eso hablé con el muchacho. Si os queréis servir de mi casa, aquí la tenéis; si os importa, idos, es hora.» Con contarle la historia, agradeciólo.

Llegando á Portugal, y pidiendo lo mismo al portugués: «Vinde cá, homem, ¿para que he mais? Como sentires pruir o olho do cú, e que quere sahir a merda, entendey que he menhaâ; hide-vos vosso caminho e nâo acordeis a gente.»

Dijo D. Fernando: «El rey de Portugal, faltando la verdad en su reino, mandó por ella á un embajador y diéronle en Castilla un servicio muy empapelado, diciendo que le llevasen, que era muy sutil. Abriéndole delante del rey, dijo él: «Por vida mía, reina, que huele á m...» El embajador metió la mano y dijo: *Juro á Dios que es verdad*. Y así quedó la verdad en Portugal.

«¿Sabéis lo que es, castellanos?—repuso Menelao;—que siendo vencido el rey de Portugal, prometió dar de tributo al rey de Castilla cien mil moyos de m... cada año, y cada portugués paga

(1) En castellano.

un moyo, y por eso hablan del tributo que os pagan, y cuando acaban de evacuar, miran si está la medida llena. Y esta es la verdad, que ellos tienen y dan.»

Dijo doña Ursula: «Cuando había esas guerras, contaba un compadre á otro que iba su rey, y dijo: «y además van allí Vasco Palho y Vasco Figueira.» Repuso él: ¿Quién? ¡El *cabeza de chumbo!* ¿Esos pájaros van allá? ¡Chupada es Castilla! ¿Cómo la llamarán?» Dijo el compadre: «¿Cómo diablo la han de llamar, sino Portugalete el nuevo?» Entró mi vez y dije: «Sí, pero una legua de ese Portugalete vale más que toda Castilla. Y así, yendo el arzobispo de Braga á Castilla, dijo una dama: «No me contenta lugar de tres vecinos solamente.» Respondió él: «Sí, mas un punto de mi Braga vale más que un palmo de Castilla.»

Y, por el estilo á estas, contaron cien mil este día, que las saben todas de memoria, y nos tienen en la misma cuenta y cuentan de nosotros las mismas que nosotros contamos de los gallegos.

18 DE JULIO

El domingo se hizo la última fiesta del Sacramento en el Carmen, que está en la Puerta del Campo; y como es aquella plaza tan hermosa y había mucha fiesta, acudió toda la gente á ver las claustras, que estaban muy bien adornadas, y como nosotros estábamos de despedidas, mandamos á rogar á nuestras conocidas que fuesen allí, y, como en este tiempo no quería hablarme doña María Vázquez, la mandé á rogar que fuese también, y cuando pasamos, ella de propósito se dejó caer, con un desmayo fingido de su embarazo, en compañía del primo.

Comprendí la intención de quererse vengar, y os confieso que sentí notar que aún me sentía humano, porque yo pensaba que no tenían lugar celos en tierra donde no hay amor, y en corazón que profesa eximirse de él, porque en esta tierra se profesa la filosofía de los estoicos, que dicen que no ha de estar en la mano de mi criado, con su bellaquería, perturbar mi libre ánimo, ni perder la constancia y sosiego del alma por la trapaza ó inconstancia de la mujer, porque la igualdad del ánimo no sufre cautiverio sino en el hombre necio, que no sabe gobernar sus pasiones por la razón.

Conforme á esto, en cuanto estoy en ella (1), como quien sabe lo que duele, huyo del amor, como decía el otro de los casamientos: no es broma para dos veces; y así, en cuanto vivo libre de sus tiranías, procuro tratar la conversación de estas señoras como la de los amigos: quererlos y holgar con su amistad, mas sin violentarme en la falta de ella.

Con esto, que es el trato de la corte, descanso yo y no las canso á ellas; conozco la verdad; tomo estos bienes del cuerpo como arrendados y no adquiridos; conténtome con la posesión sin la propiedad; y conformándome con las leyes de la tierra, hallo en la corte mejor entrar á robo que no que me roben á mí, porque son más dulces y menos pesados los cuidados de hurtar las joyas ajenas que guardar en tal tierra las propias.

Para hurtar, basta el trabajo de una hora, y para guardar, aquí no basta la inquietud de toda la vida. Bien dicen las viejas: *Seja tua a pereira, durmalhe eu á beira.* No me es necesario velar ni desvelarme; soy yo pobre rico, que puedo hacer muchos ricos pobres, y á imitación de los frailes franciscanos, no tengo nada y poseo todo; y porque conozco que soy hombre, no me fío de mí ni me meto en los peligros; lucho de puntillas, sin llegar á encorvarme, y conténtome con las flores, aunque de otro sean los frutos; no tendré más que los floreros, mas no llevo cuchillada que me saque sangre. Con esta máquina me hallo por ahora bien; vivo yo y no mato á nadie, y como no deseo mucho, bástame poco; me hago la cuenta que las mujeres en la corte son como la fuente y el sol que alumbra al bueno y al malo.

O sol tamben me aquenta como ao rico,
A fonte agua me dá, flores o prado,
Con pouco mantimento farto rico.

Quiero decir que candela que alumbra á uno

(1) En razón.

alumbra a dos, y que me contento con la luz sin acercar el dedo para quemarme; si pierdo gusto, ahorro pesadumbres; ni me piden cuentas, ni estoy obligado á tomarlas; *donde hay para uno, hay para dos* (1), y es la misma cuenta que «cada uno para sí y Dios para todos.»

En fin, señor, como me contento con la buena conversación, como menudillos de sábado, nunca me hastían. Logren otros los perniles y trozos enteros de la carnicería, que yo me contento con estos peregiles de las huertas, con que, sin ser huésped, no soy pesado, ni quedo empachado; siempre hallo la mesa puesta con lo que basta, sin que me empeñe, y como el otro, como huésped, no siento salirme como propietario, pues vivo en tierra ajena.

Quien todo lo quiere todo lo pierde (2); y así tengo adquirida costumbre con que, como los habitadores de las fuentes del Nilo, vivo del aroma de las flores (3); como camaleón, susténtome del buen aire y gracia; como salamandra, vivo y no me abraso en el fuego; y como albahaca ó azucena, en el vidrio cristalino, sin las heces de la tierra, conservó la frescura de la hoja y pureza de las flores. Quiero antes, como águila, deleitarme en la vista del sol, que, como topo, andar hozando en la tierra.

Y, finalmente, como me satisfago con una conversación honesta, no temo que me hurten lo mío, y vivo como en el onceno cielo, libre de las mudanzas del tiempo; cuanto más que tengo hallado que *de tienes á quieres, lo medio pierdes* (4), y á quien con poco se contenta, todo le sobra, porque su condición es que *siguen á quien las huye y huyen á quien las sigue* (5); y quien no lanza el pie más allá de la mano, sepa que toma el salto de largo, si se supiere aprovechar, porque, si hubiese continuación, tierra junto al fuego, por fuerza ha de tener sed, y cuando el cielo no la da agua, ella lo pide.

Tornando á nuestro propósito, *del dicho al hecho va gran trecho, y al he hablar en la guerra, al ir á ella* (1), porque yo me sentí hombre como los otros y de peor condición, con un calofrío de celos, sin lograr los premios y descanso del amor: viéndome metido en ciertos discursos que conocí por causa y por hijos de los celos, por donde me acogí á la iglesia, tomando el *mole* (2) de Ulises y el ramo fatal de Eneas (3), valiéndome del juicio, porque habéis de saber que tengo hallada la mejor triaca y antídoto que hay en el mundo para los amores de Castilla, y es que en sintiéndome picado, busco la fuente y me valgo de otra conversación; y como el amor de esta tierra no deja las raices de la nuestra, se confunden las ideas y mortifican las pasiones, como decía el fraile de las tentaciones de la carne con la hija de la panadera, que con ella se recalentaban, como *con la mano* (4); y así dije á los amigos: *señores; el mesón está ocupado, la mesonera parida; vámonos á buscar nuestro remedio; ya puede ser que nos holguemos allá más.*

Hallamos las claustras hermosísimas y ellas y la iglesia, el Capítulo y demás casas adornadas con riquísimas tapicerías, sedas y pinturas del Duque, algunas muy de ver.

Pareciéronme muy bien unos paños de velludo verde, bordados con la *Bucólica* toda de Virgilio, en orlas brosladas de seda y oro, con franjas como de casulla; mas eran antiguos, de mucho precio y obra extraordinaria y mucho mejor que otros que había visto, de obra nueva de tela blanca, pintados con tinta como agua y las orlas de los vestidos y caras de torzal de oro, para la sombra de la pintura; y no ví nunca cosa más fresca y alegre. Eran dieciocho.

Sobre todo me gustaron cuatro guarda-puertas broslados, y las figuras donde había de haber torzal había oro, con gargantillas de perlas, anillos en los dedos, con sus diamantes ó rubíes ó

(1) Esto en castellano.
(2) En castellano.
(3) Tal creían los geógrafos antiguos.
(4) Esto en castellano.
(5) Id.

(1) Id. Este refrán se expresa generalmente así: *quien no sabe qué es guerra, vaya á ella.*
(2) La planta que Ulises llevó consigo, por consejo de Mercurio, para preservarse de los encantamientos de Circe.
(3) El ramo de oro que arrancó Eneas por indicación de la Sibila para penetrar en el Orco.
(4) Alusión á algún cuentecillo popular.

cintillos, medallas, cadenas de oro con sus piedras engastadas, así como las personas las llevan.

Y no parezca mucho, porque á mí me llevaron á ver á casa de Frey Sauli (1), genovés, una tapicería que le habían empeñado, que era nueva de paños de Flandes, de aquella obra en que un loco gastó toda su hacienda para presentarlos al emperador, y cuando se acabaron, éste había muerto. El rey no los quiso comprar, ni aceptar, ni dejar vender fuera del reino, y le dieron 64.000 cruzados por ellos.

Dicen que el duque de Braganza trató de comprarlos y que no lo hizo por no pagar los *puertos secos* (2). La capilla mayor tenía los más bellos reposteros que debe haber en el mundo, porque son á imitación de los que trajeron los príncipes, que son de velludo carmesí, con bordado de tela entretallada y broslada por cima con colores y sombras de seda, y color muy de ver, y los ramos y plumajes y orlas de la misma obra.

En su competencia, mandó hacer el condestable otros tan;os, muy aventajados en la obra y hermosura de la labor; y ahora otros tantos Don Juan de Acuña, que aún son mejores, cosa que parece imposible á quien ve los primeros.

Estaba la capilla mayor con ellos como una joya, mas son tan desconcertados los castellanos que, ni seguidos, ni ordenados, los arman, sino así como caen; y aquí están unos sobre otros y acullá la pared blanca, porque los arman en media hora el mismo día de la fiesta, y así no lucen tanto.

Las pinturas eran todas del Emperador y sus capitanes desde que nació, todas al óleo, de excelente mano: eran más de cien paineles grandes.

Aquí hallamos á mis primas, la señora doña Gregoria de Vega y doña Fabiana, las monjas, vestidas de luto por muerte del hermano mayor (3), de que no las dí el pésame, y así no fué ocasión más que de disculparme y ofrecerme en mi viaje.

Los amigos lo pasaron mejor con las monjas, que, como tales, gracejaban con tanta gracia como tienen. Diciéndoles cómo íban, respondió doña Fabiana (1). «V. Md. nunca ha estado, pues nunca nos ha visto, y no quiso tener parte en nuestros gustos, ni que la tuviésemos en sus despachos.» Y hablando conmigo, dijo. «Y no sé cómo se atreve ahora á aparecer». Respondí: «Y me escondía, mas V. Mds. me aparecieron como ángeles en la hora de mi muerte.» Repuso ella: «No es mucho, pues V. Md. nos visita como indulgencia de la Santa Cruzada, una vez en la vida y otra en la muerte.» Díjelas: «Perdónenme V. Mds. con saber que ni he corrido, ni quiero visitar por ganar otra indulgencia, estos altares.»

Despedímonos de ellas y en la claustra topamos con la «bella gitana», mas, por ir de mal en peor llevábala el marido de la mano, y otras señoras con ella, sobre las que predominaba como pavo real. Esperámoslas en una apretura y díjelas por detrás: «Pues me ha ganado dos veces por la mano, quiérome acoger por pies, y voyme esta semana á Portugal.» Ella, que nos había visto, disimuló, y hablando con el marido, dijo: «No vaya V. Md. tan á prisa, que me lleva arrastrando y perdemos el mejor paso.» No fué posible hablarla, mas habló á una criada, que, quedando atrás, me dió el papel diciendo *que no fuese sin vernos*, y que así me lo pedía, para pedirme *lo que le pareciera, y que rompiese ó le enviase el otro papel* (2).

Aquí hallamos todo lo bueno de la ciudad, y por la tarde nos fuimos al Carmen, donde estaba toda la corte, á la procesión, que anduvo por las claustras hasta cerca de la noche, y aun después hubo luminarias y barriles de alquitrán y fogatas; mas como yo andaba atontado, no reparé para la

(1) Simón Sauli, negociante genovés de quien encuentro numerosos documentos en los archivos vallisoletanos.

(2) *Puertos secos*. Los lugares fronterizos, donde estaban las aduanas.

(3) Estas *monjas*, como se recordará, eran las hijas del famoso abogado Gilimón de la Mota. El hijo mayor, á cuya muerte se refiere Pinheiro, hubo de ser el llamado Tomás, bautizado en 3 de Enero de 1590 (*S. Martín*, l. 1.º, f. 64). En la nota de la pág. 26 omití por olvido á éste y á otros dos llamados Rodrigo y Eugenio, que se bautizaron en la misma parroquia de San Martin en 30 de Abril de 1591 y 4 de Noviembre de 1593, respectivamente. (Id. íd. ff. 74 v.to y 91).

(1) En castellano el diálogo.

(2) En castellano.

obligación de la crónica más que en representar las Virtudes aquellos paños del duque, que ya dije.

Estaba en uno José huyendo de la mujer de Putifar y en otro Tarquino forzando á Lucrecia, que se mataba; y dijo un fraile portugués, Fray Bernardo, al pasar unas señoras, poniendo la mano sobre el primer paño: «Cuántas habrá que hagan esto, y cuán pocas que hagan estotro.» Dijo (1): «Cuántos dejarán de hacer esto, y por cuánto ellas dejarán de hacer estotro.»

Comenzó el fraile á hablar con ellas, diciendo «que comían barro sin falta, pues andaban tan descoloridas.» Respondió una: «No, sino que hay muchos días que anda esta doncella achacada, un día buena, otro mala.» Acudió Menelao. «Sin falta que habrá comido del árbol del bien y del mal.» Respondió ella: «Bien podía comer de esa fruta, mas yo le prometo que no le vaya á convidar con ella.»

Andaba allí el marqués de Tabara con otros hidalgos, y en una apretura, parece que se vió en trabajo una mujer moza y fué con otras, insultándole, y él callaba, y llegó ella á decir (2): «Tengo marido tan honrado como todo el mundo, y quien no me respetare, se lo pagará muy bien, muchachillo de nonada.» Después que se hartó, volvióse él y la dijo: «Amiga, de aquí adelante mate ella y hunda, que es mujer, mas no me meta nunca su marido en pendencias.» Que esta prudencia y moderación tienen hasta los mancebos con las mujeres. Vinímonos ya á la tarde, y mandé los tercetos que os dije, que son estos:

Hermosa ingrata peña, revestida
de suavidad más dulce y rigurosa
que en el mundo fué amada ni querida;
en tanto que en sosiego y paz reposa
en el seguro y conoscido lecho
la terneza de miembros amorosa;
en tanto que la ira de tu pecho
se mitiga, rendida al dulce sueño,
cansada de la guerra que me has hecho;
mientras, al lado del dichoso dueño,
estás enriqueciendo la ventura
que ni tiene prestada ni en empeño,
permíteme que de la suerte dura
á quien tú en el rigor contra mí imitas,
me queje á la callada noche oscura;
mientras no llega el fin que solicitas,
déjame que, entre llanto y quejas, gaste
estas horas de sueño que me quitas.
¡Secreta noche! Tú, que ya te hallaste
á tantos amorosos sentimientos
y en veces tantas quejas escuchaste,
¿viste ya más tan tristes pensamientos?
¿escuchaste ya más dolor alguno
que se pueda igualar con mis tormentos?
Dímelo, noche mía, ansí Neptuno
no permita que el rostro de la Aurora
se muestre á tus tinieblas importuno.
Consuélame, querida noche, ahora,
dime cuál desdichado y perseguido
con tan grande razón y causa llora.
Mira la desventura á que he venido
de la gloria mayor que fué envidiado
del más alto deseo que ha nacido.
Breve ventura mía, mal lograda,
¿por qué en brazos me dejas de la muerte?
¿Por qué te ausentas? ¿Ofendíte en nada?
¿No supe, por ventura, conocerte?
¿No te estimó mi alma sobre cuanto
darme pudo la mano de la suerte?
Cause mi pena á todo el mudo espanto;
rómpase el pecho, anéguese mi vida
en las hondas corrientes de mi llanto.
¿Tú eres mi muerte? ¿Tú eres mi homicida?
¿Que tú me dejas? Cielos, ¿qué es aquesto?
Al alma ó á las voces dad salida.
En un dulce mirar y hablar honesto,
en tanta suavidad y tal terneza,
¿tal rigor es posible que esté puesto?
¿Quién te prestó, señora, la aspereza
con que vives, sedienta de matarme,
armada de crueldad y de belleza?
¿Hay ofensa que debas castigarme?
¿Vísteme ingrato al bien que me hacías?
¿Qué razón de mi muerte puedes darme?
¡Ay, acabadas dulces glorias mías,
halladas y perdidas en un punto!
Al paso que me huís, llevad mis días.
Acábese la vida y el bien junto,
y entre las esperanzas, ya marchitas,
el cuerpo quede y el placer difunto.
Fiera que tú valor desacreditas
con la muerte cruel que me aparejas:
ó me vuelve los bienes que me quitas
ó me quita la vida que me dejas.

Y, á pesar de esto, no me quitaran la vida aunque me dieran con un martillo. Mas habla el hombre así, mintiendo como ellas.

(1) Una de las señoras, claro es.
(2) En castellano.

19 DE JULIO

El lunes hicimos en Palacio, por la mañana, nuestros negocios, como los demás, porque dedicábamos la mañana al negocio y desde la una hasta las cuatro á las visitas de los despachadores y cosas de importancia, y nos quedaban las tardes y las noches para estas romerías y saturnales.

Y así, al llegar nuestra hora, nos fuimos al Carmen otra vez, porque nos dijeron que todavía nos duraba á todos la indulgencia y no nos dimos por engañados, porque aunque no había gente, yendo nosotros rondando la ventana de doña Casilda, aquella señora parienta de la marquesa de Falces, que nos pidió el coche, después de hablarnos, vimos en otra ventana baja de rejas de hierro á dos de las más hermosas damas que nunca ví, y una de ellas todos nosotros convinimos en que no había en la corte mujer que la igualase.

Traíamos con nosotros á nuestros frailes y pusímonos á dar vueltas ó paseos, y todas las veces que pasaba el coche las tornábamos á quitar el sombrero, de lo que ellas reían mucho.

Nos paramos y dijo Menelao (1): «Quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija. Pasémonos aquí la siesta: si no cobráremos en fruto, cobraremos en flores y buen aire.» Como no correspondían, dije yo: «Venimos, señoras, con cruces y frailes á pedir á V. Mds. dos palabras para un enfermo, el entierro para un muerto.» Respondió una: «Este lugar es sagrado y es descortesía hablar en él, y es entierro de vivos, porque huelen muy mal los muertos.» Repliqué: «Déjennos V. Mds. siquiera recoger en él un enfermo, que no tiene otro remedio para su salud.» Respondió: «Ya digo que es monasterio, que no entren en él sino para no salir en toda la vida.» Dijo D. Pedro: «Yo quiero hacer profesión en él.» Respondió: «Yo sé que aunque es estrecho, les vendrá muy ancho á V. Mds.; mas sin año de aprobación no se recibe á profesión, y más viniendo desechados de esotro monasterio arriba.» Repliqué: «Antes deben V. Mds. recebir en cuenta el servicio que allá hicimos, pues por la estrechura de las religiosas deste dejamos en conocimiento del otro.» Respondió: «Ahora bien, V. Mds. me parecen que los tratan más como ventas que como monasterios; y ahora váyanse, que hay gente acá: lo comunicarán con las abadesas y se hará justicia.»

A la noche, por echar una cana al aire y por la razón que os dije, nos echamos todos tres á saber quiénes eran. Díjonos una muchachuela que vinieron aquí el día anterior, y que era la señora doña Isabel de Briones, de Medina del Campo.

Yo ya conocía á esta señora por el nombre. como prima de D. Fernando, nuestro amigo, marido de doña Ursula, y porque me decían que tenía aquí en el Sacramento una hermana, que oí alabar por la más hermosa mujer de España, que tiene muy buen casamiento y se llama Doña Agustina de Briones, y me había convidado para ir á visitarla, pero nunca se nos proporcionó; mas la hermana no nos decía tantos extremos de ella como la encontramos.

Y era el caso que doña Agustina se había venido con su hermana y era la que vimos, según después supe; mas entonces no caí en ello. Y así dije á la muchacha (1): «Pues andad, niña, y decid á mi señora doña Isabel que le beso á su merced las manos, que soy un escudero de doña Ursula de Negrete, su prima, que le traigo un recado suyo, y por señas que toda esta tarde anduve á vista de su merced, aguardando esta hora, que me dé licencia para dar mi embajada.» Volvió diciendo que no conocía á aquella señora y que estaba de visita, que la perdonase.

Esperamos que bajasen las huéspedas y tornamos á insistir que venía allí también otro recado de la señora doña Agustina su hermana, y otro de D. Fernando, su primo.

En fin, llegó á un balcón que cae sobre el patio, á la entrada de la escalera, con la hermana detrás, tan hermosas como dos estrellas, y dijo (2): «¿Quién me quiere aquí?» Respondí:

(1) En castellano el diálogo.

(1) En castellano.

(2) En castellano el diálogo.

«Todos la queremos á V. Md. y yo principalmente; mande V. Md. darme licencia para que suba, que así me lo mandó doña Ursula, mi señora, para saber buena razón de V. Md. y de mí.» Respondió: «Yo no conozco á esa señora, y será porque las feas siempre tenemos envidia de las hermosas, y no somos tanto de Palacio como mi primo gusta que ella sea.»

Díjela: «Los escuderos no nos metemos en esas pendencias de nuestros amos; y cuando V. Md. las tenga con mi señora, por lo menos con la señora doña Agustina no debe V. Md. tenerlas para no recibir su embajada, pues entre ángeles tan semejantes no puede haber diferencia.» Respondió: «Con ella no, que la quiero como á mí misma, mas por lo que dice, créame que está engañado, y si le quiere ver, díganme quién buscan y cómo se llama.»

Y el caso es que era la propia doña Agustina venida del convento, y como yo no lo sabía, respondí: «Yo no hice tanta fuerza en el nombre, como y cuanta me la hizo en la persona, poniendo el cuidado en las señales que traigo en el alma, y perdiendo el cuidado de lo demás: por eso dé V. Md. licencia para que suba, ó mande llegar la luz.» Respondió: «No hay en casa sino candil, y no es razón que salga á tan honrados escuderos.»

Acudió uno de los ceroferarios: «Para eso mande V. Md. llegar ese ángel que tiene á su lado, que con tan hermosos cuatro ojos, será la misa de requiem de cuatro hachas para sacar estas almas de pena.» Y continué: «Y esto, señora, es parte del recado que yo traigo de mi señora doña Agustina.» Respondió, riendo: «Y aun por eso trae V. Md. acólitos para misa solemne. Dígame V. Md. dónde conoce á doña Agustina ó dónde la ha visto, que la quiero yo mucho.» Dijo Menelao: «No la debe V. Md. querer tanto como yo, pues tan poco caso hace de sus criados que les cierra la puerta como á extraños.»

Y yo, porque ella no me conoce, no sabiendo que era la misma, dije: «Hela visto en el Sacramento, y por señal que es un ángel, y la más linda y agraciada dama que hay en Valladolid; al fin hermosa y retrato de V. Md.» Acudió ella: «Y aun original; no quiero quitarle la gloria que V. Md. le da, que ansí me lo parece ella á mí; mas por su vida della, que me diga de veras si la ha visto, y cuándo, y qué le ha dicho. Porque yo he estado hoy en uno con ella y no me ha dicho nada.» Respondí: «Hablando verdad, mis cuidados me causan este descuido, porque habrá ocho días que me dió el recaudo, mas tráigolo yo impreso en el alma, y es decirle que es la luz de mis ojos y regalo de mi alma; que después que nos vimos no sabré tener gusto hasta que me vea con ella, libre desta cárcel como deseo.»

Acudióme Menelao, diciendo: «Señora, las monjas son ansí todas regalonas y gustan destas niñerías.» Respondió: «Al escudero creo yo que se le ha olvidado el recaudo, porque doña Agustina es muy cuerda y me trata con mucho respeto: por donde vuelvo á decir, señor escudero, que está engañado conmigo.» Repuse: «Es imposible haber engaño, según las señas que me dió, que son verdes los ojos, el cabello de oro, el cuello de marfil y blanca la mano, por donde no puede ser otra sino V. Md., que es la que busco y quiero, y sobre esta demanda perderé la vida; y todo esto es el recado que traigo. Quiera V. Md. que subamos á ver la respuesta.»

Ellas, con gran regocijo, viendo mi engaño, respondieron: que sería otro día, que de noche se cerraban las puertas del convento, y más que esperaban al guardián, que había de venir de Medina del Campo.

Preguntándolas si era marido ó galán, dijo: «No, sino dos hermanos nascidos del mismo padre y madre, y el uno es mi tío y el otro no es mi tío, y adivine cómo puede ser, y prometo oirle.» Por más que nos cansamos, no pudimos caer, y dijo D. Pedro: «En efecto, señoras, él es importuno, y esto basta para adivinar lo que importa.» Díjelas que era nuestro criado, que se pasaba de desvergonzado.

Concluímos con que para el miércoles las préstasemos un coche, y que si íbamos al Prado, allí los hallaríamos. Marchándonos ya, volvió don Pedro á llamarlas y díjolas. «No se les olvide á V. Mds. llevar alguna fregona para el lacayo.» Respondióle: «Tenéis tanta razón que yo soy quien quiere ser la vuestra, y andad con Dios, que harto he reído hoy á costa de doña Agusti-

na; y quien viniere pregunte por Gutiérrez, que ella dirá dónde vamos (1).

Después de esto, no quisieron ir y excusáronse con estar enfermas, y lo hicieron porque vieron que mandamos el miércoles recado á doña Casilda, y no querían que la contásemos estas travesuras, y así nos daba la Gutiérrez muchas higas (2) cuando pasábamos; y con todo esto, ni unas ni otras quisieron nunca que las visitáramos, ni respondieron á ningún escrito sino que no eran nuestro padre ni nuestra madre; que cuando nos hubiesen menester para pedirnos alguna cosa, ó para divertirse como la otra noche, nos mandarían llamar.—El enigma era *su padre y su tío*.

20 DE JULIO

Estos días, recuerdo que llevábamos en nuestra compañía á un hidalgo portugués al que disgustaban todas las cosas de Castilla, y nunca quiso comer con nosotros fruta en el coche, diciendo que era desautoridad que humilláramos á los castellanos, y no quiso andar en el Prado, porque decía que no se había hecho capa nueva, por no tener tiempo, y que se conocería en seguida.

Sobre esta materia recuerdo que nos conjuramos, haciendo unos paralelos de comparación de los dichos y hechos de nuestros portugueses con los castellanos; en lo que él decía cuando oía alguna cosa: ¿Qué pueden decir ó hacer unos cornuditos? ¿Qué es hablar de gracia, señor, si no tienen más que labia, mas no tienen seso ni chiste?

De los que recuerdo que fuimos refiriendo una tarde de aquéllas, yendo á la Victoria, porque nos llevó siempre como desterrados, diré algunos paralelos entre portugueses y castellanos.

Manuel Gomes de Elvas es una cosa fantástica, á modo de hombre, entre bruto y racional; según frase de Blas Faya (1), entre hombre y piltrafa, y según los vallisoletanos, entre hombre y portugués, el cual anda suelto por las calles como los demás y reflejando su figura en la persona de Brunello. Dijo Ariosto:

> La sua statura, acciò tu la conosca,
> Non è sei palmi, ed ha il capo ricciuto;
> Le chiome ha nere, ed ha la pelle fosca,
> Pallido il viso, oltre il dover barbuto;
> Gli occhi gonfiati, e guardatura losca;
> Schiacciato il naso, e nelle ciglia irsuto;
> L'abito, acciò ch'io lo dipinga intero,
> E'stretto e corto, e sembra di corriero (2).

Cuanto á las dotes del alma, es melancólico é imaginativo, arbitrista mayor de los soliloquios, embrollón, inquieto, azogado, loco, mas no confirmado.

> ...Uncequae manus, et pallida semper
> ora fame (3).

Vendedor de audiencias y moneda falsa de privanzas, dióle por procurar audiencia con todos los ministros portugueses y castellanos; y teniendo por ley aquel precepto del Evangelio: *Facite vobis amicos de mammona iniquitatis* (4), le interpreta á su modo, dando á los criados, pajes, lacayos, dueñas, doncellas, fregonas, perros y gatos de casas, con lo que queda siendo privado de los amos y privado de los criados.

Lleva airosamente el sombrero, y toda su gloria es, cuando hay en la sala muchos pretendientes, entrar, echando el paso sin ruido, no recordando que así entran los mozos de cocina y que es libertad de rateros y de ganapanes que entran cargados; y por cual de ellos éntre lo dirán los dineros de su bolsa.

Acepta á todo el mundo papeles para despacharlos y luego les hace bulas *ad perpetuam rei memoriam*, y quedan en el archivo de Simancas. Visítalos á todos de noche y de día, como el sol,

(1) A las dueñas, como es sabido, se las llamaba á veces por el apellido solamente.

(2) *Dar una higa* es hacer una burla, aunque propiamente se dijese *higa* al acto de cerrar el puño y mostrar, en son de mofa, el dedo pulgar por entre el índice y el medio.

(1) Todos éstos, como se comprenderá, eran los portugueses compañeros de Pinheiro.

(2) *Orlando furioso*, c. III, oct. 77.

(3) *Eneida*, l. III, v. 217.

(4) San Lucas, cap. XVI, vers. 9.

y va luego á contar al Conde lo que dice el Duque, y al Duque lo que dice el Conde, y luego escribe á Portugal á algunos hidalgos, que él los despacha y habla de ellos.

Oyó hablar de Pedro de Alcaçova, estando jugando el Duque, y escribióle luego: «V. Md. es aquí muy conocido; el Duque me dijo hace poco que se haría mucho caso de V. Md., viniendo á la corte». Y poco más ó menos á Fernán da Sylva.

De suerte que es el verdadero *sumivenditor* de los latinos, y así lo parece en la color: este título y privilegio tiene adquirido con 50.000 cruzados que tiene prestados. Llegó á punto que oyendo á Rebello, bufón de la Reina, que ésta deseaba un cofrecillo de concha, escribió luego á Portugal: «Mándeme un cofre para la Reina, que me le pidió, y algunos otros regalillos, que de nadie los recibe sino de mí». En efecto, él la mandó en una bandeja un cofre, y dentro de él dos cajas de almizcle, cuatro lindas porcelanas y alrededor cuatro cocos, dos vidrios y dos cajas de mermelada, con un billete que decía:

«Señora: Rebello me dijo que V. M. deseaba mucho un cofre de concha, que aquí mando á V. M., con otros regalos de Portugal; y si V. M. preguntara á la infanta D.ª Clara Isabel Eugenia, que está en Flandes, por Manuel Gomes de Elvas, diría á V. M. cuánto holgaba que yo la sirviese con estos regalos; y S. M. el Rey su suegro, que está en gloria, de la misma manera. Si V. M. holgare con ellos, no faltarán otros. Nuestro Señor alumbre á V. M. para dar un príncipe á estos reinos, con mucha vida del Rey nuestro señor.—Manuel Gomes de Elvas.»

Y vuelvo á recordar que anda suelto como los demás, que no le prendemos.

Llegó una vez á casa muy enfadado, hablando consigo: «¿Yo, por ventura, soy padre del Duque de Lerma? ¿Qué me quiere? Déjeme.» Hubo tontos que no le desbarataron el ardid con no preguntarle nada. Respondió: «Dió el Rey al Duque siete mil cruzados de juro en Portugal y llamóme y dijo: «Señor Manuel Gomes de Elvas, mi honra está en manos de V. Md.; estoy perdido si V. Md. no se duele de mí y no me compra este juro, que me vale opinión y conciencia: compadézcase V. Md. de mí». Y esto, señores, corriéndole las lágrimas por las barbas hilo á hilo. Yo díjele: «Señor: ¿yo soy padre de V. Ex.ª? No he de hacer tal. Allá se las haya V. Exc.ª; haga lo que bien le viniere.» Repuso: «Acuérdese V. Md. que me dijo que venía á la corte más por amor de mí que de sus despachos.» Respondíle: «¿Yo, señor, dije nunca tal? V. Exc.ª está trascordado. ¿Yo, señor, soy padre de V. Exc.ª?» Vengo, señores, muerto, que verle llorar y sollozar fué el más lastimoso espectáculo que nunca imaginé; y aún quiso hacer las amistades entre mí y Franqueza (1), y que le hablara, y yo no quiero, ni le he menester para nada.»

Y con esto los trae deshonrados á todos, viendo que no es tan músico como Alción y Orfeo, ni tan gentilhombre como Narciso, ni tan cortesano como el conde Castellón y Galateo (2), tan enamorado como Macías, ni tan buen poeta como Garcilaso, y que tiene estas entradas con todos, y no es por sus lindos ojos.

Llegó D. Fernando Martínez Mascareñas á la corte, que es el hidalgo que digo, y andando con nosotros el tercer día de su buena venida, dijo que se espantaba cómo gente de entendimiento no había caído en un arbitrio con que se quitarían los lodos en Valladolid, que era dejar de noche el río Pisuerga por las calles, como en Bilbao. Y el dicho río Pisuerga es poco menos que el Tajo y corre más bajo que el sitio de la ciudad más de veinte brazas, y es más imposible de lo que fué á Alejandro romper el istmo de Morea, á Xerjes el monte Athos y al rey Psammis de Egipto sacar el brazo del Nilo al mar Rojo (3), porque ellos peleaban solamente con mucha tierra y esto otro

(1) D. Pedro Franqueza, conde de Villalonga y favorito del duque de Lerma, del cual da Pinheiro noticias á la página 102. Es también curioso lo que sobre él dice el embajador Contareni.

(2) Refiérese al conde Baltasar Castiglione, á quien en España solía llamarse *Castellón,* autor de *Il Cortegiano,* traducido por Boscán, y al *Galateo* de Juan de la Casa, vertido á nuestra lengua por el Doctor Domingo Becerra. Ambos libros tratan de formar el prototipo del hombre cortesano.

También circulaba, y era muy leído, el *Galateo español,* original del vallisoletano Lucas Gracián Dantisco.

(3) No me parece necesario explicar estas referencias.

sería pervertir el orden de la naturaleza; mas por todo pasaba la delicadeza del entendimiento lusitano.

En Abril andaba Luis Núñez, llegado entonces de Portugal, corriendo las tiendas de los libreros, y preguntaba: «Tiene V. Md. aquí un buen libro que llaman la *Menina e Moça* (1). Ellos se miraban unos á otros, reían y decían: «No, señor portugués de minina y moza.»

Los varones más ilustres que andan por la corte son don Baltasar Limpo de Oliveyra Pinto, que es un loco como los demás, al que se metió en la cabeza que era rey de Portugal. Es hombre notable. Hizo petición al Rey en el Consejo, diciendo: «Dice don Baltasar de Oliveyra Pinto que á él le pertenece el reino de Portugal, porque es *Pinto*, que viene á ser *Gallo*, que es el gallo de San Pedro, y por *Oliveyra*, que trajo la paloma de Noé, por bien de paz y descendencia de la tribu de Judá, á que pertenece dicho reino, y por bien de la dicha paz se contenta con el reino del Algarve, casando con la Infanta á quien quiere dar en arras 24 arbitrios, cada uno con 24 razones.» Y hace cada día otras tales con sus discursos y etimologías notables.

Estaba en la corte Manuel de Costa, hidalgo portugués, músico, con sus guantes, que pensaba era un Anfión y hacía prodigios de garganta, trinos y escalas ó gorgoritos, con tanta confianza que la gente se caía de risa, y él tan tranquilo.

Era tan notable que el conde de Casarrubios, y después el Duque (2), haciendo comedias en casa, le llevaban allí y hacían que cantase en el intermedio, y se hundía la casa con la risa, y él pensaba que era de gusto de oirle. Mataron al pecador los capeadores que ahorcaron (3).

También es notable figura por el sombrero y modo de andar el tonto del almotacén mayor, que si almotacenase, no valdría á ochavo.

A la divinidad portuguesa del conde de Monsanto (1) dejaba en un testamento un legado en esta forma, un amigo: «Y por cuanto en la corte me fuí desembanastando, cobrando llaneza, cortesía y facilidad, dejo estos atributos al conde de Monsanto, porque le hallo tan necesitado de ellos, y le dejo tan portugués en esta parte, como el día primero que llegó.»

Y en general somos tenidos y habidos en Castilla por locos y soberbios, sin juicio ni fundamento; tanto que, cuando aquí estuvieron los ingleses, pasando nosotros por el patio del Almirante, á verle comer, dijo uno á otro, viendo nuestras cruces: «Estos son portugueses y arrogantes», que parece que había estado ya aquí y hablaba muy bien (2).

Y dije yo á los amigos:

¿Quae regio in terris nostri non plena laboris? (3)

Y es tan general esta fama nuestra, que en un pasquín que ha más de 70 años se puso en Roma, queriendo culpar al Emperador de ser poco magnánimo en seguir la ventura contra el turco, decía Maestre Paschino: *Si forem Deus, Clementi darem clementiam et liberatitatem, Carolo magnanimitatem et perseveratiam, Francisco Fortunam, lusitano tantum potentiae quantum arrogantiae, si posem.* «Si fuese Dios, diera al papa Clemente clemencia y liberalidad, al emperador Carlos magnanimidad y perseverancia, á Francisco, rey de Francia, ventura, al portugués tanto de poder cuanto tiene de arrogancia, y esto si yo pudiera.»

Y todo esto, no por tenernos por necios y de poco entendimiento, sino por locos y soberbios y de poco propósito, y nuestros meneos, embozados, matones, pícaros, rufianes y paseantes de Lisboa, que todos saben estos nombres, y en viéndonos, nos llaman sebosos, altos y bajos, y es nuestro título.

Y la razón que ellos dan es que nos derretimos luego de enamorados; los nuestros dicen que de *soevus*, como crueles en la batalla de

(1) La novela *Menina e Moça* de Bernardino Ribeiro (1482-1552). Es una novela medio pastoril, medio caballeresca.

(2) El de Lerma.

(3) Alude sin duda Pinheiro al suceso de algunos capeadores que habían matado al músico portugués, y que por ello habían ido á la horca.

(1) Ya antes de ahora ha hablado Pinheiro del conde de Monsanto.

(2) Que hablaba bien el castellano, porque en esta lengua están aquellas palabras.

(3) *Eneida*, l, I, v. 460.

Aljubarrota; y nunca pude saber la razón hasta que, yendo acaso con Jorge de Souza, por donde estaban lavando las lavanderas, dijo una: «Huélgome de ver este portugués, que no es seboso como los demás.» Pregunté la razón y dijo: «Porque no anda sucio ni ensebado como los demás» (1). Y por andar sucios ordinariamente, y mal vestidos, nos llaman sebosos.

Estando una vez Jorge Castrioto y yo en una ventana baja de rejas donde vivía, pasaba D.ª Mariana Dux, que es muy música y muy agraciada, é iba con otras amigas, como es costumbre, á la romería en borrico, y diciéndolas él que entrasen, *que aunque eran cuartos bajos, estaban limpios y vacíos,* respondió ella: «No suelen esos ser los cuartos que los portugueses traen vacíos»; y él: «Ni V. Mds. los bajos desocupados» (2).

Concluyo con un bonito dicho de un avisado ciudadano de Coimbra, Francisco Monteyro, que visitando á un cuñado suyo, en la muerte de su hermana, le hizo esta plática: «Estimo mucho esta ocasión por venir á besar las manos á V. Md. Pésanme las cosas que Nuestro Señor hace. Placerá á El que no sea nada.»

No dejaré de decir que lo que pierde Portugal en la opinión por los hombres, gana por la fama de las mujeres, que son tenidas como ejemplo de honestidad, recogimiento y modestia, y que en esto ninguna nación se le iguala y en el cuidado de sus casas, como verdaderas matronas y madres de familia, que es la virtud y fortaleza principal de la mujer; y por eso se llama el casamiento *matrimonio* y no *patrimonio,* porque la riqueza de los hijos está en la vida y cuidado del padre y á su cuenta, mas el gobierno de la casa está á cuenta de la madre, y por eso se llama casamiento.

Y aun si quisiéremos buscar la etimología greco-latina, diremos que matrimonio *est matris munus;* que es encargo de la madre. Y así la Escritura, en los atributos que da á la mujer fuerte, todos son de oficios caseros, como si la mujer que sale de casa no fuera casada; por lo que no habla de coches, sino de rueca y huso, ni de faldellines de tela, sino de tejer la jerga del marido. A más de eso, las tienen las castellanas por muy avisadas y están muy enamoradas de su habla, que dicen que tiene más blandura y afabilidad que la castellana, y huelgan mucho de oirlas hablar.

Lo que yo tengo averiguado es que escriben ordinariamente mejor las portuguesas que las castellanas; así como sin comparación se aventajan las castellanas en la agudeza de los dichos y presteza de ellos; y todo está en ejercitarse unas en una cosa y otras en otra. Y, á más de eso, decía una señora portuguesa y condesa de Odemira que no podían parecer tan discretas, porque no daban respuesta en todas las materias, como las castellanas, que lo hacen con más libertad en las más amenas, donde solamente el tocar en ellas una mujer lleva consigo la gracia.

(1) En castellano.
(2) En castellano.

21 DE JULIO

Viniendo esta mañana de misa con Constantino de Menelao y con Manuel de la Brunda, me importunaron que nos fuéramos á despedir de sus monjas y á oir misa al monasterio de Jesús María, que es de franciscanas de la Anunciación (1), que andan de blanco, como bernardas, y con una medalla broslada de la Anunciación en el escapulario, que las está en extremo bien, y el monasterio muy lindo, y ellas muy agraciadas.

Tenía aquí el Constantino á la señora provisora doña Beatriz, que á buena cuenta le proveía con dieciséis panes exquisitos cada semana, con otras ayudas, y á la verdad ella es más para cocina que para palaciega. El Labrunda tenía un putarrón viejo, que parecía hombre de armas ó ama de abad; y de este menester les servían á ellos, criándolos con muchos mimos, con que los tenían sanos y gordos. Llamábase la niña D.ª Isabel de Orozco, con sus cincuenta de talla, y debía de calzar otros tantos, porque se comenza-

(1) Estaba situado en el Campo Grande.

ba á arrugar y perder el brillo, como pieza vieja, encabezada en rostro bermejo, mas muy jovial, como quien sabe qué yerba es el ajo, y para no aburrirse con ella daba él por disculpa que, en la corte, dama moza y monja vieja, porque así tenéis quien os sirva y á quien servir. Para querer bien no faltan damas en quien poner el amor, y para regalo monja vieja que os tenga mimado; vieja que os persiga y moza á quien sigáis; pues una os paga con lo que os quiere, y á la otra pagáis con lo que la queréis.

En fin, ellas querían tan de propósito y reja vieja (?) que, sabiendo que ellos iban, llegó el hambre y se metieron en casa de su enemigo, y parece que les quedó por cumplir alguna romería de la mocedad y deseaban hacer su antruejo, pues estaban para despedirse de su carnaval y la señora provisora contribuir con su cuarta parte para ganar el jubileo, para lo cual había de ser centenario (1).

Vióse tan apretado el pobre Hipólito (2) que le fué necesario hacerse el enfermo, para librarse de las mujeres de Putifar; ellas, que estaban más en la carne que en el espíritu, viendo que se les escondían sus Birenos (3), les mandaron á pedir un día que fuesen allá, y desde allí los mandaron llamar; mas ellos fueron tan honrados que no quisieron, gracias á sus caras, que defendían sus posadas; que si ellas tuviesen menos años, no sé si tendrían ellos tanta virtud.

Y, sin embargo, ved cuánto pueden los buenos ejemplos, hasta con amigos alegres; y aprendí de aquí cuán indómito é inconsiderado animal es una mujer disoluta, que solamente repara en el presente, sin pensar en lo que puede suceder en adelante; como azores bravos, que toda la dificultad está en domarlos, y después de hechos á la mano á cualquier señal acuden al cebo, y como toros bravos que cierran á todo los ojos al embestir, dando con la cabeza en las paredes.

Porque las mujeres son buenas para la guarnición, pero no para el asalto; porque sabrán defender la entrada á la fortaleza de la honra, mas después de rendidas no reparan en el partido (1), ni cierran la puerta. Mas los hombres saben ganarla y saben conservarla.

Y creed que los desastres que no suceden es más por el recato y recelo de los hombres que por la consideración de las mujeres; porque ellas, cuando dan entrada al alcázar de la voluntad, como quien no tiene qué perder, arrójanse como desesperadas y rompen por todo sin reparar en el peligro. Ellos, viéndose ricos y victoriosos, tratan de conservar lo que tanto les costó, y la vida para lograrlo. Y, conforme á esto, andaban ellos desacreditados con ellas de malos soldados aventureros; y porque pensaron que una persona religiosa que les fué á pedir las llaves, para por orden de ellas... etc. Dejo estas materias, porque quiero hacer mi pinito (2).

Y sabréis que yo tenía también aquí un aje (3), mas á toda satifacción en amor y en gracia, porque, como sabéis, ha muchos años que por no fiarme de mí, lucho siempre de puntillas y con la lanza terciada, y, con miedo de este cocodrilo, paso corriendo como los perros del Nilo y visito estas estaciones como romero y no como ermitaño.

De suerte que estábamos como en noviciado y yo ya tenía hecha la aprobación, porque no la había visto sino en las dos fiestas movibles del año, que son las suyas; y no la costaron menos á la pecadora que, la primera vez, un desastre muy grande en su casa, y la segunda, nueve

(1) De esta enrevesada manera quiere decir Pinheiro que la provisora también deseaba tomar parte en la broma, si bien, dada su edad, el *jubileo* sería centenario. Bonifacio VIII estableció que se ganase el jubileo de cien en cien años, tiempo que redujo á veinticinco años Sixto IV. Claro es que Pinheiro habla de un *jubileo* muy diferente.

(2) Alude á las persecuciones de Hipólito por Fedra, como luego á la mujer de Putifar.

(3) Alusión al Bireno del *Orlando furioso*.

(1) Supongo que ha de ser *no reparan el portillo;* pero traduzco con arreglo á la impresión de Oporto.

(2) Pinheiro, que había reanudado el cuento de sus amigos, le interrumpe bruscamente para refererir sus propias aventuras.

(3) *Un aje* es lo mismo que un achaque ó intranquilidad. Así D. Esteban Manuel de Villegas dice en una cantilena:

De sanos y de enfermos
triaca eres suave,
porque suspendes ojos,
porque diviertes ajes.

sangrías; y de lástima de la inocente, que es un ángel, sufría mi pasión, por evitarla desgracias.

Porque habéis de saber una habilidad mía: que nunca quise bien, que no entrase con desgracias, mías ó de la otra; y la mayor es ser siempre en lugar donde primero me tocaran á mí. Y por eso, como quien tiene la ventura de Rebeca, huyo del bien por no hacer mal, y determino querer á mis enemigos por vengarme de ellos.

Dejo el calendario y martirologio de las dichas inocentes para las noches de nuestras recordaciones y conferencias, y baste decir que esta pecadora pagó, de buena entrada, con la muerte del hermano. Por eso, cuando os hicieran alguna trapaza, encomendadla á mí con una lamparilla, que es como darlas á San Pedro; y aunque yo, como gato escaldado, hasta del agua fría tenía miedo, sin embargo, á quien el diablo toma una vez, siempre le queda un resabio.

Sucedió, pues, que por Navidades me llevó el Constantino á ver una comedia que en este monasterio representaban las madres. Llegamos tarde, el día de Reyes; no obstante, vimos las gradas llenas de personas, y entre ellas el rey y la reina que eligen en aquellos días, que eran dos mozas como dos ángeles, y fué una de las cosas que más holgué de ver de mucho tiempo á esta parte, por lo bien que parecían de hombre y las travesuras que hicieron, requebrándose como jaques, que si las parecemos como ellas nos parecían, no extraño que hagan por los hombres lo que el amor nos obliga á hacer por ellas.

Convinimos con las cómicas que representasen algunos dichos, prometiendo nosotros hacer lo mismo. El diablo, que siempre está detrás de la puerta para armar zancadillas y arañar á quien juega con él, me trajo dónde tropezar, si no supiera agarrarme al cable; porque, fijando la vista, vi que me quedaba al lado una monja moza, ojos verdes y hermosos muy sosegados y modestos, de los que Camões llama cansados, mas no de matar; sobre todo, grave y sesuda con una risa modesta y una modestia afable.

De suerte que nada más levantar los ojos, leí más en cifra en ellos que en todos los discursos de palabras que las otras derrochaban de largo; porque mujer llamativa ó moza liviana, nunca me hicieron buen estómago. Mujer de presencia para respetar y temer es la que se ha de amar, y la que tiene asiento es la que hace levantar los pies del suelo: en fin, era tal como yo la quiero.

Y según la ví levantar los ojos segunda vez, la dije un requiebro, aunque comedido, y fué: «Vos sois de las mías», que recibió con una dulzura que me hizo dar una vuelta al corazón, pareciéndome que ya había visto á aquella mujer, y en ella las cualidades que obligan al querer.

Porque mujeres coloradas ó gordas son para la grosería y no para el halago del alma, porque ha de ser de carne y no de tocino; y por la misma razón que no harté del todo los ojos, antes con fijeza como delectación los dejé ávidos, y bañé en languidez el corazón; porque la gordura empacha, la delicadeza atrae y despierta el apetito.

Yo no pude estarme sin preguntar, y supe que era novicia en todo, y noble; y porque ella me entendió, la dije: que de la sangre ya me había informado el amigo, del espíritu sus ojos, y que ahora me dijese su nombre para saber á qué santo me había de encomendar en los peligros en que me había metido, porque veía en ella el retrato de un grande bien que tuve en esta vida. Respondióme que, por ser verdadero retrato, no me quería dar disgusto, aunque ellas acostumbran oir y no responder, y que se llamaba D.ª F., que, como herida en corazón lastimado, me hizo revolver la sangre al son de aquel nombre.

Ella me conoció la turbación y recompensó con una compasión que en otro tiempo pudiera serme librea y capa verde de esperanza; y se me acuerda que, al otro día, á este propósito de la semejanza hasta en el nombre, la mandé un soneto que, aunque no está limado, os parecerá sufrible, y poco más ó menos fué este (1):

SONETO

Retrato vivo de aquel fuego muerto
Que cuando más helado me abrasaba,
Sombra ó rayo del sol que me alumbraba,
De mi dormido bien sueño despierto.
Segunda Fénix, que del fuego muerto
Que la ceniza fría cobijaba,

(1) Huelga decir que el soneto, como las demás poesías, está en castellano.

Cuando más frío y helado se pensaba
Volando penetráis el cielo abierto.
Quien vuestros ojos, nombre y gracia viere
Halladas hoy en vos para perderme,
Dirá que sois mi bien, á no entender
Que sois el mismo yo, que os quiso y quiere,
Y á ser la misma vos que me dió el sér,
Vivir fuera imposible, y no quererme.

Volviendo al tema, en cuanto ellas representaban algunos pasos de su comedia y á mí se me representaban en el retrato presente otros de mis tragedias pasadas, comenzando á sentir que estos basiliscos traen en los ojos los áspides de Cleopatra y ponzoña de Cerdeña, que, con blando son y risa suave, sin sentir se apoderan del alma, me quise valer de la contrayerba de Ulises para los hechizos de Circe y ramo fatal de Eneas, para librarme de las puertas de aquel infierno; y para eso acogíme al juicio, no queriendo luchar con enemigo que me tiene dadas tantas caídas y tan acostumbrado á vencerme.

Y así le quisiera dejar el campo é irme á hurto de corazón, mas detuviéronme con obligarnos á decir nuestro dicho. El Constantino dijo: que les daría unas indulgencias y privilegios concedidos por el amor á los devotos de las monjas, á instancia de un gran devoto suyo y á todos los que llevaran una medalla de su insignia ó grados del Arbol de la vida, las cuales hizo Fr. Bernardo de Brito; y aunque allí son viejas, ellas las celebraron, y así pongo las que recuerdo (1):

«Todo aquel que, descuidado de sí mismo, pusiese sus cuidados en la devota á quien ama y, teniendo consigo una de estas medallas, hacerla exclamaciones solitarias, diere suspiros donde ella los oiga, compusiese motes, escribiere cartas contemplativas: le concede el amor quince años de niñez y otras tantas cuarentenas de tiempo perdido y le torna al estado de inocencia.

(1) Estas *indulgencias* que aquí ofrece Pinheiro no son otra cosa que las *Indulgencias concedidas á los devotos de monjas,* que se atribuyen á Quevedo, con alguna supresión y ligeras variantes. Al famoso escritor portugués Fray Bernardo de Brito las adjudica Pinheiro, cosa que no veo confirmada en ninguna parte.

Si, en efecto, es Quevedo el autor, será preciso admitir que no las escribió en 1612, como se ha creído, sino antes de 1605, ya que no hay motivo para poner en duda el relato de Pinheiro.

Cualquier persona que, por abonar su afecto, diese dinero, piezas de plata ú oro ó cosa que no sea bagatelas á su devota: le concede el amor veintiséis años de arrepentimiento y otros tantos de bolsa vacía.

Cualquier hombre que, por abonar su merecimiento, visitare á su devota con sol, lluvia ó nieve ú otra cualquiera injuria de tiempo: le concede el amor todas las gracias y privilegios que alcanzan los que personalmente residen en la casa de los Orates.

Cualquier persona que, poniendo de noche el pensamiento en su devota, vigilare por su respecto, ó corriere muchas veces sus estaciones por el mes de Agosto: le concede el amor tres días dolor de cabeza, otras tantas cuarentenas de bostezos y veinte y cinco sangrías sobre unas tercianas dobles.

Aquellos que, dando crédito á promesa de monja, con firme esperanza la aguardasen por galardón de sus servicios: les concede el amor por gracia particular hallarse tan lejos de ella como de la Casa Santa de Jerusalén.

Cualquier devoto que por Año Nuevo, día de Reyes ó de Pascua de Flores, visitare rejas de monjas, oyere cantar villancicos ó de verde: le concede el amor remisión de todo lo que llevare en la bolsa, con la boca llena de risa.

Cualquier devoto que muriere con una de estas medallas en la mano, invocando en aquella hora el nombre de su devota: le he concedido que, sin pasar por el fuego del Purgatorio, se vaya derecho al Infierno *per modum sufragii.*»

Celebraron mucho las indulgencias que las aplicamos, y dijo la Orozco (1): «De todas ellas ninguna me agrada tanto como esa de día de Reyes, porque la pueden V. Mdes. ganar hoy como devotos y fieles cristianos». Díjela yo: «Estos señores, que están en estado de gracia, las pueden ganar, que yo no tengo más que el arrepentimiento de haber todas estas estaciones; y ansí diré mi dicho, con lo que se me acordare de una confesión que hice para que libre Dios de los peligros en que me veo».

Y repetíla parte de estas quintillas:

(1) En castellano el diálogo.

Afuera, amor vano y loco,
pensamientos y quimeras,
que manda el seso que á poco
dejar las burlas un poco
y hablar un poco de veras.
Que locuras sin mudanza
me tienen tan mal tratado,
que, de muy desesperado,
vuelvo á cobrar la esperanza
que habré, mísero, cobrado.
Como de sueño recuerdo
para ver tantas verdades,
y el juicio no pierdo,
viendo que mis nescedades
me van ya volviendo cuerdo.
Que, cuando vuelvo á mirar,
mientras con monjas viví,
los yerros en que fuí á dar,
determino huir de mí
por dellos no me acordar.
Hallé el remedio presente
n'el lacrán que me ha mordido,
y dejé de ser doliente
con mirar á la serpiente
donde el daño ha procedido.
Vi las locuras y daños
de todo el tiempo pasado,
vi perdidos tantos años,
que ya mis propios engaños
me tienen desengañado.
Mi mocedad me cegó
siguiendo al gusto suave,
y en verla me salvo yo,
como en tabla de la nave
que el naufragio me causó.
Cuanto Tieste y Atreo
las sacras mesas huyeron,
donde sus hijos comieron,
al amor huir deseo
y gustos que me pluguieron.
No quiero el bien que me plugo,
quiero el mal que me sanó:
que el loco que en sí volvió
siempre ama y quiere al verdugo
por quien su seso cobró.
¿Qué cosa pudo obligarme
á tanto yerro y locura?
¿Qué promesas de ventura,
qué interés pudo cegarme?
¿Qué esperanza? ¿Qué hermosura?
¿Qué galas, qué gusto ó gloria?
¿Qué cuello blanco ó cabello?
Que, cuando alcanzáis victoria,
ni hay del despojo memoria
ni esperanza de tenello.
Si el más harto es más ayuno,
si es de Tántalo su hartura,
¿qué extremo es esto? ¿hay alguno?
No veo extremo ninguno
sino los de mi locura.
¡Qué caso tan afrentoso
tras interés tan pequeño!
Andar un hombre lloroso
tantos días sin reposo
y tantas noches sin sueño;
como á la luna los perros
ladrando, y huyendo la luz,
cual lechuza por los cerros,
que no sé cuál avestruz
dirigiera tales yerros.
Alma, honor, gusto y vida,
¡ay Dios! y cuánto me afrenta
ver las pérdidas sin cuenta,
tanta sinrazón sufrida,
tanto disgusto y afrenta.
¡Quién me viera andar perdido
y fuera tan deshumano
que no se hubiera dolido!
Al fin amor es villano
y no perdona al rendido.
Porque, en paga de perderos,
da tal ayuda de costa
que hallo, cuando vuelvo á veros,
¡ay Dios! que más ofenderos
que no agradaros me costa.
Su bien da el mundo á usura,
á pagar al doble en daños,
y no vemos que es locura
por gusto que un hora dura,
sufrir disgustos mil años.
Mas dejo ahora de hablar
á ley y fe de cristiano
que, por no me disculpar,
sólo con el seso humano
me quiero ahora juzgar.
¿Cómo amor pudo obligarme
á cometer tanta culpa,
pues ni gusto quiso darme,
por no me quedar disculpa
con que poder disculparme?
Que hasta herrarnos con su clavo
nos suele amor regalar,
después tan injusto y bravo
que se sirve del esclavo
y no le quiere pagar.
De obligación tan inmensa,
de tan justa perdición
no tengo otra recompensa
sino en el rostro vergüenza,
lástima en el corazón.

De éstas y otras coplas, que en otro tiempo me salieron del alma, saqué de la memoria las

que me acudieron, muy mal masculladas, y dijo la Orozco: «V. Md. lo dice muy bien, y hace muy mal; y malas y buenas palabras, promesas buenas y mal año: y entienda que está hoy en peor estado arrepentido que pecador».

Dije yo á mi vecina: «¿Sola V. Md., á quien quisiera ver agraviada, como más ofendida, no me dice malo ni bueno?» Respondió ella: «Mientras dura el sermón, no hablan los oyentes ni es obligación parlar los retratos». Díjela yo: «Por eso es V. Md. retrato vivo y tiene obligación de imitar al natural».

Estaba con nosotros un hermano de la Reina (1), muy cortesano, hablador y desenvuelto, como son todos; y dijo: «No hace pequeño milagro mi señora doña F. en saber callar, siendo mujer, si no es retrato vivo de cuerpo muerto; mas V. Md. lo dijo todo y no le queda á ella qué decir. Lo que yo digo es que V. Md. pecó como portugués, habló como discreto y se arrepintió como cuerdo: sólo repruebo tan largo discurso sobre conclusión tan notoria. Porque, juro á Dios, perdonen V. Mdes., mis señoras, que es mayor impertinencia y el tiempo más mal perdido el que se gasta en querer á monjas, que en servir al Rey en Flandes, porque en servir al Rey, si gastáis la hacienda, se os quebrantan las piernas, si perdéis la vida sin premio, ganáis honra y no perdéis á Dios; mas en el ganapierde que se juega con las monjas, entramos con dos cargas y ninguna descarga: ganar afrenta y perder el alma; y hallo más disculpa á los otros que se enamoran de la estatua y del plátano (2), que ya que no saquen dellas provecho, no les hacen daño.

Mas ¿qué quieren los Pigmaliones y Xerxes, que se ponen á contemplar en un retrato muerto para el cuerpo y vivo para el alma, con manos para recebir y sin cuerpo para pagar? Que ya el otro, cuando no sacase fruto, hallaba sombra en que recrearse; mas árbol sin sombra y sin fruto, hacha al pie y no brazos al tronco, que por él se dijo: fuego de Dios en tal querer bien.

Juro á Dios, señoras, que es la más estrecha religión que hay en la iglesia de Dios, y que es necesaria mucha gracia del diablo para profesar en ella; porque no comer carne ni cuando un hombre está con la candela en la mano, es de cartujos; mas ayunar toda la vida y ir al infierno, no es sólo de profesos de rejas, y viene á ser el estado del diablo: vivir en pena sin esperanza de premio y en culpa sin conoscimiento della.

¿Saben lo que me parece? Que son aquellos ermitaños que, sobre cuarenta años de penitencia, se fueron por una soberbia al infierno. Llevar buena vida y ir al infierno, enhoramala vaya; mas sobre veinte años de desierto, eternidad de infierno, buen provecho, con su pan se lo coman, que yo antes quiero agraviar á los hombres que á Dios y ir al cielo harto que al infierno hambriento.

Que, al fin, ofrendas de pie de altar son para gente de corona, y no para capa y gorra: ni le quitemos su ganado, ni se mezclen con el nuestro. Un fraile que no puede llegar al coche, que bese una reja; mas el caballero que puede coger la fruta del jardín, que mira de la ventana, asómese á gozar la vista y el olor. La monja en su clausura y el preso en su cárcel; coja las florecillas de su alegrete (1) quien no puede plantar plantas de fruto; mas el hombre libre que se mete en la cárcel, que en ella muera; y quien no precia el fruto, que se le vaya en flor.

Y cáenme en gracia los que predican la honestidad de sus pensamientos como si, cuando ellos no fueran hombres, dejaran ellas de ser mujeres. No á mí que las vendo, dice Don Diego de Mendoza en este paso, que tratando este punto en su *Anacephala* (2), se me acuerda que dice: Quien quiere á monjas, ó mal con Dios, ó mal con ellas, ó mártir del diablo, ó condenado á sus desconfianzas, que á quien no martirizan sus deseos, le martirizan ellas con sus celos: quien no se atreve

(1) De la elegida reina de la función, como puede verse poco antes.

(2) Muy conocida es la anécdota de Pigmalión, divulgada principalmente por Ovidio. En cuanto á Jerjes, cuenta Eliano que estando en Lidia se enamoró de un plátano, al cual adornó con muchas joyas riquísimas.

(1) Alegrete. Especie de tiesto.

(2) Aquí se presenta un bonito problema de historia literaria. Esta *Anacephala* no figura entre las obras que, con más ó menos fundamento, se atribuyen á D. Diego Hurtado de Mendoza.

con ellas, contra ellos se descomide. Como las quitó Dios del hombre, es su patria y naturaleza.

El remedio del infierno desahuciado es volvelle á la naturaleza, y las mujeres en todas sus enfermedades suspiran por ella y no sosiegan con quien les niega su patria; y es tan natural á las mujeres desear de ser madres, (que) más que los hombres ser padres, que la misma naturaleza inclina las niñas á holgar con muñecos, criar niños y regalarlos; lo que no hacen los niños, y en esto no hay que fiar, porque, como salió de costilla, luego el diablo hizo della armadija para cazar hombres; y tomó Adán, y cuando se hizo de la costilla, fué para que entendiésemos que la habíamos de traer á cuestas, como peso insufrible y que es de hueso duro en mudar de opinión, y que ha de ser tuerta como las costillas en todas ellas, y que quererla encaminar es ir cuesta arriba, y que para tener vida es necesario que os desvele las espaldas, y que, cuando dormís, velan ellas, por robaros hasta los huesos; y que en tanto tienen gusto y están contentas, mientras están de cuestas *(sic)*.

Por donde, Tántalos hambrientos, pobretones de cuerpo y no de espíritu, que profesáis la maldita pobreza por nescesidad y no por virtud, pobres nescesitados y no voluntarios, que padecéis hambre y sed de justicia, sin ser bienaventurados: si el ermitaño, cien leguas metido en el desierto, lejos del mundo, no se puede librar de la mala compañía de la carne, ¿qué vivís sin ella estándoos el diablo haciendo cosquillas sin dejar rascaros, dejándoos tomar la salsa, y lamer los dedos, sin hartar la hambre, haciendo mil brindis sin dejaros hacer una razón? Y aquí tenemos la pena de los lapitas, donde os ponen la mesa sin dejaros tocar en la vianda, donde os llegan heridos y sedientos á la fuente para despertar el deseo y no para matar la sed. Mal por mal, vale más errar como Eva con la manzana, que, como el diablo, con el pensamiento.

Concluyo, señoras, mi sermón con que ya leí de mujeres que quisieron á viejos, á muchachos, á pobres, á bajos, á nescios, á feos, á desnarigados y á narigones; mas hasta hoy no he oído, ni leído, que mujer haya querido á ningún capón. Pregunten á los dotores lo que les falta y quedará averiguado lo por qué nos quieren» (1).

Esta fué la sentencia de la sátira de D. Diego, por boca del castellano, que la quitó mucho en la gracia con que la representó. El amigo Manuel, que estaba enterado de esta verdad, dijo (2): «Juro á Dios que ha V. Md. dicho evangelios, porque ¿cómo es posible que vean los hijos de los hombres á estas hijas de Dios y que no venga un diluvio de pensamientos sobre ellos? Y que por eso digo que habla V. Md. por la boca del ángel». Acudió la Orozco: «Y nos por la suya y él por la vuestra, como el ángel por la boca del asno de Balaán; y por eso digo yo que no es la miel para la boca del asno».

Replicó el castellano: «Lo mejor se me ha olvidado, que son estos bienes como el oro tolosano y caballo Seyano, que nadie le subió en la silla que no muriese desgraciado (3); y son tesoros que no llegan á tercer heredero, porque el diablo que lo traza, lo descubre, que no ponen pie que no dejen rastro: que esta fruta vedada es del Paraíso, mas nadie la toca que no muera. Por esto, hermanos, al baratillo».

Y cierto que en esta parte tenía razón, sobre lo que contaron algunos cuentos, y he de deciros dos que oí, y fueron: que á un tío mío, en el año de 82, le llevó una moza un puchero de azúcar rosado y dentro halló un escrito en una pasta

(1) Todo este largo discurso está en castellano en el original.

(2) Continúa el diálogo en castellano.

(3) Alude aquí Pinheiro á lo que Aulo Gelio, con referencia á Gabio Basso y Julio Modesto, cuenta en el libro 3.°, cap. IX, de sus *Noches Aticas*. Dice que Seyo Caneyo tenía un caballo bayo de singular hermosura, pero de tan funesta influencia, que aquel que llegaba á ser su dueño moría víctima de espantosas desgracias, como aconteció al propio Seyo, al cónsul Cornelio Dolabela, al general C. Cassio y á Antonio. "De aquí—dice—viene el proverbio que se acostumbra aplicar á aquellos á quienes persigue la desgracia: *Ese hombre tiene el caballo Seyano* (Equum habet Seyanum)." Agrega Aulo Gelio que idéntica tradición y el mismo proverbio *(Aurum habet Tolosanum)* se conocían por la razón siguiente: "Habiendo el cónsul Q. Cepión saqueado á Tolosa, ciudad de las Galias, en cuyos templos había mucho oro, observóse que todos aquellos que en el saqueo habían tomado oro de aquél, perecieron miserablemente."

de cera; mas, preguntando ella primero si era él el señor F., respondió que sí, y el caso fué que la criada de la monja dió el puchero á una sobrina que no conocía al devoto; y después de comer el azúcar, dió con el tal escrito en dicha pasta, con el patrón de dos claves, y en el escrito venía el regimiento de las indulgencias. Avisó entonces á la Abadesa, sin descubrir á los autores (1).

Y, el año pasado, un mancebo, con poco temor de Dios, mandó hacer un herraje para la ventana de una devota, con tornillos, y ordenó Dios que enfermó luego él y ella no lo supo callar; y eran muchas á pedirla prestada la invención, según el bellaco contaba, y quiso ella también aprovecharse antes que él sanase, á cuenta de una pensión de 20 mil reis que le señalaban.

Sucedió, pues, que una que yo conozco, y es la cosa pública, por eso la cuento, pidió unos guantes de ámbar á un amigo mío y aquella noche fué á la romería; la novia, por hacerle agasajo, por la mañana llevó los guantes en el seno y dejólos en sus armarios. Encontró en el dormitorio á una amiga y fué á abrazarla, diciéndola: Ay, hermana, como venís linda, olorosa y colorada, parecéis novia; y fuéla á tomar los guantes. La otra pensó que conocían el tesoro y fué á taparlos. Replicó la amiga: Hermana, ¿pues no sé yo á quién queréis vos? Y ella, pensando que estaba descubierta la bellaquería, desmayó y cayó en el suelo. Acudieron las monjas y pidiólas agua; tomó la amiga las llaves de la novia y fué á sacar agua á su armario y halló al San Marcial, como un Hilarión (2), que se fué huyendo, á las ocho de la mañana, y saltó por un tejado, delante de mil personas, y aun así no tuvo castigo ninguno hasta ahora.

Dí en esta materia con un dicho muy cortesano de nuestro obispo virrey, que en el año de 602 (1), á las once del día, salió la señora Doña María de Figueiredo de Semide, y después de ocho años de casada y seis de monja, porque se separó del marido, por impotente; y queriendo demostrar que no lo era, se halló con fruto de bendición, pues era mero eclesiástico; y, en efecto, ella se fué, en pleno día, para Thomar, donde estuvo dos meses.

Fueron los jesuítas á pelear con el obispo cómo la dejaban estar allí sin prenderla, llevando muy buena vida. Dió buenas palabras y disimuló. Volviendo ellos á insistir con el escándalo, respondió con cólera: «¿Qué (le) queréis, Padres? Da Dios tiempo á los sábalos y lampreas para que vengan á desovar á los ríos, ¿y no queréis que le dé á esta pecadora? ¿Queréis que la mande enseñar á las monjas á parir?» Y anduvo cortesano y prudente. Ella está en Santa Ana adorada, y todos van á besarla el hábito y nunca llevó mejor vida (2).

Sobre este tema se trajeron entonces muchas autoridades, hasta que llegó mi señor cuñado, al que hice mis ofrecimientos; mas, porque yo sentía en mí algunos temblores de calentura antigua, fuí tan sesudo que me levanté, fingiendo un negocio, y me vine con mucho dolor de mi corazón, porque nunca llevé mejor tarde que entre aquellos calofríos y representaciones del estado de mi inocencia y mis glorias pasadas.

Acompañóme mi retrato con una aflicción que, como buen agorero, tomé por más agasajo que todos los ojos tímidos y medrosos de toda la tarde. Y es por que veáis que estas batallas se vencen mejor huyendo que insistiendo, y que no se ha de pelear sino á modo de partos, herir y replegarse, porque hasta los pocos codiciosos de lo ajeno hallan menos lo que tenían ganado por suyo.

Al otro día tenía media carta suya, y al siguiente carta y media. Mas deshizo las trazas la muerte del hermano, y después los pésames y

(1) Sin duda la monja trató de devolver el puchero y la carta á D. F., autor de la fechoría, y la moza portadora de ambas cosas las llevó equivocadamente al tío de Pinheiro.

(2) Da á entender que el galán estaba en su armario como San Hilarión en la estrecha cavidad que se hizo para celda, que medía poco más de cuatro pies en cuadro.

(1) Debe de haber aquí alguna errata. En 1602 era virrey de Portugal D. Cristóbal de Moura, primer marqués de Castel-Rodrigo.

(2) Como se ve, Pinheiro refiere á veces sus cuentecillos con poca claridad, aunque desde luego se sobrentiende el sentido.

mi tabardillo, con lo que me recogí con un voto de abstinencia perpetua de estos peligros; y así, solamente fuí á hacer esta despedida, donde lloré mis bienes «hollados y perdidos en un punto»; y con estas romerías me fuí preparando para el camino y engañamos á las dos santas religiosas diciendo que estábamos de vagar.

Ahora, á más de que el día va siendo largo, es de verano y el mayor del año, conforme á la verdadera computación de los solsticios; y, por lo que debo al primer amor, que no quede la maldición del castellano en pie y reduciendo á menos razones las que, en otra ocasión, dí por esta verdad, porque yo muriera mártir, os diré la verdad de lo que siento.

Y es que las razones de los apóstatas del amor se vienen á reducir á un fundamento falso, á saber: que es imposible querer un hombre bien á una mujer, sin desear poseerla del todo, pues, siendo el amor deseo de la belleza, en cuanto no la posee no sosiega; y siendo así, ó con la imposibilidad ha de vivir en tormento eterno, ó trazando el remedio de él, dar en error intolerable, y, cuando menos, vivir en estado de impenitencia, amando cosas fantásticas y padeciendo hambre y frío en servicio del diablo, pudiendo emplear el amor en lugar donde la mayor imposibilidad es imposible pintarse sin las sombras de la esperanza ó contentamiento de tener bien empleados sus cuidados. Mas, dejando filosofías y tratando en plática familiar, el fundamento de su edificio es falso; porque el amor es una empresa del alma, cuyo fin no es otro sino conquistar la voluntad de la cosa amada, ser señor voluntario y no forzoso, adquirir los corazones, más que el reino, por los ferretes en el alma y el cuerpo, tratar de tener segura la fortaleza y no de echarla por tierra, ofrecer la vida, y haciendo por conservar las flores del jardín y no por comer de él.

Si solamente consistiera el amor en gozar la hermosura corporal, ¿qué falta al receloso, que teniendo en los brazos la cosa amada, olvidado de la gloria presente, vive, con la desconfianza, en pena eterna? Sino que, aunque posee el cuerco, se recela de la voluntad; y, por el contrario, ¿qué aquieta al ausente con las prendas de la voluntad de quien ama, sin lograr la hermosura que adora, no deja en paz el sosiego de cielo más rico con dos palabras amorosas, indicios del ánimo, que el esposo con todo su dote en los brazos y en posesión del cuerpo? Verdadero retrato en todo del sol, que sin calentar los orbes celestes que le rodean, está en las partes remotas produciendo flores y fomentando la tierra, criando en sus entrañas el oro que niega á las nubes, que atraviesa con sus rayos.

¡Y qué mayor evidencia de esta verdad sino que sufre el amante la cosa amada en poder del marido, si está cierto de la voluntad, y él, por el contrario, no tiene gusto de lo que posee, si recela de ella! Quien tiene más deseo de la posesión del cuerpo que del dominio de la voluntad, trata al amor como esclavo, que procura más dejarle bragas en las piernas que ganarle la voluntad. ¿Quién puede llamar amor al gusto del goloso en deleitarse en los guisados sabrosos de la carne y al avariento en recontar su dinero? Este deseo y cuidado de henchir la bolsa y hartar la barriga, más son vicios que afecto, más es lujuria que amor.

El manjar sabroso cómese con gusto, mas no con amor; harta el cuerpo, mas no satisface el alma. Deléitanse los ojos en la vista de las cosas hermosas y la boca con el gusto de las sabrosas; á ella sirve el tacto grosero, á ellas la vista delicada; y siendo así, ¿por qué á sentidos tan diversos se aplicará el mismo mantenimiento y á cosas tan diferentes el mismo nombre? Son mantenimiento de la lujuria los cuerpos, del amor las almas.

Deléitese el lujurioso en la posesión de la persona y ponga su bienaventuranza solamente en el señorío de la voluntad. Por eso es ciego el amor, porque no ve cosa corporal; por eso tiene alas para volar y levantarse en la contemplación de lo que ama.

Con razón se llama fe el amor que sólo consiste en lo que se cree y no en lo que se ve, y por eso pone el amante su encarecimiento en adorar y no en palpar. Son herejes del amor los que profanan las santas leyes de la pureza, queriendo, con el nombre de la virtud, autorizar el vicio, y con el pretexto de amar autorizar su torpeza.

Con razón decía San Ambrosio que el amor era virtud y no provecho, porque al que amo es por lo bien que le quiero y no por lo que intereso; y bien estaba en esta cuenta el grande Alejandro cuando, en disculpa del exceso con que quería á Efestión, decía que Parmenión quería al rey y Efestión amaba á Alejandro, porque éste le amaba por su persona y el otro porque esperaba (1).

Y de aquí viene llamarse el amor querer bien, porque lo contrario es amarse y no amar. En esto se funda la ley que condena por ingrata dama que no paga al amor, pues siendo sacrificio liberal, queda ingrata si no se muestra agradecida.

De otra suerte, ¿qué me debe la gallina que engordo para comer? ¿Y el caballo que tengo mimado para llevarme en la silla? ¿Y qué me debe la dama á quien sirvo por los gustos que de ella espero? Esto es más contrato que amor, dar á cambio más que de gracia y servir por el jornal más que por hacer bien.

No me hace ningún agravio la dama que no me quiere vender sus mercaderías, cuando, para satisfacer mis gustos, las quiero comprar, y es ingrata la que se muestra desagradecida á lo bien que la quiero y á los servicios que sin interés la hago; por donde con razón llaman al amor empresa en que se conquista la voluntad y no el cuerpo de la cosa amada.

No digo yo que no reciba el amante excesivo gusto de contentamiento con el mimo y favor de la dama que adora, y que no procure alcanzarlos como la mayor gloria que puede tener en la tierra, mas digo que esos mismos bienes en tanto se estiman en cuanto son indicio de la voluntad rendida de que proceden, y no nace la gloria principal del deleite que causan y de la sustancia que tienen, sino del amor que muestran y de las prendas que dan.

De aquí proceden los extremos á que llega un enamorado: la cinta, el cabello, el anillo, la ingenuidad de quien bien quiere, teniendo con ella la mayor bienaventuranza que con todos los tesoros de la tierra; porque, así como en las compras de gran precio la pequeña señal que se recibe es una semejanza y seguridad de toda la cuantía, el anillo y arras son prenda de todo el matrimonio; y como mi blasón representa mi nobleza y mi fama, y obliga á mi persona, así se recibe excesiva gloria con la palabra cariñosa, porque es dar palabra con una blandura de ojos, que son las promesas del corazón, con una mano amorosa, que es dar la mano de entregar el alma, y con un papel tierno, que es la letra del tesoro sin precio de la voluntad y la escritura por que se cautiva la libertad.

Estas prendas y muestras del alma en tanto se estiman más en cuanto más aventura en ellas quien las da; y de aquí viene ser tan malo de contentar el amante, porque, en cuanto tiene que conquistar, no sosiega, y en cuanto le niegan alguna cosa, entiende que no es señor, pues no es obedecido; y como no tenemos en el pecho la puerta que Momo quería para conocer los pensamientos del corazón, aquí tenéis los desasosiegos, las tribulaciones, el rogar, fingir, temer y estar quejoso del pobre amante. Porque, en verdad, la conquista de una voluntad es la más dificultosa empresa que hay en la tierra; porque podrá el rey vencer al Turco, mas no doblegar mi voluntad; podrá conquistar y sustentar el alcázar de Rodas, mas no la libertad de mi alma, porque aún precia y goza de las leyes de la nobleza y está sobre su homenaje; y por eso trabajan los amantes por apoderarse de la persona, como cárcel y prisión del alma, y no se satisfacen hasta ser señores, hasta de la opinión y honra, como joya de más precio, porque quien da todo, imposible es dejar de querer mucho.

¡Oh poderosa fuerza del amor! Tú solamente alcanzas lo que no pueden los ejércitos de la tierra. ¡Oh riqueza inestimable! Tú solamente puedes dar los tesoros que no se hallan en ella, pues no conquisto solamente un reino, mas un mundo pequeño (como al hombre llaman los griegos); no cualquier perla ó joya, mas la hermosura de un ángel y la voluntad de un alma; en fin, alcanzo por mía á una mujer, la hermosura más bella que Dios crió en la tierra.

(1) Este dicho se atribuye á Alejandro, con respecto á su favorito Efestión, que llegó á casar con su hija, y á su general Parmenión, que al cabo le fué traidor.

¡Qué mayor bien y qué mayor bienaventuranza que poder decir una persona:—*mía!* Si mi sér me daba vida contento ¡qué sentiré hoy, teniendo este nuevo tan diferente! Si yo resucitara después de muerto, ¿qué contentamiento sentiría? Pues hoy cobro una nueva vida y un nuevo ser de mucho mayor precio.

Si me daba gusto ser mío, ¿qué gloria tan grande será ser mía? Las que éstas son, son las margaritas por que se ha de vender todo, para comprarse; éstos son los tesoros sin precio, por que se ha de dar la vida.

Oid, castos amantes, un oráculo verdadero; y, si es lícito sacar triaca de la ponzoña y del cuerpo de carne el alma inmortal, sea lícito á un pecho casto abatirse un poco en la materia y descomponerse en la modestia, para que de la misma torpeza saque el amor puro la mayor pureza, y del infierno saque esta quintaesencia de la bienaventuranza.

Y digo que, aunque no niego, como la doncella Teodor, que sea verdad que la mayor delectación y gusto corporal aquí en la tierra es la hora en que el esposo gozo los primeros castos abrazos de la deseada esposa, ó, aunque no lo sea, si hubiese hombre que tal traición hiciese á la pureza del amor, con todo digo que el exceso de ese mismo contentamiento debe proceder más de la posesión del cuerpo, en cuanto es indicio de la posesión del alma, que en cuanto es gusto corporal; porque, en cuanto sentido corporal, solamente hay gusto muy limitado y no consiente tanto exceso de uno, otro.

No digo yo que no va mucho de una gallina gorda á una magra y de comer el mismo manjar en una porcelana fina ó en una talavera ordinaria; mas digo que, así como el gusto que tengo de la pera de mi injerto, con que la precio más que á otras doscientas, no procede del gusto de ella, sino de la estima, así el exceso del contentamiento de la cosa amada procede del amor y favor del alma en cuanto se goza la prenda del afecto y no la corporal.

Vése esta verdad porque, de otra manera, si el contentamiento fuera natural en el sentido, el mismo alcanzara de otra mujer de igual hermosura ó de cualidades aventajadas, y juntamente no se tuviera de noche, donde la hermosura sólo la percibe el entendimiento y no los ojos.

Mas ¿de qué sirve este discurso tan largo? Sirve de averiguar que hasta en los mismos contentamientos corporales el gusto principal procede de ser indicio de la entrega y posesión de la voluntad y amor de la cosa amada; tanto que, sin ese dudar de ella el amante, ninguna cosa tendrá más aborrecida que los mismos gustos que eran el extremo de su gloria.

Por donde se ve que el amor consiste solamente en adquirir la voluntad, y en los mimos y favores que son indicio de ella, y no en ser unos ú otros, tanto, que ya os acontecería andar muchos meses deseando hablar á una persona y, la noche que os dió licencia, sentir una frialdad y negligencia que parece que deseáis que se dilate el mismo tiempo, y si se ofrece un estorbo de su parte, en pos del frío venir la fiebre y abrasarse una persona. Y es la razón porque, en teniendo la voluntad conquistada, ya no tengo que querer, y así me enfrío, y si se me ofrece duda, vuélvome á abrasar y dar las baterías á la fortaleza.

Por donde los sensuales, entregados á su lujuria, no tienen que amar á monjas ni á legas, pues no saben qué cosa es amor; mas *como tienen conciencia, tienen alcahueta;* mas hombres que puramente aman y quieren bien, ninguna cosa quieren á unas y otras más que no les faltaren gustos, pues tienen los mismos favores y mimos honestos, que dan más contentamiento que todos los otros.

En fin, baste que deleitan sin hartar y son semejanza de la gloria, pues se están gozando con hartura sin hastío y con sed sin pena, y tienen la sed bastante para causar gusto y no hartura para apartarle; y, cuando no hubiera más razón sino no ponerse un hombre en estado de cansarse de la cosa amada y, sin apartarse de ella, conocer de sí que está fastidiado de lo que tanto quiso, no hubiera ningún amante de ser desleal á los mimos puros del amor, que, como el orballo del cielo, están recreando el alma, hinchendo los jardines de margaritas sin ahogarlas con el agua; y los malos de contentar acuérdense de que el amor es niño doncel que nunca casó, conténtase con mimos y favores delicados de niños y olví-

dase de los premios y agasajos torpes de Venus, pues, con ser su hijo, no quiso su herencia.

Veo que me decís: Amigo ¿y de qué me ha de servir el amor de la monja, pues lo que me tenéis pintado es de amor de ángeles y yo soy pecador? Respondo, no obstante, con toda la llaneza, porque trato de verdad y no de sofisterías; y digo, amigo, que me sirve su amistad de aquello mismo de que me sirve la vuestra.

Ved si es grande bien teneros por amigo, y juzgad cuán grande bien es quererlas á ellas. No hay para mí mayor contentamiento que irme para vos; cuando ahora os viere, ningún otro mayor bien me puede dar la tierra; las horas de vuestra conversación son para mí las de mayor gusto; veros, oiros vuestra gracia, vuestros dichos, las niñerías, los bienes y males, todo con vos me es gusto y alivio. Pues ¿quién me quita que estos mismos gustos que tengo con vos no los tenga con ella? ¿Quién mudó la naturaleza del amor, para que, de igual modo que os amo y huelgo con vos, no huelgue con ellas? Pues los sexos no mudan la substancia.

Y, si no, ved lo que quiero de la hermana, de la cuñada, de la mujer del amigo, con cuya conversación recibo tanto gusto, sin pasarme por la imaginación si son machos ó hembras, y entended que eso mismo quiero de ella.

¿Preguntáis á quien está jugando al ajedrez toda una tarde qué interés pretende y qué le da gusto, sino la victoria y pasar tiempo? Y ved estos atolondrados cuanto más vivos son, cuantos más pasos y gestos hacen, y disculparéis á quien jugare la camisa, sino cuando no tiene tantas barbas; y más tiene aquella fuerza de piedra imán con que atraen las almas y no me dicen mal de mi padre, ni de mi madre, sino que soy su bien y que me aman y que les parezco un Narciso. De aquí esto: amigo, es amigo del estómago, sólo Dios lo puede remediar.

En cuanto al peligro, yo no lo puedo negar, mas para eso decidme que me meta en la Cartuja y que ande vestido de silicio, que claro está que es mejor; y decidme que no hable á mujeres, porque pecaron David y Salomón; que no hable con vos, ni con los amigos, porque Sodoma está llena de abominaciones; que no vea á las hermanas, porque sé quién fué Canacea; que no veamos á las madres, pues conocemos á Edipo, Nino y Artajerjes y las hijas de Noé y otras semejantes (1). Todo son peligros, y de esa razón conclúyese que no se ame á las mujeres, mas no, en particular, que no se ame á las monjas; y aun, si reflexionáis, las legas sólo por el peligro directamente se quieren.

Por donde, ¿qué argumento es: queréis antes legas, porque corréis peligro de recordar con la monja lo que siempre recordáis con la lega? Mas, supuesto que un hombre vive en el mundo, mal por mal, digo que es el amor de la monja menos peligroso, más noble, más seguro, más perfecto; por cuanto á las personas y merecimientos de ellas, es muy ordinario hallar una y muchas monjas en quien concurren juntamente todas las partes, cualquiera de las cuales basta para hacer amable á una mujer, que son: ser doncella, muy hermosa, muy noble, muy avisada, muy cariñosa y afable, muy limpia y que os desea muy gran bien y os tiene muy mimoso y os está muy guardada.

Esto es lo que tienen; decidme ahora lo que las falta y os diré que, si por eso queréis á las casadas y á las parientas, que ahí las tenéis también, con todos los diablos; y, si sois cristiano ó cortesano y queréis bien, nada os falta.

Cuanto á los demás perjuicios para la vida, ved qué seguridad de salud da este preservativo contra Venus, que es la mayor enemiga que tiene nuestra edad; ved cuántas canas y cuántas arrugas sanas. Para la hacienda nunca vi mercadería más barata que sus mimos, pues á tan poco coste os tienen mimoso, y con tanto gusto y amor como sabemos, y en todo un año no dais lo que en una hora os lleva una tercera, con dos mil embustes y disgustos cada instante.

Para la honra, ved la infamia de un hombre amancebado, la porquería y suciedad de una mujer y las perrerías que os hace; y la amistad de un convento, dase á la corte y conversación.

(1) Tales incestos se atribuyen á los famosos personales nombrados por Pinheiro. Canacea pertenece á la mitología. Era hija de Eolo y tuvo un hijo con un hermano suyo. Enterado Eolo, hizo que los perros comiesen al niño y mandó un puñal á Canacea para que se suicidase.

Para el alma, allí profesáis absolutamente estar en el infierno sin otro intento; aquí la imposibilidad, el estilo y la conversación no sufren esos cuidados; y cuando sea tentación del diablo, entonces no lo disculpo, sino que será en algún desalmado una sola vez, y ese, si estuviese aficionado allá afuera, hubiera de tener por fe ese estado, que aquí tiene por accidente.

Resta el gusto, con lo que concluyo y digo: que los gustos de las personas no consisten en las cosas, sino en la afición de ellas. Pone uno su bienaventuranza en comer, otro en enamorar; uno es borracho, otro tahur; uno se deleita en la música, otro en la lectura; este es amigo del pescado, aquel otro de la carne; se alegra el uno con el campo, el otro con el palacio; uno es goloso de dulces, otro de los ácidos; en fin, comes trufas y yo no puedo comerlas; hay hombres entregados á la lujuria, otros á la conversación buena y honesta. Sigan unos el mundo, donde cogerán los frutos de sus vicios, y entréguense los otros á este cielo, donde, sin la bajeza de la tierra, gozarán en ella á semejanza de la gloria, ricos con las flores y mimos de sus pensamientos, con saber que este Paraíso terrenal se logra sin penas ni sobresaltos, solamente con aquella ley de lograr todos los gustos de él, sin tocar, ni con el pensamiento, en el huerto vedado, pequeño descuento para tanta gloria, ó, para mejor decir, perfecta bienaventuranza, pues está gozando un alma de lo que le sabrá en los contentamientos de verse querido; rico de mimos y favores que deleitan y no hartan, gozando de aquella armonía de la unión de las voluntades, el aroma y hermosura de tan suaves y hermosas flores, que en un perpetuo abril florecen, sin conocer la sequedad del estío ó fríos de Otoño, destructores de sus perfecciones.

Esta riqueza no ven los groseros, ni gozan los mundanos. Vosotras, señoras, solamente sabéis querer, y lo que falta en vuestra conversación es la más cierta prenda de la eternidad de ella, pues siempre queda la conquista de la voluntad para durar y el gusto de quereros, y nunca se llega á estado de aborreceros.

¡Oh verdadera academia del amor, donde solamente se guardan las leyes inviolablemente! Vosotras solamente sabéis querer bien, todo lo demás es querer mal y es amar para aborrecer; en vosotras solamente se quiere bien, pues os aman, y amáis para querer; con vosotras vive la hermosura natural, el amor puro y la amistad verdadera y los entendimientos delicados.

Sois la corte del amor y el archivo donde se guardan sus preceptos y el monasterio donde se profesan sus leyes. Una sola falta tenéis, señoras, que os quita el precio, que es ser tantas. Si no hubiera tantas sardinas, pusieran en montón los salmonetes; la facilidad y multitud les disminuye la estimación y hace perder el gusto. Si fuerais una sola en el mundo, fuerais adoradas. Mas esto es para el vulgo necio y no para quien conoce vuestro precio, y para dejar ejemplo en el mundo de lo que deben ser estimados vuestros favores, quiero concluir con una historia verdadera que, con serlo, tiene más que admirar que muchas fabulosas. Oid y conoceréis cuánto sois queridas y la ley que habéis de guardar á quien os quiere.

En el tiempo en que D. Juan el 3.º con el sosiego de las armas trató de ennoblecer las letras, echando los primeros fundamentos de la Universidad de Coimbra, á la cual, como hija á quien ponía casa, regaló las suyas y dió larga dote, holgaba mucho que, como mimada, mandasen los hidalgos á sus hijos, para hacerla la corte y ennoblecer la casa.

Entre otros, vino á ella un mancebo de la isla de Madera, hijo de aquel Pedro Botelho que, por querer entregar la isla á los franceses, fué cocido en una caldera, de donde quedó en proverbio: *la caldera de Pedro Botero* (1).

Este era sobrino también del Gobernador que entonces había en la isla; el cual, en lugar de dar lo suyo al derecho de César, que venía á estudiar, se dió á aprender las sinrazones del amor, que le quiso cautivar. Porque, viendo una monja en un monasterio vecino á la ciudad, dejó el curso de los estudios por los discursos de amor; y como en estas materias los aprendices saben más que los maestros, alcanzó más del

(1) Véase lo que sobre este particular dice en el prólogo el Sr. Pereira Sempaio.

amor en un año que de letras en cinco, pues hasta las horas en que ponía los ojos en las letras, ponía los pensamientos en el cuidado; y, por los minutos que gastaba sobre los libros, gastaba las noches y días sobre la interpretación de las cartas, saliendo águila en unas y avutarda en otras.

De suerte que antes de hacer acto en la facultad, se quiso graduar en el amor con una de las mayores temeridades que se cometieron; porque, olvidado de nuestro discurso pasado, no sufrió irse á las ferias sin llevar su libro; y así trazó con ella que se fueran ambos y que la llevaría un amigo suyo, quedando él en la Universidad, por encubrir el negocio; y que, llegando á la isla, dijesen que era una mujer hidalga con quien estaba jurado, y que allí la recibiría por mujer.

Convenidos, con esta esperanza de su descanso, los preparativos de sus desventuras, sálese, sin más compañía que la del amor, por las oscuras tinieblas de la noche, la pobre moza (merecedora en todo de diferente ventura); y la que acostumbraba temblar de la sombra de su rueca y tropezar en el alfiler y desigualdad de la casa, olvidada de los melindres naturales á su sexo, no teme la oscuridad de la noche y salta por el muro, que entonces era de tapia, y entrégase en poder del hombre á quien nunca vió; y la que, criada en la sujeción y temor paternal, no conocía más que el estrado y almohada de la madre que amaba, y que con la vista de un hombre se la cubría el rostro de mil colores, olvidada del pudor virginal del encierro en que fuera criada, del celo de la honra, del amor de las amigas, del temor de los extraños, trueca los brincos y cuidados de su niñez por empresas en que temieran los más animosos y atrevidos capitanes.

Pártese, en fin, y despídese, para no volverla á ver, de su celda, que era su mundo, con tanto alborozo como si fuera á tomar posesión de los bienes que deja, sólo por una cosa que dicen que se llama amor.

¡Oh poderoso tirano! Que, igualmente que estás postrado á los pies de Roxana, oh grande Alejandro, á quien el mundo besa los pies, y humillas ante los de la soberbia Vasthi al grande Asuero, estás animando juntamente á la flaca doncella Mirra para romper por el ejército armado de Minos y llevas á la casta Hesicratea y á las enamoradas Timandra y Teodora, siguiendo las infelices armas de Mitrídates, Alcibiades y Andrónico. Tú haces á la flaca doncella despreciar el furor de las armas de Marte, y al robusto soldado temblar de los ojos dulces de la hermosa Venus.

Pártese, en fin, la inocente moza, y entregada á la lealtad del amigo é ingratitudes del amor, extraña el aire libre y hállase nueva en la tierra. Pregunta hacia qué parte de aquel mundo tan largo está su bien; parécela en aquella parte el cielo más hermoso, y, envidiosa de las estrellas que ocupan aquel lugar, hablando con ellas, llegan á la Fos do Mondego, siete leguas de Coimbra, donde tenían embarcación; y, no contento con la rica pobreza de la tierra, en que lograba su amor, va á buscarla por el mar á las Indias de sus tan desgraciadas riquezas, donde la están aparejadas tantas y tan grandes desventuras.

Olvídase de los consejos de Pirro, y busca con trabajos el gusto que poseía con descanso, y apártase de su bien cierto con la esperanza del dudoso; entrégase al mar y pone por primera vez los pies fuera de tierra; lévanse las áncoras, lárganse las velas, huye la tierra, triunfa el mar. Llevan las ondas y favorecen los vientos estos temerarios principios, para apresurar por este medio sus desventuras.

En este tiempo, cuando comenzaban los dos á caminar, el solícito amante, que había quedado en la ciudad, por encubrir la traza, gastó la mayor parte de aquella noche con amigos en el juego; mas el amor, que diera su corazón varonil á la dama, para no temer nada, le había dado en su lugar el femenino de ella para recelar todo, hallándose tan sobresaltado, midiendo los pasos y adivinándole el corazón los sucesos desastrados, que los amigos le preguntaban dónde estaba.

Y así, como echaron de menos á la monja y siendo tan notoria su amistad, fué preso, y en alcanzar la libertad tardó dos meses.

Salido de la prisión, toda la tierra le parece

cárcel, y, no pudiendo pasar el mar como Leandro, buscó embarcación en Lisboa, y, metiéndose en una carabela, aun en aquella inmensidad del mar descubría el amor rastro del camino de su bien, teniendo por fe que algunas lágrimas de sus ojos habían endulzado el mar salado; y pidiéndole nuevas de ella, llegó cerca de la isla y cuando iba entreteniendo las horas, imaginando las cuentas que le había de dar y pedir de sus sucesos y perdón de su tardanza, que le parecía que hacía muchos años que no la veía y se apartara de ella, he aquí que apareció un navío, y juntándose para dar noticias, conoció el amante á un criado antiguo de la casa.

Juzgad qué gloria y sobresaltos acometerían juntamente á aquel corazón. Comenzó con rodeos á traer la plática á su fin, y preguntando si había alguna novedad en casa y por la salud del tío, respondióle que se podía tener más envidia que lástima de él, que estaba remozado, con una muchachita muy linda que hubiera á las manos, con la que estaba amancebado, con tantos extremos como en el principio de su mocedad, y que los veía todas las noches recogerse á completas y levantarse á maitines.

¿Qué sentiría aquel corazón en esta hora? Mal es éste que se sabe sentir, mas no decir. ¡Qué aborrecimiento de la vida, qué deseo de la muerte, qué furor de venganza, qué ímpetu de irse al cabo del mundo, qué ansia de verla delante de sí, qué confusión, qué infierno, en qué frío y en qué fuego revolverían igualmente el aborrecimiento y el amor las tinieblas de aquel pecho!

En fin, como atónito, no atreviéndose á preguntar nada por no aclarar más su desventura, maquinando imposibles para embrollar más el pensamiento, saltó en tierra, y buscando al amigo que la condujera, se enteró de la verdad y que, al segundo mes, se le llevó el fruto de sus estudios y le revolvió otro sus libros, pues, mientras fué estudiante, no supo vigilar sobre ellos.

Y disimulando su dolor para medio de su venganza, como sabía las entradas de la casa, á media noche llegó, por un jardín, á la cámara donde la desleal Angélica entregara al caro Medoro las joyas de Orlando, que tantos extremos le costaran; y á la luz de una candela, ve en la misma cama sepultados en perpetuo sueño del olvido todas las leyes del amor y la lealtad, ciegos aquellos ojos que le daban luz y en otros brazos aquel bien de que se prometían glorias.

Piensa que es él quien sueña, y la certeza de tan gran mal le hace parecer más imposible. Está el pobre amante atónito, y la fuerza del dolor le quita el discurso del entendimiento; y en la horrible noche del infierno en que se halla, pásmanse los sentidos, y dándosele un nudo en la garganta, la falta del aliento quita al dolor las lágrimas á los ojos y el movimiento á los miembros.

Torna, en fin, á poner los ojos, temerosos de asegurarse, en su perdición, y más con afectos que con palabras compuestas, revienta consigo en estas palabras: «¡Grande desventura! ¿Qué ha de ser de mí? ¡Que sea esto posible! ¿Qué veo? ¿Que esto es verdad? ¡Tanto amor, tantas lágrimas, tan grandes extremos tan de prisa! ¡Mi doña Juana! ¡A mí! ¡En otros brazos! ¡En ti, traición! ¿Tú gustos sin mí? ¿Para qué quiero vivir? Acábase mi vida, que sólo me quedó en ella este descanso, y este contentamiento de venganza.»

Y, sacando la daga para matarlos, poniendo los ojos en aquel rostro que acostumbraba ver con tan diferentes afectos, se le opuso el amor, intercediendo por el alma desleal, que le enterneció las entrañas, y se le disiparon las manos; y aquel generoso corazón para darse mil muertes, le faltó para hacer agravios. ¡Ahora ni toda tu sangre satisface tamaña deslealtad! ¿Qué te engañó, señora? Abre esos ojos y no desestimes tantos extremos cuantos por mí hiciste. ¿Qué te hice, cruel? Mira que no es ese que tienes en tus brazos aquel que te obligó á tantos desatinos, ni aquel que por ti se ofreció á otros tantos. ¡Triste de mí, que este es el premio que tantos años granjeé, reservándole, para tanto mal mío! ¡Y que no solamente me perdieses, mas justamente te echases á perder á tí misma! ¿Qué haré en tamaño mal?

En fin, venció el amor, y se resolvió en el extremo que ahora oiréis.

Traía el desventurado amante en una bolsita, hecha por las manos de la amiga, una cédula, escrita con sangre de ambos, en que se prometían fe mutua, eterna, constante, colgada de un cordón

del cabello de su profesión, y en el dedo un anillo que ella dejó á una amiga, cuando se partió, para dársele. Llegóse al lecho ó sepultura de su amor y con cuidado la puso el anillo en el dedo; é, hiriéndose en uno de los suyos con la daga, borró la cédula con la sangre con que escribiera, y dejando el alma envuelta en ella, la puso en el pecho, y la daga en la almohada; y se salió, para no ver eternamente aquellos ojos de que tenía luz, apartándose para nunca más verlos.

Y, sea que la inocente sangre clamase, sea que se alborotase en el pecho de su homicida, ó que el corazón fuese presagio de su mal y la antigua unión de las almas causase el mismo desasosiego en la desleal señora, despertó con sobresalto; y sintiendo el peso desusado en el dedo y alborotándose la sangre, los saltos del corazón la hicieron reparar en la bolsita, y viéndose la sangre fresca y la daga tinta en ella, cayó en su desventura, y acudiéndola á la memoria los extremos del amor pasado, la deslealtad del estado presente y la firmeza de su verdadero amante, pensando que era muerto, reventándola el corazón, se la entumieron los brazos que ni herirse pudo, y perdiendo el sentido, con las bascas despertó el viejo, y viendo el puñal, temblando, la hizo volver en sí, que, aborreciendo igualmente la vida y el lecho, saltó de él, y pidiendo á Dios venganza de sí misma, contó todo al traidor, haciendo que la arrojase luego de casa.

Entretanto se ocultó el desventurado amante hasta hallar embarcación para el reino, donde, vestido de peregrino, se fué á Roma, siendo pontífice León X, de la casa de Médicis, y, postrado á sus pies, le contó sus desventuras, con tales lágrimas que el Sumo Pontífice, que era la suma blandura y suavidad de condición, lloró con él y le concedió todo lo que quiso, que fué una bula para que en el convento la volviesen á recoger y que no se la diese más pena que estar sin velo en una casa el tiempo que pareciese á la abadesa; y haciendo traspaso en ella de un juro de 20.000 reis que tenía, se volvió al reino, con letras del Papa, y mandando á un amigo las bulas y renunciación con una carta, que luego copiaré, para ella, en cuanto supo que era embarcada, se pasó á la isla y mató al tío á puñaladas, que no le quiso matar antes para que ella no fuese culpada; y, pasándose á Italia, se metió capuchino, donde vivió solamente dos años, con mucha abstinencia y disciplina.

Me leyeron la carta que mandó; y, poco más ó menos, decía de esta manera, que, para ejemplo de los que verdaderamente quieren, pongo aquí, para que sepamos que ninguna flaqueza de mujer exime al hombre de honrarlas y favorecerlas siempre.

Carta

Señora.

El mayor dolor que nunca padeció corazón humano fué el que me traspasó las entrañas, viendo con mis ojos la mayor y más desmerecida traición que nunca cometió mujer. Sólo con mi muerte pensara, en otro tiempo, que me vengaba de vos; hoy una y mil muertes vuestras no son bastante venganza de tanta bajeza y deslealtad. Vivid, para que tengáis tiempo de pensar en lo que hicísteis. Mas, porque la obligación que un hombre tiene á una mujer que por él aventura todo el bien que tiene, que es la opinión, no se paga con yerros, sino con servicios eternos, quiero pagar los extremos que por mí hicísteis, conforme al precio en que yo os tenía y no conforme al poco en que vos os estimasteis.

Mando esa bula para volveros á la casa que por mí dejasteis, y ese juro para la vida que por mí aventurasteis. El peso de la honra y crédito, doy gracias al Cielo que me libró de tamaña carga. Esa alma yo sé que fué algún tiempo mía, y soy obligado á dar á Dios satisfacción de ella; y así me condeno á no veros eternamente hasta aquel último día del Juicio, en que iremos delante de Dios á dar cuenta de nuestros pensamientos; y si entonces valiesen lágrimas, no os faltarán las mías, para que el Cielo os perdone los males que me hicisteis, con tan poca razón, que yo debo mucho al amor, pues hasta de la mayor desventura en que nunca se vió hombre humano, me trae tan gran bien como la esperanza que tengo de mi salvación, no quedándome en la tierra qué querer sino la muerte, que espero, y la pureza, que siempre guardé.

Vos, ya que supísteis errar, sabed ser cristiana.

¡Qué diferente lenguaje éste! ¡Cuánta mudanza! ¿Quién tal imaginara?

Vivió esta señora algunos años sin salir de una casa, sepultada en perpetua tristeza y lágrimas, con lo que acabó su vida, con mucho ejemplo de santidad. Yo conocí personas que la vieron y trataron, que eran religiosas en aquel tiempo, y toda la sustancia es verdadera.

Mi historia acabada, mi boca llena de mermelada.

22 DE JULIO

Día de Santa María Magdalena, es uno de los más hermosos días que tiene Valladolid, porque, como su iglesia está en el Prado que de ella toma el nombre, hay uno de los mayores concursos de la corte que tiene el año.

La iglesia es lindísima, y está como si fuese hecha ayer; es colegiata, y hecha por el Doctor Gasca de las reliquias del Perú, que fué uno de los más prudentes que tuvo España, y como tal, siendo un clérigo particular, le mandó el Emperador para sosegar y domar la rebelión de Pizarro, que los capitanes que había mandado no pudieron vencer con las armas, y había llegado á ordenar que se pidiera al Papa ratificación del reino para Pizarro, por orden de Carvajal, otro Agatocles en esfuerzo y el más solemne bellaco de España.

En fin, él, con un clérigo y dos pajes procedió de manera, con disimulación y sufrimiento, que los ahorcó á ambos, y fué tan entero en no recibir nada, con reparar el Perú todo, que cuando llegó á Sevilla venían como presente para él, sin saberlo, 54.000 escudos que sus enemigos pidieron al Emperador le dejase aceptar, los cuales él repartió con los parientes de los que se lo enviaron; y, sin embargo, aunque íntegro en el no recibir, fué desgraciado en el dar, pues no pudo huir á las calumnias que desterraron á Temístocles y Arístides y mataron á Sócrates, pues le atribuyeron que dió todo á rebeldes y no á leales; mas de hombre tan prudente, de creer es que lo haría por granjear los ánimos, conformándose con el Evangelio, que dice: *Facite vobis de mammona iniquitatis.*

Volviendo á la iglesia, tiene á la puerta un árbol como olmo, del cual hay tradición cierta que poniendo un clérigo, que estaba rezando, el breviario en un hueco que tiene, cayó dentro, sin él advertirlo; y, sacando carta de excomunión, se secó el árbol tres años, hasta que, metiéndose un gato dentro y sacándole, por oler mal, hallaron el breviario podrido, y fué en ocasión que luego reverdeció en tres días, y es cosa que cuentan por cierta hombres gravísimos, y muy notable.

Estuvo el Prado como un jardín de todas las flores y rosas de la corte, que, con bajar muchas á la iglesia, hacían parecer todo más hermoso. No llegamos al Prado, por dejarnos D.ª Ursula á pie; mas fuímonos yo y Jorge Castrioto y otro amigo á la iglesia, que hallamos hecha un paraíso. Atravesamos por muchos buenos paños hasta sentarnos con un Padre de Santo Domingo, que era el P. Tiedra, gran predicador, y otro compañero, muy gentilhombre y mozo de capricho, y un clérigo gordo como un odre, mas muy gracioso; y como buenos pastores, tenían delante un hermoso rebaño, con una abeja maestra que revolvía la feria.

En esto, pasaba una moza de muy buen rostro; y como no hallaba lugar, porque había mucha gente, dijo el fraile á la vieja: «Dé V. Md., señora, lugar á esa doncella, que es mi confesada». Respondió la vieja: «Confesada con tal padre, doncella como su madre». Acudió ella: «¿Y qué ha V. Md. visto en mí para no serlo?» Respondió: «Que tiene V. Md., mi señora, buena cara y muy rebuena gracia». Repuso á esto una de las presentes: «¿Y no halla V. Md., que haya en la iglesia otras buenas caras, y que sean buenas?» Respondió ella: «La gloriosa Magdalena y yo, que somos de madera vieja y seca». Levantóse el clérigo gordo, diciendo que se sentase en el banco, pues no la daban lugar. Respondió ella: «Perdone V. Md., que hace mucho calor, y no quiero estar entre cuero y carne, como decía la otra». Porque, yendo en un coche dos clérigos, uno más dado á Venus y otro á Baco, dijeron á una embozada en el Prado: «Mi señora, ¿quiere V. Md. que la metamos aquí?» Y respondió: «Eso sería estar entre cuero y carne» (1).

En fin, ella y la madre aceptaron sentarse en el banco entre nosotros, diciendo que antes querían ser de «todo el mundo, que del diablo y de la carne, como los otros» (2). La fiesta, fué risa y gracias del fraile, de manera que del coro nos vinieron á pedir que nos callásemos; y el P. Tiedra no bastaba á reprenderle, y nosotros, que holgábamos de oirle, no le dejábamos ir.

---

(1) En castellano las palabras del diálogo.
(2) En castellano lo que va entre comillas.

Vinieron á tratar si era más contentamiento reir ó alegrarse por dentro, sin mostrarlo por fuera, y cuál era más perjudicial; pretendiendo el mozo que no teníamos de la vida más que lo que veíamos, y que la risa no fuera nunca pecado mortal y era beatificada, y por eso estaba en el rostro de los ángeles y bienaventurados, y que todos los herejes tenían malas caras, y los santos y los católicos riendo, y ¿por qué no había de comenzar á ser en la tierra lo que había de ser en el cielo? Tomó la vez el P. Tiedra y con mucha gracia nos tuvo suspensos media hora, que debía de tener estudiado el punto; y, porque encontré algunas cosas nuevas y las puse en la memoria porque me parecieron bien, las pongo por suyas, mas sin gracia ni chiste.

Toda la tristeza naturalmente aprieta y encoge, y toda la alegría ensancha y deleita. La razón es porque en la tristeza y miedo acude la sangre y espíritus vitales, como buenos vasallos, al ánimo y al corazón; y en la alegría él, como buen príncipe, comunica á los miembros la sangre y espíritus vitales, y queda desamparado.

De aquí procede ser el miedo pálido y la alegría rosada, quedar en la tristeza el hombre pálido y amarillo y descolorido, y en la alegría colorado y seguro; porque en la tristeza desampara la sangre los miembros, y en la alegría reparte el corazón la sangre y la pone en presidios para descansar, que es la misma razón de ser la tristeza fría y la alegría caliente, y la más verdadera causa del frío y fiebre de la terciana, por lo que dijo Aristóteles: *Rubescunt quos pudet, pallent qui metuunt, quia metu perculsus sanguis ad cor contrahitur, pudet factis diffunditur, ut superficiem occupet.*

De donde procede que es más perjudicial y peligrosa la demasiada alegría, siendo repentina, que la sobrada tristeza, no siendo continua; porque, á más del hábito, que conforme á nuestra miseria, hemos criado en los disgustos, con lo que *ab assuetis non fit passio,* hay el poco uso de los gustos, como que de la poca costumbre de ellos nace la impaciencia de la naturaleza; y es la razón que la abundancia de la sangre ahoga el corazón y la respiración continua le está recreando por obra de los pulmones; y, por el contrario, el defecto del calor natural, por ausencia de la sangre, nada le favorece y la misma respiración le acaba de matar.

Por donde la próvida naturaleza nos enseña que en el miedo no nos hartamos de respirar fuertemente y en la alegría se desahoga una persona, ó estando suspensa, no respira. Y aunque no sabemos de tantos Polícrates, Filípedes, Diágoras y otros atletas y pantatiratas, que, entre las flores con que los coronaban en los Olímpicos por los vencimientos de los hijos, como otros truhanes de Heliogábalo, acababan la vida, ¿cuántos como los infantes de España, Loaysas y Barajas, vimos perder la vida, á fuerza de disgustos? No es porque naturalmente no sea más eficaz y peligrosa la alegría, sino por la falta de costumbre de ella; pues vemos cuántas más lágrimas saladas se derraman en los disgustos que dulces en los contentamientos.

Conforma con esta razón el ver que en la alegría, con la difusión de los espíritus, se abren los poros, y en la tristeza se encogen y contraen; en la alegría se suspenden los miembros y nos sentamos; en el miedo cerramos los dientes y apretamos las manos; en la alegría buscamos la compañía, en la tristeza la soledad; en la alegría se derriban los muros, en los enojos se cierran las ventanas.

Por eso, finalmente, da David gracias á Dios porque le dilató el ánimo, y de Eneas dice Virgilio que disimula en el rostro, mas que el dolor le aprieta el corazón. Esto cuanto á la alegría *in genere.* Viniendo á lo particular: así como ni toda la tristeza es llanto, ni toda la alegría es risa, uno y otro no son totalmente efectos, ni solamente especies; mas son efecto y especie de cierto género de alegría y tristeza.

Antes, si bien reflexionamos, en la tristeza grande faltan lágrimas, y no se satisface con risa la gran delectación ó contentamiento. No es grande la fuerza de deleite que causa la risa; unos y otros son más efectos de remisión del sujeto que efecto de la intención de él; el dolor grande embota y hace pasmar los sentidos y no cabe por los ojos, y el grande contentamiento eleva el pensamiento y suspende el alma y no sufre risa; y, si bien consideramos, veremos que

no sufre risa la prudencia, pues no puede caber risa en ningún hombre prudente, porque no causan la risa cosas de sustancia ni que tengan ser, sino las de gracia y escarnio, como el apodar, el zumbar y el escarnecer los yerros de otros ó la tontería de quien equivoca la palabra.

En fin, risa causan las cosas ridículas y no las verdaderas. Reímos en la comedia del bobo y nos recogemos, sin hablar con nosotros, en las palabras del Rey sabio. La travesura nos hace reir, el acto noble mirar para el vecino; y, viniendo á la autoridad de los pintores, de que vos, padre, os queréis aprovechar, ¿dónde vísteis á Sócrates riendo, ni á los necios sino con risa, los grandes monarcas é ilustres varones sino con gravedad, modestia y prudencia y grandeza de ánimo, y los Momos y Zoilos sino escarneciendo unos de otros? Veréis en los ángeles la alegría, mas no la risa; mostrarán la gloria en el semblante, mas no la risa en la voz y menos en el rostro; veréis los bienaventurados con rostro risueño, y, finalmente, ha de verse su bienaventuranza en la alegría de los ojos, mas no en la risa de la boca.

Ninguna cosa hay más contra la gravedad y modestia de un religioso que la excesiva risa. ¿A qué rey visteis reir en público, qué varón eminente en la plaza, que no fuese tenido por chocarrero? Hacer reir es costumbre de truhanes, y reir mucho, de locos. Proverbio antiguo es que en la mucha risa se conoce al necio, porque el prudente deléitase en las cosas graves, conforme á su naturaleza, y el loco en las ridículas, que sólo entiende; y aun sin la regla de los estoicos, que niegan que el varón prudente ha de estar sujeto á ninguna pasión, sabemos que ni las lágrimas están bien en los ojos del varón fuerte, ni la risa en boca del prudente; porque una cosa y otra son excesos en que la pasión vence á la razón, el dolor á la fortaleza, el gusto á la modestia y gravedad.

Y, volviendo al discurso en que comenzamos, digo que la misma naturaleza nos muestra la poca sustancia de la risa, conforme á lo cual nos dió en el rostro voces á todos los sentidos y órganos de ellos para mostrar los efectos del alma, con lo que tan bien sabe mostrar en la tristeza su dolor con llanto el niño de un día como el viejo de cien años, y expresar su gusto con risa el cortesano de Valladolid como el rústico de Sayago, porque es lenguaje que igualmente dió la naturaleza al blanco alemán y al etíope adusto, «del Gange al Tajo, del Indo al Danubio.»

Quien se deja vencer de estas pasiones, sin moderarlas por la razón, es negro ó es niño. El asiento de la tristeza ó la alegría está en el corazón: la risa ó se causa de las cosquillas en la superficie, con la picazón á que llaman hormigueo, ó propiamente en el hígado; de él vienen al rostro unas fibras ó nervios menudos, que causan la señal de la risa, contrayéndose y haciendo la risa en la boca y cara; por lo cual cuenta Plinio que muchos gladiadores murieron riendo, porque les llegaba la espada al hígado y fibras de él; y lo mismo se dice de la ponzoña de Cerdeña, que naturalmente mata riendo, de donde quedó el proverbio en la risa forzada que se llama *risus sardonicus*.

Por su origen veréis el poco caso que la naturaleza hace de ella; por su causa, que son las cosquillas y cosas ridículas, lo poco que se ha de estimar; por sus órganos y ministros, lo poco que vale, porque la tristeza y gravedad está en la frente y sobrecejo, y la alegría en la boca; todas las lenguas en los ojos como fiadores del corazón. Por eso quedó la metáfora latina: *triste supercilium*, y la frase española: *con la boca llena de risa* (1). Hemos de traer la gravedad sobre los ojos y escupir la risa que nos viene á la boca; mas vos, padre, queréis antes seguir al carnero de Marcial que al hijo de Creso, y entenderéis un epigrama suyo que dice:

> Cœpit, Maxime, Pana, quæ solebat
> Nunc ostendere Canium, Terentos (2).

Que quiere decir que vino su amigo á Tarento y comenzó la ciudad á tenerle en calidad

(1) Frase por cierto muy expresiva y muy usada por nuestros clásicos. "Miró también don Quijote á Sancho—escribe Cervantes en la parte 1.ª, cap. XX, del *Quijote*,—y vióle que tenía los carrillos hinchados, y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer reventar con ella...„

(2) L. I, epig. 70.

de sátiro, que se pintaba riendo, porque siempre reía. Y así concluyo que el hombre que ríe mucho es sátiro y medio hombre. Muéstrame alguno que se alabe más de mucha risa que de muchas lágrimas.

La risa en el hombre grave ha de ser más agasajo que risa, acogimiento que descompostura, más en la modestia y favor del rostro que en la risa de la boca. ¿Vísteis vos, en fin, padre mío, galgo que, saliéndole una liebre, le salió otra y perdió ambas? Ahora oid y veréis que, aunque un hombre quiera ser grave, no quiere este mundo, tiéntale el diablo y le hace cosquillas á la carne. Por esta cruz, que estando leyendo esto en la cama y riendo con un amigo, llegó un criado y dióle una carta que traía un escudero, abierta, y decía así (1): El, muerto de risa, dijo: Ahora va el P. Tiedra á predicar á los desiertos de Libia; si me quiere llevar, que no caiga de risa. Leed ésta, y llamadme aquí á ese y démosle una cosa.

Entró con sus espuelas doradas y sombrero fanfarrón, con tanta confianza como si trajera carta del P. Ignacio. Decidme ahora mal de los castellanos, ó rogadme que no me ahogue de risa: á esta filosofía me atengo yo y no con la hojarasca que lleva el Padre para hacer boca. Ya me iba convirtiendo, mas acontecióme lo que cuenta la fábula de Isopete, que en viendo la dama que se convirtió en gata, el ratón dejó la cama de grana y saltó tras él. *Quod natura dedit,* etcétera.

24 DE JULIO

Estos tres días que corrieron hasta el aciago del martes, en que partimos, con ser los más tristes y lastimosos, fueron los más alegres y hermosos que tuvimos, por ser todos festivos y haberlos escogido para las despedidas, que fué el último fruto que tuvimos de las huertas de Valladolid, donde celebramos estas exequias todos los que veníamos desterrados en compañía.

Y, dejando aparte promesas y sentimientos, que entonces parecían tan verdaderos y hoy veo en todos cuán deprisa mostraron el hilo, (que estos somos nosotros y estas son ellas y esto es todo lo del mundo y todo el mundo es esto, y lo peor es que esto es lo mejor que tiene; tal es él y tal somos nosotros), dejando, digo, estos sentimientos ocultos, para quien los sabe sentir, os contaré solamente una aventura que tuvimos, que, como en fin de libro de caballerías, no la pudimos dar fin y quedó para nuestros sucesores la gloria de ella.

Contando yo á Jorge Castrioto cómo teníamos una merienda para el domingo, en que entraban los amigos que venían y sus conocidas y las mías, con sus primas, madres, cuñado, quiso entrar á pérdida y ganancia; y como yo le dejaba nombrado por mi futuro sucesor, quiso ser coadjutor en vida.

Dimos con nosotros en la huerta de Gilimón de la Mota, que dió la quinta á saco á la compañía, que, como si fuera de soldados sin piedad, lo dieron á granado y menudo, porque su naturaleza es holgar más con lo duro que con lo maduro y gustar más de lo que dañan que de lo que aprovechan.

En fin, después de las caricias de Flora y Pomona, guitarras de Apolo y fiestas de las Musas de Diana, estando al fin de la devoción de Baco y Ceres, vimos por entre la maleza, en la huerta próxima, un coro de ninfas, que nos estaban espiando, pareciendo, por la escasez con que se nos mostraban por entre los árboles y selvas, como el sol entre las nubes, más hermosas.

El amigo Castrioto, como soldado aventurero y que no tenía allí á quien dar cuenta, fué el primero que acometió la aventura, y fué á descubrir la plaza, y volvió diciendo que eran unos serafines y que preguntaban por el licenciado y por nosotros. Los otros leales amadores quedaron de guarnición.

Yo, que, aunque preso, estaba sobre homenaje, y Agamenón, mi compadre, que, como negrito nuevo, se alboroza con gorro encarnado, no sufriendo las cosquillas, nos fuimos, como descubridores del campo, con achaque de saber quiénes eran.

Hallamos que estaban preguntando por el licenciado Gilimón, y dijo mi compadre: «Aquí

(1) Parece que falta algo en el original.

tienen V. Mds. dos, miren lo que me mandan». Respondió una: «Señor licenciado, un consejo: ¿qué remedio tendrán tres pobres doncellas para hartarse de esa fruta, que, aunque queramos pecar como Eva, no hay una manzana en esta huerta»? En esto se llegó otra y dijo, viéndonos los hábitos: «Hermanas, á Dios gracias que se acuerdan de nosotras. *Portugueses, muyto fidalgos, muyto namorados, muyta baeta*, toda la huerta es nuestra». Entonces descubrimos un coro de ángeles que, ó por el lugar en que las veíamos, ó por la gracia y fiesta con que nos hablaron, ó por los trajes, que eran dos de tela encarnada, y la que me cupo por vecina de verde, ó por merecerlo, nos parecieron de las más hermosas mujeres que vimos en Castilla; y con ellas estaba otra de más edad y más hermosa que ellas, que era madre de mi vecina y tía de las otras.

Dijo Jorge Castrioto: «¿No dije yo á V. Mds. que había descubierto un gran tesoro? De buena gana me vendiera yo á mí mismo para comprar esta huerta». Y dije yo á la madre: «En verdad, señora, que estando tan rica la huerta con tan buena fruta, no hay para qué codiciar la nuestra, y, cuando no, sea V. M. servida recebirla á trueque, que en feria, donde está tan cierta la ganancia, no es justo dar nada de gracia.»

Repuso una: «No sean escasos desa fruta, que la desta huerta está muy alta y es mala de alcanzar.» Dijo Jorge: «No se deshaga por eso, que no faltará quien suba al árbol á sacudirla.» Contestó la madre: «No se cansen V. Mds., que es muy verde, y dañarles ha los dientes.» Respondí: «No se duelan V. Mds. de mí, que somos muy amigos desas glotonerías, y tráigolos yo acostumbrados á fruto verde, como quien no merece sazonado, cuanto y más que la mejor desta es mudarse en el pecho, como gusanos de seda.»

Acudió la hija: «Hermanas, no me descontentan los hombres, mas no he visto portugués más regatón en todos los días de mi vida; y mira lo que perdistes, que estuve tentada á haceros un favor, mas no merece mi gracia quien tanto hace por interés y tampoco por ella.» Respondíla: «Pues, por mi vida, señora, que no habéis perdido poco también, porque no he visto ni gracia, ni hermosura junta que más me agradase, y en mi vida estuve más tentado que hoy, que le doy mi palabra que, á no estar de camino para Portugal, me hubiera de amancebar con otra; mirad lo que perdistes, y cuán desgraciada fuistes.» Llamó á la madre, diciendo: «Madre, ayudadme á llorar hoy viuda y sola, ayer por casar (1): estaba casada, mas váseme el novio y déjame preñada.»

Preguntáronnos si de verdad nos íbamos, y dijo Castrioto que bien lo podían creer, pues visiones como aquellas no aparecían sino en la hora de la muerte, mas que él quedaba en nuestro lugar para ampararlas. Dijeron que no querían hacer favores sino á los que se iban, que tenían lástima de ellos y de aquellas señoras, y preguntáronnos si nos querían bien, y á cual quería cada uno de nosotros; y como nos negásemos, diciendo que no era cosa nuestra, dijo una: «Mirad, hermanas, que todos son Judas que las niegan y venden, estando con la mano en el plato con ellas: pues, á fe que no lo merecen sus tan buenas caras, y ya me huelgo que se vayan, ni quiero embarazarme con ellos.»

En fin, consiguieron de nosotros que fuésemos por fruta y dulces de nuestra merienda; dijimos que de buena voluntad, mas ¿qué remedio habría para que las nuestras no desconfiaran? Acudió mi vecina: «Eso de traiciones conmigo, buen remedio. ¿No dicen que son casadas? Pues dicen que está aquí una preñada, que se le antojaron dulces de su merienda, y luego se los darán, por guardar los ojos». Dijo Agamenón: «Si V. Mds. son doncellas, ¿cómo están preñadas?» Y respondió: «¿Y qué saben ellos? ¿No quieren presumir de nuestras vidas mejor que nosotras? Juren que sí, que algún día será verdad, y diremos de nos» (2). Díjela yo: «ya que V. Md.,

---

(1) Recuerda aquí Pinheiro la bella letrilla de Góngora:

La más bella niña
de nuestro lugar,
hoy viudita y sola
y ayer por casar.

(2) Como todo este diálogo está en castellano, se observarán las frecuentes faltas que comete Pinheiro.

no se enojara, no fuera bueno que pasáramos señal, porque soy yo muy amigo de la verdad.» Replicó ella: «Vaya, ya que, por librarme dél, le doy ese pañuelo. Tráiganlo bien lleno, que no les quede cosa.»

Fuimos, diciendo Jorge Castrioto: «Debiéranse contentar con que le diéramos la leche del nuestro ganado, sin mandarnos quitarle hasta el pellejo, pues no las veo tan liberales que hayan de se desnudar las camisas.» Y respondió: «No fueran ellos pelones, si no les doliera el pellejo.»

Fuése Jorge con el pañuelo, diciendo en voz alta: «¿Quién hace bien para unas doncellas preñadas, que se les antojaron dulces?» Con lo cual, vinieron unas y otras, y todas contribuyeron, y nos tornamos con toda la compañía, á la que hicimos ir allá, para conversar más de cerca. Comenzamos á darlas fruta y dulces y confites, que tomaron con mucho regocijo, metiendo los brazos por la maleza y descubriendo unas manos como de azucenas, de que las castellanas son muy cuidadosas, hasta llegar á sangrarse, para tener menos sangre.

Yo escogí dar los confites, por detenerme más; y porque no quise dar á mi vecina, que tenía guantes, la madre se los mandó quitar, diciendo: «Niña, limosna no se ha de pedir sino con humildad. Quita el guante: si tienes tú tan buena vajilla como tus primas, porque vean que, á falta de buenos platos, no faltan buenos guisados.» Y como la diese uno á uno y apretase los dedos, dijo la vieja: «Válgame Dios, qué estéril que es el portugués, y qué poco á poco echa. ¡Doyle al diablo! Apriete enhorabuena y eche más, que, por vida de mi madre, que hace de los confites rosario.»

Y continuó una de las otras: «Tiene razón mi prima, que no se sufre apretar tanto y echar tan poco.» Diéronme solamente unas cermeñas, y diciéndola la madre que cómo no tomaba al novio, dijo ella: «Señora, es pedir peras al olmo, que me huye con la mano y quiere que se los vaya allá á sacar del pecho, y temo que si alargo el brazo, se me quede con ellos y con el plato.» Díjela yo: «Ya que no me dejaran nada, no parecería mucho me los dejara lamer, como pobre.» Y, como se pinchase, dijo á la madre: «Madre, lléguese acá, por vida suya: que meta la mano, que se las saque, que, aunque se pique, no hallará sangre.» Ella lo hizo diciendo: «No quisiera que supiérades tantas letras con tan pocos años.» Y respondió: «Déme melón el novio, que se me va mañana, y no se le quede pelo.»

En fin, llegáronse nuestras amigas, diciendo: «Malas mujeres, que nos quitan nuestros pastores y se comen nuestros dulces»; y quedamos como en gradas de monjas. Y después de muchas pláticas sacaron un cesto de dulces cubiertos, de los mejores que vi en Castilla, y nos dieron mucho de todo, que sólo por broma nos habían tomado los nuestros.

En esto, acudió el padre, y Liñán, el gran poeta (1), que era tío de ella, y después de sentarse, y sus cumplimientos, dijo Liñán: «V. Mds. bien se pueden contentar con las damas sin llevarnos la merienda; y V. Mds., señoras doncellas, muy enhoramala para ellas, hagan favores y no den la hacienda, que es quitarle la gloria de galanes y llamarles próceros.» Respondió la de lo verde: «Calle V. Md., que no hacemos más que pagar nuestras deudas, que están aquí unos pleiteantes, que no nos dejaron vivir, sino pagarnos.» Preguntó el padre sobre qué era el pleito. Respondí: «Es que me ha desechado esta señora, porque yo me ofrecí á esa señora doncella del verde, y nos dimos fe, mano y palabra, y ahora quiero obligarla á que la cumpla ó me restituya todos los favores que por su respeto perdí.» Respondió él: «En verdad que tengo por grande herejía ofender á V. Md. ninguna desas señoras, que no hay que espantar que le falte el cielo, cuanto más Florencia, que sola ella podría hacer estos daños; y veamos lo que quiere, porque no la veo yo caudal para pagar tal pérdida ni henchir el lugar de su señora.» Ella respondió: «Por

---

(1) El famoso poeta Pedro Liñán de Riaza, nacido, según la opinión más admitida, en Calatayud. Murió en 1607.

Encuentro que en 24 de Junio de 1605 fué bautizada una niña llamada Catalina, hija de *Pedro Liñán de Santisteban* y de D.ª Ana María del Barrio. Padrinos, Jerónimo Flores Vallejo, natural de Madrid, y D.ª Estefanía de Herrera. *(Arch. par. de San Miguel,* L. de bautismos de San Julián de 1553 á 1623, f. 123 vuelto).

hacer mal á un portugués, lo confieso todo, y digo más, que me obligo á pagarle todos los favores que esa señora le ha hecho y espera della, con condición que los diga luego.»

Comencé yo: «Primeramente, señora, ella me quería mucho.» Respondió: «Yo, muchísimo.» Dije más: «Y cuando mañana me fuera, me había de hacer muchos regalos y despedir con un abrazo.» Respondió: «No lo oiga mi padre, que le daré dos docenas.» Repuso él: «No oigo nada, mas tú las llevarás en casa.» Continué: «Item más, teníamos determinado de llevarla hurtada para Portugal.» Respondió: «Sea para ello, que yo no le diré que no.»

Y como yo no tuviese qué ir diciendo por delante, me acudió D.ª María diciendo: «Lo mejor se le olvidaba, que si me lleva, yo iba preñada.» Repuso ella: «Mal provecho le haga, que nunca soy yo tan dichosa.» Sobre lo que hubo gran broma, diciendo el padre: «En verdad, señora, que tenéis muy bien doctrinada vuestra hija, que sabe más latín que su tío.» Y, continuando la conversación, estando nosotros en secreto, se nos metió en medio D.ª Juana diciendo: «No quiera Dios que delante de mis ojos se le hagan estas traiciones á mi hermana, sin que les quite la luz de los suyos.» Y acudió Liñán: «Pequeña venganza es esa, señora, por tal agravio, pues antes ahora con tan hermosa vidriera quedará más claro el templo, y más hermosa y rica la imagen. Mejor fuera que los dejaran á V. Mds. como á traidores, y nos quisieran á nosotros, y á buena cuenta les diré unos versos á este propósito.» Y recitó unos tercetos, en extremo buenos.

Acuérdaseme un soneto que vino muy á pelo, hecho antiguamente en otra ocasión semejante, que él encareció con muchas palabras:

SONETO

Si, cuando el sol n'el cielo resplandece,
de sus rayos la nube es revestida,
en el iris celeste convertida
de mil varios colores se enriquece.
Mas si la luna ingrata se le ofrece,
la tierra queda triste (y) escurecida,
mas ella por más clara no es tenida
y el sol después más bello nos parece.
Si porque, como nube, pretendéis
ser bella, entre mi sol clara os pusistes,
mil gracias de su gracia alcanzaréis;
mas si cual luna ingrata os opusistes,
ni vos ganáis, ni vos, mi sol, perdéis
la luz con que más bello aparecistes.

En este tiempo del sarao pasamos la tarde, hasta que la madre dijo: «Señor, pues nadie nos quiere y nos desechan por viejos, consolémonos con la merienda.» La cual les trajeron, como á príncipes, con mucho concierto; mas no supimos más que parecer gente muy principal y de todo tuvimos nuestra parte.

A todo esto estuvieron sin sabor alguno los dos enamorados, que, por no agraviar á las amigas, no hablaron palabra. Y estos son los bienes que trae la libertad en la corte, con que se hace amable y apacible; este es el bien de que se priva quien se cautiva en ella, porque ni el cautiverio de las ciudades menores se sufre sin amor, pues falta la libertad de la corte, ni en ella hay afecto verdadero, con lo que se pierde el mayor bien que tiene, que es la largueza de estas aventuras.

Mas hasta estos frutos de la libertad exterior conozco que debo á la sujeción verdadera de mi alma. Vos, señora, por medio del cautiverio de la propia voluntad me dais seguridad para verme en estos peligros sin temor de perderme en ellos, porque los ferretes que llevo en el alma me hacen conocer por vuestro y hablar seguro en todos ellos. Tema los peligros el nuevo amante que no se fía de su libertad, mas quien por la pureza de su fe está confirmado en vuestra gracia se ofrece al martirio de estas tiranías, seguro de salir con palma y aureola de gloria de entre ellas; porque, después que de esos hermosos ojos bebí la dulce ponzoña que más penetrado tiene el corazón, imposible es que abrace ningún otro fuego más que el vuestro, que de éste verdaderamente puedo decir que un fuego mata á otro.

Este es el antídoto de Mitrídates, que preserva de todo veneno; esta la triaca compuesta de la misma ponzoña, que se aplica para remedio, y estas las plumas del águila, que en su presencia consumen todas las demás; esta la turquesa que en las mayores caídas me libra del peligro, este el carbunclo precioso, que impide el daño de los

otros, este el ojo derecho del alacrán, remedio de su mordedura, por la imagen de vuestra hermosura impresa por amor en el corazón, como en diamante por mano de vuestra dureza, igual á él; imposible es recibir otra forma, y así estas muestras de amor extraño son rociadas de agua ardiente, que tiene apariencias de fuego, mas no abrasan el corazón.

Es buen testimonio el amor y vos, señora, á quien en la más larga ausencia, por obra de la memoria, tengo presente en el alma para respetaros, que no me consiente la lealtad que os debo ni ofender la dureza de la persona, ni el interés del alma; no porque le prometa de vuestra parte alguna esperanza de favor, mas hasta el cuerpo, como templo y sagrario donde es adorada vuestra hermosura, conservo con esta pureza, y el corazón, como altar, en que en el fuego del amor ofrezco, en sacrificio continuo. Mis recuerdos y *saudades* no consiento sean profanadas para que merezcan mis suspiros llegar con suavidad al cielo de vuestra presencia; y para las venialidades de estos pasatiempos basta el agua de mis ojos, en que, en la larga noche de vuestra ausencia, purifico las penas de mi pecho.

Ni juzguéis por agravio hecho á mi fe y ofensa á vuestra hermosura estas horas gastadas en ver otros ojos y alabar otros merecimientos, porque me acontece como al verdadero amante á quien cayó la fruta que recibió de mano de la hermosa dama entre las otras, que, aunque pone los ojos y toca á muchas, es solamente buscando la que estima. Revuélvelas para dejarlas y manoséalas para hallar en ellas el bien que perdió.

Deléitame, hermosa señora, la vista de la hermosura ajena, como retrato de la vuestra; paso, como aguja tocada en la piedra, por muchas estrellas, buscando mi norte, donde sosiego; cojo, como abeja, lo mejor de muchas flores, para digerirlo en mi pecho en el dulce licor de vuestros recuerdos.

Compongo un ramillete de diversas margaritas, para consagrarle en el altar de vuestra memoria, y junto las mejores colores de diversas plumas para sacar al natural las sombras de vuestra hermosura; y como, para retratar á su Venus, ando escogiendo la mejor de las más hermosas damas para sacar un retrato de mi Diana, que, en tanto me dan gusto, en cuanto son retrato de mi original. Las lágrimas, los suspiros y alabanzas que ofrezco, son sacrificios á imágenes vuestras que adoro, no por lo que son, sino por lo que representan, porque «en lo más perfecto,—te contemplo, te adoro y te respeto.»

Y si estos apartamientos costaron tantas lágrimas á estos ojos, es porque en los retratos logro vuestras perfecciones sin sentir vuestras asperezas, y, como impaciente de tamaño bien como el verme delante de vuestros hermosos ojos, temo el juicio que deseo y la gloria que me espera, porque, de la manera que

Cuando despierta el sol en el oriente,
dando luz y color al nuevo día,
la fría, oscura noche, de impaciente
de su luz, se oscurece y más se enfría,
(y) hiélase toda y núblase la frente,
y yo, sintiendo tanta gloria mía,
ya que la aurora hermosa me amanece
tiémblame el pecho, el alma se entristece.

Partida del Autor para Lisboa.

26 DE JULIO

Partimos el martes, después de media noche, tiempo acomodado, con lo que nos desterrábamos para nuestras patrias, hechos ya hombres sabios, confesando que: *Ibi patria, ubi bene,* y al diuturno silencio con que la noche acompañaba nuestras tristezas, porque ni pudimos desembarazarnos más deprisa, ni los amigos de sus Didos, ni los calores sufrían caminar sino de noche hasta las ocho y recoger á las seis; y aun á aquellas horas hallamos dos grupos de mujeronas que, como Erífila y Damas de Alcina, nos venían á tentar al camino; mas, encomendándonos á la maga Logistila (1), fuimos á dormir á Puente de Duero y á las nueve á comer á Medina del Campo y á la noche á Salamanca, como por la posta, donde nos quedó el licenciado que venía con nosotros, y con él perdimos las reliquias de los bienes de la corte y la más apacible conversa-

(1) Alusiones al *Orlando furioso.*

ción que se puede imaginar; porque en él tuvimos *Alivio de caminantes, Floresta española, Viaje entretenido, Conde Lucanor,* Lope de Rueda, no haciéndonos falta con él *Jardín de flores, Entretenimiento de damas y galanes, Novelas* de Boccaccio y hasta los cuentos de Trancoso (1).

Era el licenciado Francisco Gómez Ceballos, estudiante de las Escuelas ó Cuevas de Salamanca (2), de donde salió Físico, Cirujano, Ensalmador, Astrólogo, Sortílego, Adivinador de futuros, Alquimista, Sacador de quintas esencias, muy versado en toda arte de pasa-pasa (3), buenaventuras de gitanas, bendiciones escolares, gran compositor de almanaques y perfecto en la quiromancia, y muerto por dar á entender que tenía un diablillo y mandrágora (4), por lo que en la corte estaba muy acreditado de adivinar todo, y de eso vivía.

Y así, vino todo el camino levantando figuras de memoria y echando juicio sobre los rasgos de mis camaradas, que algunos se espantaban de que les adivinara cuanto veía y pronosticara los sucesos; porque yo siempre me reí de estas supersticiones, que son para viejas y beatas y no para gente de entendimiento, y fué así que llamando aparte al licenciado, le pregunté si alguna de aquellas cosas tenía fundamento, y, como era amigo, me dijo que se espantaba de mí; que ningún fundamento tenía, mas que ganaba así de comer con gente necia, y que hacía que estudiaba hasta informarse y decir lo que le decían.

Y, á la verdad, la superstición de la gente necia es la que da autoridad á estos echacuervos, y todo es mentira, embustes y engaños. Uno dice que sí, otro que no; como ha de ser una de las dos cosas, el que echó por aquella parte queda por oráculo. Dicen trescientas mentiras: saliendo una, queda profeta.

Por donde con razón dijo Diógenes, mostrándole las muchas tablas que había en el templo de Diana, de los que salvaron de los naufragios: Si aquí se pusieran las de los que prometieron y se ahogaron, ¿hasta dónde cubrirían? Y cuenta Plutarco de los sacerdotes de Apolo Délfico y otros templos, que tenían criados secretos que seguían á los peregrinos que iban á consultar al oráculo y averiguaban de ellos á qué iban, y de lo que les referían sacaban la respuesta, y como sabían el sueño, acomodaban la explicación, y lo que adivinaban lo ponían en mármol para perpetua memoria, quedando la mentira en olvido.

Y acuérdaseme á este propósito la historia del Comendador en su cartapacio; que, llegando un médico nuevo á una ciudad, el antiguo, por desacreditarle, usó de la maña, haciendo con los sacristanes que á los enfermos que se le muriesen, tañesen las campanas todo el día, y á los que curase no les tañesen campana; y con esto y con lo que él decía se juntó el pueblo, pidiendo que echasen al médico fuera del país, porque se le morían los enfermos todos, y que no había sino señales de muertos desde que entrara.

Entendiendo él la traza, pidió un mes, y en él ordenó que por todos los que le sanaban repicasen las campanas, y así de noche y de día estaban repicando, con lo que cobró el crédito y desacreditó al otro, que estaba más acreditado que el Maestre Albardos, porque tenía un criado al pie de la escalera, que detenía á los hombres que iban con orines preguntando por los enfermos sobre que venían, y el médico estaba en el patio oyendo, y en dejando entrar al villano, tomando los orines, adivinaba cuanto había oído. Sobre esta materia traje dos ó tres cosas que son notables y oí, y holgaréis de saber, que el licenciado celebró mucho, como hombre de entendimiento que era.

La primera fué del Doctor Echaranas, que se fué á oponer á una cátedra en Coimbra, siendo castellano; y, por cobrar crédito, quiso hacer creer

---

(1) Alude á los amenos libros *Alivio de caminantes,* de Timoneda; *Floresta española,* de Melchor de Santa Cruz; el *Viaje entretenido,* de Rojas Villandrando; el *Conde Lucanor,* de D. Juan Manuel; las obras de Lope de Rueda; el *Jardín de flores curiosas,* de Antonio de Torquemada; el *Entretenimiento de damas y galanes,* de Francisco Truchado (traducido de Straparola); el *Decamerón,* de Boccaccio, y los *Contos e historias de proveito e exemplo,* de Gonzalo Fernández Trancoso.

(2) Memorable es la tradición sobre la cueva ó cuevas de Salamanca y sus encantamientos.

(3) Juegos de manos.

(4) Hierba á que se atribuían virtudes mágicas.

que una mujer que curaba tenía sapos en la barriga. Dióla una purga á la media noche y vino, en rompiendo el alba, y dióla unos polvos é hízola levantar, y luego fingió que quería ver el servicio, y llevaba tres ranas pequeñas en el pañuelo y fuélas á echar en aquél. Por sus pecados, saltó una por la casa, y viéndola una mujer que estaba con él gritó de miedo; acudió gente y descubrióse la traza. Y el pobre Doctor Echaranas comenzó á ser perseguido entre los estudiantes de Coimbra, de suerte que á los tres días desapareció, con ser casado en la tierra.

La segunda fué de D.ª Juana Rodríguez Hurmendi, que teniendo un galán que la llevó á una huerta, fingiéndose con cólico se quedó en la cama de la hortelana, donde curó las llagas de un Medoro, mientras el amigo viejo andaba en romerías por su salud. El Medoro quedó en posesión por un año, al cabo del cual, en la misma huerta y de la misma mesa en que estaba con él, mandaba manjares é hizo hacer plato de sí al amigo viejo, y el nuevo la halló además un escrito, que ella metió en la boca, y de ella se le sacó, echándola el cinturón á la garganta, mas tan mojado y masticado que no se pudo leer.

Vióse tan loco que se fué á entender en Madrid con uno de estos echacuervos, que tenía mucho crédito. Súpolo ella y usó de contramina, que se fué allí de noche y, con lágrimas y 20 cruzados, le puso de su parte. Dióle cuenta de todas las particularidades que habían pasado con el Medoro, de cuantas señales tenía en el cuerpo y de toda su vida.

Con esto, yendo el pecador por la respuesta, el astrólogo le adivinó toda su vida y refirió la de la señora Angélica, estando el pobre hombre pasmado de oir todos los secretos que sólo él sabía; y después la hizo una Santa Catalina, deshaciéndole los celos verdaderos con mentiras aparentes, que la otra le dejó ordenadas. Y esto es verdad, como á quien ella contó la historia, antes y después de hecha y trazada. Por aquí van las más de las cosas.

A este propósito oí la más notable historia que aconteció hace muchos miles de años. Por muerte del Papa Inocencio VII, le sucedió Juan XXIII. Tenía un médico que le había profetizado que moriría el 15 de Mayo (1). Llegado este día, andaba Roma alborotada, porque el médico tenía mucho crédito. El Papa se halló bien, y para destruir la fama, fuése á la iglesia y concurrió mucha gente, y, con las apreturas ó con el veneno que le habían dado, murió en la iglesia, con lo que quedó [el médico] tenido por profeta.

Tratándose de la elección, dividiéronse los votos en tres: el astrólogo, que era de agudísimo entendimiento, se fué á otro Cardenal, que no tenía esperanza de ser Papa, y le dijo que, si se lo pagaba, él le haría elegir; y el otro, que no esperaba tal cosa, le prometió lo que quiso.

Fundó él la estratagema en el crédito que tenía y publicó un juicio: que el Papa que había de ser elegido, viviría solamente tres meses, y el siguiente 20 años, dando además ciertas señales de los que habían de ser, de la color de los ojos y cabello, que conformaban con los que él quería.

Como estaba tan reputado con el caso precedente, ninguno de los tres hizo instancia para ser elegido, y de esta manera fué Papa el que él quería; como es cosa sabida y que yo sé á quien lo contó el Duque de Florencia, á más de la fama pública y notoria por toda Italia. Tanto puede la industria de un Sinón cauteloso.

¿Y para qué nos cansamos en la muestra de tales embustes, siendo en las letras sagradas las historias más notables y enredos de los sacerdotes de los asirios y contraminas del santo Daniel que todas estas? Y la verdad es que la superstición de la gente idiota y deseo de saber el porvenir es la que autoriza estos enredos:

...Nos te facimus, fortuna, Deam, coeloque locamus (2).

A este propósito os contaré una cosa que resolvimos sobre los muchos santos que aparecieron los años atrás juntamente en Portugal y en la India, que algunos atribuyen á algún planeta, y caí en la verdadera razón.

Tratando Festo y otros de la etimología de superstición, dicen que se llamó así de *superstes*

(1) Incurre aquí Pinheiro en varios errores de fácil comprobación.

(2) Juvenal, sát. 10.

ó *superstitibus,* por razón de las devociones que las madres hacían por los hijos que iban á la guerra, para que Dios los guardase; y después, por adivinar si vivían y quedaban salvos de las batallas, que eso quiere decir *superstes,* y de las nimias devociones y consultas que hacían, tuvo origen el nombre de superstición, que después quedó por general á todo el nombre de religión desordenada y devoción nimia.

Y, como en la batalla del rey D. Sebastián, que está en gloria, por la confusión y pérdida universal de todo el reino, no hubo certeza de los muertos, sabemos cuán malas de desengañar fueron las mujeres, hijas y parientes de los muertos, porque ninguna daba fe á los otros, como fácilmente

> ...il miser suole
> dar facile credenza a quel che vuole (1),

recurrían á los adivinadores, y los ánimos tristes y deseosos se inclinaban á todo lo religioso y á dar crédito á las suertes y mentiras; y de aquí tuvo origen haber tantos santos, por la religión nimia, religión y superstición, y se les inclinaban, esperando de sus devociones y oraciones ó revelaciones consolación en sus males, porque naturalmente, como consideraba Sócrates, nos crió Dios una religión en el alma y una lumbre de su culto y reconocimiento de que hay Dios, y propensión á él, con la cual, como el hijo por el padre, al que nunca vió, en viéndonos en peligro recurrimos á Dios y suspiramos por él.

Y, sin falta, esta fué la razón de tantos pseudosantos y santas apócrifas y de la superstición. De las necesidades nace la hipocresía de los santos; como se resfrió el amor de los extraviados y las esperanzas, acabó la devoción de unos y con ella la santidad de los otros, que en ella se sustentaba, y abrió la gente los ojos.

Y, creed, las más de las cosas del mundo, averiguadas, paran en no tener sustancia en el arte de adivinar y saber lo futuro; pues hasta el diablo, con ser perro viejo, erraba cada día en sus oráculos, y le era necesario usar de anfibologías, equívocos é invenciones en las respuestas.

(1) *Orlando furioso,* c. I, oct. 56.

Pues quitadme de la cabeza de las gentes los ensalmos y las curas que con ellos hacen, que, en efecto, es todo mentira, sin ningún fundamento, porque vienen á consistir en heridas que por sí mismas hubieran de curar, como cada día curan en los perros y en los hombres, por no ser mortales, y no por virtud de los remedios; que Nuestro Señor no quiere hacer milagros por mano de verduleras, y, si lo fueran, supieran San Bernardo y San Francisco; y cuando me cuentan de estos ensalmos, respondo que si no les pusieran los remedios, curaran dos días antes. En estas pláticas llegamos á Salamanca.

Llegando á Melhorido muy cansados, sin hallar qué comer, estaba un villano comiendo huevos y cebollas, y se levantó y nos hizo sus brindis, ofreciendo la mesa; que es general en Castilla ser Alejandros en la posada, sobre lo que compuse un *Amparador del Menosprecio de la aldea y alabanzas de la corte;* y entretanto que sale á luz, remítese el autor á Merlín Cocayo, número 6 de la Macarronia, y plazca á V. Md. ver Sale y Casanes, en el catálogo *gloria mundi,* grandes conocedores de villanos.

En Salamanca estuvimos dos días, por miedo á los calores, que fueron los más terribles que nunca imaginé. Pasábamos las noches en el Tormes.

Llegamos, por la noche, á Ciudad Rodrigo, donde, estando á la mesa, pasaba un cojo tras un médico, gritando: «La mula te arrastre, bellaco; plega Dios que te arrastre».

En esto pasó un alguacil y el médico le hizo prender, con un mandamiento, sobre lo cual hubo grande concurso. Y era el caso que el pobre hombre era barbero; dióle un aire y el médico le mandó sangrar; de la segunda sangría, se le tulleron las piernas; de la tercera, el pescuezo; de las demás, los brazos. Mejoró después, y en viendo al médico iba tras él, gritando: «La mula te arrastre, bellaco»; y los muchachos le ayudaban. Valióse de la justicia y, con prenderle tres veces, no se le podía aquietar ni contener.

Sobre esta materia compuse la *Comedia de los matasanos* y *Soliloquios de Maestre Albardos,* con comento de Manuel Fernandes de Moura y las adiciones de los ensalmos, á que remito al

lector, con los apéndices del maestre Pedro con los demás zahorís.

Continuando nuestro camino, á la entrada de la tierra de promisión dimos con los filisteos, eteos y jubuseos de los puertos secos (1); el más pesado yugo y descabellado tributo que tiene el mundo, pues siendo *unum ovile et unus Pastor,* parece vejación y separación, para los pobres caminantes insoportable.

En descubriendo á Portugalete, se nos mostró con una cara de villanuelo, arrugada, muy disimulado, todo peñascos escabrosos y montes, sin ninguna llaneza, mucha maleza y la tierra partida á palmos, como quien dice: Esto es mío, no es tuyo; no me hurtes mis uvas.

En fin, de largo parecen marismas, todo tan diferente de la largueza de los ánimos de Castilla, que, cierto, me entristece ver en todo la gente que produce aquella tierra ser conforme á ella. Esta es la quinta de Vasco Palha y este el mayorazgo de Vasco Figueyra.

Llegamos al fresco lugar de San Payo, donde hubiéramos de asfixiarnos de calor, sin aprovecharnos comer en el campo, si no nos valiera nuestro compatriota y las caricias de la señora su hermana, viniendo entonces de resucitar á su hija en el monasterio.

Y fué el caso que estando en la iglesia del Hermano una hija de bendición que tenía, de doce años, queriendo ser tan dama como la madre es hermosa, pidió algunas lecciones al paje del hermano, con lo que sacó fruto en nueve meses; y ella la mandó recoger en un convento y se fué á la ciudad, toda vestida de luto «hasta los pies del caballo» (2). La fué á visitar toda la ciudad, por la muerte de la hija que fingió.

Pasados tres meses, insistiendo los clérigos con ella por los oficios, y diciendo que se hicieran en la iglesia del Hermano, sobre fama que hubo de la crianza, que no pagaban bien al ama, se vino á hacer información y pedir cuenta del sepulcro y quién la enterrara.

En fin, fué presa; prometió resucitar la moza en ocho días y, á cuenta de la fiesta del milagro y haber venido la niña el día antes, se nos hicieron agasajos; por donde entenderéis que también en nuestra tierra hay aventuras, si hubiera quien reparase en los buenos lances; sobre lo cual remito al lector al catálogo de las matronas lusitanas que pronto saldrá á luz con el Plutarco.

Llegué, finalmente, á besar la dulce tierra de mi amada patria, libre del cautiverio de tanta libertad, representándoseme á los ojos con tan hermosa vista que conocí que nos dió la naturaleza amor é inclinación á la propia tierra, donde recibimos el sér y el mantenimiento, que se fué convirtiendo en estos cuerpos, y en ella la de nuestros antepasados.

Por eso el amor de la patria es como el amor propio y natural, pues queremos á lo que fuimos y hemos de ser. A más de eso, el recuerdo de aquellos primeros años de nuestra mocedad se representa con la misma *saudade* y suavidad de amor como del mejor tiempo que tuvimos y en que comenzamos á gustar de la vida, sin la pesadumbre de los cuidados de ella.

Después, en fin, de los abrazos de los hermanos y lágrimas de las hermanas y de los parientes, comencé á enamorarme más de la modestia y sujeción de nuestra patria que de las apariencias fantásticas de las extrañas; y confirmóme en esta fe un caso con que daré fin á mi jornada.

Como nací en planeta que me inclina á creer que no puede haber vida ni gusto en ella sin la sujeción del amor ó cosa que se parezca á él, porque, aunque conozca esta flaqueza y procure la libertad, no sé huir de los peligros; y como sólo el sabio domina las estrellas, yo vivo sujeto á la mía, aunque le hurto el cuerpo en lo principal, que es el amor, con todo me lleva arrastrando á estimar su imagen y semejanza y festejar las apariencias de su conversación. Y así no me dió de espera más que los días en que llegué, porque, estando encareciendo las gracias y las cortesías de las castellanas, acomodadas á librarme de afición verdadera, de que me temo, me dijo mi hermana que hasta allí en la aldea se me obligaba á desdecir, con mostrarme una vecina que vivía en otra quinta, feligresa de su capilla, que al otro

(1) Refiérese á los encargados de cobrar el impuesto de los *puertos secos* ó aduanas.

(2) Son estos, si mal no recuerdo, dos versos de un romance viejo.

día, que era de Nuestra Señora, iría á misa, que, aunque no llevase en la boca la libertad de castellana, traía en los ojos las prisiones y sujeción de portuguesa.

Pasada la noche con la esperanza de la mañana, fuí á la capilla, estando allí dos señoras vecinas, donde, con la libertad de huésped extranjero y con ocasión de nuevas de la corte, como hombre de la India, tenía abierto el camino para las alabanzas, cuando viniese.

En esto, vino la señora Leonarda entre sus parientes, en cuerpo, con mantilla y sombrero y plumas, en el Abril de su edad, comenzando á descubrírsele en el rostro las primeras flores tiernas de su hermosura, aunque encubiertas de un rocío suave de su niñez, que prometía, como rosa que se abre, descubrir en adelante nuevas gracias y perfecciones: ni niña para no sentir mis favores, ni mujer para acobardar con sus esquiveces, mas en la entrada de la edad que convida á amar y promete ser amado, con una confianza anticipada á los años, una modestia hurtada á la edad, aunque no suelta del todo en los meneos, con un encogimiento acompañado de todo el aire y gracia del cielo; de cuando en cuando, unas lecciones de confianza escasa, enriquecidas con la liberal escasez de la vergüenza virginal, más graciosa que todas las aprendidas, haciendo verdadera aquella regla de las damas: en el sarao, destreza; en el estrado, cortedad. En fin, con una soltura acompañada de mil prisiones y una desenvoltura envuelta en mil gracias naturales; ella en sí muy linda y agraciada en el rostro, toda metida en hacerse mujer, y la niñez pegándola del peinado que le hurtaba á su jurisdicción. Principalmente cuando la novedad de ver gente extraña la hizo olvidar todo lo compuesto y quedar sólo con las colores y gracias naturales.

Quise trabar la plática sobre hallar la corte en el campo, mas hiciéronme callar; sólo cuando al levantar de los ojos de la señora Leonarda y la modestia del acogimiento que hacía á nuestras razones, sin responder más que con el bajar de los ojos, risa de las colores y gracias de la boca, comenzó á descubrir unos vislumbres de la hermosura portuguesa, en que la naturaleza, encubriendo sus tesoros, descubrió su poder; y veo cuánto más descubre el arte en estas sombras que en las apariencias apacibles.

En fin, señoras, la modestia, gravedad, el ser y hermosura de las damas portuguesas es don del cielo, hermosura de los ángeles, bienaventuranza del alma. No se alcanza vuestra belleza tanto por los ojos como por el entendimiento, ni vosotras habláis con la boca, sino con la vista. Son pocas las palabras, mas vuestros movimientos son cifras llenas de mil secretos, que sólo se dejan leer del alma que os adora. Estotras son casas de tapia pintadas al fresco, tienen solamente la vista, mas vosotras los tesoros encubiertos, que saben enriquecer á quien conoce su precio; porque vuestra escasez es la mayor liberalidad, con lo que dáis el precio á vuestras cosas, de suerte que, no habiendo ninguno para comprarlos, siempre os queda que dar y á nosotros que vencer y desear, como en los Sátiros de Alcibiades.

Volviéndome para la iglesia, de esta y de otras veces nos quedó conocimiento, con lo que pidieron algunas curiosidades que traje, y con ellas les mandé un soneto para la señora Silvia de Souza en particular. ¿Pensáis que os escapásteis de oir? Pues no os habéis de llevar tan buena vida; ello saldrá. Ahora, os perdono ésta y voy adelante, con que notéis que la otra muchacha está oliendo á los pañales y el Turpin muy metido en el dios de Delo y en la diosa Trivia (1), y la otra piensa que son muñecas y está llorando por la merienda. ¿Y el señor? Con tantas barbas como un carretero, que le hará miedo, como coco, y es el matador, y ella la dama, y por esto os digo que esto de muchachas, ó es para viejos ó para rapaces.

Mas, continuando con el tema, no me respondió más que buenas palabras de cortesía y agradecimiento, con lo que comencé á ver cuán buen término es el de la crianza de Portugal. Y lo que á mí mejor me parece es no ver mudanza ni en el acogimiento y buenas palabras, ni en cosas de desprecios en algunas necias, nacidas de desconfianzas de sí mismas, como verduleras.

Y, porque toda esta arenga va con ocasión de la maraña que os contaré, importa poneros

(1) Apolo y Diana.

un soneto, porque también en él veais la honestidad de mis pensamientos. Fué el tema sobre sucederse unos días de mucha agua, que impidieron su venida á misa, y mandáronnos pedir en ellos las comedias de Lope de Vega, sobre lo cual fué esta oración:

Hermosa Leonarda, en quien el cielo
Puso más gracias que en su capa estrellas:
De vos reciben luz la luna y ellas,
Pues sois el claro sol de nuestro cielo.
Veo salir de oriente el Dios de Delo,
Cuando mostráis esas dos luces bellas
Y en los dulces labios, boca y ellas
Se ríe la aurora, y quita el negro velo.
Salid, pues, claro sol, ya del oriente
Y quitad tantas nubes contrapuestas
A la hermosura destas dos lumbreras.
Veréis representar á un triste ausente
No lágrimas fingidas y compuestas,
Sino las que padece verdaderas.

Concluyo, señor, con que, por lo que tengo visto de nuestra patria, de la honra, modestia y término con que se trata el amor, protesto que vivía engañado, y para confusión mía dejo esta memoria, porque sólo aquí se quiere bien, que estas son las virtudes de la virtud: rendir y enamorar hasta á los enemigos de ella, porque dejan más prendados los disfavores portugueses que todas las larguezas de Castilla; y por eso me atreví á vivir allí con más libertad, como quien no se temía que hubiese cosa que se la limitara.

EPÍLOGO

Y huelgo que con este engaste de esta hermosa perla de la honestidad y pureza del amor verdadero dé remate al discurso de esta ociosidad, que, como solamente en Portugal se hallan estos finos diamantes, que los de Castilla son de Canadá, sólo estando en él me atreví á rematar. Porque, la verdad es que ni sin amor hay gusto, ni puede sin pureza haber amor: en esta fe viviré siempre y en ella acabo y espero salvarme.

Engáñanse los mundanos que piensan que pierden gustos los que los ahorran. En los gustos de amor verdaderamente importa más ser avariento que pródigo; porque tanto tengo de contentamiento cuanto ahorro, tanto me queda en el tesoro cuanto dejé de sacar de él, porque no es rico quien prodigó mucho, sino quien tiene mucho que lograr.

Díganlo los casados á cuya mano pasó todo el dote y joyas de su esposa; y díganlo los enamorados, que en siete años de servicio siempre van cogiendo premios de sus servicios sin hastiar el deseo ni agotar el tesoro; y díganlo mis pensamientos que, al fin de tantos años, hallan más liberalidad en los imposibles de mis contentamientos que en todas las larguezas de la tierra. Porque el amante que del todo posee la cosa amada puede vivir más harto, pero no más contento; porque no vive el hombre sólo de pan excesivo que oprime las fuerzas, sino de la gracia y favores, que recrean el alma.

A los dioses mayores sacrificaban los romanos por libación, tomando con la boca el vaso del sacrificio; á los infernales por insolencia, comiendo todo. Es divino el hombre que se satisface con la libación del bien que adóra, y sacerdote infernal el glotón que se harta sólo de carne, como desconocedor de los bienes del amor.

Prívase el que siempre vivió harto, de la mejor salsa que tiene la gula, que es el hambre; y prívase el sensual de la mayor deleitación que tiene el amor, que son los cariños de una carta, el favor de unos ojos suaves y la suavidad de una blanca mano. El hambre es la que hace sabrosa la comida, la sed hace agradable el agua. Tántalo dichoso, si por tu voluntad privas de un gusto á la gula, por lograr tantos con los ojos. Creso sabio y avariento, si ahorras tal tesoro, porque en cuanto lo fueres, como verdadero Midas, de todo aquello en que pusieres la mano sacarás tesoros.

Comete culpa contra la naturaleza quien pervierte el orden de ella: creó el rosal para darnos flores y los árboles para darnos frutos, unas para oler, otros para comer, y crió la tierna doncella para servirse y amar, y la mujer para procrear; cría en el alegrete (1) el curioso, la blanca azucena y la encarnada rosa y la verde albahaca: en tanto se deleita en él, en cuanto conserva el

(1) Especie de tiesto.

rocío y frescura natural. Así que se ensucia ó marchita, luego pierde la gracia y se le pierde la afición. En tanto se estima la planta delicada, en cuanto conserva la hermosura de la flor y suavidad del aroma; en cuanto la pierde, se deja á un rincón y queda para simiente.

¿Quién es el necio que espera de la verde albahaca manosearla y lograr los provechos de ella? De las huertas ajenas se hinchen las canastas para mantenimiento del cuerpo, del jardín propio se guarda el fruto para deleite de los ojos. De la planta ajena sólo me da gusto comer la fruta, de mi ingerto escogido llevarla en la manga y acercarla al rostro.

Si el cielo me concediera una flor de éstas, tuviera por herejía comerla y no guardarla; si alcanzara uno de estos ramilletes, deleitárame en adornar el pedúnculo y gozar el aroma, sin violar las flores. Porque de estos árboles del Paraíso hase de oler el fruto sin dañar la planta, y de estos retratos divinos de Apeles sólo se ha de contemplar el pie sin subir del zapato. ¡Ah, que esto es amor!

Quien así no lo siente,
no sabe qué es amor, dél vive ausente.

Porque ¿quién es tan pródigo que en un solo banquete gaste perla tan rica, sino una desconocedora de su precio, como Cleopatra? ¿Quién echa al mar el vaso con que se sirve tan sabroso manjar, si sabe que no se puede recuperar, sino un ollero vulgar, como Agatocles? ¿Quién come en un bocado todo su mayorazgo sino un réprobo, como Esaú? Y ¿quién gasta á la vuelta de una danza toda su legítima sino un temerario, como el hijo pródigo?

Haga el cuidadoso del bien que adora aparador y no mesa, manjar para los ojos y no para la boca, recreación para el entendimiento y no para el estómago. De esta manera vivirá rico sin gasto, hará de la renta juro, y, teniendo el ingreso sin gasto, como en archivo público, guardará el original, de donde saque el traslado, que recree el alma. De otra suerte, si despides á tu cocinero de todos tus gustos, ¿quién te ha de dar guisados de que tenías contentamiento? Si se acaba la sal, ¿de dónde ha de quedar sabor á tus manjares?

La rica joya ó broche es para adornar el cabello de oro; el collar de diamantes para prender el cuello de marfil; los brincos ó pendientes de las orejas para incensar el rostro divino; el anillo de plata para engastarse en la mano de cristal, y el fino Extremós (1) para servir agua pura y recrear el olfato y no para hartar el estómago.

La tierna doncella es rica joya para tenerse en tesoro y guardar en gaveta, entre ámbar, sin ensuciarse con el uso. De otra manera, si quitas el anillo al diamante, ¿qué precio queda en oro? Si se le pierde la uña, ¿qué virtud queda al azor? Si cae de la arracada el brinco, ¿de qué sirve el aro?

En tanto me remiro en el espejo en cuanto está limpio; en tanto recrea el vidrio cristalino los ojos en cuanto está entero. Para adornar la casa se cubre el retrato y para hermosear el aparador el búcaro de Extremós. Empáñese solamente el espejo por conservarle más limpio; guárdese el cristal para deleitar la vista; no se quite el velo, mas póngase vidriera á la imagen hermosa que conserve su pureza y descubra su hermosura; y, finalmente, tráguese el búcaro de Extremós en el labio sediento, mas no se haga de él mantenimiento para el vil cuerpo.

Quien, señoras, pretende más de vosotras, miente si os dice que os ama, y si piensa que gana para sí mismo, se engaña. Quien con tanto daño vuestro granjea un solo gusto, no os quiere bien; y quien, con tanto daño suyo, á la cuenta de un deleite, desperdicia tantos, por fuerza se quiere mal, pues con tanto daño vuestro procura privarse de tan precioso tesoro suyo.

(1) Alude á los finos búcaros fabricados en Extremós.

PINCIGRAFÍA Ó DESCRIPCIÓN
É HISTORIA NATURAL Y MORAL DE VALLADOLID

TERCERA PARTE

Es Valladolid pueblo muy principal en Castilla la Vieja y entre las villas tenía renombre de la más principal en España.

Comenzó á ser conocida y tener nobleza en el tiempo del conde D. Pedro Ansúrez, que fué señor, restaurador y casi fundador de la grandeza que tiene.

Vivió el conde en tiempo del rey D. Fernando y en el de D. Sancho el Bravo y D. Alfonso VI — que llaman *de la mano horadada,* — hasta los años de 1120. Fué natural de Palencia, señor de Valladolid, conde de Carrión, Saldaña y Liébana, el más hermoso hombre de aquellos tiempos y el mayor señor de Castilla. Tuvo por hermano á Diego Ansúrez ó Alvarez, conde de Astorga, y ambos hijos de Asur Díaz, y descendientes de los Asur, conde de Monzón, familia conocida antes del conde Fernán González, y eran todos casi de la misma familia, y parientes, que le ayudaron en sus conquistas.

Y así fué el conde D. Pedro Ansúrez nieto suyo por línea femenina y pariente muy allegado por la masculina. Y del conde Fernán González hicieron constar los cronistas de España que fué hijo de Gonzalo Núñez, nieto de Nuño Núñez Rasura, Juez de Castilla, y biznieto de Nuño Bellido, hijo y descendiente de los condes de Angleria, señores de Milán, que cuentan su ascendencia y origen por línea recta hasta Albano en el tiempo de la reedificación de Roma, en el año de 3408 del mundo, y por 394 años continúan su origen hasta dar en la pobre Troya y hacerse troyanos, como casi todas las naciones del mundo, que hacen de Príamo Noé.

Casó con doña Eylo, que es lo mismo que Eloisa; y aunque hoy está acabado el apellido de Ansúrez, descienden de ellos los Osorios, Castros y Sandovales y otras nobilísimas familias de España.

Hizo famoso al conde, á más de su poder y merecimientos personales, la prudencia, lealtad y esfuerzo con que acompañó y libró al rey D. Alfonso VI, que llaman «de la mano horadada», estando retenido en Toledo por Ali-Maimón, rey de ella, y después ayudó á tomarla: todo lo cual fué en tiempo del Cid Ruy Díaz. Vínose á descansar en esta villa y trató de ennoblecerla con muchos edificios que vinieron á darla la vida que tiene.

Refieren algunos un epitafio que tiene, aunque moderno, en un sepulcro antiguo que está en la Iglesia Mayor, que es hoy catedral, en el cuerpo de ella, á mano derecha, en una sepultura de mármol, mas pobre para tal hombre. Debieron hacerlo por humildad, pues no se puso en la capilla mayor:

EPITAFIO

Aquí yace sepultado
Un Conde digno de fama,
Un Varón muy señalado,
Leal, sabio y esforzado:
Don Pedro Ansúrez se llama.
El qual sacó á Toledo
Del poder del Rey pagano
Al Rey que con gran denuedo
Tuvo siempre el braço quedo
Al horadar de la mano.
La vida de los passados
Reprehende á los presentes
Y tales somos tornados
Que mentar los enterrados
Es ultraje á los vivientes.
Porque la vida del bueno
Lastima por donde vuela
Al bueno con el espuela
Y al perverso con el freno.
Este varón excelente
Hizo la Iglesia Mayor
Y dotóla largamente,
La Antigua y la gran puente
Que son obras de valor.
San Nicolás y otras tales,
Que son obras bien reales
Según por ellas se prueba:
Dexó el Hospital de Esgueva
Con otros dos hospitales.
Por esta causa he querido
Que pregone esta escriptura
Lo que nos está escondido
Y quasi puesto en olvido
Dentro desta sepultura.
Porque en este claro espejo
Veamos quanta manzilla
Recibe ahora Castilla
Para lo del tiempo viejo (1).

Son estos edificios de cantería vieja, que están aún hoy enteros sin ninguna lesión, grandes y sombríos. Y en la Iglesia Mayor hay un retablo grande, todo de bronce, con figuras de gran proporción, que es cosa extraordinaria. Está junto á la Antigua y á la puerta tiene un montón de tierra grande y que dicen se mandó traer del Campo Damasceno en tiempo de la conquista de la Tierra Santa, que tiene la propiedad de gastar un cuerpo en veinticuatro horas, y es tradición que en el Campo Damasceno vivió Adán, y Caín mató á Abel (1). Está bien mal guardado en medio de la calle, y sirve de cementerio á las dos iglesias, como Santa Ana al Hospital.

Cuanto al origen del nombre Valladolid, dicen que le tomó de un moro llamado Olit, que fué señor de ella; y así está una estatua suya de piedra, á la puerta de la iglesia, con un león delante, y en las liras que se cantaron en el sarao del Príncipe, se hace mención de este origen (2).

Tiene por armas unas lenguas ó llamaradas de fuego atravesadas en campo amarillo, como sambenito, y así es desgraciado con incendios, que muchas veces estuvo en peligro de perderse, principalmente el año de 1560 (3), en que se quemó la tercera parte y lo mejor de ella, aunque (conforme á la intención de Nerón en Roma), sirvió de más nobleza suya, porque se volvió á edificar toda por una misma traza y se hizo la Plaza, Ochavo, Platería y demás calles de columnas ó soportales de una traza con la misma proporción y simetría en las ventanas, que es lo bueno que hoy tiene. Aun hoy guardan en Valladolid este día en San Esteban.

Fué antiguamente llamada Pincia. Está asentada en un valle llanísimo todo igual, cercado al rededor de montes ó tierra algún tanto levantada con tanta igualdad y por todas partes que parecen muros hechos á mano, quedando en medio este valle, que tendrá de diámetro dos leguas; y así está defendida de los vientos, que por

(1) Es curioso que en la cita de Pinheiro, y en alguna otra de autor antiguo, estos versos aparezcan con variantes. Trata de estudiar este punto mi cultísimo amigo don José Zurita.

(1) Tal fama gozaba, en efecto, el *montón de la Antigua*. Quevedo, en la *Vida del Buscón*, dice: "Dios es mi padre, que no come un cuerpo más presto el montón de la Antigua de Valladolid (que le deshace en veinte y cuatro horas), que yo despaché el ordinario, pues fué con más priesa que un extraordinario correo.„

(2) La estatua de la Iglesia Mayor tenía un rótulo que decía así: *Ulit oppidi conditor.*

La lira á que se refiere Pinheiro, que figura, efectivamente, entre las cantadas en el sarao del 16 de Junio, es la que empieza:

Dando en la antigua Pincia
que Olit restituyó, donde sus Reyes, etc.

(3) Fué en 1561.

casualidad se sienten en ella. Está sujeta á las nieblas, que, como tinieblas de Egipto, al amanecer y anochecer se ponen en invierno sobre ella hasta deshacerlas el sol y la frialdad de la noche acercarlas.

Su forma es redonda, mayor que ninguna ciudad de Portugal, quitando Lisboa. Tendrá 15.000 vecinos y la tengo por poblada solamente en una tercera parte. Por el poniente la baña el Pisuerga, que es mayor que el Mondego de Coimbra y de allí á dos leguas va á desembocar en el Duero. Va muy recogido y acantilado, y por no llevar arena ninguna, parece oscuro y cubierto; mas, por razón de algunos azudes que tiene para aceñas, hace unas tablas como estanques hermosísimos, cuanto los ojos se pueden extender por entre las riberas llenas de arboleda de chopos, álamos, olmos y árboles semejantes, fresquísimos y espesos, sin intermisión ninguna, que es la más hermosa vista y que mejor me pareció, que todo lo que hasta hoy ví, y mucho más con las quintas y huertas que por el río arriba y abajo más de una legua le van adornando, de lo que la gente se sabe aprovechar, y ordinariamente están abiertas á quien quiere holgar, que son todos los castellanos.

Por oriente entra el sucio Esgueva por dos brazos, uno que la cerca por el norte, por fuera del muro, hasta meterse en el Pisuerga, á la puerta del Campo; otro entrando por el Prado de la Magdalena y Huerta Perdida por lo principal de la ciudad, visitando la puente de Esgueva, antigua Platería, puente de Nuestra Señora del Val, hasta meterse por debajo de San Benito, como Guadiana ó Aqueloo, y desde allí en el río, dejando la ciudad casi toda hecha isla. Tiene diez puentecillas de piedra, á más de otras de madera.

Y cuan fresco y bien sombreado pasea por el Prado con sus galas verdes y claras, regándole en hondura de cuatro dedos con arena tan lavada, que, estando los coches todo el día en él, no se enturbia ni muda la color, tan sucio y hediendo va por la ciudad, sirviéndola de limpieza á costa de sus márgenes, tan mal arropadas que parece verdaderamente otro fingido Cocyto, Stigio, Flagetonte, Averno ó Aqueronte, con el hedor del lago de Sodoma.

Con tener Valladolid tantos ríos, debe de ser la más sucia tierra de toda España, de más lodos, peor naturaleza y olor más pestilente que se puede imaginar, con lo que se hace insufrible y aborrecible; porque, en pasando una calle, traspasa la gualdrapa y la media hasta mojaros los pies y zapatos. Lo cual procede de tres cosas: de estar en bajo y sin corriente y encharcarse en agua; de la calidad de la tierra, que es barro tan fuerte como yeso, con ser tierra suelta; y porque cuanta suciedad y estiércol y pudrición hay en las casas se echa en las calles, sin castigo, todas las noches, aun allí donde pasa el río por las puertas; y, juntándose todo, me espantaba muchas veces ver una calzada limpia, y en lloviendo media hora, se reblandece y está brotando lodo que da por la rodilla, que, como cal, quema el calzado y vestido, por lo cual afirmamos que no dura en Valladolid la mitad que en Lisboa, porque se destruye con el lodo ó polvo; y á no tener estos dos enemigos de verano é invierno, la tuviera por la mejor tierra de España.

En cuanto al clima, el cielo está en cuatro grados, y, con todo, noté que hay grandísima diferencia en los días; porque por el verano en el solsticio es mañana clara á las 3, y en el invernal no es mañana á las 7, y á las 4 y media es de noche, que para tan pocos grados es notable diferencia. No hay en ella viento, ni tormenta, porque pasa por alto. No sentí nunca calor, ni fríos, en dos años que allí estuve, más que durar la apariencia de invierno hasta Junio; y en el verano es la tierra fresca naturalmente, con los ríos que la rodean, porque á más del Pisuerga y Esgueva, pasa el Duero á dos leguas, y *Arlanza, Arlanzón y Carrión, en Simancas juntos son,* como dice Juan de Mena (1), á otras dos leguas por el poniente, con lo cual humedecen la tierra y refrescan los aires, á más de la industria de la gente en regar todos los días las calles principales y aprovecharse de las virazones de la tarde,

(1) Alude á la copla 162 del *Laberinto:*

Arlança, Pisuerga e aun Carrión
gozan de nombres de ríos, empero
después que juntados llamámoslos Duero,
facemos de muchos una relación...

andando hasta de noche en el Prado, donde siempre el aire está fresco y bien sombreado.

Los fríos del invierno no son demasiados, y, con la industria de las barreras y meter en casa todos los buenos días que hay, se pasa bien y tienen las noches una excelencia que, pasadas las 10, son ordinariamente claras, en las conjunciones, como el día. Solamente el lodo es insufrible y el polvo en el verano, que, como nubes, se levantan de suerte que no se ven unas personas á otras.

Esto en cuanto á lo general. Viniendo á los particulares, aunque los cortesanos digan, por zumbar, que las siete maravillas de Valladolid son «D. Galván, archifidalgo; Gilimón de la Mota, protoletrado; polvo y lodo; los dos portales y el agua de Argales» (1), entendiendo los portales de San Pablo y San Gregorio, que hizo el obispo de Burgos, D. Mortero (2), y la fuente que ahora se trae á la ciudad. Con todo hablan como apasionados de Madrid, por quien aun hoy suspiran; y las cortesanas y naturales traen guerra entre sí, «llámanse de hijas de putas, hijas de padres traidores»; y así llaman á las de Valladolid *cazoleras,* que es llamarlas sucias y cocineras, y ellas á las de Madrid *ballenatas,* porque, cuando hablan de su Manzanares, las levantan que, llevando una albarda con la crecida, acudieron todas diciendo que traía un tiburón ó ballena (1). Mas ya se van emparentando, haciéndose las cazoleras cortesanas y las cortesanas cazoleras; porque dicen que cuando entran en Valladolid, luego se pierde el brío que se trae de Madrid, á lo que ellas responden que es porque *todo caballo en Valladolid se hace rocín.*

Los edificios y casas de Valladolid, de los cimientos para arriba, son de tapia de cuatro palmos de ancho, tan fuerte que, en acabándose de batir, con dificultad se mete un clavo en ella, como si fuera de ladrillo, por la fortaleza de la tierra; y así hay muro junto á Palacio de 350 años, que, con estar descubierto, está tan entero como si hoy se acabara, y así están hechos los pasadizos del Rey y del Duque en su mayor parte.

Y, sin embargo, los edificios principales son de cantería, los demás de madera y ladrillo que llamamos de tabique, mas todo con yeso, con lo cual queda fortísimo; y de un día para otro se ven unos palacios encantados donde había un estercolero. Por fuera son agradables, porque con almagre los pintan á modo de ladrillo, con blanco entre uno y otro (2), y ahora no dejan levantar ningún edificio sino por la traza de la ciudad, que es de tres pisos, ventanas iguales á las primeras de balcones, que son gradas con salientes de hierro con sus balaustres, y son los mejor labrados que hay en Europa, en opinión de todos, y la labor de las paredes y pavimentos iguales en correspondencia, con lo que se va embelleciendo admirablemente.

Hay en Valladolid más de 400 casas grandes,

(1) El D. Galván aludido en este adagio era D. Galván Boninseni de Nava, señor de ilustre representación en Valladolid. Fueron sus padres D. Cristóbal Boninseni de Nava y D.ª Ana de Herrera; sus abuelos, D. Antonio Boninseni y D.ª María de Nava. D. Galván, que fué regidor perpetuo de Valladolid, como su padre, heredó el cuantioso mayorazgo de su bisabuelo D. Pedro de Nava.

En 9 de Marzo de 1605 se firmaron las capitulaciones matrimoniales de D. Galván, suscritas por él y por Antonio de Ollaure, contador de D. Juan Hurtado de Mendoza, duque del Infantado, en nombre de D.ª Mariana de Mendoza, viuda de D. Juan de Baeza y Castilla, y de D.ª Ana de Mendoza, su hija, porque desde 1603 estaba acordado que D. Galván casase con D.ª Ana.

Las casas de D. Galván, que tenían, según dice Pinheiro, 390 aposentos, estaban situadas «en la placetilla de la Trinidad», en la parroquia de San Llorente.

Murió D. Galván el día 20 de Julio de 1605, poco después de firmar su contrato de boda y coincidiendo con la partida de Pinheiro de Valladolid. Se le enterró en su capilla del convento de Santa Clara.

De Gilimón de la Mota, aludido también en el adagio, ya se ha dicho lo suficiente en las páginas 26 y nada es necesario consignar respecto á los *dos portales* (San Pablo y San Gregorio), ni al *polvo y lodo* que hacían intransitables las calles de Valladolid. Respecto al *agua de Argales,* véase *Los abastecimientos de aguas de Valladolid,* por D. Juan Agapito y Revilla.

(2) Fray Alonso de Burgos, obispo de Palencia.

(1) V. mi folleto *La corte de Felipe III en Valladolid,* página 60, y mi edición de *El Licenciado Vidriera,* página XXXIX.

(2) Algo muy parecido dice Barthelemy Joly: «L'estoffe ordinaire de tous ces bastimens est graueleuse, tapee entre deux aix, nomee *tapia,* enduitte et peinte en forme de briques par dessus et puis garnie de beaux balcons». (*Loc. cit.* pág. 549).

á que llaman Palacios, todas de cuatro esquinas, con su patio de columnas en medio, como claustra, y algunas tienen dos y tres, y siendo así que no sé en Lisboa de cincuenta semejantes, y respecto á casas grandes la excede grandemente.

Las demás son muy inferiores en la materia, en el agasajo y en la largueza, y hay casas de estas, y muchas, que cuestan de alquiler 150 y 180 cruzados, solamente la mitad, porque la otra mitad se da de aposentaduría y es del rey mientras está en el país, y, no obstante, es tanto lo que dan por la otra mitad que viven los dueños y se van enriqueciendo.

Los que edifican de nuevo están exentos de esta carga, y así hubo aquí personas que derribaron las casas y las reedificaron con más grandeza, por el interés y libertad que alcanzan. En Madrid dieron en hacer casas *á la malicia,* porque quien no tiene más que cámara y cocina no debe aposentaduría, y para esto hacían una casa muy estrecha que después repartían con armazón ó tablado y su cámara (1). Estas son las «casas á la malicia» á que alude Ledesma, tratando de Nuestra Señora.

La casa á la malicia el Rey no puede
tomarla para sí, según ordena
la ley, que él mismo puso con justicia,
mas en aquesta bien se le concede
hacer asiento, cuando fuere ajena,
que no es cual las demás á la malicia.

Tiene además Valladolid, como al principio dijimos, 20 conventos profesos de frailes y 19 de monjas, y algunos nobilísimos, 20 hospitales, todos con renta, contando el de los niños de la Doctrina, de los Expósitos, de los Orates, de Antón Martín y de San Juan de Dios y otros, que tienen toda la forma de convento, y oficios divinos, é iglesias muy nobles y tres ó cuatro colegios, y la Universidad con todas las facultades.

Tiene 12 iglesias parroquiales, casi todas de bóveda y columnas ó revestido de crestería dorada, y ninguna comparación tienen las de Lisboa con ellas, aunque algunas están por acabar; ocho capillas ó ermitas con misas y capellanes, entrando en ellas la Capilla Real. Algunos de estos conventos son una villa en la capacidad, y muy nobles en los edificios, como San Benito el Real, que hizo el Emperador, y la iglesia es hermosísima, por el estilo de la de Santa Cruz de Coimbra, mas con columnas, y mayor y más soberbia que la de Nuestra Señora de Gracia, aunque no tan linda.

San Francisco ocupa media ciudad y tiene 200 padres. En San Pablo se recogerán ahora 750 frailes, sin la gente del servicio, y es obra nobilísima en todo. El Colegio de San Gregorio es una joya de oro y la más linda pieza y bien acabada, en su tamaño, que hasta ahora vi, porque por dentro y por fuera es un ramillete. Es toda de cantería, porque no le falta pieza ninguna y ninguna tiene que no sea de ver, porque lo menos es ser el interior de imaginería dorada.

El Colegio del Cardenal es también una joya, y pienso que no hay otro tan bien acabado, tan bien asentado y tan fuerte en toda Castilla. El edificio de la Universidad también es bueno. Tiene todas las facultades, con mil cruzados de ordenado los lectores de Prima y setecientos los de Víspera, con sus oposiciones muy reñidas. Y, bien examinados estos edificios, ellos solamente bastan á hacer una ciudad hermosa. Muchas veces me ponía á pensar cómo podían caber en Valladolid tantos conventos é iglesias, á más de 400 palacios, sin poderlo comprender, sino que como la ciudad es intrincada y tan llana y no cansa á quien anda por ella, parece menor, y también porque desde su ventana nadie ve más que su calle.

Todas estas ventanas tienen las más hermosas rejas de hierro que hay en Europa, porque en ninguna parte se labra hierro con tanto primor como en Valladolid, y los moriscos hacen estas rejas con balaustres torneados con lacerías, follajes, ramilletes, frutas, trofeos y otras invenciones suspendidas, que doran ó platean y quedan como si fuesen de plata ú oro; y lo mismo los balcones que las ventanas, que casi todas tienen. Y hay casas á las que desde la calle se puede subir por ellos de uno en otro, como por escaleras, hasta el tejado, y la Plaza se puede andar toda alrededor de uno en otro balcón, porque no hay un

(1) Tales fueron, en efecto, las que se llamaron *casas á la malicia.*

palmo de distancia, que decíamos nosotros que eran armadijos para los vestidos de las mujeres; y, si hubiera tantos ladrones y enamorados como en Portugal, poca necesidad había de escalas de cuerda para unos y otros; mas ellos conténtanse sólo con los hurtos del día, y ellas, como raposas, van á hacer la suya á lo lejos, teniendo el día por suyo, y, pudiendo llevar un buen día, quieren llevar una mala noche.

Y así oí yo á una castellana, á la que pedía un portugués que le hablase por la reja de la ventana, «que eso [es] andar de unos yerros en otros; que en casa tan suya no quisiese parecer ladrón, escalando la casa por la ventana» (1), y á más que su vida es como la de los alárabes, que viven en tiendas y andan como lo quiere el tiempo.

Y así, pasan lo principal de su vida en los coches, «testigos de tantos yerros» (2), que decíamos nosotros que los cocheros, como confesores, olvidaban los pecados de unos por los de otros, porque raramente os cuentan nada de cuantas negociaciones y comisiones llevan, porque la costumbre no alborota, ni deja reparar en eso.

Entre los edificios públicos, la Plaza es tan hermosa como tengo dicho, porque con la proporción, igualdad y tamaño de las rejas, pisos, ventanas y azoteas que la rodean por encima y columnas por debajo, resulta la más hermosa plaza que hay en Castilla, porque tiene cincuenta y cinco brazos de ancha, aunque el sitio de nuestro Rocío y la vista de los montes y edificios que se descubren no tiene precio (3).

Entran en la Plaza catorce calles y travesías, todas de la misma obra ó correspondencia. De ella se va al Ochavo, que es una plaza pequeña ochavada, en que entran ocho calles con la misma frontería ó simetría. Por fuera continúase la Platería con su iglesia en el frente, con su baranda abierta sobre ella, que la hermosea mucho. Caben en la calle cinco coches juntos; y así esta calle, como las demás que vienen al Ochavo, con la de San Francisco y de la Rinconada y las otras, tienen portales de una misma traza, de más de trece pies de ancho y dieciséis de alto, y son tiendas que cada uno es un depósito de todas las sedas, brocados y riquezas, y deben valer más por lo que tienen que siete calles nuevas de Lisboa, porque la mejor de ellas no llega con mucho á la peor de éstas, y son tamañas como una iglesia estrecha cada una; y si la corte estuviera de asiento aquí y se continuaran los edificios por esta traza, vendría á ser muy de ver, porque lo que se hace de nuevo en Valladolid no puede ser mejor, para ser tantas las calles.

La otra obra es actualmente la explanada del pasadizo, que con el Palacio nuevo, galería que le cerca y fachada de San Pablo, es tan hermoso como queda dicho. Lo mismo es la Plaza de Palacio Viejo y la de Chancillería é Inquisición y otras muchas que tiene, y la de Santa María, la del Almirante, la del Duque, la de la Trinidad, la de las Aves y la Rinconada, no hablando de las que hay de muros afuera.

Tiene aquí sus casas el Almirante, que son grandísimas; las de los Condestables, lo mismo, las del Conde de Benavente, son palacios. Las de D. Galván tienen 390 aposentos, y las de Don Alvaro de Luna, en las que edifican el Rey y el Duque.

Fué aquí degollado y enterrado en San Andrés; y cuentan una historia que aconteció sobre una alcatifa muy hermosa, sobre que fué degollado, que está en San Francisco, que omito por la misma razón por que se prohibieron sus romances, y en su lugar pondré aquí el epitafio de D. Pedro Miago, que fué un caballero antiquísimo, que hizo hospital de su casa y enterróse en él y púsose de bulto hasta la cintura, con un letrero que dice así:

Yo soy D. Pedro Miago
que de lo mío me fago.
Lo que comí y bebí, logré;
el bien que hice, hallé;
de lo que acá quedó, no lo sé (1).

Y, como discípula suya, Jerónima de Ribera decía: «Cumplimientos con todo el mundo, cuen-

(1) En castellano.
(2) En castellano.
(3) Sobre todo esto pueden verse mis notas á los *Romances sobre la partida de la corte de Valladolid en 1606.*

(1) Tiene variantes respecto á su forma conocida.

tas con D. Pedro Miago, que no asienta por su cuenta sino lo que comió en vida, y no lo que le han de enviar de Portugal. El se está con su casa de M.e Pasquin; y el sepulcro es de Neno (1). Y lo que me cae en gracia es ver que hasta con la muerte jueguen y compongan chistes para el sepulcro, y cuentecillos para el pie de la horca, como dijo Pizarro.

Está también en el convento de la Merced, sepultada en el claustro, la infanta D.ª Leonor, en un sepulcro de yeso (2).

Lo que más engrandece á Valladolid son sus verdugadas y marquesotas y sus alegres salidas de invierno y verano, que, con tener poco adorno, son todo lo que se puede desear, sólo por lo natural.

La primera está á la puerta del Campo, á la que se sale desde la Plaza por una calle muy larga, y en el muro se hizo, para la entrada de los reyes, una puerta más alta que él, con triunfos, por lo cual caben tres ó cuatro coches emparejados por ella, con su cornisa, y sobre ella su frontispicio entre dos conejos muy lindos, y en el ornamento del arco sus metopas y triglifos, con su cornamenta, que no se podía olvidar este ramo á la puerta:

Expectate nepos salve, tu qui optima vinclo
nexa pars, gentis spesque, salusque tuae.
Cujus in adventum summum, ut testenti amorem
multa dedit Bachus munera, multa Ceres.
Quos vota in geminos iterumque, iterumque patebam
praecipuum in terris Pintia corno caput.
Jam supero in gentes, quas aequebam hactenus urbes
jam vacuum quod erat, vallis amena replet.

Sálese por otra puerta al Campo, que es la más hermosa plaza cercada de casas que hay en España; porque mide, por lo menos, diez Rocíos de Lisboa, con once conventos alrededor, y tres de ellos de monjas, y muchos palacios grandes, donde generalmente viven los embajadores.

Trata la ciudad de hacer palacios al rey á su costa y da 80.000 cruzados para ellos, con tal que el rey no se vaya de Valladolid, que, atento el sitio, que elegían en el frente del Espolón hasta el río, con aquella plaza delante, era cosa hermosísima y muy frecuentada, con las mañanas y tardes del Carmen y Sancti Spíritus.

Embellécese el Espolón, que es una salida que da sobre el río y que queda como plaza cuadrada, con una puente grande; y con un pretil y asientos que la hicieron, queda como baranda de treinta brazas de altura. Deja ver el río, con el camino por dentro y fuera, con una vista bellísima de todas las alamedas, huertas, puentes, conventos y demás particularidades del río, y los barcos enramados que le cubren, que son á modo de galeras y andan pasando y recreando á la gente que va á esparcirse.

Este es el paseo de invierno, donde van á tomar el sol; y en acabándose el puente, sobre el cual se va continuando el pretil y baranda por más de otras treinta brazas hasta Nuestra Señora de San Llorente, entre el río y muro, junto con la fuente de Argales, que está en medio, creo que no habrá cosa más soberbia por naturaleza y sitio, principalmente cuando, en un día de sol, salen las damas como hormigas, que asolean sus graneros, á hacer plaza de sus gentilezas, con lo que ni el Campo en invierno tiene envidia á las flores de la primavera, ni éstas, que no se marchitan en el verano, ni en el invierno, con las colores apacibles de sus vestidos, tienen envidia á la hermosura de los campos, ni ellas tienen necesidad de esperar el fruto del otoño, que aquí cogen y hacen sus cosechas, y así, cantan la seguidilla:

Por una puerta de Campo
que más parece de gloria,
con un círculo espacioso, etc. (1).

La segunda salida de la cuaresma es la Victoria, convento de frailes de San Francisco de Paula, que tiene delante una plaza á la que se entra por el Puente Mayor, tan grande como el Rocío. A la entrada están los hospitales de San Lázaro y San Bartolomé y huerta del Duque; por la izquierda tiene casas muy buenas, y á la larga, por la derecha, está el río, con una alame-

(1) Alusiones, sin duda alguna, á cosas de Portugal.

(2) Se refiere á D.ª Leonor Téllez, reina de Portugal, fundadora del convento de la Merced Calzada.

(1) Es lástima que Pinheiro no reproduzca íntegramente esta desconocida *seguidilla*.

da baja á lo ancho de ella, muy espesa, puestos los árboles en orden, con paseos para coche hasta debajo del puente, y en medio de la plaza una fuente muy linda, que por un frutaje arroja dieciséis *pennas* (1) de agua, hasta mucha altura. Deja el convento camino por una y otra parte, quedando en medio y siguiendo el río hasta los Mártires, que es hoy convento de San Basilio, en lo alto de una ensenada ó semicírculo que el río hace, dándole una vista muy alegre, pues siguiendo río abajo hasta la entrada de la puente y hasta San Jerónimo, por detrás de la huerta del Duque, queda aquella famosa vista y calle de álamos de una milla, con agua que los riega, como dijimos; y cada vez parecerán mejor, y no creo que pueda haber sitio semejante en ninguna parte.

La tercera salida de verano y paseo de todo el estío es el celebrado Prado de la Magdalena, con dos pares de aceñas con que el Esgueva le está refrescando, cayendo de alto; y luego se esparce por medio de él, acariciando á todos los coches y caballos que por él andan, sin turbarse ni mudar la color. Tendrá este bosque de álamos en redondo más de cuatro mil pasos, todo cortado por los brazos del Esgueva, con puentes de piedra y de madera para la gente, y no tiene nada artificial, como queda dicho.

A más de este Prado se sale al campo á lo largo, por donde pasa el otro brazo del Esgueva, donde lavan, á lo que nosotros llamábamos Ostende, por un muro viejo de tapia que allí hay, y cuando alguno se apartaba de los demás, decíamos que iba á batallar ó combatir á Ostende.

También sobre San Pedro, por Santa Clara, queda otra salida, y está todo el Prado, por esta parte, cercado de huertas y árboles frutales muy frescos, todos con sus norias para el riego.

Tratado de la familia y cualidades de la novia, vengamos al dote y ajuar, antes de llegarnos á lo principal, que son sus buenas costumbres.

Tiene Valladolid de renta 200.000 cruzados, que gasta cada año, de ciertos impuestos y tributos sacados de la carne y el vino. Están á más de eso arrendados los derechos del vino en 100.000 cruzados, los de la lana en 34.000, y así los de las demás cosas. Gobiérnase por 29 regidores y su corregidor, que son como *juiz* y *vereadores* (1). Son oficios que se compran, y el duque de Lerma es uno de ellos; de los demás, la mayor parte son hidalgos. Y este es el acompañamiento de la novia, á que llaman *regimiento,* y á la cámara *consistorio.*

Cuanto á *bucólicos,* en que los castellanos vencen á Virgilio, la tasa del trigo es á cruzado la fanega y á 280 (2) la cebada; con la corte vino últimamente á valer más y á haber mucha falta y poco orden en el aprovisionamiento.

El pan es todo como macizo. Viene de fuera, de las aldeas, en borricos, de los cuales entran cada día 400 ó 500 cargados. Después que nos conocieron, hacen ya en la ciudad los panaderos que de aquí llevaron, molletes, á que llaman *panecillos* ó *pan de leche,* que es tan bueno como el nuestro de Lisboa; mas si llueve ó se baja el precio, siéntese notable falta, porque las de las aldeas ponen sitio á la ciudad, subiéndola el pienso.

El carnero no hay que encarecer, sino ser el mejor del mundo, y estar los viernes colgados en el Rastro, donde se venden á ojo, quinientos ó seiscientos, como pájaros, con las ancas deshechas, tan gordos que se andan tomando de los magros, y pesa un carnero sesenta y setenta arrates. Sale á cerca de 30 de nuestra moneda y á las veces mucho menos; en las otras carnicerías se vende á peso, excelentísimo. La vaca también es buenísima, aunque en ciertas ocasiones no la dejan matar, por consumirse y ser mejor el carnero, y yo la tengo por más sabrosa que la nuestra.

En la plaza de las aves hay ordinariamente seis y siete mil capones y gallinas muertas, medio desplumadas, como tordos, é infinitos puercos nuevos de leche. Vale cada gallina buena 200 reis! El pavo bueno 600 reis! Conejos 100 y 120 reis! Perdices lo mismo, pero no se hallan.

Los patos tienen allí mucho mejor comer que los de acá, siendo ordinariamente menos sabrosas las aves de allí que las de aquí, porque son insí-

(1) Medida portuguesa para líquidos.

(1) Nombres que aquellos cargos tenían en Portugal.

(2) Serán maravedís.

pidas, y por ser más vanas ó fofas, no tienen tanta sustancia ó peso. Lo mismo entiendo de los otros mantenimientos, porque una persona come allí incomparablemente más, y se almuerza y merienda, sin empacharse tanto como aquí.

El vino bueno es el blanco y nadie bebe el aloque, que es el rojo, y es muy sucio. Lo bueno es muy caro y lo ordinario á cuatro maravedís. Las frutas son muchas y muy excelentes, porque sus guindas garrafales son como se sabe, y muchas cerezas, y todas de las que en Coimbra llaman de saco, y ninguna comparación tienen las de Lisboa con ellas, ni ningunas otras, y hay infinitas. Albérchigos y frutas nuevas son las mismas nuestras; camuesas de tres ó cuatro en un arrate, y no tienen comparación con las nuestras, y duran casi todo el año.

También nos llevan ventaja en las bergamotas, aunque pocas, y en las peras de Aragón, que son muchas y duran todo el invierno. Con los membrillos ninguna comparación tienen los nuestros, porque son tan blandos que no vale nada la mermelada de ellos. Melocotones y uvas moscateles duran todo el año: limones de Valencia cosa superior, aunque caros; las granadas de Granada y las de Jaén son la mejor cosa que puede haber y duran hasta la Pascua. Manzanas, excelentes.

De suerte que en esto nos llevan ventaja, porque todo lo que hay en toda Castilla, halla dinero que por las puertas andan buscando con ello. La mejor cosa que allí vi fueron las natillas que se hacen en la misma ciudad, y requesones y mantequilla cruda, que de todo cuanto comí, desde que tengo uso de razón, no vi cosa mejor, y todo lo de leche es muy barato, y mientras es su tiempo andan más de 200 borricos cargados de ello por la calle. Melones hay todo el año, pero muy insípidos.

En cuanto al pescado, como es tierra mediterránea, tiene falta de él, aunque viene de Vizcaya la que llaman merluza, mas de maravilla llega buena, y viene otro pescado, no bueno. Solamente en la cuaresma hay los besugos de Santander, en gran abundancia y fresquísimos, á treinta maravedís el arrate y á veinte; y, en cuanto á mí, ningún pez me sabe mejor ni tan bien como él, aunque entre necios de Portugal no me atrevo á decirlo.

Los ordinarios tienen dos arrates y medio ó tres, y son nuestros sargos en la vista, mas en el sabor, carne y blancura son salmonetes. No falta salmón fresco, pero á 260 reis el arrate y no muy bueno. Hay muchos otros de escabeche, besugos, sardinas y lenguados, todo el año, sin faltar.

Lo que más se debe notar es el número infinito de truchas que viene de Burgos y Rioseco, porque no se puede creer que haya días en que medio Valladolid come truchas, como si fueran cargas de pescada; y yo vi en San Pablo encargar á los hombres que tratan en eso cuatro ó cinco arrobas de truchas para ciertos días, y traerlas, que parece imposible sacar de un río cuatro arrobas de peces hoy, y mañana otras tantas. Son algunos de muchos arrates, y otros cosa desagradable. El duque de Lerma mandó á los frailes una trucha en un tablero de que hicieron partición á ciento ochenta frailes, por tener que contar; y es una de las cosas que más me asombraron, desde que entiendo, este negocio de truchas.

Tiene también mucha cantidad de barbos, de tres ó cuatro arrates muchos, y arriéndase un barco que va detrás de la isla de San Jerónimo en 1.200 cruzados. También es cosa notable la cantidad de ranas que se venden sin faltar nunca, y caracoles, cosa que nunca pude comer.

Pescada seca y lechones vienen de Galicia y son mejores que todo lo nuestro. A más de estos simples tienen otros compuestos, que son las cocinas de muchos señores, donde siempre se hallan empanadas, tortas, frutas y toda clase de cosas, como tengo dicho en estas décadas al 6 de Julio, donde lloramos la expulsión de los figones (1), en cuyo lugar quedaron los cocineros y más de cincuenta casas con tablillas á la puerta, en que se dice que se hacen allí manjares de toda suerte. Con estos platos, aunque mal guisados, dejamos satisfecha la boda de nuestra novia, porque en cuanto á los dulces y diversidad de ellos y tiendas en que se venden, hemos hecho plato bastante en dicho día, y con este postre

(1) V. pág. 129.

vamos adelante, y así demos agua á las manos con las vasijas de vidrio de Valladolid, que son cosa bellísima y se pueden ir á ver por gusto.

Vidrios grandísimos como cántaros, con todas las hechuras y colores, y otros á que llaman penados, como cantimploras, que destilan agua sin pena ni trabajo, retortas, y de mil invenciones que aquí no vimos nunca, y no muy caro; é igualmente nuestros búcaros de Extremoz, que allí se gastan mucho, y otros de Palencia, que en nada se diferencian sino en no ser tan bueno el olor, pero más perfectos, ligeros y labrados; y otros de toda suerte, á que llaman barrilillos, que llevan al pescuezo, como brincos de oro; mas los vidrios son cosa bellísima, y de ellos hay seis tiendas principales, y en ellas también muchas porcelanas, por el mismo precio de Portugal.

Olvidábame el mayor regalo que tiene Castilla, que es la nieve en el verano, que nunca falta, y sólo por ella se pudiera ir allá, con más razón que los franceses por los vinos de Italia y los ingleses por los higos del Algarbe, y aquí en la tierra no hay mayor deleite que agua fría en el verano y fruta con nieve. La otra delicia es el agua, que es muy buena, y la venden en vidrios hermosísimos, con su bordado.

Vengamos ya á las joyas, alhajas y lozanías de nuestra desposada, para lo que hay las más y mejores tiendas y almacenes de todas las sedas y brocados que puede haber en parte alguna; y lo que destroza á los señores es ser costumbre mandar á las mujeres por todo lo que quieren sin dar cuenta á los maridos, sino al pedir el pago, y lo mismo las novias, y ellos son muy fáciles en fiar, por lo fácil que les es el ejecutar, y todo el mundo tiene con ellos crédito abierto para dar á las mujeres, porque saben que les han de pagar á pedir de boca, y así nadie se puede excusar con ellas con no llevar dinero para dejar de darlas sus ferias, que ellas no guardan nunca en el pedir ni las de Pascuas ni las de las cosechas, porque, como decía una: «Ni entre damas hay días de ayuno, ni en galanes santos de guardar» (1).

Son también de grandísima comodidad las tiendas de vestidos, hechos de toda clase de sedas y riqueza de obra y guarniciones, principalmente faldellines con muchas randas de oro, ropones y basquiñas de muchas maneras, y libreas para muchos criados, hechas al instante para grandes y chicos, que el mismo día en que llega una persona, puede salir con cuantos pajes quisiera de librea, y él de la misma suerte, y halla luego caballo con gualdrapa por cuatro reales, lacayos de calzas por dos, y pajes que le acompañen, que es grandísima comodidad, y las mujeres sillas.

Una de las más notables cosas y que más holgaba de ver en la corte eran las almonedas, porque en muriendo un señor ó mujer, se vende cuanto hay en casa, y si el viudo ó el hijo quieren alguna cosa, ha de comprarlo en su parte, y es muy acostumbrado, para que haya igualdad.

Ver aquí las riquezas, la brutalidad de los vestidos (1), es cosa que no se puede comprender, porque en esto, ó sea muebles de casa, son todos príncipes. En la de la marquesa de Mondéjar vi doce sayas largas ó cotas de cola, todas de tela bordada y algunas con aljófar, á más de otro número infinito de otras diabluras.

En la de la Marquesa del Valle escogió la reina lo bueno, y sin embargo vi de su oratorio tres cruces de vidrio, de á vara, con lacerías de oro, cosa del cielo, vasos del mismo oratorio de mucho precio, que es vergüenza decirlo. Seis retablos de ébano con puertas, de reliquias, cada una de 800 cruzados; las imágenes de oro y con piedras, y las incrustaciones de plata, no se puede creer; y todo en venta.

En la de D. Antonio de Bañuelos vi veintisiete gorras de velludo y dieciocho calzas de canutillo de plata ú oro sobre gamuza, á más de las otras de seda y de las negras, que no tenían número, ni las capas, con lo demás.

Por aquí concluyo con lo mejor, que son las tiendas de guantes, brincos, aderezos de mujeres, cadenas, plumas, medias y otras cosas, que son muchas, y todas con tenderas peripuestas y el empleo de la corte, y no hay cosa que allí no se halle; y así, me acuerdo de una letanía que hicimos, y es la que se sigue:

(1) En castellano.

(1) La frase es de Pinheiro.

LETANÍA

Arandelas, lechuguillas,
velos, rebozos, listones,
periquitos, gargantillas,
plumas, moldes, gargantillas,
redes, pechos, cabezones.
Tocas, cofias y guarines,
trenzas, nastos, trenzadillos,
cintas, bolsos y velillos,
guantes de ámbar y jazmines
de flores, perro y polvillos.
Firmales y prendederos,
cebellinas, florecillas,
fluques, cintas, vivos, ceros,
braceletes y manillas.
Petrinas y trenzaderas,
alzacuellos, abanillos,
rebozos, leques, arillos,
arracadas y gorgueras,
firmales y regalillos.
Guantes de Ocaria y de flores,
ligas, medias, zapatillos,
chapines, randas, cintillos,
valonas, apretadores,
piernas, rodillas, tobillos.

Con toda esta buhonería sale cada una el día de fiesta, que son para ellas trescientos sesenta y cinco y más las seis horas, porque ninguna pierden, ni dejan cosa en el arca que no lleven sobre sí. Su traje es notorio y mucho mejor y más fácil que el nuestro y más lucido. No llevan verdugado sino con arandela y gorguera. De negro andan muy pocas veces; lo ordinario es ahora escapulario ó colgante leonado. Mantos ya no hay, sino soplillos y gorras.

Précianse de andar seguras y pisar bien, y así lo hacen, á la verdad, y acomodan muy bien las piernas, y no con los melindres de nuestras reinas Esteres, que para uso ordinario es cosa enfadosísima. Ninguna trae paje de apoyo ni se acompaña de pajes, sino de escuderos, ni vi nunca, que recuerde, acompañar á señora ningún paje, y también, como andan en coche, no tienen necesidad de ellos; y, cuando salen á pie, es con una criada embozada ó escudero, y nadie las puede quitar la confianza, aire y seguridad con que andan y pasean una calle.

Conformándonos con la doctrina de Aristóteles y San Pablo, que dicen que es primero lo animal que lo espiritual, el cuerpo que el alma, hemos tratado de las dotes corporales de la novia; resta hablar de las dotes del alma, porque hasta ahora es como estatua de barro en cuanto no le animamos el espíritu, que la hace hermosa y la da el sér.

Y porque no digáis que os doy novia rica, pero mal enseñada, oid su buen natural y después no os espantéis de sus mañas, pues es mujer; con razón decimos de ellas: «Mi olla, mi puta, mi misa» (1), porque en las misas son más continuas que nosotros y todo hombre oye misa á diario. Quitando los días de obligación, en que, por la concurrencia de gente, hablan mucho, en los otros la oyen con mucha atención y devoción toda entera y encima del padre, donde lo oigan todo, y no con las epiqueyas con que oímos media misa y desde fuera de la puerta, con lo cual no oímos nada; y son muy largos en mandarlas decir y en las limosnas de ellas y con las cosas de devoción son mucho más piadosos que nosotros, como se ve en la frecuencia con que San Llorente está lleno día y noche, en las piezas que dan de lámparas y cera, que cuelgan, lienzos, muletas y otras cosas, en reconocimiento de las mercedes que Dios les hace, de que están las capillas cuajadas.

Lo que mejor me pareció fué las innumerables reliquias que tienen, que no hay monasterio que no tenga su tesoro, el altar de cuerpos de plata ó madera, brazos ó cabezas de santos y vírgenes perfectísimos, que holgaba mucho de ver. A los sermones acude menos gente, mas nadie habla una palabra mientras están en él. Llevan sillas de respaldo, que es grande indecencia y estorbo para el paso, y á muchos les llevan almohadillas para arrodillarse.

Ninguna persona ni título tiene lugar cierto, sino sentarse donde puede alcanzar y encima del padre que dice la misa. Algunos días llevan seis docenas de almohadillas, porque alcatifas nadie lleva; á otras cosas, que es lo ordinario, van solos en su coche con una criada, y siéntanse donde les dan lugar, lo que se hace con mucha cortesía, porque también ellas la saben tener. Y en levan-

(1) En castellano.

tándose ó haciendo lugar una persona, luego lo agradecen no solamente con mesura, sino de palabra, en lo que son muy corteses, y parece muy bien; y también son muy modestos en empujar y colocarse, y nunca oí una mala palabra, ni pelea, ni descortesía en esta parte.

Y con venir á cada momento pícaros que se van á sentar delante de señorones ó en el regazo de sus mujeres, si un amigo va á quitarlos, le hacen volver á poner, diciendo: «Déjele V. Md., que está en la iglesia» (1). En efecto, son hombres en la llaneza. Y nosotros ¡cuitados! con nuestros puntillos.

Estando yo una vez en San Francisco entró una señora rebozada, á la que hicimos lugar, y queriendo quitar á un pícaro, que no quería apartarse, dijo ella: «Déjele V. Md. Oiremos misa con merecimiento» (2). Comenzó Constantino de Menelao á asediar con sus ojos, y con ser el pícaro un nublado que se oponía al sol, y que venía á ver á Dios y Dios le venía á ver á él con tal vecina, y ella se reía, hasta que le dijo una dueña: «Mire V. Md. con quien habla, que es la señora Marquesa de Falces» (3). Y repuso el Constantino: «Pues, mujer, ¿en qué estoy engañado? ¡Marquesa y con tales ojos! Juro á Dios que aquí se ha de vender la capa!» Y ella, muerta de risa, dijo á la dueña: «Dejadle enhoramala. ¿Qué sabéis vos las mercedes que Dios le tiene guardadas?» Y, sin embargo, nos apartamos un poco, lo que ella agradeció con reverencia cuando se fué; y dijo á la dueña: «Hasta á los lanceros portugueses quiero bien, porque todos tienen buen entendimiento y mejor donaire» (4).

En los bautismos tienen las costumbres que contamos en lo que apuntamos de estos comentarios en Junio. En las bodas tienen las velaciones antiguas, y después de desposadas van por las bendiciones á la iglesia, y en la misa están con un velo sobre la cabeza, y por eso se llaman veladas, y una cinta de seda con que los tienen sujetos; y acabadas las oraciones, les dejan la estola como yugo al pescuezo y dan con ella un nudo en las manos de ambos. Hecho esto, besa primero el padrino la mano al cura y luego el novio, é igualmente la madrina y la novia.

(1) En castellano.
(2) En castellano.
(3) En castellano.
(4) En castellano.

Por la noche hacen su sarao con amigos y amigas. Una vez vi casar en el Salvador á un ciego con una ciega y les dimos todos limosna, pidiéndola un hidalgo que allí se halló. Y diciendo unas mujeres: «Estos ¿para qué se casan? Que es lástima, siendo ciegos.» Repuso él: «Pluguiera á Dios que fuera también muda, que no se hubieran de casar sino los ciegos, porque nunca la mano yerra la boca, y ahórranse hartas pesadumbres.» Y diciendo una: «Enhoramala para el novio: ¿y qué pesadumbres?», respondió él: «Calle, señora, que á quien Dios da ojos siempre tiene que ver y que llorar» (1).

En los entierros se guarda nuestra antigua costumbre de acompañar el viudo á la mujer hasta la fosa, la más alegre salida que tiene la casa del casado. Al año y mes llevan carneros, odres de vino, sacos de pan, que ponen sobre la sepultura y se le consiente en la iglesia; por eso debe de ser buena costumbre, aunque mandarlo á casa se acostumbra en otras partes.

No llevan capuz sino treinta días, sombreros forrados sin velo el mismo día y luego lechuguilla y cuellos abiertos, paño liso, y las mujeres tocas de dueña con sus copetes en la cabeza, con lo que quedan más lozanas y puestas que las doncellas con sus arandelas y periquitos. No hay gritar ni clamar, sino *muertos á la cueva, vivos á la olla* (2); y si lo hacen con la modestia y sufrimiento cristiano, me parece mejor que los fingimientos, gazmoñerías y extremos que ordinariamente hacen las que ya tienen dada palabra, como decía la otra al marido: que fuese su alma muy consolada, que no casaría con quien se temía, porque ya tenía dada palabra á otro.

Y, con efecto, lo que tienen en el corazón muestran en el traje; y diciendo yo una vez á una mujer de un alguacil viuda por qué mentía en llorar, porque siempre la vi desear la muerte del marido, respondió: «No miento, en verdad, que aunque un ojo se me ríe, otro me llora» (3).

(1) En castellano el diálogo.
(2) En castellano.
(3) En castellano.

Esta tenía tomada palabra á un amigo, que zumbaba de ella, que como muriese el marido se había de cargar con ella; y diciendo yo que de esa suerte le mataría, respondió: «Eso no, mátele Dios, que yo venderé la saya para llevarle á la cueva y el manto por levantarle de la cama, porque deseo mi descanso y no su muerte» (1). En fin, «cá e la, más fadas ha» (2); *cual más, cual menos, toda la lana es pelos;* mas no hay hipocresía en Castilla, ni envidia, ni fingimientos.

De aquí nacen dos excelencias. La primera, que no hay aquella cuadrilla de bribonas ociosas y mal criadas, profesoras de la murmuración, soberbia y descortesía, á que llamamos beatas, de quienes leí en un sermón satírico esta leyenda y cayóme en gracia la costumbre del mundo: no tienen los fariseos escrúpulo de comprar la sangre justa é inocente por treinta dineros y tiénenle de meter las monedas en la bolsa del templo; ningún escrúpulo de poner á Cristo Nuestro Señor en una cruz y muy muertos porque no quede en ella el sábado. De este número son las beatas, que se acusan de dar un punto el domingo, y no de no coser otro tanto en toda la semana, estando descosiendo por las vidas ajenas desde el sábado hasta el domingo; grande escrúpulo sobre averiguar si el gato á quien dió la puñada era gato ó gata, y ninguno de ir á la iglesia y dar aire de sí á cuantos gatos hay en el refectorio y cuantos perros entran en la iglesia; grande escrúpulo de escupir en la iglesia y ninguno de llevar en las almas un montón de inmundicias y poner manchas en las honras de todas las buenas; grande escrúpulo que tienen del escándalo de la vida mala de la vecina y ninguno del que causan sus visitas y confesiones á toda la gente de la vecindad. Y, finalmente, grande escrúpulo y penitencia porque respondió *amén* á una misa y ninguno por ser calendario de las vidas ajenas, porque hasta sus confesiones más son adornos de culpas que confesiones de pecados, y más van á abogar por sus errores que á acusarse de ellos; porque de modo disimulan sus odios y disoluciones con las malas condiciones de los maridos y vecinas é importunaciones de las terceras, que más confiesan culpas ajenas que descubren las suyas.

De modo que tenía razón el otro cura, que no quería confesar en cuaresma á ningún vecino de cierta beata, y dando queja de ello al obispo, dió por disculpa que ya estaban confesados, porque había ido allí una beata que vivía por aquella calle, que los confesara á todos. ¿Qué tiene que decir una beata cuatro horas al confesor sino de vidas ajenas? Y el padre predicador bien estaba en las oraciones de las beatas. Ahora bien, Valladolid está libre de esta peste ociosa; hacen punto en boca y ninguno en la costura ajena.

Síguese otra inmunidad eclesiástica y reformación monástica, y es que los frailes ayunan en Valladolid como cualquier pecador, y el que no quiere ser dominico ha de contentarse con oveja ó puerca, porque no alcanzan las gallinas, ni llegan á ave de pluma; y la razón es que en Portugal las fortalezas más guardadas, como puestas en cerco, corren más peligro y se entregan al hambre; y en Castilla, como la tierra es tan fértil y ocasionada, no es necesario recurrir á la limosna de los frailes y sobras de los pajes, como en nuestra patria, donde hacen verdaderamente de necesidad virtud; y como son teólogas, entienden que en ellas es lícito valerse del pan de las ofertas del altar, á falta del de la tierra, y ellos no salen engañados en la simonía, dando con su conversación lo espiritual, que profesan, por lo corporal, que reciben, con lo cual en esta permutación da cada uno lo que le sobra por remediar lo que le falta, y no se llaman á engaño, pues para alcanzar los bienes del alma es justo que padezca el cuerpo.

Mas en Castilla no se sufren simonías; y, así, oí yo á D.ª Isabel de Castro, en Sancti Spiritus, que, echándola un carmelita unos requiebros y dejando caer en su hombro la capa, dijo ella «que hacía como su P. Elías, que le pedían espíritu y él largaba la capa» (1); y siendo así obligación, parece de gente liberal por quien da la capa despojarse de la camisa, que con la primera letra del a b c saben las niñas hacer del manto

(1) En castellano.
(2) Refrán portugués.

(1) En castellano.

manta, y al contrario, y los achaques son á las veces remedio de muchas enfermedades, por donde con razón contaba una vecina mía que respondió á un fraile que la mandó un poco de carnero y vino luego á visitarla, y llegándose al pulso, por ser doctor *in utroque* y médico corporal y espiritual, le dijo: «Padre mío, á una enferma súfrese darle un poco de carnero, mas lleve V. R. el suyo, pues pensé que tenía carnero y vuélveseme garañón» (1).

Bien estaba en esta cuenta el hidalgo portugués, que estando viendo una procesión, dijo á un hijo segundo que se hiciera fraile, añadiendo: «Si fueras buen fraile, para ti se harían las mitras, y si malo, tendrás las mejores piernas de Portugal.» En efecto, en Castilla es necesario andar de limosna, como el otro que, diciendo una tejedora maliciosa á un novicio que no tenía qué darle como no quisiera un pedazo de una pierna, y yendo con mucha vergüenza á contarlo al compañero, como más diestro en no repudiar lo que el diablo le da, tornó á volver diciendo: «Señora, venía por aquella suya limosna que ofreció al padre compañero» (2).

Concluyo que las castellanas no quieren ropas largas, sino plumas y más plumas, regalos, paseos, coches y galas; y la libertad en que se crían las hace no querer apreturas de religión.

No dejaré de decir que hay infinitos religiosos muy santos, y son todos, pues el peor de ellos es mejor que el seglar perfecto, y tengo por cierto que muy pocos religiosos se pierden, y no sé cuántos legos se salvan; porque, aunque se puede salvar el ladrón y condenar Judas Apóstol, sin embargo el estado del fraile es cielo y el del casado infierno, y es necesario ser muy mal fraile para perderse, y muy buen seglar para salvarse, que el curso de aquel río es paraíso, el de éste Estigio, mas por pasatiempos se dicen estas verdades.

No piden por las calles, sino subiendo á las casas y casi nunca. Madres mías y primer amor mío, compañeras en mi estado de inocencia y bien que perdí juntamente con ella: quisiera haceros una fiesta de nueve lecciones sin descasaros de los padres confesores; mas, en lo que puedo decir sobre el común de las vírgenes, se ha de acudir al 21 de Julio en lo relativo á las monjas y las mártires. Solamente haré conmemoración ó lamentación de veros fuera de vuestro lugar en la corte, porque como solamente la del cielo es merecedora de tales moradoras, el mundo no os conoce, y en la corte os estiman como vosotras merecéis.

En fin, pésame mucho; mas estos mundanos y mundanas no saben á qué saben los bienes del cielo, y así estáis á la pala (?) si no hay algún portugués. Y tampoco se puede dar mayor estocada á una dama que decir que un hombre quiere á monjas, porque no lo pueden sufrir.

Y defendiendo yo vuestra causa delante de D.ª María de Herrera, que tenía una hija muy hermosa y noble que estaba cantando, me dijo: «¡Válgame Dios! ¿quién tal pensara? ¿Y qué quiere V. M. de una monja?» Respondíla: «Lo que quiero de mí, señora doña María.» Dijo la moza: «¿Y qué quiere V. M. ó puede esperar de ella?» Respondí: «Lo que no espero de V. M., que es que me quiera.» Repuso ella: «Si ansí es, hágale buen provecho, mas leí en mi breviario que más vale esperanza rica que mayorazgo pobre» (1).

En efecto, los que menos continúan los conventos son los frailes, porque como en las calles hallan los coches, no quieren ir á buscar las rejas, teniendo las sacristías llenas. Apártese de esta regla mi compadre y su amigo, de quien os contaré una gracia, y es que el fraile capellán fué á dar quejas de él al Conde de Miranda, que es presidente del Consejo Real, que inquietaba el convento y que su monja le robaba para él, por ser provisora. Vino mandado del Conde que no volviese allí más, y, volviendo á reincidir, fué condenado por relapso, y fuéronle á prender; y hallando á D. Pedro, el Cruz, le llevaron á la cárcel, donde estuvo ocho días, hasta averiguarse que no era él; y ahora anda por los atrios y lugares píos, sin valerle. Y fuera casada y fuera á llevarla el marido á merendar con él á su huerta; y por esto hallan los cortesanos más seguro el

(1) En castellano.
(2) En castellano.

(1) En castellano el diálogo.

Prado que el atrio. Y porque yo ponía en memorias estas aventuras, decía el Constantino que juraba á Dios que no se podía vivir conmigo, porque poníamos las faltas de los amigos en crónicas.

Tornando á las malas costumbres, en cuanto cristianos, digo que hay excomunión en todas las iglesias á los que faltan en ellas á las mujeres, que se entiende es solamente conminatoria; y aunque se corrigió mucho, no dejan de decir sus dichos.

Y estando yo en San Martín por la cuaresma, una embozada fea preguntaba mucho á un hidalgo que no hacía caso, y una vez la dijo: «Es fuerte cosa que me hagan caer en dos excomuniones, hablar en la iglesia y con mujer fea». Y respondió ella: «Harto más descomunión es preguntar á un necio.» Y él replicó: «Que me ahorquen si se hallare una cuerda» (1).

También hay la misma excomunión contra los pobres que piden en la iglesia, que es una grandísima pesadez en Portugal. Otra excomunión y costumbre hay, que es tomar todos agua bendita por su mano y no por el criado, porque parece cosa de poco respeto y es despropósito hacer galantería y cumplimiento de las cosas sagradas, y también es bueno por no suceder lo que decía doña Ursula, que no sabía cómo habría pegado la sarna al amigo, si no fuera dándole agua bendita.

Con mucho gusto cuento otra costumbre, verdaderamente noble, y para confusión nuestra, y es que ningún castellano noble sabe qué cosa es jurar. Ya los Santos Evangelios, Nuestra Señora, no se nombran sino para respeto; y así en Portugal se tiene por bizarría y en Castilla es infamia: ningún hidalgo ni mujer jura, sino los pícaros y soldados. Voy viendo que diréis que ha de salir canonizada de mis manos la moza, según sus muchas virtudes, y que esto es más vida ejemplar de religiosa santa que información de novia y dama cortesana, y que si no es para llevarla al convento de las arrepentidas, no halláis disculpa á mi sermón.

Ahora, haced cuenta que son honras con que entierro sus virtudes, y ahora que la tenemos casada ella descubrirá sus faltas y costumbres, que en ella son señales en el rostro, de ojos verdes, que para la corte la hacen hermosa; mas antes que entre con ella en su retrete (1), oid tres paradojas verdaderísimas.

La primera, apartada de la opinión que tenemos de Valladolid, es que allí no hay bubas, ni en toda Castilla, en comparación de las nuestras, y muy raramente se verá persona desfigurada con señales en el rostro ó nariz, sino todos colorados, bien dispuestos y gentiles hombres. No digo que no las hubiera, más crueles que acá; mas de igual modo que vemos que la peste da con fuerza, y después va aflojando, y otra vez entra con fuerza donde se va pegando de nuevo, así este mal francés se fué pasando de las Indias á Francia, de Francia á Castilla, de Castilla á Portugal, y por la regla que *translata profuit arbor,* fué disminuyendo la violencia y ponzoña del mal en Castilla y reverdeciendo en Portugal; y así no veo quejas de bubas, tumores y semejantes males, y cúranse fácilmente.

La segunda, que en Castilla los clérigos y frailes solamente llevan barba, y los clérigos todos andan rapados (2), sin dejarse más que una pestaña, por señal que allí hubo barba, y rápanse cada día; y, por el contrario, no hay clérigo ni fraile que ponga la navaja en el rostro (3), antes llevan el cabello de un dedo. Y es disparate andar al contrario de lo que cada uno profesa.

Andar rapados los eclesiásticos tomaron por costumbre para honrar la afrenta que se hizo á S. Pedro de Antioquía, rapándole la barba y la corona, en señal del reino y sacerdocio, ó de la

(1) En castellano el diálogo.

(1) Sabido es que esta palabra no tenía la significación de hoy. Era la estancia más apartada de la casa.

(2) Sin duda en la primera línea sobra la palabra clérigos.

Cristóbal de Villalón, en su *Viaje de Turquía,* escribe lo siguiente:

«*Pedro.*—Muchas cosas hay por allá que acá no las usan; todos los clérigos y fraires traen barbas largas, y lo tienen por más honestidad...

Juan.—Eso de las barbas me paresce mal y deshonesta cosa. Dios bendijo la honestidad de los sacerdotes de España con sus barbas raídas cada semana.»

(3) Esto en Portugal, sin duda.

de Cristo Nuestro Señor, que también lo dicen los sagrados doctores; y en Roma los culpados aparecían en juicio con la barba rapada, y después por autoridad la comenzaron los papas y sacerdotes. Y hallo mucha gracia á nuestra inclinación de andar siempre al revés y por honra y cortesía, no en el traje, sino en diferenciarse de los otros. En Enero confitados, en Mayo figuras de azúcar, por Navidad los confitados otra vez.

De manera que anda á lo cortesano aquel que comienza á andar fuera de costumbre: manteos pequeñitos, luego gorgueras y de allí á un mes las lechuguillas. Nadie trae verdugadas hoy en Castilla, las damas comienzan á andar en cabello y las otras vuelven ya á los periquitos.

El gaitero de Coimbra y Matías da Silva anduvieron en Roma con las barbas rapadas, y, para volver á casa, las dejaron crecer, siendo italianos en Portugal. ¿Para qué más? Yo, que soy tan discretísimo, nunca llevé manteos abiertos: tentóme el diablo ahora que me voy y compré cuatro por 8.000 reis, para aparecer enrollado y hablar por los codos.

Mas anden ellos enhorabuena con sus barbas, que se privaron del mayor privilegio que tienen los clérigos, que es andar rapados; porque oí yo que fueron cuatro las maldiciones que entraron con el pecado de Adán, á saber: corcovas y potras, reglas de las mujeres y barbas de los hombres. Añadiréles yo el trabajo de llevar espadas, que es la mayor impertinencia de la tierra. Los borrachos serán de contraria opinión, que beben y chupan, y de ahí dicen que se llaman los bigotes.

La otra es que en Valladolid ni hay borrachos, ni vi allí nunca pícaros, ni matones, ni espadachines, ni rufianes, ni embozados, ni valentones, ni nocturnos, ni escondidos, ni Fontes, ni Amaros da Costa (1). Cada uno trata de vivir para sí y no matar á los otros, porque los pone un Alcalde de Corte sobre un borrico y danles quinientos azotes; y, si huyen, córtanles la mano y acabóse el Fontes y el Buzaranha en Portugal. Guárdanlos para una ocasión en que acompañen la nao *San Valentín.*

(1) Famosos *jaques* portugueses.

Ahora, pues la carne es la que tiene primer lugar en los manjares de Castilla, comencemos por ella nuestra sátira. Y digo que hay mucha disolución en toda la materia de carne, porque la comen con muy poca ocasión, sin licencia de médico ni confesor; y lo hacen por lo amigos que son de la vida, en lo que ellos tienen más disculpa por lo buena que la llevan, que con razón solamente ellos pueden decir, con Fernán Gomes da Grana, cuando murió: «Ah rapazes. ¡Que mundo vos cá fica!»

La segunda cosa y la más notable que en esta materia hay en Castilla es comer grosura y menudillos los sábados, sin bula alguna del Papa, sin más que la costumbre inmemorial y la tolerancia de los Sumos Pontífices, con que se justifica; y son los menudillos de un puerco, tocino, cabeza, pescuezo, lomos, pies, manos, rabo, asadura y todo lo demás de dentro; de suerte que decía un villano de Cantalapiedra que su vicario, porque no le cansasen con escrúpulos en las confesiones, tenía advertido que comiesen todo el puerco. Y así comen la cabeza y el pescuezo de una ternera ó de un buey, y los pies, asadura, riñones y criadillas, y el día más regalado es el sábado.

Y porque *erubescimus cum sine lege loquimur,* os mostraré por autoridades cuáles son las cosas que caen bajo el nombre de grosura y menudillos, para que no caigáis en error cuando aquí os halléis; y primeramente entre los modernos doña Margarita de Castro, descomponiéndose un amigo nuestro un sábado con ella, le dijo: «Hermano, en sábado contentar con menudillos, pies, manecillas y lengua, al fin guisadillo de sábado, y no quebrar el ayuno» (1).

(1) En castellano.

Esta costumbre de comer *grosura* los sábados era ya antigua en España. (V. *El yantar de Alonso Quijano el Bueno,* por D. Francisco Rodríguez Marín, pág. 25).

Paréceme que no es posible separar estos *guisadillos* semanales de los consabidos *duelos y quebrantos.* Probablemente eran una misma cosa, aunque los *duelos y quebrantos* pudieran añadirse con huevos y torreznos. No andaba, pues, equivocado Lope de Vega cuando decía en *Las bizarrías de Belisa:*

Esa mujer
Que habéis perdido, escudero,

Explicándose más este artículo en una disputa ó coloquio del Prado, pasando nosotros por un coche, donde una rebozada tenía las manos, por hermosas, sin guantes, dijo Constantino de Menelao para ella: «¡Y qué guisadillos sé yo hacer con unas manecillas como estas para un sábado!». Respondió una: «¡Y qué lindos los sabe hacer esta dama de una lengua, que se lamerán los dedos!». Acudió otro de nosotros: «¿Y qué dicen V. Mds á la asadura? ¿Hay mejor bocado?» Respondió: «Vale más que los cuatro cuartos, que no valen nada sin ella» (1).

Estando yo, un viernes, en el Capítulo del Carmen, y mucha gente, que había procesión, hablaba con una mujer hermosa, mas tan grande como la pandorga de Bitesga, y, pasando unas castellanas que no hallaban lugar, díjonos una: «Sebo y grosura para mañana, y no nos quiten el camino, que no es su día» (2). Llamándome á mí seboso y á la otra tocino. *Ex antiquoribus.*

D. José de Cardona, menino de la reina, de 20 años, aragonés é hijo de un gran señor, es muy simple, y otros mozalbetes le metieron en la cabeza que sirviese á la señora doña María Sidonia, que entonces era dama favorita de la reina y ahora condesa de Barajas. Ella, por galantear, un día le pidió unas bergamotas que sabía que no se hallarían. Fué al frutero del Rey, que, después de afirmarle que no las tenía, por zumbar con él, le dijo: «Mas vea V. Md. si quiere la señora doña María dos turmas, que ya puede ser que guste más dellas.» Y preguntando «si era buena fruta», le dijo «que muy linda, y de Aragón.»

Y hase de suponer que como tenemos uvas que se llaman corazón de gallo, hay peras que se llaman turmas. Fuése el D. José á D.ª María y la dijo: «Señora, no fué posible descubrir las bergamotas, mas, si vuestra señoría gustase de dos turmas, se las traeré, que son mejores, y gusta la Reina dellas.»

El guardadamas le dijo: «Mirad enhoramala, D. Jusepe, cómo habláis, que os haré azotar.» Replicó: «Digo verdad, que son turmas de Aragón y las guarda el frutero para la Reina.» Contóme D. Cosme Zapata que anduvieron las damas ocho días muriendo de risa, de suerte que la Reina, al comer, insistía con ellas que la dijesen la causa, y que D.ª María mandó á una muchacha que se lo contase, y que, con la risa, no comió más bocado; y decían unas á otras si querían fruta de Su Majestad ó de D. Jusepe. Y, ya que hablamos de comer, diré lo que allí observamos.

Los mantenimientos de allí son de mucha menos sustancia y más porosos y la carne fofa, y pesa menos y sustenta poco, como queda dicho; y así, comen carne tres ó cuatro veces al día y su azúcar rozado por la mañana, torreznos, pasteles, turmas y cosa que lleve el gato, y hasta en la color de la carne se ve que es más gruesa, y toda la carne gorda tiene menos sangre, como los hombres magros vemos que son más sanguíneos.

De aquí se sigue que el modo de curar y las dietas de Castilla son solemnísimas, porque en los primeros días de pleuresía dan luego gallina y carnero, pocas veces lo niegan, y por la noche ave asada, y huevos nunca los niegan; y en las fiebres, bizcochos de huevos y pancacas, que son sopas torradas con manteca, melocotones asados y peras, y así me curaron de mi tabardillo.

Las sangrías, por casualidad pasan de tres: dos en un día nunca se dan. Los jaropes y purgas son suavísimos, porque lo ordinario es una onza de jarope, echado en una vasija en dos de agua

---

Está en casa con Octavio,
Almorzando unos torreznos
Con sus duelos y quebrantos.

Entiendo que D. Juan Antonio Pellicer estaba bien informado al decir que «era costumbre en algunos lugares de la Mancha traer los pastores á casa de sus amos las reses que entre semana se morían, ó que de cualquier otro modo se desgraciaban, de cuyos huesos quebrantados y de los extremos de las mismas reses se componía la olla en tiempo en que no se permitía en los reinos de Castilla comer los sábados de las demás partes de ellas», y que «esta comida se llamaba *duelos y quebrantos,* con alusión al sentimiento que causaba á los dueños el menoscabo de su ganado y el quebrantamiento de los huesos.» Véase un artículo de R. García-Plata, en la revista *Cádiz-San Fernando* de 30 Julio 1916.

(1) En castellano el diálogo.

(2) En castellano.

de lengua de vaca y puesto á serenar, que es la mayor recreación que tiene el enfermo; y aún tengo recuerdos de tales jaropes. Lo cual se hace todo como á naturalezas más flacas y mantenimientos que tienen menos sustancia.

A mí me dijo un médico del Rey que en Portugal curara de otra manera, como á naturalezas de aires y mantenimientos más fuertes. Vemos esto en que los hombres son menos hombres, más castos, y con menos trabajo y contradicción de carne vence el espíritu; y esto es cosa que todos los portugueses confiesan, porque, ó sea por las razones naturales que hemos dicho ó por la facilidad y llaneza de trato y conversación, y que unas ocasiones no dejan asir con eficacia á las otras, ni criar raíces, y también el corazón distraído en muchos objetos y pasatiempos, no se aplica con eficacia á los particulares, la verdad es que aquí no hay amor grande, ni quien le tiene se cansa por alcanzar más que la voluntad, ni quien la alcanza hace ventaja de hombre hambriento. *Sit fides penes auctores.*

Es la gente de Valladolid fácil en la conversación, apacible en el trato, lucida en las personas, aguda y graciosa en las palabras y bien inclinada en todo su proceder, y gente verdaderamente cortesana en las obras y razones, muy amigos de llevar buena vida y de comer y vestir larga y espléndidamente y siempre con alegría, avarientos en el adquirir y pródigos en el gastar; págan-se y se pagan con igual largueza, porque son Hircanos en cobrar y Alejandros en derrochar: así no hay cosa más cara ni más barata que el dinero. Y al contrario de Midas, en cuanto no les llega á las manos, tiene precio en ellas, es oro de duendes, que se les torna en carbón.

El zapatero y el sastre es el primero que lleva el salmón á cinco reales y las truchas á cuatro, y su nieve para el vino de tres y medio, y toda su renta á cuestas, porque no hay oficial que tenga más raíces que su aguja ó caja, y por esto los señores de Castilla son tan ricos, porque las tierras todas son suyas y de sus labradores, que no hay en Portugal quien no dé su viña ú olivar en dote con su Briolanja (1), y no hay oficial en Castilla que dé otra raíz más que su dedal en dote á su D.ª Gosmia de Muñatones.

Y contestóme un barbero, por naturaleza y oficio retórico, sobre que, llamándolos yo holgazanes, que no trataban de adquirir para dar dotes á los hijos, respondió: «Oiga V. Md. dos razones con que hice callar á otro caballero, tan engañado como V. Md., que ha estado dos años en Portugal con el Rey. Allá en Portugal con sus viñas ellos viven muriendo de hambre, rotos y desgarrados: ansí vivieron sus padres y han de morir sus hijos. Yo ando como V. Md. ve, mi mujer no la trae mejor el Conde de Benavente, tengo dos hijas casadas, sin viña ni olivedo, que andan como reinas: ansí vivió mi padre y han de vivir mis hijos, Dios queriendo. Pues, ¿por qué he de querer vivir roto con la viña, y no harto y arropado sin ella? Viva la industria de la persona, que quien no tiene raíz fía en Dios y busca remedio, y él no falta, que no faltó á mis dueños ni ha de faltar á mis nietos; y si no, á morir á Flandes, y no cavar viña con los ganapanes» (1).

Y así, las mujeres siguen la misma ley, y toda su riqueza es sus vestidos y cadenas, y su Dios su gusto, no perder domingo sin huerta, ni huerta sin merienda, y ahórquese el diablo; y poco lugar tenían aquí las mujeres peonias, de quien cuenta Eliano que las vió Alejandro, espantándose de verlas llevar los hijos en un cendal é hilar con la rueca y llevar el caballo del marido á beber; y quien se espantó de verlas un cántaro á la cabeza, sin echarle mano, más se espantara si las viera en la ribera ir juntamente hilando, como es ordinario.

Con esta libertad que han adquirido, si un hombre quisiera reformar la casa, la echará á perder, viviendo en perpetua guerra, pues no ha de imponer en su casa los preceptos que no tienen las vecinas, ni parece mal por la costumbre que hay, ir las mujeres á holgar sin pedir licencia é ir á negociar todo á todas las horas y tomar el manto sin decir dónde va, mas que «voy á lo que me importa».

---

(1) Alusión á la Briolanja del *Amadís de Gaula.*— Quiere decir que en Portugal las mujeres más humildes llevaban su dote, cosa que no sucedía en Castilla con las más encopetadas.

(1) En castellano.

No puedo yo alabar esto, pues hasta la señora Angélica dice que «si bien, en efecto, yo no pequé, á que digan doy ocasión, que basta que siendo vagamunda, no soy casta, pues la mujer y la gallina», etc. Mas síguese un grande bien para ellas, que es vivir con gusto, que es lo que quieren, y sin celos, que no conocen, porque como ellas van por donde quieren, les es necesario vivir á la buena fe, sin mal engaño, pues no ha de andar al rabo suyo; y así no tienen lugar los celos y aprovéchanse ellas de suerte de esta costumbre que no quieren salir á las aventuras sino con Marfisa, sin compañía de varón.

Y porque un hidalgo de esta ciudad anda casi siempre con la mujer en el coche, los llaman los Reyes Católicos, que no se nombra uno sin el otro. Y aunque van con ellos, no dejan de decir sus dichos, y así, como maliciosos, cuando veíamos alguna que no respondía ó bajaba los ojos, luego entendíamos que el que iba con ella era galán y no marido.

Una vez se me recuerda que, volviendo á casa, encontramos unas mujeres que venían de Sancti Spiritus y fuimos hablando con ellas por el Campo; y llegando el marido de una de ellas nos dijo que disimulásemos y dijo uno de nosotros: «V. Mds. quedan bien acompañadas: vean si hay en qué las sirvamos». Y ellas respondieron «que no habían tenido mejor tarde»; y el marido agradeció el acompañamiento.

Y un día de estos, yendo en el coche con una doña María, que al encontrarla me pidió la llevase á casa, y era bien fea, á la vuelta encontramos al marido, que era letrado, con otros tres ó cuatro, y dijo ella: «¡Hola! yo voy acá». Preguntando de dónde venía, respondió: «De holgarme con un galán que aquí llevo conmigo». Y él: «Pues buen provecho le haga, que lleva una linda joya.» Y dijo uno de los otros: «Vénguenos V. Md. del galán en dejarse allá quedar hasta la mañana, aunque su cara de mi señora doña María defiende su posada» (1). Y afirmo que todo pasa así, á la verdad.

Ved ahora dónde caben aquí los celos, pues ha de haber esta libertad poco más ó menos, y si es necesario para convencer del delito de adulterio que concurran todas las presunciones del Derecho Canónico—*solus cum sola, in eodem lecto, sub eodem tecto,*—pues aunque un hombre sepa que su mujer está merendando en una huerta con unos hidalgos, ú os vea en un coche, dice que fueron á picardear, ó que fué con otras amigas, como siempre, y que zumba de él, porque le da joyas.

Y, como esto es lícito, ó por lo menos no es pecado capital, cállanse los testigos, por no llevar el premio del cuervo, y responden que bien saben lo que tienen en sus mujeres. Y tanto es así que yo vi una madre y hermana decir á un alguacil con cólera: «Que eres un infame, que yo mismo vi, gran cornudo, la traición que te hace tu mujer, y fuí á merendar con ella»; y él respondió: «Yo sé quién es Margarita, y á fe que no iría ella sin vos, y tal fuera vuestra hija como ella» (1). Y la vieja decía verdad, que ella misma llevaba la moza á las meriendas y la reprendía si no favorecía al galán, y lo mismo la cuñada.

Y cada día vemos que delante de las criadas, criados y cocheros, hacen cuantas desenvolturas quieren, y ellos muy fácilmenle dicen quién las sirve, y no hay encubrir de ningún amigo, ni criado del galán, y aun nada hay de murmurar, así porque es moneda que corre, como porque no se hace caso de ello, y están moliendo á las criadas y echándolas de casa el mismo día en que fueron testigos y partes, sin haber quien parle, que es grande alivio de caminantes.

He de contaros lo que me contaron de Lope García, y es que recogiendo un amigo á la mujer doña Juana el cofre de los vestidos y joyas que la había dado, vino él á tomar á otro por tercero, diciendo: «Diga V. Md. al señor Antonio que los vestidos de doña Juana se los envíe, que, si debe alguna cosa, lo pagará, que no dé que sospechar, porque si tal pensase, once brazos debajo de la tierra le fuera á desenterrar; mas que es mi amigo y sé que no trata mi deshonra.» Y, volviendo otro día, dijo: «Ea, señor, entendámonos. ¿Qué quiere el señor Antonio? Juro á Dios que esto es ya cornudo y apaleado. Vuelva

(1) En castellano el diálogo.

(1) En castellano.

sus joyas á doña Juana, que ni es de amigo ni de caballero volvérselas á tomar.»

Síguese de este mal un bien, que es andar la gente siempre alegre y con la cara llena de risa y no con nuestras carantoñas, vicio del diablo y de los precitos, pues nunca pintor pintó hereje ni diablo de buen talante. Y así, cuando Dios vió á Caín, las palabras que le dijo fueron: *Quare decidit vultus tuus?* Porque andas con el rostro bajo y cargado, que parece que traes la muerte á cuestas y pareces portugués ó azotado. Y, á la verdad, en Castilla no pesan tanto los cuernos, y en Portugal sólo de la sombra andan los hombres espantados y con la honra á cuestas, que es la más pesada carga y más contraria á la ley de Dios y buena filosofía que hay en el mundo, destrucción del descanso, paz y sosiego de la república, peste arrojada en el mundo para su confusión. Dejo los puntillos y la honra verdadera, que es la mayor riqueza que el hombre posee.

Mas, como estas cosas todas son opinión y no sustancia, paréceme despropósito andarse la gente cargando de peso tan insufrible en lo que se puede excusar; y así apruebo la confianza con que la gente vive, mas no la soltura, la libertad y la desvergüenza. Ser dama, mas no puta; ser confiado, mas no preciarse de cornudo; ser muy especulativo y lince en las cosas de las mujeres, mas no ser cómplice y partícipe como el macho cabrío en sus puterías, en que algunos son condueños.

Síguese otro bien de esta confianza, que es la paz entre la mujer y marido, no oir cada día ruidos y hocicos rotos, con lo que no se enmiendan las casas y se sacan las faltas á la plaza. Y lo que sé es que el provecho que se saca de estas sus diligencias es haber más hombres afrentados por cornudos en Portugal que en Castilla, porque los unos lo encubren, los otros lo pregonan. Y, como decía Ganasa (1), es una de las tres cosas por que los hombres se desvelan mucho por hallarlas y se enfadan después de averiguarlas. Y así no hay muertes de mujeres sino raramente.

Dirán á esto que todos son cornudos y las portuguesas virtuosas y honradas. Yo así lo entiendo; mas sé que fían ellos más de las suyas que nosotros de las nuestras, que hay menos mujeres infamadas y menos hombres afrentados, porque nadie lo quiere saber.

En fin, viven con gusto, estimándolas y honrándolas como compañeras, pues si él es su marido, ella es su mujer, y no hay ponerlas la mano sino para regalarlas. Y por aquí veréis la poca razón que tuvo en su paradoja Juan Dessondes, probando que el arte vence á la naturaleza. Ved lo que conté á los 24 de Junio y 27 de Mayo, bien conoceréis á Juan: pues sabed que, al entrar en casa, halló entornado el cuarto, y oyendo ladrones debajo de la cama, le dió dos estocadas á un sobrino del embajador de Saboya, con lo que le hizo dos chirlos en la cabeza, como valeroso portugués, donde puso unos emplastos y al otro día paseábale por la puerta, y dos meses llevó el remiendo y le llaman *el herido del portugués.*

La mujer se acogió á un convento de monjas, mas mandó luego por ella, porque supo que el enamorado iba por una mulata portuguesa y no por la mujer, que es muy honrada, y así acudió por su honra el valeroso portugués: tal sea su vida.

A la puerta de los portugueses aconteció la desgracia del conde de Saldaña; conté de la portuguesa que iba á buscar á Borges; de la Almeidinha y de la Catalina de Lope García y otros famosos portugueses. En Castilla lo hicieron, mas porque esta crónica no es de Portugal, sino de Castilla, volviendo al tema, concluyo el sermón con la principal excelencia y virtud de Castilla, que, como piedra y perla sin precio, guardé para engastarla en esta joya.

Y es no haber en ella envidia ni murmuración. Todos se honran, todos huelgan con el bien ajeno, no saben qué cosa es espiar faltas ni descubrir los defectos de los vecinos, y así, totalmente desconocen la murmuración y aborrecen á los maldicientes, ni es conversación de que reciben gusto.

Y así, la nobleza de los castellanos en esta parte es grandísima y merecedora de ser perpetuamente envidiada é imitada de nosotros. Y

(1) El cómico italiano Alberto Ganasa.

por esta virtud hace Dios tanta merçed á esta gente y merecen olvidarse otros vicios suyos, por grandes que sean. Pues esta largueza de ánimo es verdaderamente condición de ánimo grandioso y real, de que David daba gracias á Dios, en cuanto dijo: *Dilatasti, tu, Domine, cor meum.*

Y, en efecto, hacer bien es propio de Dios; holgar con el bien ajeno sin pena propia, estado de los bienaventurados; entristecerse con él, oficio del diablo y propio de la envidia, vicio abominable y natural de gente baja y mezquina, que mide su ventura por la desventura ajena y en tanto estima su bien en cuanto excede á los otros, como si no estuviera en lo que posee, sino en lo que quita.

Afrentosa honra verdaderamente, pues no conoce otro origen sino el desprecio y afrenta ajena y no nace de mis obras, sino de las faltas de los demás. Decimos de los castellanos que, preguntando *¿quién es aquel hombre?* responden: «Es un principalísimo caballero, que tiene un vecino que tiene veinte mil dineros de renta» (1). Y sabemos de los portugueses que luego responden: «¿Le veis allí? Pues es cuarto nieto de uno que llamaron el Farsas, que fué tataranieto del mayor cornudo de Lisboa.» Y no se acuerdan de hermanos, padres y abuelos nobilísimos; cigüeñas y arañas ponzoñosas que, olvidadas de las flores, andan buscando la pudrición en que se deleitan. Es tan natural este vicio en nosotros que hasta á mí me obliga á quejarme y decir mal de los míos, como portugués, por salir la astilla al palo.

Y es tan gran bien esta condición y trato de la gente y libertad de la tierra, que prepondera sobre todos los defectos de ella; porque, á la verdad,

la libertad es tesoro
que jamás no fué comprado
con ninguna plata ni oro.

Y así hasta los animales, gobernándose por la naturaleza é instinto natural, quieren antes perder la vida que vivir cautivos. El pajarillo mimado en la jaula, en pudiendo abrirse camino, busca, con el deseo de la libertad, aunque á costa de la hartura descansada, la sequedad y trabajo del desierto.

La esclava, sentada en las almohadas de su señora, sin otro trabajo más que la ociosidad y cuidado de cuidarla á ella y de adornarse á sí misma, clama que quiere ser libre, para andar descalza de pie y pierna, y en lugar de los guantes olorosos, andar acarreando inmundicias de Lisboa.

Y no es esto falta de entendimiento, sino impulso razonable de la naturaleza, pues de ser mío á no ser, va perder parte de mi propio sér, cosa tan contraria á la naturaleza que ni los mismos perversos, según oí, quieren dejar de ser.

Esta diferencia hay de nuestra vida á la de Castilla: allí somos cautivos, y tantos vecinos tenemos, otros tantos señores tiranos reconocemos, que nos miran por nuestros pasos y pensamientos. Vivimos allí en sujeción de padrastros injustos y aquí entre hermanos amigos, que disimulan el mal y nos celebran el bien. Y así, recuerdo que en un testamento que hizo un amigo á la despedida de Valladolid, en el codicilo que le agregó, una cláusula decía así:

«Y viendo yo que no me fué posible dilatar más esta última hora á que voy llegando y que este despacho mío más me queda siendo *pena peccati* que satisfacción de servicios, pues me sirve de sentencia de destierro y no de descanso de vida, y acordándome que me voy para aquel valle de lágrimas, donde no saben más que gemir y llorar, y que me he de ver en aquel universal y tremendo juicio de cuantas verduleras, vecinas, matones y vagos hay en Lisboa, donde de todos mis pasos, pensamientos y palabras he de dar residencia al necio y al sesudo, y desde Martín Gonçalves hasta Gonzalo Martín, y acordándome además que en cada pariente y criado crío un Catón Censorino,

Durus pater et injusta noverca,

que me ha de hacer de la virtud necesidad, de la triaca ponzoña y del pecado hidra, sujeto á las lenguas de los escorpiones, ojos de basiliscos, inconstancia de camaleones, engaños de esfinges, con caras de doncellas y rabos de serpiente, que, como perros medrosos, huyen por delante y

(1) En castellano.

ladran por detrás; topos para ver el bien y linces para vislumbrar el mal, Edipos para interpretar los pensamientos y Eacos para censurar las obras; Manlios y Póstumos en el rigor de sus imperios: viendo que me destierro del Prado para calabozo, del Espolón para Cata-que-farás, de la capa para el capuz, de la gala para la bayeta y de las medias y ligas para los zapatos:—Primeramente, los bienes, gananciales y adquiridos, que fuí granjeando, yéndome desbastando, aprendiendo cortesía, facilidad, buen agasajo y alegría en lugar de soberbia, envidia, mala educación y murmuración: estos los llevo todos á mi patria, como necesitada de ellos, etc.»

En pago de esta libertad y nobleza de condición, dieron las damas en una picardía que las hace á veces pesadas y menos agradables, porque, acordándose del consejo del Evangelio *petite et accipietis ut gaudium vestrum sit plenum,* tienen por galantería pedir siempre, sin qué ni para qué, y précianse de ello, ó por la devoción que tienen á San Juan Boca-de-Oro (1), ó por ver que las estiman y hacen caso de ellas. Y así las cuadra lo que se dice de los clérigos, que todas sus oraciones comienzan por *da nobis* y *presta nobis,* y todo para *nobis,* y todos sus sermones acaban: *quam mihi et vobis,* préstanme dineros.

Verdad es que no ponen cara la compra ni se desavienen en el precio, mas ellas han de pedir, sea dulces, sea fruta, sea pasteles. Bueno es lo que Dios da: *et quod venit ad me non ejiciam foras;* mas sus palabras son de San Pedro Crisólogo, *Razones de Oro:* que poco, que mucho, *non apparebis vacuus ante Dominum Deum tuum;* y todo ha de ser por su justo precio.

Mas es suave este yugo y leve la carga, así porque son buenas de contentar, como porque no se enojan aunque las mintáis ó zumbéis de ellas; y también con la misma voluntad os convidan, de suerte que si bien lo dicen, mejor lo hacen; y todo les es necesario para sus faldellines, que es toda su riqueza y gala de que se precian; que mozas y viejas llevan con dos palmos de randa de oro, y es su lenguaje que como una mujer lleve buenos bajos, ande vestida de lo que quisiere, porque cuanto más cerca del tesoro, tanto más descubre su riqueza, que es satisfacer al corazón sin engaño de los ojos.

Estas son las dos joyas que hacen á Valladolid sin precio: mucha libertad y ninguna envidia. Y, cierto, si Lisboa poseyera este bien y fuera habitada de castellanos ó de indios, ó de cafres, fuera la mejor tierra que cubre el sol; mas ¿qué aprovechan los jardines al cautivo que no puede gozar de ellos sino de lastimarle? ¿Y qué vale tener muchos bienes, si de todo os han de decir mal y hacer ponzoña, sino de mayor pobreza?

PERORATIO

Esta es vuestra querida Valladolid. Os doy este su retrato porque veais «qual he mais excellente—se ser do mundo Rey, se de tal gente!», y no tenéis que infamarla de inconstante, pues primero la dejasteis que ella á vosotros, y de celos; os perseguirían las leyes rigurosas de Marte, mas no los conciertos suaves de Venus, pues aun en ella oigo vuestros suspiros de ausencia, merecedores de no pagarse con ingratitudes á quien no las tiene de vuestra conversación y os espera con los brazos abiertos.

No os ofrezco aquí historia, sino retrato, ni comedia entretenida, sino pintura natural; porque la historia, cuanto es más de persona conocida y tratada, tanto más aficiona y deleita.

Y, así, no hallaréis painel de paisaje, sino de pintura natural, porque no quise entremeter á mi Arcipreste, por no distraer la vista de vuestra medalla, aunque donde se juntan extremos de hermosura, más dificultad causa á Apeles pintar la diosa desnuda, que bien adornada, porque los lirios y flores naturales solamente la mano de la sabia maestra Naturaleza los sabe producir, mas el arte humano ni las alcanza, ni las sabe imitar.

Ved lo que será en quien pintare el espíritu y la viveza del alma y entendimiento, donde él es tan noble como en nuestra Pincia, que el espíritu de una lengua hasta del galgo cansado sólo le puede expresar la desesperación y descuido, y no el cuidado del sabio pintor.

(1) Crisóstomo.

Por donde aceptáis ésta, desnuda de flores exteriores, y sin expresar las naturales, mas como escritas en cifra podéis alcanzar las gracias que yo no supe manifestar, que no hay cosa más sabrosa que estos recuerdos sentimentales, á la vista de un retrato mudo. Y como consentís que por vuestra taza de oro se me esté dando esta ponzoña y que en el libro de vuestras memorias descubra tan tristes recuerdos, quitadme de las manos vuestro retrato y no me consintáis ser desleal, y no resucitar estos cuidados de apariencia y retrato de los vuestros, que me parece que lo ofendo en sacar conceptos tan rastreros de sujeto acostumbrado á pensamientos tan altos como los vuestros, solamente debidos á estos dos originales.

La verdad es que el mundo no puede dar mayor bien que un buen amigo, pues tiene un privilegio que se puede lograr sin ofender la pureza y la verdad del amor principal, que el cielo guardó para aquellas nuestras amadas y origen de todo el bien que hay en la tierra.

Y vosotros, hermosos ojos que en el puro cristal ó cielo cristalino de ese divino rostro estáis produciendo en las duras entrañas de la tierra el oro de estos cuidados, y en la noche oscura en que me dejasteis estáis con los recuerdos de ese orballo celestial, produciendo en la tosca concha las perlas con que enriquecéis el alma, el aljófar con que henchís el regazo: ahora estéis, en cuanto dura para mí el triste invierno, llevando la alegre primavera á los lusitanos, que no saben tejer las guirnaldas y ramilletes de tantas flores con que enriquecéis sus jardines, ahora tejiendo con el delicado hilo las intrincadas madejas, retrato de mis cuidados, ahora teniendo los vuestros en el cielo, lugar solamente merecedor de ellos, ahora con la casta mano contéis los extremos de vuestros merecimientos y mis dolores, ó alivio de todas ellas puesto en la esperanza de vuestra vista y en la semejanza de tanta gloria, y sacaréis la verdad de la pena que padezco. Y permitidme que así como á la salida del verano me oisteis cantar como cisne, ahora, aún en la noche de vuestra ausencia y en el invierno de vuestro apartamiento, comience, como Filomena, con mis quejas, á festejar la primavera, que se me va llegando si el cielo no me envidiase tanto bien.

Finis. Laus Deo.

VARIACIONES Y ADICIONES
SACADAS DE LOS MANUSCRITOS NÚMEROS 503 Y 504
DE LA
BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL PORTUENSE [1]

Pág. 16, lín. 1.—Ejemp. 503.

...Viernes Santo (como el Príncipe) son zahorís:

Nasció Viernes de Pasión
para que zahorí fuera,
porque en su día muriera
el bueno y el mal ladrón.
Habrá mil revoluciones
entre linajes honrados,
restituirá los hurtados,
castigará los ladrones.
Mis profecías mayores
verán cumplida la ley,
cuando fuere cuarto el rey
y cuartos los malhechores (2).

Estos zahorís son los que ven las aguas.

Pág. 18, lín. 34.—Ej. 503.

...á cuyo asunto se hicieron las cuatro décimas que os presento, que por ser de nuestro grande amigo, holgaréis de leer. Advertid que el achaque por que se sangró fué una esquinencia. Múdasele el nombre en razón del respeto:

Da garganta no cristal
dizem que enfermou de hum fino
Amor, que, como menino
tras ao collo, Eufrazia, o mal;
Amor que, a Venus igual,
a vio ao sinzel dador
foi da garganta escultor,
e de ambar Hercules feito
gravou de Eufrazia no peito
hum Non plus ultra de amor.
Só roubar-lhe o respirar
quis do garrotilho a dor,
que não tem joya milhor
Eufrazia, do que o seu ar;
quanto ha nella quis levar
o mal, mas de Eufrazia a fée,
só leva o que menos he,
pois, dando ao ferro o cristal,
por ser o menos do mal,
não lhe deu mais do que um peé.
O sangrador, pondo ao peito
o jaspe que em fogo ardia,
para fazer a sangria
quis entrar com o pé direito:
picou, mas, não tendo effeito,
só do segundo picar
quis o robim respirar:
que de la sangre hum senhor
sair não he pundonor,
menos que vos pique de hum par.
Cupioza sangria fez
o barbeiro e nas rubricas
deixou as Indias mais ricas
que descubrira Cortez:
em Roza segunda vez
Eufrazia, de escrupuloza,
prende a fita, e tão fermoza
a deixa, que não se atreve
a distinguir a quem deve
se á mão, se á prata o ser Roza (1).

(1) Empezóse á consignar estas variantes en las notas de la traducción; pero luego pareció más conveniente poner todas al final, como están en la edición portuguesa.

(2) Son estos versos—y no lo recordé al anotar el texto—de Quevedo en la *Visita de los chistes*. Alguien los agregó postizamente á la *Fastiginia*.

(1) Estas décimas, como se dice en la nota del texto, son evidentemente ajenas al asunto

Pág. 23, lín. 27.—Ej. 504.

No quiso Portugal dejar de tener parte en esta fiesta; y, como á reino tan principal, se hizo un tabernáculo en medio de la Plaza, al que subió un mulato y una mulata portugueses á cantar y á tañer, y con ellos *Vinorxe,* que es un loco de la corte, y bailaban todos la *cucuella,* con grandes gritos de los rapaces, y esta fué la invención de Portugal.

Pág. 24, lín. 3.—Ej. 504.

...a todo castellão.—He aquí lo que somos con nuestra soberbia necia, con que nos hacemos aborrecidos de Dios y de los hombres, sin conocernos, pues debiendo solamente tener lástima unos de otros, somos los mayores enemigos que tenemos, comidos igualmente de envidia y de laceria. Y no vemos que solamente tenemos cuatro palmos de tierra, toda de montes y pedernal, que no parece sino que sembró Nuestro Señor España y dejó allí el aceite y aquí la cascarilla, por lo cual con razón decía el hidalgo castellano que parecía tierra dada á yerno en dote y no á hijo. Somos cuatro hombres, que nuestro reino comenzó hace cuatro años, por donde no puede ser muy antigua la nobleza de ella. Estamos metidos en este rincón y cabo ó rabo del mundo, donde no hay tránsito ni comercio de naciones extranjeras, y así no hablamos con gente sino con cuatro marineros embreados; nunca tuvimos guerra con naciones extranjeras, sino ha cien años, que Dios nos tomó por instrumento de llevar su nombre y convertir la India como con mosquitos el campo de Faraón; no tenemos qué meter en la boca, y con nuestras botas y nuestra capa de bayeta es tanta nuestra soberbia ó necedad, que pregunta el otro hidalgo si en Italia y Francia hay también hidalgos. Y olemos mal á los castellanos, señores del mundo y la más hermosa nación que hoy hay *à Gadibus usque ad Gangem,* de que temen las demás naciones de Europa y Asia.

Pág. 24, lín. 22.—Ej. 503.

...con naciones extranjeras.—(sólo con Castilla, á quien siempre rompimos las narices).

Pág. 33, lín. 53.—Ej. 503.

...un día.—mas por mucho que cayésemos, después también cayó la gran princesa de Bretaña.

Pág. 36, lín. 57.—Ej. 503.

Estas honras le hace el duque por lo que le come.

Pág. 84, lín. 24.—Ej. 503.

Hallé las copas muy malas y con muy poca plata y muy ruín. Los servidores parecían lacayos, y hallé falta de algunas personas de más cuenta y autoridad, y la comida grosera, y que los tenían hartos, mas poco regalados, y, como boda de clérigos ó canónigos, mucha carne cocida y asada, mas pocos manjares delicados, y, con efecto, mucha comida, poco regalo.

Pág. 107, lín. 23.—Ej. 503.

[Hasta aquí este ejemplar, con texto igual al ej. 504, encabeza *Proemio* y suscribe *D. Turpim.* Luego encabeza *Al lector malévolo* y dice]:

Ya, infame maldiciente lector, en el principio del prólogo de la primera parte te advertí que no escribía estas cosas con intento de darte gusto ó de divertirte, sino sólo por mi regalo y por mi ociosidad, con lo que tanto se me da que me reproches como que me alabes; porque ni en ti espero agradecimiento del trabajo que tuve en guardar en la memoria estas cosas, para escribirlas, ni castigo por la ociosidad de repetirlas. Bien sé que todo lo que escribí en la primera parte fué canonizarte por mentiras finas; no me pidas perdón por el agravio, porque yo no me doy por ofendido; y si en lo que se sigue hallares la misma falta, murmura á tu gusto, que yo también hago lo mismo cuando soy lector; y, si te pareciere bien, lee mientras no te enfadares, y da gracias á Dios de no ser tú sólo el que mientes.

Pág. 109, lín. 12.—Ej. 503.

...conversación.—porque no tiene duda.

Que o que mais se dificulta.
he o que mais se apetece.

Pág. 110, lín. 8.—Ej. 503.

Porque quien es primavera
¿qué puede dar sino flores?

Pág. 123, lín. 24.—Ej. 504.

...lo hace.—y la que no lo hace es por tenerlas ruines.

(En el ms. 504 faltan las páginas 143 á 155).

Pág. 136, lín. 5.—Ej. 503.

...desconciertos.—Y á este propósito del *don* os quiero referir una décima que hizo mi amigo Nuño Alvares Pereira á un médico que dió don á su mujer, sin merecimientos propios, y es la que se sigue:

Certo medico não bom
deu Dom a sua mulher;
louvado seja o poder
do Senhor que dá tal Dom:
Ella, de alto e de bom som,
sempre de seu Dom blazona;
porem della diz a fama,
posto que nasceu fregona,
que não deixa de ser dama
inda depois de ser dona.

Repetimos la décima á algunos amigos, que conocían los sujetos y gustaron mucho de oirla, por lo bien que les sentaba.

Pág. 136, lín. 20.—Ej. 503.

...ni de pensado.—Sucedió aquí que, estando Doña Leonor, que es muy bonita y agraciada, hablando con D. Pedro Cru, se la viera poner una pulga en el pecho, y ella, dando en ella, la mató entre los dedos, y D. Pedro, que hace los versos con mucha gracia, á este suceso hizo de repente el soneto que se sigue, que á la verdad, por parecerme tan bueno, quiero referirle, porque me parece que muy buenos poetizantes no le harán tan bien acabado, ni aun de pensado (1).

Picó atrevido un átomo viviente
los blancos pechos de Leonor hermosa,
granate en perlas, arador en rosa,
breve lunar de su invisible diente.
Ella con puntas de marfil luciente,
con súbita inquietud bañó, quejosa,
y torciendo su vida bulliciosa,
en un castigo dos venganzas siente.
Al espirar la pulga dijo: ¡Ay, triste!
¡Por tan pequeño mal, dolor tan fuerte!
¡Ay pulga, dije yo, dichosa fuiste!
Detén el alma, y á Leonor advierte
que me deje picar donde estuviste
y trocaré mi vida por tu muerte.

Holgaron ellas tanto de oir el soneto que no acababan de encarecer la buena vena y prontitud de D. Pedro, porque, para improvisado, no se puede pedir más; y la D.ª Leonor quedó muy ufana y le hizo de allí adelante algunos favores.

Pág. 146, lín. 35.—Ej. 504.

...me acompañasen en ellos: y ayudasen á bien morir.

Pág. 149, lín. 36.—Ej. 503.

Continuó el fraile: «Esa es casi como un soneto que compuso un portugués, muy preciado de discreto, queriendo alabar á una dama. Quiéroosle repetir, para que veáis que todo su modo de hablar es de mierda.

Cagando estava a Dama mais fermoza,
que nunca cú se viu de mor alvura,
e ver estar cagando a formozura
porá fastio á vontade mais guloza.
Enfim esta belleza cagarroza,
quando o cú no fim limpiar procura,
rompe-se-lhe o papel e pela rotura
fica ó dedo na caverna mal cheiroza.
O papel era, pelo que mostraba,
ser daquelle que mais a merecia,
que, havia então pouco, lh'o mandava.
Dirá alguem que nisto teve perda,
porque neste tempo lhe ficara,
os amores no cú, a mão na merda.

A este propósito dijo D. Pedro: «Recuerdo otro que, á la verdad, es discretísimo si no tuviera el fin tan malo; mas como á los portugueses todo su hablar es mierda, váseles á la boca aquello en que se crían. El soneto que digo es el siguiente:

Rubim, concha de perolas peregrina,
animado cristal, viva escarlata,

(1) ¡Ya lo creo! Como que el soneto es de Lope de Vega, y el bueno de D. Pedro Cru se chanceaba lindamente con sus amigos.

duas safiras sobre liza prata,
ouro encrespado sobre prata fina:
Esse o rostinho he de Catherina,
por que tão loucamente obriga e mata;
não livra o ser divina ser ingrata,
que, rayo á rayo, os coracões fulmina.
Vio-a Phebo hũa tarde transportado,
bebendo exalações e galardias,
a quem tão grande amor levantou aras;
Mas respondeu-lhe amante magoado
á formoza gentil: que tal serias,
se, sendo tão fermoza, não cagaras?

«En verdad, dijo D.ª Ursula, que viendo los buenos principios de ese soneto, se me iba quitando la mala opinión que tengo de la locura de los portugueses; mas él acaba tan mal, que todavía quedo con la misma presunción; en fin no nos engaña quien nos dice que todas sus conversaciones son en mierda» (1). Acudió el fraile: «¿Deso se espanta, señora mía? Pues mire y oya aquestos dos que se siguen, y verá que aun los más discretos no saben hablar en otra cosa» (2).

[Espacio en blanco].

Pág. 171, lín. 18.—Ej. 503.

Comes tuberas da terra,
eu não as posso comer;
nem hum, nem outro não erra,
come o que te bem souber.

Pág. 202, lín. 37.—Ej. 503.

...grande escrúpulo: — de probar un caldo de lentejas en día de ayuno, porque devuelvo una, y ninguno de entregar la doncella al deshonesto.

Pág. 202, lín. 55.—Ej. 503.

Y el padre predicador, etc.—El padre predicador bien estaba en las oraciones de las beatas, mas olvidósele la contemplación, acerca de la cual, diciendo una á otra que andaba sólo en la contemplación del paso de la Columna, dió á otra la cabeza: «¡Ay, perezosa, aun ahora váis en la humanidad! Pues yo ha cinco días que voy en la divinidad.» Y no me mete nadie en la cabeza que sufre un fraile y sacristán una cruz tan pesada como una divinidad de estas, si no fuese, siendo moza, para humanidad, y siendo vieja, para la caridad, y tiene orejas para aquellas bocas, porque le tapen las suyas, y andan ciertos en pensar que ellas que se confiesan, porque cómo me ha de hacer creer una beata que yo sé los pasos en que anda, y cuán dificultoso es á una mujer confesar sus faltas á quien la tiene en buena opinión, que la confiesa todos los miércoles y domingos, y que sé lo que ella hace, si no fuese cómplice en el delito.

Pág. 206, lín. 36.—Ej. 503.

Corazón de gallo.—Y hemos de suponer que, como en Portugal hay uvas que llaman *colhão de galo,* hay en Castilla peras que llaman turmas.

(1) En castellano.
(2) En castellano.

CORRIGENDA

En los folios de todas las planas pares, en vez del nombre del traductor, léase: *Tomé Pinheiro da Veiga.*

Pág. 1. lín. 24.—Léase *antes* en vez de *preferencia.*

Pág. 6, c. 1.ª, nota 1.—Léase: *Floretus.*

Id. íd., nota 2.—Léase: *Aldhelmo.*

Pág. 17, c. 2.ª, nota 2.—Creo ahora que, en efecto, son supuestos algunos de los nombres que Pinheiro adjudica á sus compañeros.

Pág. 30, lín. 12.—Léase: hasta que de allí trajo la invención.

Pág. 60.—Suprímase la nota 1 de la columna 1.ª

Pág. 89, c. 2.ª, n. 3.—La fuente de la Salud era la misma que hoy lleva este nombre. Así, por ejemplo, en el regimiento de 25 de Febrero de 1586 acordó el Ayuntamiento reparar y aderezar la fuente de la Salud, «questá zerca desta villa camino de Tudela, ques de muy buena agua y nezesaria.» *(L. de Acuerdos* correspondiente, s. f.)—La *casa de la Penitencia* á que alude Pinheiro no tiene nada que ver, por tanto, con San Felipe. Sospecho que fuera la casa que se levantó para que quedaran haciendo penitencia los reconciliados en el auto del doctor Cazalla, y de la cual, por cierto, no suelen decir nada los historiadores.

Pág. 110.—Como nota á la línea 42, se ha de recordar que Miraguarda, en el *Palmerín de Inglaterra,* es hija del Conde Arllao y casa con Florendos.

ÍNDICE

	Páginas
Advertencia.	V
Preámbulo.	VII
Proemio de Guevara.	1
Dedicatoria.	3
Protesta del Autor.	7
Preludio de las solemnidades que precedieron á Semana Santa (1605).	9
Philipstrea.	14
Nacimiento del Príncipe.	15
17 de Abril.	21
18 de Abril.—Encamisada.	22
20 de Abril.	24
24 de Abril.	25
28 de Abril.	27
1 de Mayo.	28
4 y 8 de Mayo.	33
10 de Mayo.	33
15 de Mayo.—Muerte del Embajador de Persia.	33
20 de Mayo.—Riquezas, señales personales que tiene el Duque de Lerma, con otras muchas circunstancias pertenecientes á él.	34
25 de Mayo.—Preparación para el Embajador de Inglaterra.	35
Entrada del Cardenal Arzobispo que viene á bautizar al Príncipe.	36
26 de Mayo.—La recámara del Almirante y Embajador de Inglaterra y bagaje.	36
27 de Mayo.—Visita que hace el Duque de Lerma al Embajador.	40
28 de Mayo.—Besamano del Embajador al Rey y la Reina.	40
Trátase de los criados que el Rey tiene y de las libreas con que salieron.	42
Bautismo del Príncipe.	44
30 de Mayo.	49
31 de Mayo.	51
Romería que hace la Reina á Nuestra Señora de S. Llorente yéndole á ofrecer al Príncipe.	51
1 y 2 de Junio.	53
2 y 3 de Junio.	58
4 de Junio.	59
5 de Junio.—Día en que la Reina comió en público.	60
6 de Junio.	62
7 de Junio.—Banquete que dió el Duque.	64
8 de Junio.	66
9 de Junio.—Procesión de Corpus Christi.	66
10 de Junio.—Fiesta de cañas y toros por el nacimiento del Príncipe.	69
11 de Junio.—Muestra que se hace de la guarda y ordenanza de Castilla la Vieja.	75
12 de Junio.	81
13 de Junio.	82
14 de Junio.	88
15 de Junio.	88
16 de Junio.	89
Sarao.	90
17 de Junio.	95
18 de Junio.	97
19 de Junio.	97
21 de Junio.	99
22 de Junio.	100
23 de Junio.	103
Segunda parte que trata de la Práctica del Prado y Baratillo Cuotidiano.	105
24 de Junio, día de S. Juan.	107
25 de Junio.	111
26 de Junio.	115
27 de Junio.	117
28 de Junio.	119
30 de Junio.	122
1 de Julio.	125
3 de Julio.	126
6 de Julio.—Fiesta de toros que se hizo á San Juan.	129
7 de Julio.	131
10 de Julio.	133
11 y 12 de Julio.	136
13 de Julio.	139
14 de Julio.	142
16 de Julio.	145
18 de Julio.	150
19 de Julio.	154
20 de Julio.	156
21 de Julio.	159
22 de Julio.	175
24 de Julio.	178
Partida del autor para Lisboa.	182
26 de Julio.	182
Epílogo.	188
Pincigraphia ó Descripción é historia natural y moral de Valladolid.—Tercera parte.	190
Peroratio.	211
Variantes y adiciones.	213
Corrigenda.	217

RELACION DEL BAUTISMO DE FELIPE IV

ADVERTENCIA

Como complemento á la donosa y entretenida obra de Pinheiro da Veiga, me ha parecido de gran utilidad la *Relación* del bautismo de Felipe IV que á continuación reimprimo. En ella se amplían y detallan muchos de los datos suministrados por el escritor portugués, se agregan otros y se corroboran todos. Unidas ambas, se tiene la crónica más puntual y verídica de aquel interesantísimo período.

El bautismo de Felipe IV se verificó el dia 29 de Mayo de 1605 y no el 28, como hasta ahora han dicho casi todos los historiadores. Este error nació de que en una relación de aquella solemnidad—la que aquí reimprimimos—se encabezó de este modo el capítulo correspondiente: *El baptismo felicísimo del Príncipe, nuestro señor, en la iglesia de San Pablo, de Valladolid, á 28 de Mayo.* Mas esto es una errata, y así se echa de ver sólo con observar que poco antes dice la misma relación: «El sábado 28 de Mayo, por la mañana, porque el domingo adelante había de ser el bautismo del Príncipe, nuestro señor, entraron en palacio en ordenanza», etc.

Así lo comprueban todos los escritores contemporáneos que hablan del bautizo, al decir que éste se celebró *el domingo de Pascua,* que aquel año cayó en 29 de Mayo. «Día de Pascua del Espíritu Santo, por la tarde, se hizo el bautismo del Príncipe», dice Pinheiro da Veiga. Tampoco Cabrera de Córdoba deja dudas sobre el particular, como se ve por las siguientes palabras: «*Jueves á los 26 de Mayo,* llegó el Almirante de Inglaterra á la Corte... *El sábado adelante, víspera de Pascua,* salieron los de las guardas españolas y tudescas... *El día de Pascua por la mañana,* salieron los príncipes de Saboya... A las cinco fueron los Consejos de Castilla, Aragón, Italia, Inquisición, Ordenes y Hacienda con sus presidentes á San Pablo...» Deshecho, pues, el error, subsanamos la errata en esta reimpresión.

Como el acontecimiento lo merecía, hubo varios escritores que, bien oficial, bien oficiosamente, se encargaron de componer relaciones del bautismo y festejos que le acompañaron. Fueron estas:

1. Relacion de lo svcedido en la Ciudad de Valladolid, desde el punto del felicissimo nacimiento del Principe Don Felipe Dominico Victor nuestro Señor: hasta que se acabaron las demostraciones de alegria que por el se hizieron. Al Conde de Miranda. Año 1605. Con licencia, En Valladolid, Por Iuan Godinez de Millis. Vendese en casa de Antonio Coello en la Libreria.
2. Relacion cierta y verdadera del solenne Baptismo que se hizo a el esclareçcido principe de España nuestro señor, que Dios guarde muchos años para aumento de su Sancta Fe Catolica, en la ciudad de Valladolid Primero dia de Pascua de Espiritu Sancto, en el Convento de San Pablo. Dasse cuenta de el orden q se tuuo en el Bautismo, y quien fueron los padrinos, y del nombre que se le puso, Anno de 1603 *(sic)*. Impresso con licencia en Madrid.
3. Relacion del bautismo del principe de España en Valladolid. Madrid, 1605.
4. Discurso sobre las fiestas que se hicieron en Valladolid por el dichoso nacimiento del Principe Don Phelipe IV. hijo de los Catolicos Reyes Don Phelipe III. y doña Margarita de Austria. Por Don Geronimo Gascon de Torquemada, secretario del Rey nuestro señor y su aposentador el mas antiguo de la Real Casa de Borgoña, de la Camara de los Serenissimos Principes de Saboya y electo de la Camara del Serm° Señor Infante Don Carlos, hermano de Su Magestad, año de 1605.

5. Relacion general de las fiestas que se hizieron en la ciudad de Valladolid diez dias del mes de Iunio de 1605. despues del bautismo del Principe que Dios guarde, y del juego de cañas en q entro su Magestad el Rey don Felipe nuestro Señor, y la yda que hizo la Reyna de palacio a la plaça y la comida que le dieron en el Consistorio de la ciudad, y de los toros que se corrierō, y de la muestra general que se tomo a veinte y seis cōpañias en la puerta del Campo, para entregar el baston al Duque de Lerma, y de las pazes de Inglaterra, y de la fiesta del Corpus, y venida de la Yglesia a palacio su Majestad, el Rey dō Felipe N. S. q. Dios guarde.—Impresso con licencia en Cordoua, en este Año de 1605.

6. Augustissimo Philippo Dominico Hispaniarum principi recens nato.—1606.

7. Relatione di quanto à sucesso nella citta di Vagliadolid dopo il nascimento del principe di Spagna. Milano, 1608.

8. Fiestas que se hicieron con motivo del nacimiento de Phelipe IV, y entrada y festejos hechos al Embajador de Inglaterra que vino a tratar paces. (Ms. citado por Salvá).

9. Hospedaje que se hizo al Almirante de Inglaterra, cuando vino a la conclusion de las paces. (B. Nacional, ms. 5-49).

10. Lettera di Lelio Girlinzone di relazione del viaggio della regina di Spagna, Ferrara, 16 Novembre 1598; della sua entrata a Valenza, 1599; e del ricevimento dell' almirante d' Inghiliterra in Vagliadolid a 1605. (Ms. de la B. Nacional de Florencia).

11. Sarao que sus magestades hiçieron en palaçio por el dichoso nacimiento del prinçipe nuestro señor don filipe quarto deste nonbre, en la ciudad de Valladolid, a los diez y seys del mes de Junio año de 1605. (Ms. Bibliot. Acad. Hist.)

12. Relacion del sarao y mascara con que se celebró en el palacio real de Valladolid el 16 de junio de 1605, el nacimiento del principe Don Felipe. (Ms. de la B. de Salvá).

13. Relacion del Sarao q. se hizo en la corte en Junio de 1605. (Ms. cit. por Alenda).

De estas relaciones, la más autorizada é importante es la primera de las enumeradas. Es la misma que reimprimimos. Sobradamente conocidas las dudas que acerca de su autor se han suscitado, parece obligado, no obstante, repetirlas aquí.

Por los mismos días en que aparecía esta relación, escribió Góngora aquel sabidísimo soneto:

Parió la reina, el luterano vino
con seiscientos herejes y herejías;
gastamos un millón en quince días
en darles joyas, hospedaje y vino.
Hicimos un alarde ó desatino
y unas fiestas que fueron tropelías
al ánglico legado y sus espías
del que juró la paz sobre Calvino.
Bautizamos al niño Dominico
que nació para serlo en las Españas;
hicimos un sarao de encantamento;
quedamos pobres, fué Lutero rico;
mandáronse escribir estas hazañas
á Don Quijote, á Sancho y su jumento.

¿A quién aludía el poeta cordobés en estas últimas palabras? Difícil es hoy conjeturarlo; pero quince años después de aquellos hechos, escribía lo siguiente el autor de cierta *Respuesta á los Apuntamientos que salieron contra la Segunda Relación de las fiestas en Sevilla en 2 de Octubre de 1620:* «Mire la memoria que la antigüedad hace de los gastos. Y de otros infinitos se pudiera traher ejemplos: y de nuestros tiempos lee a Miguel de Servantes en la Relacion de las fiestas que en Valladolid se hicieron al nascimiento de nuestro Príncipe, a cuya dichosa junta conyugal se hicieron las que yo escribí, que tu apuntaste, verás si hace mencion de los gastos sumptuosos que en ella se hicieron.»

¿Constábale á este anónimo escritor que era Cervantes el autor de aquella *Relación,* ó lo sospechaba así por creerle aludido en el soneto de Góngora? Esto último es lo probable; y hasta tal vez quepa relacionar lo que dice sobre los gastos hechos en las fiestas reales, con aquello de *gastamos un millón en quince días.*

Es lo cierto que, basándose en el soneto de Góngora, Pellicer se mostró muy inclinado á adjudicar á Cervantes la paternidad de la *Relación.* «No se declara en ella el autor—decía;—pero no desdice del ingenio ni estilo de Miguel de Cervantes.» Otro tanto hizo Navarrete, diciendo que, si bien la relación no expresaba autor, «nos dejó bastantes indicios de serlo Cervantes el famoso poeta D. Luis de Góngora, que como testigo ocular compuso un soneto irónico y burlesco...»

Así lo creyó también D. Cayetano Alberto de la Barrera; pero otros escritores que con posterioridad tocaron la cuestión, sostuvieron la opinión contraria, alegando que el estilo de aquella relación está muy distante de la galanura cervantina.

Así las cosas, D. Cristóbal Pérez Pastor publicó en el tomo II de los *Documentos cervantinos* una carta de pago del cronista mayor de Indias, Antonio de Herrera, en que decía recibir «mil y trecientos y sesenta y tres reales que se le mandan dar y pagar por libramiento de los señores de su Consejo refrendado de Christobal Nuñez de Leon, escribano de camara, por el gasto de la impresion de mil y quinientas Relaciones que ha de hacer imprimir de letra atanasia de las fiestas que se hicieron en esta corte por el felizisimo nacimiento del Príncipe Nuestro Señor...» El Sr. Pérez Pastor, fundándose en que esta carta de pago, por razones muy atendibles, había de referirse á la *Relación* que aquí reimprimimos y no á otra, concluye que el autor de la misma fué el propio Antonio de Herrera.

Con todo eso, aún queda en pie la alusión de Góngora. ¿Por qué decía el poeta cordobés que se mandó escribir aquellas hazañas *á Don Quijote, á Sancho y su jumento?* ¿Puede negarse la intención de estas palabras?

El que estas líneas escribe ha deslizado en otro lugar una hipótesis, que ahora mantiene. ¿No parece que Góngora, al hablar de *Don Quijote, Sancho y su jumento,* más que á un individuo se refería á tres, que habrían recibido el encargo de escribir, ya una, ya sendas relaciones, dándose quizá el caso de que uno de ellos fuese escuálido como el ingenioso hidalgo, el otro achaparrado como Sancho, y el último, por sus escasas luces, admitiese comparación con el rucio? También, sin darse en absoluto estas coincidencias, pudo ocurrir que Cervantes fuese uno de los colaboradores, con lo cual Góngora se encontró medio hecha la frase.

Este último supuesto, que daría en parte la razón á los que tienen á Cervantes como cronista de las fiestas reales, no parece absurdo. Bueno será hacer constar, por si acaso, que en la carta de pago antes mencionada no se dice que el autor de la *Relación* fuese Antonio de Herrera; que aun siendo cierto que tales documentos se otorgaban por el editor, cuando pagaba la impresión, ó por el autor, si corría con todos los gastos, la dedicatoria, licencia y tasa de esta *Relación* parecen demostrar que fué el librero Antonio Coelio quien costeó la edición; y, por último, que la *Relación,* sin ser un modelo literario, responde á lo que en este género de trabajos se acostumbraba. Si Cervantes, poco ó mucho, intervino en ella, tendría que acomodarse al patrón obligado.

Merece notarse la inserción de las estancias que se cantaron en el sarao celebrado el día 16 de Junio. ¿Tendría parte en ellas el autor del *Quijote?* ¿Le darían encargo de escribirlas, incorporándolas luego á la *Relación?* ¿Será ésta acaso la única colaboración que el gran escritor puso en el trabajo aquí reimpreso? Algo hay en ellas que se acuerda muy bien con las poesías de Cervantes; pero cuanto se dijera sobre el particular sería gratuíto.

Claro es que al firmar Herrera la carta de pago, no faltaría razón para ello: ó le habrían dado encargo para que hiciese imprimir esta ú otra *Relación,* ó era quizá uno de los colaboradores.

Sea como quiera, esta *Relación* ofrece gran interés para Valladolid. De ella, apenas publicada, debió de hacerse una segunda edición á renglón y plana de la primera; pero no obstante esto y haberse incluído por Hartzenbusch y Rosell en las *Obras completas* de Cervantes (1863-1864), no es fácil y generalmente asequible, porque si los ejemplares de aquellas ediciones escasean, no abundan mucho más los de la última. Estas razones justifican su reimpresión.

NARCISO ALONSO CORTÉS

A Don Juan de Zúñiga Avellaneda y Bazán, Conde de Miranda, Marqués de la Bañeza, señor de la Valduerna, del Consejo de Estado del Rey nuestro señor y su Presidente del Supremo de Castilla.

Antonio Cuello, mercader de libros, vecino de Valladolid.

La clemencia, la justicia, la equidad y la gratitud reinan tanto en V. Excelencia, que siendo en estos calamitosos tiempos la coluna que con estas partes mantiene y sustenta la virtud, no me ha parecido dedicar á sujeto menos claro esta relación, que para ser impresa ha venido á mis manos; pues que tratándose en ella de la grandeza del Rey nuestro señor, de su piedad, prudencia y generosidad, y de las demás grandes excelencias del ánimo y del cuerpo de que su Majestad es dotado, dignamente puede V. Excelencia recebir este trabajo en protección y á mí perdonar el atrevimiento de haberme valido de su ilustrísimo nombre para ello, á quien humilmente suplico reciba mi voluntad, y con su clemencia ampare lo que tan justamente lo merece. Guarde Dios á V. Excelencia. De Valladolid, á nueve de Otubre 1605.

Licencia.

Yo Cristóbal Núñez de León, escribano de Cámara de su Majestad y uno de los que en su Consejo residen, doy fe que por los señores dél se dió licencia á Antonio Coello, librero residente en esta Corte, para poder imprimir y vender las Fiestas que se hicieron por el nacimiento del serenísimo Príncipe nuestro señor y lo sucedido durante el tiempo dellas. Y para que dello conste, de mandamiento de los dichos señores del Consejo y pedimiento de la parte del dicho Antonio Coello doy esta fe. En Valladolid, á ocho de Otubre de mil y seiscientos y cinco años.—Cristóbal Núñez de León.

Tasa.

Yo Cristóbal Núñez de León, escribano de Cámara de su majestad y uno de los que residen en su Consejo, doy fe que habiéndose presentado ante los señores dél por Antonio Coello, librero, residente en esta corte, un libro intitulado Las fiestas que se hicieron por el nacimiento del serenísimo Príncipe nuestro señor y lo sucedido durante el tiempo dellas, que con licencia de los dichos señores fué impreso, tasaron cada pliego á tres maravedís y medio; y así mandaron se vendiese. Y que esta tasa se ponga al principio de cada libro. Y para que dello conste, de mandado de los dichos señores y de pedimiento del dicho Antonio Coello, doy esta fe. En la ciudad de Valladolid á 19 de Otubre de 1605 años. —Cristóbal Núñez de León.

Erratas.

(Corrección de nueve erratas suscrita por el doctor Alonso Vaca de Santiago. Se han subsanado, naturalmente, en la presente reimpresión).

Sumario de lo que se contiene en esta Relación.

Nacimiento del Príncipe nuestro señor, folio 5.
El Rey visita la santa casa de nuestra Señora de San Llorente, folio 6.
Los Consejos van á besar la mano al Rey, folio 7.
Nueva de la elección de León XI, folio 9.
Procesión general en hazimiento de gracias por el nacimiento de su Alteza, folio 9.
Máscara de la ciudad de Valladolid, folio 9.
Carro triunfal de la máscara, folio 11.
Navíos ingleses llegan á la Coruña, folio 12.
Almirante de Inglaterra en la Coruña, folio 13.
Don Blasco de Aragón va á la Coruña, folio 14.
Viaje del Almirante desde la Coruña á Valladolid, folio 15.
Entrada del Cardenal de Toledo en Valladolid, folio 15.
Entrada del Almirante de Inglaterra en Valladolid, folio 15.

Primera audiencia que da su Majestad al Almirante, folio 17.
El Caballerizo mayor entra en Palacio con su cargo, folio 17.
Procesión de la orden de Santo Domingo, folio 18.
Bautismo del Rey nuestro señor, folio 19.
La Reina nuestra señora sale á misa, folio 22.
Convite del Condestable al Almirante de Inglaterra, folio 23.
Visita del Almirante al Duque de Lerma, folio 24.
Nueva de la elección de Paulo V, folio 24.
Convite del Duque de Lerma al Almirante, folio 25.
Segunda audiencia del Rey al Almirante, folio 26.
Procesión del Corpus, folio 27.
Ratificación del juramento de las paces con Inglaterra, folio 27.
Juego de cañas y toros, folio 29.
Muestra general de la Caballería de las Guardas de Castilla, folio 33.
Número de la gente de las guardas, folio 34.
Procesión en San Diego, folio 35.
Máscara y sarao en la gran sala del Palacio Real, folio 35.
Arquitectura y forma de la gran sala, folio 36.
Dones de su Majestad al Almirante y señores ingleses, folio 40.
Presentes del Duque de Lerma al Almirante, folio 40.
Partida del Almirante de la Corte, folio 41.

Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid desde el felicísimo nacimiento del Príncipe nuestro señor hasta que se acabaron las fiestas y demostraciones de alegría que por él se hicieron.

Dios, nuestro Señor, según se debe creer, movido de su misericordia infinita, por las continuas y afetuosas suplicaciones destos reinos, la usó con ellos, dándoles heredero y sucesor, y de las muchas y grandes virtudes, verdaderamente reales, de su padre; cuyo nacimiento, que placerá á la Divina Majestad sea tan dichoso como deseado, comenzaron á anunciar, como sus precursores, algunos pequeños dolores que la Reina, nuestra señora, sintió el Jueves Santo, 7 de Abril, y habiendo cesado, recibió su Majestad el Santísimo Sacramento, y asistió á todos los oficios con que la Iglesia celebra su divina institución, y al acto del lavatorio, vestuario y comida de los doce pobres, que su majestad ejercitó con su acostumbrada piedad y devoción, y después oyó el Mandato en la capilla Real, y se puso á una ventana á ver pasar las procesiones de los deciplinantes, y se volvió á la capilla y oyó el oficio de las Tinieblas.

El viernes siguiente, que fué el día de la Cruz, asistió su Majestad en los oficios; y hechos tan piadosos y saludables ejercicios, el mesmo día en la tarde la volvieron los dolores tan vivos, y la comenzaron apretar de manera, que obligaron á Doña Catalina de Zúñiga y Sandoval, Condesa de Lemos, su camarera mayor, á mandar que la comadre, que había días que estaba en palacio, viniese al aposento de su Majestad, y avisar al Rey, nuestro señor, al Duque de Lerma, y al Duque de Sesa, mayordomo mayor, para proveer en todo lo que conviniese; el cual luego ordenó que viniesen los médicos.

La Reina nuestra señora, qué hizo el día antes de su parto.

Este aviso halló al Rey, nuestro señor, en su capilla, oyendo los maitines desde su balcón; y pareciendo que los dolores apretaban y se acercaba el parto, y que el oficio se acababa, envió á mandar á D. Alvaro de Carvajal que se detuviese la Capilla hasta que otra cosa se ordenase; y sabiendo que eran acabados, le envió á llamar, y mandó que se hiciesen las devociones acostumbradas en tales ocasiones; y comenzando los maitines de la Natividad de nuestro Señor, al primer noturno, estando en la primera lección, que serían las nueve y tres cuartos antes de la media noche, algo más, salió la alegre y tan deseada nueva de que nuestro Señor había sido servido

de alumbrar á la Reina, nuestra señora, de un Príncipe; con que en un momento se comenzó á regocijar el palacio Real, y el Duque de Lerma envió el aviso á todos los grandes, presidentes y del Consejo de Estado, y otras casas particulares y á los embajadores. Y juzgando todos que Dios, por su misericordia, hacía tan gran bien y tanta gracia á estos reinos, por los méritos de rey tan pío y cristiano, concurrió tanta gente de todas condiciones, que fué muestra bien cierta del general contento que se recibió; porque cuando llegó el aviso que su Majestad quería bajar á la capilla á dar á Dios públicas gracias por esta merced, todo estaba lleno de gente, y la Capilla Real no cesó en los maitines de la Natividad, y cuando llegó el Te Deum Laudamus, paró hasta que llegase el Rey.

Alumbramiento felicísimo de la Reina nuestra señora, del Príncipe nuestro señor.

Estando las guardas en su lugar, y como se ha dicho, el palacio Real lleno de gente, bajó el Rey, acompañado de Victorio Amadeo, Príncipe de Piamonte, y Filiberto Manuel, gran Prior de Castilla de la Orden de San Juan, sus sobrinos, y de los grandes, de los del Consejo de Estado y Guerra, de sus mayordomos y caballeros de la Cámara, y otros muchos, y fué recibido en la capilla con mucha música de instrumentos; y habiéndose su Majestad hincado de rodillas, el coro comenzó el hacimiento de gracias, cantando con gran solenidad el cántico de Te Deum laudamus.

El Rey nuestro señor baja á dar gracias á la capilla.

Entre las personas que habían acudido á palacio, fué D. Diego Sarmiento de Acuña, del Consejo de Hacienda y Corregidor de Valladolid, y yendo á la Iglesia mayor, llevó la nueva al Obispo, que le halló con sus capitulares á tiempo que se habían acabado los maitines; y luego se ordenó que en todas las iglesias se hiciese la primera demostración, y se dieron gracias á Dios; y el estruendo de los repiques y campanas á tal hora, y en día que la Santa Iglesia celebra el triunfo de la Santísima Cruz, en punto que los oficios fúnebres en todas partes estaban acabados, y cuando católicamente se cree que nuestro Salvador había bajado á sacar aquellas santas almas que tanto habían aguardado la deseada hora, dió que pensar al pueblo, que aun estaba inorante de la dichosa y felicísima causa; por lo cual, y porque el nacimiento del católico y prudente Rey D. Felipe II fué el año de 1527, y por haber nacido este hijo al Rey, nuestro señor, D. Felipe III, á los veinte y siete años de su edad, y haber otros veinte y siete que en su serenísima casa, con haber tantos príncipes della, no ha nacido príncipe varón, no tendrán para qué cansarse los astrólogos en levantar otras figuras ni hacer otras consideraciones, pues de éstas se puede justísimamente augurar que este dichoso nacimiento ha de ser para grandísimo servicio de Dios, exaltación de su Iglesia y bien de los reinos y estados desta corona.

El pueblo se admira de tal novedad en Viernes Santo.

Astrólogos no tienen que levantar figura.

Llegó D. Juan Bautista de Acevedo, Obispo de Valladolid, Inquisidor general, cuando en la capilla Real se acababa el Te Deum laudamus, y echó la bendición episcopal, con las oraciones de la Santísima Trinidad y de gracias, añadiendo en ellas *Principem nostrum,* palabras que acrecentaron el entrañable regocijo y alegría en el ánimo de su Majestad y de todos; y acabada la bendición, D. Alvaro de Carvajal dió á su Majestad la norabuena de su parte y de la Capilla, y le suplicó diese licencia para que todos los della le besasen la mano, y su Majestad la concedió gratísimamente, y se abrieron las cortinas, y tras ellas se la besaron, indiferentemente, más de cuatrocientos ministros y criados, y otros que habían concurrido, y á todos recibió con majestad y alegre semblante, y se retiró casi á media noche, y la gente se fué á sus casas, hallando las calles con muchas luminarias, que voluntariamente, por tan alegre novedad pusieron.

Obispo de Valladolid da la bendición episcopal en la capilla real.

Mucha gente besa la mano al rey.

El Rey va á visitar la santa casa de Nuestra Señora de San Llorente.

El siguiente día, víspera de Pascua, fué cosa notable la general alegría con que en toda la Corte unos á otros se saludaban y daban la no-

rabuena de tan bienaventurado suceso; y como el Corregidor mandó cesar los oficios mecánicos, no se vía sino contento y placer y dar gracias á Dios por tanto bien. Y reconociendo su Majestad que le consiguió por la intercesión de la Sacratísima Virgen, su madre, salió este día, á las cinco de la tarde, vestido de blanco, á caballo, y de la misma manera casi toda la Corte, y en particular el Duque de Lerma, el Marqués de Velada, mayordomo mayor, y todos los mayordomos y caballeros de la cámara, y con gran acompañamiento de los grandes y de toda la caballería, con muchas y diversas galas, fué á visitar la santa casa de Nuestra Señora de San Llorente, y conforme á su acostumbrada piedad, dalla gracias por tanto bien.

Estaba el Corregidor, D. Diego Sarmiento de Acuña, con el Regimiento de Valladolid, en las ventanas de la casa de la Ciudad, que tenía colgadas de paños de seda, tocando muchos menestriles, trompetas y atabales; y al tiempo que su Majestad iba entrando en la plaza Mayor, se comenzó á derramar mucha moneda de plata desde las ventanas, siendo cosa de ver la grita y baraunda del pueblo por tomalla; y pudo ser mucha, aunque la cantidad no se pudo averiguar, porque duró el esparcilla hasta que su Majestad volvió de las completas, que su Capilla le dijo en Nuestra Señora; y el Corregidor, autor desta demostración, empleada en tan conviniente ocasión, mandó que esta noche se pusiesen luminarias en todas las ventanas de las plazas y calles; con las cuales, y las diversas músicas que hubo en muchas partes, estuvo la ciudad muy regocijada, con gran concurso de gente, y tan clara, que parecía de día; y los vecinos lo hicieron siempre con tan interno amor, que fueron poco necesarias las órdenes del Corregidor.

El Regimiento de Valladolid derrama dinero.

El Duque de Lerma avisó luego esta nueva al Emperador, porque siendo tan dichosa para su serenísima casa y aumento della, se había de alegrar, y ansi mismo al señor Archiduque Alberto y á la señora infanta doña Isabel, á Flandes, y á la señora Archiduquesa María, madre de la Reina, nuestra señora. Y después su Majestad lo mandó avisar más de propósito, y al Sacro Colegio de los Cardenales, que estaban en el cónclave para dar sucesor al pontífice Clemente VIII, que murió á 4 de Marzo, y ansi mismo á todos sus reinos y estados, visoreyes, embajadores y ministros, por los Consejos á quien tocaba, conforme á la costumbre, con advertencia que las principales fiestas y alegrías fuesen las gracias á Dios, nuestro Señor, por tanto bien.

Avisase á todas partes del nacimiento de su alteza.

Los consejos van á besar la mano al Rey.

El día de Pascua, alegre por todas razones, fueron los consejos á dar á su Majestad la norabuena, y fué el primero el Conde de Miranda, del Consejo de Estado, que hallándole la nueva en el abadía de Retuerta, á donde se había retirado á tener la Semana Santa, vino el día antes, y con plumas y galas se fué á Palacio y besó la mano al Rey, y ahora, como Presidente del Consejo, llevó consigo al licenciado Alonso Núñez de Boorques, de la cámara y de la Santa y general Inquisición; el licenciado Tejada; el dotor D. Alonso Agreda, caballero del hábito de Santiago y de la cámara; el licenciado Francisco de Albornoz, caballero del hábito de Santiago y del Consejo de Cruzada; el licenciado D. Diego López de Ayala, caballero del hábito de Alcántara; el licenciado Don Diego Fernando de Alarcón; el licenciado Don Francisco de Contreras, caballero del hábito de Santiago y del Consejo de Hacienda; el licenciado D. Juan de Ocón, caballero del hábito de Calatrava; el licenciado D. Alvaro de Benavides, caballero del hábito de Santiago y de la cámara; el licenciado Alonso Ramírez de Prado, del Consejo de Hacienda; el licenciado D. Fernando Carrillo, caballero del hábito de Santiago y de la cámara; el licenciado D. Francisco Mena de Barrionuevo; el licenciado Gonzalo de Aponte de Quiñones; el licenciado Juan Aldrete, caballero del hábito de Alcántara; el licenciado D. Diego de Aldrete; el licenciado D. García de Medrano, caballero del hábito de Santiago; el licenciado Gil Ramírez de Arellano; el dotor Juan de la

Conde de Miranda vuelve del monasterio de Retuerta á besar la mano al Rey.

Consejo Real.

Cruz; el dotor Antonio Bonal; el licenciado Juan Fernández de Angulo, fiscal del Consejo.

Consejo de Aragón.

En segundo lugar, fué á hacer el mismo oficio Don Diego de Covarrubias, Vicecanciller de Aragón, caballero del hábito de Montesa; y eran los deste Consejo: el dotor D. Monserrat de Guardiola, Regente de Cataluña; el dotor D. Juan Sabater, también Regente de Cataluña; el dotor D. Martín Monter, Regente de Aragón; el dotor Juan Pérez de Bañatos, Regente de Valencia; el dotor Don Felipe Tallada, regente de Valencia, caballero del hábito de Montesa.

Consejo de Italia.

En tercero lugar, fué Juan Fernández de Velasco, Condestable de Castilla, del Consejo de Estado y presidente del Sacro Supremo de Italia; y eran los deste Consejo: el dotor Miguel de Lanz, Regente de Milán; el dotor Francisco Alvarez de Ribera, Regente de Nápoles; el dotor Antonio de Valcárcel, Regente de Nápoles; D. Jerónimo Muñoz, caballero de la Orden de Santiago, conservador general del patrimonio de Italia.

Consejo de Indias.

El Conde de Lemos y Andrada D. Pedro Fernández de Castro, Presidente del Real y Supremo Consejo de las Indias, fué en cuarto lugar, y los del Consejo son: el licenciado Benito Rodríguez Baltodano y de la cámara, el licenciado D. Tomás Jiménez Ortiz y de la cámara, el licenciado D. Francisco Arias Maldonado, el licenciado Benavente de Benavides, el licenciado Luis de Salcedo y de la cámara, el licenciado Villagutiérrez Chumacero, el licenciado Gudiel, el licenciado Bernardo de la Olmedilla, el licenciado D. Francisco de Tejada, el comendador Juan de Ibarra, del hábito de Calatrava; el licenciado D. Juan de Zúñiga, el licenciado Solórzano, el licenciado Villagómez, el licenciado D. Pedro de Marmolejo, Fiscal del Consejo.

Consejo de Ordenes.

Siguió luego D. Juan de Idiáquez, Comendador mayor de León, del Consejo de Estado y Presidente del de las Ordenes; y los del Consejo que llevaba eran: el licenciado D. Antonio de Pedrosa, caballero del hábito de Calatrava; el licenciado don Egas Venegas Girón, caballero del hábito de Santiago; el licenciado Ruy Díaz de Mendoza, caballero del hábito de Alcántara; el dotor D. Luis de Padilla, caballero del hábito de Calatrava; el licenciado D. Jerónimo de Medinilla, caballero del hábito de Santiago; el licenciado D. Juan Serrano Zapata, caballero del hábito de Alcántara, Fiscal.

Consejo de Hacienda y tribunales della.

D. Juan de Acuña, Presidente del Consejo de Hacienda y de los tribunales de la Contaduría mayor de Hacienda y Contaduría mayor de Cuentas, no llevó el Consejo de Hacienda en nombre de consejo, por la competencia de precedencia que tiene con otros consejos, ni tampoco fueron las contadurías mayores como tribunales; y son las personas: Luis Gaitán de Ayala, caballero del hábito de Santiago; Francisco de Salablanca; Esteban de Ibarra, caballero del hábito de Santiago; Bernabé de Pedroso; Cristóbal de Ipenarrieta, caballero del hábito de Calatrava; Gaspar de Pons; D. Pedro Mexía de Tovar, caballero del hábito de Santiago; D. Diego Sarmiento de Acuña, caballero del hábito de Calatrava, Corregidor de Valladolid. Y los oidores de la Contaduría mayor de Hacienda, eran: el licenciado Aldaya; el licenciado D. Luis de Santillán; el licenciado D. Juan Beltrán de Guevara, electo de Salerno; el licenciado don Luis de Mercado; el licenciado Binaspre, y el licenciado Melchior de Molina, Fiscal. Los contadores mayores de Cuentas son: Sancho Méndez de Salazar, Luis de Alarcón, Diego Chaves de Bañuelos, Tomás de Ayardi, Juan de Gamboa, y Diego Pérez de Salcedo, Fiscal.

Consejo de Portugal.

Los del Consejo de Portugal besaron la mano al Rey, aunque no en forma de consejo, y fueron: D. Juan de Borja, Conde de Ficallo, del Consejo de Estado que preside en el de Portugal; D. Manuel de Castelblanco, Conde de Villanova; D. Esteban de Faro; Enrique de Sosa, Gobernador del Puerto; Pedrálvarez Pereira, caballero del hábito de Christus; Alonso Hurtado de Mendoza, y el dotor Francisco Noguera, del hábito de Santiago.

Consejo de Estado y Guerra.

Los Consejos de Estado y Guerra no van en forma de consejos, y porque el Consejo de la Santa y general Inquisición, por la competencia de precedencia que tiene con el de Aragón, no fué este día, el

siguiente le llevó el Inquisidor general D. Juan Bautista de Acevedo, Obispo de Valladolid; y los del Consejo son: el licenciado Vigil de Quiñones, el licenciado D. Juan de Mendoza, el licenciado Pedro de Zamora, el licenciado D. Felipe de Tassis, Comisario general de la Cruzada; el licenciado D. Antonio Venegas, el licenciado Alonso Gaitán, el Conde de Villalonga, Comendador de Silla, del hábito de Montesa, y el licenciado Alonso Márquez, Fiscal del dicho Consejo.

Consejo de la Santa y general Inquisición.

La ciudad, este mismo día, besó la mano á su Majestad, yendo en cuerpo de Ciudad, con el Corregidor y Regimiento, con sus maceros con ropas de terciopelo carmesí, y el Duque de Lerma, como regidor, intervino en este acto, y quiso honrar á la Ciudad.

La ciudad de Valladolid.

También besaron á su Majestad la mano, la Universidad y el insigne Colegio de Santa Cruz.

Universidad y Colegio de Santa Cruz.

Nueva de la elección de León XI.

En este instante se tuvo aviso que el Sacro Colegio de los Cardenales, había elegido ocho días antes del nacimiento del Príncipe, nuestro señor, que fué 1.º de Abril, á dos ó tres horas de la noche, al Cardenal Alejandro de Médices, Arzobispo de Florencia, que se llama León XI; y luego se dieron gracias á Dios y se hicieron las demostraciones de alegrías, de luminarias y otras cosas que en estos reinos se acostumbran cuando llega la nueva de la elección del Vicario de Cristo, y tanto más se regocijó, cuanto halló á la corte y á los reinos en las presentes alegrías; y destas cosas y otras, aunque no sean al propósito destas fiestas, se hace mención en esta relación, por haber sucedido durante el tiempo dellas.

Procesión General.

El domingo de Casimodo, habiéndose dado muchas limosnas y ordenado que se hiciesen gracias y perdones, como se acostumbra en nacimiento de príncipes primogénitos, porque el hacimiento de gracias á Dios, nuestro Señor, fuese con todo cumplimiento, se mandó que se hiciese una procesión general; la cual, con intervención de todos los consejos, el Obispo, Capítulo de la iglesia mayor, clerecía y todas las órdenes y cofradías, que en Valladolid son muchas, fué con gran devoción á la santa casa de Nuestra Señora de San Llorente; y el día siguiente en la tarde tuvo el Corregidor, D. Diego Sarmiento de Acuña, prevenida una máscara de gran número de caballeros, con tales adornos que ilustraron el día y la fiesta.

Máscara de la ciudad de Valladolid.

Primeramente, en la plaza de la Trinidad, á donde posa el Duque del Infantado y el Conde de Saldaña, se juntaron los de la máscara, y desde allí se atajaron todas las bocas de las calles que refieren en la principal, que va á palacio, porque la multitud de los coches no hiciese impedimento, y se hicieron tablados en la plaza de Palacio y en la Mayor, en los cuales mucha diversidad de danzas y músicas alegraron el día y entretuvieron al pueblo, y á la noche se pusieron extraordinarias luminarias, porque el Corregidor mandó repartir más de doce mil papelones pintados con las armas de la Ciudad, para que el aire no matase las lumbres, que puestos por la orden de los muchos balcones de las ventanas, que es conforme á la regla de arquitectura, hacían una agradable vista, y parecía que se ardía la ciudad.

El gasto de la máscara hizo la Ciudad, y eran los vestidos: capas castellanas de grana con grandes franjones ó pasamanos de oro, aforrados de velo de plata, caperuzas de terciopelo negro, á la castellana, guarnecidas de plata, con plumas blancas; vaqueros de rasos de colores, con pasamanos de oro, y los paramentos de los caballos de lo mismo, muy empenachados, y todos á la jineta.

LOS CABALLEROS ERAN LOS SIGUIENTES:

Caballeros de la máscara.

El Corregidor, D. Diego Sarmiento de Acuña.

El Duque de Lerma, que quiso dar la mano derecha al Corregidor, por honrar á la Ciudad y autorizar á la justicia.

El Duque de Cea, gentilhombre de la cámara del Rey.

El Conde de Lemos, de la cámara del Rey.

El Duque de Alba, de la cámara del Rey.

El Duque de Pastrana.

El Marqués de la Bañeza, que ahora es de la cámara del Rey.

El Conde de Salinas, del Consejo de Portugal.

El Conde D. Luis Enríquez de Almanza, mayordomo del Rey.

El Conde de Nieva, D. Francisco Enríquez de Almanza, mayordomo del Rey.

El Conde de Barajas, mayordomo del Rey.

El Conde de Saldaña, de la cámara del Rey.

D. Enrique de Guzmán, de la cámara del Rey.

El Conde de Gelves, de la cámara del Rey.

El Conde de Mayalde, de la cámara del Rey.

D. Martín de Alagón, Comendador mayor de Alcañices, de la cámara del Rey.

D. García de Figueroa, de la cámara del Rey.

El Marqués de Alcañices.

El Marqués de Tavara.

El Marqués del Carpio.

El Marqués de Fuentes.

El Conde de Coruña.

D. Manuel de Alencastro, hermano del Duque de Avero.

D. Eugenio de Padilla, hermano del Adelantado de Castilla.

D. Manuel Manrique, Comendador mayor de Aragón, de la Orden de Santiago.

D. Gaspar de Moscoso, hijo del conde de Altamira.

D. Fernando de Borja, Comendador mayor de Montesa.

D. Diego Sarmiento de Mendoza, hijo del Conde de Rivadavia.

D. Antonio de Toledo, señor de la Horcajada.

D. Manuel de Zúñiga, hijo del Conde de Monterey.

D. Fernando de Toledo, señor de Higares.

D. Pedro de Zúñiga, señor de Miraflores, Embajador de Ingalaterra.

D. Martín Valero de Franqueza, caballero del hábito de Santiago, gentilhombre de la boca del Rey.

D. Andrés Velázquez de Velasco, señor de Villa-Baquerín.

D. Diego de Sandoval, de la boca de su Majestad, que ahora es corregidor de Valladolid.

D. Pedro Venegas, de la boca de su Majestad.

D. Pedro Pacheco, de la boca de su Majestad.

D. Gómez Zapata, de la boca de su Majestad.

D. Pedro de Granada, señor de Campotejar.

Diego López de Sosa.

D. Fernando de la Cerda, del hábito de Santiago.

D. Alonso Ramírez de Peralta, señor de Liger y Codar.

D. Juan de Tassis, de la boca del Rey.

D. Alonso Girón, de la boca de su Majestad.

Arias Pardo de Figueroa.

D. Jusepe de Cardona, del hábito de Alcántara.

D. Bernardo de Rojas y Sandoval.

D. Diego de Espinosa, caballero del hábito de Santiago.

D. Antonio Franco de Guzmán, señor de Valoria y Villafuerte.

D. Juan Vicentelo, señor de Cantillana.

D. Luis Manuel, del hábito de Calatrava.

D. Luis de Avalos, de la boca del Rey.

D. Diego de las Mariñas, Mayordomo del Príncipe de Piamonte.

D. Jerónimo Muñoz, de su cámara.

D. Juan de Heredia, de su cámara.

D. Francisco de Córdoba, de su cámara.

D. Alvaro de Mendoza, de su cámara.

D. Vicente Zapata, de su cámara.

D. Alonso de la Cueva, de su boca.

D. Francisco Terza, de su boca.

D. Diego Osorio.

D. Jerónimo de Sandoval.

D. Francisco de Alarcón.

D. Pedro Muñoz de Otálora, caballerizo de la Reina, nuestra señora.

D. Nuño Pereira.

Ruy Díaz de Rojas.

D. Diego de Córdoba.

D. Diego de Oces, del hábito de Alcántara.

D. Pedro Enríquez, señor de Bricianos.

D. Luis Niño de Castro.

D. Francisco Zapata, caballerizo de su Majestad.

D. Eugenio de Zúñiga, del hábito de Santiago.

D. Gonzalo Guiral, del hábito de Santiago.
Domingo Doria, del hábito de Santiago.
D. García de Cotes, del hábito de Santiago.
D. Francisco de Villacís, del hábito de Santiago.
D. Luis Maza, alguacil mayor de la Chancillería de Granada.
D. Diego de Avellaneda, Corregidor de Atienza y Molina.
D. Jerónimo de Guevara.
D. Francisco de Mercado.
D. Francisco de Molina.
D. Antonio de Solís.
D. Francisco de Villacreces.
D. Felipe de Portillo Calderón.
D. Fernando Verdugo.
D. Francisco de Rivadeneyra.
D. Tomás de la Vega.
D. Francisco Mazo.
D. Baltasar de Paredes.
D. Francisco de Brizuela.
D. Pedro de Barros.
D. Luis de Castro.
D. Diego de Orduña.
Manuel Juárez de Treviño.
D. Miguel Vaca.

REGIDORES DE VALLADOLID

D. Diego de Leiva, del hábito de Santiago.
D. Gonzalo de Villasante.
D. Francisco de los Ríos.
Pedro López de Arrieta (1).
D. Luis de Alcaraz.
D. Galván Boneseño.
D. Pedro de Arrieta.
D. Alonso López de Mella.
Antonio de Santiago.
Acacio Antolínez.
D. Diego Nuño de Valencia.
Francisco Vázquez.
Andrés de Castro.
D. Juan de Argüello.
D. Diego de Nebro.

Delante destos caballeros, iban cuarenta atabales y trompetas, de librea de las colores de la Ciudad, que son amarillo y colorado, y multitud de lacayos, asimismo vestidos; y como los caballeros eran tantos, y iban de dos en dos, hacían admirable vista, y llevaban delante un gran carro triunfal, fabricado con maravillosa arquitetura, que fué invención del secretario Tomás Gracian Dantisco, de cuyo ingenio para ello se valió la ciudad; muy adornado de excelentes pinturas, cubierto de tela delgada y oro, haciendo la sutileza dellas curiosísimo dibujo, con perfiles azules de finísimas cenizas, todo curiosamente pintado; y aunque secretamente ayudaban á llevar esta gran máquina más de cien hombres, le tiraban ocho mulas de dos en dos, cubiertas y enjaezadas conforme á la sinificación del auriga ó carretero que iba en cada una. Los primeros eran el Tiempo y la Fama; los segundos, la Tierra y el Agua; los terceros, el Aire y el Fuego; los últimos, el Día y la Noche; todos ocho vestidos y tocados muy ricamente, cada uno conforme á su propiedad. Iban en el tablado del carro las siete artes liberales y Apolo, cada una vestida en conformidad de su sinificación, y estos eran músicos muy diestros en todos instrumentos, como arpas, vihuelas de arco, cítaras y laúdes.

Carro triunfal de la máscara, con sus figuras y sus sinificaciones.

De la primera base deste gran carro subían unas gradas, y en la más alta iba la Ciudad de Valladolid, representada por una ninfa ricamente vestida, que llevaba en la mano un gran escudo, en el cual iban retratados al olio el Rey y Reina, nuestros señores, y en medio el Príncipe recién nacido; encima estaba escrito el nombre de Dios en caracteres y lengua hebrea, echando las llamas y rayos que descendían alumbrando á los tres retratos, y debajo dellos, entre las llamas, que son las armas de Valladolid, un corazón con una letra que decía: *opus amoris;* mostrando ofrecer sus entrañas á su Rey. La figura que sinificaba Valladolid llevaba á sus lados á los condes Fernán González y D. Pedro Anzures, sus antiguos fundadores y gobernadores, armados á lo antiguo, con sus bastones de generales, y en ellas unas tarjetas con sus armas y nombres.

Arrimaba Valladolid las espaldas á una alta

(1) En el original, por error, *Arriete.*

y cuadrada base, dentro de la cual iban cuatro músicos encubiertos, que con admirables voces, siendo bien oídas y entendidas, dieron á su Majestad la norabuena del nacimiento del Príncipe con un romance compuesto muy á propósito; y sobre esta base iba un globo grande que sinificaba el mundo, y dentro una estancia que con sus cuadraturas, grados y cosmografía, como se ven en un globo terrestre, y á las cuatro esquinas de la base y cuatro partes del globo iban Europa, Asia, Africa y la que erradamente llaman América, correspondiendo á la cosmografía de su juridición.

Sobre el globo iba una figura que representaba la Felicidad católica con la bandera de Constantino que llaman Lábaro, con el nombre de Cristo con los caracteres griegos, como se vee en las medallas de Constantino, Teodosio y otros emperadores cristianos, y á los lados el Alfa y Omega, conforme á lo del *Apocalipsi* de San Juan.

En el testero del ámbito postrero del carro iban en medio, sobre una base, la pública Leticia, que era un mozo vestido á lo antiguo, que tocaba diestrísimamente un clarín, y presidía como maestro á ocho chirimías galanamente vestidos, que era la tercera música que llevaba el carro, con los versos siguientes:

Dicite io pariter, rursumque iterumque triumphe
Eu salit in ortu regis amore novi.

A los lados de la pública Leticia iban, de la una parte la Virtud, vestida como ninfa, y en la mano una espada ancha sin punta, y una letra que decía: *Omnia bona mea tua,* y de la otra iba el Honor con sus vestiduras romanas, coronado de laurel, con un escudo grande de las armas reales, con una letra que decía: *Dignus honore colo.* Cercaba todo el carro un cumplido rodapiés, pintado de excelentes pinturas y extremadas colores, y en sus lugares compartidas las figuras siguientes, de vara y media de largo cada una, al propósito del nacimiento del Príncipe, y entre figura y figura, escudos de armas de todos los reinos de las coronas de Castilla, León, Aragón y Portugal.

En la delantera del carro iba Mercurio, con su gálea, talares y caduceo, y en la basa sobre que iba, decía: *Inclita nec civile inferior, domus Austria, gaude.*

Y enfrente de Mercurio, Juno Lucina, abogada de las paridas, vestida como reina, con cetro y pavón, respondía á Mercurio, acabando el déstico: *Et genitori et gnato euge, beata domus.*

Y alrededor del rodapiés iba siguiendo la Fortuna, pintada con un gobernalle de navío en la mano, como algunos la figuran; en su base decía: *Spondeo digna tuis ingentibus omnia caeptis.* Seguía la Felicidad con su cornucopia, y decía: *Talis Roma fuit quondam admirata triumpho;* y la Concordía la respondía, llevando un cetro, en que iban dos manos asidas: *Quales nunc urbis gratia pulcra refert.*

Tras ellas seguía la Fecundidad con su cornucopia, y unos niños, y en su pedestal decía: *Ex optatus adest princeps: asurgite, cives.*

Y la Clemencia con su ramo de oliva, respondía: *Clamet io populus, littus ioque sonet.*

Después iba la Paz con su ramo en una mano, y llevando una hacha encendida en la otra, abrasaba muchos despojos y armas de guerra, y en su base decía: *Spectata venis, o fidissima nostra.*

Era la que seguía la Edad, con la culebra en redondo, metida la cola en su boca, y decía: *Et videas filios filiorum tuorum pacem supernos.*

Era la última la Prudencia, con un mundo á los pies, y en la mano un cetro puesto sobre el mundo, y decía: *Egressus in salutem populi.*

Esta fué una invención agradable por la sustancia y por la vista, y admiraba ver la altura del carro, que igualaba con las ventanas más altas, y la figura superior, que representaba la Felicidad, con el Lábaro ó bandera en la mano, era un muchacho, que iba puesto con tal artificio, que no padeció cansancio, aunque todos juzgaban que llevaba gran peligro de la vida.

Aviso que llegan navios ingleses á la Coruña.

A 17 de Abril llegaron al puerto de la Coruña cuatro navíos, que en las banderas que traían se conocieron ser ingleses; los cuales, antes de dar fondo, hicieron salva, y se les respondió muy bien del castillo y de la ciudad. Salieron á tierra

ocho ó diez caballeros, que dijeron ser del Almirante de Ingalaterra, y que allí venían criados y caballos suyos y parte de su recámara, y que el Almirante llegaría presto; y su furriel mayor dió á D. Luis Carrillo, Conde de Caracena, señor de Pinto, Capitán general del reino de Galicia y Presidente de aquella Audiencia, una carta del Conde de Villamediana, Embajador del Rey, nuestro señor, en Inglaterra, en que avisaba del viaje del Almirante; y el Conde mandó luego aposentar á todos los que habían llegado, y que se hiciese el aposento para el Almirante y para los que venían con él y una puente de madera, de cien pasos de largo, para más cómoda desembarcación. Convidó á comer á los caballeros que le pareció que era justo; y á los demás ordenó que se les diese cuanto hubiesen menester, y que se hiciese provisión conviniente para hospedar al Almirante, y luego avisó de todo al Rey.

Almirante de Inglaterra llega á la Coruña.

Lunes 26 de Abril, en la tarde, entró en el puerto el Almirante de Inglaterra, con cuatro buenos galeones y un pataje, y su capitana y almiranta desarbolaron sus estandartes al de las armas Reales de Castilla y de León, que estaba en el castillo de San Antón; y la ciudad y el fuerte de Santa Cruz le hicieron salva, y la capitana y demás navíos ingleses respondieron con toda su artillería; y el Conde de Caracena, en una falúa bien adornada y equipada, fué á visitar al Almirante con su hermano D. Juan Pacheco y su hijo D. Luis y los capitanes y entretenidos de aquel presidio, y el Almirante le salió á recebir á la escala del navío, y porque era tarde no desembarcó, quedando acordado que el otro día lo haría; y á la despedida del Conde, todos los navíos hicieron salva, y aquella noche le invió un gran salmón y otros pescados, muchos empanados, pavos, perdices, frutas, confituras, pan fresco y vino regalado.

Otro día fueron D. Juan Pacheco y D. Luis Carrillo, hijo del Conde, á la capitana por el Almirante, y en la puente, que estaba con muchas banderolas de diversas colores, le recibió el Conde de Caracena, con el Audencia, capitanes y entretenidos, y al desembarcar, fueron grandes las salvas de la ciudad, del castillo y fuerte, y de la armada, y de la gente de guerra que estaba en la muralla. Llegando á la puente, pasaron grandes cortesías entre el Almirante y el Conde, y en particular dijo que había estimado esta ocasión por conocer á tal caballero y de tan gran opinión, y besar la mano á su Majestad, porque era antiguo criado de su padre. Encamináronse á la casa del Conde con mucha música de menestriles, que con el ruido de las cajas y trompetas parecía bien, yendo muy galanes todos los caballeros ingleses; y en la plaza estaba hecho un escuadrón de infantería, que en abatiendo las banderas diestramente, se abrió é hizo calle para que pasase el acompañamiento, y luego hizo su salva de mosquetería y arcabucería. Aposentado el Almirante en casa del Conde de Caracena, á la noche fué el sargento mayor á pedirle el nombre, y aunque hubo réplicas, le hubo de dar el Almirante; y la cena fué muy regalada y cumplida, con músicas de flautas y vihuelas de arco y otras, y cada día fué así; en la cual hubo pasados de setenta caballeros, y dijo el Almirante, que vinieron tantos por la comodidad del pasaje, y que los ingleses son naturalmente tan amigos de ver, que si se detuviera, se despoblara Inglaterra, y después hubo otras dos mesas de toda la gente del Almirante, porque este gasto se hacía por orden de su Majestad. El día siguiente, el Almirante pidió licencia al Conde de Caracena para poner á la puerta de su aposento un escudo de sus armas, y graciosamente lo tuvo por bien, debajo de las cuales había el letrero siguiente: «El Ilustrísimo Señor Don Carlos Hobard, Conde de Hontinghan, Barón Huibiard Delfinghan, gran Almirante de Ingalaterra, Irlanda, Normandía, Gascuña y Aquitania, Capitán general de todos los castillos y fortalezas marítimas y de las armadas de los dichos reinos, Justicia mayor de las florestas, cotos y parques de Inglaterra, Gobernador de las provincias de Susex y Surrey, Caballero de la Jarretiera y del Consejo Supremo, Embajador del Rey de la Gran Bretaña, Francia e Irlanda, Defensor de la Fe, a la Majestad de don Felipe III, rey de las Españas, año de 1605».

Almirante de Inglaterra desembarca en la Coruña.

Escudo de armas que pone el Almirante de Inglaterra á la puerta del cuarto de su aposento.

Y otro día comió con él la Condesa de Caracena, que con modestia y gravedad de tan gran señora, regaló al Almirante, de que se tuvo por muy favorecido y honrado.

Llegó á la corte el aviso que quedaban en la Coruña los cuatro navíos de Inglaterra y que se aguardaba presto al Almirante, que venía con embajada al Rey, nuestro señor, y á recebir de su Majestad la ratificación del juramento del tratado de paces establecido entre estas dos coronas; y porque convenía que se le hiciese acogimiento igual á la honra y recibimiento que se hizo en Inglaterra cuando fué á este tratado Juan Fernández de Velasco, Condestable de Castilla, aunque por haberse entendido que el Almirante había de venir á desembarcar á Santander, se había mandado hacer provisión en aquella villa, su Majestad ordenó á D. Blasco de Aragón, Comendador de la Orden de San Juan y del consejo secreto de su Majestad en el estado de Milán, y capitán de una compañía de arcabuceros de infantería española, que fuese luego á visitar de su parte al Almirante y darle la bienvenida, porque, demás de ser caballero de prudencia y de experiencia, era conocido suyo, porque fué con el Condestable á Inglaterra; y le ordenó que no le dejase, sino que le viniese acompañando hasta esta corte; y mandó asimismo que Gaspar de Bullón, su aposentador mayor, como persona de diligencia y experiencia, partiese con todos los Oficiales de su Real casa, para que se hiciese la costa al Almirante y á todos los caballeros y gente que con él venía, haciendo al Almirante todo regalo y servicio, y á su gente buen tratamiento, usando en todo de liberalidad y abundancia; y tomando la orden del Marqués de Velada, mayordomo mayor de su Majestad, partió con más de mil cabalgaduras de silla y carga, y con mucha provisión de los regalos que faltan en Galicia y en la esterilidad de las montañas; y ordenóse también que fuesen el licenciado D. Juan Bermúdez y el licenciado Mosquera de Figueroa, como jueces de comisión, con alguaciles de corte, y otros ejecutores para hacer las provisiones y ordenar que á todo se acudiese con el recado que en los caminos es necesario.

El Rey envía á don Blasco de Aragón á la Coruña.

Gaspar de Bullón, aposentador mayor, manda el Rey que vaya á la Coruña.

En este tiempo había sido la fiesta de San Jorge, que es la vocación de la orden de la Jarretiera, y el Almirante la solenizó en su cuarto con un gran banquete que hizo á los de su compañía.

D. Blasco de Aragón llega á la Coruña.

Llegó D. Blasco de Aragón á la Coruña, hizo su visita al Almirante, dándole la bienvenida, mostrando gusto de que esta jornada le hubiese tocado á él; y este favor del Rey estimó el Almirante por grandísimo, é hizo grandes demostraciones de contento y de haberlo tenido por suma gracia; y regalándole siempre el Conde de Caracena y asistiéndole continuamente D. Blasco de Aragón, se pasaron algunos días hasta que llegó el aposentandor mayor Gaspar de Bullón, que viendo el Almiranle tanto aparato, y la gran liberalidad que el Rey mandaba usar con él, quedó admirado, y mucho más porque en muchas tierras estériles no faltaba ninguno de los regalos de la corte.

Estando para partir de la Coruña fué avisado D. Blasco que en aquella compañía se traían dos Biblias, traducidas en lengua castellana, impresas en Holanda; y habiéndolo dicho al Almirante, dijo al que las traía en particular, y á todos en general, que á cualquiera que supiese que traía libros prohibidos le haría entregar al santo oficio de la Santa Inquisición, y los amonestó que no diesen ocasión á escándalo ni mal ejemplo en las cosas sagradas, porque de otra manera los haría castigar; y el que tenía las Biblias afirmó haberlas vuelto á los navíos. También dijo D. Blasco al Almirante que aguardándole en Santander, adonde fuera más regalado, no sabía cómo había ido á la Coruña; respondió que lo supo después de haber enviado delante los cuatro navíos, y que invió un bajel alcanzarlos, y no pudo; y que llegando allí con ánimo de irse todos á Santander, fueron tantos los regalos que le hizo el Conde de Caracena, diciendo que ya tenía hechas allí las provisiones, que se hubo de quedar; y después, por consejo de D. Blasco y para mayor comodidad de su embarcación á la vuel-

Amonestación del Almirante á su gente.

Armada inglesa va de la Coruña á Santander.

ta, y de la propia armada, la mandó ir á Santander.

Salieron de la Coruña seiscientos ingleses y docientos criados del Rey que iban para este servicio; llegaron aquella noche á Betanzos, adonde se halló la posada del Almirante colgada de muy buenas tapicerías del Rey, puesta la primera mesa para comer setenta personas, la cabecera debajo de un dosel, con alguna diferencia, porque se ponía un bufete para el Almirante y algunos pocos, y á la postre hacía la mesa una vuelta, á manera de refitorio donde se sentaban con tanta orden, que ninguno tomaba el lugar del otro.

En la ciudad de Lugo, el Obispo D. Juan García tenía con muy buen ánimo hecho muy grande apercibimiento para hospedar al Almirante y cuantos venían en aquella compañía; y porque no pareció á D. Blasco de Aragón que convenía, se tuvo por muy satisfecho de que se le recibiese en presente todo lo que tenía proveído; y porque la jornada era larga hasta Villafranca, se hubo de comer en el puerto de Cebreros, adonde el licenciado D. Juan Bermúdez ordenó que se hiciesen ramadas tan acomodadas y con tanto artificio, que parecían regalados aposentos, y los criados de su Majestad, fueron tan deligentes, que cuando el Almirante se apeaba, estaba la comida en la mesa. Allí está un priorato de la Orden de San Benito, y muchos ingleses fueron á ver un exquisito milagro del Santísimo Sacramento, unos por curiosidad y otros por devoción, porque visiblemente, por la divina misericordia, se apareció el vino vuelto en sangre, y la hostia en carne, y los que se edificaron con tan gran milagro mostraron devoción exquisita. Desde Villafranca se comenzó á caminar en coches, y por Astorga, Benavente y Villagarcía se salió á Simancas, y D. Blasco se adelantó á Valladolid á dar cuenta de la jornada, y saber el día que se había de entrar y por dónde.

Entrada del Cardenal de Toledo, á XXV de Mayo, en Valladolid.

Y porque su Majestad (como era razón), quería celebrar el bautismo del Príncipe, nuestro señor, con la decencia y autoridad conveniente á su grandeza, para que correspondiese con la alegría universal que por esta gracia tan particular de Dios se ha recibido en todos sus reinos y estados, mandó llamar á D. Bernardo de Sandoval, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, Cardenal de Santa Sabina, de su Consejo de Estado, porque en estos reinos no se halla persona de tan gran dignidad ni á quien más justamente se pudiese cometer tal acción. Y obedeciendo el Cardenal al mandamiento de su Majestad, á 25 de Mayo llegó al monasterio de los carmelitas descalzos, fuera de Valladolid, y en el punto que se supo, salieron á visitarle y darle la bienvenida el Duque de Cea con todos los señores y caballeros de la corte, y el mismo día en la tarde se entró en la ciudad. Y porque quiso entrar en coche, se vinieron y entraron con el Cardenal solamente los Duques del Infantado y de Cea. Traía muchos pajes con sotanas de terciopelo carmesí, los lacayos vestidos de grana, el coche con dos cocheros con sayos húngaros de terciopelo carmesí, las mulas y hacas de diestro, con gualdrapas de terciopelo, y ellas y las guarniciones con franjas de oro, y los lacayos y mozos de caballos que las traían, de librea de grana; la silla, que llevaban cuatro mozos, también era de carmesí, y las literas; la multitud de prebendados de la iglesia de Toledo, sus criados eclesiásticos y seglares, era grandísima. En fin, este gran Príncipe entró como tal y como quien venía llamado para tal solenidad, mostrando que su ánimo generoso cuadra con su dignidad, con su sangre y con sus obras. Fué á posar con el Duque de Lerma.

Entrada en Valladolid del Almirante de Inglaterra, á 26 de Mayo.

Habiendo el Almirante de Inglaterra llegado á Simancas, D. Pedro de Zúñiga, á quien el Rey tenía nombrado por su embajador en Inglaterra, salió por la posta á recebirle y visitarle, aunque no como embajador ni de parte del Rey, con cuatro ó seis caballeros, para conocerle y que le conociese, como persona que con él había de ir

á residir en su embajada. Y su Majestad mandó al Condestable que se hiciese el recebimiento (y) el día que entró en Valladolid, que fué jueves, á 26 de Mayo, habiendo entrado por la mañana su recámara, que eran muchas acémilas con reposteros bordados, algunos de seda y algunos de paño, muy vistosos, con grande acompañamiento de criados bien vestidos y con buena orden, y con sus trompetas delante, que parecían bien. Y sabiendo la hora que el Condestable había de salir, acudieron á su casa infinitos señores y caballeros tan galanes y en tan hermosos caballos, todos de camino, que fué uno de los mejores espectáculos que se han visto en esta gran corte; porque, según la cuenta que se pudo hacer, eran más de docientos, con ricos cintillos y plumas de diamantes y otros aderezos. Y cuando don Blasco de Aragón avisó al Condestable que era tiempo, salió de su casa; y estando ya gran rato fuera de la puerta del Campo, llegó el Almirante, para el cual, y para los señores y caballeros, se tenían caballos en que entrasen. El Condestable le recibió con mucha cortesía, y también le dieron la bienvenida los duques de Sessa, del Infantado, de Cea y Alba, D. Juan de Idiáquez, Comendador mayor de León, el Almirante de Aragón y los condes de Salinas, Altamira, D. Luis Enriquez, Nieva, Medellín, Barajas, Villalonga, Casarrubios, Paredes, Arcos, Puñonrostro, Villanueva, Aguilar, Coruña y toda la nobleza, diciendo el Condestable quién era cada uno, y el Almirante conoció á algunos, en especial al Duque de Pastrana, por nieto del Príncipe Ruigómez de Silva, á quien conoció en Inglaterra, y fué su amigo y del Marqués de las Navas, abuelo de D. Enrique de Guzmán, de quien dijo que fué gran servidor, y á otros. También llegaron al Condestable los señores y caballeros ingleses, y comenzando á caminar, tomaron en medio al Almirante el Condestable y el Duque de Cea, los Duques del Infantado y Sessa al Embajador ordinario, y otros señores acompañaban á los señores y caballeros ingleses, los cuales, á su usanza, venían muy bien y muy ricamente aderezados; y el Almirante traía sombrero con plumas y cintillo de diamantes, herreruelo de grana con pasamanos de oro, casaca y calzas naranjadas y coleto de ámbar. Es hombre de gran cuerpo, bien proporcionado, cano, que mostraba ser de más de setenta años, rostro grave, y que con él y su persona representaba autoridad y grandeza. Y todos los demás caballeros representaban lo que son por sus buenos pareceres y gentiles talles. El número de gentileshombres y criados, vestidos de diversas libreas, era mucho y lucido en gran manera, y luciera más en aquel hermoso espacio de la puerta del Campo y por la ciudad, por la infinidad de gente que salió á este gran recibimiento, si no lo enturbiara una lluvia tan grande, recia é importuna, que en muchos días tal no se había visto, pues por cosa notable se puede decir que en parte del año pasado y en el presente se pasaron en España siete meses sin llover en las más provincias della.

El Condestable sale al recibimiento del Almirante de Inglaterra, con la nobleza de la corte.

Caballeros ingleses vienen galanes á su usanza.

Caballeros ingleses vienen galanes á su usanza (1).

Gran sequedad en España.

Desde la puerta del Campo se fué á Santa Cruz por la posada del Duque del Infantado, adonde estaban muchas grandes señoras, y camino derecho se fué á la Corredera y se pasó por delante de palacio, y sus Majestades miraban el acompañamiento por las vidrieras, y las damas desde las ventanas. Era su posada en las casas del Conde de Salinas, las cuales estaban adrezadas con muchas tapicerías del Rey, de oro y seda, y muchas camas de seda y doseles, porque en ella habían de posar, con el Almirante, el Conde de Pert, sus hijos, yerno y sobrinos, y un hijo del Conde de Sufolc y otros caballeros. Llegado el Almirante á su posada, se apearon todos los grandes y subieron con él arriba, aunque los suplicó é importunó mucho que no lo hiciesen, y se quedaron D. Blasco de Aragón para tenelle compañía, y Gaspar de Bullón para lo que tocaba á su tratamiento; y dende á una hora su Majestad envió al Conde de Barajas, su mayordomo, á dar al Almirante la bienvenida y á decille lo que había holgado que hubiese llegado

El Rey envía á visitar al Almirante con el Conde de Barajas.

(1) Así, repetido, en el original.

con salud, y la Reina, nuestra señora, envió al Conde de los Arcos, su mayordomo, al mismo efeto, y también envió el Príncipe de Piamonte y su hermano; y el Almirante supo bien encarecer la merced que recibía con este favor. Otro día le fué á visitar el Duque de Lerma, el Marqués de Velada, mayordomo mayor del Rey, y los duques del Infantado, Alba, Cea, Conde de Lemos, y (de) los mayordomos y caballeros de la cámara. Salió el Almirante á recebir al Duque hasta la escalera, y habiendo durado la visita gran rato, con muchos comedimientos y cortesías de ambas partes, el Almirante quiso ir hasta poner al Duque de Lerma en su coche. Luego le visitó el Cardenal de Toledo, y comenzaron las visitas de los grandes y de los Condes de Olivares, Chinchón y D. Juan de Idiáquez y otros del Consejo de Estado, y de muchos señores, y asimismo los embajadores.

La Reina envía al Conde de los Arcos á visitar al Almirante.

Duque de Lerma visita al Almirante.

El sábado, 28 de Mayo, por la mañana, porque el domingo adelante había de ser el bautismo del Príncipe, nuestro señor, entraron en palacio en ordenanza, con cajas y pífaros, las guardas española y alemana, con la librea nueva de su Majestad, de los colores que trajo su padre, y la guarda de los archeros que para este caso estaba hecha. Y porque también se vistieron los pajes de su Majeslad y todos los oficiales de la caballeriza á quien se suele dar librea, estando juntos en la casa de los pajes también aquellos que no visten librea, que son veedor, contador, picadores, armero mayor y reyes de armas, maceros, furriel mayor y todos los demás oficios, llegó el Duque de Lerma, caballerizo mayor de su Majestad, con sus pajes y lacayos vestidos de la misma librea, que es preeminencia de su oficio, y poniéndose á caballo, pasaron primero sus lacayos y luego los del Rey, y rodeado de todos los oficiales que no visten librea, le seguían detrás los menestriles, trompetas y atabales, cocheros y todos los mozos, y con este real acompañamiento dió una vuelta por la ciudad. Y pasando por la puerta del Almirante de Inglaterra, al cual y á sus caballeros se representó bien con este acto la grandeza deste Rey, entró en palacio, viéndolo su Majestad de una ventana. Iba el Duque de Lerma en un gran caballo napolitano, que, como se pone bien y tiene presencia y talle de gran señor, no le faltó nada para hacer suficiente demostración y representación de tan gran cargo.

El caballerizo mayor entra en palacio como tal.

Este mesmo día en la tarde pareció que era bien que el Almirante de Inglaterra fuese á la audiencia y visita de sus Majestades. Fué á su casa el Condestable de Castilla en un rico coche, llevando consigo á cinco ó seis señores, y en los coches del Rey fueron el Almirante, el Condestable y todos los señores y caballeros ingleses. Estaban en palacio las guardas en orden, y por los aposentos todos los criados del Rey, gentileshombres de la boca y de la casa, y su Majestad en la sala, sentado debajo de un riquísimo dosel, acompañado de los grandes, del mayordomo mayor, mayordomos y caballeros de la cámara, y de muchos señores titulados. Entró el Almirante con el Condestable, acompañándole los mayordomos de su Majestad, que salieron al corredor á recebirle, haciendo grandes reverencias, porque en el punto de cortesía ninguna cosa le faltaba. Su Majestad se levantó y le quitó la gorra, y hincando el Almirante la rodilla, le echó los brazos, y levantándose, le pusieron una silla rasa de terciopelo carmesí, y le mandó dos veces sentar; y mediante un intérprete que traía, que estaba con la rodilla en tierra, habiendo dicho algunas palabras acerca de su venida, dió á su Majestad una carta, besándola y poniéndola sobre su cabeza con gran humildad y acatamiento. Su Majestad con semblante grave y amoroso la recibió, y hizo algunas preguntas acerca de la salud de los Reyes de Inglaterra, de sus hijos y otras cosas, porque duró buen rato. Y últimamente, el Almirante se levantó y pidió licencia á su Majestad para que el Conde de Pert, sus hijos y su yerno, sus sobrinos y otros caballeros, besasen á su Majestad sus reales manos, y ellos lo hicieron con muy buen donaire y reverencia, y el Rey los recibió con mucha gracia, diciendo el Almirante quién era cada uno. De ahí á algunos días, un

Almirante de Inglaterra va á la primera audiencia del Rey.

Presente del Rey de Inglaterra al Rey N. S.

caballero, de parte del Rey de Inglaterra, presentó á su Majestad arcabuces y ballestas, y perros, y seis hacas inglesas maravillosas, ricamente guarnecidas con gualdrapas de terciopelo de la más rica bordadura y chapería que se ha visto.

Almirante besa la mano á la Reina nuestra señora.

Despedido el Almirante de su Majestad, que se levantó de la silla y le quitó la gorra, el Condestable y los que con él habían venido, acompañándole los dos mayordomos de su Majestad, fué al cuarto de la Reina, nuestra señora, adonde le salieron á recibir sus mayordomos. Su Majestad le aguardó en pie con su hija y con muchas señoras de la corte y sus damas. Llegó á pedir á su Majestad y Alteza la mano con gran respeto y sumisión, y mediante el intérprete (aunque entiende bien la lengua castellana y la habla medianamente), dió á su Majestad grandes recaudos de la Reina de Inglaterra, á todo lo cual respondió la Reina, nuestra señora. Y acabado el razonamiento, llegaron, habiendo para ello pedido el Almirante licencia, á besalla la mano los caballeros ingleses, y con esto se partió el Almirante, mostrando gran satisfación de la gracia del Rey y de su bueno y agradable término, diciendo que con majestad y discreción representaba el autoridad Real, y pareciéndole que la benignidad y serenidad de la Reina, nuestra señora, hacían tal conformidad, que Dios, nuestro señor, se echaba bien de ver que había hecho tal conjunción. Y porque el día siguiente, que era el de Pascua de Espíritu Santo, su Majestad había resuelto que se celebrase el bautismo del Príncipe, nuestro señor, dijo D. Blasco de Aragón al Almirante que por la mañana se había de celebrar una procesión de la Orden de Santo Domingo, en que su Majestad había de intervenir, y por la tarde el batismo del Príncipe, nuestro señor, en el cual holgaría de saber si quería asistir; y porque, después de haberse tratado, se hallaron dificultades, se dió la orden que adelante se dirá. Y teniéndolo el Almirante por sumo favor, acetó la merced, hallándose muy contento del regalo y tratamiento que se le hacía con tanta esplendideza y liberalidad, en que el aposentador mayor Gaspar de Bullón usaba gran diligencia, pues á nadie se negaba abundantísimamente lo que pedía. Y en esta ocasión, llegó el aviso de la muerte del Pontífice León XI, que fué miércoles, á 27 de Abril, á las diez de la mañana.

Muerte de León XI.

Lo sucedido en la procesión del Capítulo general de la Orden de Santo Domingo.

Fray Jerónimo Javier, Maestro general de la Orden de Santo Domingo, convocó capítulo general para celebrar en Valladolid el día de la fiesta de Pentecostés; y habiendo acudido los difinidores y vocales de todas las partes de la cristiandad, se dió principio el día referido, por la mañana, con una procesión, que salió del monasterio de San Pablo á la Iglesia Mayor, en la cual intervinieron seiscientos religiosos solamente de la dicha Orden; y el Rey, por la devoción que á ella tenía, la quiso honrar con el asistencia de su Real persona; y yendo á su acostumbrado lugar, iba á su mano derecha el Cardenal de Sandoval, Arzobispo de Toledo, de su Consejo de Estado; á la mano izquierda el Príncipe de Piamonte, y delante, como en dos coros bien abiertos, de manera que en la distancia entre el preste, que era el Padre Maestro general, y su Majestad, no iba nadie, en el coro de la mano derecha, iban Filiberto Manuel, gran Prior de Castilla, hermano del Príncipe de Piamonte; el Duque del Infantado, del Consejo de Estado; el Duque de Alba, Condestable de Navarra, caballero de la Orden del Tusón, con el collar grande; el Conde de Alba de Lista y el Duque de Pastrana; y en el coro de mano izquierda iban el Duque de Lerma, Comendador mayor de Castilla, del Consejo de Estado; el Condestable de Castilla, del Consejo de Estado, Presidente del Consejo de Italia; el Duque de Sesa, del Consejo de Estado, mayordomo mayor de la Reina, nuestra señora; el Conde de Lemos, Presidente del Consejo de Indias, y D. Felipe, Príncipe de Marruecos; y á la vuelta el Duque de Cea. Iban detrás de su Majestad, Juan Quebeliner, Conde de Franchemburg, caballero de la Orden del Tusón, con el collar grande, del Consejo de Estado del Emperador y su Embajador, y Esmeri de Barraut, Barón de

Grandes que iban con el Rey.

Denasque, Vicealmirante de la Garona, Senescal da Bassador, capitán de gente de armas, del Consejo de Estado del Rey Cristianísimo, y su Embajador, con capa y gorra castellana, bordado el vestido de seda negra, muy rico, y con muchos airones en la gorra; y Francisco Priuli, embajador de la república de Venecia; y el Marqués de Velada, mayordomo mayor del Rey y de su Consejo de Estado, y los caballeros de la cámara; y el Marqués de Falces, capitán de la guarda de los archeros, y con ellos tres señores ingleses, que el uno era el Conde de Pert, pariente del Rey de Inglaterra, y el otro D. Tomás, hijo del Conde de Sufolc.

Delante de su Majestad iban el Conde don Luis Enríquez de Almanza, los Condes de Orgaz, Nieva, Medellín y Barajas, mayordomos de su Majestad, con sus bastones, ordenando lo que convenía en el buen regimiento de la procesión. En lo tocante á lo seglar, iban delante infinitos señores de título y caballeros de la casa Real y cortesanos, los cuales, y los grandes, y todos, como estaba este sagrado día dedicado para el baptismo del Príncipe, nuestro señor, con la ocasión desta procesión, salieron infinitas y costosas libreas, cuya vista, y las galas de los grandes señores y caballeros, parecieron tan hermosas, que no se puede encarecer. En las casas del Conde de Rivadavia, que están junto á San Pablo, en una gran ventana que está en la esquina de las dos calles, estaba el Almirante de Inglaterra, con la gorra en la mano y un capotillo con muchos botones de diamantes, casaca guarnecida de la misma manera, y el collar grande de la Orden de la Jarretiera, y con él, por orden de su Majestad, D. Blasco de Aragón, que le decía quién era cada uno de los que pasaban; y cuando llegó cerca su Majestad, le hizo una gran reverencia, y su Majestad con gran demostración de buena voluntad le quitó la gorra. Y comenzando de la procesión, iba en unas andas un pedazo de la Santa reliquia de *Lignum Crucis,* en una hermosa cruz de cristal, debajo de un palio, cuyas varas llevaban el Corregidor y el Regimiento de la ciudad, y detrás de las andas iba D. Alvaro de Carvajal, capellán mayor, ordenando lo necesario, porque delante iba la Capilla Real, la más perfeta de voces y más numerosa que tiene príncipe en el mundo. Iba en andas una devota imagen de Nuestra Señora, y más adelante, también en andas, el bienaventurado Santo Domingo, y delante del guión el Santo Oficio con sus comisarios y familiares, y más adelante muchos pendones y cofradías con gran copia de cera.

Almirante de Inglaterra, adonde vee la procesión.

Capilla real muy excelente y de escogidas voces.

En la plazuela del Almirante salió á recebir en procesión la Orden de San Francisco, con particular devoción, con su ministro general. En la Iglesia Mayor se dijo una misa solemne, oficiada por la Capilla Real, y allí estaban en sus bancos los capellanes y predicadores de su Majestad, Predicó muy doctamente el padre maestro Romero, Provincial de Andalucía, y acabada la misa, volvió su Majestad en la procesión por la misma orden, cerca de las tres de la tarde, y en el mismo lugar estaba el Almirante de Inglaterra, y muchos caballeros y gentileshombres ingleses en las mismas ventanas de la misma casa, y otros anduvieron por la procesión con mucha reverencia y compostura; y con haberse detenido tanto su Majestad en volver, le quiso aguardar el Almirante de Inglaterra; y porque al pasar le hizo gran acatamiento á su Majestad, también le quitó la gorra, diciendo que le agradaba tanto la persona de su Majestad y representaba tanta majestad Real, que por verle le hubiera aguardado muchas horas.

El baptismo felicísimo del Príncipe, nuestro señor, en la Iglesia de San Pablo, de Valladolid, á 28 de Mayo (1).

Estando proveídas muchas cosas, para dar este sagrado sacramento al mayor Príncipe del mundo, y resueltas muchas dificultades, siendo llegada la hora, el Cardenal Arzobispo de Toledo se fué á la Iglesia de San Pablo, en cuya capilla mayor, y en medio della, estaba una gran tarima cuadrada, alta, con tres gradas cubiertas de alombras, y en medio la pila de piedra en que

(1) Ya se ha dicho en el prólogo que esto es un error.

fué baptizado el bienaventurado Santo Domingo, que se trujo para este efeto de Caleruega, adonde estaba, por el favor que con Dios podía recebir este Príncipe mediante la intercesión de tan gran santo. Estaba la pila cubierta con un gran cielo de brocado, con sus goteras sobre cuatro colunas altas de plata en las cuatro esquinas de la tarima. Entendió luego el Cardenal, con estola y su ordinario hábito, en bendecir el agua de la pila, ayudando los capellanes del Rey; y á un lado, y más abajo de la tarima, estaba una cama armada con cortinas, adonde habían de recoger al Príncipe, nuestro señor, para desenvolverle y envolverle, y junto á ella muchas alombras, que era el lugar de las señoras y damas que estaban convidadas y habían de ir en el acompañamiento. Al otro lado estaba un gran dosel, adonde se habían de poner las cosas competentes á la ceremonia, y el Cardenal tuvo en la capilla dos doseles, el uno sobre la crendencia, con cruz, mitra y ornamentos y mucha plata, y el otro sobre su asiento, para vestirse. Y para más honrar y autorizar este acto, ordenó su Majestad á Antonio Boto, su guardajoyas, que en el altar mayor pusiese un rico frontal bordado de muy gruesas perlas, y la flor de lis de oro, adonde está el santísimo clavo de la cruz de nuestro Redemptor, y un Cristo y cruz del santo palo de la cruz, hecho por mano de San Jerónimo, y dos rajas que sobraron de la hechura, y un pedazo del manto de la Virgen, Nuestra Señora.

El Cardenal de Toledo bendice el agua del baptismo.

La iglesia estaba colgada con ricos paños de Arrás, de seda y oro, del Apocalipsi, y otros, y un palenque, á modo de calle, desde la puerta de la iglesia hasta la capilla mayor, por que la gente no embarazase, que era mucha.

Estando, pues, todo á punto, su Majestad declaró que era su Real voluntad que fuesen padrinos Victorio, Príncipe de Piamonte, su sobrino, y la señora Infanta D.ª Ana, y que llevase al Príncipe el Duque de Lerma, su sumiller de corps. Vestido el Cardenal de pontificial, le asistieron: D. Alonso Manrique, Arzobispo de Burgos; D. Juan Bautista de Acevedo, Obispo de Valladolid, Inquisidor general; D. Pedro de Castro, Obispo de Segovia; Don Antonio de Cáceres, Obispo de Astorga; D. Enrique Enríquez, Obispo de Osma, del Consejo de su Majestad, que para esta asistencia fueron llamados. Estuvieron esperando para que se les avisase del punto que habían de acudir á su puesto; y habiendo entrado en palacio por la puerta de las casas que eran del Conde de Miranda, todos los Consejos, fueron pasando por las salas hasta la galería, que todo estaba colgado de riquísimas tapicerías de oro y seda, y el suelo esterado de blanquísimas esteras de palma, y la escalera cubierta de finas alombras, la techumbre y pilares della de brocados, y pasando para la galería, iban los Consejos bajando por aquella espaciosa escalera de en uno en uno, con la acostumbrada majestad, y entrando en San Pablo, tomaron su lugar en la capilla, porque se halló que habían asistido al baptismo del Príncipe D. Fernando, hermano de su Majestad, y así era conveniente que asistiesen al de su Alteza, como Príncipe primogénito.

Príncipe de Saboya y la señora infanta padrinos en el baptimo.

El Duque de Lerma lleva al Príncipe.

Los Consejos asisten al baptismo del Príncipe.

El Almirante de Inglaterra estaba en la misma ventana de la casas del Conde de Rivadavia, adonde había estado cuando pasó la procesión, desde donde via de cara todos los que bajaban de palacio, y vió el acompañamiento, y para ver el baptismo se fué por la puerta falsa de la casa del Conde de Rivadavia al colegio de San Gregorio, desde donde pasó á San Pablo y subió á una tribunilla que está dentro de la capilla mayor, admirándose de la grandeza deste día; y no asistieron embajadores de Príncipes en este acto, porque no se halló haber tenido lugar otras veces. Cuando el Mayordomo mayor dijo que era hora, los grandes tomaron seis fuentes con las cosas que para el baptismo se habían de llevar, que eran: mazapán, vela, capillo, salero y aguamanil, y toballa; que fueron: D. Beltrán de la Cueva, Duque de Alburquerque; Juan Fernández de Velasco, Condestable de Castilla; D. Juan Hurtado de Mendoza, Duque del Infantado; D. Antonio Alvarez de Toledo y Beaumonte, Duque de Alba; D. Antonio Enríquez de Toledo, Conde de Alba de Lista; Ruigomez de Silva,

Grandes que llevan las fuentes.

Duque de Pastrana; y comenzando á caminar la caballería, que era infinita, salió el Duque de Lerma, con el Príncipe en los brazos, en un gran tafetán blanco anudado al cuello, en que iba su Alteza, y el Duque vestido de blanco, sin gorra, con una ropa francesa, con los braones enroscados de brocado, aforrada en tela de plata, guarnecida con grandes franjones de oro. Delante de los grandes iban los mayordomos del Rey, que eran los condes D. Luis Enriquez de Almanza, de Orgaz, Nieva, Medellín y Barajas; y los de la Reina, nuestra señora, que eran Ruy Mendez de Vasconcelos, los condes de Casarrubios y de los Arcos, y el Conde de Altamira, su caballerizo mayor, y luego en su lugar los reyes de armas y maceros. Iba detrás de su Alteza, la señora Infanta en una silla, que llevaban criados de la Reina, nuestra señora, y á su lado D. Antonio de Cardona y Córdoba, Duque de Sessa, mayordomo mayor de la Reina, nuestra señora, y delante de su Alteza el padrino, que era el Príncipe de Piamonte y al otro lado su hermano el gran Prior de Castilla.

El Duque de Lerma muestra el Príncipe al pueblo.

Cuando el Duque de Lerma iba pasando por las ventanas de la galeria y bajando por las escaleras, con advertencia iba alzando al Príncipe y mostrándole al pueblo, con que recibió tanto contento, que cada vez se levantaba una grandísima y alegre grita, diciendo todos á voces: ¡Dios te guarde!

A su alteza seguia su aya, que es D.ª Leonor de Sandoval, Condesa de Altamira, y luego la Condesa de Miranda, la Duquesa de Cea, Condesa de Lemos, Duquesa de Frías, Duquesa del Infantado, Duquesa de Sesa, y Duquesa de Alba, las condesas de Niebla, Rivadavia, Puñonrostro, Paredes y Villalonga, con muchas otras señoras y las damas de la Reina, nuestra señora. A unas llevaban meninos las faldas, otras se las llevaban ellas por mayor bizarría; las señoras daban las manos á grandes caballeros y señores; á las damas iban acompañando galanes por la galería que, como se ha dicho, va de las casas que eran del Conde de Miranda, que es muy larga y de mucho ventanaje; y por las escaleras era de ver este real acompañamiento de los mayores que en el mundo se puede ver, y porque el número de capas y de vestidos bordados de varios colores y labores, de señoras y de caballeros, la multitud de plumas, joyas y cadenas, botones en vestidos y gorras, era cosa inestimable. Estaban los Reyes, y con ellos, para ver pasar el acompañamiento, el Marqués de Velada, mayordomo mayor del Rey, y el Duque de Cea, en una ventana con gelosía, al cabo de la galería y en el principio de la gran escalera que bajaba á San Pablo, y después se pasaron al balcón de la capilla mayor de San Pablo, para ver el baptismo.

El Rey y la Reina ven pasar el acompañamiento.

Cuando llegó el Príncipe, nuestro señor, a la puerta de la iglesia, llegaba, vestido de Pontifical, con su guión delante, y con los arzobispos y obispos, también de pontifical, el Cardenal de Toledo, metropolitano deste obispado de Valladolid, y D. Alvaro de Carvajal, capellan mayor del Rey, nuestro señor, y su limosnero mayor y de la Reina, nuestra señora, y D. Bernardo de Rojas y Sandoval, sumiller de las cortinas del Rey, y el padre maestro fray Diego de Mardones, confesor del Rey, nuestro señor, y el padre Ricardo Aller, confesor de la Reina, nuestra señora, y los capellanes de su Majestad, con sobrepellices, llevando delante la cruz de la capilla. En todo este tiempo era grande el estruendo de atabales, trompetas y menestriles, que estaban en diversos puestos de la plaza de Palacio. Llegado su Alteza a la puerta de la iglesia, luego el Cardenal con majestad de prelado de tanta grandeza, y como muy versado en lo perteneciente a su dignidad, hizo el oficio, habiendo entre tanto muchas músicas en diversos coros que el capellán mayor había ordenado; porque se llevó el órgano de palacio, y los menestriles tocaron con bajones, sacabuches y cornetas.

Llega su Alteza a la puerta de San Pablo.

Acabada la solemnidad de la puerta de la iglesia, se comenzó a caminar la vuelta de la capilla mayor, llevando siempre el padrino al Príncipe, nuestro señor, en los brazos, y en llegando a la capilla mayor, los grandes pusieron las fuentes en una mesa que estaba cubierta con un paño de tela de oro. La Condesa de Altamira recibió al Príncipe y le desenvolvió en las cortinas, y le dió al padrino; y descubriendo D. Alvaro de

Carvajal la pila, que lo estaba con un tafetán, el Cardenal comenzó a ministrar el sacramento, asistiendo los obispos y sirviendo los capellanes de su Majestad, porque ya estaba asentado que ellos lo han de hacer, y no prebendados de la iglesia de Toledo (como siempre han pretendido); y así tuvo las crismeras el dotor Gamarra, cura de palacio, y la vela D. García Sarmiento de Acuña, capellán de su Majestad, de cuya mano la tomó el capellán mayor, y la dió al Cardenal, que la puso en la mano a su Alteza, y luego con una pieza de plata dorada dió el agua, tomándola de la pila; porque se hizo el baptismo por aspersión, como se acostumbra. Pusieronle por nombre *Felipe,* por la gloriosa memoria del agüelo, Rey Católico; *Dominico,* por la buena dicha que justisimamente se puede esperar que tendrá mediante la intercesión de tan gran santo y castellano como Santo Domingo, pues ha merecido recebir este santo sacramento en la pila donde tantos años há que fué bautizado tan principal lucero de la cristiandad, y *Víctor,* por el santo mártir Tebeo, cuyo cuerpo está en el monesterio real de las Descalzas de Madrid, al cual su Majestad tiene devoción, y se le había hecho particular oración por este buen suceso.

Nombres que ponen al Príncipe y por qué causa.

Acabada la solemnidad, cantó el *Te Deum laudamus* la Capilla con su acostumbrada destreza y excelencia, y se volvió por el mismo camino y orden, habiendo pasado todo con gran silencio y majestad, sin que en ninguna cosa sucediese inadvertencia, falta ni desorden; por lo cual todos han confesado que en el gobierno de todo, en el número de tantos príncipes, señores, títulos y caballeros, variedad de vestidos bordados, galas y riquezas de joyas, ha sido este acto de mayor majestad y grandeza que jamás se ha visto ni puede ver en corte de ningun príncipe del mundo.

Sale a misa la Reina, nuestra señora.

Martes, último día de Mayo, salió la Reina a misa a Nuestra Señora de San Llorente. El Duque de Lerma sacó al Príncipe, nuestro señor, en brazos, y el Duque del Infantado a la señora Infanta, que con ellos iban delante de los Reyes, y detrás de ellos el Marqués de Velada, mayordomo mayor del Rey, y D.ª Catalina de Zúñiga y Sandoval, Condesa de Lemos, camarera mayor de la Reina, y luego las dueñas de honor y damas. Delante los grandes y toda la nobleza de la Corte fué la Reina, nuestra señora, en una riquísima carroza toda de oro y brocado, y seis caballos de pelo de rata, con las guarniciones de la misma manera, y con su majestad iba la señora Infanta, y el Rey a caballo cabe la carroza, vestido de blanco; detrás iba una litera de la misma riqueza y guarnición del coche, donde iba la Condesa de Altamira, que llevaba al Príncipe, y a su lado, a caballo, el Duque de Lerma, su hermano. El Príncipe de Piamonte, el gran Prior y los grandes titulados y toda la nobleza iban delante del Rey, a cuyo estribo iba el Conde de Gelves, haciendo oficio de primer caballerizo, y delante los caballerizos, pajes y oficiales de la real caballeriza, a pie, que son infinitos, y vellos con el silencio y acatamiento con que van a pie, denotaba bien la majestad de tan gran monarca. Los coches de las damas eran muchos, y todos nuevos, guarnecidos de terciopelo carmesí, con muchos caballeros que las iban sirviendo y acompañando: causó grandísima admiración, ver tanto número de joyas, vestidos y galas, diferentes de los otros días. Ya que llegaban sus Majestades y Altezas a la puerta, salió el Cardenal, con su guión y con su proprio hábito, a recebillos, y llegada la Reina, nuestra señora, a la iglesia, salió D. Alonso Manrique, Arzobispo de Burgos, de pontifical, acompañado de los obispos de Astorga, Segovia y Osma, sin pontifical, y del Capellán mayor y capellanes. El cual, habiendo tomado la Reina, nuestra señora, al Príncipe en brazos, de mano de su aya, la dió una vela de cera blanca, con un doblón de a diez en ella, y después de haber hecho las acostumbradas ceremonias, entraron en la iglesia, tomando el Duque de Lerma al Príncipe, nuestro señor, y el Duque del Infantado llevó a la señora Infanta, que se puso con su madre en las cortinas, y el Duque de Lerma puso al Príncipe en brazos de la Condesa de Altamira, que, como se ha dicho, es la aya. El Arzobispo dijo la misa de pontifical, diciendo la confesión al Rey el Cardenal de Toledo, y la ofició la Capilla Real, y acabado, se volvieron sus

Majestades a palacio con el mismo acompañamiento. El Almirante de Inglaterra, diciendo que tendría por gran favor ver la cerimonia deste dia, le llevó D. Blasco de Aragón, por orden del Duque de Lerma, y estuvo a la entrada de la Iglesia, detrás de una celosía, sin ser visto, y después le llevó D. Blasco a los corredores de la iglesia de la Cruz, que es en la Platería, desde donde vió volver este real acompañamiento; quedando el Almirante admirado de tanta riqueza y grandeza, confesando esta y muchas veces que los reyes de Francia y de Inglaterra juntos no la podían igualar.

El Almirante de Inglaterra ve el acompañamiento de sus majestades.

Convite del Condestable al Almirante de Inglaterra.

Este día, por mostrar el Condestable de Castilla la gratitud del buen acogimiento que le hicieron en Inglaterra, y que méritamente está en en su persona el grado que tiene, y que su ánimo generoso es para cosas grandes, después de haber visto el Almirante de Inglaterra y toda la caballería que con él vino, el referido pasaje de sus Majestades, con la nobleza de su corte, como se ha dicho, á ida y vuelta de Nuestra Señora de San Llorente, de ofrecer á Dios y á su Santa Madre aquel fruto para servirle y dalle gracias por haberle dado tan grata sucesión, llevó á su casa á comer al Almirante, y no solo á los señores y caballeros ingleses, pero á todos los otros que quisieran ir, que no fueran menos de trecientos; y para hacer este convite más espléndido, se puso una mesa en una sala que tenía sesenta y tres pies de largo, colgada de tapicerías de Arras, de seda y oro, con la historia de San Pablo, y en el un testero estaba un gran aparador de piezas de oro y plata [de] diversas hechuras y maneras, entre las cuales había grandes vasos, cántaros, ollas, y once urnas doradas, de altura de vara y media, con asas, picos y pies de sierpes. En la primera (1) estaba, relevado de figuras, el Rey D. Fernando el Cuarto, sentado en silla, y á su lado derecho el Infante D. Juan, y al izquierdo Sancho Sánchez de Velasco, adelantado mayor de Castilla, con la espada en la mano, desafiando al Infante, y allí parecía D.ª Sancha Osorio Carrillo, mujer del Adelantado, con el hijo en brazos, que iba tras el que seguia a los Salazares, porque dejaban la batalla. En el segundo estaba esculpido el ejército del Rey D. Alonso el Onceno en el sitio de Algecira, cuando el Rey con toda la nobleza acompañaba el cuerpo de Hernán Sánchez de Velasco, que allí murió. En el tercero parecían el Rey D. Enrique el Segundo, y D. Pedro Fernández de Velasco, su camarero mayor, que salían de la batalla de Nájera, y después el mismo don Pedro que coronaba al Rey en Montiel. En el cuarto se vía á Juan de Velasco, que en Antequera socorría contra los moros al Arzobispo D. Sancho de Rojas, con gran mortandad dellos. En el quinto se vía la batalla de Olmedo entre los Infantes y el ejército del Rey D. Enrique el Cuarto, de que era capitán general D. Pedro Fernández de Velasco, Conde de Haro, y camarero mayor, y los enemigos vencidos. En el sexto se notaba el sitio de Granada y al Rey D. Fernando V, que la reconocía con el Condestable D. Bernardino de Velasco. En el séptimo, las revueltas de las Comunidades, y cómo el Condestable tomaba á su cargo la pacificación del Reino, y la batalla de Villalar, adonde su hijo el Conde de Haro, venció á los comuneros; y parte destas cosas estaban en el octavo. En el noveno estaba el Rey D. Felipe II, coronado en Inglaterra, y acompañándole para embarcarse para aquella jornada el Condestable D. Iñigo López de Velasco. En el décimo y en el undécimo se conocía al Condestable Juan Fernández de Velasco, en la vanguarda del ejército de Borgoña, con las ciudades que en aquellas provincias ganó al Rey de Francia, y á los franceses rotos y al mariscal de Birón herido; todo muy bien notado con claros letreros. En el otro testero de la sala estaba un gran dosel de brocado con las armas de los Velascos.

Aparadores ricos en casa del Condestable.

En otra pieza más adentro había otra mesa con otro gran aparador de muchas piezas, y entre ellas un dios Baco sobre una pipa de vino, de

(1) *En el primero,* dice el original; pero está corregido en la fe de erratas. Claro es que, consiguientemente, debiera haberse corregido después: *en la segunda... en la tercera,* etc. Yo lo dejo como allí está.

una altura de una vara, coronado de hojas de parra y uvas; en la una mano tenía una taza, y en la otra una bota, y un hombre que bebía del vino que salía de la pipa; y aquí estaba la vajilla que el Rey de Inglaterra dió al Condestable, y otro aparador de vidrios cristalinos y finos barros, que se llevó la gente, sin podello defender. Más adentro había otra sala, de sesenta y ocho pies de largo, colgada de tapicerías de Arrás de oro y seda, de boscajes, con un dosel de brocado. Desta sala se pasaba á una gran cuadra, adonde estaba una gran cama de brocado azul con columnas de plata, y colgada en ella la tapicería de la historia de Adonis y Venus, de oro y seda, y en todas había muy suaves olores. En la primera mesa comieron la Duquesa de Frias, la Condesa de Monterey, las marquesas del Carpio y Alcañices, y otras señoras, y con ellas el Duque de Alcalá. En la segunda, que estaba adornada de diversidad de labores en las toallas, como puentes, fuentes, castillos, lagartos y otros diversos animales, con varios principios de frutas y otras cosas, se sentaron setenta y dos personas: fué el primero el Almirante de Inglaterra y á sus lados los duques de Alburquerque y Sessa, y luego el Condestable, el Marqués de Cuéllar y el Embajador de Inglaterra, el Conde de Pert, y los hijos y yerno, sobrinos del Almirante, y todos los demás caballeros ingleses: en medio de la mesa estaba una gran nao de plata con velas tendidas, que parecía en extremo bien. Comenzóse á servir la mesa con tanta orden y abundancia y delicadeza de manjares, asistiendo al servicio muchos y muy grandes caballeros, que con esto y la diversidad de músicas, no se puede decir sino que fué cosa admirable; porque se certifica que se sirvieron mil y docientos platos de carne y pescado, sin los postres, y quedaron otros muchos por servir. Hiciéronse brindez en pie á la salud de los Reyes de España y de Inglaterra, que corrieron con alegría por toda la mesa, y en ella se pasó con mucho amor, deleite y gusto. Hubo otra mesa donde comieron todos los caballeros parientes del Condestable, que fueron muchos, y otra donde comieron los gentiles hombres ingleses, que serían cincuenta, y otras donde se asentaron otros de menor condición, que serían más de ciento y cincuenta; todas muy proveídas y servidas con orden, abundancia y cumplimiento de todas las cosas sin prohibir á naide de los que habían ido á mirar que tomasen lo que quisiesen, y los caballeros ingleses daban á las tapadas platos de conservas y confituras; y, en suma, se mostró en todo liberalidad, y se echó de ver cuánto conviene á los príncipes tener personas que en tales casos sepan con prudencia, destreza y ánimo generoso acudir á todo, como lo hizo en este caso Luis de Sarauz, mayordomo del Condestable.

Visita del Almirante al Duque de Lerma.

Este día el Almirante fué á visitar al Duque de Lerma, acompañado del Condestable. Entró por el cuarto de sumiller, y se fué á dar á una galería que estaba aderezada con una colgadura de oro y plata, bordada con muchas perlas y preciosas piedras, con figuras á pincel, que demás de su riqueza, parecía muy hermosa. Sentáronse los tres señores, y tuvieron grande espacio con mucho gusto, discurriendo en diversas materias, y algunas de estado, con que se acabó este día, comenzando el Almirante desde luego á solicitar su despacho, diciendo que por haberse de hallar en ciertas dietas que se habían de tener para la concordia de los reinos de Inglaterra y Escocia, no podía dejar de abreviar su vuelta; y entendió en visitar al Príncipe de Piamonte, y al gran Prior, su hermano; al Conde de Miranda, Presidente del Consejo; al Cardenal de Toledo y otros señores y señoras y á los embajadores, y envió á su hijo mayor á Madrid, á visitar á la Duquesa de Feria.

El Almirante de Inglaterra solicita su despacho.

Nueva de la elección de Paulo V.

A los 2 de Junio llegó nueva que el Sacro Colegio de Cardenales había elegido en pontífice, á 16 de Mayo, á las diez horas de la noche, al Cardenal Burgesio; y demás de la costumbre que en estos reinos se tiene de hacer demostraciones de alegrías por la elección del Pontífice romano,

quiso su Majestad que se hiciesen duplicadas por haber sido su padre y abuelo muy devotos servidores de su corona, y asimismo el Pontífice y bien afecto al nombre español; y así, se hizo una devota procesión general y tres días de luminarias, con particulares y generales gracias a Dios.

Convite que hizo el Duque de Lerma al Almirante de Inglaterra.

Quiso en todo caso el Duque de Lerma que el Almirante de Inglaterra conociese por diversos caminos de amor y cortesía, que se correspondía a la estimación que mostraba de la confederación hecha entre las coronas de España y la Gran Bretaña, y que por su parte había de procurar que la buena inteligencia que desde España se tuvo siempre con el serenísimo Jacobo VI, Rey de Escocia, que ahora es Primero deste nombre en Inglaterra, se conservase para siempre; y para mayor demostración dello, el Duque le convidó a comer, a 7 del dicho, en su posada, que está unida con el palacio Real; y desto mostró el Almirante muy gran contento y gusto. El dicho día, porque la gente de la corte es deseosa de ver cosas nuevas, y en las tales suele cargar tanta, que embaraza e impide, el capitán Calderón, caballero del hábito de San Juan y gobernador de la guarda alemana, puso a la primera puerta soldados alemanes con un oficial, y en la escalera soldados de la guardia española, de que es teniente; se puso con el Vicealmirante de Inglaterra y D. Blasco de Aragón, para que no entrasen sino los caballeros ingleses y gente suya.

Jacobo VI, rey de Escocia, Primero de Inglaterra.

En subiendo la escalera, estaba, después de un recebimiento, una gran sala, colgada de ricas tapicerías, y dos aparadores, que tomaban casi toda la sala de largo, y llegaban con sus gradas hasta casi el techo: el uno era de plata dorada, de grandes cántaros y vasos de diversas hechuras, fuentes, aguamaniles y otras tales piezas y vasijas; el otro de plata blanca en grandísima cantidad, también de grandes vasos y piezas de diversas hechuras, y muchas mesas de botillerías, con gran recado de lo que era menester, todo puesto con gran orden y pulicía, y criados para acudir al servicio. En otra cuadra, que estaba colgada de tela de oro, había otros dos aparadores con fuentes y diversidad de muchas piezas de oro macizo y de cristal de roca, guarnecidas de oro con fina pedrería, y muchas piezas de aguas marinas ricamente adornadas, que parecían esmeraldas. El otro aparador era de vidrios de Venecia y Barcelona, muchos y muy galanes, de varias hechuras, que hacían hermosa vista, con muchos barros finos de Portugal y botillería, con muchos flascos de plata y cantimploras con diversidad de vinos y cerveza al uso de Inglaterra. La tercera pieza estaba también con ricas tapicerías de oro y un rico dosel. La cuarta era una gran sala de ochenta pies de largo, que llaman la galería, adrezada con tapicerías de brocados, labradas a modo de grotesco, y en ella estaba, en un corredor, acomodada la música, sin que hiciese impedimento, y con diversos instrumentos y voces muy escogidas hacía su oficio en cuatro coros, y juntándose, parecía cosa del cielo; y en otra pieza fué la comida. En la quinta pieza, que es una gran cuadra, estaban unas tapicerías de seda y oro, figurados en ellas los hechos de los Sandovales, deviseros de Castilla, y entre ellos Ruy Gutiérrez de Sandoval y Diego Gómez de Sandoval, peleando en la conquista de Sevilla, y Gutiérrez Díaz de Sandoval, que murió con los infantes peleando con los moros en la vega de Granada, y Gómez Gutiérrez de Sandoval, y Gutierre Díaz de Sandoval, que defendían a Lerma de todo el poder de Castilla, y después el uno destos, que peleaba con los moros, siendo general en la frontera de Jaén, y ambos, que servían al Rey D. Alonso en el sitio de Algecira, y el uno de ellos, que murió en una emboscada que se hizo a los moros. En otra parte se vian Diego Gómez de Sandoval y Pedro Díaz de Sandoval, que morían en la batalla de Nájera, sirviendo al Rey D. Pedro, y los hermanos Hernán Gutiérrez y Alvar Gutiérrez de Sandoval, muertos en la batalla de Aljubarrota, en servicio del Rey D. Juan. A otro lado parecía Diego Gómez de Sandoval, peleando en las guerras de Antequera con los moros, y cómo los

Aparador de plata.

Aparador de piezas de oro macizo y cristal de roca.

Música para la comida.

vencía en la batalla de Setenil, y peleando en la de Olmedo, y triunfando de los valencianos, vencidos en la batalla con la mitad menos gente que ellos, y como era uno de los gobernadores de Castilla en tiempo de D. Juan II, y él y su mujer D.ª Beatriz de Avellaneda, padrinos en el baptismo del Príncipe D. Enrique. También se vía Don Hernando de Sandoval, que juntamente con el Rey D. Alonso combatía en la reñida batalla naval contra ginoveses, en la isla de Ponza; y a otro lado D. Bernardo de Sandoval, en las guerras de Granada, mayordomo mayor del Rey Católico y de su Consejo, que llevaba su cuerpo a Granada, y que después tenía a su cargo a la Reina Doña Juana en Tordesillas, y preso por los capitanes de las Comunidades; y a D. Luis su hijo, en el mismo oficio; y a D. Francisco Gómez de Sandoval, sirviendo en la jornada del Peñón de Vélez, y que iba por embajador a Portugal; y a su hijo D. Francisco Gómez de Sandoval, Duque de Lerma, Marqués de Denia, Comendador mayor de Castilla, del Consejo de Estado, sumiller de Corps y caballerizo mayor del Rey, nuestro señor, y su Capitán general de la caballería de España. Todas las dichas piezas estaban con muchos perfumes y olores muy perfetos, y las mesas en la mayor sala también y curiosamente puestas, y los aposentos dichos con los aparadores y demás cosas con mucha curiosidad.

Viniendo el Almirante, tocaban muchos atabales y trompetas, que estaban en la plazuela, adonde cae la sala de la comida, y el Duque y el Almirante se sentaron en la cabecera de la mesa, que era algo más ancha que lo demás della, y luego el Embajador de Iglaterra, y cada uno en su lugar; no hubo ningún español, sino es Don Pedro de Zúñiga, que iba por embajador a Inglaterra, por el conocimiento que ya tenía con los caballeros ingleses y introdución que con ellos iba tomando, y D. Pedro Pacheco, hermano del Conde de Caracena, como conocido y amigo, para que los tuviese compañía, brindase y regalase. Comenzóse la comida con tantas y tan diversas viandas exquisitas y delicadas, que fué cosa maravillosa, no cesando jamás la música en son tal, que no ofendía, sino que deleitaba al Almirante y al Duque. A cada uno se ponía plato entero de cada cosa, que fué mucha grandeza y los servían los caballeros de la cámara y muchos señores de título; y el Marqués de San Germán y D. Blasco de Aragón ponían las viandas en la mesa y levantaban los platos, y a los caballeros ingleses asistían otros muchos señores y caballeros, para hacerlos servir y dar de beber, porque en nada se faltase.

A su tiempo se pusieron las postres de frutas varias y admirables, y cuando fué tiempo se quitaron los primeros manteles, y en un momento se vió la mesa llena de grandísima diversidad de confituras y conservas, en tanto grado, que causó gran maravilla.

Comida en casa del Duque de Lerma.

Cuando se sentaron a comer el Duque y el Almirante, se lavaron en dos fuentes de oro macizo, y cuando acabaron, en dos de cristal, guarnecidas con pedrería. Acabada la comida, se pasó el Almirante por otra galería, que estaba muy bien adrezada, a reposar en una pieza colgada de muy ricos paños labrados en las Indias, y entre tanto comieron todos los señores y caballeros que habían asistido a la comida, y más de docientos gentileshombres ingleses y criados del Almirante; y cuando fué tiempo se bajaron a un patio, adonde había una fuente y estaba cubierto con un toldo muy fresco y muy bien adrezado, y allí se representó una comedia, que fué recetada con general aplauso y gusto, y los Reyes la vieron desde una gelosía. Este día volvió el Almirante a solicitar su despacho, para el cual se resolvieron algunos puntos que había pedido a su Majestad.

El Almirante solicita su despacho.

Con esta resolución, de que el Almirante se tuvo por muy contento, ordenó su Majestad que el Condestable le llevase a la segunda audiencia, y así lo hacía, acompañado de todos los deudos y amigos suyos, que fueron muchos, y su Majestad le recibió en pie en la galería, arrimado a un bufete, y allí se hizo la presentación del Embajador ordinario, y hablaron en otras materias. Acabada el audiencia del Rey, pasaron el Almirante y el Embajador con el mismo acompañamiento al cuarto de la Reina, nuestra señora, y las damas dieron lugar, como se hace en seme-

Audencia segunda que da el Rey al Almirante.

jantes audiencias, y le tomaron algunos caballeros ingleses, que este día fueron, como los demás a su usanza, ricamente vestidos; y habiéndole presentado también al embajador a la Reina, nuestra señora, que le recibió en pie, como en la primera audiencia, y después de grandes recados de la serenísima Reina de Inglaterra, de su parte dió á su Majestad una rica joya que era una águila de diamante, coronada, y el tusón por pendiente, con dos requísimas perlas, que toda ella fué estimada en doce mil ducados; y su Majestad la recibió con su acostumbrada benignidad, y respondió con tan gratas palabras, que quedó muy alegre y contento, y el Condestable le volvió a su posada. Y habiéndose concertado los puntos arriba dichos, sobre que el Almirante, por algunas dudas que se le ofrecieron, tuvo algunas juntas con el Embajador ordinario y con el Veedor general de la armada, quitándose y poniéndose en los capítulos algunas palabras, todo como lo afirma D. Blasco de Aragón y se vió con efeto, a fin de que se conserve largamente la paz, de cuyo deseo daba el Almirante claras y evidentes muestras, llegó el día del Corpus.

Presente de la Reina de Inglaterra a la Reina, nuestra señora.

Procesión del Corpus.

El día de la fiesta del Santísimo Sacramento, que llaman de *Corpus Christi*, como el Rey, nuestro señor, lo acostumbra, fué á la procesión y salió con ella desde la Iglesia Mayor, y siempre anduvo con la gorra en la mano, y una vela encendida, con el ejemplo de católica piedad que siempre ha mostrado. Iba el Obispo de Valladolid, Inquisidor general, vestido de pontifical, y el Regimiento, como es costumbre, llevaba las varas del palio del Santísimo Sacramento; cerca de la persona de su Majestad, en los lugares ya conocidos, iban el Cardenal de Toledo, el Príncipe de Piamonte, y el gran Prior, su hermano, el Duque de Lerma, los duques de Alburquerque, Infantado, Cea, Alba, Pastrana, y el Conde de Alba, y detrás el Marqués de Velada y el Marqués de Falces, capitán de la guarda de los archeros. Delante de su Majestad, en dos coros, como se usa, iban los Consejos, cada uno en su lugar, con velas encendidas y los mayordomos del Rey haciendo su oficio. Toda la clerecía, las órdenes y cofradias, con sus insignias, que eran muchas, llevaban su lugar, con mucha cera, y asimismo los señores y caballeros, todos muy galanes, y la procesión fué grande y bien ordenada. Salió de la Iglesia Mayor á la Corredera, y la Reina, nuestra señora, con el Duque de Sessa y la camarera mayor estaban en una ventana, y en las otras las damas, y con grandes muestras de devoción adoró su Majestad el Santísimo Sacramento, y pasado, estuvo en pie hasta que pasó el Rey. El Almirante de Inglaterra, con sus hijos y sobrinos y muchos caballeros ingleses, estuvieron en las ventanas de su posada, en la casa del Conde de Salinas.

Una parte de los caballeros ingleses anduvieron en la procesión, so color de curiosos, con gran acatamiento, habiendo parecido á todos notable cosa la grandeza con que lo espiritual y corporal se celebra en esta corte; porque en las calles había mucha riqueza de tapicería y pinturas, y en todas había grandes toldos de lienzo, que con gran gusto puso la Ciudad, y con brevedad, por la buena diligencia del Corregidor D. Diego de Sandoval.

Ratificación del juramento de las paces con Inglaterra.

El dicho día de *Corpus Christi*, en la tarde, mandó su Majestad que se celebrase la ratificación del juramento de las paces establecidas con la corona de Inglaterra, que era el principal efeto de la venida del Almirante; y para ello el Condestable de Castilla fué, muy acompañado de muchos señores y caballeros muy galanes, á la posada del Almirante, adonde D. Blasco de Aragon había proveído de caballos para todos los señores y caballeros ingleses; y llevando el Condestable á su mano derecha al Almirante, que llevaba el collar de la Orden de la Jarretera y la misma Jarretera de oro de martillo, guarnecida de diamantes, en la pierna izquierda, y muy galán, como lo iban todos los caballeros ingleses, fueron á palacio, y subiendo á la antecámara, toparon á su Majestad en la galería, que iba acom-

pañado de los grandes, que eran los duques de Alburquerque, Alba, Infantado, Sessa, Pastrana, Cea, Conde de Alba y el Marqués de Velada, su mayordomo mayor, y de los demás mayordomos y caballeros de su cámara; tomó á su lado al Almirante, pasándose el Condestable con los grandes. Delante de su Majestad iba el Duque de Lerma, que llevaba el estoque, como caballerizo mayor, y los cuatro reyes de armas con sns cotas y cuatro maceros con sus mazas en el lugar que les tocaba; se fué caminando por las galerías, cuyas ventanas estaban abiertas, por lo cual se vía muy bien pasar todo el acompañamiento y á su Majestad desde la plaza, adonde había un tablado, en el cual estaban tocando siempre los atabales y trompetas. La sala Real, que comunmente se dice el salón, estaba colgada de ricas tapicerías y en la frente un rico dosel y una silla de brocado, con una gran tarima de dos gradas en alto, cubierta de alhombras; y allí estaba aguardando el Cardenal de Sandoval, Arzobispo de Toledo. Sentado su Majestad, á su mano derecha, debajo de la segunda grada de la tarima, se sentó el Cardenal en silla alta de terciopelo carmesí, y consecutivamente della se sentaran los grandes en su banco, estando cabe su Majestad el Duque de Lerma, en pie, con el estoque, y el Marqués de Velada, mayordomo mayor, á la mano izquierda del Rey. Enfrente del Cardenal se sentó el Almirante de Inglaterra en silla rasa de terciopelo carmesí, y más abajo, en banco, el Embajador D. Carlos Corneualeys, caballero de la cámara privada del Rey, uno de los lugartenientes Reales en la provincia de Nortfolc, y de su Consejo, y no hubo más embajadores.

El Rey tuvo por bien de dar satisfación al Almirante, que quiso que juntamente con él asistiese el embajador ordinario, como era razón. Y habiéndose sentado todos en la forma referida, después de un Credo, que se estuvo con gran silencio y quietud, el Rey hizo seña á Andrés de Prada, caballero de la Orden de Santiago y su secretario de Estado, que estaba junto al Cardenal, el cual le puso en la mano un papel, que leído en voz intelegible, estando en pie, contenía lo siguiente:

Orden del juramento que hizo el Rey, leído por el Cardenal de Toledo.

«Vuestra Majestad promete, sobre su fe y palabra Real, que observará y cumplirá, y hará observar y cumplir, inviolable, realmente y con efeto, sin fraude ni dolo alguno, todos los puntos y artículos contenidos en el tratado de la confederación y liga que se ha acordado y concluído entre vuestra Majestad y el serenísimo Rey de la Gran Bretaña é Irlanda, que entonces se intitulaba Rey de Inglaterra, Escocia é Irlanda, por los despachos de entrambas partes, en la ciudad de Londres á ventiocho de Agosto del año próximo pasado de mil y seiscientos y cuatro; y asimismo los dos capítulos que Juan Fernández de Velasco, Condestable de Castilla, en nombre de vuestra Majestad concedió á los súbditos del dicho serenísimo Rey de la Gran Bretaña é Irlanda, para que pudiesen trasportar las mercaderías de Alemania á España libres del derecho de treinta por ciento, en la forma que en los dichos capítulos más largamente se contiene, su fecha en la dicha ciudad de Londres, á dos días del mes de Setiembre del dicho año de mil seiscientos y cuatro, sin jamás contravenir, ni consentir que se contravenga á ello, ni á cosa ni parte dello en ninguna manera, por vuestra Majestad ni por sus súbditos, ni por vuestra Majestad ni por ellos se asentará ni innovará cosa alguna contra la dicha confederación y liga, directa ni indirectamente?» Y habiendo puesto el tapicero mayor delante del Rey un sitial y un cojín de terciopelo, D. Alvaro de Caravajal, limosnero mayor, puso encima un misal y una cruz. Prosiguió el Cardenal diciendo que así lo juraba sobre la cruz y los Santos Evangelios, que para tal efeto tocaba con sus reales manos. El Rey se hincó de rodillas y puso las manos sobre la cruz y el misal que el Cardenal tenía en las suyas, y respondió: «Así lo juro, y prometo de guardar estas capitulaciones»; las cuales firmó allí su Majestad.

Trata el Almirante de su partida.

Acabado este acto, volvió su Majestad á su cámara con el mismo acompañamiento que había llevado, y dejándole en ella el Almirante y el Embajador, se volvieron á su posada, acompañándolos el Condestable y todos los caballeros que con ellos fueron; y en todo este tiempo nunca cesaron los

atabales y trompetas, que estaban en parte que ningun impedimento daban, y luego se comenzó á tratar la partida, solicitándolo mucho el Almirante.

Juego de cañas y toros.

Viernes, que se contaron 10 de Junio, después del día del Corpus, habiendo el Rey mandado que se hiciese este día el juego de cañas en la plaza Mayor de Valladolid, que por su grandeza y proporción, en forma casi cuadrada, y por las tres órdenes de balcones de hierro que tiene á compás, es la mejor del mundo, estando adornada de muchas tapicerías de brocados, telas de oro y sedas, y los tablados debajo de las ventanas en torno, de manera que hacían un grande y bien compuesto teatro, con el lugar que en las galerías ó terrados se habían hecho para que tanto mayor número de gente se pudiese acomodar; entre las doce y una horas de mediodía entró la Reina, nuestra señora, en una hacanea con sillón de plata y gualdrapa bordada, yendo delante toda la nobleza de la Corte, el Príncipe de Piamonte y su hermano el gran Prior de Castilla, y los grandes del reino que se hallaban en ella, todos tan ricamente vestidos y galanes, diferentes de los otros días, que admiraba tanta grandeza justamente empleada en ocasión de tan digno regocijo. La Reina, nuestra señora, llevaba saya entera de gurbión de oro y gorra aderezada, con grandísima cantidad de joyas por todo el vestido, y un pinjante con un diamante con una preciosa perla de extraordinaria grandeza, que como hería el sol en los diamantes, hacía lindísima vista, y lo mismo era en cuantos los llevaban, que eran casi todos, porque otras joyas no había. Al lado de la Reina nuestra señora, iba el Rey nuestro señor, á la jineta y llevaba un hermoso y rico jaez, bordadas en la mochila, de oro y perlas, las armas de todos los reinos de su corona. Seguía á su Majestad la camarera mayor, y después (de) todas las damas, en palafrenes, con riquísimos sillones de plata y guarniciones, unos bordados, otros chapados, y ellas en cuerpo, con gorras aderezadas y plumas y sayas enteras de diferentes telas de oro, rasos cortados, aforrados de velos de oro y plata, y bordados con multitud de joyas, acompañándolas los galanes tan lucidos y vistosos, que verdaderamente fué acompañamiento de tal día y de tales príncipes.

Plaza de Valladolid de las mejores del mundo.

Apeáronse sus Majestades en las casas de la Ciudad, adonde se les tenía aparejada la comida, porque allí habían de estar á la fiesta. Poco antes que se soltasen los toros, salieron sus Majestades á la galería de la Ciudad, que es muy grande y desenfadada y muy á propósito para tales fiestas; y tomando su lugar en el balcón se preguntó de parte de su Majestad al Almirante si holgaría de ver la fiesta con las damas, de lo cual demostró recibir gusto, y así vió la fiesta sentado con ellas. Los caballeros ingleses estuvieron en los balcones largos, debajo de su Majestad, en la misma casa.

Antes de estar sus Majestades en su lugar, entró el Conde de Miranda con el Consejo Real, alcaldes de la casa y corte, y ministros y oficiales del Consejo, que así por representación de la mucha excelencia del Conde, como por la gran autoridad de tan excelso Consejo, fué vista de grande estimación y á todos muy grata, y se fueron á apear á su lugar, estando todos los consejos en los suyos; porque en tales días, se acostumbra de señalarlos á los tribunales y á las personas de autoridad.

Entra el conde de Miranda con el Consejo.

Entró luego el Marqués de Camarasa á caballo, y detrás dél la guarda española, de que es capitán, en orden de guerra, con pífaros y cajas, y luego la alemana, guiándola su alférez, y en medio della, á caballo, el capitán Calderón, caballero de hábito de San Juan, su gobernador, también en orden de guerra, y después el Marqués de Falces, capitán de los archeros, con ellos en tropa. Y habiendo las guardas tomado su acostumbrado lugar, se mandó que se limpiase la plaza, porque había mucha gente, y no convenía que quedasen más de los toreadores. Y luego entraron catorce carros en ala, con largas cubas de agua, que en un momento la regaron y la dejaron muy fresca, y pareció bien aquel gran teatro

Entran las guardas en orden de guerra.

con tanta gente, ventanaje y terrados, adonde se juzgó que había poco menos de cien mil personas. Soltáronse los toros, que fueron bravos, y se fueron corriendo por su orden; y quiso Dios que tanto más alegre fué la fiesta, cuanto que hicieron poco daño, aunque dos ó tres veces desbarataron la guarda, que fué vista alegre y apacible. Celebráronse (1) mucho dos lanzadas que se dieron y los garrochones que hubo, porque salieron á la plaza con multitud de lacayos vestidos de librea, en lindísimos caballos, con ricos jaeces, el Duque de Alba, el Duque de Pastrana, el Conde de Salinas, el Conde de Coruña, el Marqués de Tavara, el Marqués de Villanueva, de Barcarota, y otros caballeros. Y fué cosa agradable para los extranjeros ver las muchas y buenas suertes que se hacían con los toros, admirando la ligereza de los caballos, la destreza y ánimo de los caballeros, y no menos maravilla causaban las buenas suertes que hacían los de á pie, provocando al toro, y sabiendo ligeramente excusar el encuentro, dejándole frustrado.

Siendo tiempo, el Rey y los Príncipes se fueron á vestir para las cañas, y los señores y caballeros que andaban en la plaza se salieron para el mismo efeto, quedando en compañía de la Reina el Duque de Sessa, su mayordomo mayor, y entre tanto se prosiguió en el correr de los toros; notándose mucho que el Almirante de Inglaterra se entretenía con doña Catalina de la Cerda, dama de la Reina, nuestra señora, hermosa y de mucha gentileza, y con ella hizo el Almirante demostraciones de buen galán y discreto cortesano. Y estando la plaza despejada de gente, en que por una parte el Marqués de Camarasa con la guarda española, y por otra parte el capitán Calderón con la alemana, usaron mucha diligencia, la Reina, nuestra señora, mandó que la entregasen la llave del toril, porque siendo, como es, costumbre echar toros para despartir las cañas, no quiso que esto se hiciese estando el Rey en la plaza, en que su Majestad mostró mucha discreción. Vestido su Majestad en la posada del Marqués de la Laguna, que es junto al pasadizo de D. Alonso, desde una ventana fué ordenando todo lo que se había de hacer para el juego de cañas; y en ejecutar sus órdenes, entendían D. Alonso de Cárcamo y Haro, Corregidor de Toledo, del hábito de Calatrava, y D. Gonzalo Manuel, de la misma Orden, caballeros cordobeses, que, como ejercitados en tal juego, fueron llamados para que asistiesen en él y hiciesen ejecutar lo que su Majestad mandase. Estando, pues, todo á punto, y juntas las cuadrillas, su Majestad se puso á caballo, y desde la puerta de la plaza mandó que comenzasen á entrar. Fueron los primeros treinta y cuatro trompetas y atabales; que aunque estos entraron haciendo grandísimo estruendo, porque en las cuatro esquinas de la plaza había otros muchos trompetas y menestriles, que desde que se comenzaron los toros y mientras duraron, á veces tocaban, sin que jamás dejase de haber música, en esta entrada, tocando todos juntos, pareció muy bien. Guiaba los trompetas y atabales uno á caballo, vestido de la misma librea de seda, de las colores de la Reina, nuestra señora, y ellos también con las banderolas de las trompetas, las gualdrapas de los atabales, cubiertas y guarniciones de los caballos, sombreros y plumas. Y estando la plaza muy despejada, y habiéndose puesto las trompetas y atabales en los cuatro ángulos de la plaza, para que sin embarazar pudiesen hacer su oficio, entraron doce acémilas de una en una, llevadas de diestro de acemileros, vestidos de librea, guarnecidas con patenaje de plata y pretales de plata y borlaje de seda de las colores de la Reina, con grandes penachos en las cabezas y traseros de los bastos, con dos haces de cañas para el juego en cada una, cubiertas de reposteros de terciopelo carmesí, bordadas en ellos, de oro y plata y seda, las armas Reales, con sogas de seda de las mismas colores y garrotes de plata. Seguían á las acémilas todos los oficiales de la caballeriza del Rey, y luego seguía el caballo, y tras él, otros venticinco, llevados de diestros de lacayos, vestidos de encarnado, blanco y morado, que son las colores de la Reina, nuestra señora, con espadas y dagas plateadas. Los jaeces eran de oro y plata, con muchas joyas y recamados; las mochi-

Reina nuestra señora toma la llave del toril.

(1) *Celebráronlo,* dice el original. Entiendo que sea errata.

las de pedrerías, cubiertas con tellices de terciopelo carmesí, franjas de oro, bordadas en ellos unas cifras de tela de oro.

Hecha esta suntuosa entrada, estando la plaza muy regada y despejada, y todos en sus lugares, haciendo un lindísimo espectáculo, y con universal aplauso, silencio y aspectación, entró la cuadrilla del Rey, nuestro señor, que eran: su Majestad, el Duque de Lerma, su caballerizo mayor, en dos maravillosos caballos blancos, y corrieron una pareja tan igual, comenzando y parando tan á tiempo, y blandiendo sus lanzas con gracia y gallardía, que causó mucho contento. Siguió el Duque de Cea y el Conde de Gelves, gentilhombre de su cámara; D. Pedro de Castro y el Conde de Mayalde, también gentileshombres de su cámara; el Marqués de la Bañeza, D. García de Figueroa, gentileshombres de la cámara; D. Enrique de Guzmán y el Marqués de San Germán, gentileshombres de su cámara, con marlotas y capellares de raso encarnado y morado, bordado de plata, con rapacejos y franjas de lo mismo, que eran, como se ha dicho, las colores de la Reina, nuestra señora. Y porque las labores bordadas eran unos cornucopias, salían mucho, y estaban bien compartidas y matizadas, y las tocas moriscas iban bien hechas con lindas plumas, y de la misma manera eran las libreas de las otras cuadrillas, sin quitar ni poner más de las colores. Y aquí se notó la gran atención con que todos volvieron los ojos á su Rey, con grande amor y estimación, admirando y ensalzando la gentileza con que iba, con mucha destreza y donaire.

Cuadrilla del Rey nuestro señor.

Atención del pueblo al Rey.

Siguió á la cuadrilla de su Majestad, la de la ciudad de Valladolid, que fué la segunda, que eran el nuevo Corregidor D. Diego de Sandoval, gentilhombre de la boca de su Majestad, y Antonio de Santiago, D. Luis de Alcaraz, D. Pedro de Arrieta, D. Diego Nuño de Valencia, D. Galván Boniseñe, D. Alonso López de Mella, D. Diego de Nebro, D. Diego de Leiva, caballero del hábito de Santiago, todos regidores, y D. Jerónimo de Sandoval, hijo del Corregidor, y eran sus colores, colorado, amarillo y plata.

Cuadrilla de la ciudad de Valladolid.

La tercera cuadrilla fué el Condestable de Castilla, de verde, negro y plata; y fueron el Condestable, el Marqués de Cuéllar, el Conde de Aguilar, don Alonso de Velasco, señor de Revilla, veedor general de las galeras y armadas del Rey; el Marqués del Carpio, D. Manuel de Zúñiga, hijo del Conde de Monterey; D. Pedro Enríquez, hermano del Duque de Alcalá; D. Andrés Velázquez de Velasco, señor de Villabaquerín; D. Francisco de Velasco, del hábito de Santiago, gentilhombre de la boca del Rey, y su hermano D. Antonio de Velasco.

Cuadrilla del Condestable.

En la cuarta cuadrilla fué el Duque de Pastrana, y con el Conde de Cocentaina, el Comendador mayor de Montesa, D. Fernando de Borja, D. Carlos de Borja, su hermano, el Marqués de Fuentes, don Bernardo de Rojas y Sandoval, D. Pedro Niño, D. Alonso Girón, D. Fernando de la Cerda, del hábito de Santiago, capitán de caballos ligeros, y D. Pedro de Fonseca, vestidos de morado, naranjado y plata.

Cuadrilla del Duque de Pastrana.

La quinta cuadrilla fué la del Duque del Infantado, vestido de negro, leonado y plata; y entró con el Duque, D. Diego Sarmiento de Acuña, caballero del hábito de Calatrava, del Consejo de Hacienda de su Majestad. Siguieron: el Almirante de Aragón, D. Francisco Enríquez de Almanza, caballero del hábito de Alcántara; Conde de Nieva, mayordomo del Rey; el Conde de Coruña, don Diego Sarmiento, hijo del Conde de Rivadavia; D. Juan de Tassis, del hábito de Santiago, hijo del Conde de Villamediana, Embajador de Inglaterra; el Conde de Barajas, mayordomo del Rey; su hermano D. Gómez Zapata, gentilhombre de la boca de su Majestad, del hábito de Alcántara.

Cuadrilla del Duque del Infantado.

La sexta cuadrilla fué del Duque de Alba, de azul, leonado y plata; y con el Duque, D. Diego Sarmiento de Silva, Conde de Salinas, del hábito de Alcántara; los marqueses de Cerralbo y Tavara, D. Pedro de Zúñiga, señor de Flores Dávila, que va de embajador á Inglaterra; D. Manuel de Alencastro, hermano del Duque de Avero; el Conde de Ayala, D. Diego Pimentel, del hábito

Cuadrilla del Duque de Alba.

de Santiago y del Consejo de Guerra; D. Martín Valero de Franqueza, del hábito de Santiago, gentilhombre de la boca de su Majestad, y el Marqués de Villanueva de Barcarota.

Cuadrilla del Conde de Alba. La sétima cuadrilla fué del Conde de Alba, de oro, plata y encarnado, y entraron con el Conde, don Bernardino de Toledo, su hermano, comendador de la Orden de San Juan; D. Juan de Guzmán, Martín de Guzmán, señor de Montalegre y Meneses; el Marqués de Falces, capitán de los archeros; D. Francisco Zapata, caballerizo del Rey; D. Felipe de Valencia, del hábito de Santiago, sobrino del Bailío de Lora; D. Juan Vicentelo de Toledo, señor de Cantillana; D. Antonio de Toledo, señor de la Horcajada; D. Luis de Guzmán.

Cuadrilla del Príncipe de Piamonte. La última fué la del Príncipe Vitorio de Piamonte y de su hermano Filiberto Manuel, gran Prior de Castilla, de la Orden de San Juan, y entraron con ellos, D. Alvaro de Mendoza, D. Jerónimo Muñoz, D. Francisco de Córdoba, D. Juan de Heredia, gentileshombres de su cámara; D. Pedro de Lizama, del hábito de Calatrava; D. Francisco Terza, del hábito de Montesa, caballero de su boca; el Marqués de Este, su mayordomo mayor, y D. Diego de las Mariñas, su mayordomo, del hábito de Santiago, de plata y negro.

Pasada la primera carrera por medio de la plaza, fué la segunda por debajo del balcón de la Reina, nuestra señora, y otra por el otro lado. Y habiéndose pasado muy bien y con gran orden y concierto, pareciendo muy agradable la vista de tantos caballeros solos en la plaza, con tan hermosas, ricas y varias libreas, con tanta gentileza y diversidad de plumas, hallándose todos en el puesto del Ochavo para dividirse y salir á mudar caballos y tomar cañas y adargas, se salió su Majestad por allí con las cuadrillas de su puesto, que eran la de la Ciudad, el Condestable y el Duque de Pastrana; y las otras cuatro se fueron de galope por la acera donde estaba la Reina, nuestra señora, guiándolas D. Diego Sarmiento de Acuña, para salir para el mismo efecto por la puerta de arriba. Su Majestad fué tan diligente en mudar caballo, y por consiguiente todos los de su puesto, que estuvo á la puerta gran rato con su adarga embrazada, solicitando y llamando á los contrarios con una trompeta, y envió á ello al Marqués de Camarasa. Y estando á punto, salieron los unos y los otros por sus puertas á un mismo tiempo, guiando su Majestad á los de su puesto, y el Príncipe de Piamonte á los del suyo; y habiendo escaramuzado y torneado la plaza buen rato con gran concierto de galope, dándose lugar los unos á los otros, sin embarazarse, se volvieron á sus lugares, poniéndose todas las cuadrillas de por sí á la frente las unas de las otras. Y cuando fué tiempo, llevando su Majestad el cabo de la suya (1), arremetió con toda ella á desembarazar las cañas sobre el puesto enemigo, y revolvió, recogiendo la cuadrilla y guiándola, y tomando la carga con tan buen orden y compostura, no sólo para el juego, sino para gobernarle, como si cada día lo hubiera ejercitado. Y aunque los hábitos con que se hace este juego y la caballería son á usanza morisca, la forma de pelear es antigua romana, con aquellos rodeos y vueltas, dándose las cargas los unos á los otros. Prosiguió el juego por gran rato, haciéndolo todos muy bien; porque con mucha consideración se daban lugar, arremetiendo sobre el enemigo, á espaldas vueltas, por no mezclarse; pero su Majestad se hubo tan extremadamante de bien, que por el adargarse con maña y desembarazar la caña con brío y gracia, llevó á sí todos los ojos de aquel gran teatro. Al fin la noche departió el juego, que fué maravilloso, muy concertado y ordenado, y el pueblo quedó contentísimo, juzgando que á su Majestad no le faltó nada para hacer lo que debe en tal ocasión un verdadero caballero y perfeto jinete.

Acabado el juego, se fueron á desnudar, y volvió por la Reina, nuestra señora, con la cual se fué á palacio en su coche, estando la plaza y calles con muchas luminarias. Al Almirante de Inglaterra y al Embajador, y á todos los caballeros ingleses, dió esta manera de fiesta, no usada sino en España, mucho contento, gustando mucho de la riqueza de las libreas tan bien matizadas, de la ligereza y virtud de los caballos, de la

(1) *Saya* dice, por errata.

gentileza y disposición de los caballeros, en aquella manera de silla tan ejercitados.

Muestra general que se tomó á la caballería de las guardas de Castilla, en la puerta del Campo de Valladolid, sábado 11 de Junio.

Desde que el Duque de Lerma tuvo el título de Capitán general de la caballería de España, deseó reconocerla mediante una muestra general, y en particular á la gente que llaman las guardas de Castilla la Vieja, desde muy antiguo tiempo instituídas; y pareciendo que por estar alojadas cerca de Valladolid, y ser en esta ocasión el tiempo que se suele mudar la parte dellas, que de dos en dos años va á residir al Reino de Navarra, adonde parecía que ahora no hacía falta, se mandó venir sin aguardar, como se suele hacer, la que entra en su lugar, salvo la compañía de caballos ligeros del Condestable de Navarra, que por ser de naturales, pareció no desacomodarla en hacerla venir para este efeto; porque si las otras compañías venían, era para quedarse en Castilla.

Acordado, pues, que esta muestra fuese el día referido, en la puerta del Campo de Valladolid, como todo movimiento de armas es grato espectáculo á los hombres, los Consejos lo quisieron ver; por lo cual se mandaron hacer tablados para ellos, y otro se hizo junto á las casas de D. Bernardino de Velasco, al lado del puesto que tenían el Rey y Reina, nuestros señores, y sus sobrinos, adonde estuvo el Almirante de Inglaterra.

Habiéndose, pues, acercado algunos días antes la caballería á alojamientos cómodos, las compañías se fueron allegando á Valladolid y recogiéndose hacia la parte que llaman del Espolón; y cuando pareció que era hora, porque su Majestad, como se ha dicho, se hallaba con la Reina, nuestra señora, en las casas de D. Bernardino de Velasco, adonde habían comido, las compañías fueron entrando en la plaza, y tomando los puestos que se les mandaron, con muy buena orden; y las quince de lanzas gruesas, que así llaman á los hombres de armas, en aquella espaciosa plaza, que es á manera de teatro, y uno de los mejores del mundo, formaron dos grandes escuadrones, poniendo los estandartes en su lugar, y en la primera hilera los caballos encubertados, estando sus capitanes delante en hermosos caballos con ricas armas bordadas y ricos giriles, y algunos con bardas ó cubiertas de acero, doradas, nieladas y labradas de ataujía, que fué mucho de ver. En los dos cuernos destos escuadrones se pusieron en cada uno dos compañías de caballos ligeros, y delante dellos una de arcabuceros de á caballo.

Estando de la manera referida en ordenanza á la mira de su Majestad, era la vista muy hermosa, porque los escuadrones, divididos con un buen espacio el uno del otro, con el relumbrar de las armas, el mover de los estandartes, cuadretes y banderolas de las lanzas de los caballos ligeros, la espesura de grandes penachos, y los buenos arneses que todos llevaban muy limpios, y los faldones de diversos colores, con el gran rumor de las trompetas, hacían una agradable vista, estando grandísimo número de gente en torno. Y cuando pareció que no faltaba más que proveer, fué D. Juan de Mendoza, Marqués de San Germán, Capitán general del Reino de Portugal y lugarteniente del Duque de Lerma, desta caballería, que para esto fué llamado, y avisó al Duque, el cual salió, llevando todos sus pajes delante, y los oficiales de la caballería en hermosos caballos, vestidos con casacas de terciopelo negro, con ricos pasamanos de plata. Los pajes llevaban la celada y otras piezas de armas, y el Duque iba en un gran caballo corsiel (1), con giriles de terciopelo negro, con mucha chapería de plata, con armas doradas, con una rica banda, bordada de preciosa pedrería. Y habiendo mandado quedar á los oficiales y á los pajes, llevando el bastón de capitán general, fué reconociendo los escuadrones y dando vuelta por ellos; y acabado, estando la plaza bien despejada, en que habían entendido los jinetes, estando cada capitán en su puesto, el Duque se puso solo delante de los escuadrones, y á buen paso los hizo mejorar dos veces, caminando á frente de su Majestad, y cuando pareció que estaban en el

(1) Sin duda *corcel*.

puesto conveniente, los arcabuceros de á caballo del un cuerno arremetieron, acometiendo á los del otro, los cuales salieron cargándolos y tomando la carga. Arremetió contra ellos una compañía de caballos ligeros, y de mano en mano las unas se fueron cargando á las otras con buena orden y tiento.

En acabando los arcabuceros y caballos ligeros, de escaramuzar, arremetió el Duque delante, y siguiéndole los dos escuadrones, guardando muy bien la ordenanza, con grande igualdad fueron á romper debajo de la ventana de sus Majestades, adonde los estandartes, cuadretes y toda la lancería se abatieron á un tiempo, y revolviendo cada escuadrón por su parte, fueron á tomar puesto el uno frontero del otro, desde donde arremetieron el uno contra el otro, y pasándose por los lados, se volvieron á juntar con muy buena orden y tino, y en habiendo sosegado un poco, se salieron, deshaciendo los escuadrones, á dar muestra y pasar por delante de su Majestad, compañía por compañía, lo cual fué muy conforme al uso de guerra, y abatiendo los estandartes á su Majestad, pareció muy bien; y las compañías fueron las siguientes:

Primeramente, el Duque de Lerma con su compañía de hombres de armas, llevando delante de todos, los oficiales de las guardas y sus pajes en hermosos caballos muy bien guarnecidos, como arriba se ha dicho.

La compañía de los Cien Continuos, que hasta ahora no tiene capitán, y la gobierna Alonso Ruiz de Herrera, con sus pajes á caballo, de librea.

El Duque de Cea, de la cámara de su Majestad, con su compañía, y doce pajes ricamente aderezados, en lindos caballos.

El Conde de Alba de Lista, cazador mayor de su Majestad, asimismo con muchos pajes y caballos. Y lo mismo hicieron los demás capitanes, que son los siguientes:

El Marqués de San Germán, de la cámara de su Majestad, con la suya.

D. Enrique de Guzmán, clavero de Alcántara, de la cámara de su Majestad, con la suya.

D. Pedro de Castro, de la cámara de su Majestad, con la suya.

El Conde de Gelves, D. Fernando de Castro, de la cámara de su Majestad, con la suya.

D. Diego de Sandoval, Corregidor de Valladolid, gentilhombre de la boca de su Majestad, con la suya.

D. Luis de Guzmán, gentilhombre de la boca de su Majestad, con las suyas.

Las siguientes compañías salieron con los tenientes, por estar ausentes los capitanes.

El Adelantado de Castilla, Capitán general de las galeras de Secilia.

La del Marqués de Villamizar, de la cámara de su Majestad, Visorey de Valencia.

La del Marqués de Cañete.

La de D. Jusepe Vázquez de Acuña, del Consejo secreto, y castellano de Milán.

La del Conde de Oñate, Embajador de Saboya.

La del Marqués de Montesclaros, Visorey de los reinos de Nueva España.

Los cuadretes ó cornetas de caballos ligeros fueron los siguientes, que fueron muy bien en orden como los demás.

D. Francisco de Bobadilla, Conde de Puñonrostro, del Consejo de Guerra de su Majestad.

El Marqués de Tavara.

D. Pedro Pacheco, de la boca de su Majestad.

D. Sancho Bravo de Acuña.

Una compañía de sesenta arcabuceros de á caballo y cuarenta lanzas jinetas, de D. Gaspar de Guevara.

Otra compañía de sesenta arcabuceros á caballo de la guarda del Capitán general, de don Diego Hurtado de Mendoza, Conde de Saldaña, su hijo, cuyo teniente es D. Gonzalo Guiral, del hábito de Santiago.

Todos los estandartes tienen á sesenta lanzas, y el de los Continuos ciento, que son mil lanzas gruesas; las cuatro compañías de caballos ligeros, á ochenta lanzas, que son trecientas y veinte; las dos compañías de arcabuceros, con los jinetes, son ciento y sesenta, y con la compañía del Con-

destable de Navarra, son todos mil y quinientos y sesenta caballos pagados de ordenanza de sólo el reino de Castilla la Vieja, sin la caballería de la costa de Granada, que allí existe, y sin los caballeros de cuantía, que en algunas muestras han llegado á cinco mil y setecientos, sin otra caballería que el reino tiene. Acabada la muestra, la caballería se entró en Valladolid, y se puso en todas las calles en ala, por donde su Majestad pasó, que tomó casi desde la puerta del Campo hasta palacio, que es un gran trecho, y al Almirante de Inglaterra pareció cosa admirable, por ir tan en orden armada y en tan buenos caballos, que al fin, como dijo, son españoles; y así fué ésta una muestra concertada, con juicio ordenada, conforme á experiencia militar, y que denotó la potencia de un gran príncipe en sola una parte deste reino de Castilla.

Procesión de San Diego.

Viernes, 3 del dicho, estando acabada la iglesia del monasterio de los religiosos descalzos franciscos, que, pegada al palacio Real, ha hecho el Duque de Lerma, con la buena ocasión del otavario del Corpus se pasó á ella el Santísimo Sacramento con una solene procesión, que anduvo por la plaza que está detrás de palacio, que estaba colgada de riquísimas tapicerías, con cuatro altares en los cuatro ángulos de la plaza, que pusieron el Duque de Lerma, la Condesa de Miranda, la Condesa de Lemos y la Duquesa de Cea, adornados de tanta curiosidad de reliquias, imágines y otras cosas devotas y diversas, y delicados perfumes, que hubo mucho que ver, y tanto más hermosearon la procesión los motetes y villancicos que cantó la Capilla Real, y la autorizaron los Reyes con su presencia Real y la del Príncipe de Piamonte y de su hermano el gran Prior de Castilla, y la intervención del Cardenal de Toledo, del Inquisidor general, del Arzobispo de Burgos y otros prelados, de los grandes y nobleza de la Corte, y de la camarera mayor, Condesa de Miranda, Duquesa de Cea, Condesa de Lemos, y otras muchas señoras y damas de la Reina, nuestra señora. Salió la procesión de la iglesia vieja, llevaron el palio capellanes de su Majestad con capas de coro. Hizo el oficio el General de San Francisco y pedricó un padre descalzo, y se llevó el Santísimo Sacramento á la iglesia nueva, que está fabricada con maravillosa arquitectura, y cada día, hasta que acabó el otavario, la Capilla Real, con asistencia de D. Alvaro Carvajal, hizo los oficios, interviniendo sus Majestades por las gelosías de la iglesia adonde pasan desde palacio; y el día de la otava por la tarde se encerró el Santísimo Sacramento después de vísperas, y los Reyes bajaron á la procesión, que se hizo por el claustro, que aunque pequeño, estaba muy ricamente adrezado con cuatro altares, donde se cantaron otros diferentes villancicos y motetes. Y también llevaron las varas los capellanes de su Majestad, y el Cardenal de Toledo dió la bendición solene cantada, con que se acabó el oficio, y sus Majestades se recogieron por la misma escalera que sale á la iglesia, por donde habían bajado.

Máscara y sarao que se hizo, á 16 de Junio, en la gran sala que comunmente llaman el salón, en el Palacio Real de Valladolid.

Porque, no obstante que el Palacio Real de Valladolid tiene muy grandes comodidades, faltaba en él una sala tan capaz como requieren los saraos reales, que se representan con gran pompa y majestad, y adonde concurre la mayor nobleza y gran número della, el Rey, nuestro señor, con su ánimo generoso, considerando que en las casas del Conde de Miranda, que se agregaron á Palacio, había bastante dispusición para fabricar una sala como se deseaba, mandó á sus arquitetos que lo mirasen, y hallando que surtía bien su designio, sacasen la planta; y vista, contentando á su Majestad, mandó que luego se pusiese en efeto; y porque como se iba labrando, se iba conociendo que la obra salía bien, porque no todas las veces suceden las cosas en efeto como parece en los modelos y trazas, ordenó su Majestad que se metiese gente y se diese mucha priesa en la fábrica, la cual se hizo con tanta brevedad, que las objeciones que á esto se ponían, se convirtieron en alabanzas, pues la fábrica ha sido de las mejores del mundo, porque de longitud tiene

ciento y cincuenta pies de vara castellana, y el tercio de latitud, y el atitud tiene la necesaria proporción, conforme á las reglas de arquitetura; la claridad que tiene es maravillosa, y el techo está pintado de excelente mano, con una traza muy desimulada para poder abrir algunos espacios dél, para que, como los saraos son de noche, y en tan gran pieza necesariamente ha de haber muchas lumbres, el humo tenga respiración sin que ofenda. Tiene en torno un corredor, en el cual se hace una hermosa galería, y más abajo mucho ventanaje en aposentos y apartamientos, con escaleras secretas y muchas puertas en convinientes lugares por donde con la escalera se comunica la fábrica con artificiosa correspondencia, de manera que viene á ser á modo de teatro. Para el sarao se colgó la sala de las ricas tapicerías de Túnez, de oro y seda. Los intermedios que hacía el ventanaje, por no caber tapicería, se cubrieron de raso de oro verde, y en las ventanas se pusieron cortinas de tafetán verde. En la galería estaba un candilón grande de plata con su bola en cada espacio, que tenía cuatro luces, que serían 34 candiles, y otros tantos en las claraboyas que están encima del ventanaje de la galería, y por la corniz, que está al pie de la galería que iba rodeando toda la sala, estaban puestos otros tantos grandes candeleros de plata con hachas de cera blanca, que eran hechos como medias piñas. En la misma sala había otros tantos grandes blandones de plata con hachas, con que estaba tan clara como el día. En el ventanaje se señaló lugar para el Conde de Miranda, para el Cardenal de Toledo, para el Almirante de Inglaterra y Embajador ordinario y los más principales caballeros que con él vinieron, y para todos los demás embajadores, para los grandes, para el Inquisidor general y para los del Consejo de Estado y Guerra. En la galería se repartieron los lugares á los Consejos y criados de la casa real. Por los lados de la sala se pusieron bancos, como se usa en los saraos, cubiertos de alombras, para arrimarse las señoras, damas y caballeros que tienen lugar, y porque los caballeros que están detrás no diesen molestia; y aquí hubo una discreta consideración: que en la distancia desde los bancos y las paredes se habían puesto tres gradas, una más alta que otra, porque los caballeros de atrás no pudiesen ser impedidos de los de delante, y así vino á quedar la sala, en lo bajo, en el medio y en lo alto, como un bien proporcionado teatro; y con la experiencia se vió que el disignio de su Majestad salió prudentísimo, pues habiendo mandado á sus mayordomos de la manera que se habían de repartir los lugares y acomodar las personas, no siendo escasos en dar entrada como fuesen personas dignas, se juzgó que no hubo menos de tres mil hombres.

Estando puesto con el referido ornamento y orden, con grandísimo silencio y quietud, casi á las nueve horas de la noche, una figura de mujer que estaba en la cúpula de un templo de gentil arquitetura labrado en el testero de la sala, que era la Fama, tocó un clarín, con que llevó á sí con gran aplauso toda la gente; y luego comenzó un coro de música, que estaba en las ventanas en medio de la sala, á cantar los versos siguientes con voces angelicales, respondiendo otro de las ventanas fronteras, y á voces cantando todos la letra siguiente, con el espíritu que la letra pedía, la cual declara la intención de la máscara:

La virtud generosa,
cercada de ministros celestiales,
y de su luz hermosa,
para comunicarla á los mortales,
decendió adonde baña
Pisuerga el trono superior de España.

Dando en la antigua Pincia
que Olit restituyó, donde sus Reyes
dan á tanta provincia
como su imperio abarca, justas leyes,
un subcesor augusto
salió á la luz, terror del pueblo injusto.

Para que esta esperanza
crezca, excediendo á todo humano ejemplo,
hoy, para su crianza,
se le dedica en su palacio un templo,
y con piadosa mano
cierra la paz las puertas del de Jano.

Jazmín, rosas, violetas,
súbitas nacerán en la Real cuna,
donde sirven sujetas
hoy la naturaleza y la fortuna,
porque muy superiores
virtudes le producen estas flores.

Al punto que la música acabó, se abrió en el otro testero de la sala, que está frontero del templo, una gran puerta, por la cual se aparecieron entre muchas luces diversas figuras de máscaras alrededor de un hermoso coro, y no se movieron hasta que los coros cantaron la siguiente estancia:

Mas ya el virgéneo coro
ocupa con su diosa la real puerta,
que sobre quicios de oro,
la humana majestad le tiene abierta,
y es por donde visita
al hijo de Felipe y Margarita.

Acabando los coros á un tiempo, comenzaron músicas de cornetas y otras, y en particular una gran tropa de violones enmascarados, vestidos con ropones de seda naranjada, guarnecidos de oro al uso veneciano, y sombreros con plumas, y tañendo cierta sonada deleitosa compuesta para tal efeto. Comenzaron á caminar, que como eran muchos, iban en tropa; con aquel traje parecieron bien; seguían muy despacio á los lados veinte y cuatro pajes con hachas, máscaras y vaqueros de lo mismo, y sombreros con penachos, entre los violones, y [en] el carro iban seis meninas, que eran doña Juana y doña Isabel de Aragón, doña María de Velasco y doña Catalina de Guzmán, doña Bárbara del Maino y doña María Zapata, que representaban las virtudes á un príncipe pertenecientes: la Magnanimidad con una espada con dos cuchillas, cuyas puntas son diversas flores; la Liberalidad se mostraba pintada en una tarja con un sol, que es la criatura que más se comunica; la Seguridad, que se demostraba con una áncora de plata asida de una maroma de seda; la Prudencia, embrazado un escudo en un espejo, y un triángulo en medio, de oro, que significaba los tres tiempos, pasado, presente y futuro, que de todo hombre prudente deben ser considerados; la Esperanza, con unos ramos de laurel, porque como siempre está verde, así vive siempre la esperanza; y la Paz, que iba sucediendo con unos ramos de oliva. El vestido destas seis virtudes era de velo de oro y plata, y los tocados eran muy galanes y artificiosos. Iban danzando graciosamente, y detrás la señora Infanta doña Ana, que representaba la sola virtud que comprehende todas las otras, sentada en un carro á modo de popa de navío, de veinticinco palmos en alto, con muchas labores de relieve, que eran sirenas, tarjetas, trofeos y otras cosas, todas doradas, y en su campo pintadas diversas fantasías poéticas. Tiraban el carro dos hacas muy pequeñas, cubiertas con paramentos de tela de oro carmesí, con sus penachos, y en una silla, en lo más alto del carro, iba la señora Infanta, con una celada de oro en la cabeza, con muchos diamantes y penachos, y en la mano llevaba un cetro de oro, y en el cabo dél un pájaro celeste, y á los dos lados y pies de la silla, iban sentadas dos niñas, que eran doña Sofía de Araiz y doña Luisa Pacheco, con dos hachas en las manos; más abajo de su Alteza, en medio de unas gradas que había en lo interior del carro, iba sentada la Duquesa de Villahermosa, representando la Felicidad, que es la fuerza de la virtud, con un cornucopia, y entre las frutas dél se mostraba una reja de arado, y sobre su tocado un ave fénix: su vestido era de tela de oro carmesí, con mucha pedrería.

Sinificación del sarao.

Fué caminando en el referido carro y con el dicho acompañamiento la virtud, hasta el templo, al cual se subió por unas gradas cubiertas de riquísimas alhombras, y formábanle dos colunas con su pórtico, historiadas y doradas, con sus basas y capiteles, y en los nichos (1), de jaspe y pórfido, estaban cuatro grandes figuras de oro. La una era la Religión, teniendo el caduceo de Mercurio en la mano, que significaba abundancia de bienes espirituales; otra, con el rayo de Júpiter en la mano, denotaba la Justicia; la Prudencia tenía una esfera de oro, que significaba los cielos, con cuyo movimiento socorre al mundo inferior; la cuarta era la Vitoria, que blandía unas palmas. Llegada su Alteza á las gradas del templo, habiendo ido con reposo y majestad más que de criatura, se apeó, y fué á sentarse en una silla de brocado que estaba en medio de otras dos; las otras virtudes se sentaron por su orden en las gradas del templo, el cual, como toda su arqui-

Estatuas del templo.

(1) Por errata, *nicos*.

tetura, era de oro: en la cúpula y cornices y por todo el frontispicio había muchas hachas y velas, [que] resplandecían maravillosamente y mostraban gran autoridad. El carro se volvió para donde vino, que hizo muy linda vista, y los músicos se fueron á poner en su tabladillo debajo de los coros de los cantores, los cuales volvieron á cantar el himno siguiente, con que se acabó de entender la intención de la máscara:

Filipo el Cuarto vino
á merecer, como Hércules tebano,
aquel premio divino
que dan los dioses al valor humano,
que en competencia suya,
paz y descanso público instituya;

Mas domará primero,
si en la cuna le embisten, los dragones;
en edad más entero (1),
las quimeras, las hidras y leones,
y en el infierno mismo
pondrá en prisión las furias de su abismo.

Cuando en sus hombros quiera
poner Filipo, como Atlante, el mundo,
de la misma manera
que Cárlos los libró desde el Segundo,
émulo del abuelo,
podrá en la tierra sostener el cielo.

En acabando los coros, se cayeron unas telas que cubrían el testero de la sala que miraba al templo, y luego se mostró un ancho aposento, como cimborrio de templo, fabricado para lo alto y para los lados con muchas lunas de espejos, que pareció un hermoso, resplandeciente y trasparente cielo, y dentro dél catorce héroes y catorce ninfas con antorchas encendidas, [de] cuya luz y de otras muchas secretas, resplandecía mucho, y con la transparencia del cielo, se mostraban muy claros aquellos simulacros, vestidos todos con sayos de tela de oro naranjado hasta la rodilla, con faldetes y almenaje á la usanza y traje antiguo romano, bordados y guarnecidor de oro, y encima mantos de tela de plata que desde el hombro iban cayendo hasta los pies, y se recogían en el brazo izquierdo por encima de la espada. Llevaban morriones de la misma tela de oro, bordados de grandes perlas, con altos penachos de diversas colores, de los cuales pendía una toca de velillo de plata, y todos llevaban cadenas riquísimas de diamantes. Las ninfas llevaban basquiñas y jubones de tela de plata bordada de cordoncillo de plata y escarchado, y encima unos faldones hasta la mitad de las esquinas, con sus cueras con mangas en punta, y de la cintura de las cueras colgaban almenillas con botones y borlas, todo de oro; los tocados eran bizarros, ricos y extraordinarios, con muchas plumas blancas, y colgando dos cabos de velillo de plata, que el uno iba revuelto á un brazo, y el otro caía hasta el suelo; pero las joyas de diamantes y rubíes que llevaban en los tocados era cosa de admiración. Los héroes tenían máscara, y las ninfas también, rajadas, que parecían bien, y en suma, éste era también hábito á lo romano; y desde que los referidos héroes y ninfas se mostraron en el cielo, los coros cantaron lo siguiente:

Nube que se descubre con los héroes y ninfas.

Vestidos de la máscara.

CORO PRIMERO

Ya la Deidad eterna,
que en los anfiteatros celestiales
sus fábricas gobierna,
ha rasgado los cóncavos cristales,
y en ellos muestra abiertas,
entre los rayos de su luz, las puertas.

CORO SEGUNDO

Pues decidnos agora
para quién las abrió, si el tierno Alcides
en pura infancia llora,
y hasta que coronado en esas lides
lo suban sus vitorias,
no participará de tantas glorias.

CORO PRIMERO

Porque el Olimpo ordena
que los héroes y ninfas que ya habitan
en su cumbre serena,
con las virtudes ínclitas compitan,
y á la tierra desciendan,
donde á la grave educación atiendan.

CORO SEGUNDO

Y en este breve espacio
que interpone á ese bien naturaleza,

(1) Por errata, *entera*.

pues todo el gran palacio
haciendo en torno y resonando empieza
el aplauso del hijo,
darán ellos tributo al regocijo.

CORO PRIMERO

Como Apolo algún día,
con los jóvenes de Argos y Diana,
con sus ninfas solía
danzar, tomando entrambos forma humana,
veréis coros sagrados
no de inferiores dioses imitados.

LOS DOS COROS

Viva, pues, viva, viva
el Príncipe español, y todo el orbe
súbdito le reciba;
que el sol, sin que haya dios que se lo estorbe,
como por ministerio
siempre alumbra algún reino de su imperio.

La nube va bajando del cielo.

En acabando los coros, comenzó la música de los violones un son inventado para este propósito; y apareciendo en aquel resplandeciente cielo una nube, se vía que poco á poco iba bajando, con dos héroes y dos ninfas, que en llegando á tierra los despedía de sí, y se volvía á subir, y ellos con sus hachas salían danzando, y se iban acercando al templo de la Virtud, hasta hacerle reverencia, y entre tanto subía y bajaba la nube de cuatro en cuatro. Los primeros fueron el Duque de Cea con doña Antonia de Toledo, D. Enrique de Guzmán con doña Magdalena de Ulloa; segundos, el Condestable de Castilla con doña Inés de Zúñiga, y el Conde de Gelves con doña Leonor Pimentel; terceros, el Duque de Pastrana con doña Beatriz de Villena, y el Conde de Mayalde con doña Luisa Osorio; cuartos, el Conde de Lemos con doña Elvira de Guzmán, y el Duque de Alba con doña Antonia Manrique; quintos, el Duque del Infantado con doña Juana Portocarrero, y el Marqués de la Bañeza con doña Aldonza Chacón; sextos, el Príncipe Filiberto con doña Catalina de la Cerda, y el Duque de Lerma con doña Juana de Mendoza; sétimos, el Rey y Reina, nuestros señores, el Príncipe de Piamonte con doña Mariana Riedren, todas damas de la Reina, nuestra señora; y con maravilloso concierto y orden, como bajaban de cuatro en cuatro, iban á hacer reverencia al templo, y cuando salían los otros de la nube, ya volvían á saludarlos; y la nube se volvió á su lugar, y se pusieron en el cielo, en acabando de cerrarse, aquellos pajes de su Majestad con sus hachas en lugar de los héroes, que con aquella lucida librea y tantas lumbres parecía cosa divina. Esta danza duró gran rato, con diversas mudanzas y artificios; unas veces danzando en cuadro, otras en círculo, unas juntas y otras divididas, con universal gusto de todos, por la variedad, novedad y artificio de la cosa, gracia y destreza de los héroes y ninfas.

Los reyes se van á sentar.

Acabada esta danza, que era viva y alegre, y que levantaba el espíritu, los Reyes se fueron á asentar en las dos sillas de brocado que estaban en el templo de la Virtud, y se quitaron las máscaras, y todos hicieron lo mismo, y tomaron sombreros con ricas plumas y cintillos de diamantes, y las ninfas, quitadas sus máscaras, se sentaron en sus lugares, y con ellas los héroes y caballeros que tenían lugar, conforme á orden de sarao. A los lados del templo, bajadas las gradas, en riquísimos tapetes estaban infinitas señoras, no dándose almohadas, salvo á las mujeres de grandes, como se usa en la casa real. Comenzaron las seis ninfas entre ellas otra maravillosa danza, compuesta con gran juicio, porque trocándose, volviendo y revolviendo y mudando lugares, como diestrísimas y airosas, lo hicieron muy bien y dieron gran contento. El sarao fué prosiguiendo, danzando los Reyes y todos conforme como lo iba su Majestad ordenando: unos turdión, otros madama de Orliens, otros pavanas y gallardas, y porque el Rey (como quien sabe acudir á todo con mucho cumplimiento) quiso honrar á los caballeros ingleses, mandó que danzase el Conde de Pert, pariente del Rey de Inglaterra, mancebo de gentil talle y disposición, y fué á sacar á doña Catalina de la Cerda, y entrambos lo hicieron con tanta admiración, que no se supo distinguir cuál lo había hecho mejor, la dama ó el caballero. Danzaron el Conde de Lemos y su hermano el Conde de Gelves, que son muy diestros, y luego mandó su Majestad que danzase el Milort Guillibi, que sacó á doña Antonia de Toledo;

pero el Milort causó grande maravilla, porque danzó á la gallarda, con saltos y cabriolas tan á compás y á tiempo, que después del Rey, tuvo el segundo lugar en la excelencia del danzar.

Finalmente, pareciendo al Rey, nuestro señor, que ya era tiempo, ordenó que los menestriles que estaban en aquel relumbrante cielo tocasen la danza de la hacha, que es el remate de los saraos. Y las meninas y damas sacaron diversos caballeros y señores; fué entre ellos el Duque de Sessa, que, como mayordomo mayor, estaba junto á la Reina, nuestra señora, y aunque no le falta nada para gran cortesano, todavía trocara el favor con otro galán. Sacaron al Duque de Lerma y al Conde de Pert, y últimamente doña Catalina de la Cerda, cuya gentileza es más que ordinaria, sacó al Rey, nuestro señor, y al Almirante de Inglaterra, por satisfacer á quien había hecho grandes demostraciones de su galán; y en esta danza se mostró como tal, correspondiendo con lo que debía al respeto real, á su edad y á la obligación de galán, dando á entender que tenía tantas partes de gentil caballero y grato, como de gran soldado. Y mientras la dama cumplía con las obligaciones de la danza, el Rey habló con él y le entretuvo, porque en ninguna cosa se vee que falta este príncipe á la grandeza y cumplimiento. La dama dió á su Majestad la hacha, y tomó de la mano al Almirante y le llevó á su lugar, y el Rey acabó el sarao á las dos de la mañana; el cual sin faltar á su real autoridad, con gracia, espíritu y proporción hizo todas las acciones y movimientos del danzar, siendo, á juicio universal, el que mereció en esto el primer lugar; de que no se maravillan los que tratan de ordinario á su Majestad, pues ninguna cosa de cuantas ejercita, deja de hacer con particular juicio y discreción.

Remate del sarao.

Almirante de Inglaterra sale á danzar.

A este tiempo ya el Almirante tenía sus negocios acabados, y pidió á su Majestad que le diese licencia para besarle la mano y despedirse, y teniéndolo por bien, le envió un diamante punta en una pluma de oro, puesto en el aire, que se tasó en siete mil y seiscientos ducados, y una sarta de perlas, en cinco mil, y otras diferentes joyas, que todas montaron más de treinta y cuatro mil. Y la Reina, nuestra señora, que también quiso hacer demostración con él, le envió una cadena de oro de diamantes, que valía cuatro mil ducados, para la Condesa, su mujer, y otras joyas, que valían otros tantos. Envió su Majestad al Rey de la Gran Bretaña seis hermosos caballos españoles con ricos jaeces, y dió al Almirante el caballo en que entró en Valladolid. Al Conde de Pert, al Vicealmirante, yerno del Almirante, á sus dos hijos, á D. Tomás, hijo del Conde de Sufolc, á un sobrino del Almirante, al Milort Guillibi, al Barón Noris y á otros caballeros, y al Veedor general de la armada, dió muchas y muy ricas joyas, y á capitanes y entretenidos del Almirante, al intérprete, al rey de armas, á los médicos y á todos sus criados mayores, mandó repartir muy buenas cadenas; á los pajes, á los músicos, á los ayudas de cámara y trompetas, y á los de su guarda, lacayos y toda la gente menuda, mandó dar dinero, de manera que no hubo ninguno que no gozase de la liberalidad deste príncipe.

Presente de su majestad al rey de la Gran Bretaña.

Liberalidad del rey nuestro señor.

El Duque de Lerma presentó al Almirante dos buenos caballos españoles muy ricamente guarnecidos; y porque dió una cadena al criado que se los llevó, quiso que D. Blasco de Aragón le llevase otro gran presente de cueros de ámbar, guantes adobados, pastillas y pebetes, miquillos y papagayos, porque D. Blasco no había de tomar nada.

Presente del duque de Lerma al Almirante.

El Condestable, el Duque del Infantado, D. Pedro de Zúñiga y otros, le presentaron caballos, y muchas señoras, en especial la Condesa de Villamediana, le presentó cosas de olores y ricas labores.

Presentes del Condestable y otros señores.

Llevó el Condestable al Almirante á despedirse de su Majestad y del Duque de Lerma, muy reconocido de los favores y regalos que había recibido; y el Rey y el Duque le hablaron por los católicos de Inglaterra, rogándole muy afectuosamente que los tuviese por más encomendados que cual-

Presentes del rey al almirante y dones á todos los caballeros ingleses.

El Almirante se despide de su Majestad.

El rey y el duque de Lerma hablan al Almirante en favor de los católicos de Inglaterra.

quiera otro negocio. Y á los 17 de Junio se partió con el mismo aparato de servicio y gasto de mulas y acémilas que cuando vino, yendo con él D. Blasco de Aragón, el aposentador mayor Gaspar de Bullón y los jueces, para no apartarse dél hasta dejarle embarcado. Salió el Condestable con él hasta fuera de Valladolid: estuvo tres días en Santander, adonde se le hizo todo buen recebimiento, y habiéndose embarcado la ropa y caballos, se le envió un gran presente de vinos, cosas de comer y conservas, que sobre los demás regalos recebidos, agradeció con gran amor y voluntad; y entre los criados de la casa Real que le habían ido sirviendo repartió muy liberalmente cadenas y muchos dineros, y hasta los mozos de mulas, y dió generalmente á todos, en su capitana, una gran colación (1), y en particular á don Blasco de Aragón y á Gaspar de Bullón quiso hacer grandes presentes, y aunque los importunó mucho, ellos no tomaron nada; y en suma, se gobernó en todo con gran discreción y prudencia, y todos los caballeros y gente suya con mucho miramiento y quietud, sin dar en nada causa de escándalo.

Almirante de Inglaterra se muestra muy liberal.

(1) Algunos ejemplares tienen suprimidas las palabras que siguen, y terminan: "gobernándose en todo con gran discreción y prudencia„, etc.

23 -4

203198

HSp
P6547f
.Sa

Pinheiro da Veiga, Thomé
Fastiginia o fastos geniales; tr.por Alonso
Cortés.

DATE

NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU